

**Intelectuales, críticos y modernidad cultural. Los casos de Baldomero Sanín Cano, Hernando Téllez y Jorge Zalamea.**

**Por Claudia Patricia Acevedo Gaviria.**

**Director: Renzo Ramírez Bacca**

**Universidad Nacional de Colombia  
Facultad de Ciencias Humanas y Económicas  
Doctorado en Historia  
Medellín, diciembre de 2013**

## AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer, en primera instancia, al profesor Renzo Ramírez Bacca: sin su oportuna y valiosa orientación, no hubiese sido posible este trabajo de investigación. Me acogió bajo su dirección, en un momento crucial del proceso de escritura y, a pesar, de que el tiempo pesaba sobre nuestras espaldas, siempre tuvo disposición, idoneidad y respeto para leer los borradores y el manuscrito final de este texto, incluso, durante su período de vacaciones y en sus labores académicas fuera del país. Para él, mi más profunda gratitud y respeto.

En segundo lugar, valoro y aprecio el apoyo de mis compañeros de cohorte doctoral: Álvaro, Catalina, Luz Eugenia, Andrés, Lina y Luis Fernando, no sólo fueron solidarios, también se convirtieron en amigos a los cuales siempre he de recurrir; porque los afectos verdaderos son para toda la vida. Cada uno de ellos en su momento, aportó de manera considerable a este trabajo: Álvaro fue lector de mi segundo proyecto, y su experiencia y conocimiento me ayudaron a delinear el camino de investigación. Además de la orientación administrativa que me brindó varias veces. Catalina fue soporte afectivo y moral. Lina y Luis Fernando por estar en los encuentros de catarsis. A todos, mis más sinceros agradecimientos, en especial a Luz Eugenia, por su positivismo, compañía, afecto, alegría y rigor académico. A Andrés Vergara, por la amistad, correcciones formales y paciencia.

A los profesores del Doctorado, por todo lo nuevo que me enseñaron y por sus múltiples lecturas, comentarios y sugerencias a este trabajo. A la profesora Susana González, quien con su paciencia y respeto, me ayudó en la fase preliminar de esta investigación. A Johanna, quien siempre me brindó información oportuna y amable.

A la Universidad de Antioquia, Universidad Nacional sedes Bogotá y Medellín, la Luis Ángel Arango, la Biblioteca Nacional, y todas las personas que allí laboran, siempre fueron solícitos en el préstamo de material y la aclaración de cualquier consulta.

A mis amigos de la Universidad de Antioquia y compañeros de investigación. A los jurados, lectores de este manuscrito, sin sus valiosas observaciones y sugerencias, esta investigación no habría mejorado.

A mi familia y en general a todos mis afectos, por haber permanecido ahí durante tantos días y noches en los que mi único diálogo era con las fuentes y la computadora.

## CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	5
Preámbulo.....	5
Problematización.....	6
Justificación.....	9
Balance historiográfico.....	10
Herramientas conceptuales.....	15
Metodología.....	24
Fuentes.....	26
Disposición.....	36
CAPÍTULO 1.	
(DIS)CONTINUIDADES Y RUPTURAS DE UN GOBIERNO DE PARTIDO: LA REVOLUCIÓN EN MARCHA DE ALFONSO LÓPEZ PUMAREJO.....	41
Discordia entre Tradición y Modernidad.....	43
La transición: entre la renovación o la catástrofe.....	49
Alcances y limitaciones de un gobierno de partido.....	52
Conservatismo y Liberalismo: dos metarrelatos de la nación.....	61
Tácticas opositoristas.....	69
¿La paz religiosa?.....	81
Civilidad, Cultura y Democracia.....	84
El proyecto cultural de Alfonso López Pumarejo.....	90
CAPÍTULO 2.	
GENERACIONES ¿REVOLUCIONARIAS? O GENERACIONES EN CONFLICTO: LA LUCHA POR LA HEGEMONÍA ENTRE GRUPOS INTELECTUALES.....	104
Centros de reunión y medios culturales.....	107
Política y literatura. Las dos caras de una polémica generacional.....	114
CAPÍTULO 3.	
INTELECTUALES, CRÍTICOS Y MODERNIZACIÓN CULTURAL: BALDOMERO SANÍN CANO, HERNANDO TÉLLEZ Y JORGE ZALAMEA.....	121
Campo Intelectual.....	124
Baldomero Sanín Cano: la apertura de fronteras culturales.....	137
Anotaciones preliminares.....	137
El liberalismo de Sanín Cano.....	146
El Intelectual y su participación en la escena político-cultural.....	151
Baldomero Sanín Cano: centro censorio de la sociedad.....	157
Preocupaciones de un humanista: su afán modernizador.....	162
La prensa: una mirada planetaria.....	167
Hernando Téllez: Grandeza y servicio de la literatura.....	172
Segmentos de vida.....	173
Un esbozo de retrato colectivo.....	178
Confesión de parte: formación e influencias literarias.....	184
Literatura: entre política y arte.....	189

El Espejo de los días: del trasegar periodístico a la creación y la crítica literaria.....	189
La política.....	189
Lo cotidiano.....	193
La literatura.....	197
Jorge Zalamea: ¿Una militancia literaria?.....	202
La encrucijada entre literatura y política.....	203
El porvenir de la educación.....	209
¿Hacia la derecha o hacia la izquierda?.....	216
Crítica de la cultura.....	220
CAPÍTULO 4.	
MODERNIDAD Y CRÍTICA LITERARIA EN COLOMBIA.....	237
Cultura y Crítica Literaria... ..	238
Lecturas des “politizadas” del Arte y la Literatura... ..	259
El dogmatismo en la cultura.....	263
Sanín Cano, Téllez y Zalamea: críticos literarios en busca de expresión.....	274
Encuentros y desencuentros de los tres críticos sobre la literatura colombiana y la literatura universal.....	289
CONCLUSIONES.....	307
BIBLIOGRAFÍA.....	322
Fuentes Primarias.....	322
Bibliografía General.....	328

### LISTA DE FIGURAS

Figura 1. Los últimos Conservadores	73
Figura 2. La Danza de la Muerte	78
Figura 3. La Gallina de los Huevos... Hueros	80
Figura 4. Pioneros de la Edición en Colombia	186
Figura 5. Laureano Gómez	200
Figura 6. Arsénico y Encaje	224
Figura 7. El Juicio Final	225
Figura 8. El Candidato	227

## INTRODUCCIÓN

### Preámbulo

El primer cuatrienio de López Pumarejo (1934-1938) conocido por su lema de la Revolución en Marcha, es considerado por varios historiadores y estudiosos del tema político colombiano, entre los que se cuentan académicos nacionales y extranjeros,<sup>1</sup> como el gobierno más exitoso de la historia colombiana del siglo XX. Por supuesto, ante esta afirmación, es necesario guardar las proporciones y analizar las bondades y falencias en los logros de dicho período presidencial. Para Henderson, “La Revolución en Marcha de López era abiertamente reformista, y estaba dirigida a acelerar la modernización del país a través de la vigorosa acción de un Estado intervencionista”.<sup>2</sup> Observa que tres factores explicaban el éxito de las reformas propuestas:

El primero y más importante de ellos fue la ausencia de una oposición formal del Partido Conservador, gracias en parte al boicoteo que hicieron al proceso legislativo durante todo el primer período [gubernamental]. El segundo fue la feliz coincidencia de que se hubiera posesionado precisamente en el momento en que Colombia superaba la depresión económica e ingresaba en una época de crecimiento económico destinado a extenderse mucho más allá de su gobierno. El tercero era el carisma personal de López y el dinamismo inherente a su programa. A diferencia de muchos de quienes lo precedieron en la presidencia, [él] era una figura que despertaba entusiasmo y que prometía prontas realizaciones.<sup>3</sup>

Se debe aclarar que la mirada presentada por Henderson, no es del todo lineal, es decir, esos mismos factores que coadyuvaron al adelanto de las reformas de López, fueron también puntos de obstáculo y desencuentro entre los dos partidos. Las diferencias irreconciliables en materia política, religiosa y cultural obligaron a López a hacer una “pausa”, la cual frenó de manera abrupta el ímpetu con que se venían desarrollando los cambios necesarios que requería el país para salir del retraso socioeconómico y político-cultural. López Pumarejo, como anota Henderson en su estudio,<sup>4</sup> logró generar carisma y credibilidad. Por eso se rodeó –en su primer período presidencial (1934-1938)– de mentes jóvenes y abiertas que tenían poca trayectoria política y escasa experiencia en el manejo y

---

<sup>1</sup> Cf. Tirado Mejía, 1981; Pécaut, 2001 y 2010; Palacios, 1995 y 1999; Acevedo, 1986; Silva, 2005; Colmenares, 1968; López Michelsen, 1986; Melo, 1992 y 1996; Posada Carbó, 2003.

<sup>2</sup> Henderson, 2006, p. 308.

<sup>3</sup> Henderson, 2006, p. 309.

<sup>4</sup> Henderson, 2006.

conocimiento del país; pero al igual que él, muchas ganas de transformar y darle la mayoría de edad a una nación que todavía vivía en un ambiente semicolonial. Baldomero Sanín Cano, Hernando Téllez y Jorge Zalamea, hicieron propuestas desde ese ideario liberal, al representar una “especificidad”<sup>5</sup> dentro del *campo intelectual*<sup>6</sup> al que pertenecían. Ellos eran portadores de un saber y tenían los medios para darlo a conocer, así fuera bajo las limitantes del partido.

## **Problematización**

El papel de los intelectuales fue importante en la difusión y propaganda de los partidos liberal y conservador en Colombia durante las primeras décadas del siglo XX.<sup>7</sup> Ellos, como “intérpretes” y “mediadores”, tuvieron un papel protagónico en las diversas coyunturas nacionales. Expresaron su interés en temas de diversa índole tales como: la definición de nación y modernidad, la capacidad de los diferentes grupos humanos étnicos y regionales para construir esa nación, y las medidas que el Estado debía implementar para llevarla a cabo. Pero también se preocuparon, entre otros temas, por la educación (principal eje modernizador, junto a lo político y lo económico), la “conquista” del territorio nacional como condición previa del progreso, la definición y “mejoramiento” de una cultura nacional que apuntara más al rescate de un “alma nacional” y, por tanto, sus posibles lazos de identidad. También pusieron en discusión el mismo papel del intelectual y su relación con el Estado en la dirección de la nación; la cuestión social, que tenía que ver con los

---

<sup>5</sup> El concepto de “especificidad” puede expresar varias acepciones según el contexto de la época. Por ejemplo, en el período liberal y conservador el intelectual dominaba un saber, eso era lo que lo diferenciaba de los demás ciudadanos. Su condición de portador de un saber lo ubicaba en una categoría más alta. Lamentablemente su “especificidad” no era valorada como un bien simbólico en sí mismo, sino en relación con el partido, es decir, con la militancia política. Por eso se trabaja para este caso con la definición de Ángel Rama, quien la entiende como alcance de “modelos universales” o incluso como superación de éstos, gracias a una “originalidad” y “vitalidad” latinoamericanas.

<sup>6</sup> Para la noción de “campo” intelectual, se parte de la definición y los aportes de Bourdieu al respecto. En: *Las reglas del arte*, 1995; dice que la constitución de éste se dio porque los artistas, escritores e intelectuales propendían por la construcción de la autonomía de la cultura con respecto a la política. (autonomía que en el período liberal, sólo existía en casos aislados, por ejemplo, en los tres escritores seleccionados y aun así, amarrados ellos a la dinámica de la época). Se aclara que lo de “campo intelectual” también se dio en la hegemonía conservadora, sólo que el período liberal, le va imprimir un matiz diferenciador a ese campo. Tema que se desarrollará de manera más amplia en la investigación.

<sup>7</sup> No se está desconociendo de ninguna manera que esta “figura” también fue determinante para los grupos sociales emergentes, como lo fueron los movimientos sindicales, obreros y comunistas. Quienes se valieron de sus propios intelectuales para dar el debate político; pero esos intelectuales de extrema derecha o tendencia socialista provenían de los dos partidos oficiales.

conflictos y problemas sociales generados por la industrialización y la urbanización; los cuales podían traducirse en una lucha entre clases, la situación de pobreza, la pérdida de valores, el estado de la educación y el problema religioso, entre otros. Todos ellos se preguntaron además, por un tema que estaba en cuestión y que se desligaba de la idea de nación: el destino histórico de América y de Colombia, y la relación entre Europa y América.

Lo anterior en un contexto que señala una transición del siglo XIX al XX. El primero caracterizado por las confrontaciones ideológicas y doctrinarias de liberales radicales y conservadores y un sinnúmero de guerras civiles –la más cruenta de todas, la Guerra de los Mil Días–. Y, el segundo, en sus primeras décadas, por una hegemonía conservadora que se desdibujó con la pérdida del poder conservador y el ascenso de un movimiento reformista liberal que revelaba otros pensamientos, creencias y procedimientos. Los integrantes de estas élites sólo se diferenciaban por su adscripción al partido –liberal o conservador–, pues en esencia manifestaban posturas que atendían a su privilegio de clase.

Es en esa historicidad colombiana que se proponen las preguntas centrales de esta tesis: ¿Cómo se asumían los escritores y los intelectuales con relación al Estado y a ellos mismos? ¿Cuál era la concepción de intelectual y de crítico literario? y ¿Qué papel representaba la literatura en ese proyecto de “consolidación”<sup>8</sup> y modernización cultural propuesta especialmente durante la República Liberal?

La tesis propone un énfasis en la dinámica e incidencia de los proyectos intelectuales, sus conflictos, contradicciones internas y externas, sus contribuciones y limitaciones, que se revelarán de manera ineludible en: a) la política cultural del proyecto liberal, que quería sacar adelante los ideales de nación y modernidad, y b) en los escritos periodísticos y ensayos de crítica literaria de Baldomero Sanín Cano (1861-1957), Hernando Téllez (1908-1966) y Jorge Zalamea (1905-1969).

---

<sup>8</sup> Por “consolidación cultural” puede entenderse el esfuerzo que los dos partidos preponderantes en Colombia, venían haciendo desde la instauración de la Regeneración e incluso desde mucho antes, con las políticas culturales de los liberales radicales, por tratar de cohesionar una tradición que lograra reflejar los ideales de “nación” y “patria” con miras a construir y establecer una cultura propia, un poco “homogeneizadora” para todos.

Los tres intelectuales también son objeto primordial de estudio. Sanín, por ser más cosmopolita, proponía miradas abiertas, estudios serios y comparativos entre las literaturas y un ejercicio sano de la crítica literaria. Al tiempo que descollaba por ser un voraz lector en varias lenguas, trataba los problemas nacionales desde posiciones no sectaristas ni arcaicas. Creía firmemente en las bondades de la modernidad como apertura de fronteras culturales no como mercantilización de los productos y cosificación del individuo. Zalamea, más directamente relacionado con López, porque se comprometió en la tarea de sacar adelante la reforma educativa y en elevar el nivel de vida del pueblo, atendiendo a sus necesidades básicas como la higiene, la salud y la alimentación. Téllez, no tan fogoso, más meditado, en cambio, enarboló la ética y el rescate de la literatura, aunque bajo el prisma de la influencia francesa, cuando su compromiso era la ética del arte y del artista.

El acercamiento a esos intelectuales implica analizar la manera cómo ellos estaban leyendo los distintos cambios que se estaban dando durante los gobiernos liberales, en la perspectiva de contribuir a la modificación de un país que se debatía entre diversas y opuestas ideologías; no por lo que ellas significaran, sino por lo que representaban.

La tesis propone entonces, abordar las transformaciones y el clima de discusión que esas situaciones generaron en el ambiente político-cultural y socio-económico del país y la manera como los intelectuales escogidos los interpretaron, los intentaron modificar y los llevaron a cabo de acuerdo a su mayor o menor adherencia al partido liberal; pero ante todo, más que como funcionarios de partido, como humanistas, escritores y críticos literarios. Sin duda, ellos hicieron otras lecturas de la realidad nacional y mundial desde posturas más abiertas y, aunque no fueron políticos de profesión, se aliaron e identificaron con las ideas de avanzada que aspiraban reformar las estructuras caducas y de desigualdad social sobre las que se perpetuaban la exclusión y la miseria en Colombia.

## Justificación

La selección de estos intelectuales obedece a su participación y visión cosmopolita durante el gobierno de López Pumarejo. Sanín Cano,<sup>9</sup> Zalamea<sup>10</sup> y Téllez,<sup>11</sup> desempeñaron en su momento cargos diplomáticos, cumpliendo labores burocráticas que de alguna manera, opacaron su creación artística, pero que desde el lado crítico e intelectual fueron de indudable aporte en el plano político.<sup>12</sup> Los tres tienen en común, el periodismo y la crítica literaria como profesión. Téllez, Sanín Cano y Zalamea fueron durante mucho tiempo colaboradores de diarios nacionales como *El Tiempo*, además de que dirigían y escribían de manera usual en las revistas culturales de la época.<sup>13</sup>

Su escogencia no pretende en ningún momento ignorar el amplio espectro de posibilidades contrastivas que arrojaría un análisis comparativo entre intelectuales conservadores y liberales; dado que son ellos en su mayoría, no sólo los políticos letrados que acceden al poder, si no las voces que enuncian y denuncian el estado de la situación del contexto político-cultural colombiano. Por lo tanto, el discurso de estas figuras no se puede mirar de manera aislada ya que siempre estará en estrecha relación de causa y consecuencia con sus pares de la oposición. También, la selección obedece a un interés académico que espera reunir tres voces generacionales distintas a través de sus artículos sobre cultura, educación y crítica literaria, que gravitaron en torno a las mismas problemáticas pero que dado sus diferentes grados de formación, de conocimiento y de menor o mayor filiación política coincidieron en aspectos sobre la cultura y la literatura, entre muchos otros, que permiten el análisis de un “campo intelectual” durante la República Liberal, y de modo

---

<sup>9</sup> Aunque Sanín Cano ya había desempeñado un cargo diplomático en Londres, bajo la administración Reyes, su estancia en el país, entre mediados de la década del treinta y gran parte de la del cuarenta, estuvo distribuida entre sus múltiples funciones: redactor de la revista de las Indias y colaborador habitual de otras tantas; y delegado por Colombia y América en numerosas conferencias y congresos en el ámbito internacional.

<sup>10</sup> Su desempeño como funcionario público es mucho más amplio: vicecónsul en Londres, secretario general del Ministerio de Educación bajo el gobierno de López Pumarejo, embajador de Colombia en México, entre otros cargos.

<sup>11</sup> Fue cónsul de Colombia en Marsella, Francia, y también fue senador de la República, aunque por breve tiempo.

<sup>12</sup> En el cuerpo de trabajo se señalará cómo la función política y la adhesión al partido si influyó en la producción y prolijidad literaria de Jorge Zalamea y Hernando Téllez.

<sup>13</sup> Téllez colaboró en la revista *Universidad* que dirigía Germán Arciniegas a comienzos de la década del veinte, allí también participó Sanín Cano. Fue subdirector de *El Liberal* y director de la revista *Semana*. Zalamea escribía reseñas de libros para la revista *Cromos* y fundó y dirigió la revista *Crítica* en 1948.

específico sobre su participación en algunos programas liderados por el presidente liberal Alfonso López Pumarejo (1934-1938, 1942-1945).

La manera como estos intelectuales leían los cambios generados por las diversas dinámicas nacionales e internacionales, incidía en su modo de concebir la cultura que todavía en el país se caracterizaba por la impermeabilidad a las transformaciones mundiales; todo ello en el marco del enfrentamiento bipartidista. Siguiendo a Urrego,<sup>14</sup> describir las especificidades del *campo intelectual* implica entender el juego de continuidades y rupturas tanto de las condiciones bajo las cuales los intelectuales trabajaron como de la visión que tuvieron de sí mismos. Pues, durante el dominio de ambos partidos, el intelectual se define en relación al poder estatal, no en contra de él –sin negar en modo alguno, la existencia de intelectuales disidentes–. No obstante, el saber estaba ligado a las correlaciones entre las diversas relaciones del poder. En otras palabras, los valores simbólicos que la tradición y la modernidad acuñaban en la sociedad colombiana, requerían interpretaciones y aplicaciones más plurales y menos doctrinarias.

### **Balance historiográfico**

Sobre la *República Liberal y los intelectuales* existen trabajos que abordan diversos tópicos de manera profunda o general. Las investigaciones revelan aspectos fundamentales para el conocimiento de la estructura político-cultural de dicha época.<sup>15</sup> Los estudios en esencia abordan, como lo plantea Silva,<sup>16</sup> aspectos que tienen que ver con los propósitos del Proyecto Cultural Liberal, sobre todo en lo concerniente a las reformas propuestas por Enrique Olaya Herrera, Alfonso López Pumarejo (en su primer mandato) y Eduardo Santos;<sup>17</sup> más que al análisis en términos de realizaciones y de impacto de las políticas

---

<sup>14</sup> Urrego, 2002, p. 40.

<sup>15</sup> Vega Cantor, 1986; Santos Molano, 2005; Tirado Mejía, 1981; Pécaut, 2001; Palacios, 1995; Molina, 1981; Acevedo, 1986; Silva, 2005; Colmenares, 1968; López Michelsen, 1986; Melo, 1992 y 1996; Bushnell, 1984; Jaramillo Uribe, 2001; Martínez, 2001.

<sup>16</sup> Silva, 2005.

<sup>17</sup> López Pumarejo y Eduardo Santos presentan un contraste bastante interesante en sus énfasis administrativos: para el primero, el proyecto modernizador, el cambio de mentalidad y la igualdad social a través de las reformas educativas representaron su mayor esfuerzo; para el segundo, la “democracia ilustrada” en palabras de Germán Arciniegas, caracterizó un gobierno que se identificaba más con el prototipo de pensadores que de estadistas. Arciniegas, 1989.

culturales y por lo tanto de los programas llevados a cabo.<sup>18</sup> Los acercamientos tienden a concentrarse más en el núcleo temático de las transformaciones político-sociales, que en el detallado y necesario examen que merecen otras “esferas” sociales, como es el caso de los intelectuales adscritos a dicho proyecto, los cuales a través de sus debates en el propio partido, en oposición al conservador, en la prensa y en las tribunas públicas del parlamento, secundaron u obstaculizaron otro tipo de transformaciones en el orden político y cultural.

Acevedo Carmona plantea que los trabajos existentes en torno al tema político colombiano tocan las relaciones entre los partidos, resaltando lo característico en los períodos de gobierno de ambos bandos: el distanciamiento, la gestación de un clima de discordia, enfrentamientos, virulencia, desconfianza, y el renacer del viejo espíritu sectario que había afectado la vida nacional desde el siglo XIX.<sup>19</sup> Por eso, tanto para unos como para otros, era difícil aceptar la autoridad de quien subía al poder.<sup>20</sup> Gerardo Molina ofrece claves para conocer y entender la manera de pensar de este movimiento.<sup>21</sup> Sobre todo, el tercero de ellos es el que más alimenta este objeto de investigación, pues en él, Molina, asume el estudio del período que va de 1935 hasta la iniciación del Frente Nacional en 1958. Es decir, toda la primera parte ausculta lo que se conoce en la historiografía colombiana como República Liberal encabezada básicamente por el primer gobierno de López Pumarejo. De ahí que los primeros siete capítulos del libro sean dedicados al análisis de la obra y al pensamiento del promotor de la Revolución en Marcha.<sup>22</sup> También dedica uno a Eduardo Santos, continuador del ideario de López y quien encarna para Germán Arciniegas, la “democracia ilustrada”, esto es, un gobierno que se identificaba más con el prototipo de pensadores que de estadistas. En el mismo tomo, Molina aborda la relación

---

<sup>18</sup> Dentro de los estudios que analizan los aspectos político-económico de la República Liberal y la vida personal de cada uno de los tres presidentes se encuentran: Colmenares, 1968; Jaramillo Uribe, 1977; Rodríguez, 1979; Molina, 1981; Eastman, 1982; Bushnell, 1984 y 1996; Gutiérrez Villegas, 1984; López Michelsen, 1986; Arciniegas, 1989, pp. 299-304; Latorre Rueda, 1989, pp. 269-298; Morales Benítez, 1994; Melo, 1996; González González, 1997; Ardila, 1990, pp. 7-22; Ardila Duarte, 2004, pp. 15-46; Sanclemente, 2006, pp. 587-596; Barrero, 2009, pp. 17-46; Pécaut, 2001; y Henderson, 2006, entre otros.

<sup>19</sup> Acevedo Carmona, 1995, p. 459.

<sup>20</sup> A pesar de las constantes discordancias entre los dirigentes y militantes de ambos partidos, muchos proyectos convocaron y contaron con la participación de uno y otro bando. Esto se observa más claramente, entre otras propuestas, en las revistas culturales.

<sup>21</sup> Molina, 1981.

<sup>22</sup> También aborda la figura de Jorge Eliécer Gaitán y el 9 de abril, suceso que cristalizará y polarizará más aún la Violencia en Colombia. También se destacan los capítulos que dedica a Darío Echandía como intelectual político y a Carlos Lozano.

entre la segunda Guerra Mundial y el liberalismo, ya que muchas de las posiciones de los intelectuales de la época estuvieron influenciadas por los sucesos de la política internacional.<sup>23</sup> El método que utiliza Molina para discutir sobre el transcurrir de las ideas en el marco de las realidades económicas y sociales a las que se estaba enfrentando el país en el momento, es de importancia crucial en este enfoque –conservando la debida distancia–, pues es el escenario en el que confluyen las ideas de los intelectuales.

Álvaro Tirado Mejía es uno de los historiadores que más ha trabajado la República Liberal y en particular la figura del promotor de la Revolución en Marcha.<sup>24</sup> En el desarrollo de esta tesis se anotarán y comentarán sus aportes y observaciones con respecto a este tema. Tirado aborda en el primer y segundo capítulo todo el ideario político-liberal de López, con el fin de ilustrar sobre un período en que el país vivió un momento álgido en el aspecto ideológico. Este es el marco histórico que le permite analizar en toda su magnitud las reformas<sup>25</sup> que se intentaron durante dicho gobierno, para así conocer y ponderar el contexto ideológico en el que se debatían los patrones culturales que debían regir al país.<sup>26</sup> En “López Pumarejo: La revolución en Marcha”,<sup>27</sup> analizó la política cultural de este mandatario, que se propuso emprender un amplio proceso de modernización del país en la búsqueda de transformaciones profundas que resignificaran o instauraran nuevas políticas de convivencia ciudadana, civilidad, cultura y progreso.<sup>28</sup>

---

<sup>23</sup> Ver al respecto en la *Revista de las Indias*, números: 69, 72, 73, 74, 75, 76 y 77, La encuesta hecha a los intelectuales españoles y americanos, con base en las siguientes preguntas: 1) ¿Permanecerán en Europa o cambiarán de sede los centros de nuestra cultura en la postguerra?; 2) ¿Seguirá a los actuales trastornos un progreso o una decadencia en la marcha de la cultura?; 3) ¿En el porvenir se les asignará valor de medios o de fines a la literatura y al arte?; 4) ¿Qué papel reserva el futuro a los intelectuales y, especialmente, a escritores y artistas? Encuesta a la que respondieron entre otros: Baldomero Sanín Cano, Rafael Maya y Luis Vidales.

<sup>24</sup> Tirado Mejía, Álvaro, 1981.

<sup>25</sup> Tanto Álvaro Tirado Mejía como Gerardo Molina dedican en sus textos sendos capítulos al análisis de las reformas planteadas por López, sobre todo la de 1936.

<sup>26</sup> Tirado Mejía, 1981, p. XIII.

<sup>27</sup> Tirado Mejía, 1989, pp. 305-348.

<sup>28</sup> Algunos estudiosos califican de apologético la interpretación que hace Tirado Mejía de las propuestas gubernamentales de López Pumarejo, entre ellos se encuentra Daniel Pécaut, que aunque no lo expresa con estas palabras, da a entender en su análisis de López Pumarejo, que éste presidente también cayó en el juego de la política y la preeminencia de casta.

Daniel Pécaut plantea miradas más despolitizadas y menos admirativas.<sup>29</sup> Con base en esto afirma que, no hay que confundir los postulados “igualitarios” de López, pues el hecho de que haya querido extender la democracia y la participación a las masas, no significaba el ascenso al poder de otros sectores sociales distintos a la élite dominante del ala del liberalismo.<sup>30</sup> Para él, el cambio de la hegemonía conservadora a la liberal, tomaba la forma de un relevo entre la misma élite dirigente; no significaba el ingreso al poder de nuevos sectores sociales, ni daba lugar tampoco a cuestionamientos del sistema de Estado parlamentario.<sup>31</sup>

Renán Silva, con quien se dialoga cuando se aborda el eje intelectual, también ha estudiado la República Liberal desde un enfoque más contemporáneo.<sup>32</sup> Esto es, que dado el tiempo transcurrido desde el inicio y caída de dicho gobierno, y apoyado en trabajos que existen sobre el período, presenta una imagen nueva de la política cultural de los gobiernos liberales colombianos durante su hegemonía, en un intento por reformular las formas tradicionales con las que se han estudiado las políticas culturales de este gobierno, al presentar un ángulo distinto de acercamiento al análisis de la difusión cultural del proyecto liberal, en el que los intelectuales intentan extender y democratizar la cultura, al tiempo que se debaten entre sus propias contradicciones como “militantes” de un partido y su propia “esfera” intelectual.

Las publicaciones de Jorge Orlando Melo, Marco Palacios, Eduardo Posada Carbó y Darío Acevedo Carmona, además de artículos recientes de Daniel Pécaut y Ocampo López, entre otros,<sup>33</sup> fueron de consulta obligada para entender y re-construir el contexto historiográfico de la Revolución en Marcha: sus antecedentes y prospectivas. Finalmente, la edición de Rubén Sierra Mejía y el estudio de Ricardo Arias Trujillo, brindaron relecturas y miradas más actualizadas sobre el tema en cuestión.<sup>34</sup>

---

<sup>29</sup> Pécaut, 2001.

<sup>30</sup> *Ibíd.*, p. 157.

<sup>31</sup> *Ibíd.*, p.155.

<sup>32</sup> Silva, 2005.

<sup>33</sup> Melo, 1996 y 1992; Pécaut, 2010, pp. 41-116; Palacios, 1995; Posada Carbó, 2003; y Acevedo Carmona, 1986.

<sup>34</sup> Sierra Mejía, 2009; Arias Trujillo, 2011.

Hugo Cancino Troncoso, Susanne Klengel y Nancy Leonzo,<sup>35</sup> editaron artículos de importancia en el rastreo del componente intelectual desde una historia cultural y social, con énfasis en la crítica literaria. Por ello el texto de Cancino Troncoso,<sup>36</sup> “Mariátegui entre la modernidad y la tradición: para una lectura hermenéutica de su discurso”, es el más importante en tanto estudia la oposición tradición-modernidad, eje de los debates ideológicos en Colombia. No sobran también los trabajos de Antonio Gramsci,<sup>37</sup> en torno a las valoraciones de los intelectuales y su real papel en la sociedad.

A grandes rasgos, se podría decir que sus deliberaciones parten de los presupuestos marxianos examinando a través de ellos fenómenos sociales que consideran el estudio de los intelectuales y sus relaciones con el poder y la cultura; lo que muestra que dentro de su universo investigativo y de sus preocupaciones teóricas, se encontraban los problemas relativos al comportamiento histórico de las relaciones socioclasistas a nivel supraestructural.

En cuanto a las disertaciones sobre la crítica literaria propiamente dicha, David Jiménez Panesso, presenta uno de los pocos trabajos que se han hecho en esta línea.<sup>38</sup> Aunque sólo llega hasta “La crítica literaria después del Modernismo”, son invaluable los aportes en el nacimiento y recorrido de la crítica en Colombia comenzando por el período de la Regeneración, y dedicándole luego, un capítulo completo a Baldomero Sanín Cano –el gran crítico moderno–, y valiosos análisis en la misma línea a la crítica literaria ejercida por Jorge Zalamea y Hernando Téllez.<sup>39</sup>

También se deben mencionar los estudios realizados en este campo por el uruguayo Ángel Rama,<sup>40</sup> y Pedro Henríquez Ureña,<sup>41</sup> este último es el primero que plantea con seriedad y rigurosidad histórico-conceptual una historiografía literaria de América, a la vez

---

<sup>35</sup> Cancino Troncoso, Klengel y Leonzo, 1999.

<sup>36</sup> Cancino Troncoso, 2004.

<sup>37</sup> Gramsci, 1967, 1975 y 2003.

<sup>38</sup> Jiménez Panesso, 1992.

<sup>39</sup> Otros aportes en este sentido lo proporcionan los siguientes libros: Pineda Botero, 1995; y Rama, 2006. Por supuesto, aquí también entraría la crítica literaria propiamente escrita por los intelectuales objeto de estudio de esta investigación; además de Sanín Cano, Jorge Zalamea y Hernando Téllez.

<sup>40</sup> Rama, 1985a, b, y 1983.

<sup>41</sup> Henríquez Ureña, 1949, 1955 y 1986.

que ejerce el oficio de crítico con sumo profesionalismo y por supuesto se relacionan los enfoques teórico-sociológicos de Rafael Gutiérrez Girardot.<sup>42</sup>

### **Herramientas conceptuales**

El concepto y la categoría del *intelectual* dentro de la estructura social es una de las complejidades analíticas que reviste su definición y estudio. La connotación semántica del término utilizada no sólo en los contextos políticos, sociológicos e históricos y asociada de manera estrecha con el escritor y el artista, varía de significado de una cultura a otra y presenta variantes en diferentes épocas. Tanto su definición como su función son dinámicas y cada período histórico delinea su concepción de intelectual. Otra razón de peso para entender de modo diferente los estudios sobre intelectuales en el continente americano tiene que ver con el surgimiento de esta figura relacionada y vinculada más en asuntos políticos y sociales que propiamente literarios. Es decir, en ausencia de una tradición artística y filosófica, el intelectual latinoamericano se configuró en estrecha relación con la invención y creación de la nación después de los procesos independentistas donde también se dio un tipo de hombre ilustrado.<sup>43</sup> La aclaración semántica de intelectual se basa en los estudios de Le Goff, y en los de Coser, Mannheim y Bauman, por señalar algunos ejemplos.<sup>44</sup>

El intelectual como concepto y categoría siempre estará en estrecha relación, no sólo con su desempeño dentro de la cultura como categoría socio-profesional, sino también como el imperativo histórico que asume cierto tipo de ciudadano. Gramsci<sup>45</sup> había observado que de algún modo todos los miembros de una sociedad cumplen esta función, sea desde lo tradicional o lo orgánico, incluso, más allá de cualquier filiación política, el individuo social estará en condiciones de preguntarse sobre los fenómenos político-sociales

---

<sup>42</sup> Gutiérrez Girardot, 1980, 1989, 1994 y 1998.

<sup>43</sup> El europeo también participó de estas contingencias en sus respectivas naciones pero la tradición letrada y escritural unida a los avances en materia de discusión filosófica, religiosa, científica, antropológica, sociológica e histórica determinaron otras variaciones que en América, específicamente en Colombia adquirieron otros rasgos y se mantuvieron inamovibles durante mucho tiempo. El tema de los ilustrados y otras categorías del saber antes de la primera mitad del siglo XIX y XX los aborda Silva, 2002.

<sup>44</sup> Le Goff, 1986; Coser, 1968; Mannheim, 1973 y 1963; Bauman, 1997;

<sup>45</sup> Gramsci, 1967.

en los que se desenvuelve su existencia como sujeto dentro de los parámetros de una nación.

Esto no significa su reducción a las inquietudes del ciudadano común, las cuales entran o no en discusión con su condición, el intelectual como se aborda en esta investigación, es un sujeto en relación con el poder aun cuando termine oponiéndose a él. Así, como élite cultural, su ocupación distintiva es producir y transmitir mensajes relativos a los valores que considera son los “verdaderos”<sup>46</sup> dentro del campo intelectual en el que gravita, cuestionando o justificando el sentido de la existencia desde la historia, la filosofía el arte y la literatura. En sociedades modernas, los medios idóneos para esta transmisión y debates lo constituyen los círculos y cenáculos literarios, los movimientos de renovación que los atraviesan y la visibilización de los juicios en medios impresos como la prensa, las revistas y los libros.<sup>47</sup> La creación de estas “microsociedades”, como las llamó Altamirano, tiene dos objetivos: de un lado, ampliar el mercado de lectores y permitir la democratización de la cultura. Del otro, a la vez que germina una industria editorial se dan también los antagonismos entre Estado y medios impresos, ya que el primero delinea a través de la censura, el contenido sobre todo de la revista o periódico.

Estos choques que se comienzan a dar entre el artista y el Estado revelan una paulatina separación de los intelectuales con respecto a la esfera política puesto que ellos

---

<sup>46</sup>Altamirano señala como antes de la inserción en la modernización “existían en los escritos de las élites modernizadores un porvenir como aspiración e imagen idealizada: había que unificar el Estado y consolidar su dominio sobre el territorio que cada nación hispanoamericana reclamaba como propio, redactar códigos e impulsar la educación pública. Para ello era necesario que quienes sabían suministraran los discursos de legitimación destinados a engendrar la alianza incondicional de los ciudadanos con “su” Estado-narrativas de la patria, de la identidad nacional, del pueblo en lucha por la nación” (2008, p. 9).

<sup>47</sup>El verdadero ejercicio de la democracia implica, según Bobbio, la manifestación de los distintos puntos de vista que pueden ser de carácter negativo o positivo, y que de hecho deber ser así, puesto que no todos los ciudadanos piensan igual, de ahí lo de la pluralidad. Es de vital importancia que la democracia de un Estado puede encontrar un equilibrio, un punto de diálogo precisamente entre el “consenso” y el “disenso”; pues el justo equilibrio entre estas dos dinámicas de pensamiento o de opinión, propicia puntos de encuentro que revelan la capacidad del sistema para promover una serie de iniciativas que respondan eficientemente y con prontitud a los procesos emergentes que pueden alterar la estabilidad de la nación. En este sentido, (63)en la sociedad democrática los intelectuales ejercitan un rol fundamental dentro de la opinión pública realizando una constante evaluación de las acciones del gobierno, deteniéndose en particular en el análisis de las medidas que fortalecen o debilitan a este tipo de régimen político. Análisis que se realizan desde diversos frentes, ya sea a nivel general o particular, a través de las universidades, por medio de los periódicos o mediante los partidos de masa, por mencionar sólo los más significativos. Baca de Olamendi, 1996, pp. 63-65; 1995, pp. 24-33.

quieren instaurar una cultura más autónoma y abierta. También se evidencia la orfandad en la que de alguna manera se encuentra el artista desligado del centro protector partidario, pues en países como Colombia, el ingreso a la modernidad cultural fue tardío a pesar de que el norte siempre fueron las grandes metrópolis europeas, las cuales “funcionaban como focos de creación y prestigio, de donde venían las ideas y los estilos inspiradores”,<sup>48</sup> actitud *esnobista*<sup>49</sup> que para los conservadores encarnaban los intelectuales-escritores que disientían de la tradición hispanista.

La teoría y estudios sobre el intelectual abarca una bibliografía bastante amplia que se desborda, ya que son múltiples, diversos, contradictorios y ambiguos los enfoques que tratan esta “categoría social”,<sup>50</sup> en aras de analizar el papel protagónico que los intelectuales tuvieron con el Estado y, por tanto, con las transformaciones socio-culturales del país en vías de modernizarse. Las publicaciones son de largo aliento y los esfuerzos han intentado trascender el esquema político. Situación no siempre lograda y superada, debido precisamente al alto componente político bipartidista que permea a la nación colombiana; pues la propia circunstancia histórica que genera al intelectual tiene que ser analizada en su estrecha correlación con los ámbitos de lo político, lo cultural y lo social, sin los cuales, se estaría hablando de un sujeto “autista” que vive encerrado en su torre de marfil y no en un escenario donde desarrolla e implementa su acción-participación.

Los estudios sobre el intelectual, pensados desde ese énfasis,<sup>51</sup> están caracterizados por un enfoque de la historia social y de la cultura, y en ese sentido, su mérito consiste en que se ocupan explícitamente de la relación entre letrados y política, nación y letrados, élites y pueblo, etcétera, pero su falencia es precisamente el marco de dicho estudio: los partidos tradicionales. Los aportes que brinda Urrego al respecto, son bastantes

---

<sup>48</sup> Altamirano, 2008, p.10.

<sup>49</sup> *Snob* es una palabra de origen inglés que caracteriza el comportamiento afectado de ciertas personas al querer imitar y poner por encima de lo propio la valoración de lo extranjero. Para el contexto colombiano también se puede traducir como lo “extraño” en aras de aparentar.

<sup>50</sup> Baca Olamendi, 1995, pp. 24-33. También “Los intelectuales entre consenso y disenso”. 1996: pp. 63-65; Bobbio, 1998; 1993; Said, 1996 y 2006; Benda, 1974; Coser, 1968; Gramsci, 1967; Sánchez Gómez, 2003; Bourdieu, 1995; Darnton, 2004; y Shils, Edward, 1976.

<sup>51</sup> Se referencia aquí conjuntamente el segundo tipo de trabajos, cuyos escenarios son Latinoamérica en general y Colombia en particular, para efectos de este proyecto. Acevedo, 1986; Altamirano, 2006; Cancino, 2004; Cruz Kronfly, 1994; Cortázar, 1983; Gilman, 2003; Gutiérrez Girardot, 1980, 1987 y 1989; Hopenhayn, 2002; Jaramillo Uribe, 2001; Jiménez Panesso, 1992; Pachón Farías, 1993; Ruíz, 2005; Sánchez Gómez, Pécaut y Uricoechea, 2003; Sánchez Lozano, 1992; Silva, 2005.

ilustrativos.<sup>52</sup> En cinco grandes ejes temáticos,<sup>53</sup> descontando la “Introducción”, que aclara la terminología y las etapas históricas de Colombia en cuanto al proceso intelectual, aborda la situación particular del intelectual en un país como éste signado en su historia por los avatares de los dos grandes partidos políticos. Las indagaciones, a veces cortas, son de indudable aporte, sobre todo, por el tema de los intelectuales en la República Liberal. Se rescata de este texto el recorrido y razonamiento que hace de los intelectuales como pensadores en cada uno de los períodos dominantes; tratando de encontrar el tipo histórico de intelectual que cada época privilegia y determina de acuerdo a sus condiciones y concepciones. A través de un examen objetivo, enfoca las falencias y aciertos de los intelectuales en su relación con el Estado, en la perspectiva de analizar las dinámicas y contradicciones de ésta relación. También aborda la importancia e incidencia de algunas revistas culturales, sobre todo en la oposición: revistas de provincia y revistas del interior. El análisis, aunque panorámico, es verdaderamente ilustrativo.

Para Bobbio, los intelectuales se ubican en cuatro criterios: a) poseen una instrucción o cultura superior. b) se caracterizan por la especialización en una determinada actividad mental, c) hay una especificidad en el comportamiento que tienen con relación a la autoridad y a las instituciones, d) la colocación dentro de la estructura de clase les otorga funciones de credibilidad y autoridad.<sup>54</sup> Según esto, para el período de La Revolución en Marcha (1934-1938), el papel del intelectual dentro del poder estatal había dado un cambio significativo: si bien continuaban representando las adhesiones –muchas veces doctrinarias al partido– que había caracterizado a los intelectuales gramáticos y poetas del partido conservador finalizando el siglo XIX y comenzando el XX; las transformaciones de los años treinta los obligaron a repensar su filiación partidista y su manera de ejercitar ese rol dentro de sociedades en vías de modernización. En consecuencia, la opinión pública expresada en los artículos periodísticos y en los informes producto de las labores

---

<sup>52</sup> Urrego, 2002.

<sup>53</sup> 1) Los intelectuales orgánicos del Bipartidismo / Los intelectuales bajo la Hegemonía Conservadora. 2) Los intelectuales bajo la República Liberal. 3) Los intelectuales bajo la Violencia. 4) Los intelectuales contra el Estado / La creación de un campo intelectual. 5) La reintegración de los intelectuales. / La captación de los intelectuales disidentes.

<sup>54</sup> Cfr. Baca Olamendi, Laura, 1995, p. 26.

ministeriales, les señalaron un campo de acción en el que podían realizar una constante evaluación de las propuestas del gobierno. Desde esta línea,

[...] los intelectuales pueden ser considerados como “propiciadores del pluralismo” ya que son los encargados de examinar críticamente los símbolos, los mitos y los ritos que permiten justificar o condenar un particular estado de cosas y, en esta medida, pueden relacionarse en modo inmediato ya sea con la formación de consenso o, por el contrario, con la producción del disenso en un período histórico. Es claro que los intelectuales han desempeñado en la época contemporánea una función específica en la formación de aquel ámbito de la sociedad civil en el que se expresa la denominada “opinión pública”. De ahí que la responsabilidad de estos particulares sujetos de la cultura, sea alta, pues en gran medida ejercitan el espíritu crítico interviniendo de manera directa o indirecta en el proceso político.<sup>55</sup>

Olamendi, retomando los planteamientos de Bobbio, anota que

[...] cada sociedad tiene los intelectuales que le convienen y si la sociedad es convulsionada o atrasada o enferma, los grupos intelectuales no pueden no resentirlo. Entre más atrasada es la sociedad, más los intelectuales son retóricos, ideólogos, despreciadores de las técnicas, exaltadores de un saber contemplativo que pregona la propia total inutilidad.<sup>56</sup>

Otro Tanto hace Sánchez Gómez al plantear un esquema un poco reduccionista pero bastante esclarecedor, presenta lo que Urrego quiere escudriñar en su trabajo, esto es, el tipo de intelectual histórico en cada época y la coexistencia de varios dentro de un mismo período. En la clasificación que hace Sánchez Gómez, se resalta la de “los intelectuales maestros” (la lucha por la autonomía cultural), porque se acomoda a los intelectuales de la República Liberal.<sup>57</sup> En su libro, Altamirano,<sup>58</sup> hace un recorrido por la connotación del intelectual y su participación en la sociedad. De los seis capítulos<sup>59</sup> en los que desglosa su acercamiento al concepto *intelectual*, son importantes los dedicados a las “Perspectivas metodológicas”, “Una especie moderna” y “Contextos”. En ellos recoge las diversas funciones o categorías del intelectual en distintos contextos y momentos de una fase histórica. Particularmente, el capítulo referido a las “Perspectivas sociológicas” le da gran amplitud y vuelo al concepto de intelectual que se considera en Colombia en una etapa histórica que se preci6 de ser abierta y plural.

<sup>55</sup> Baca Olamendi, 1996, p. 63.

<sup>56</sup> Baca Olamendi, 1995, p. 28.

<sup>57</sup> Sánchez Gómez, Gonzalo; Pécaut, Daniel, Uricoechea, Fernando (2003). *Los intelectuales y la política*.

<sup>58</sup> Altamirano, Carlos (2006). *Intelectuales. Notas de investigación*. Ver también del mismo autor, *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos* (2005).

<sup>59</sup> 1) Nacimiento y peripecias de un nombre, 2) La tradición normativa, 3) A la luz del marxismo, 4) Perspectivas metodológicas, 5) Una especie moderna, 6) Contextos.

La configuración de los intelectuales como *campo* se sustentará en la teoría del sociólogo francés Pierre Bourdieu,<sup>60</sup> quien observa los campos como espacios estructurados de posiciones, históricamente constituidos con sus instituciones específicas y sus leyes de funcionamiento propias. Pueden ser del orden económico, cultural, social o simbólico. Se podría decir que el *campo cultural* contiene los subcampos intelectual, artístico, literario y sociológico. Sin embargo, en este trabajo de investigación no se manejará la distinción entre campo y subcampo, de manera práctica se utilizará la categoría general de *campo intelectual* y literario, y que se desarrolla con el capítulo denominado “Intelectuales, críticos y modernización cultural: Baldomero Sanín Cano, Hernando Téllez y Jorge Zalamea”.<sup>61</sup>

Teóricos como Mannheim,<sup>62</sup> Giddens, Melo y Cancino Troncoso,<sup>63</sup> entre otros, aportan a la dilucidación del concepto de *modernidad* y *modernización* y cómo entenderla, en el caso de esta investigación. El alcance conceptual de estos términos, sobre los cuales gravitan las disposiciones y los tropiezos de las políticas liberales emprendidas por el gobierno de López Pumarejo, se entenderán *grosso modo*, como el avance espiritual y cultural que se deriva del ejercicio y apertura de la razón en el caso de la modernidad. Dando paso con ello a discrepancias y contradicciones en torno a los diversos discursos ideológicos que el posicionamiento de la razón genera. En contraparte, la modernización sólo se ceñirá al aspecto concerniente a lo material, a la técnica y al progreso representado en nuevas formas económicas. No obstante, en el contexto político-cultural colombiano de las décadas del veinte, treinta y cuarenta, estas dos categorías conceptuales irán en contravía, y al mismo tiempo, se asimilarán para algunos sectores como una sola.

---

<sup>60</sup> Pierre Bourdieu (1930-2002) es uno de los sociólogos más relevantes de la segunda mitad del siglo XX y ocupa un lugar destacado junto a Chartier, Derrida, Foucault y Deleuze, por mencionar sólo algunos de los más importantes teóricos franceses. Sus aportes novedosos y determinantes se inscriben en el ámbito de la sociología de la cultura. Conceptos como *campo*, *capital simbólico* y *habitus*, generaron un cambio radical en la manera cómo se concebían y abordaban los estudios culturales.

<sup>61</sup> Bourdieu, 2002.

<sup>62</sup> Mannheim, 1973, 1963a y b.

<sup>63</sup> Giddens, 1993; García Canclini, 1989.

La *crítica literaria* en Colombia es el tema desarrollado en el último capítulo de esta tesis. Por supuesto, el concepto funciona cohesionado a las nociones de cultura, literatura y modernidad que se manejaban en el contexto de la República Liberal. Sin embargo, más que referirse a un período histórico político, se trata de desentrañar las posiciones y concepciones que sobre dichos conceptos se presentaban en la tercera década del treinta en Colombia, incluso extendiéndose su influencia a los años cuarenta y cincuenta. Baldomero Sanín Cano, Jorge Zalamea y Hernando Téllez, son en parte, la representación de tres voces críticas, que cayeron en errores partidistas, unos más que otros; pero que ayudaron a consolidar una idea de nación, cultura y crítica literaria.

El estudio de un estado de la crítica literaria en Colombia en el período liberal va de la mano no sólo con los juicios y avances de la literatura como género literario, también se encuentra en estrecha relación con la forma escritural y discursiva predominante en los periódicos y revistas de la época, particularmente, en las últimas: se trata del género ensayístico. No es objeto de esta investigación centrarse en el análisis del ensayo como género, pero se hace necesario reflexionar un poco en sus antecedentes y proyecciones para dimensionar la importancia de los juicios que en materia literaria y político-social expusieron y debatieron los tres críticos propuestos. Dado que su participación en la prensa fue determinante para el ingreso y conformación de un campo intelectual y por tanto la voz autorizada para legitimar o deslegitimar políticas culturales y sociales, no se debe pasar de lado, la labor que cumplieron como articulistas, columnistas e, incluso, creadores y directores de medios culturales de difusión.<sup>64</sup> Anota Cataño:

Los ensayistas surgieron “especialmente al lado de los periódicos y de las revistas literarias y de crítica social y política, los medios más adecuados para el escrito breve. Allí se afincó el ensayo como forma dominante de nuestro tiempo, como el molde más afín a las publicaciones masivas dirigidas a un público lector en rápido crecimiento y cada vez más

---

<sup>64</sup> Cataño señala que los ensayistas surgieron “especialmente al lado de los periódicos y de las revistas literarias y de crítica social y política, los medios más adecuados para el escrito breve. Allí se afincó el ensayo como forma dominante de nuestro tiempo, como el molde más afín a las publicaciones masivas dirigidas a un público lector en rápido crecimiento y cada vez más ávido de materiales cortos y de aliento festivo. Y junto con la educación formal, se unió a la democratización de la cultura iniciada por la invención de la imprenta y la expansión del alfabetismo Cataño, Gonzalo (1995). “El ensayo literario”. En: *La artesanía intelectual*, p. 27. Observa Ruiz que el auge y madurez del ensayo como género literario dependió del papel fundamental de los medios culturales de difusión. “En Colombia vemos cómo el nombre de Sanín Cano va unido a la *Revista Contemporánea*, de igual manera que el de Germán Arciniegas va unido al de la *Revista de América* y el de Pedro Gómez Valderrama y Hernando Valencia van unidos al de *Mito*”, Ruiz, Jorge Eliécer y Cobo Borda, J. G. (1976). (Selección). *Ensayistas colombianos del siglo XX*, p. 11.

ávido de materiales cortos y de aliento festivo. Y junto con la educación formal, se unió a la democratización de la cultura iniciada por la invención de la imprenta y la expansión del alfabetismo.<sup>65</sup>

El oficio periodístico fue para Sanín, Zalamea y Téllez, no sólo la tribuna de debate y puesta en escena de postulados intelectuales y literarios, sino también una profesión, una manera de ganarse la vida y el prestigio social. Su colaboración en los diarios se hizo siempre desde el artículo de opinión, en él planteaban dictámenes concretos suscitados por un tema de actualidad. Dependiendo del periódico y la circunstancia histórica imperante en el momento, disponían de mayor o menor libertad expresiva; pero casi siempre, debido al tono, la seriedad y la perspectiva analítica con la que se dirigían a sus lectores, conseguían establecer cierta complicidad con ellos, ganando credibilidad y capacidad de influencia. Cuando esto sucedía, el periodista se hacía acreedor a su propia *columna* personal, la cual versaba sobre cuestiones de actualidad o asuntos que despertaban el interés de los lectores.<sup>66</sup> En todo caso se volvían especialistas en el tratamiento de los temas, a través de un dominio particular del lenguaje, entre mordaz y satírico pero de indudable vena crítica, ofreciendo una perspectiva única, en su estilo, de los hechos nacionales. Así, no únicamente el periodista ganaba su prestigio, también el periódico se hacía respetable y creíble.

Sin embargo, para un escritor, el oficio periodístico se torna repetitivo, limitado y efímero; ya que la nota crítica o la reseña no permiten el despliegue de elucidaciones más amplias. Recurre entonces al ensayo, que aunque para la época, es de extensión breve y más política que metafísica, le posibilita razonamientos de más alto vuelo, a partir de los cuales configura el campo intelectual, disertando todavía sobre los asuntos nacionales y la manera como el país los asume y consolida, pero desde perspectivas más universales. El ejercicio de las formas discursivas ensayísticas, no sólo exigen mejor manejo del lenguaje, menos vehemencia partidista y panfletaria, sino además, preparación conceptual, conocimientos y criterios ideológicos abiertos y pluralistas, en los que el ensayista expone su visión particular del mundo, explicitándola con fundamentos de análisis que admiten la argumentación y la contra argumentación. En esencia, el ensayista hace discurrir su

---

<sup>65</sup> Cataño, 1995, p. 27

<sup>66</sup> Columnas célebres fueron: “Danza de la horas” de Enrique Santos Montejo (Calibán), escrita para El Tiempo. “Glosario sencillo” de Armando Solano. “Marginalia” de Jorge Zalamea. “El Espejo de los días” de Hernando Téllez.

pensamiento a través de la utilización de procedimientos intelectuales. Un ejercicio de la inteligencia que abre vías de análisis a las nuevas tendencias del arte y la literatura.<sup>67</sup>

En este sentido, el ensayo le sirve al intelectual para expresar una posición crítica que no sea netamente informativa o cotidiana con relación al acontecer nacional. Como señala Cataño, en Colombia la obra de los críticos literarios como Saint Beuve, Baudelaire e Hipólito Taine va incidir en la postura científica del ensayo; es decir, éste se va a dejar influenciar y alimentar por posturas filosóficas, sociológicas e históricas que van a hacer de la crítica literaria un campo más rico en matices de interpretación. No obstante, como se verá en el acápite dedicado a Baldomero Sanín Cano, lector y seguidor de estos críticos, en especial de Taine, todavía pasarán varias décadas en Colombia antes que los críticos comiencen a aplicar estos postulados y dejen de hacer una crítica laudatoria y descalificadora.<sup>68</sup>

A modo de hipótesis, el ensayo crítico-literario desarrollado por Sanín Cano, Jorge Zalamea y Hernando Téllez, contribuyó a construir y delinear una idea moderna de la literatura en Colombia, al cuestionar, no solo el problema del compromiso político del escritor, sino también la idea del arte y su papel dentro de la sociedad. Ellos debatieron la herencia histórica heredada de la España de la Regeneración, e intentaron además abrir fronteras culturales a través de perspectivas críticas universales. El nacionalismo colombiano desgastó sobre todo a Zalamea y a Téllez, pero no por ello fueron menos trascendentes sus juicios críticos.<sup>69</sup>

Es válido advertir que las herramientas conceptuales de esta tesis se instrumentalizan a partir de las reflexiones analíticas que en su momento la narrativa requiera. Por ejemplo, la comprensión teórico-reflexiva sobre los discursos políticos como *metarrelatos*, la discordia entre la *tradicción* y *modernidad*, la comprensión sobre *Civilidad, Cultura y Democracia*, y la relación entre la *cultura* y *crítica literaria*, se exponen en los distintos capítulos del cuerpo de la tesis.

---

<sup>67</sup>Ver Gutiérrez Girardot, 2006, pp. 167-184.

<sup>68</sup>Cfr. Cataño, 1995. Ver Urriago Benítez, 2007.

<sup>69</sup>Rodríguez Monegal, 1969; Earle G., 1969. Ver también Paz, 1982; Skirius, 2004; Gómez García, 2003; Weinberg, 2004.

## Metodología

El *enfoque historiográfico* elegido se centra en una historia intelectual desde perspectivas interdisciplinarias que acogen lo sociológico, la historia, la literatura y la crítica literaria. Los planteamientos teórico-epistemológicos de Henri Berr,<sup>70</sup> Hayden White<sup>71</sup> y Paul Veyne,<sup>72</sup> fueron un soporte teórico fundamental. Los dos últimos se inscriben en un estudio de la historia que destaca el acontecimiento sobre la teoría sin reducirla a simple relativismo o subjetivismo. La de Berr es más de carácter científico pero es importante porque concede un lugar privilegiado al conocimiento histórico, en su obra tuvo una profunda influencia en la historiografía francesa y motivó a cambiar algunas de las posturas que la primera generación de la corriente de los *Annales*<sup>73</sup> tenía sobre la noción de la historia. Berr se propuso analizar la historia a partir de las teorías ya existentes y más bien agregó a ellas un enfoque filosófico que le ayudara a tener una mejor comprensión del pasado y del presente pues consideraba fundamental la interdisciplinariedad en los estudios históricos y la síntesis científica y erudita de los mismos.

Más contemporáneos White y Veyne postulan aproximaciones abiertas que tengan en cuenta la “falibilidad” de la historia, es decir, un carácter contingente difuminador de las fronteras entre hechos reales y ficticios. No todo se puede explicar por la teoría ni por la

---

<sup>70</sup> En su tesis doctoral, *Esbozo de una Síntesis de los conocimientos, basada en la historia* (1898), Berr comenzó a conceder un lugar privilegiado al conocimiento histórico global que tuviese en cuenta todas las dimensiones de la realidad, de esta manera influyó en la historia de las mentalidades.

<sup>71</sup> La obra de White (1992) generó una verdadera revolución al plantear un enfoque narrativista para los estudios históricos. Este filósofo e historiador estadounidense se opone al realismo de los historiadores decimonónicos pues según él, el relato histórico no siempre es objetivo, es decir, tiene un carácter ficcional.

<sup>72</sup> Veyne, arqueólogo e historiador francés, escribió el célebre texto *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia* (1984), en este escrito se opone al auge de la historia cuantitativa y plantea una idea narrativista que se sustenta en un relato verídico.

<sup>73</sup> La corriente de los *Annales* es en el contexto universal, una de las más importantes del siglo XX. La historia propuesta por *Annales* se identifica con el concepto de historia total, de ahí que sus planteamientos historiográficos se nutrieran de influencias provenientes de especialistas de distintas ciencias y diversas corrientes. En 1929 Marc Bloch y Lucien Febvre, inauguradores de la primera generación fundan la revista *Annales d'Histoire Economique et Sociale* que va hasta 1937 y la cual va a tener diferentes nombres de acuerdo a las diversas etapas y directores por las que atraviesa. Tanto la revista como el grupo de historiadores tenían en mente la renovación de los estudios históricos tradicionales, propiciar el ejercicio libre de la crítica, el interés por la historia socioeconómica, la relación de la historia con otras áreas del conocimiento, es decir, un estudio más interdisciplinar, el estudio de lo cotidiano y la difusión del conocimiento histórico. Ampliación en: Moya López, 1996, pp. 61-77; Aguirre Rojas, 1996 y 2002; Ayala Diago, 2001, pp. 161-183.

erudición como lo plantea Berr. Las circunstancias mismas de la historia con respecto al pasado llevan al historiador a presentar un conocimiento mutilado de los hechos. Según Veyne el historiador no dice lo que son o fueron los hechos, más bien puede narrar lo que hoy podemos saber todavía de ellos, ya que la historia es principalmente una posible lectura de las múltiples que puede arrojar un mismo acontecimiento.<sup>74</sup> White y Veyne se oponen a las pretensiones científicas de la historia. El primero cree que es imposible distinguir relato histórico y relato de ficción, al menos desde posturas absolutistas que privilegian lo expresado en las fuentes, quienes consideran que el texto lo dice todo. Marc Bloch había señalado con respecto a este asunto que el documento es un testigo, pero no mudo, hay que hacerle preguntas. Así como un libro adquiere vida cuando se le lee, una fuente revela en tanto se la interroga. Bloch anotaba que el pasado no existe sino que son los historiadores quienes crean el pasado.

Veyne desafía el estatuto ontológico de la historia convocando al historiador a repensarla desde una comprensión perspectivista: ella no se explica a sí misma, porque las explicaciones radican en el sentido que el historiador le da al relato, ya que los hechos no existen en estado puro ni son recibidos sin mediaciones temporales y discursivas. Coincide así con Bloch al observar que el historiador hace la historia a partir de la interpretación dada a los acontecimientos que son un cruce de “itinerarios posibles”.<sup>75</sup> La visión textualista de White propone tres formas de conceptualización<sup>76</sup> básicas de acercamiento al estudio histórico. Este trabajo se identifica de modo parcial con la tercera de ellas porque permite explorar el pasado a través de las ideologías y su implicación en el contexto, esto

---

<sup>74</sup> Veyne, 1984, pp.11-55

<sup>75</sup> Afirma Veyne que “El historiador puede elegir libremente el itinerario que va a seguir para describir el campo de acontecimientos, y todos los itinerarios son igualmente legítimos aunque no igualmente interesantes” (1984, p. 36).

<sup>76</sup> 1) Las tramas literarias que corresponden a los discursos clásicos de Michelet, Ranke y Tocqueville, quienes se han servido de ellas a la hora de explicar cómo ocurrieron los acontecimientos, considerando al protagonista un héroe frente a las contingencias, una víctima del contexto. 2) Las formas de argumentación que se usan para explicar el significado de los acontecimientos. Habla de los mecanicistas como Marx, que busca leyes generales, los organicistas como Ranke que encuentra totalidades espirituales detrás de los individuos históricos y contextualistas como Michelet que busca identificar los rasgos distintivos de los sujetos históricos. 3) El modo en que los autores utilizan la historia para conocer el presente, es decir, las ideologías o explicación por implicación ideológica: anarquistas, radicales, conservadores y liberales. Cfr. White, 1992 y, la referencia en línea: <http://blogs.ua.es/tendenciashistoriograficas/la-escuela-de-los-annales/>

es, para el caso, cómo la ideología liberal y conservadora diseñaron e incidieron en la mentalidad de la época y de los intelectuales que se estudian aquí.

Ahora bien, si toda historia es una “interpretación”<sup>77</sup> en los términos en que la plantea Nietzsche, dado que el pasado<sup>78</sup> en sí mismo no existe, en tanto surge en la medida en que se interpreta, no puede elaborarse ésta a capricho o voluntad de quien desee enfrentarla y darla a conocer. Exige, para su divulgación, la responsabilidad moral e intelectual garantizando al máximo la objetividad de las apreciaciones formuladas; pues únicamente tratando de poner de relieve todos los indicios propios, no exclusivamente a la personalidad del autor, sino al tiempo, a las circunstancias y a las influencias de todo género que puedan pesar sobre él, el historiador y, en este caso, el “intermediario” cultural, interpreta el pasado, analiza el presente y lo redimensiona para la posteridad, evitando supeditar las fuentes y sus apreciaciones al servicio de ímpetus necios o vanidosos.

Así el cotejo de las numerosas fuentes primarias y secundarias que tratan el tema de la República Liberal de Alfonso López Pumarejo –el mandatario más analizado en la historiografía colombiana–,<sup>79</sup> ofertó herramientas para acercarnos a la época desde los ámbitos de lo político, económico, social y religioso de la Colombia de mediados del siglo XX.

## Fuentes

La veta más rica de fuentes primarias se encuentra en los archivos de prensa, las revistas y los debates parlamentarios de la época,<sup>80</sup> en los cuales se hallan consignados los hechos

---

<sup>77</sup> Nietzsche, 1966, pp. 53-101.

<sup>78</sup> Según Nietzsche hay tres maneras de considerar el pasado: la monumental, la anticuaria y la crítica. Las tres se fusionan en un momento dado en el historiador, pero según las precisiones y búsquedas que se estén haciendo se privilegia una de ellas. La monumental sugiere la admiración por las grandes realizaciones y los hechos ilustres del pasado, la segunda también reivindica cierta noción de lo antiguo como su nombre lo indica y la tercera, plantea una postura activa y dinámica que conduce a negar el pasado para mejor comprender el presente (1966, pp. 53-101).

<sup>79</sup> Salamanca, 1937; Molina, 1981; Tirado Mejía, 1981; 1986 y 1989; López Michelsen, 1986; Vega Cantor, 1986; Tirado C., 1986; Melo, 1996; Palacios, 1996 y 2002; Pécaut, 2001; Posada Carbó, 2003; Santos Molano, 2005; Silva, 2005 y 2002; Sierra Mejía, 2009.

<sup>80</sup> Los Archivos de prensa como *El Tiempo*, *El Siglo*, *El Liberal*, el *Semanario Sábado*, la *Revista Crítica*, la *Revista de las Indias*, *Semana*, entre otros, fueron consultados en la sala patrimonial de la Universidad de

más relevantes de la oposición liberal-conservadora. Empero, se recuerdan las apreciaciones de Jiménez Panesso, hay que leer la prensa y las revistas de modo atento y vigilante, tratando de encontrar los juicios con respecto al tema político-cultural que son menos sectarios, pues estos medios de difusión cultural se fundaron y sirvieron en muchas ocasiones más como campo de batalla y enfrentamiento ideológico doctrinario que como verdaderas expresiones de la cultura y el sano disentimiento en materia política.<sup>81</sup>

El campo cultural de liberales y conservadores contó con numerosas y diversas publicaciones, entre las que se destacan diarios como: *El Espectador*, *El Tiempo*, *El Siglo*, y revistas culturales y literarias como la *Revista de las Indias*, *Pan*<sup>82</sup> y *Revista Colombiana*.<sup>83</sup> Estos medios de difusión muestran el ambiente cultural, las polémicas y, especialmente, el tipo de producción de los intelectuales a lo largo de los años treinta y cuarenta, sin contar la influencia y radio de acción de las llamadas revistas de “provincia”.<sup>84</sup> Se hace énfasis en la *Revista de las Indias*, por ser el órgano oficial de información de la República Liberal y su larga permanencia en el medio. Los periódicos y las revistas se fundaban con una mezcla de intenciones literarias y partidistas, por eso la publicación aparecía casi siempre como medio de difusión “doctrinaria”. El componente literario y crítico, destacado siempre, se ponía al servicio de la causa política, como si se tratase de una servidumbre natural. Señala Jiménez Panesso que en Colombia se hacía difícil concebir la existencia de una revista literaria sin partido: “La aparición de cualquier tipo de publicación periódica, por más explícitos que fueran sus objetivos culturales, suscitaba la aparición de otra como respuesta banderiza”.<sup>85</sup>

---

Antioquia y la hemeroteca de la Biblioteca Luis Ángel Arango. La revista *Eco*, *los Mensajes al Congreso*, la Revista *El Gráfico*, fueron consultados en la Biblioteca Nacional de Bogotá.

<sup>81</sup> Jiménez Panesso, 1992.

<sup>82</sup> Fundada en Cali por Enrique Uribe White. La revista es de corte liberal, en ella se publican artículos sobre Jorge Eliécer Gaitán y Alfonso López Pumarejo. También se reproducen artículos escritos por intelectuales como Sanín Cano y Germán Arciniegas, que han sido publicados en otros diarios. En ella colaboran Armando Solano y Juan Lozano. Su período de duración es corto (1935 y 1940), en estos años alcanzó a publicar 36 números.

<sup>83</sup> Fundamental para analizar y contraponer, a pesar de que surge tres años antes que la *Revista de las Indias*, en el mes de abril de 1933. Fue publicada por Laureano Gómez, uno de los jefes más importantes del conservatismo, y a diferencia de *Pan* mantuvo una permanente y completa información sobre los sucesos nacionales e internacionales. Urrego, 2002, p. 110.

<sup>84</sup> Por ejemplo, las publicadas en la Costa, en Medellín, en Manizales, etc., como Alfa, y Atalaya, entre otras.

<sup>85</sup> Jiménez Panesso, 1992, p. 11.

La lectura de estas fuentes revela más pasión y fanatismo en los conservadores y cierta apertura en el gobierno liberal de López Pumarejo; pero en esencia, el lenguaje utilizado en el discurso periodístico y parlamentario es retórico, vehemente y mordaz. Sólo la literatura, la crítica y el ensayo literario, en los tres autores escogidos, deja atrás esta mirada sensacionalista y panfletaria. Hay un afán por reivindicar el valor de la literatura como obra de arte, despolitizada y desmercantilizada. Ellos aspiran a que el pueblo adquiriera la mayoría de edad a través de la educación y de una alta valoración por la literatura nacional y universal.

La primera lectura realizada sobre el contexto histórico de la República Liberal se hizo en los periódicos *El Tiempo* y *El Siglo*,<sup>86</sup> el primero de ellos relacionado con el ala liberal y, el segundo, con la conservadora. El director y propietario de *El Tiempo*, Eduardo Santos, sucedió a Alfonso López en su primer mandato y desde su periódico alentó posiciones tanto en contra como a favor de las políticas lopistas. No obstante, fueron muchas más las divergencias que tuvo con su predecesor. *El Tiempo*, *El Espectador* y *El Siglo*, dieron cuenta en sus páginas de los convulsionados debates ideológicos que signaron el país en las décadas del treinta al cincuenta, ganándose no sólo la animadversión de los oponentes, sino incluso, la censura.

En 1952, ante la negativa de Santos de publicar en su periódico una comunicación del gobierno del general Rojas Pinilla, que él consideraba injusta y arbitraria, éste ordenó la clausura de *El Tiempo*, propiciando que voces de intelectuales y diarios de otras naciones se pronunciaran en contra de esta medida represora.<sup>87</sup> Al respecto escribió Arciniegas:

La historia de Colombia en los últimos cuarenta y cinco años se ha escrito en “EL TIEMPO”. Las palabras de cuantos han tenido alguna actuación en el país, ahí están. Para hacer el relato de las vidas de Carlos E. Restrepo o Marco Fidel Suárez, de Olaya Herrera o de Laureano Gómez, de Alfonso López o Gabriel Turbay, de José Vicente Concha o Jorge Eliécer Gaitán, “EL TIEMPO” será siempre fuente de información insustituible. Unos y otros, liberales o conservadores, escribieron y hablaron para ese periódico [...]. No solo la historia política de Colombia está en las colecciones de “EL TIEMPO”. Está la del espíritu nacional, de su

<sup>86</sup> Los archivos de ambos periódicos se encuentran digitalizados en la hemeroteca de la biblioteca Luis Ángel Arango en Bogotá y allí fueron consultados.

<sup>87</sup> Entre los que se pronunciaron se encuentran, Luis Eduardo Nieto Caballero, Ramón Sender, Raúl Andrade (quien escribió desde *El Comercio* de Quito), *El Mercurio*, de Valparaíso (Chile), Germán Arciniegas y el mismo Eduardo Santos que envió un comunicado al presidente.

cultura. Y en buena parte la del pensamiento de nuestra América y la del pensamiento libre de España. Ahí está la obra final de Guillermo Valencia y la de Sanín Cano, la poesía de Luis C. López, los ensayos de López de Mesa. Ahí han aparecido las nuevas generaciones y surgido Jorge Rojas, Hernando Téllez, Eduardo Carranza, Eduardo Caballero Calderón, y tantos más a quienes la vida ha dispersado hacia los cuatro puntos cardinales. La escuela nueva anunciada por Agustín Nieto Caballero se hizo posible en buena parte por “EL TIEMPO”. [Él] era lo que fue “El Sol” de Madrid en los mejores días de Ortega y Gasset. Sería imposible hacer la historia de las bellas artes en Colombia sin colocar en primer término a Ricardo Rendón y a Alberto Arango Uribe, los dos dibujantes que en cien años no tienen quien les supere. Casi la totalidad de su obra fue hecha para “EL TIEMPO” como tribuna política. Fue algo más: fue la casa de la cultura colombiana.<sup>88</sup>

### Agregaba que

[...] la entrañable prosa de Gabriela Mistral fue escrita para “EL TIEMPO” y ella misma dedicó a Eduardo Santos su *Canto a América*. Haya de la Torre, al quedar libre de su prisión diplomática y restituirse a la vida pública, escogió [este diario] para reanudar el diálogo con sus lectores. Vasconcelos recordaba en estos días cómo halló ese refugio cordial cuando se vio burlado en México. Los muchachos de Venezuela perseguidos por Juan Vicente Gómez escaparon de caer en la “Rotunda” y pudieron decir su palabra de libertad en el diario de Bogotá. “EL TIEMPO” era la gaceta que hubiera soñado José Martí para su América Libre. Y aún para la España Libre. Desde don Luis de Zulueta hasta Rafael Alberti, el pensamiento y la poesía de la grande España peregrina encontró allí su segunda casa solariega. Alfonso Reyes, Rómulo Gallegos, Pablo Neruda, Julio Barranechea, Carlos Pellicer, Mariano Picón Salas, Arturo Uslar Pietri han alternado en las páginas del Suplemento Dominical de “EL TIEMPO” con los jóvenes y viejos de Colombia. Como Teresa de la Parra fue de “EL TIEMPO”, lo han sido Juana de Ibarbourou y sus hermanas en la poesía. “EL TIEMPO” era la casa grande. Espejo de Colombia, de América, de nuestro mundo espiritual.<sup>89</sup>

La extensión de estas citas ilustra de modo general la importancia que *El Tiempo* tuvo como diario capitalino y nacional. Como lo revela Arciniegas, no sólo a través de sus páginas se puede analizar buena parte de la política e historia de Colombia; también allí se dieron a conocer los cambios contundentes que se empezaron a manifestar hacia la década del treinta en países latinoamericanos como: Venezuela, México, Perú y Cuba en sus propios procesos de organización política interna y los conflictos con la internacional. Era la época en que los intelectuales y escritores se pronunciaban y denunciaban las persecuciones sufridas por los comunistas y socialistas a manos de los dictadores en el poder. *El Tiempo* también se destacó porque daba cabida a publicaciones de grandes de la literatura como Mistral y Neruda. Estos dos escritores chilenos –ganadores del Premio Nobel de Literatura-, 1945 y 1971, respectivamente, se identificaban para el momento con las reivindicaciones comunistas e indigenistas, además de abogar por los derechos de la

<sup>88</sup> Arciniegas, 1955, pp. 219 y 220.

<sup>89</sup> Ídem., p. 220.

mujer.<sup>90</sup> Por su parte, Víctor Raúl Haya de la Torre adelantaba en Perú, junto con José Carlos Mariátegui, la conformación de los partidos políticos de masa. El movimiento fundado por él, Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) en 1924, sienta las bases para terminar con el monopolio de las oligarquías sobre el pueblo excluido de la participación social y política.

No es pues gratuito que este tipo de ideas fueran acogidas en Colombia, ya que en los años posteriores a la Revolución en Marcha los intelectuales esperaban mejorar la educación del pueblo, establecer una democracia más participativa y sacar adelante la reforma agraria. Se observaba también que la España moderna no está ausente del imaginario político y literario de Colombia. Algunos integrantes de la Generación del 98 y del 27 trataban de oponerse al oscurantismo y retraso de la España ortodoxa. Como se verá en el acápite dedicado a Jorge Zalamea, este intelectual será uno de los mayores admiradores y seguidores de estas generaciones, influencias que tratará de introducir al país. Finalmente, la participación de mujeres escritoras como la venezolana Teresa de la Parra y la uruguaya Juana de Ibarbourou, señalaban el camino de la liberación femenina no sólo en el aspecto jurídico y social, sino en la incursión en las letras americanas. La primera de ellas se inmortalizó con la obra *Ifigenia*,<sup>91</sup> en la que presenta el drama de la mujer frente a una sociedad que no le permite tener voz propia. La Ibarbourou, por su parte, fue una poetisa de largo aliento que a través de sus poemas denunció la condición de sometimiento de la mujer.

En síntesis, en la valoración que hizo del diario colombiano, el boliviano Alcides Arguedas entre 1929 y 1930, a su paso como embajador en Colombia, manifestó:

El Tiempo, es el periódico más autorizado y más serio de Colombia. [...] Políticamente pasa por órgano del partido liberal; pero sus principales lectores se encuentran entre los conservadores del país y son los políticos de todos los partidos, y, particularmente las gentes del gobierno quienes toman nota de sus opiniones, porque su dictadura espiritual en la nación es grande y constituye una fuerza que sería muy peligroso desconocer y menos desdeñar.<sup>92</sup>

---

<sup>90</sup> Ver de Mistral (1980). *Lecturas para mujeres*. Sobre los temas que Mistral trata en su obra con respecto a la tierra, el indio, la mujer y el pensamiento social, leer a Montecino Aguirre, 2000, pp. 337-341. Ver Neruda, Pablo, 1992 y 1979. Sobre su correspondencia y discursos consultar a Gutiérrez Revuelta, 2004.

<sup>91</sup> Parra, 1928; Ibarbourou, 1977.

<sup>92</sup> Arguedas, 1934, pp. 50-51.

Se desprende que en las páginas de *El Tiempo* se puede analizar buena parte de la política e historia de Colombia; también allí se dieron a conocer los cambios contundentes que se empezaron a manifestar hacia la década del treinta en países latinoamericanos como: Venezuela, México, Perú y Cuba en sus propios procesos de organización política interna y los conflictos con la internacional. Era la época en que los intelectuales y escritores se pronunciaban y denunciaban las persecuciones sufridas por los comunistas y socialistas a manos de los dictadores en el poder.

La consulta de *El Tiempo* se hizo en algunas fechas de 1930, por comenzar en ese año la República Liberal con Olaya Herrera, y luego se seleccionaron algunos períodos de 1935-1938, años que comprenden la Revolución en Marcha y las discusiones fuertes en materia electoral, religiosa, educativa y económica dadas entre liberales y conservadores, las cuales se contrastan con las aparecidas en *El Siglo*, fundado por Laureano Gómez en 1936. Durante sus primeros años este periódico fue un férreo opositor de las reformas de López Pumarejo, críticas acérrimas caracterizadas por un lenguaje vehemente y fogoso se publicaban en los editoriales del diario, lo que en contraparte generaba respuestas de defensa y ataque por los columnistas del periódico liberal. Estos medios de difusión permitieron reconstruir y re-crear las tensiones y polaridades político-culturales que se dieron durante las décadas del treinta y el cuarenta. Además, a partir de lo expresado por los intelectuales de ambas facciones, se observan ciertas representaciones del imaginario socio-cultural de la época, tanto en lo concerniente al campo intelectual en su relación con el Estado, como las expresiones del pensamiento con respecto a la literatura y la crítica literaria.<sup>93</sup>

Las revistas *Indias* y *Crítica* y el semanario *Sábado* ofrecieron otras vertientes de consulta sobre el panorama nacional y la participación directa de Sanín Cano, Zalamea y Téllez con sus escritos sobre literatura y crítica literaria. Lo publicado allí, planteó puntos de encuentro y desencuentro dejando ver proyectos individuales y colectivos que manifestaban las preocupaciones estéticas, políticas y modernas que vivía el país. Los textos que aparecieron en la también llamada *Revista de las Indias* fueron un vehículo

---

<sup>93</sup> Ver Beigel, 2003, pp. 105-115.

importante para la formación de instancias culturales que favorecieron la profesionalización de la literatura, la postura de América ante Europa y la discusión y el papel del intelectual en el medio político.<sup>94</sup> Como órgano cultural de la República Liberal anotaba en la presentación de su primer número que en las páginas de la Revista “se acogerán todos los estudios y todas las manifestaciones del espíritu que han de llevar la expresión y el concurso decidido del Ministerio de Educación en procura de más amplios horizontes y de más dilatadas perspectivas”.<sup>95</sup> Sin embargo, como se verá en el desarrollo de esta tesis, la revista, aunque entró a ensanchar el pensamiento colombiano a través de las ideas culturales del proyecto liberal, no logró cristalizar completamente sus propósitos debido a las contradicciones internas del partido y la diferencia de pensamiento de algunos de sus corresponsales.

De otro lado, la revista *Crítica* (1948-1951) de Jorge Zalamea, tuvo más corta duración. Se convirtió, desde la posición crítica de Zalamea en una revista cultural de grandes alcances literarios y de traducción, al tiempo que daba cabida a las denuncias ejercidas por el gobierno de Mariano Ospina Pérez y la figura retadora de Laureano Gómez. La revista pretendía revalidar las aspiraciones que alguna vez acompañaron a *Los Nuevos* en materia de estética y de arte, esto es “conectar a la literatura colombiana con las corrientes estéticas del más diverso origen en la búsqueda de una voz polifónica y universal”.<sup>96</sup> No obstante, Zalamea no llamaba a engaño con la publicación de su revista, desde el principio le imprimió un claro sesgo político y para ello era necesario que ésta fuera independiente, en ella solo figuraban Jorge Zalamea y su hijo, esto la hacía una empresa familiar y por tanto lo que allí se expresara era responsabilidad directa de los editores.<sup>97</sup> Fue clausurada en 1951, dejando el sabor de la derrota y la censura en el medio colombiano conocido como el período de la Violencia.

---

<sup>94</sup> Algunas de las temáticas que se abordaron en sus páginas fueron sobre, filosofía, economía, el destino y la labor de la literatura, los incipientes estudios sociológicos en el país, la cuestión de la raza y de las etnias, América, la intelectualidad americana, el humanismo, la crítica de arte, la antropología, la arqueología, la etnohistoria, el indigenismo, la selva, el folclor, entre otras.

<sup>95</sup> *Revista de las Indias* (1936), Bogotá, 1 (1), julio, p. 1.

<sup>96</sup> Sarmiento Sandoval, 2006, p. 286.

<sup>97</sup> Zalamea, 1948, p. 1.

La consulta de otras fuentes como *El Gráfico*, *El liberal*, *Eco* y *Semana*, sirvieron para ensanchar y reconocer mejor el contexto histórico al contrastar la manera como un mismo asunto era tratado y desarrollado en los medios que circulaban. Por ejemplo, en *El Gráfico*, “La revista más antigua de Colombia. Fundada en 1910”, así aparecía en su presentación, se abordaron asuntos coyunturales como la abstención electoral de los conservadores y los ataques a la reforma constitucional de 1936 que según Laureano Gómez pretendía eliminar la religión católica.

Nieto Caballero no escatima palabras para denunciar la actitud retaliadora e instigadora de Gómez:

Laureano Gómez, sabe que es rotundamente falso [lo afirmado]. Lo dice o lo grita para provocar una inquietud, un temor, una zozobra, para soliviantar a las masas, a las cuales saluda ya a la manera hitleriana, para plañir después, si la reacción contra la mentira oficial de su partido provoca un choque, una vez que los calumniados tan descaradamente se indignan, como es natural, y manifiestan su indignación con palabras agresivas, que están dispuestos a convertir en actos. Si cada cual examinara la situación en él mismo y viera que tiene su iglesia abierta, su propiedad incólume, sus hijos en clase de religión en las escuelas, sus ahorros en el baúl o en el banco, y que los impuestos -con los que se construyen caminos, edificios, se sanean las regiones, se dota al ejército de elementos para la defensa de la patria, se educa a los niños de las masas populares, se intensifica la asistencia pública y muchas cosas más- son apenas una parte mínima de su sueldo o de sus utilidades, quedaría al descubierto la gran farsa. Pero entre gentes emotivas se oye la afirmación, acerca de los arrasadores propósitos del gobierno, y se odia al gobierno. Del otro lado, como obligada respuesta, empieza también a agigantarse el odio.<sup>98</sup>

*El Liberal*, en cambio era netamente lopista y, por tanto, publicaba artículos de defensa ante los ataques al gobierno de López, y *Eco* y *Semana*, combinaban la cultura, el arte y la literatura con artículos de crítica sobre el panorama nacional.

Algunas de las publicaciones lograron incluir verdaderas notas de crítica literaria, sobre todo cuando éstas eran escritas por críticos de la talla de Sanín Cano, Zalamea y Téllez. Para ellos, la tarea de la crítica literaria debía trascender el significado más simple que se le conocía: hablar de los libros con mayor o menor especialización, casi siempre con esta última. La crítica literaria debía institucionalizarse y ampliar su radio de acción al, “estudio de los efectos sociales de la literatura, la configuración de un público lector, la

---

<sup>98</sup> Nieto Caballero, L. E. (1936). Al Correr de los días. *El Gráfico*, 15 de agosto, p. 704.

formación del gusto en cuanto fenómeno social, [debía] corresponderle al crítico, componer familias intelectuales y señalar las tendencias comunes y los caminos dispares”.<sup>99</sup>

Esa era la directriz que siguieron en el ejercicio de la crítica los tres intelectuales elegidos, intentando subvertir el ejercicio de la crítica ligado indisolublemente a la religión y a la política. La *Revista de las Indias* (1936-1950), perteneciente al Ministerio de Educación Nacional, intentó aglutinar a los más importantes intelectuales del país, construir una posición del liberalismo respecto a la cultura y la educación y obtener un reconocimiento internacional. La revista despertó la animadversión del conservatismo y de la Iglesia. Esta última condenó en varias ocasiones, la publicación por considerarla inmoral. Ante la presión, y debido a la realización de un encuentro de escritores en Bogotá, el gobierno de López Pumarejo cedió la publicación a los académicos y encomendó la dirección a Germán Arciniegas. A partir de 1938, la revista se convirtió en el órgano de expresión del grupo y se propuso servir de medio de difusión de los trabajos de los intelectuales en Iberoamérica.

En consecuencia, con el ánimo de crear escuela en torno a sus presupuestos político-artísticos y debido a que en el período colombiano estudiado no se podía hablar del literato como una profesión estratificada y remunerada, dado que su vocación se dispersaba en el cargo burocrático, el periodismo o la prensa; ellos deciden agruparse en los clásicos escenarios institucionales heredados de las agremiaciones europeas, para el caso: el café,<sup>100</sup> la bohemia y la revista. Observa Coser:

Los escenarios institucionales son importantes, no sólo como mediadores del contacto, directo o indirecto, entre los intelectuales y su público, sino que también pueden servir a cierto tipo de intelectuales, como un medio de protegerse a sí mismos y a sus amigos de interferencias indeseables. En otras palabras, tales escenarios institucionales pueden erigir fronteras entre grupos de intelectuales y el mundo de los legos; permiten la separación y la diferenciación y constituyen un escudo contra la observación. La secta política, la bohemia y la pequeña revista, desempeñaron tales funciones en los tiempos en que el mundo de los intelectuales se había vuelto mucho más diferenciado de que lo que había sido en el siglo XVIII. Las revistas y los intelectuales asociados con ellas ayudaron a forjar las preferencias ideológicas, políticas y estéticas del nuevo público de la clase media: o reflejaban espectros

---

<sup>99</sup> *Ibíd.*, p. 9.

<sup>100</sup> Ver capítulo 2.

bastante amplios de opiniones que representaban tendencias políticas generales, o eran portavoces de doctrinas ideológicas específicas.<sup>101</sup>

De este modo, con la creación y participación de espacios institucionales, un poco al margen del dominio estatal, se dan las discusiones y propuestas que siguen teniendo como norte la idea de país pero desde la cultura. Cabe advertir, para el caso colombiano, objeto de este análisis, que los círculos, grupos y revistas no eran exclusivos de la categoría letrada; ya se ha observado la estrecha relación entre literatura y política aún en la República Liberal y grupos como el de *Los Nuevos* y *Piedra y Cielo*, la *Revista de las Indias*, la *Revista Bolívar* y la *Revista Colombiana*, por señalar algunos ejemplos, cuentan entre sus miembros y colaboradores funcionarios políticos y futuros presidentes.<sup>102</sup> Más a menos hacia la década del cincuenta, en especial con la creación de la revista *Mito*, este panorama cambió un poco. La heterogeneidad de la agremiación plantea una lucha más frontal contra el Estado, pero en esencia hay más independencia intelectual.<sup>103</sup> Las revistas entonces, buscan la difusión del pensamiento universal y su popularización, pero le añaden, o al menos lo intentan, el componente de la reflexión nacional.

Sanín Cano aporta a la revista *Mito*, una de las más importantes e influyentes publicaciones de la década de los cincuenta, su vocación modernizadora, su actitud pedagógica y el ejercicio crítico. Arciniegas, otro intelectual de gran renombre para la época, fue gestor de Revistas académicas y culturales como: *La voz de la Juventud* (1919-1920), *Universidad* (1921-1929), de la que alcanzaron a salir 152 números. Participó en la dirección del segundo período de la *Revista de las Indias* (1939-1944), en la que también estaba Sanín Cano. Estuvo en la *Revista de América* (1945-1957), *Cuadernos de París* (1963-1965), *Correo de los Andes* (1979-1988) y *Ediciones Colombia* (1925).

Aparte de esto, ambos eran colaboradores constantes de periódicos nacionales y extranjeros. *El Tiempo*, publicó numerosos artículos, sobre todo de Sanín Cano, en torno a temas diversos de la cultura nacional e internacional.<sup>104</sup> A pesar de esa cultura elitista y

---

<sup>101</sup> Coser, 1968, pp.23, 85.

<sup>102</sup> Se destacan para el período, Laureano Gómez y Eduardo Santos.

<sup>103</sup> Ver Melo, 2008.

<sup>104</sup> Ver Cobo Borda, 2000, pp. 137-139.

dogmática que dominaba el panorama cultural colombiano a finales del siglo XIX y bien entrado el XX, los intelectuales asumieron la tarea de propiciar una autonomía cultural. Los aportes de Sanín y Arciniegas en el ámbito educativo se evidenciaron en las reflexiones y luchas emprendidas en las reformas educativas. Su idea apuntaba a democratizar la cultura, formar ciudadanos, crear conciencia nacional y responder al desarrollo económico y social del país, todo ello dentro de un marco más amplio en el continente americano: crear conciencia y autonomía americana.<sup>105</sup>

No se pueden dejar por fuera las “caricaturas políticas” como fuentes fundamentales de consulta, no sólo por lo que ellas representan en los aspectos estético y gráfico – verdaderas obras de arte en su estilo-, sino además por las nuevas lecturas y visiones desde el humor negro que ofrecen sobre la realidad del país y el enfrentamiento bipartidista. Aquí se analizan algunas publicadas en *El Tiempo* y la Revista *Crítica* de Jorge Zalamea.

En síntesis, una de las tareas más importantes que se propusieron las revistas, además de publicar obras de creación de autores nacionales y extranjeros, fue la de formar un espíritu crítico con respecto a los productos de la cultura, de ahí que se le diera tanto valor al ejercicio de la crítica.

## **Disposición**

“(Dis) continuidades y rupturas de un gobierno de partido: La Revolución en Marcha de Alfonso López Pumarejo”, es el primer capítulo. Explora la “Discordia entre Tradición y Modernidad”, a partir de los planteamientos de Weber, Tirado, Melo y Molina, para ilustrar las concepciones que sobre la validez de la tradición, la dominación, la legitimidad

---

<sup>105</sup> Se planteó en el capítulo 3 como Baldomero Sanín Cano toma distancia burocrática de la política, pero desde su labor intelectual continúa desempeñando y desarrollando el *rol* de conductor espiritual y académico, sin detener su labor por las intromisiones de las luchas partidistas. Aunque no es un “ideólogo” en el sentido en que lo plantea Rama, si asume el carácter de maestro crítico que a través de su opinión legítima una postura liberal, más desde el sentido moral y filosófico que política. Ver Rama, 1985.

Rodríguez Monegal reivindica la intención del crítico en la que su actividad crítica está subordinada claramente a la actividad de forjar una conciencia americana. Ellos son forjadores de una visión de la América Hispánica, o de sus respectivas nacionalidades, que trasciende los límites de la actividad literaria (Monegal, 1969, pp. 224-225).

y la modernidad se tenía en Colombia a finales del siglo XIX y mediados del XX. Para luego abordar el contexto de la República Liberal de Alfonso López y tratar las diferencias con los gobiernos de Olaya Herrera y Eduardo Santos. En “La transición: entre la renovación o la catástrofe”, se habla del contexto de valoración de la República Liberal de Alfonso López y se tocan de perfil sus diferencias con los gobiernos de Olaya Herrera y Eduardo Santos. En “Alcances y limitaciones de un gobierno de partido” se analizan algunas políticas de López, en particular las concernientes a la participación de las masas y los puntos de oposición con los conservadores y con adeptos al mismo partido del liberalismo. Los párrafos siguientes: “Conservatismo y liberalismo: dos metarrelatos de la nación”, “Tácticas opositoristas” y “¿La paz religiosa?”, ponen en escena los debates candentes que en materia de educación, religión, política y cultura se dio entre los dos partidos a través de sus jefes políticos e intelectuales en la prensa, las revistas y el parlamento. En “Civildad, Cultura y Democracia”, se analiza el tema de la cultura y de la democracia desde distintos enfoques, para mirar si era posible que esto se cumpliera en las políticas lopiastas. Y, finalmente, en “El proyecto cultural de Alfonso López Pumarejo” se reúne la articulación de los planteamientos esbozados para examinar el alcance de las políticas culturales de López y los intelectuales adeptos a su programa de gobierno.

“Generaciones ¿Revolucionarias? o Generaciones en conflicto: La lucha por la hegemonía entre grupos intelectuales”, –el segundo capítulo–, bosqueja el ambiente intelectual que enfrentó a Centenaristas, Arquilókidas, Leopardos y Nuevos en la lucha por la renovación de la cultura. Allí se aborda la importancia de los cenáculos literarios constituidos alrededor de los “Cafés” y los medios de producción cultural. Se hace necesario tratar los años veinte porque ésta década con sus repercusiones y cambios derivados de los grandes acontecimientos internacionales como la primera Guerra Mundial, la aparición de las vanguardias europeas y latinoamericanas, la prosperidad propiciada por “La danza de los millones” y una creciente modernización del país; acentuó las diferencias generacionales que en materia política y literaria defendieron sus gestores y protagonistas, desde el conservatismo, el liberalismo, la extrema derecha, el socialismo y el comunismo. Debates que se extendieron durante los años treinta, cuarenta y cincuenta.

“Intelectuales, críticos y modernización cultural: Baldomero Sanín Cano, Hernando Téllez y Jorge Zalamea”, es el tercer capítulo e introduce a estas figuras y su campo intelectual. La historicidad es el escenario histórico-político y socio-cultural de la República Liberal y en especial del gobierno de Alfonso López Pumarejo. Se muestra cómo estos actores situados en un campo cultural específico y caótico, delinearon a su vez un campo intelectual y literario y propusieron un giro decisivo en la vida nacional a través de su participación en la prensa y en las revistas culturales de la época; logrando de alguna manera encauzar la sociedad hacia un asentamiento sobre la realidad del mundo actual, sobre sus legítimas aspiraciones de progreso y justicia y sobre el panorama cultural que regía en la nación colombiana. No se puede, por supuesto, hablar de un grupo homogéneo, ni siquiera en intereses generacionales, pero sí se pueden agrupar y resaltar sus preocupaciones y aportes comunes que en torno a los gobiernos, la cultura y la literatura, expresaron estos tres intelectuales.

“Baldomero Sanín Cano: la apertura de fronteras culturales”, hace un recorrido por su figura y su obra, las cuales están en estrecha relación con las políticas culturales de Alfonso López Pumarejo. Aunque no se haya desempeñado durante largo tiempo como funcionario en dicho gobierno, su participación en la tribuna periodística y en el magisterio con el que lo asociaron varios de sus contemporáneos, lo ubican como un pensador de avanzada que generó cambios en la cultura y la política colombiana. Por eso mereció en vida el reconocimiento de crítico literario de talla continental, manifestado por intelectuales como José Carlos Mariátegui, José Luis Romero y Juan Marinello, entre otros escritores europeos y colombianos cercanos a las discusiones socio-culturales del momento. Él se inscribe dentro de ese gran movimiento de renovación del pensamiento y de la cultura en la perspectiva de la modernidad. El método directriz aplicado fue el ejercicio de la crítica, pensada más en términos filológicos que ideológicos sin que por ello estuviera ausente en sus premisas el tinte político que no podía ser ajeno a la función del intelectual dentro de la sociedad.

En “Hernando Téllez: grandeza y servicio de la literatura”, se rescataron sus juicios críticos y se señaló la importancia de su obra en el panorama de la cultura colombiana, que

lastimosamente ha sido poco estudiada, a pesar de que varios de sus contemporáneos lo consideraron como el inmediato discípulo y sucesor de Baldomero Sanín Cano. Así como este último fue calificado como el iniciador de la crítica literaria moderna en Colombia, a su vez, Téllez representó la más alta correspondencia entre pensamiento liberal y expresión cabal del oficio literario y periodístico. En esa perspectiva este apartado buscó hacer una aproximación biográfica de los momentos más relevantes de la vida del ensayista en relación con su medio intelectual y político, con la intención de conocer el diálogo sostenido con el medio socio-histórico en el que se desarrolló su producción y crítica literaria.

Por su parte, Jorge Zalamea: *¿Una militancia literaria?*, estuvo más en consonancia con las políticas culturales de Alfonso López que Baldomero Sanín Cano y Hernando Téllez; por eso, en esta semblanza biográfica sobre el ensayista bogotano se señaló con más detalles cómo fue ese compromiso y esa labor que Zalamea cumplió con los proyectos educativos y culturales que propuso la Revolución en Marcha, con el ánimo de minimizar las distancias insalvables existentes entre el pueblo y el gobierno. No porque se hayan cumplido de la manera que se esperaba, pero sirve para analizar y entender la participación de este intelectual en un período que para los historiadores colombianos aparece como el más progresista que tuvo Colombia a mediados del siglo XX. Zalamea asumió la misión de ser el vocero del naufragio del hombre en las horas aciagas que le correspondió vivir al país. Su pertinaz adhesión al liberalismo le hacía creer que solo ésta filosofía política y humanística podía salvar al hombre de la desgracia a que lo arrastraban los odios políticos y la ignorancia en materia de cultura.

Finalmente, el capítulo cuatro, “Modernidad y Crítica Literaria en Colombia”, analiza a través de los ensayos de Sanín Cano, Téllez y Zalamea, sus posturas sobre el medio cultural colombiano, determinadas por las circunstancias sociales de su momento histórico. Aunque el pensamiento de los tres gravitaba en el mismo escenario, en las condiciones, desempeño y desarrollo de las potencialidades críticas de cada uno de ellos, se observaron situaciones económicas y de formación cultural distinta, además por supuesto, de la concepción y la relación que con lo político sostuvieron, por ejemplo, Zalamea y Téllez, en gran diferencia con Sanín que estuvo más alejado de las luchas partidistas. Esto ofrece

matices de apreciación, pero también los emparenta en posturas similares, como la de elevar el nivel cultural colombiano.

## CAPÍTULO 1.

### (DIS)CONTINUIDADES Y RUPTURAS DE UN GOBIERNO DE PARTIDO: LA REVOLUCIÓN EN MARCHA DE ALFONSO LÓPEZ PUMAREJO

Este capítulo trata aspectos relacionados con: 1) La Revolución en Marcha de Alfonso López Pumarejo, dado que es el gobernante de la República Liberal (1930-1946) que más destaca por su proyecto de modernidad y modernización.<sup>106</sup> En él se incluyen algunas valoraciones de intelectuales como: Baldomero Sanín Cano, Jorge Zalamea y Hernando Téllez<sup>107</sup> quienes, en parte, se identificaron con las propuestas lopistas, pero cuyo radio de acción desde la literatura y la crítica literaria, trascendieron el gobierno de partido de López.<sup>108</sup> 2) Mostrar al conservatismo y al liberalismo, como los dos grandes metarrelatos<sup>109</sup> de la nación durante mediados del siglo XX a través de sus políticas opositoras. 3) Señalar las divergencias entre liberalismo e Iglesia Católica, en tanto este poder eclesiástico no solo atrasó las dinámicas y procesos de ilustración<sup>110</sup> y modernidad

---

<sup>106</sup> El alcance conceptual de los términos “Modernidad” y “Modernización” ya fue señalado en la Introducción.

<sup>107</sup> En la introducción de esta tesis se aclaran las razones de la selección de los tres intelectuales liberales.

<sup>108</sup> Para López Pumarejo, un gobierno de partido no quería decir régimen de hegemonía. Gobierno de partido era una opción civilizada, libre juego de alternativas de manejo público dentro de un marco de perfecta alternabilidad. Por eso creía en el libre derecho a disentir, de este modo, dentro de las condiciones de respeto y no de ataque demoleedor, se podría construir nación (Tirado Mejía, 1986, p. 73).

<sup>109</sup> Se precisan los límites conceptuales del término “metarrelatos”, ya que no se toma propiamente en su acepción etimológica, ni en su uso con relación a la narrativa como obra de ficción. Metarrelato es una definición acuñada por la postmodernidad, específicamente por Jean François Lyotard, quien en el texto *La condición postmoderna* (2006), plantea la discusión sobre la legitimación del saber a través de los discursos o narraciones que elaboran las instituciones para darle carácter de validez a lo estipulado. En otras palabras, un metarrelato es una gran narración hecha por ciertas instituciones con la pretensión de justificar, explicar y fundamentar las creencias que se espera se compartan. Caso particular de los relatos creados por el Estado para legitimarse ante los ciudadanos, los cuales son producto del discurso de la modernidad asentada en la idea de progreso, emancipación de la libertad y la razón y calidad de vida a través del capitalismo. Algo así como la realización de ideal humano en lo social, lo político y lo económico. Cuando la modernidad fracasa en los intentos de liberalización espiritual, al generar otro tipo de esclavitud a partir del dinero, esos grandes metarrelatos-discursos ideológicos-ideales utópicos, pierden credibilidad y peso, no solo para los intelectuales disidentes del sistema, también para las masas que son las grandes receptoras. En el caso colombiano, tanto los conservadores como los liberales, elaboraron “discursos ideológicos” llenos de promesas e ideales utópicos que no se cumplieron, no solo debido a las condiciones histórico-políticas del país, si no sobre todo, por los enfrentamientos constantes que estos dos partidos mantuvieron entre sí desde su creación y posterior coalición en el Frente Nacional. El discurso del metarrelato se caracteriza, como señala Lyotard, por su prosa argumentativa de legitimación y circulación de las ideas desde las élites. Ver Lyotard, 2006.

<sup>110</sup> La utilización reiterada que se hará en este escrito de “ilustración”, no llama al anacronismo por tratarse de un movimiento de corte filosófico originado durante el siglo XVIII. Si bien la distancia temporal es amplia para enmarcarla y aplicarla al contexto colombiano de la tercera década del siglo XX, también lo es, que los

sino que fue el mayor aliado del conservatismo,<sup>111</sup> y 4) Poner en escena el diálogo entre la visión de López Pumarejo y de los tres intelectuales mencionados, sobre la situación social, educativa y cultural de Colombia.

\*\*\*

Un acercamiento a la Revolución en Marcha –a través de los cuatro tópicos enunciados– revelará nuevas lecturas y reinterpretaciones de un fenómeno político que tuvo gran número de detractores, pues las políticas económicas y culturales de López intentaban romper el estado de atraso político y social del país, y así insertarlo en una modernidad que le permitiera mayor competencia a nivel nacional e internacional. Para tal efecto, se tienen en cuenta los diversos discursos históricos emprendidos por otros investigadores que han tratado de ver el fenómeno de la República Liberal, en general, y la propuesta lopista, en particular, desde distintos campos disciplinarios como el económico, las políticas culturales y la sociología, por mencionar algunos. La visión de López no sólo destaca por su gran sentido de percepción y pragmatismo con respecto a la realidad colombiana, sino también por esa aguda proyección de “las posibilidades formativas y participativas [del] pueblo, al

---

procesos civilizatorios, de ilustración y modernidad se vivieron de manera tardía en estas latitudes geográficas. Aspectos relacionados con la conquista, posterior independencia, condición geográfica y relación con España, amén de otros conflictos internos, generaron en Colombia una lentitud y asimilación de los procesos mundiales, sobre todo de cuño europeo, que propiciaron y condicionaron otro tipo de situaciones en relación con lo cultural. En este orden de ideas, la ilustración entendida en el siglo XVIII como la luz de la razón en oposición a lo antiguo y lo caduco, en especial desde la influencia de los filósofos ilustrados franceses, los librepensadores ingleses o los ilustrados alemanes va a basar el conocimiento en la razón y la verdad científica como nuevas formas de explicar y entender el mundo y para ello debe existir un ambiente de autonomía y libertad individual que eleve el nivel cultural de la sociedad. En 1784, el filósofo alemán Immanuel Kant, publicó su respuesta a la pregunta, ¿Qué es la Ilustración? Con el ánimo de difundir la máxima de que el conocimiento no se aprende por cuenta de otros, hay que pensar por cuenta propia, ejercitando la inteligencia de tal manera, que no se viera determinada por la pautas de otros (instituciones como el Estado, por ejemplo). Para Kant “*Ilustración significa el abandono por parte del hombre de una minoría de edad cuyo responsable es él mismo*. Esta *minoría de edad* significa la incapacidad para servirse de su entendimiento sin verse guiado por algún otro” (Aramayo, 2004, p. 83). Guardando las proporciones, los intelectuales de la República Liberal de López Pumarejo como Baldomero Sanín Cano, Jorge Zalamea y Hernando Téllez, se identificaron con este postulado de la Ilustración, en la perspectiva de mejorar las condiciones culturales del pueblo, aunque, como se verá en el capítulo IV de este estudio, no lograron cumplir en su totalidad su cometido. De otro lado, la Iglesia y los conservadores vieron en la Ilustración de las masas un peligro representado en la autonomía y el deslinde de los dogmas de fe; pero vale la pena señalar que también los liberales, sobre todo los del ala derechista, se escandalizaban como los otros, por la mayoría de edad que no debería alcanzar ese pueblo “niño”.

<sup>111</sup> En el desarrollo del capítulo se matiza esta apreciación, pues no se les puede endilgar solo a los conservadores y a la Iglesia la negativa a la modernidad ya que los liberales asumieron posiciones del mismo tenor en muchas ocasiones.

que consideraba virtualmente capaz del mayor grado de conciencia política”.<sup>112</sup> No todo son elogios y bondades en el gobierno lopista. Una lectura desde los proyectos intelectuales, a través de tres críticos de la cultura como Sanín, Téllez y Zalamea, en contraste por supuesto, con el conservatismo, brinda un enfoque que permite conocer otras miradas opuestas a las de partido.

### **Discordia entre Tradición y Modernidad**

Para Weber, una de las formas de la tradición descansa en la *validez* de lo aquello que siempre existió; en este sentido el carácter sagrado de la tradición es la forma más universal y primitiva. Aunque el término es amplio y comporta connotaciones diversas, se puede asociar la tradición con el catolicismo militante aunado a un sistema de valores, ritos y creencias que se sustenta en una doctrina de poder en la sociedad. Desde esta definición, la tradición se ejerce como una dominación que necesita legitimarse. Weber señala tres tipos de dominación fundada: 1) autoridad legal, 2) tradicional y 3) carismática.<sup>113</sup> Para el caso colombiano funcionarían la tradicional y la carismática, pues por medio de ellas se da la legal. Vale aclarar que lo tradicional no es valorado únicamente como lo negativo, pues toda cultura se basa en sus tradiciones como emblema de una identidad y una construcción de nación. La tradición adquiere carácter negativo cuando se funda en el pasado por oposición al presente, y cuando las estipulaciones de ésta no emanan de un orden consensuado sino de una imposición hereditaria y arraigada.<sup>114</sup>

De ahí que la modernidad, en términos generales, sea entendida como un movimiento ideológico, cultural y civilizatorio, que alcanzará su más alta expresión en el discurso de la filosofía de la Ilustración y de la Revolución Francesa. Se opone a la tradición porque los

---

<sup>112</sup> Eastman, 1982, p. 259.

<sup>113</sup> La autoridad legal es de carácter racional y descansa en la creencia de la legalidad de las ordenaciones estatuidas y de los derechos de mando de los llamados por esas ordenaciones a ejercer la autoridad. La autoridad tradicional es la creencia cotidiana en la santidad de las tradiciones que rigieron desde lejanos tiempos y en la legitimidad de los señalados por esa tradición para ejercer la autoridad. Finalmente, la carismática descansa en la entrega extra cotidiana a la santidad, heroísmo o ejemplaridad de una persona y a las ordenaciones por ella creadas o reveladas. Cfr. Weber, 1964.

<sup>114</sup> Para Melo, “lo tradicional se identifica con: formas de trabajo no asalariado, la supervivencia del campesinado, el dominio político violento sobre amplios sectores de la población, la existencia de ideologías autoritarias, el papel represivo de la Iglesia” (1990, p. 26).

modos de reproducción social cambian y con ellos la validez de la legitimidad. En la modernidad, el pasado no tiene tanto peso sino el presente y el porvenir. Al cambiar las condiciones histórico-materiales de los sujetos, éstos se emancipan de las ideologías heredadas y la cultura tradicional que pretende ser hegemónica y homogénea. Dado que la Ilustración Francesa se apoyaba en la ciencia moderna y en el progreso constante del conocimiento, se pensaba que a estados de espíritu ilustrado debían corresponder estados económicos y morales avanzados. Otro aspecto importante, fue que la creciente tecnologización e industrialización fueron asociadas a la idea de progreso.

La modernidad en un contexto generalizado, se relaciona de manera directa con la ideología liberal, como si únicamente en ésta descansara el proyecto emancipador. Lo cierto es que el liberalismo sólo abarca una cara de la modernidad y no es el garante de la exclusión del sistema de las clases menos favorecidas porque su interés primordial radica – hasta cierto punto– en la apertura del mercado económico y, por tanto, del capitalismo y ello paradójicamente conlleva a más marginalidad. Numerosos estudios en torno a la Modernidad en Colombia contrastan los aportes y falencias en las que incurrieron los dos partidos en el poder, para sacar adelante los proyectos “civilizatorios” que llevarían al país al progreso. No obstante las dicotomías presentadas por cada una de las ideologías, Melo señala, al igual que Tirado Mejía y Molina,<sup>115</sup> que pese a las dificultades económicas y sociales atravesadas por Colombia desde finales del siglo XIX y hacia la década de los veinte, se había dado un clima propicio para el salto moderno comenzando en 1930, no sólo por el ascenso de los liberales al poder –los mayores promotores de la modernidad–, sino por la gama de acontecimientos mundiales que desde Europa estaban marcando el derrotero del cambio. La Revolución en Marcha pretendió echar a rodar este andamiaje, pero los conflictos bipartidistas obstaculizaron, una y otra vez, los intentos de modernización en el país. Dice Melo que:

[...] hubo divergencias que condujeron a identificar al partido liberal con los esfuerzos modernizadores más radicales, apoyados en la autonomía del Estado con respecto a la Iglesia, en el uso de la escuela como eje del esfuerzo cultural de transformación de la mentalidad popular, en la movilización de sectores populares y en la difusión de prácticas democráticas, y en la importación de “modelos” políticos y jurídicos europeos. Entre tanto,

---

<sup>115</sup> Melo, 1990; Tirado Mejía, 1989; Molina, 1981.

el partido conservador escogió un proyecto de modernización capitalista que pretendía conservar las estructuras de autoridad y de mentalidad tradicionales del país: el peso de la Iglesia, el dominio político de los propietarios, la ausencia de movilización popular, el uso de la educación para consolidar la formación religiosa y para promover el aprendizaje de técnicas laborales, y en general la búsqueda de instituciones que correspondieran a la “realidad” nacional, entendiendo por esto las que no innovaran substancialmente el orden social.<sup>116</sup>

Esta aparente disparidad se reflejó de manera más contundente en la forma como los liberales pretendieron desarrollar, de modo acelerado, el proceso de modernización. Es cierto que pensaron en la educación que para el campesino seguía siendo instruccionalista, lo cual no posibilitaba el acceso a otras formas de beneficio económico. Sin embargo, no todos los errores provinieron del ala liberal, pues la Iglesia y los conservadores obstaculizaron una educación laica y, realmente, los 16 años del período liberal fueron cortos para los grandes cambios que debían hacerse, pues eran fuertes los arraigos que existían desde mediados del siglo XIX. En consecuencia, agrega Melo, “se instauró un orden capitalista antes de instaurar un orden cultural y social competitivo y abierto”.<sup>117</sup> Es decir, se podría señalar que se dio una incipiente modernización en los aspectos técnicos, industriales e, incluso, en el cambio de algunos modos de vida; pero la Modernidad como un proyecto más amplio que incluía la secularización del pensamiento y la igualdad en la distribución de las riquezas, siempre sería un proyecto trunco en una Colombia anatemizada por la excomunión religiosa.<sup>118</sup>

Las tensiones entre tradición y modernidad generaron todo tipo de conflictos y enfrentamientos. La modernidad va ser percibida, incluso por algunos liberales, como una fuerza demoníaca y subversiva que atentaba contra los cimientos del orden cristiano, y volvería al pueblo en contra de las normas al darle autonomía. El contraste entre los intelectuales del siglo XIX y del XX es determinante para la oposición entre tradición y modernidad, como lo señala Cancino Troncoso. Los primeros continuaban siendo

---

<sup>116</sup> Melo, 1990, p. 28; Molina, 1981.

<sup>117</sup> Melo, 1990, p. 29.

<sup>118</sup> Como procesos de modernización en Colombia, Melo considera: “los que conducen al establecimiento de una estructura económica con capacidad de acumulación constante, y en el caso de Colombia, capitalista; de un Estado con poder para intervenir en el manejo y orientación de la economía: a una estructura social relativamente móvil, con posibilidades de ascenso social, de iniciativa ocupacional y de desplazamientos geográficos para los individuos; a un sistema político participatorio y a un sistema cultural en el cual las decisiones individuales estén orientadas por valores laicos (lo que en general), incluye el dominio creciente de una educación formal basada en la transmisión de tecnologías y conocimientos fundados en la ciencia”. *Ibid.*, p. 26.

premodernos para Colombia y universalistas para Europa, ya que la civilización y la cultura aceptada era la occidental, o sea, la europea. “Encontraban una nostalgia en el pasado ibérico y la forma de vida aristocrática de la oligarquía, ensalzando sus valores morales, estéticos y de cultura”.<sup>119</sup> El problema no radicaba solo en la valoración de lo europeo, pues tanto los intelectuales conservadores como los liberales, tenían como medida la formación recibida en el exterior; la gran diferencia se daba en el plano ideológico y de aplicabilidad al contexto colombiano; es decir, en muchos conservadores primaba una visión hispanista o derechista, influencia de la cultura española y francesa. Por el contrario, esas mismas influencias, pero de cara a la modernidad y a la apertura racional, perfilaba las propuestas de los liberales.<sup>120</sup>

La política económica de Alfonso López aspiraba a convertir a Colombia en un país capitalista moderno, en condiciones de competir en igualdad de circunstancias con mercados más amplios como los europeos y los norteamericanos. Por eso debían atacarse las estructuras monolíticas y levantar el nivel de vida de las masas colombianas, insertándolas en un mercado de consumo que, paradójicamente, también presentaba sus reverses porque no tenían las clases bajas capital para invertir; se movían al vaivén de la fluctuación de los precios. Era pues necesario legislar la reforma tributaria, apoyando y protegiendo el desarrollo de las crecientes industrias pero, a la vez, poniendo límites a la venta de los productos. Estas políticas que no se pudieron aplicar por la continua negación de los actores para participar en procesos de civilidad y modernidad, fueron luego detonantes de la Violencia de los cuarenta.<sup>121</sup> Los análisis de Arias Trujillo, con respecto a

---

<sup>119</sup> Cancino Troncoso, 2004, p. 10. Juan de Dios Uribe criticaba a los escritores que “suspiran eternamente con la vida pastoril”. “La concepción idílica de la literatura pastoril enmascara casi siempre, según Uribe, una visión profundamente conservadora y autoritaria de la vida. “La mujer a la rueca y el hombre a la labranza”: ésa es la felicidad”. Jiménez Panesso, 1994, p.14.

<sup>120</sup> Para la ampliación de este tema ver los estudios de: Arias Trujillo, Ricardo (2007). “Los Leopardos”: una historia intelectual de los años 1920. Bogotá: Universidad de los Andes y, Loaiza Cano, Gilberto (2011). “Los escritores de la nación católica o los intelectuales conservadores. Colombia, siglo XIX”. Medellín: Memorias I Congreso de Historia Intelectual de América Latina.

<sup>121</sup> “Las *causas políticas* de la violencia indican el fracaso de nuestros partidos tradicionales, amorfos y centrados en una afectividad incontrolable, que incapaces de crear medios técnicos, modernos, para operar sobre el país, han debido recurrir una y otra vez a la violencia como posibilidad suprema de mantener su influencia y su vigor. Las *causas económicas* indican el fracaso de los sistemas que han orientado o conservado la presente distribución de las riquezas nacionales, indican el atraso de nuestra concepción de la propiedad, la frustración de nuestra producción y de nuestra productividad, es decir, el obstinado feudalismo en que yacen casi todas las sociedades rurales del país. Las *causas sociológicas y psicológicas* indican el

los partidos, la Iglesia y la Violencia, revelan como liberales, conservadores y clero asumieron una actitud de sorpresa y de temor ante la “magnitud y las posibles consecuencias del levantamiento popular” desatado por la muerte de Jorge Eliécer Gaitán (1948), lo que paradójicamente, aunque no inesperado, unió a muchos de ellos entre sí –no a todos– para combatir a la *chusma* y preservar sus privilegios.<sup>122</sup>

A manera de ilustración, no porque se puedan aplicar para el contexto colombiano, debido a que los procesos de modernidad fueron más lentos por no decir nulos; se trae las dos nociones de intelectual planteados por Bauman en relación a la modernidad y la posmodernidad. El crítico polaco habla en primer lugar del papel del “legislador” dentro de la modernidad, adjudicándole no sólo la capacidad sino la autoridad para arbitrar en controversias desde el conocimiento superior que posee por encima de otras capas de la sociedad. En este sentido, el intelectual coadyuva a una acción ordenadora dentro de su sociedad al mediar conflictos con su opinión legitimada. El intelectual “intérprete”, por su parte, desligado de la primera categoría, también traduce y mantiene el diálogo entre dos o más comunidades, pero por efecto de la posmodernidad, el centro del conocimiento se ha desplazado de modo tan amplio que cada sujeto puede escoger el medio que más le convenga; es decir, el centro de autoridad no está representado en una sola institución y el mercado ha venido a sustituir modos tradicionales.<sup>123</sup> Esta teoría de Bauman introduce este trabajo en la problemática del mercado-consumismo, pues se reitera, aunque en Colombia no se vivió –en la época que se viene abordando– los efectos de un hipermercado, sí se pueden sentir las consecuencias del cambio en la percepción de los individuos con respecto a las bondades del progreso. Y esas eran las consecuencias que la Iglesia y los conservadores percibían como atentados contra la autoridad ejercida por ellos durante tanto

---

increíble fracaso de los métodos culturales e ideológicos que tradicionalmente han inspirado y encuadrado la conducta de los colombianos, indican que nuestros métodos educativos, tanto religiosos como laicos, no han podido crear verdaderos comportamientos humanos. Gaitán Durán, 1999, p. 45.

<sup>122</sup> Ver Arias Trujillo, Ricardo: “Los sucesos del 9 de abril de 1948 como legitimadores de la violencia oficial” y “Estado laico y catolicismo integral en Colombia. La reforma religiosa de López Pumarejo”. Consultados en línea en la biblioteca virtual “Ramón de Zubiría” – Universidad de los Andes. ([historiacritica.uniandes.edu.co/view.php/427/index.php?id=427](http://historiacritica.uniandes.edu.co/view.php/427/index.php?id=427) y 199. Consultados el 7 de septiembre de 2013).

<sup>123</sup> Bauman, 1997, pp. 12-14.

tiempo. Al adquirir independencia por medio del mercado, el individuo se alejaría cada vez más de la tradición. En palabras de Bourdieu:

El nuevo modo de dominación se distingue por la sustitución de la represión por la seducción, la vigilancia por las relaciones públicas, la autoridad por la publicidad, la imposición de normas por la creación de necesidades. Lo que hoy une a los individuos a las sociedades es su actividad como consumidores, su vida organizada alrededor del consumo. En consecuencia, no es necesario reprimirlos en sus pulsiones naturales y en la tendencia a subordinar su comportamiento al principio del placer, no es necesario vigilarlos y controlarlos. (Esta función ha sido asumida por el mercado; al hacer de la tecnología de la información el objeto del consumo privado; una sociedad de “autovigilancia” reemplazó una sociedad “vigilante”. Los individuos están dispuestos a someterse al prestigio de la publicidad, y por ello no necesitan creencias de “legitimación”).<sup>124</sup>

Sin entrar en justificaciones, es comprensible el temor del ala clerical-conservadora, no desde la mirada paternalista, discriminatoria y alienante; pero se perfilaba en el contorno, ese otro gran colonizador en que se iba a constituir el mercado, y el individuo sería otra vez manipulable y sumiso.<sup>125</sup> El “espíritu” del capitalismo desarrollado por Weber le había servido a sociólogos y economistas como Sombart para distinguir dos elementos constitutivos en él: el *espíritu de empresa* y el *espíritu burgués*.<sup>126</sup> Éstas son las fuentes de la nueva mentalidad moderna derivada del orden económico. La sociedad moderna imbuida del espíritu capitalista comienza a cosificarse, hay un afán por insertarse en el progreso técnico y social, y ello significa la instauración de nuevos valores derivados no ya de una tradición espiritual sino económica. La Modernidad en los términos de Mannheim, deja de ser utopía y se transforma en ideología, es decir, la sociedad se configura a través del presente, ya que aquella exige el ajuste del nuevo orden social. No sólo las instituciones establecidas sino, sobre todo, los intelectuales como legisladores e intérpretes van a enfrentar la contradicción entre una voluntad de modernización y las condiciones materiales y culturales que insisten en negarla. Como planteaba Melo, modernidad y modernización fueron los ideales de la República Liberal, como si la sola mención y aplicación de estos dos conceptos solucionara los desequilibrios sociales. La carga del pasado era evidente, la falta de consenso también. ¿Entonces dónde se daría la

<sup>124</sup> Citado por Bauman, 1997, p. 237.

<sup>125</sup> La sociedad de consumo crea sus propios pobres al poner al rico, el consumidor ostentoso, no en la posición de un patrón, un explotador, un miembro de una clase diferente, un enemigo, sino como el que dicta las pautas, un ejemplo a seguir, un objetivo a alcanzar, superar y dejar atrás” *Ibid.*, p. 262.

<sup>126</sup> Ver Pérez Franco, 2005, pp. 27-59; Sombart, 1935.

modernidad al menos ideológica? Tal vez en la literatura y el ejercicio de la crítica literaria de Baldomero Sanín Cano, Jorge Zalamea y Hernando Téllez.

### **La transición: entre la renovación o la catástrofe**

Dado que la República Liberal<sup>127</sup> es considerada historiográficamente como un período significativo en la transición de la tradición a la modernidad en los aspectos económico, cultural, educativo, religioso y político, despierta el interés de destacados historiadores, sociólogos, políticos e incluso escritores, que ven en ella la confluencia de los conflictos partidarios iniciados en Colombia hacia mediados del siglo XIX, y que entre 1930 y 1946 se agudizaron de tal manera, que llevaron a una tensión y ruptura ideológica afectando visiblemente la historia y la política colombiana. El asunto se torna complejo, a pesar de la copiosa y diversa literatura que documenta los acontecimientos y las políticas más relevantes de la RL,<sup>128</sup> pues aunque los estudios son variados, con enfoques investigativos que van desde el aspecto político-económico de las propuestas de gobierno de los tres mandatarios<sup>129</sup> que ocuparon el solio presidencial, hasta la exposición minuciosa de la vida y obra de cada uno de ellos; se dificulta en ocasiones separar la apología excesiva hecha sobre las figuras presidenciales de las posturas académicas y menos personalizadas, que tratan de auscultar cuáles fueron las limitantes y logros de los programas de gobierno de la República Liberal. Sin embargo, todos coinciden en señalar aspectos comunes de la información existente sobre este lapso de tiempo, que pone en la palestra histórica y social del país, la oposición y contraste entre las ideologías sectaristas<sup>130</sup> de la época personificadas en los dos partidos tradicionales: el conservador y el liberal.

---

<sup>127</sup> En adelante se sintetizará en algunas partes del escrito como RL.

<sup>128</sup> Se señalan algunos de los textos abordados en esta investigación: Cadavid G., 1955; Rodríguez, 1979; Tirado Mejía, 1981; Molina, 1981; Bushnell, 1984; Acevedo Carmona, 1986; Christopher, 1987; Palacios, 1995 y, 1996; Melo, 1996; Pécaut, 2001; Silva, 2005; Arias Trujillo, 2011; Posada Carbó, 2010; Sierra Mejía, 2009.

<sup>129</sup> En su orden, Enrique Olaya Herrera, Alfonso López Pumarejo y Eduardo Santos.

<sup>130</sup> Plantea Borja que la palabra secta evoca intolerancia y fanatismo, y ha sido una constante en la historia, dado que las disensiones ideológicas entre los grupos religiosos o políticos siempre van a generar adhesiones de intransigencia y dogmatismo. El sectarismo, en este caso, no se puede atribuir únicamente al conservatismo puesto que el liberalismo también entró en la postura defensiva de atacar y lanzar acusaciones. Borja, 1999, p. 207.

El primer gobierno de Alfonso López Pumarejo (1934-1938) constituyó—para la mayoría de los estudiosos del tema— el punto supremo de la representatividad de los liberales en un gobierno de partido. La Revolución en Marcha, preconizada por este mandatario, se propuso insertar cambios sustanciales que determinarían los derroteros de la nación hacia la modernidad y, a su vez, hacia la oposición radical de quienes no estaban de acuerdo —como los conservadores— e, incluso, militantes del partido liberal. No sobra anotar que, aunque López Pumarejo asume la presidencia por segunda vez (1942-1945), el ímpetu de sus propuestas iniciales disminuyó en intensidad y políticas culturales, se lograron cristalizar algunas de sus iniciativas de gobierno, pero definitivamente debido al clima de oposición, se vio obligado a renunciar.

A mediados de 1934, Enrique Olaya Herrera, primer gobernante de la hegemonía liberal, dejaba el cargo con una imagen —para algunos— de presidente benefactor y conciliador, el cual a través de su gobierno de “concentración nacional”,<sup>131</sup> había tratado de arbitrar y atenuar los efectos del conservatismo ante la derrota por el poder. López Pumarejo, al asumir la presidencia, y con un claro sesgo de discontinuidad con respecto a su predecesor, se disponía a enfrentar la gran popularidad de que gozaba Olaya,<sup>132</sup> quien a pesar de sus novedosas propuestas laborales no había hecho ni *revolución* ni *renovación*, perspectivas de cambio que sí tenía muy claras Alfonso López.<sup>133</sup> Anota Palacios que

---

<sup>131</sup> Entre los cargos que dio a los conservadores se encuentran los de: Carlos E. Restrepo (Ministro de Gobierno), Francisco de Paula Pérez (Ministro de Hacienda) y Abel Carbonell (Ministro de Educación). Después de la elección de López, los conservadores —en descontento— se van a abstener de presentarse a cargos públicos. Sobre el tema de los conservadores y su abstención de no participar en las votaciones para los cargos de curules, ver el Mensaje de alocución presidencial que dio López en mayo de 1935 y que se publicó en *El Tiempo*: “No está en nuestras manos modificar la política conservadora, hostil y prevenida contra nosotros; pero si ofrecemos la seguridad de que ningún rumbo que ella tome nos hará cambiar el espíritu de conciliación y de patriótico entendimiento que hemos manifestado hasta ahora, sin ninguna alteración [...] una de las empresas en que más interés ha tenido mi gobierno, a nombre del liberalismo, [es] la de purificar el sufragio [y] administrar el país con eficacia. [en este sentido queremos] el desarrollo normal de las elecciones de mayo”.

<sup>132</sup> Juan Lozano y Lozano dijo de él que “es un hombre de acción, un político, un conductor de multitudes, un gran realizador [...] de sus actuaciones se desprende que él considera la patria como una grande empresa, que hay necesidad de hacer prosperar, y que necesita un gerente férreo y desapasionado”. Salamanca, 1937, p. 39.

<sup>133</sup> Frente a la política adoptada por Enrique Olaya Herrera (de concentración) que le permitió a los conservadores tener una mayoría en las cámaras legislativas, López anotó que “[él recibió] la presidencia de la república con el compromiso de renovar las instituciones que fueran moldes insuficientes para una nación más desarrollada y compleja; de gobernar a nombre y en representación de un partido político; de examinar sin prevención alguna todos los problemas nacionales que hubieran sido motivo de diferencia entre las corrientes antagónicas, procurando resolverlas por apelación constante al plebiscito de las mayorías nacionales”. López Pumarejo, 1935, p. 6.

“López [insistió] en proclamarse más liberal que Olaya Herrera y más nacionalista en economía”.<sup>134</sup> Para los liberales de mentalidad progresista, López representaba la modernidad. Ahora bien, tanto Olaya Herrera como López Pumarejo provenían de familias oligárquicas<sup>135</sup> que tuvieron reveses económicos debido a la inestable situación política y social, constantemente generada en el país en su consolidación como Estado nacional. También se beneficiaron de una estrecha relación con Estados Unidos: Olaya por ejemplo, llevaba ocho años desempeñando el cargo de embajador en Washington cuando fue llamado por Eduardo Santos, Alfonso López y Gabriel Turbay, entre otros miembros del partido liberal, para que los representara como candidato a las elecciones presidenciales de 1930.<sup>136</sup>

Por su parte, López Pumarejo pertenecía de nacimiento, a la solvencia económica de la Casa López, fundada por su padre en 1912, y que había tenido auge a raíz de las exportaciones de café hasta 1923, época en la que el país empezaría a sentir los efectos colaterales de la que sería la gran Depresión de 1929. En su juventud, el promotor de la Revolución en Marcha, había pasado largas temporadas en Inglaterra y Estados Unidos, adquiriendo pericia financiera al dirigir los negocios familiares y relacionarse de manera contundente y experticia con la banca del creciente capitalismo norteamericano.<sup>137</sup>

No obstante las aparentes similitudes que los acercaban –guardando las distancias en formación educativa y credo político–<sup>138</sup> los dos gobernantes tuvieron serias discrepancias en la forma de concebir los destinos de la nación, que para uno y otro, iban por caminos distintos. Si bien el interés común era salvar al país de la deficiencia económica presupuestal en la que la dejó la hegemonía conservadora y sus constantes enfrentamientos

---

<sup>134</sup> Palacios, 1995, p. 142.

<sup>135</sup> La oligarquía se define casi siempre, en el contexto colombiano, en relación con el poder o la capacidad económica. Si bien hay una estrecha relación entre uno y otro, no todos los políticos para el caso colombiano, provenían de familias pudientes o que habían participado desde siempre en la dirección política. Más bien lo oligárquico en el contexto colombiano puede aludir en muchos casos a la formación cerrada de círculos familiares o camarillas políticas que iban estableciendo alianzas por enlaces matrimoniales, donde el apellido de abolengo importaba, o por filiación política.

<sup>136</sup> Cfr. Rodríguez, 1979. Ver también: Latorre Rueda, 1989, pp. 269-298; Arciniegas, 1989, pp. 299-304.

<sup>137</sup> Para más ampliación sobre este tema consultar: Pécaut, 2001, pp. 157-158.

<sup>138</sup> Olaya Herrera concluyó sus estudios de Derecho y era un liberal más de corte radical, por el contrario López Pumarejo no tuvo una formación universitaria pero sí una empírica y de primera mano, que le permitió conocer de cerca la realidad del país, era un liberal pragmático.

con los liberales, no coincidían en la propuesta de gobierno de concentración bipartidista del primero y el gobierno de partido del segundo.<sup>139</sup>

Una síntesis de los historiadores más reconocidos<sup>140</sup> del gobierno de López Pumarejo y la Revolución en Marcha –con diferentes percepciones y acercamientos, por supuesto– conviene en abordar como objeto de estudio los seis grandes ejes de las propuestas de López, a saber: 1) La reforma tributaria, 2) La política agraria, 3) La reforma constitucional de 1936, 4) La reforma educativa y cultural,<sup>141</sup> 5) La política internacional<sup>142</sup> y 6) El intervencionismo de Estado.<sup>143</sup>

No es el interés prioritario de esta investigación detenerse en cada uno de estos aspectos, pues el análisis que se busca no se centra en el desarrollo de estos tópicos. Sin embargo, es fundamental señalarlos, porque ilustran el contexto histórico en el cual se dieron los diálogos y rupturas propiciados por Sanín Cano, Zalamea y Téllez, con respecto a las dinámicas sociales en las que se inscriben sus concepciones sobre la cultura del país y sobre la crítica literaria.

### **Alcances y limitaciones de un gobierno de partido**

Para 1935, López ya ha desplegado el principio de cohesión virtual de la nación: incluir al pueblo como un ente ciudadano que debe constituirse en partícipe de la sociedad moderna, sobre la base de la relación Estado-pueblo. Relación que Pécaut denomina “Estado de compromiso”, en el que éste debe aparecer como garante de vínculo y unidad. Al menos, esas son las aspiraciones de López durante su gobierno, pero la realidad del país confirma una vez más que lo que existe, en el medio colombiano, es la supremacía de unas clases afianzadas en el poder y opuestas al cambio y a la interacción con los “desclasados”. Pécaut concluye que el ascenso de la República Liberal no había significado un cambio rotundo de ingreso al poder de nuevos sectores sociales, ni daba lugar tampoco a un cuestionamiento

<sup>139</sup> Tirado Mejía, 1981, pp. 26-29.

<sup>140</sup> Los textos de Tirado Mejía, 1981 y 1996; Pécaut, 2010, pp. 41-116; Palacios, 1995; 1996 y 2002; Molina, 1981; Silva, 2005; Tirado C., 1986. Y los ensayos sobre el tema que aparecen en Sierra Mejía, 2009.

<sup>141</sup> Cfr. Tirado Mejía, 1989, pp. 305-348.

<sup>142</sup> Ver López Michelsen, 1986.

<sup>143</sup> Tema que desarrolla de manera amplia Pécaut, 2001.

del sistema de Estado parlamentario, simplemente el relevo se hacía entre la misma clase dirigente.<sup>144</sup> Lozano y Lozano ratifica la condición marginal del pueblo:

La nación está dividida en dos sectores de población, reconocibles a primera vista: un millón de ciudadanos que usan zapatos y nueve millones de parias que manchan las piedras del camino con el rastro de sangre de sus plantas desnudas. Los hombres sin zapatos no cuentan en la vida política ni en la vida civil. Con la política sólo tienen el contacto del voto que les hacen depositar sus patrones y gamonales en días determinados del año, sin que ellos sepan a quién eligen, ni por qué ni para qué lo eligen [...]. Hacen alguna vida religiosa, en cuanto asisten a misa los domingos y contribuyen para el sostenimiento de la iglesia y del párroco. En las actividades económicas tienen una importancia vital como productores y una importancia mínima como consumidores. Ellos se sostienen a sí mismos en la miseria y ceden su excedente de trabajo a los hombres de zapatos; [su] producción, si bien escasea, por ser de muchos y beneficiar a pocos, mantiene a los últimos en una posición de superioridad inalcanzable e indiscutible.<sup>145</sup>

Como consecuencia de lo anterior, incluir a los sectores populares urbanos y rurales en la idea de una nación moderna, requiere algo más que las buenas intenciones de los dirigentes políticos para igualar las condiciones sociales de participación y beneficio. Mucho se ha criticado desde el ala detractora lopista que éste únicamente quería vincular a las masas al mercado en el papel de “consumidores”, en el afán de hacer del país un Estado capitalista y competitivo que pudiera alternar con la economía mundial, sobre todo con la del país del Norte. También se argumenta en su contra, que el liberalismo utilizó a las masas como cifra numérica que no sólo ayudó a su ascenso al poder sino a la continuación del mismo durante los 16 años que tuvo hegemonía la República Liberal. De manera contradictoria, las afirmaciones por sí mismas se sustentan e invalidan, pues el escenario político colombiano, desde mediados del siglo XIX, había hecho uso indiscriminado de los sectores populares pobres y analfabetos. Los mismos conservadores en nombre de la Iglesia y la religión católica, se habían erigido en protectores de un pueblo que se debatía entre la salvación y el anatema religioso. Nunca hubo verdadera preocupación por esos “nobles salvajes” que importaban como número no como individuos, ni mucho menos como sujetos sociales y políticos.<sup>146</sup> El mismo López Pumarejo que reconoció algunos de los derechos

---

<sup>144</sup> Cfr. Pécaut, 2001, p. 155.

<sup>145</sup> Lozano y Lozano, 1935. Vale la pena anotar que aunque Lozano y Lozano era liberal, no era propiamente adepto al lopismo, sin embargo, como intelectual de la época, tiene claridad para denunciar la situación de desigualdad de las masas.

<sup>146</sup> Además de las críticas que los adversarios políticos del ala conservadora le hicieron a las propuestas de López Pumarejo, entre las que se cuentan las lideradas por Laureano Gómez, desde el periódico *El Siglo*, y las expresadas por el grupo de los Leopardos; también están las de un sector del liberalismo, del que sobresale la

laborales de la clase obrera y que dio el aval para que se respetaran las luchas sindicalistas, terminó en variadas ocasiones sancionando leyes para que el pueblo no se le saliera de las manos. Además, el ala derechista del liberalismo se escandalizó por el apoyo de López a los huelguistas, situación que podría devenir en una nivelación de clases; algo que ninguno de los dos partidos estaba dispuesto a asumir, exceptuando los verdaderos comprometidos con el pueblo.

No obstante, López sí intentó aplicar su pragmatismo, no sentimentalismo, con respecto a la participación de las masas. Sin embargo, Pécaut descalifica esta acción, aduciendo que la llamada a la ciudadanía popular se disfraza bajo la apariencia de unidad política de las masas populares que no logran encontrar su cohesión, ni mucho menos defender sus intereses de clase. A López no le alcanzó la disposición de darle voz al pueblo desde los *Mensajes Presidenciales*, pero es innegable la labor emprendida en procura de que la “plebe” adquiriera poco a poco carta de ciudadanía. Por supuesto que había un interés de adherirla al partido y concertarla para las elecciones, pero también esperaba cumplirle las promesas hechas por el gobierno a sus electores.<sup>147</sup> Al menos así lo refrendan algunas de las columnas que se publicaron en 1935 en el diario *El Tiempo*, como la de Jorge Padilla al plantear que:

La república liberal, [como] un programa de partido, debe “En su marcha hacia la afirmación democrática; hacia la nueva figura del Estado; hacia la representación gremial de proletarios, campesinos y clases medias en los cuerpos colegiados; hacia la conquista de la independencia económica nacional; hacia la incorporación del campesino a la tierra y a la cultura; hacia la escuela democrática que libere intelectualmente los tres millones de analfabetas que nos dejó el régimen anterior; formar sin violencia y sin timidez, un bloque compacto en torno al gobierno liberal [para] la organización de Colombia en República de trabajadores.”<sup>148</sup>

---

voz de Juan Lozano y Lozano desde el periódico *La Razón*, fundado con la clara intención de hacer resistencia al lopismo. Entre los analistas posteriores se señalan los aportes objetivos de Pécaut al estudiar las variantes y alcances de las propuestas de la Revolución en Marcha, que para este investigador francés, fracasaron debido a que no se pudo establecer la cohesión deseada entre Estado y pueblo. Tirado Mejía trata de ser más consecuente al analizar las bondades del intervencionismo de Estado y la Reforma Agraria como intentos válidos de reformar el estado de exclusión que vivían las masas.

<sup>147</sup> Sobre el tema de lo popular consultar: Bolleme, 1990.

<sup>148</sup> Padilla, 1935, pp. 13 y 15. *El Tiempo* había publicado el 31 de marzo del mismo año, una conferencia de Luis Cano titulada, “El programa del liberalismo ante los problemas sociales”.

El liberalismo de López, como señala Tirado Mejía, no consistía en una simple adhesión a un cuerpo de doctrinas políticas, era además, una actitud para ver y resolver los problemas de la vida nacional.<sup>149</sup>

Cabe aclarar que no se deja de reconocer el empalago de la retórica de la época como esta exhortación de Carlos Lozano y Lozano, “Vosotros sois la clase más densa, la más abnegada, la más sabia, la más fecunda de nuestras clases sociales”,<sup>150</sup> cuando se las está induciendo para que se vinculen a los postulados de López; sin embargo, afirma Pécaut, tampoco puede ser de otra manera. El conocimiento financiero de la política comercial extranjera que tenía López le muestra que ciudadanía y constitución del mercado internacional son indisolubles. No hay mercado sino hay consumidores y viceversa. Colombia debe insertarse en las nuevas modalidades que trae el progreso técnico, no puede seguir anclada en una arcadia semi-bucólica que obstaculiza los procesos de modernización. Si la clase dirigente, como la élite conservadora y algunos militantes del ala derecha liberal, son reticentes al cambio, entonces hay que empezar por vincular al pueblo en las nuevas dinámicas sociales. El Ministro de Gobierno, Alberto Lleras Camargo, dice en 1938:

Hemos querido levantar el nivel de vida del pueblo, no sólo para que sirva mejor las empresas nacionales que se quieran acometer con su respaldo, sino para que sea también un consumidor eficaz, es decir, un elemento más seguro del progreso en la producción industrial y agrícola.<sup>151</sup>

Es posible que López y su gabinete político no hayan medido el impacto de sus propuestas en un medio en el que los sectores campesinos y populares habían estado ausentes de los pactos sociales acordados entre las élites, pese a los esfuerzos de los gobiernos conservadores que también pensaron en la educación y la modernización del país pero desde ángulos más nacionalistas y tradicionalistas. Los integrantes de ambos partidos provenían, como ya se ha señalado, de una educación ilustrada que los llevaba a hacer separaciones entre “alta y baja cultura”; su credo común consistente en la religión católica no les impedía ver a los sectores populares con cierta inquietud. Mientras los conservadores

---

<sup>149</sup> Tirado Mejía, 1986, p. 48.

<sup>150</sup> Citado por Pécaut, 2001, p. 243.

<sup>151</sup> Citado por Pécaut, 200, p. 229.

seguían aferrándose al pasado y a la tradición como la mayor expresión y conservación del “alma de la nación”, los liberales intentaron dar el primero paso hacia la expansión de las libertades civiles.

El primer gobierno de la República Liberal en cabeza de Olaya Herrera, no había abonado el terreno para la inserción de las masas en el campo político, es más, había reprimido algunas manifestaciones obreras y campesinas y la Iglesia continuaba su aleccionamiento dogmático y adormecedor. A pesar de que ya se había dado la masacre de la huelga bananera en Ciénaga<sup>152</sup> (1928) y todavía se sentían los ecos de las primeras huelgas obreras de la década del veinte, el pueblo, en su mayoría, no tenía conciencia ciudadana ni política. Los intentos transformadores de López chocan contra el espíritu mismo de la Revolución en Marcha, pues al querer ser más liberal y abierto con políticas que propicien la entrada del capitalismo y, por tanto, de los vientos renovadores de la modernidad, lo que hace es generar una legislación más liberal que va a ser favorable para los intereses de las empresas y los industriales, quienes solo piensan en sus ventajas económicas individuales y de gremio.<sup>153</sup> Por eso, después de 1936, el apoyo decidido que López dio a los sindicatos y huelgas obreras fue retirado, sobre todo en lo que atañe a los sindicatos petroleros, sin embargo, también combate, al mismo tiempo, la oposición de los industriales de Medellín.<sup>154</sup>

Esta actitud del liberalismo con respecto a los sindicatos se revela en varias notas editoriales de *El Tiempo*, publicadas entre mayo y junio de 1935. De un lado, se echa mano del Artículo 23 de la Ley 83 de 1931, para recordar a los sindicalistas que ningún tipo de asociación encabezada por ellos puede intervenir directa o indirectamente en la política militante del país, salvo para defender sus intereses económicos que es lo que justifica su existencia y el apoyo del Estado pues,

---

<sup>152</sup> La huelga se dio el 6 de diciembre de 1928, en respuesta a las condiciones salariales impuestas por la *United Fruit Company*. Sobre el hecho existen versiones históricas que han sido ficcionalizadas por la literatura. Ver Posada Carbó, 2003; Uribe Botero, 2010, pp. 43-67.

<sup>153</sup> Pécaut anota que los industriales se apoyan indistintamente en los grupos de poder según su conveniencia. De este modo concuerdan con López Pumarejo cuando las políticas económicas los favorecen a ellos en la inserción de la dupla capitalismo-consumismo; pero la mayoría de las veces van a ser una de las “facciones” que hará oposición a López. Pécaut, 2001, pp. 205-212.

<sup>154</sup> Cfr. Palacios, 1995, p. 147. “Con un hábil manejo el gobierno solucionó huelgas en los ferrocarriles y en los transportes, en las petroleras, en las principales fábricas de Bogotá y en las trilladoras caldenses de café”.

Para lograr la independencia económica, el respeto de los derechos que como a trabajador, industrial o profesional le asisten, se cobija el individuo en el sindicato. Pero éste no podría en modo alguno proporcionarle la independencia y los derechos políticos que constituyen su otro interés primordial. En defensa de estos últimos, recurrirá, pues, el individuo a una asociación política, a un partido militante.<sup>155</sup>

En otra nota editorial del mismo año, “El liberalismo y los sindicatos”, se establecen los límites y las prohibiciones de la participación sindical al afirmar que:

El partido tiene que ver en el movimiento sindical uno de sus mejores aliados para la campaña de emancipación económica del trabajador, y como a tal aliado debe ayudarlo en todo momento, fomentando la sindicalización y explicando al pueblo lo que ese instrumento, entendido en forma cuerda, discreta y realista, significa en la defensa de sus derechos económicos. Pero, al mismo tiempo, puede reclamar legítimamente de todo individuo sindicalizado la participación activa en la lucha que sostiene el liberalismo en defensa de los derechos políticos. Por estas razones, la actitud de nuestro partido en relación con el movimiento sindical, no podría ser distinta a esta: fomento de la sindicalización como instrumento de liberación económica; prohibición al sindicato, como tal, de intervenir en la política activa, y, finalmente, invitación a los miembros del sindicato -como individuos- a cumplir con los deberes que tienen para con la asociación que les garantiza el libre goce de sus derechos económicos al cobijo de sus derechos políticos.<sup>156</sup>

Se constata de este modo el carácter incoherente de la Revolución en Marcha, que quiere reivindicar el reconocimiento de las masas populares y sus voces de protesta y al mismo tiempo cumplir la función de Estado tutelar que controle las diversas fuerzas.<sup>157</sup> Tirado Mejía y Pécaut desarrollan estos temas de manera más amplia en el análisis de la Revolución en Marcha abordada en sus libros de investigación sobre la política de López Pumarejo. En esencia, los sindicatos y la masa popular en general, ven en López una representación que les permite cohesionarse en torno al Estado, dado que su debilidad y dispersión las hace presas frágiles de poderes oligárquicos y dominantes. No es que el partido Liberal, no represente la oligarquía –sigue siendo un partido de élite– pero al menos, en las pretensiones intervencionistas de López y su apertura hacia un mercado competitivo, las masas empiezan a contar. No es gratuito que en un momento dado, incluso los militantes de izquierda como los comunistas se adhieran a las propuestas de López. Anota Pécaut que: “Cada sector popular: artesanos, obreros, etc., se ve obligado a remitirse

---

<sup>155</sup> *El Tiempo*, 1935, p. 1.

<sup>156</sup> *El Tiempo*, 1935, p. 1.

<sup>157</sup> Pécaut, 2001, p. 266.

al Estado, que ve en ello una responsabilidad y función unificadora”.<sup>158</sup> Así la adhesión a López, va a contribuir por el lado del liberalismo, al encuentro con las masas populares; y por parte de éstas, ver en el gobierno, la respuesta y apoyo que esperaban.

A estos brazos abiertos que el Estado le tiende al pueblo, se suma el proyecto de la reforma agraria; que vierte luz sobre el alcance de las transformaciones sociales de la República Liberal. La Ley 200 iniciada por el gobierno de Olaya Herrera pero sancionada en 1936 por el de López, acabó de darle credibilidad a éste con respecto a las masas, ya que el propósito del Estado es transformar las normas jurídicas, tratando de invertir el orden agrario que funciona exclusivamente para los propietarios en detrimento de la mayoría explotada. Sin embargo, el curso de los acontecimientos demostrará nuevamente cómo estas intenciones de apoyo a las masas, pero en esencia, de mercado y expansión, también fracasarán, porque los hacendados y terratenientes no están dispuestos a dejar de detentar un poder que los ubica en la élite económica. El lastre de la nación, a diferencia de la mexicana y la brasilera –que vivieron los mismos procesos–, fue que la clase señorial agraria no quiso nunca mezclarse con el pueblo y pensó siempre en términos de familia o capilla en pro de intereses individuales.<sup>159</sup>

La división tajante que existe entre las dos sociedades,<sup>160</sup> la sociedad de la oligarquía y la de la gran masa marginal, no permite que prospere el intervencionismo social

---

<sup>158</sup> *Ibíd.*, 277.

<sup>159</sup> Palacios y Pécaut coinciden en su evaluación de la Ley 200, a pesar de la expedición y aplicación de la misma, la estructura social del campo quedó más o menos intacta, pero sí favoreció a los grandes propietarios y propició el nacimiento de huelgas campesinas. “La ley 200, era un llamado a la modernización de las estructuras agrarias, buscaba facilitar la reglamentación de los litigios relacionados con la propiedad de la tierra e intenta [ba] favorecer una evolución de las relaciones sociales en las grandes plantaciones”. Pécaut, 2001, p. 181.

<sup>160</sup> “Los verdaderos ciudadanos de Colombia, los hombres de la calle que opinan sobre la gestión del gobierno, sobre la guerra ítalo-etíope, sobre lo infinito y lo eterno, pueden calcularse en apenas un millón de hombres. Son ellos los que aspiran a un puesto en el concejo municipal, los que llenan las plazas burocráticas y los empleos particulares, los individuos que tienen el país para mostrarse ante los extraños como un pueblo culto. Son ellos sujeto de derecho y núcleo de los partidos políticos; y entre ellos, en mayor o menor proporción, directa o indirectamente, se reparte el presupuesto público. Sobre este pequeño número de ciudadanos y sobre el gran número de los no ciudadanos ha imperado a lo largo de la república, alternativamente, un grupo de individuos y familias, ínfimo por su número, en comparación con la población del país, pero particularmente selecto por tenor de vida y por cultura. Todos los gobiernos de Colombia han sido oligárquicos, ha dicho el doctor López. Esta oligarquía se ha ingeniado para acaparar un ochenta por ciento del dividendo nacional en medios de vida y oportunidades de educación, de viajes, de refinamiento.

propugnado por el gobierno lopista. Para las élites económicas es impensable otorgar a los excluidos una ciudadanía social. El intervencionismo de Estado es solo bien visto desde las políticas económicas que benefician a unas cuantas familias, pero no es una extensión de igualdad para todos. Como ya se dijo, el Estado es moderno y protector cuando conviene, pero autoritario y antirreligioso cuando aspira cambiar las costumbres atávicas. El intento de “pacto” social de López choca nuevamente con el espíritu pre moderno de la clase señorial y de la “burguesía” cafetera e industrial.<sup>161</sup> En este sentido, las críticas que se le hacen a López Pumarejo y al fracaso o escaso alcance de sus políticas de gobierno deben contrastarse con las posiciones acérrimas y hostiles, de quienes, en la dirigencia, estaban llamados a funcionar, primero como nación y, luego como Estado, para sacar adelante la civilidad, la igualdad y la modernidad. Pero los intereses de clase y de militancia política pudieron más que cualquier proyecto colectivo, y en ello se involucran ambos partidos. Es decir, cada partido pugnaba por desacreditar al otro sin analizar que se habían cometido los mismos errores administrativos.

Las limitantes y los alcances de las políticas de la Revolución en Marcha se observaron en todos los ámbitos que propuso el gobierno, como ya se ha mencionado; empero, las dos reformas que acarrearón más polarización fueron las concernientes al aspecto educativo y al religioso, puesto que la educación oficial o “laica”, si bien logró crear varios establecimientos públicos de renombre, no pudo competir en un primer momento con la calidad y trayectoria de las instituciones clericales, no sólo por los diferentes frentes que los recursos económicos del Ministerio de Educación debía atender al extender el radio de acción de las políticas educativas en el campo; sino también, y de

---

Tenemos, pues, una organización social, política y económica absolutamente aristocrática en la práctica, pero a la cual, en teoría, hemos convenido todos en dar el nombre de democracia”. Lozano y Lozano, 1935.

<sup>161</sup> Pécaut habla de los intentos de reforma fiscal que propone López, él quería que las empresas más pudientes como Bavaria dejaran de pagar el impuesto simbólico que venían sufragando. Era necesario e imperativo que este tipo de empresas le retribuyeran al país las ganancias que habían derivado de la protección del Estado; pero éstas se negaban y aducían diversas razones. Como siempre, Pécaut es pesimista en este punto y observa que fue más una estrategia de poder de López con respecto a los industriales, que un intento de modernización. Pécaut, 2001, p. 219. Con Tirado Mejía y otros analistas del tema, se tiende a considerar aquí, que sí hubo intenciones válidas y propositivas en López Pumarejo y su reforma fiscal, así como en otros asuntos económicos.

manera evidente, porque las entidades católicas llevaban mucho más tiempo dominando el panorama pedagógico.<sup>162</sup>

Desde el ascenso de los conservadores al poder en el siglo XIX y la Constitución de 1886 el tema de la “instrucción” no la educación en sentido formativo y racional, propendía más por la propagación y práctica de la moral cristiana que por disquisiciones secularizantes. Aun con el ambiente adverso, entre 1935 y 1936 el Ministerio de Educación adelantó el Proyecto de Cultura aldeana y rural, siguiendo el ejemplo planteado por José Vasconcelos en México en 1923,<sup>163</sup> quien junto con intelectuales como Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, planteó proyectos pedagógicos para que el pueblo pudiera acceder a los llamados “bienes culturales”.

Los intelectuales del gobierno lopista consideraban que las masas también podían beneficiarse de los adelantos tecnológicos como la radio y el cinematógrafo, y al tiempo que las culturizaban a través de campañas y programas de divulgación cultural, las acercaban de igual modo a las políticas y propósitos del partido.<sup>164</sup> Señala Helg, que los intentos de modernización de los liberales no sólo tendían a sacar a los campesinos de su pobreza cultural, les querían ofrecer otras posibilidades distintas al mercado y a la misa y, en este sentido, la radio y el cinematógrafo, contribuirían a crear grupos culturales y, por tanto, a romper el aislamiento de las zonas rurales.<sup>165</sup> Sin embargo, precisamente esto, era lo que escandalizaba y causaba temor a los conservadores y al clero, quienes consideraban este tipo de educación demasiado abierta y opuesta a los sagrados mandamientos de la

---

<sup>162</sup> Por ejemplo, la Universidad Santo Tomás y la Pontificia Universidad Javeriana. Debe mencionarse sin embargo, que los liberales radicales propiciaron la fundación de la Universidad Externado de Colombia para contrarrestar el influjo religioso.

<sup>163</sup> José Vasconcelos (1882-1959) es reconocido como uno de los grandes ideólogos y reformadores latinoamericanos, que desde México, centró su divisa intelectual en que la mayor prioridad del Estado debe ser la educación. Entre los programas educativos propuestos por el escritor de “La raza cósmica” figuran: la alfabetización y creación de escuelas, los maestros “misioneros”, las escuelas normales rurales, las misiones culturales y las casas del pueblo, las escuelas urbanas, las preparatorias y la educación técnica e industrial y la publicación de libros. Ver Javier Ocampo López, “José Vasconcelos y la educación mexicana” (consultado en línea: [scienti.colciencias.gov.co:8084/publindex/docs/articulos/0122-7238/1/12.pdf](http://scienti.colciencias.gov.co:8084/publindex/docs/articulos/0122-7238/1/12.pdf). de octubre de 2013)

<sup>164</sup> Ver Silva, Renán, 2000. “Ondas Nacionales. La política cultural de la República Liberal y la Radiodifusora Nacional de Colombia”, pp. 3-22; Helg, Aline, 1987. La educación en Colombia: 1918-1957. Una historia económica y política.

<sup>165</sup> Helg, 1987, p. 153.

tradición divina.<sup>166</sup> Prevención que no era del todo cierta dado el carácter católico-conservador de muchos liberales como el Ministro de Educación López de Mesa, para quien los campesinos semejaban una especie de rebaño noble e ingenuo que debe ser guiado, pues hay que,

[...] facilitar[le] al campesino colombiano la mayor suma posible, de bienestar material y de dignidad espiritual, para que *ame la vida que le cupo en suerte*, y la sirva con efectiva estimación y gratitud. [Las] comisiones nacionales y departamentales [deben] informarles de cuanto sea útil a sus comodidades y progreso, a su bienestar y alegría. Les enviaremos equipos cinematográficos para su distracción e ilustración, peritos también en higiene, en agricultura, etc., para *que siempre estemos en íntimo contacto*, y la República sea, como debe ser, *un verdadero hogar de todos y para todos*.<sup>167</sup>(El resaltado es propio).

La mirada que se desprende de estas palabras no es la clara escisión entre lo rural y lo urbano, sino la visión paternalista que los gobernantes tienen del campesino, y más que paternalista, romántica y bucólica. Hay una explícita alusión a la resignación cristiana por *la vida que les cupo en suerte*, amén de que hay que amarla con *efectiva estimación y gratitud*, porque es dada por Dios. Pero, además, es la República Liberal a quien se le debe agradecer, por permitir mantener el *íntimo contacto*, en un hogar armonioso para todos. ¿Por qué se pronunciaba la Iglesia ante estas cristianas y sentidas intenciones? Sencillamente porque se iba sintiendo desplazada de ser la gran misionera en ejecutar y divulgar la palabra de Dios. En el orden jerárquico ella no sería la tutelar y el nuevo ordenamiento social liderado por López Pumarejo amenazaba resquebrajar los derechos tan largamente detentados.<sup>168</sup>

### **Conservatismo y Liberalismo: dos metarrelatos de la nación**

Se tiene claro hasta el momento que López se inscribe en el liberalismo, lo que por supuesto, implica al conservatismo como el adversario en discordia, oponente que para la

---

<sup>166</sup> Para conocer y contrastar las visiones sobre la educación antes y durante el período de gobierno de la República Liberal, se referencia el trabajo de Angulo, 2009. En particular, lo relacionado con las dos misiones pedagógicas del General Eustorgio Salazar (1872-1878) y la del General Pedro Nel Ospina (1924-1935).

<sup>167</sup> República de Colombia, Ministerio de Educación Nacional, 1935, p. 61.

<sup>168</sup> Arias Trujillo en “Estado laico y catolicismo integral en Colombia. La reforma religiosa de López Pumarejo”, analiza esta situación al observar cómo la Iglesia para defenderse del creciente poder que iban adquiriendo las políticas educativas lopistas, lanzaron la ofensiva de fundar universidades católicas como la Pontificia Universidad Bolivariana en Medellín (1936) y reafirmar los postulados de la Universidad Javeriana en Bogotá que había sido nuevamente abierta en 1931.

época tiene un nombre propio: Laureano Gómez. No es que no existan otros prosélitos reconocidos de dicho partido, es que el “agitador” los opaca a todos. López y Gómez habían tenido cercanía desde niños, incluso durante la presidencia de ambos persistían lazos de amistad que una y otra vez se vieron en peligro por la actitud ofensiva de Gómez.

Esa amistad de Laureano Gómez y Alfonso López, escribe Zuleta Ángel, surgida por la admiración que a éste le producía la elocuencia de aquél y a aquél el talento de éste, se prolongó hasta el año 1934, o sea, durante casi veinte años. Entre ambos libraron durante ese lapso las más formidables batallas parlamentarias de que haya memoria en Colombia. Frecuentemente López era el que sugería, el que instigaba, el que planeaba, el que intuía que había llegado el momento estelar para un ataque a fondo. Laureano era la catapulta que reducía a escombros la fortaleza enemiga. Era aquél un binomio diabólico ante el cual no quedaba títere con cabeza.<sup>169</sup>

El régimen conservador nunca pudo aceptar su derrota frente al liberalismo y la oposición se tornó más agresiva durante el ascenso al poder de López, pues como ya se ha visto, el gobierno de Olaya fue bipartidista. Las críticas más acérrimas por parte de los adversarios llegaron a su clímax, no sólo por las propuestas de intervencionismo social,<sup>170</sup> reforma agraria y tributaria, sino ante todo, por el desplazamiento en el monopolio de la educación y el viraje laico en la supremacía religiosa,<sup>171</sup> cambios que se concretarían en la

---

<sup>169</sup> Pérez Silva, 1996, p. 258.

<sup>170</sup> La noción de intervencionismo de la cual se hace uso, se basa en el análisis del término tanto conceptual como político que hacen Tirado Mejía y Pécaut. La premisa general del intervencionismo de López Pumarejo (pues esta estrategia con otros tintes sociales la había puesto en circulación el partido conservador) parte de la intención de darle cierta homogeneidad y coherencia a la disparidad social, sobre todo en materia económica, en que se encontraba dividida la sociedad colombiana. Si bien, en un principio, liberales y conservadores estuvieron de acuerdo con esta intervención de Estado; a medida que se le fueron agregando otros matices de significación a la palabra, los integrantes de las clases dominantes, que en su mayoría eran los terratenientes y empresarios, se opusieron al ver en peligro el privilegio de los beneficios que detentaban al momento. Para efectos de este trabajo se sintetiza el significado de intervencionismo en dos variables: 1) El intervencionismo proteccionista, que en primera instancia se hace para proteger y regular el mercado interno del país y que en el caso de López apunta más a la protección del consumidor. En ese mismo sentido tiene una intención social de corregir el desequilibrio entre el “trabajo” y el “capital”, razón por la cual los directamente involucrados en los beneficios del comercio como los industriales, le van a presentar oposición cuando las leyes favorecen al trabajador. Vale la pena anotar que los tres presidentes de la República Liberal (Olaya Herrera, López y Eduardo Santos) estuvieron de acuerdo con esto. 2) Se postula un intervencionismo social desde la participación de las masas en los destinos de la nación. No se debe desconocer que las políticas de inserción parten del componente económico, no obstante, el Estado aspira a mejorar las condiciones de higiene, salubridad y educación, entre otras. Tirado precisa que el intervencionismo de López se debe entender en su acepción más amplia, no sólo la que atañe a la regulación económica, también lo concerniente a la regulación social y la dirección de los aparatos ideológicos. Por eso es pertinente utilizar la expresión. Cfr. Tirado Mejía, 1996, pp. 72-80 y Pécaut, 2001, pp. 214-217. Ver también, Molina, 198, pp. 63-66.

<sup>171</sup> La religión católica fue el acicate mayor en el enfrentamiento entre los dos partidos: por un lado, era apoyo incondicional del partido conservador y, por el otro, ella misma encarnaba una sociedad fuertemente jerarquizada. Al igual que el Papa en Roma, la Iglesia en Colombia, definía los destinos de la nación.

reforma constitucional de 1886. En consecuencia con lo anterior publicaba, en 1936, *El Siglo*, la siguiente nota:

El Conservatismo de la capital, por nuestro conducto, declara en la forma más solemne en esta hora decisiva y angustiosa de la Patria que, si como parece indudable, fuere adoptada la reforma constitucional, no la obedecerá; que proclama desde ahora la más franca rebeldía contra normas y leyes que vulneren los derechos naturales de propiedad, los fueros de la Iglesia, la libertad de enseñanza y la constitución honorable y decente de la familia; que esta declaración la hace por imperativo deber de conciencia y que está dispuesto a afrontar todas las consecuencias que de esta declaración y del desconocimiento positivo de tales normas le prevengan. Declara así mismo al Congreso y al Gobierno liberales como únicos responsables de la ruptura de la convivencia social de los colombianos en que vivió la República durante muchos años y de los graves eventos que en un desgraciado y no lejano futuro, puedan presentarse. El Directorio Conservador de Bogotá, excita de la manera más vehemente a sus copartidarios de la capital y a los de todo el país a mantener vivo, entusiasta y permanente, el espíritu de rebeldía contra las monstruosas y anticatólicas reformas liberales y contra los decretos y revoluciones gubernativas que en ellas se funden.<sup>172</sup>

La cita ratifica la Constitución de la Regeneración arraigada en una arcaica tradición hispanista que reivindicaba los valores reaccionarios heredados de la colonia y subordinaba a la nación a la inferioridad de las razas.<sup>173</sup>

Los acontecimientos internacionales tampoco colaboraron al nuevo gobierno, pues las repercusiones de la Guerra Civil Española y de la segunda Guerra Mundial<sup>174</sup> movilizaron a los intelectuales de uno y otro partido a adherirse a una causa o movimiento según fuese su credo político: el franquismo, nazismo, comunismo, socialismo, fascismo y falangismo, fueron en Colombia el caldo de cultivo de los nuevos enfrentamientos. Los conservadores se aliaron con las extremas derechas y los liberales con las izquierdas. Fue tanta la

<sup>172</sup> *El Siglo*, 1936, p. 1.

<sup>173</sup> “Dos abanderados de la tesis de la inferioridad [son] el doctor Jiménez López y el doctor Laureano Gómez. El primero tuvo una visión dantesca cuando se asomó desde las ventanas de su gabinete para mirar a la realidad colombiana. [...] El doctor Gómez, no se contuvo al afirmar que estas razas degeneradas eran el producto natural de los indios mentirosos y ladrones, y de los españoles que veía retratados en una larga serie de monarcas ineptos y viciosos, sino que avanzando más, entró a analizar el territorio nacional en términos tan subidos de desolación y de renunciamiento, que nuestra tierra no fue ante sus ojos sino la imagen pavorosa de la manigua, de los frailejones y de los peladeros. [...] De lado opuesto, el liberalismo más bien ha pecado por querer sobreestimar la capacidad de nuestra patria. No es de ahora, sino de la más remota historia del liberalismo colombiano, este desbordante acto de fe que ha conducido a muchos de sus estadistas a planear los más ambiciosos programas de redención”. *El Tiempo*, 1935, p. 4.

<sup>174</sup> Se menciona en la primera administración de Alfonso López, la segunda Guerra Mundial, no porque se haya dado en dicho período, pero el fermento de las ideas nazistas sí estaban ya en “la boca del horno” y de alguna manera todo este fervor estaba conmocionando al país. Es en su segundo período presidencial que este suceso ha estallado en toda su magnitud, lo que obliga al gobierno a definir una política externa capaz de afrontar los efectos directos e indirectos de la nueva situación mundial. Cfr. Ardila, 1990, pp. 7-22.

confusión, que una y otra ideología se malinterpretaban, así, los socialistas fueron tachados de comunistas, quienes a su vez eran marxistas y con ellos, el gobierno liberal.<sup>175</sup>

Frente al fundamentalismo de Laureano Gómez, Alfonso López esgrime la mutabilidad del orden establecido, entendido el término en el sentido de cambio; en oposición a la perpetuación de las costumbres propugnadas por el conservatismo. La concepción abierta del liberalismo que tiene López colisiona con el radicalismo conservador, por eso afirma: “El miembro del Partido Conservador tiene que aceptar un dogma: el de que el conservatismo tiene una doctrina eterna, fundada en la verdad revelada, que no está sujeta a variaciones incidentales de los tiempos”.<sup>176</sup> Consecuente con esta posición, el gobierno de López Pumarejo se ajusta al concepto de “falibilidad” introducido por Barrero en el ensayo, “El liberalismo de Alfonso López Pumarejo”.<sup>177</sup> Esto es que, “El gobierno al no ser absoluto se puede equivocar [...] una decisión política siempre puede estar equivocada, sobre todo cuando se trata de estremecer viejas prácticas”.<sup>178</sup>

Mientras López incorpora al lenguaje y a la práctica política la “contingencia de los sistemas políticos”, el partido conservador sigue anclado a sus cuatro pilares inalterables: el clero, el ejército, el poder electoral y la ley de minorías. La retórica de López es pragmática, moderna, desacralizada y capitalista. La del conservatismo, en cabeza de su líder, continúa siendo la del hispanismo ultramontano: el único legitimador de la religión católica y la revaloración del pasado. La nación decimonónica se estremece ante la nación moderna que amenaza con echar por tierra sus pilares fundamentales y con ellos el poderío de una élite que se instituyó y regodeó en los blasones del conquistador ibero. No obstante se debe reconocer, que los promotores de la Regeneración querían la independencia de la Península en términos económicos y tal vez políticos, pero no soltar amarras del legado cultural, pues como los conquistadores, creían que aquí no había ni existía tradición. Para

---

<sup>175</sup> Para una ampliación sobre estos temas ver Aparicio, 1986; Castellano Álvarez, 1985; Tirado Mejía, 1981.

<sup>176</sup> Barrero, 2009, p. 25.

<sup>177</sup> Barrero, 2009, pp. 17-46.

<sup>178</sup> *Ibíd.*, p. 26.

ambos partidos, el indio era algo menos que un decorado exótico que hacía parte de lo pintoresco y del inventario folclórico.<sup>179</sup>

La conciencia del devenir histórico que tiene López de la sociedad y la política colombiana, lo llevaron a agregar en el ya citado texto de Barrero:

Los desaciertos de los gobernantes deben ser conocidos y discutidos por la opinión pública, pero no pueden ser encauzados en una tarea moralizante de pretensiones definitivas, con intenciones sectaristas, el error es una consecuencia natural de la actividad política [...]. El gobernante tiene la obligación de responder abiertamente ante el orden constitucional por los errores de su gobierno, pero nunca puede evitarlos definitivamente.<sup>180</sup>

Estas palabras querían mostrar la transparencia de su política de gobierno y al mismo tiempo contrarrestar la avalancha de críticas que le venían al régimen de uno y otro lado. La base de su concepción liberal descansaba en el “carácter contingente y transitorio de las organizaciones políticas particulares”;<sup>181</sup> más que una adhesión a un determinado cuerpo de doctrinas ideales e inamovibles propugnaba desde su sentir liberal por una democracia participativa en la que se rindiera culto a la libertad y a los derechos fundamentales, como deber ineludible del Estado, y en abierta oposición a la mentalidad inmutable y perfecta de los gobiernos conservadores y de las varias clases de facciones liberales que coexistían dentro del partido: liberales reaccionarios, conservadores, gobiernistas, antigobiernistas, socialistas y revolucionarios.<sup>182</sup>

Este criterio de gobierno con el que se identificaban Sanín Cano, Téllez y Zalamea, dado que ellos eran los primeros en defender una reciprocidad de las masas desde la conciencia ciudadana que les podía ofertar la educación; apuntaba a que la libre expresión—censura que sufrieron durante los gobiernos anteriores y posteriores— se pensara más en términos de participación y el ejercicio del disenso, en aras de posibilitar no sólo la opinión pública —tan cara a las políticas gubernamentales para su buen desempeño—, sino también para poco a poco ir creando el clima democrático que ayudara a desmontar

---

<sup>179</sup> La sustentación de estas afirmaciones se tratan con más propiedad en los capítulos siguientes, en particular en los capítulos 3 y 4, que abordan el dogmatismo en la cultura y la visión crítica de Sanín, Zalamea y Téllez.

<sup>180</sup> Barrero, 2009, p. 26.

<sup>181</sup> Barrero, 2009, pp. 23-24.

<sup>182</sup> Tirado Mejía, 1986, p. 48.

métodos absolutistas. No obstante, quienes veían en estas “bondades” liberales,<sup>183</sup> la utilización acomodaticia que se hacía del pueblo, enfilaban las críticas al desenmascaramiento de actitudes supuestamente altruistas. Como lo plantea Lozano y Lozano:

La mentalidad liberal y democrática se coloca en un punto de vista diametralmente opuesto. Admite sí que el pueblo ignorante y paupérrimo no está en capacidad de discernir lo que más le conviene; pero estima que ese pueblo sabría mejor sus conveniencias propias que ninguna persona a él extraña, sí se le permitiera que pudiese discernirlas. Hay que educar al pueblo para que el pueblo pueda gobernarse por sí mismo. Y la educación no consiste solamente en el aprendizaje de las letras, sino más que todo en el enderezamiento del individuo hacia la comprensión del fenómeno social, del fenómeno político, del fenómeno humano. Por eso el liberalismo concede participación y beligerancia al pueblo, aun antes de su mayor edad intelectual y moral, en la formación de las determinaciones colectivas, porque piensa que el ejercicio democrático lo va educando para la democracia.<sup>184</sup>

¿Cómo se puede discernir el verdadero alcance e impacto de estas políticas educativas y democráticas si el medio vocero del momento –la prensa– se encarga de contrastar de manera reiterada las falencias y denuncias que de modo continuo se enrostran los liberales y los conservadores? Se ha dicho que es un asunto complejo de resolver, aun cuando la abundante documentación y enfoques existentes sobre el tema, el período y los gobernantes involucrados, ayuda a trazar directrices y esquemas de comprensión de un fenómeno político candente. Por eso es necesario recurrir a la función social que los intelectuales encarnan dentro de la sociedad en un período determinado. La labor intelectual de Sanín, Téllez y Zalamea puede dar cuenta de los intentos de modernización y de transformación que se dieron en la República Liberal de Alfonso López.

En una acción recíproca, ellos tres gravitaron en torno a la idea de modernidad y de cultura que quería realizar López Pumarejo y, a su vez, éste se dejó influenciar por lo que los intelectuales de su gobierno le señalaban. No en una posición de estrecha y ciega alianza, pero sí en un diálogo que intentó ser pluralista. La pregunta que surge es ¿cómo un estadista que no tenía formación universitaria y al cual de manera directa no se le conocen filiaciones literarias estrechas, podía entrar en coloquio con el universalismo de Sanín

<sup>183</sup> En la columna “Glosario sencillo”, Armando Solano expresó su acuerdo con la política liberal de elevar el nivel del pueblo tanto a nivel económico como espiritual. Para él, esto apuntaba a una verdadera democracia liderada por el partido liberal, que sin ser socialista ni comunista, debe propender porque el pueblo salga de la miseria, así se escandalicen las élites dominantes. Solano, 1935, p. 4.

<sup>184</sup> Lozano y Lozano, 1935 y 1944.

Cano, la línea humanística y demoleadora de Jorge Zalamea y la crítica a la conciencia y a la cultura burguesa que hacía Hernando Téllez?<sup>185</sup>

Cabe advertir que esta situación se explica, no porque hayan coincidido en espacio y funciones ministeriales, tal vez para Zalamea y Téllez que tuvieron una participación más cercana en el gobierno de López, sobre todo el primero de ellos; pero no para Sanín Cano cuyo escenario no fue propiamente la figuración burocrática; el encuentro se da más que en el plano físico, en el de las ideas y en el espiritual: tanto López como los tres ensayistas arriba señalados eran agnósticos, no precisamente de creencias religiosas (aunque no comulgaban con el catolicismo ortodoxo), sino de espíritu filosófico y pragmático, en el que las verdades eternas no tenían cabida. Su razonamiento de la realidad colombiana no partía de premisas jerarquizadas e incuestionables; eso era inadmisibles en un mundo que continuamente se transforma, instaura y derroca viejos y nuevos principios. En tal medida, las sociedades, si están insertas en el concierto universal, deben modificarse y actualizarse y poder así hacer frente a las nuevas contingencias históricas que demanda el mercado tanto como capital económico como cultural. Si en algo concordaban López, Zalamea, Téllez y Sanín, era en que para intervenir de modo efectivo al país había que conocerlo primero en su realidad y nutridos de las experiencias del mundo, tratar de sacarlo de su estancamiento, pero no aplicando teorías extranjeras que funcionaban mal que bien allá en los suelos extranjeros, había que encontrar el cauce adecuado en las condiciones propias de la nación.

Con base en lo anterior, López había redactado un interesante artículo en 1926, en el que le replicaba a Felipe Lleras Camargo por un escrito publicado en las columnas de *La República* y donde se hablaba de la insurgencia intelectual de *Los Nuevos* con respecto al estatismo monolítico del Centenario. Como vocero e integrante de esta Generación, López refuta en cierto modo la educación ilustrada. Él no ha sido académico ni universitario, y aunque va ser uno de los principales promotores de la Reforma Universitaria, cree que la universidad colombiana debería preocuparse por ser más una escuela de trabajo que una

---

<sup>185</sup> Lozano y Lozano que no comulgaba completamente con las ideas de López, y que ya había dado varias opiniones sobre él, observaba sin embargo, que aunque es el tipo de hombre que no ha leído jamás una novela, ni una disertación filosófica, ni una poesía; y es ésta una peligrosa limitación para un hombre de Estado, no se le puede desconocer el aprecio, la atención y el respeto con que escucha el concepto que los intelectuales de su gabinete le emiten sobre los asuntos nacionales, culturales y literarios.

academia de ciencias o fábrica de doctores. Esta reacción que podría parecer contradictoria con su espíritu de educación para el pueblo y reforma de la universidad; es suscitada por las afirmaciones de Lleras Camargo que acusa a los Centenaristas de no haber aprendido el dolor de los irredentos ni el valor del humanismo leyendo a Tolstoi y a Gorki, sino al contacto con la miseria autóctona. López interpela al osado ensayista preguntándole “cuántos son, cómo se llaman, dónde aprendieron los problemas económicos y sociales del país, esos muchachos a quienes él atribuye una castidad de espíritu sin antecedentes en la política jorobada del trópico”.<sup>186</sup> Con el espíritu práctico y concreto que lo va a acompañar en su período de gobierno, alaba la importancia de las fuerzas intelectuales para la transformación del país, pero no la que se queda en las frases líricas y retóricas, sino aquella que puede incidir en el cambio educativo y económico.

López no era un literato, era un político y un estadista con mentalidad financista, por eso liquida las apreciaciones de su adversario con estas palabras:

Con un criterio esencialmente literario, casi musical, intervienen nuestros hombres nuevos en los negocios públicos. En los libros de portada roja, que pueblan las vitrinas de las librerías de la calle 12, han aprendido el dolor de los irredentos; en las capitales de la burocracia nacional y departamental han entrado en contacto, al salir de la escuela, con los conflictos del capital y el trabajo; del interés colectivo tienen la visión recortada, parroquial, que ha impuesto entre nosotros la escasez de medios de comunicación y de transporte. No han recorrido el territorio nacional; no conocen todavía nuestro organismo económico; no han estudiado nuestro sistema fiscal; no han asistido a la tarea legislativa; no han tenido, en suma, ocasión de observar a fondo el medio en que viven; han leído mucho y han demostrado energía y audacia en su inquietud espiritual; pero no han alcanzado aún a adquirir la preparación y la experiencia indispensables a la actividad de los estadistas.<sup>187</sup>

No obstante, a estos jóvenes “irredentos” es a quienes llamó cuando subió al poder en 1934.

Observa Tirado Mejía, que López no aceptaba que en materia económica y política a Colombia se le aplicaran modelos que antes no habían pasado por el filtro de las realidades concretas, “no ser conejillos de indias de los países extranjeros, en especial de Estados Unidos, donde se ensayaban, primero, aquí los modelos económicos y luego se aplicaban

---

<sup>186</sup> López Pumarejo, 1926, p. 3.

<sup>187</sup> *Ibíd.*, p. 3.

allá”.<sup>188</sup> Aquí se copia todo lo de afuera, sin analizar las condiciones propias de la realidad colombiana. Actitud que defiende la supuesta “americanización” de López, esto es, que mantenía arrodillada la economía colombiana al capital extranjero norteamericano, para lo cual le había servido su trayecto y empleo bancario en este país. Señala Tirado Mejía, que de algún modo, todos los gobiernos antes y después de López mantuvieron una actitud de dependencia económica e, incluso, muchas veces política con respecto a Estados Unidos, así que las diferencias entre éste y los otros son muy pocas, sin embargo, en la mentalidad financista y moderna de López,<sup>189</sup> había que negociar y propiciar una política económica e inteligente con Estados Unidos, pero de ningún modo claudicar, ni mucho menos vender el país antes las exigencias por ellos impuestas. Era ineludible competir en un plano de igualdad económica, y para ello era forzoso que Colombia se abriera al mercado extranjero sin entrar en detrimento de sus productos nacionales.<sup>190</sup>

### **Tácticas opositoristas**

En el asunto que trata este capítulo, se han presentado diversas apreciaciones sobre el tema, tanto desde escritos publicados en la prensa del período como de análisis más actuales que pueden revelar enfoques y aristas que posibilitan una mirada calidoscópica de la República Liberal de Alfonso López. Se ha visto como las contrarréplicas venían de un bando a otro y cómo cada una de ellas reflejaba en la mayoría de los casos, el credo partidista. Sin embargo, cabe señalar, que aún los más notables creyentes del liberalismo tuvieron la suficiente claridad para cuestionar al partido cuando lo creyeron necesario.

---

<sup>188</sup> Tirado Mejía analiza algunos de los textos de López Pumarejo reunidos en el Tomo X de sus *Obras Selectas*. Tirado Mejía, 1986, p. 21.

<sup>189</sup> Fue cosmopolita por su educación, por sus conexiones comerciales y sus viajes, por la manera de mirar el mundo, y al mismo tiempo era un profundo nacionalista sin retórica. Comprendía la posición de Colombia en la sociedad moderna, la interrelación del capital, la necesidad de la técnica y de los adelantos extranjeros que no tenía el país, y por supuesto, la importancia de las relaciones internacionales en el comercio. Tirado Mejía, 1986, p. 17.

<sup>190</sup> Pécaut cita sobre este tema apartes del *Mensaje al Congreso* que López dio en 1935: “Los grandes yacimientos de oro, platino, etc., están controlados por el capital extranjero. El petróleo, concedido o no va a parar en poder de él casi siempre. El banano es una industria que explota con exclusividad una compañía que maneja los transportes terrestres y marítimos. El café, en todo lo que se refiere a explotación, está en manos de negociantes norteamericanos [...]. Son los caracteres de la industria colonial, que no impiden que se nos considere como una República productora de materias primas”, Pécaut, 2001, p. 225. Agrega, Pécaut, que no obstante estas denuncias, en 1936 va a aprobar una ley que mejora las condiciones de explotación de la compañía norteamericana sobre el petróleo colombiano.

Max Grillo, frecuente columnista de *El Tiempo*, indaga sobre las fortalezas y experiencias del liberalismo para cambiar los rumbos de la nación, pues a su llegada al poder en 1930, llevaba más de 45 años alejado de éste, únicamente presenciando la repartición del mismo entre los conservadores. Esto le da una desventaja, porque llega inexperto a la solución de las problemáticas que atraviesa el país. Hay un acto de buena fe—lo reconoce—, también lo tuvieron muchos conservadores que no obraron por negligencia pero sí por ignorancia. Grillo, pues, plantea una crítica acertada a liberales y a conservadores y les hace un llamado a no continuar cometiendo los mismos errores. Su identificación es con el credo liberal, pero considera que se debe disponer de un verdadero equipo de hombres preparados para las labores del gobierno y así resolver, de manera civilizada, los males que aquejan a la República. Su conclusión termina siendo profética al expresar que sólo el tiempo dirá, si se empieza una vida nueva o están condenados liberales y conservadores a cometer unas mismas faltas.<sup>191</sup>

Ahora bien, a pesar de estas palabras sobre la misión de los partidos en el destino del país, que expresaba Grillo, los ataques en la prensa arrecian con fuerza cada vez más y el lenguaje virulento convoca a la retaliación. El 15 de febrero de 1936 publicaba *El Siglo*, contra el régimen liberal, una extensa nota en la que desde el título se inducía a la injuria: “La República Liberal sustituye a la República de Colombia”. Se hacía mención allí de la pérdida de la patria y el envilecimiento de quienes habían sacrificado su vida por ella, como los héroes y mártires de la independencia, y este noble propósito se perdía al ser reemplazado por el término bárbaro y ateo de la República Liberal, de los liberales y para los liberales. Al decir del artículo, los liberales han convertido en parias de la nación a los conservadores a quienes profesan rechazo y censura. En este sentido obran con la razón de la fuerza bruta y la violencia, en contra de toda lógica, discriminando a los compatriotas que tienen otro credo político y esperan ejercer sus derechos de ciudadanos.<sup>192</sup>

Aprovechan los periodistas liberales estas ofensas y, a su vez, publican en los editoriales de *El Tiempo*, la contracrítica al folleto de Jorge Vélez “Veinticinco años de

---

<sup>191</sup> Grillo, 1935, p. 4.

<sup>192</sup> Del Río, 1936, p. 4.

régimen conservador”.<sup>193</sup> Allí se alaba el espíritu de mesura, de honradez y respeto que manifiesta quien escribe esta síntesis de los gobiernos conservadores que antecedieron a los gobiernos liberales, pero también se llama la atención sobre los alcances que Vélez le magnifica a los conservadores, pues si bien, hubo una cierta ola de prosperidad económica, también lo es que el partido en el poder no supo aprovechar ni mantener esos progresos materiales que llegaron a Colombia, desde la expansión económica norteamericana y desde las naciones europeas que buscaron hacer inversión en los países latinoamericanos después de los desastres de la guerra.

Sin embargo, el editorial enfatizó en que el fracaso también se debió a la falta de experticia en el campo financiero; pero en lo que sí no transige es en la ausencia de una política consensuada que no supo calcular los recursos de la República –por desconocimiento y discriminación de clases– y, en este sentido, la prosperidad no se ajustó a las normas previsoras del gobierno. En el fondo, agrega la editorial, era un fracaso de la vieja política, que entre nosotros estaba representada por quienes desde hacía cincuenta años disfrutaban del poder, sin haberse perfeccionado en otra cosa distinta del manejo electoral, de las combinaciones ministeriales, de las habilidades de tertulia, de pasillos y de antesala.<sup>194</sup>

En consecuencia, Laureano Gómez promueve desde la prensa conservadora<sup>195</sup> y la *Revista Colombiana*, comunicados específicos que descubran “las engañosas promesas y las falaces perspectivas por donde ha ido rodando la república liberal”.<sup>196</sup> El diario *El País* se suma a estas imprecaciones declarando que el partido liberal sólo puede darle al pueblo colombiano arbitrariedad y persecución. La batalla se adelanta en todos los frentes, con agresividad creciente. La política internacional de gobierno es tachada de contraria a los

---

<sup>193</sup> *El Tiempo*, 1936, p. 4.

<sup>194</sup> *El Tiempo*, 1936, p. 4. Se acostumbraba que desde las páginas editoriales se hicieran críticas a libros escritos por la oposición. En la Editorial de *El Tiempo* del 8 de febrero de 1935, p. 4, publicaba Luis Eduardo Nieto Caballero bajo el título ¿Por qué cayó el partido conservador?, una crítica a las quejas que el conservador Aquilino Gaitán presentaba, en su libro, sobre el mayor derrumbe político que haya visto Colombia: la caída de la Hegemonía.

<sup>195</sup> *El Tiempo* se encargó de denunciar estas acusaciones en las notas editoriales. Por ejemplo, las que Laureano Gómez expuso desde las columnas de la *Revista Colombiana*: “el origen y significado de la abstención conservadora, sin agregar nada distinto a lo que ya han dicho en todos los tonos los periodistas de su partido”. *El Tiempo*, 1935, p. 4.

<sup>196</sup> *El Tiempo*, 1935, p. 4.

intereses vitales y al honor mismo de la República; su política económica y fiscal de atentatoria contra todos los derechos y de ruinoso para el trabajo nacional; su política electoral de fraude organizado y escandaloso.

Se podría entonces afirmar que la prensa<sup>197</sup> de la época no es educativa ni cultural, simplemente es la tribuna pública donde se enfrentan a diario los partidos. En este escenario se habla de política internacional, pero también se aprovecha para criticar las conferencias, los artículos y los libros que publican los adversarios. Los títulos de las charlas son engañosos porque aluden a un análisis serio y académico sobre ambas facciones políticas, pero terminan siendo una apología del credo al que se representa. En la conferencia de Jorge Padilla “Análisis de la República Conservadora y de la República Liberal”,<sup>198</sup> se cae en el lugar común: las paradojas conservadoras y los propósitos loables de los liberales. Laureano Gómez es denominado “fiscal del diablo” y toda su casta, una multitud de disociadores que sólo quieren propagar la anarquía en el país.

Una de las mayores oposiciones que promovió Laureano Gómez fue la abstención electoral para las curules de los departamentos. Esta negativa reaccionaria provocó a los caricaturistas de *El Tiempo*, quienes se burlaron del jefe conservador. Entraba así en escena otro instrumento de lucha ideológica y de crítica social representado por la “caricatura política”, no sólo como fuente para analizar los diversos imaginarios políticos que tejían entre sí los dos partidos en pugna, sino también con un claro objetivo de generar opinión pública. Para González Aranda, “La caricatura política es un sistema de lucha dirigido con virulencia contra personajes de la vida pública, con el ánimo de ridiculizarlos”.<sup>199</sup>

La que se presenta en la Figura 1 de Alberto Arango, ilustra tanto el tono irónico, jocoso y sarcástico, como el arte de saber representar lo que se quiere criticar.

<sup>197</sup> Expresiones como “la pesadilla conservadora”, “El gobierno liberal está tocado de lepra”, “A cuchillo”, “López el más famoso malhechor de las instituciones republicanas”, entre otras, eran el tema día a día, tanto en la prensa conservadora como en la liberal. En su enfrentamiento ciego el partido conservador había afirmado de manera tajante que “O ellos tenían el control absoluto de los destinos nacionales, o se hacía el ataque permanente e inicu a quienes los tengan en sus manos”. Con una clara intención de hacer “invivable” el ambiente de la República. Los liberales respondían titulado sus editoriales de “La serenidad liberal y el frenesí conservador”, pero también ellos estaban inflamados de vehemencia política.

<sup>198</sup> Padilla, 1935, pp. 13, 15.

<sup>199</sup> González Aranda, 1990. Ver también de la misma autora, 1996, pp. 110-112; Acevedo Carmona, 1995, pp. 192-220.

**Figura 1. Los últimos Conservadores**



Fuente: Alberto Arango, “Los últimos conservadores”, *El Tiempo*, 4 de mayo, 1935.

Como protesta por las reformas que planea hacer López Pumarejo, el líder conservador Laureano Gómez incita a los miembros de su partido para que se abstengan de votar en los comicios de mayo con el fin de proveer los cargos para asamblea y curules departamentales. El caricaturista Arango aprovecha esta decisión –que ha generado más conflictos entre liberales y conservadores– para ridiculizar la posición asumida por el conservatismo. De este modo se observa en la caricatura a dos conservadores momificados dentro de una urna, la misma que alude a las urnas de votación. Los términos “momias” y “ruinas” es un claro ataque para denunciar, por un lado, la posición prehistórica de los

postulados conservadores que se oponen a la modernidad de los liberales; y, por el otro, la crítica a la abstención de votar se puede entender en dos sentidos: el primero de ellos, muestra la burla de los liberales ante la negativa de los conservadores a participar de las elecciones y hacer parte de la dirección de la nación; y en segunda instancia, también se alude a una huelga de hambre, pues “la abstención conduce lógicamente a la desobediencia civil, es decir, a la huelga de impuestos, de contribuciones, a la absoluta falta de respeto a las autoridades”.<sup>200</sup>

Una nota editorial de *El Tiempo* en 1935, se titula “la pesadilla conservadora”, no solo refiriéndose al tono agresivo esgrimido en la prensa, sino también al único interés de no querer conformarse con su papel de minoría, “O el control absoluto de los destinos nacionales, o el ataque permanente e inicuo a quienes los tengan en sus manos”.<sup>201</sup> En la alocución presidencial de mayo de 1935, llamaba la atención López sobre el daño que la abstención conservadora causaba en el desarrollo de las elecciones de mayo, pues su gobierno se había propuesto purificar el sufragio y administrar el país con eficacia para que “el pueblo [pueda] asegurarse una república generosa y justa y una democracia sin mentiras”.<sup>202</sup> Sin embargo, este tipo de confrontaciones verbales, que venían de uno y otro bando, revelan que tanto los liberales como los conservadores estaban enfrascados en peleas personales y pasionales y eso dice mucho de la viabilidad y certeza de las propuestas hechas por ambos. Si lo que se quería era figurar, nada más acorde que denunciar en la prensa y visibilizar a través del discurso –que puede con todo– la magnificencia de las obras emprendidas, reales o no, por el régimen de turno en el poder.

Ante la situación del país y las injurias de la oposición, los liberales continuaron con la tarea de enmendar los errores de sus antecesores, corrigiendo el analfabetismo y levantando el nivel cultural, porque al estudiante se le dio una equivocada orientación, una enseñanza como instrumento de dominio y de opresión. La gran diferencia, según los liberales, entre ellos y los conservadores, era que no entendían la política como el arte de perpetuarse en el poder y tenían claras intenciones de interpretar el medio colombiano, para

---

<sup>200</sup> *El Tiempo*, 1935, p. 3.

<sup>201</sup> *Ibíd.*, p. 3.

<sup>202</sup> López Pumarejo, 1935.

así poder subsanar de manera más eficaz las falencias que lo conducían a la miseria. El sano clima de oposición que estimulaba López Pumarejo no logró cuajar porque siempre se confundió régimen de hegemonía y régimen de partido. El derecho a disentir en la democracia era una manifestación de su gobierno en la perspectiva de construir entre todos un Estado fuerte y competitivo con el mercado exterior. Sin embargo, según se desprende de la lectura de prensa de la época, los conservadores demostraron que lo único que querían era destruir, creando “un estado de agitación permanente, de escándalo, de desenfreno y esterilidad”.<sup>203</sup> Si este ambiente desfavorable era propiciado por los integrantes de cada partido, los cuales no se escuchaban si antes no se agredían, ¿qué podía esperar la masa de la dirección de las élites que parecían sordas y ajenas a su situación?

López había declarado en uno de sus *Mensajes Presidenciales* que en realidad las masas populares no habían participado nunca de las apuestas políticas, ya que las acciones pactadas se hacían entre los mismos dirigentes, sin que las masas tuvieran intervención en tales acuerdos. Él se proponía modificar esa participación a través de la apertura de proyectos educativos, culturales y políticos que posibilitaran la vinculación del pueblo con los destinos de la nación. Pero, bien sea por el ambiente adverso de los conservadores y de la Iglesia, o por las propias contradicciones del partido liberal, poco de éstas acciones se lograron concretar.<sup>204</sup>

A dos años de la caída de la hegemonía liberal, los liberales desconcertados que veían la disolución del partido debido más a luchas internas que externas, escriben en *El Tiempo*, en *Sábado*, y en *Crítica*, diversas apreciaciones que van desde la alabanza del gobierno de Olaya Herrera o el de Eduardo Santos, hasta la descalificación total de López Pumarejo. Se puede inferir que a pesar de los muchos adeptos con los que contaba el lopismo,<sup>205</sup> se propagó más rápido el antagonismo hacia su persona y gobierno. Quizás las causas residan

---

<sup>203</sup> Tirado Mejía, 1986, p. 188.

<sup>204</sup> Ver Palacios, 2002, 1995 y 1996; Gaitán Durán, 1999; Silva, 2005; Sierra Mejía, 2009; Molina, 1981 y Arias Trujillo, 2011.

<sup>205</sup> En el semanario *Sábado* escribió Jorge Child su “Definición del Lopismo”, quien encarna la adaptación de la sociedad a los nuevos tiempos para que se coloque a la altura de sus circunstancias. Esto es que puede modernizarse y entrar a competir en igualdad con otros mercados internacionales sin estar supeditada a ellos. Paralelamente López hace una defensa de las clases débiles, desposeídas de cultura y de bienes de producción, y por eso es deber del Estado ofrecerles educación y los medios de trabajo de que carecen. Child, 1944, p. 4.

en el fracaso de su segundo período de gobierno (1942-1945) o en la incompatibilidad con el santismo,<sup>206</sup> aunque parece que la crisis estuvo al interior mismo del partido y en la negación del ala derecha de los liberales a ser modernos y abiertos al cambio. Forero Benavides publicaba en *Sábado*, en 1944, la desazón que le causaba a un amigo ver la desunión liberal. Es posible que lo de la carta sea un artificio literario para expresar lo que pensaba el mismo autor del artículo en mención, pero lo cierto es que apuntaba a algo que no tenía objeción: la creencia popular de que el liberalismo caía por la oposición conservadora, por los artículos envenenados de la prensa sectaria y por otras muchas razones que no carecían de total fundamento. Sin embargo, se debía reconocer que

[...] ha sido un partido desorganizado, [que] se mueve súbitamente al impulso de grandes llamamientos, pero una vez cumplida su misión accidental se consagra a dormir sobre sus laureles. No ha habido una política del partido que corra paralela con la política del gobierno. Y por lo mismo, queda solamente en pie la política del gobierno. Todo se espera de lo que haga el gobierno [...]. Desde hace muchos años, la Dirección Liberal no actúa, sino irregularmente, en las vísperas electorales.<sup>207</sup>

De acuerdo con lo anterior, el ala derecha del liberalismo vio en López un “agitador de masas” de carácter frente-populista, que no solo apoyaba las huelgas y los sindicatos sino que expedía nuevos gravámenes fiscales. Por lo demás, su persona “altanera y orgullosa”,<sup>208</sup> contrastaba con el tono pausado de Eduardo Santos, para muchos, más metódico, más pausado y más letrado.<sup>209</sup> Los contemporáneos de Eduardo Santos lo admiraban por la labor que venía cumpliendo en *El Tiempo*—diario de su propiedad—. Pero además, le reconocían una vasta cultura que estaba afianzada en la lectura y conocimiento de la cultura francesa. No sólo era lector de la “*Nouvelle Revue Française*”, de Renán, Mauriac y Montherlant, entre otros; también era un espíritu poseído por la curiosidad intelectual de indagar en la historia del mundo. Cuando viajaba al exterior no lo hacía solamente en plan turístico, era muy dado a recorrer los museos, los bulevares, las iglesias y

---

<sup>206</sup> En los perfiles políticos que hace Eastman sobre grandes figuras políticas, analiza en detalle las relaciones entre López Pumarejo y Eduardo Santos. Si bien había diferencias, Eastman, de manera objetiva describe la coyuntura histórica que como presidente le correspondió desempeñar a Santos con respecto a la reelección de López. Eastman, 1982, pp. 273-304.

<sup>207</sup> Forero Benavides, 1944, p. 3.

<sup>208</sup> Lozano y Lozano, 1935.

<sup>209</sup> Se tenía la impresión de que el gabinete de Santos estaba lleno de filósofos y moralistas y que esto hacía que se trabajara bajo el signo de una democracia ilustrada. En este sentido, su política de gobierno se diferencia de la capitalista de López.

los cementerios. Pero se destaca en él su tono mesurado y pacífico, que en el campo político le han sido de gran ayuda, pues no pretende ser caudillo ni jefe conductor, por eso no expresa emociones rabiosas y su magisterio es más intelectual que gubernamental.<sup>210</sup>

Por otra parte, Jorge Zalamea en *Crítica*,<sup>211</sup> hace un llamado a “La restauración liberal” y continúa defendiendo ante el conservatismo el carácter democrático y racional del liberalismo. Los tres años que los conservadores llevan en el poder ha conducido al país a un baño de sangre. Así lo expresa en la carta abierta que dirige a los ex presidentes liberales Alfonso López y Eduardo Santos.<sup>212</sup> En ella les manifiesta que la revista lleva un “calendario trágico”<sup>213</sup> en el que registra los asesinatos, torturas, atropellos, incendios y persecuciones de que son víctimas en el territorio nacional los que son adeptos al ideario liberal. Esta “macabra contabilización”<sup>214</sup> lo llevó a que como intelectual cuestionara las acciones o correctivos que proponían las esferas públicas para acabar con tantos desafueros. Zalamea fue contundente al denunciar desde su revista *Crítica*, la demagogia de los discursos políticos elocuentes y halagadores, pero a la vez irónicos, pues le conceden a la vida humana el valor proporcional de la alcurnia o la fortuna con menoscabo de los que no tienen nada. Es decir, se defiende y se busca al que tiene figuración social, pero al pobre campesino masacrado se le ignora y se le enrola en las filas de los insurgentes. Termina diciendo Zalamea, que de hacerse un censo minucioso de las muertes acaecidas en

<sup>210</sup> Forero Benavides, 1943, pp. 1 y 22. Ver también, Lozano y Lozano, 1944, p. 1.

<sup>211</sup> La publicación del primer número de la revista *Crítica* (1948-1951), propiedad de Jorge y Alberto Zalamea, padre e hijo, fue saludada y bienvenida por varios periódicos y revistas liberales de la capital, entre los que se cuentan, *El Liberal*, *El Espectador*, *Jornada*, revista *Semana*, y *El Heraldo de Barranquilla*. Todos concuerdan en reconocer la importancia de este quincenario de raíz e inspiración liberal, para la difusión, robustecimiento y defensa de los principios liberales. Zalamea es considerado como un hombre de letras de vasta cultura y acertado intérprete de la opinión. *Semana* describe el quincenario como un magazine de tipo moderno, un poco a la europea, en el cual prevalece sobre los demás temas, el de la política, pero no de manera que ésta ahogue otros aspectos de interés para el lector como: literatura (cuentos, relatos, crítica de libros, crítica pictórica, poesía); arte (información e interpretación de sucesos relativos a la pintura, la escultura, la música, el cine, el teatro); información y comentarios sobre política internacional, además de secciones de moda, belleza de las mujeres, curiosidades y anécdotas de la gente famosa y publicidad en general. *Revista Crítica*, 1948, pp. 8, 12, 13.

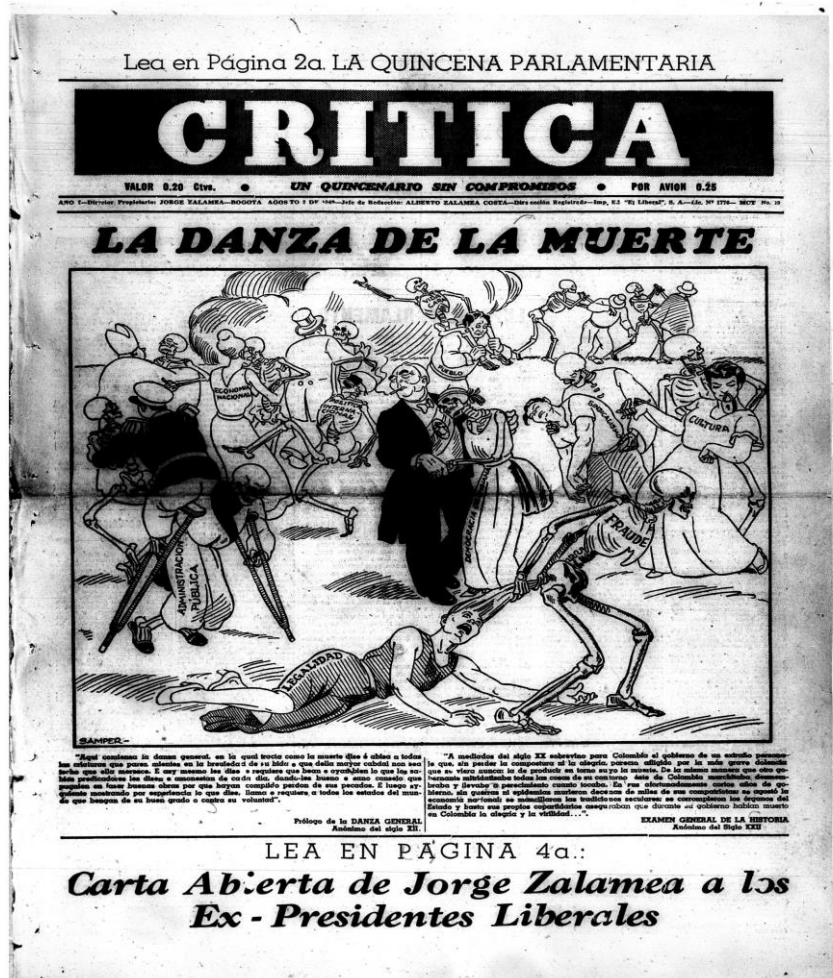
<sup>212</sup> Zalamea, 1949, p. 4.

<sup>213</sup> Zalamea expresa que la opinión pública propiciada por la revista, se propuso desde su creación, “el ingrato deber de llevar al día un “calendario trágico” que registrase los asesinatos, torturas, atropellos, incendios y persecuciones de que eran víctimas en el territorio nacional aquellos copartidarios que ayer dieron a ustedes su voto y su respaldo y que hoy, si los respetó la muerte, continúan fieles al ideario liberal que ustedes realizaron en parte desde el gobierno y enriquecieron abundantemente a todo lo largo de su meritoria vida pública”. Zalamea, 1949, p. 4.

<sup>214</sup> *Ibíd.*, p.4.

Colombia, por razones políticas antes y en el 9 de abril, daría el pavoroso resultado de cinco mil víctimas.<sup>215</sup> *Crítica*, además de la variedad de su contenido, se destacó por la ilustración de la carátula con que se publicaba cada número. En la línea de la caricatura política, las realizadas por el caricaturista Samper lograron denunciar y poner en evidencia lo que el quincenario quería cuestionar, tal y como lo muestra la Figura 2.

Figura 2. La Danza de la Muerte



Fuente: Samper. "La danza de la muerte", *Revista Crítica*, 1 de agosto, 1949.

La ilustración está basada en dos lecturas: un "Prólogo de la DANZA GENERAL", Anónimo del siglo XII, en el que se presenta a la muerte avisando y amonestando sobre la

<sup>215</sup> *Ibíd.*, p. 4.

brevedad de la vida y el comportamiento que deben tener los humanos. La segunda lectura se titula, “EXAMEN GENERAL DE LA HISTORIA”, Anónimo del siglo XXII (puede que sea un error). Allí se habla de un presidente colombiano que, de acuerdo al contexto del año 1949, puede aludir al gobierno de Mariano Ospina Pérez y la ola de terror y muertos desatada durante el “Bogotazo” y la posterior violencia que esto generó. También puede referirse al gobierno de Laureano Gómez o al de Gustavo Rojas Pinilla. Todos los personajes danzan con la muerte o son llevados y agredidos por ella. La crítica señala cómo la administración pública anda en muletas, mientras lleva en sus espaldas a un funcionario del ejército, que podría ser Rojas Pinilla. La economía nacional es una dama que usa lentes, quizás señalando su miopía para manejar el presupuesto nacional y también danza con la muerte. La política internacional da grandes zancadas sobre el caos nacional, en el cual la democracia colombiana está moribunda, apoyándose en los brazos del país del norte. El pueblo lleva la vida cara a sus espaldas, con un signo de agotamiento y abuso. La cultura está amordazada con un candado y vigilada por la muerte. La legalidad, en la figura de una mujer sometida, es arrastrada por el fraude que se le hace a la nación desde el gobierno en el poder. El socialismo está exhausto y moribundo, pues su lucha es totalmente erradicada en la “democracia” colombiana, en la que no hay lugar para el disenso. Finalmente, hay una estrecha relación entre la Iglesia y la muerte y los campesinos son apuñalados por la espalda en el conflicto violento que vive la República. En este contexto se publica la carta de Zalamea a los ex presidentes, denunciando que,

En los cinco meses del período electoral—enero a mayo de 1949—registra la prensa el asesinato de cerca de doscientos liberales y los nombres de un millar de copartidarios heridos, torturados o desposeídos de sus bienes. Pero las informaciones de la prensa, con ser tales, son inferiores a la realidad. Si se abriesen los archivos oficiales y fuese posible establecer la exacta magnitud de esta campaña terrorista, se verían multiplicar esas cifras en proporción alucinante.<sup>216</sup>

Los ex presidentes responden la carta, igualmente, Lozano y Echandía, a quienes también se dirigía la misiva. La respuesta la publica Zalamea en el número de agosto 16 de 1949,<sup>217</sup> y nuevamente la carátula de la revista (ver Figura 3) es bastante alusiva a lo que está aconteciendo en el país.

---

<sup>216</sup> Zalamea, 1949, p. 4.

<sup>217</sup> Revista *Crítica*, 1949, p. 4.

Figura 3. La Gallina de los Huevos...Hueros



Fuente: Samper. “La gallina de los huevos...Hueros!”, *Revista Crítica*, 16 de agosto, 1949.

El título se puede traducir por “la gallina de los huevos vacíos”, pues la paz social, la paz religiosa, la palabra presidencial, la tradición legalista, el tecnicismo, la huerta casera y la vaca lechera, la inamovilidad democrática, el civilismo y los chulavitas,<sup>218</sup> son huevos

<sup>218</sup> La policía chulavita del ala conservadora fue uno de los grupos armados que más persiguió y masacró a campesinos y demás población que no comulgara con las ideas del partido conservador. Su tarea consistía en restablecer el orden, después de la muerte de Gaitán, y como se sabe, no sólo se vivió el 9 de abril de 1948, sino que se extendió hasta gran parte de la década del cincuenta. El fenómeno de la Violencia en Colombia tuvo funestos resultados con la aparición de grupos armados que como éste, causaron más terror que estabilidad.

rotos. Pretenden restablecer la paz pero se rigen por el franquismo y el falangismo para someter y amedrentar. Ospina Pérez como presidente, cierra los ojos ante lo que está pasando.

La revista de Jorge Zalamea asume esa voz de acusación y delación contra el gobierno ganándose en primera instancia, la censura de no publicar textos políticos, solo literarios; y en segundo lugar, al descubrir los censores que los artículos publicados en *Crítica*, siguen teniendo un carácter de imputación dirigido contra el gobierno, éste decide finalmente censurarla de por vida. Las quejas de Zalamea eran un llamado de atención para que la nación dejara de ser bárbara y deshumanizada y volviera a ser civilista y democrática. No importan la dignidad ni el valor de la vida ajena. Zalamea no se rinde e interpela desde su revista, al gobierno y a los intelectuales para que se pronuncien. Pero la consigna del amordazamiento de las libertades y las persecuciones políticas ya está dictada. No obstante, ¿son sólo culpables los conservadores? Por supuesto que no. Como se ha descrito en estas páginas, las pasiones enfrentadas llevaron al traste a una República que ni siquiera con el Frente Nacional va poder dirimir sus diferencias.

### **¿La paz religiosa?**

La reforma constitucional de 1936 desató las más enconadas polémicas entre la Iglesia y el liberalismo, situación de la que se sirvieron los conservadores para atacar el agnosticismo de López en materia religiosa y de paso calumniar la masonería y el ateísmo que promulgaba su gobierno. Con titulares de prensa como “El liberalismo es pecado” y las pastorales de los obispos que acusaban al régimen de hacer propuestas indecentes como: el matrimonio civil, el derecho al divorcio, la educación laica y la modificación del Concordato suscrito con la Santa Sede desde 1887, la alianza conservatismo-Iglesia formó uno de los más fuertes bloqueos de contención a las aspiraciones liberales de modernización, pues en la óptica de López, la renovación de las viejas formas jerárquicas debían empezar por transformar el campo educativo, el laboral y las relaciones Estado-Iglesia.<sup>219</sup>

---

<sup>219</sup> Para ver el contraste de apreciaciones sobre la condición religiosa del liberalismo se puede consultar a los teóricos del clero como el presbítero, Cadavid G., 1955; Builes, 1958. También el trabajo de, Christopher,

Sin embargo, como las prioridades del gobierno consistían –en primera instancia– en mejorar el flanco económico, para que a través de la prosperidad material se pudiera ir implementando la espiritual; López habla en sus discursos más de asuntos concernientes al gobierno y al presupuesto que del tema religioso. Dada su natural apertura hacia la libertad de cultos, consideraba que desde un clima de respeto se podían zanjar las diferencias con la Iglesia. No obstante, los continuos atropellos de los que los conservadores aseguraban estaban siendo víctimas y el peligro inminente que veía la Iglesia de perder sus dominios y su influencia en la salvación de las almas, se generó un alud de escritos de grueso calibre en los que la retórica inflamada de patriotismo y exceso de pasión sectarista, conminaba a la desobediencia civil y a la agresión, si fuera necesario.

El Directorio Conservador de Bogotá, **excita** [resaltado propio] de la manera más vehemente a sus copartidarios de la capital y a los de todo el país a mantener vivo, entusiasta y permanente, el espíritu de rebeldía contra las monstruosas y anticatólicas reformas liberales y contra los decretos y revoluciones gubernativas que en ellas se funden.<sup>220</sup>

Expresiones como, “hora decisiva y angustiosa de la Patria”, “un desgraciado y no lejano futuro”, entre otros, pretendían mover a la conmiseración, pero sobre todo a la rebeldía y al antagonismo malévolo en las masas. Un imperativo deber de conciencia y de caridad los obliga a cumplir la función de inquisidores del orden, pues la República Liberal quería eliminar la religión católica y atacar a la Iglesia.<sup>221</sup> Todos coinciden en afirmar que la República Liberal hace una notoria exhibición de anti-catolicismo, por lo tanto, hay que emprender otra cruzada para salvar a la patria e instaurar nuevamente la moral, que según algunos senadores liberales no existe y es un concepto meramente acomodaticio.<sup>222</sup>

No se deja esperar la contestación de Luis Eduardo Nieto Caballero en *El Gráfico*, quien llama a Laureano Gómez el supremo deformador del partido conservador.

Les dijo a todos que la familia perdería su asiento, la iglesia sus ministros, las escuelas sus cátedras. Que venía arrasándolo todo la influencia moscovita y que en los establecimientos de instrucción atea se irían a corromper las almas de sus hijos [...]. Y él, Laureano Gómez,

---

1987; González González, 1989; la revista Javeriana de 1938; las Conferencias Episcopales de Colombia (1908-1953), Tomo I, 1956 y los artículos de Arias Trujillo sobre el tema de la religión católica y la República Liberal.

<sup>220</sup> *El Siglo*, 1936, p. 1.

<sup>221</sup> *El Tiempo*, 1936, p. 3.

<sup>222</sup> *El Siglo*, 1936, p. 4.

sabe que [eso] es rotundamente falso. Lo dice o lo grita para provocar una inquietud, un temor, una zozobra, para soliviantar a las masas, a las cuales saluda ya a la manera hitleriana, para plañir después, si la reacción contra la mentira oficial de su partido provoca un choque.<sup>223</sup>

Ante este estado de cosas, se decide López a expresar en el *Mensaje al Congreso* de 1936<sup>224</sup> que no entiende la actitud desafiante cómo se dirige el clero colombiano al liberalismo, pues en ninguna parte del mundo civilizado o nación moderna, la Iglesia tiene tanta potestad y mucho menos el Estado asume prelación por ella. Aunque el tono pretende ser conciliador, no puede evitar López cierto desdén provocativo: hay que impedir en el futuro que la política siga siendo una mezcla sacrílega de sentimientos religiosos y aspiraciones de mando. Si los colombianos deciden rezar con fe, es porque así lo sienten, no por una imposición subversiva que legitima las excomuniones, que desde las sedes episcopales lanzaban los sacerdotes a la grey religiosa que tenía distinta filiación política.<sup>225</sup> Afirma López de manera lapidaria: “es preciso destruir hasta la apariencia de un Estado teocrático, pues,

[...] la arquitectura del Concordato responde a un concepto semiteocrático del Estado, que le agrega funciones de policía sobre la conciencia pública y le resta independencia para las suyas propias; concepto irrealizable hoy, cuando ha desaparecido la base política sobre la cual se pactó.<sup>226</sup>

Continúa diciendo López en el *Mensaje Presidencial*, que es necesario que existan la autonomía y el respeto para el adecuado ejercicio de los deberes constitucionales: respeto a las creencias religiosas de los ciudadanos y a los poderes eclesiásticos para el desarrollo de su labor espiritual.<sup>227</sup>

López cree que es más importante pensar en la reestructuración nacional. El enfrentamiento religioso desgasta y dispersa de los asuntos que requieren más atención como la solución de los problemas sociales, hay que salvar al pueblo de la miseria y de la

<sup>223</sup> Nieto Caballero, 1936, pp. 703, 705.

<sup>224</sup> López Pumarejo, 1936.

<sup>225</sup> La Iglesia católica imponía el credo a todos los niveles, en este sentido, tenía dominio exclusivo de la educación. Si un colegio liberal no enseñaba la religión propuesta entonces no podía otorgar el título de bachiller, algo así como una institución no válida ni legal. Por supuesto, los padres no querían que sus hijos se educaran en este tipo de instituciones.

<sup>226</sup> López Pumarejo, 1937, p. 28.

<sup>227</sup> López Pumarejo, 1936.

enfermedad, a la industria de la ruina, a la juventud de la mediocridad asfixiante, al país entero de la pobreza y la ignorancia. Para él, el Estado está en la obligación de reivindicar los derechos y deberes de los ciudadanos en la instrucción pública, sin chocar con los principios religiosos: es una cuestión de tacto, de firmeza y de paciencia, que puede llevarse a feliz término dentro de las normas de un concordato modificado como lo exigen las conveniencias colombianas, que no son contrarias a los derechos del catolicismo. Anota López, que está de acuerdo en que la Iglesia combata y elimine al cura politiquero, verdadero azote de los pueblos y peligro máximo para la religión. Los liberales de gobierno, por su parte, cerrarán el paso al demagogo que quisiera hacer su carrera sobre pasiones superficiales olvidando las necesidades profundas del pueblo colombiano.

Cabe aclarar, en este punto, que los acuerdos entre la Revolución en Marcha de López y el episcopado, no fracasaron sólo por la censura religiosa que hizo el clero a las políticas del laicismo educativo y todo lo que de él se podría derivar; hubo una gran contraparte en el mismo sector liberal de López ya que la separación Iglesia-Estado generaba resquemores de todo tipo: por un lado, sentirse inermes, de alguna manera, ante el poder ilimitado de la Iglesia; de otro, porque muchos de ellos eran liberales en política económica pero no en credo católico. A esto se sumaba que la mayoría de los miembros de ambos partidos veían con temor la aparición de un tercero en discordia; por ejemplo, el creciente peligro que comenzaban a presentar los llamados socialistas y comunistas. Siendo así la situación, se deben matizar las apreciaciones que involucran tanto al uno como al otro con respecto al tema clerical puesto que las discrepancias religiosas también abordaban asuntos delicados como el de la cultura y la civilidad nacional.

### **Civilidad, Cultura y Democracia**

El estudio de la cultura comporta ciertas complejidades, no sólo porque el concepto reviste definiciones y acercamientos múltiples, ambiguos e incluso, contradictorios, sino también porque la cultura como categoría sociológica, refleja las diversas manifestaciones que su rico entramado ofrece en una sociedad y en un contexto determinado. Por eso, se habla más en la actualidad de estudios culturales que de cultura. Esta última no debe ser entendida únicamente como un conjunto “orgánico” de valores, lenguajes, mitos y creencias que se

transmiten de generación en generación y que definen la identidad de un pueblo. La “cultura” que investiga los estudios culturales no es sólo letrada, ni depende del conocimiento de los sujetos, puesto que el abanico de interpretación no se deja circunscribir a comentarios reduccionistas. Los estudios culturales toman radios de acción amplios, en los cuales los mecanismos de producción se reproducen y distribuyen en escalas cada vez más altas dentro de la sociedad, generando diversas dialécticas con el entorno y los actores sociales y con campos teóricos como la sociología, la filosofía y la crítica, entre otros, pues la cultura funciona como un conglomerado de apreciaciones múltiples y complementarias.

Los significados de la palabra “cultura” en las ciencias sociales abren diversas perspectivas y enfoques, para Geertz, por ejemplo, citado por Chartier,

El concepto de cultura denota una norma de significados transmitidos históricamente, personificados en símbolos, un sistema de concepciones heredadas expresadas en formas simbólicas por medio de las cuales los hombres se comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento de la vida y sus actitudes con respecto a ésta.<sup>228</sup>

Bauman propone la noción de cultura en relación con el de *civilización*, pues antes del descubrimiento del concepto de cultura en la transición que vivieron las sociedades monárquicas hacia la modernidad, la apuesta colectiva de los hombres de letras que habían ganado autoridad como nuevos conductores de la opinión pública, diseñaron proyectos civilizadores para el pueblo en los que se invocaban valores inclusivos de todas y cada una de las tradiciones locales. Esto aportaba estrategias de legitimación y control al mismo tiempo. Aunque el propósito era noble, por decirlo de alguna manera, es claro que la disparidad de modos de vida y de pensar no era permitida. Así que esta definición de cultura-civilización aún estaba en ciernes con respecto a una pluralidad de manifestaciones diversas.<sup>229</sup>

Para efectos de síntesis sobre la dilucidación del concepto, esta investigación asume la definición de cultura hecha por Said, porque el crítico israelí aclara que para el desarrollo de las ideas aportadas en este ensayo, esa es la noción con la que mejor se acomoda:

---

<sup>228</sup> Chartier, 2005, p. 52.

<sup>229</sup> Bauman, 1997, pp. 53, 134.

La palabra “cultura” [se] refiere a un entorno, un proceso y una hegemonía en los que se insertan los individuos (con sus circunstancias particulares) y sus obras, al tiempo que son vigilados desde la cima por una superestructura y desde la base por todo un conjunto de actitudes metodológicas. Es en la cultura donde podemos buscar el rango de significados e ideas transmitidos por los términos *perteneciente a o de un lugar*, entendiéndose por *en casa* y *en un sitio* [...]. El poder de la cultura [se da] en virtud de su posición elevada o superior para autorizar, dominar, legitimar, degradar, prohibir y validar: en pocas palabras, el poder de la cultura para constituirse en agente de, y quizá en el principal agente de, una poderosa diferenciación en el seno de su dominio y también más allá de él [...]. Históricamente uno cree que la cultura siempre ha supuesto jerarquías; ha distinguido la élite de lo popular, lo mejor de lo menos bueno, y así sucesivamente. También ha hecho que determinados estilos y modas de pensamiento prevalezcan sobre otros. Pero su influencia siempre ha sido de arriba abajo, desde las alturas del poder y el privilegio, con el fin de difundirse y extenderse a la mayor escala posible.<sup>230</sup>

La descripción anterior debe entenderse en el contexto de las apreciaciones globales y antiimperialistas que Said opone a la diferencia tajante desde lo político-cultural entre Occidente y Oriente, incluso con respecto a otras zonas más periféricas en las cuales incluye a África y a Latinoamérica. Said coincide con Bourdieu en que “la cultura no reside tanto en lo que uno es sino en lo que se tiene, o mejor, en lo que se ha llegado a ser”,<sup>231</sup> por eso la cultura se posee, y junto con ese proceso de apropiación ella misma designa unos límites autorizados y legitimados. Agrega el crítico que la cultura impone un sistema de valores que *empapa* de arriba abajo, pero paradójicamente como domina desde arriba no está al alcance de todos. Otro aspecto interesante de la propuesta cultural abierta de Said tiene que ver con el cuestionamiento que le hace al Estado como ente institucional que se apropia el derecho a delinear los derroteros culturales de la sociedad; en otras palabras, insta una hegemonía ortodoxa planteada más en términos de protección-coacción y no de liberalidad y educación.<sup>232</sup> La cultura, enfatiza el crítico, se define tanto por lo que es positivamente como por lo que no es dentro del rango de un “consenso” social, pero no desde la discriminación y la alteridad.

---

<sup>230</sup> Said, 2004, pp. 20-22.

<sup>231</sup> Bourdieu, 2002, p. 90; Said, 2004, p. 21.

<sup>232</sup> El análisis de Said se desprende del libro de Mathew Arnold, *Cultura y anarquía*” en el que éste concibe la cultura como un todo armonioso que es deber del Estado proporcionar y mantener. “A esta asimilación de la cultura a la autoridad y al marco exterior del Estado también van unidas cosas tales como la seguridad, la confianza, el sentido de la mayoría, toda la matriz de significados que asociamos con “hogar”, pertenencia y comunidad, fuera de este rango estaría la anarquía, lo culturalmente desautorizado, aquellos elementos que se oponen a la cultura y al Estado”. Said, 2004, pp. 23-24.

Cabe señalar que los mecanismos de los cuales se valen el Estado, la Iglesia y la Escuela para instalar los procesos de introyección y control, y aquí entrarían en escena el papel de las minorías y su concepción de la democracia señalado por Mannheim. El sociólogo alemán anota que en la sociedad moderna la elección de minorías adopta tres formas: 1) elevación burocrática, 2) competencia irregular y 3) presión de clase.<sup>233</sup> No se profundizará en la evolución social de estas participaciones aquí, pero se rescata el tipo burocrático por la significación que adquiere con la aparición de los partidos de clase o más bien políticos, al demandarle una solidaridad de cuerpo y de adhesión a la causa partidista, dependiendo así su aceptación, participación y ascenso de factores de lealtad y proselitismo.

Mannheim plantea una distinción entre democracia y democratización: la primera alude a una forma de gobierno en la que se observa la tendencia armónica de participación y garantía entre sus estamentos (Estado-pueblo); la segunda significa una pérdida de homogeneidad en la minoría gobernante. Con base en lo anterior, se infiere que la democracia –como gobierno de todos– no puede darse en términos literales de participación, pues siempre habrá una capa que domine a la otra; por el contrario, la democratización implicaría una disminución de la distancia entre gobernantes y gobernados en procura de la equidad e igualdad social. Sin embargo, la noción de democracia no es tan simple como parece, ya que la palabra en sí misma encierra su contradicción: de un lado es consecuente con la armonía que se le debe posibilitar a los miembros del acuerdo; del otro, si es democracia, ella debe permitir el ejercicio del disenso y no coaccionarlo ni mucho menos castigarlo. En este sentido expresa Mannheim que “la dictadura no es la antítesis de la democracia, ya que representa una de las formas posibles en las que una sociedad democrática puede intentar la solución de sus problemas”.<sup>234</sup> Bobbio secunda a Mannheim y éstos a su vez remiten a los planteamientos de Weber, Durkheim y Bourdieu con las diferencias de énfasis y de perspectiva de sus análisis. Aun cuando la democracia, como dice Bobbio, se opone a las formas autocráticas como la monarquía y la oligarquía, es evidente que el gobierno no lo pueden ejercer todos; éste le es encargado a una minoría, la

---

<sup>233</sup> Mannheim, 1963, p. 283.

<sup>234</sup> Mannheim, 1963, pp. 244 y 245.

cual, aplicando la filosofía del respeto por la libertad, permite el libre desarrollo y autonomía de la personalidad individual; sin embargo, para efectos de control y cohesión social termina diseñando poderosos mecanismos y dispositivos de neutralización para inducir al individuo a renunciar a su autonomía.<sup>235</sup> Mannheim define tres principios fundamentales de la democracia:

El primero, es la creencia en la igualdad esencial de todos los seres humanos, que tiene una raíz ideológica (concepción cristiana de la hermandad) y sociológica. La igualdad no implica una nivelación mecánica, pues algunos individuos pueden demostrar ser superiores a otros, sino que todos los hombres personifican el *mismo principio ontológico de humanidad*. El segundo, es el reconocimiento de la *autonomía del individuo*. Todo esto indica una contradicción interna inherente a la organización democrática de la sociedad. La democracia debe movilizar las energías vitales de todo individuo; pero después de haberlo hecho, debe también encontrar la manera de represar y, en parte, neutralizar esas energías. El último, es la *existencia de minorías* en la sociedad democrática, junto con *nuevos métodos de selección de minorías*. Esto es, la democracia posee su propia forma de seleccionar y controlar a sus minorías, tanto en un sentido político como en un sentido cultural.<sup>236</sup>

El análisis de la función política y literaria de la cultura debe incluir, necesariamente, a los intelectuales y su participación en la escena político-cultural de una nación, pues ellos desde su preeminencia en la sociedad, se insertan y se vinculan con las estrategias pensadas y aplicadas por las instituciones del poder; bien sea como mecanismo de cohesión según las *Reglas del método sociológico* de Durkheim o como dispositivos del poder desde la teoría de Foucault. No obstante, el análisis de la cultura y los intelectuales o más bien de los intelectuales en la cultura, se realiza a contraluz de la concepción de democracia y “democratización de la cultura”<sup>237</sup> que tiene un Estado.

Cabe anotar que el tema es de largo aliento y sirve aquí para ilustrar en el contexto colombiano de la República Liberal, cómo se concibió la cultura desde la democracia y la democratización por el gobierno de partido de López Pumarejo y los intelectuales de su ideario político, por eso se toma el último principio descrito por Mannheim para dilucidar la *representación*<sup>238</sup> que de la cultura y la literatura se tenía hacia mediados del siglo XX.

<sup>235</sup> Cfr. Bobbio, 1989 y Mannheim, 1963.

<sup>236</sup> Mannheim, 1963, pp. 250-255.

<sup>237</sup> Mannheim, 1963, pp. 244-245.

<sup>238</sup> El concepto se toma básicamente de los trabajos de Chartier sobre la historia cultural, no es originario de él ya que el estudio sobre las representaciones se entronca en los aportes de Lucien Febvre (Escuela de los Annales) y de Panofsky, entre otros teóricos. En *El mundo como representación*, Chartier desarrolla el

Para Chartier, los grandes escritores y filósofos son los que alcanzan la mayor conciencia posible del grupo social que representan, ya que a través de sus obras esenciales expresan o reflejan con más coherencia el sistema de representaciones y de valores de la sociedad.<sup>239</sup> Chartier no está afirmando que estos agentes culturales son los únicos y dignos representantes de la cultura, pues establece una relación comprensiva entre cultura letrada y cultura popular en la cual las dos instancias sociales se retroalimentan, y se podría decir son recíprocas: los letrados estudian lo popular, por tanto, son quienes lo interpretan y a su vez, desde lo popular hay una interpretación del letrado. Lo que sí reconoce Chartier, como tantos otros, es que los escritores e intelectuales, para el caso, legitiman o legalizan los *hechos sociales*, una veces en connivencia con el poder, otras, en abierta oposición a él.<sup>240</sup> En consecuencia, las formaciones ideológicas de las prácticas discursivas que subyacen en un sistema de representaciones se vehiculan a través de la cultura.

En esta línea, la noción de cultura definida y legitimada por el Estado, la Iglesia y la Escuela, requieren de un proceso de institucionalización donde son necesarios los agentes que transmitan o más bien propaguen, según sea la intención del gobierno de turno, los esquemas de apropiación, esto es, “un agresivo sentido de la nación, el hogar, la comunidad y la pertenencia.” Hay cierto grado de aceptación de lo expresado por Said para analizar y entender la conformación de la cultura colombiana del período político designado.<sup>241</sup>

---

término con relación a la historia intelectual y de las mentalidades. Las representaciones son sistemas de interpretación cultural que rigen y orientan los procesos de construcción de sentido que los agentes de un conglomerado social, sean ilustrados o analfabetas hacen con respecto al entorno a través de prácticas discursivas y culturales. Según el teórico francés las representaciones son inducidas o impuestas por los que poseen el poder, sin embargo, como la cultura no es homogénea las representaciones también salen de las percepciones que ese grupo dominado se plantea con respecto a sus propias condiciones de vida. En este sentido, la historia intelectual implica el estudio del pensamiento informal, los climas de opinión y los movimientos de alfabetismo y la historia cultural que está en estrecha relación debe abordar las concepciones del mundo y las mentalidades. Ver Chartier, 2005.

<sup>239</sup> Chartier, 2005, pp. 23-28.

<sup>240</sup> Bourdieu observa que “legitimidad no es legalidad: si los individuos de las clases menos favorecidas en materia de cultura reconocen casi siempre, por lo menos de labios para afuera, la legitimidad de las reglas estéticas propuestas por la cultura ilustrada, esto no excluye que, puedan pasar toda su vida, *de facto*, fuera del campo de aplicación de estas reglas, sin que por ello pierdan su legitimidad, es decir, su pretensión de ser universalmente reconocidas [...]. En suma, la existencia de lo que se llama legitimidad cultural consiste en que todo individuo, lo quiera o no, lo admita o no, es y se sabe colocado en el campo de aplicación de un sistema de reglas que permiten calificar y jerarquizar su comportamiento bajo la relación de cultura. Bourdieu, 2002, pp. 33 y 34.

<sup>241</sup> Said, 2004, p. 25.

## El proyecto cultural de Alfonso López Pumarejo

Renán Silva ha abordado desde distintos enfoques el estudio sobre los alcances y limitaciones de los proyectos culturales e intelectuales de la República Liberal y en este sentido ha trabajado aspectos como: la creación y dirección de la Escuela de Bellas Artes, la Biblioteca Nacional bajo la dirección de Daniel Samper Ortega, el proyecto de Cultura Aldeana, la protección al Patrimonio Cultural y Documental con la organización del Archivo Nacional, la creación de la Radiodifusora Nacional, el impulso a la Escuela Normal Superior y la importancia de Revistas Culturales como *Senderos* y de las *Indias*, por solo mencionar algunos de los componentes de ese amplio espectro de la política cultural.<sup>242</sup> De manera panorámica se puede decir que los ideales de la República Liberal de López tendieron a consolidar las relaciones Estado-Sociedad-Cultura. El primero concebido como un gobierno de partido legitimado no sólo por sus integrantes doctrinarios, también por la inserción de las otras capas sociales representadas básicamente en el pueblo; lo que abre la perspectiva de la segunda, pensada en términos de economía y distribución “equitativa” de los recursos naturales y materiales y, la tercera, en el sentido práctico-ideal adjudicado por los intelectuales liberales. Por ejemplo, Achury Valenzuela y Arciniegas concebían la cultura:

Como una totalidad en la cual es posible distinguir dos elementos: por un lado, un conjunto de producciones pertenecientes a la más elevada esfera del quehacer humano (formas elaboradas del “espíritu”). De otro, la cultura como una especie de suelo nutricio de verdades esenciales, reencarnación de lo más auténtico que tiene un pueblo, una suerte de ocultas raíces ancestrales, y por lo tanto una materia muy poco histórica que opera como la base de construcción de cualquier manifestación cultural que no quiera extraviarse y romper con un destino histórico fijado de antemano en el pasado.<sup>243</sup>

Ambos intelectuales se identifican con la idea de que el pueblo debe aprender primero lo autóctono antes que lo extranjero. Le corresponde al Estado impulsar y custodiar la cultura como un derecho de todo ciudadano. Sanín Cano, también, señala una cultura en la

---

<sup>242</sup> Entre ellos, la cinematografía educativa, el estímulo y fomento de las Artes, el Conservatorio de Música, la creación de la Banda Nacional, la orquesta Sinfónica Nacional y la protección del Patrimonio Arqueológico.

<sup>243</sup> Silva, 2005, p. 25.

que se adapte el medio a los requerimientos de la inteligencia humana; es decir, no debe ser impuesta o implantada de otras regiones –lo que no desdice de su cosmopolitismo–.

En consecuencia, el gobierno de López se vale de los intelectuales y su concepción de cultura para elaborar políticas de aplicación, dado que esta figura social funciona como el mediador y articulador del mundo simbólico en tanto son “creadores”, “intérpretes” y “distribuidores”.<sup>244</sup> La Política cultural es entendida aquí como una acción del Estado frente a la cultura, que implica un desarrollo integral que tiene en cuenta como elementos fundamentales: la educación, la comunicación y la cultura en todas sus manifestaciones.<sup>245</sup>

Surge un tema central a tratar y es el concepto de pueblo que a través de la historia ha sido nombrado de diversas maneras: plebe, populacho, chusma, turba, muchedumbre y masa.<sup>246</sup> El pueblo se asocia con lo popular y, en ese sentido, se da la distinción entre lo culto y lo popular, los letrados y los iletrados. Silva señala lo que Palacios, Pécaut, Tirado Mejía y Melo, entre otros, han observado con respecto a la diferencia abismal que existía entre las élites y la masa. Los liberales mezclaban romanticismo con pragmatismo, tenían un sincero deseo por cambiar y modificar las costumbres culturales del país como una vía para transformar su propia situación social y política,<sup>247</sup> pero seguían pensando en términos de clases sociales. En esto no se diferenciaban mucho de los conservadores, caían en las mismas descalificaciones aunque sus prejuicios eran de otra índole; es decir, más bien consideraban al pueblo como a un niño que necesita ser conducido y adiestrado; contrario a los conservadores y el clero, que lo veían como una masa amorfa, un redil de ovejas descarriadas que no tenían conciencia ni, quizás, alma.

---

<sup>244</sup> Sánchez Gómez, 2003, p. 49.

<sup>245</sup> García Canclini define la Política cultural como “El conjunto de interacciones realizadas por el Estado y las instituciones civiles y los grupos comunitarios organizados con el fin de ordenar el desarrollo simbólico, satisfacer las necesidades culturales de la población y obtener consenso para un tipo de orden o transformación social. García Canclini, 1987, pp. 3-17.

<sup>246</sup> Osorio Lizarazo en: *El día del odio* (1952) trae varias definiciones de pueblo. Además de las señaladas arriba menciona la de gentuza, hampa y canalla. El escritor bogotano no sólo las circunscribe a Bogotá, crítica el prejuicio con que antropólogos y sociólogos han designado de manera insultante al pueblo. Esos efectos de degeneración separan al hombre decente del plebeyo y es el resultado de siglos de insensibilidad y abominación por parte de las clases altas hacían las bajas. Los teóricos del pueblo creen que la pobreza, la miseria física y moral, la depauperización a través del hurto y el alcohol son producto de sus bajos instintos y de sus condiciones sociales, es decir, el pueblo es así porque quiere no porque la exclusión lo ha llevado a ese estado.

<sup>247</sup> Silva, 2002, p.15.

Betancourt Mendieta señala, a partir de esta cita del líder conservador Laureano Gómez, como el tema de las razas en el trópico generó encendidos debates en pro y en contra sobre la capacidad cultural, de inteligencia y superioridad que podrían tener los colombianos con respecto a las razas blancas europeas. Afirma Gómez:

Bástenos con saber que ni por el origen español, ni por las influencias africanas y americana, es la nuestra una raza privilegiada para el establecimiento de una cultura fundamental, ni la conquista de una civilización independiente y autóctona. La cultura colombiana es y será siempre un producto artificial, una frágil planta de invernadero, que requiere cuidado y atención inteligente, minuto tras minuto, para que no sucumba a las condiciones adversas. Sobre las porciones del territorio favorables a la vida humana se agrupará la población, haciendo pie en ellas para intentar la conquista de los recursos naturales que existen, pero que no pueden ser alcanzados ni disfrutados por un pueblo inculto e inferior.<sup>248</sup>

La mirada liberal no sólo asumía sino que proponía una nueva actitud y a partir de ella una nueva interpretación de lo popular. Había que conocer eso que sonaba exótico al mismo país y, además, si se quería construir la nación sobre las bases de lo autóctono se hacía necesario comenzar a explorar el “alma nacional”, la cual estaba en lo más puro –en el sentido de mezclas culturales– de las manifestaciones culturales del pueblo. Sin embargo, la República Liberal funciona con todo el imaginario cultural heredado del siglo XIX, la diferencia con los conservadores es que los liberales toman conciencia del atraso en el que se halla el país y saben que deben cambiarlo, pero ellos mismos deben empezar por transformarse y desligarse de prejuicios anquilosados. Como lo observa Bobbio, liberalismo y democracia no son lo mismo ni tampoco son interdependientes: el que haya un Estado liberal no significa que haya democracia y viceversa. Es decir, se supone que el principio de libertad que acuña el liberalismo, descansa sobre el respeto a la libertad de los individuos, ya que las sociedades no son homogéneas y, por tanto, no deben impedir el ejercicio del libre albedrío. Hay un sistema de *hechos sociales* que bien inducidos, no propiamente reprimidos, hacen que el gobierno y las sociedades funcionen de la manera más armónica posible. No obstante, como la democracia implica el disenso y el no acuerdo siempre se van a presentar fracturas en el Estado, el cual, de acuerdo a su buen gobierno puede dirimir de modo satisfactorio para las partes involucradas. Así, volviendo a Bobbio,

---

<sup>248</sup> Betancourt Mendieta, 2006. Agrega que Gómez, en nombre del hispanismo de la Regeneración calificó a los legados indio y negro como estigmas de completa inferioridad.

el Estado liberal debería coincidir con el crecimiento progresivo de la esfera de la libertad del individuo con respecto a los poderes públicos, con la emancipación gradual de la sociedad civil a partir de la separación de la esfera religiosa y económica.<sup>249</sup> Hasta aquí estaría siendo fiel a su ideario de políticas abiertas y secularizantes.

En sociedades atrasadas culturalmente y con problemáticas internas que atañen más a discusiones “familiares” que sociales, en un sentido amplio, los procesos liberales terminan por caer en la defensa de sus argumentos y en detentar el poder ante el adversario. Pese a las intenciones altruistas del Estado liberal colombiano, el pasado histórico de la nación, la dominancia de la Iglesia y la negación de gran parte de los dirigentes de ambos partidos, a perder sus privilegios personales y sociales con respecto a la sociedad civil representada no solo en los opositores sino en el pueblo mismo; los ideales de democracia no funcionaron porque la *plebe* fue vista como una fuerza a controlar, a domesticar: ya porque la mentalidad no daba para entender otra cosa, o porque las condiciones culturales no permitían una mayoría de edad. A esta ambigüedad se enfrentaron los liberales más abiertos del gobierno de López, incluido este último. Eran conscientes del cambio y de los instrumentos a implementar para dicho cambio, pero aún entre ellos existían discrepancias irreconciliables y, para mayor paradoja, todos los que querían rescatar la cultura autóctona, la desconocían casi por completo, pues se habían formado en el exterior, en las culturas francesa, inglesa, italiana, norteamericana y países más remotos para la época como Rusia, China y Pekín (Sanín Cano y Zalamea). Sin embargo, estos dos también habían viajado por Latinoamérica.

El proyecto de la Revolución en Marcha fue una respuesta o un intento de respuesta a esas percepciones; así, de un lado, aspiraba a la estabilización del Estado en lo político y lo económico; y del otro, quería incluir al pueblo en la participación social, pero para ello primero, tenía que domesticarlo a partir de las prácticas políticas y culturales. La paradoja vivida por la República Liberal y por los intelectuales de su gobierno, no dejó de manifestarse, aun cuando los proyectos culturales se seguían realizando en un clima que no era propicio, pues la imagen que se tenía del pueblo, era confusa y contradictoria. Bauman

---

<sup>249</sup> Bobbio, 1989, pp. 7-26.

señala cómo los filósofos que reemplazaron en la jerarquía social y educativa la figura del clérigo, heredaron la imagen del pueblo que había elaborado la acción política de los gobiernos anteriores. Por eso, los gobiernos ejercían simultáneamente sobre el pueblo, medidas represivas y políticas sociales racionalmente jerarquizadas desde arriba. Se le educaba en el sentido de instrucción y capacitación, aunque con una educación cuidadosamente planificada y transmitida, pero no en el mismo orden que al pequeño número de hombres ilustrados. Se utilizaba según conviniera: como foco de rebelión o como multitud sumisa. A veces despertaba compasión y otras, repulsión,<sup>250</sup> ese mismo dilema se reflejaba en los intelectuales de la Revolución en Marcha.

La tarea de los intelectuales liberales era educar-instruir al pueblo a través del proyecto de las bibliotecas aldeanas, que atendía la formación de los maestros seleccionando textos sobre agricultura, civilidad, literatura e historia, entre otros (ver este apartado en el acápite dedicado a Zalamea), y las necesidades básicas del niño campesino, atacando primero las epidemias, enfermedades y pobreza, y posibilitándole luego un buen acceso a la educación, así fuera primaria en primera instancia y, posteriormente, técnica de acuerdo al oficio desempeñado en el campo. Los debates con la Iglesia fueron candentes: tanto en el entorno rural como en la ciudad; sin embargo allí, a pesar de la educación confesional los estudiantes tenían más oportunidades de nutrirse del contexto cultural.<sup>251</sup> La idea, según la política de intervención social de López Pumarejo, era permitir que el pueblo adquiriera carta de ciudadanía para poder participar del sufragio y de los beneficios de la economía. No obstante, críticos como Pécaut hizo eco de las recriminaciones que los conservadores les hacían a los liberales por utilizar a la masa como elementos numéricos en

---

<sup>250</sup> Bauman, 1997, pp.113-117.

<sup>251</sup> “Esta era la visión compartida por las élites de los comienzos de la edad moderna. El pueblo se encontró efectivamente desnudo e indefenso, carente de las aptitudes (y actitudes) y el apoyo de la comunidad necesarios para hacer frente a los desafíos de la vida y reproducir las condiciones de su propia supervivencia. Era preciso llenar ese vacío creado artificialmente; los indefensos necesitaban un conductor, los ciegos un guía. La educación no fue una invención de la Edad de la Razón; tampoco fue un artefacto de la revolución intelectual (...) la educación fue una idea y una respuesta del tipo “manejo de la crisis”, un intento desesperado de regular lo desregulado, de introducir orden en una realidad social que antes había sido despojada de sus propios dispositivos auto ordenadores. Bauman, 1997, p. 102. Aunque la edad moderna de la que Bauman habla en esta cita se ubica en los siglos XVI, XVII y XVIII, no es anacrónico citarla aquí para el contexto de Colombia. En primera instancia porque el historiador se debe apropiarse de artefactos del pasado para interpretar el presente y, en segundo lugar, porque la tradición colombiana era muy pobre en ese aspecto antropológico y sociológico para analizar la República Liberal a la luz de sus teorías. Por eso, los trabajos que se mencionan son posteriores como el de Pécaut y Silva, por ejemplo.

las elecciones. Lo curioso es que la facción conservadora también lo había utilizado, engañado y sometido a la excomuni3n en caso de desobediencia. Adem3s, el conservatismo de la mano del clero, se oponía a los creadores de cultura liberales y veían en el nacionalismo de López un claro atentado contra sus presupuestos hispánicos. El líder de la Revoluci3n en Marcha propugnaba por un nacionalismo moderno, despojado de cualquier ret3rica tradicionalista y reaccionaria. El nacionalismo de López no era ni xen3fobo ni patriotero. Lo sintetizaba en la frase: “Colombia primero para los colombianos”,<sup>252</sup> en abierta crítica a los gobiernos conservadores que vendían y dejaban desangrar económica y físicamente al paí3, con las jugosas concesiones de explotaci3n de recursos colombianos.

Los intelectuales adeptos a las polític3s de López pretendían llamar la atenci3n sobre el adormecimiento en el cual había estado la Repú3lica durante la larga Hegemonía Conservadora. “La Danza de los millones” producto de la indemnizaci3n de la p3rdida de Panamá, había dado la ilusi3n de un progreso económico que, efectivamente, se vivi3 con la bonanza cafetera y el estímulo del gobierno al crecimiento industrial. Sin embargo, esa sensaci3n de bienestar y estabilidad se empezó a apagar poco a poco, no sólo debido a los malos manejos presupuestales sino también a la manera violenta como se sofocaron las primeras manifestaciones huelguistas. Estos brotes de descontento fueron la primera alerta para que los dirigentes reaccionaran y encauzaran las polític3s hacia posturas más democratizantes. Mannheim distingue entre democracia y democratizaci3n y dado que la primera es compleja, como sistema de gobierno, porque representa su contraparte, lo más acorde según Mannheim, es pensar en una democracia representativa<sup>253</sup> pero más que eso, diseñar un sistema de democratizaci3n que permita a todos los ciudadanos disfrutar y acceder a los beneficios de la naci3n en materia de polític3s económicas y culturales. Con base en esto, los proyectos culturales de la Repú3lica Liberal pensaron en la democratizaci3n de la cultura, una cultura que tal como se ha descrito, era elitista e incipiente y requería definirse según sus propios contornos.

---

<sup>252</sup> Pécaut, 2001, p. 228.

<sup>253</sup> Mannheim y Bobbio aluden a las discrepancias en el orden presentado en la democracia representativa ya que ésta no es garante total de sumisi3n y control del caos. Sin embargo un buen ejercicio representativo permite prever de antemano los posibles conflictos y en ese sentido reaccionar de manera inmediata a las presiones que pueden desequilibrar el sistema. Mannheim, 1963, pp. 277 y 278; Bobbio, 1989, pp.75-79.

Los acercamientos de Mannheim y Bauman permiten contrastar las posiciones encontradas de los dirigentes con respecto a la educación del pueblo, que como ya se ha visto, es el principal soporte del avance cultural. Para el primero, dentro de su idea de la democratización de la cultura, la educación de las masas debe estar orientada por una realidad que apunte a una democratización real del espíritu. Para ello los partidos políticos deben establecer escuelas que estudien la realidad social desde su respectivo punto de vista partidista, con el objetivo de comprender a los contrincantes, lo que les dará la perspectiva de su punto de análisis y comprensión de los fenómenos sociales, al conocerlos, pueden superar las oposiciones de manera ecuánime e, incluso, formar coaliciones conjuntas. No se trata de gobernar contra la oposición sino de gobernar con ella, en eso consiste una democracia representativa: comprender a los contrincantes no es atacarlos, y a través del consenso y el libre disenso se construye nación. Bauman también ve una intención de planificación y regulación en la educación del pueblo, si éste se educaba iba a ser receptivo a los cambios propuestos por el Estado moderno y podía llegar a participar con una conciencia crítica que cultivara el espíritu de la nación.<sup>254</sup>

¿Cómo analizar estas posturas en la República Liberal, dado que las políticas educativas aspiraban en parte a estos logros? Se responde lo que la historia muestra: en primera instancia no había lugar a acuerdos entre liberales y conservadores, sobre todo porque los últimos eran herméticos a los cambios que no les reportaran beneficios económicos y de clase. Segundo, porque la preparación educativa conservadora era católica y esa postura, de entrada, cerraba cualquier posibilidad de secularización y enfoque laico. Tercero, porque el partido en el poder siempre gobernaba contra el antagonista y, cuarto, –incurren en el error ambos partidos–, en la concepción de educación no se tuvo en cuenta la heterogeneidad del pueblo. Tal vez los liberales intentaron partir de bases reales, de ahí los estudios e informes de la Comisión de Cultura Aldeana, pero sus intelectuales pertenecían todos a la alta cultura, no necesariamente en el aspecto económico sino en el de formación. La medida de su rasero eran las culturas foráneas y la posición que ocupaban dentro de la sociedad. Su idea de pueblo seguía siendo igualmente lejana y paternalista cuando no compasiva y repulsiva.

---

<sup>254</sup> Mannheim, 1963, p. 280; Bauman, 1997, p.102.

Otro factor determinante de este contexto, es la propia situación de los intelectuales con respecto al Estado y a ellos mismos: la mayoría, con diversos matices, descreen del gobierno en tanto continúe representando la oligarquía de la que ellos también hacen parte. Además, como campo intelectual que no tiene que ser homogéneo pero tampoco tan contradictorio, no hay unidad, al menos de disenso; la prensa es la tribuna en la que muchas veces se desautorizan unos a otros.

El liberalismo como partido durante los 16 años de la República Liberal, tuvo tres facciones: los olayistas, los lopistas y los santistas, y cada uno de los tres desvirtuó las políticas del anterior, así que no hubo continuidad de lo propuesto. Olaya era de tinte conservador, Santos de la derecha liberal y Alfonso López, fue quizás el más revolucionario, no en el sentido bélico, sino en tácticas innovadoras con un claro sesgo de cambio. El segundo aspecto en mención, con la actitud de los intelectuales y el gobierno, es que actuaban como minorías (recuérdese la existencia de minorías según Mannheim, en la que la democracia posee su propia forma de seleccionar y de controlar en un sentido político y cultural), funcionan con la ideología oficial, se cuestionan y debaten, pero a la masa se la sigue instruyendo en el imaginario bucólico del mito oficial: la nación como patria para todos. Es una manera de mantenerla adormecida a través de la dicotomía poder/conocimiento.

Cabe advertir que estos juicios no se extienden a una intelectualidad homogénea, todo campo presenta sus fracturas ideológicas, y en la trayectoria de los intelectuales éstos revisten diversas formas de acuerdo al lugar que ocupen en la sociedad y a su momento histórico. Ellos también son utilizados o desechados e, incluso, se hacen indeseables como Zalamea bajo el gobierno de Ospina Pérez y el de Gómez. El caso de Gaitán, por ejemplo, es dicente dentro del campo político y en su relación con las masas. No es el interés detenerse en esta figura porque también presenta contradicciones en su populismo, pero es ilustrativo para señalar las disidencias y giros de los políticos liberales como él. Cuando el intelectual no está de acuerdo con el *status quo* y se halla imposibilitado para denunciarlo

desde la tribuna política, encuentra un medio más eficaz a través del arte con significado social: éste es su compromiso político, no necesariamente de facción sino de artista.

En los proyectos formadores de los intelectuales de la República Liberal está presente el pueblo como “cultura popular”, una definición que cada gobierno y campo intelectual acuña según conveniencias y propósitos. La masa es percibida más desde los prejuicios y el desconocimiento que desde una valoración real, por eso, al leer los discursos de López Pumarejo sobre el pueblo y las columnas periodísticas de los intelectuales sobre el tema, lo que encontramos es el *sistema de representaciones* que la cultura dominante tiene del conglomerado social marginal, con el fin de reunir la representación de la nación en una figura o más bien en mecanismos de cohesión, que casi siempre fallan porque parte de la exclusión y de la homogeneización, no de la heterogeneidad. De ahí que los trabajos sobre el folclor fueran fundamentales para hacer acopio de las diversas manifestaciones existentes. Sin embargo, varias de estas recopilaciones quedaron como un inventario o mosaico que se sacaba a relucir en las campañas de adoctrinamiento moral o político.

Pocos estudios serios con la perspectiva antropológica lograron desmitificar la idea de lo popular y lo culto. La expresión de “pueblo” seguía siendo ambivalente, elevada a la categoría de participación para las contiendas electorales y rebajada al populacho o multitud ignorante en la distribución social. El pueblo como lo manifiesta Osorio Lizarazo desde la literatura y la “popularidad” dada por Jorge Eliécer Gaitán desde sus discursos sobre la masa, es percibido como una plebe amenazante gobernada por pasiones ciegas e impulsivas.<sup>255</sup> Silva, analiza esta participación de los intelectuales de la República Liberal poniendo en contexto las perspectivas, obstáculos y alcances de sus propuestas culturales, pues ellos

[...] forjaron un conjunto de temas ideológicos, elaboraron un programa de trabajo, crearon un entable institucional y difundieron a través de los medios de comunicaciones una serie de propuestas que desembocaron en la designación de una “configuración determinada como cultura popular [...]”. Se debe recordar que la República Liberal no sólo significó una profunda originalidad en el campo de los “proyectos de extensión cultural”, sino que representa una de las etapas de más alta integración entre una “categoría de intelectuales públicos” y un “conjunto de Políticas de Estado”, al punto que puede decirse que sus proyectos culturales de masa fueron en gran medida la elaboración de grupos intelectuales

---

<sup>255</sup> Ver Rosanvallon, 1999, Bolleme, 1990.

que ocupaban las posiciones más elevadas en los instrumentos estatales de formación y extensión cultural –el Ministerio de Educación y algunas de sus dependencias particulares–, al tiempo que dominaban en el escenario cultural, sobre todo en la radio, la prensa y el precario mundo del libro, lo que les garantizaba una posición directiva en cuanto a la orientación espiritual del país, o más exactamente de la “nación” para acudir a su propio vocabulario [...]. Fue uno de los pocos momentos de [intento de] “modernización” efectiva de las formas tradicionales de la política en Colombia.<sup>256</sup>

Empero, esos intentos de modernización por parte de algunos de los intelectuales más críticos, colisionaban como ya se ha señalado con sus creencias más arraigadas. La historiografía intelectual en Colombia ubica a estas figuras, hasta mediados del siglo XX, en una posición de subordinación con respecto a los partidos tradicionales, y muchas veces su desempeño—dado el precario ambiente cultural que existía en la época—, se realizaba dentro de las posibilidades que ofrecía el partido. No obstante, la mirada no puede ser tan homogénea ni determinante, puesto que sería reducir en una misma línea de pensamiento y acción, las diversas ideologías que convivían y pugnaban en la República. Ni los hombres letrados del siglo XIX fueron todos de doctrina conservadora, ni todos los intelectuales de la República Liberal fueron de avanzada progresista, ni muchos menos crítica. Para el caso se ejemplifica con un intelectual de renombre dentro del partido liberal, además del gran reconocimiento de que gozaba como escritor y sociólogo (aunque la sociología en Colombia estaba en ciernes) en el panorama de las letras nacionales. Luis López de Mesa revela esas fisuras entre una mirada científica y abierta y la creencia religiosa absoluta, unida a los prejuicios de raza que acompañaban a los hombres ilustrados. Gutiérrez Girardot, Urrego y Betancourt Mendieta, “desenmascaran” en sus respectivos análisis, el papel representado por este prohombre liberal. El término suena fuerte pero se refiere a lo que el primero de ellos llamó “la cultural señorial o de viñeta” en la cual la “Atenas suramericana” (Santafé de Bogotá) brillaba y se jactaba ante el mundo del cosmopolitismo-nacionalismo de sus poetas y escritores.<sup>257</sup>

Sin embargo, vale la pena aclarar que con ser los juicios de Gutiérrez Girardot bastante demolidores, con respecto a la cultura y a la literatura colombiana, tiene el ojo avizor y el juicio certero para destacar las cualidades de un escritor atado a su medio

---

<sup>256</sup> Silva, 2005, pp. 16-23.

<sup>257</sup> Gutiérrez Girardot, 1980.

provinciano, al entrar en pugna con el espíritu de progresismo moderado que lo ubica en la gestión de proyectos culturales del partido. López de Mesa intentó en sus dos textos clásicos: *Introducción a la historia de la cultura en Colombia* (1930) y *De cómo se ha formado la nación colombiana* (1934), una interpretación centrada en las diferencias ideológicas de los partidos, desde el punto de vista filosófico-religioso; imprimiéndole a sus apreciaciones un sesgo crítico desde una perspectiva continental. Por ello fue tachado de cuasi-herético, dice Gutiérrez, aunque no era anticlerical, ni polémico.<sup>258</sup>

Esta cita de Urrego sobre una entrevista que, en 1916, López de Mesa le concedió a la revista *Semana* ratifica su creencia religiosa y contradice su estudio científicista del pueblo al verlo como una oveja descarriada que requiere ser conducida al redil:

[...] a mí me complace el gamonalismo clerical en el estado en que está nuestro pueblo. Cuando visito nuestras aldeas nunca faltó a la plática dominical ni dejó de conversar con el párroco y he visto que el señor cura manda absolutamente, que en él están aunadas todas las potestades, eclesiásticas, civil, familiar, etc. Pero ello es que esas ovejas de su cuidado son de tan rudimentaria mentalidad, tan débil es su defensa contra las seducciones o imposiciones de una dirección inmoral, que están bien, muy bien, créame usted, bajo el gamonalismo clerical que así y todo imposibilita otros gamonalismos. Al fin se salva mejor la moralidad, se defiende un poco la flaqueza y sólo se pierde el libre pensamiento de quienes aún no piensan.<sup>259</sup>

La cita también revela, como señala Betancourt Mendieta, el determinismo biológico y geográfico que acompañó sus aproximaciones sociológicas de la realidad nacional. López de Mesa estaba perpetuando así las representaciones que del país y el pueblo tenían las clases dirigentes al considerar inferiores las razas del trópico con respecto a las europeas.<sup>260</sup> Según el médico antioqueño

[...] las razas que pueblan nuestro territorio no se han cruzado suficientemente para definir un temperamento uniforme. Así, pues, sería una exageración, una extravagancia, suponer que en tales condiciones produzcan obras de cierta madurez cultural.<sup>261</sup>

No obstante, volviendo a los juicios de Gutiérrez Girardot y sin restar validez al análisis de Urrego y Betancourt, son hasta cierto punto comprensibles los errores de

<sup>258</sup> Gutiérrez Girardot, 1980, pp.479 y 480.

<sup>259</sup> Urrego, 2002, p. 60.

<sup>260</sup> Betancourt Mendieta, 2006.

<sup>261</sup> López de Mesa, 1934, p. 20, citado por Betancourt Mendieta.

apreciación en los cuales incurrió López de Mesa –se aclara que no se justifican, porque esa fue una de las taras para el avance de la nación–, pero se entienden por el contexto, pues no todos los intelectuales estaban preparados para despojarse de la tutela religiosa y emprender caminos más seculares y profanos. Esto solamente lo podían hacer muy pocos, mentes más cosmopolitas que se habían alejado del país el tiempo suficiente para tener otras visiones y, con lucidez, sopesar los contrastes entre una cultura mimética y una de asimilación. Algunos lo plantearon desde sus obras literarias y desde la crítica; otros desde una militancia política más activa.

En consecuencia, los estudios sobre el papel de los intelectuales en la República Liberal se caracterizan por un enfoque de la historia social y de la cultura, ocupándose de manera particular por la relación entre intelectuales y política, nación, élites y pueblo bajo el marco de los enfrentamientos partidistas.<sup>262</sup> Debido a las contingencias que se dan en cada período histórico, sobre todo cuando se presentan cambios sustanciales, pueden coexistir diversos tipos de intelectuales en un mismo período y el campo intelectual y cultural del que hacen parte depende –como ya se visto– de las relaciones entre el capital cultural y el económico.

Sánchez Gómez, Urrego y Altamirano plantean, a través del estudio histórico del intelectual, procesos y categorías en las que se inscriben éstos según la época. Para el caso, la clasificación de Sánchez Gómez por la mediación entre intelectuales y medio político-cultural, sirve para ilustrar la perspectiva de Sanín Cano, Zalamea y Téllez. Además, esta tipificación no riñe con la de los dos anteriores. Ellas son: 1) el poder de los letrados y los letrados en el poder, 2) los intelectuales maestros (la lucha por la autonomía cultural), 3) los intelectuales críticos (la misión profética) e 4) intelectualidad para la democracia.<sup>263</sup>

---

<sup>262</sup> Se referencian aquí algunos de las investigaciones dedicadas al escenario intelectual latinoamericano y colombiano. Gutiérrez Girardot, 1980 y 1987; Acevedo Carmona, 1986; Urrego, 2002; Gilman, 2003; Altamirano, 2006.

<sup>263</sup> Sánchez Gómez, 2003, pp. 49-105. Las tipificaciones de Urrego son: 1) Los intelectuales orgánicos del Bipartidismo / Los intelectuales bajo la Hegemonía Conservadora. 2) Los intelectuales bajo la República Liberal. 3) Los intelectuales bajo la Violencia. 4) Los intelectuales contra el Estado / La creación de un campo intelectual. 5) La reintegración de los intelectuales. / La captación de los intelectuales disidentes. Urrego, 2002 y la propuesta de Altamirano está sintetizada en cinco puntos: 1) Nacimiento y peripecias de un nombre, 2) La tradición normativa, 3) A la luz del marxismo, 4) Perspectivas metodológicas, 5) Una especie moderna, y 6) Contextos. (Altamirano, 2006).

Independiente de su ubicación en un partido u otro, ellos son intermediarios culturales que realizan y direccionan prácticas de significado a través de sus acciones: proselitistas, burocráticas, periodísticas, literarias o críticas. En suma, son “creadores, intérpretes<sup>264</sup> y distribuidores de cultura: son los articuladores del mundo simbólico”.<sup>265</sup>

Como figuras públicas los intelectuales manifiestan su pensamiento de tres formas: “la interpelación a la opinión pública, el distanciamiento o ruptura frente al poder estatal y el recurso a la acción colectiva”.<sup>266</sup> Los intelectuales adeptos a las políticas de López Pumarejo intentaron generar una verdadera ruptura en el clima cultural y social de la década del treinta, pero cayeron también en las defensas de partido. Sin embargo, el grupo *Los Nuevos* aportó una camada interesante y heterogénea de artistas que de manera aislada, renovaron las formas caducas y propusieron estéticas de avanzada. Desde la poesía se destacó la producción de León de Greiff, Luis Vidales y Porfirio Barba-Jacob, aunque fue más bien la posteridad la que les reconoció sus méritos. Tal vez, en la época, el grupo poético que más tuvo influencia fue el de *Piedra y Cielo*, a pesar de beber todavía en las fuentes literarias hispánicas le imprimió un sello decididamente americano. Gutiérrez Girardot señala algunas figuras importantes que funcionaron como bisagras de una cohesión nacional y cosmopolita: Fernando González, César Uribe Piedrahita, José Antonio Osorio Lizarazo e, incluso, el mismo Luis López de Mesa. Con sus divergencias y la distancia que separaba a algunos de ellos entre capitalinos y provincianos, lograron generar vanguardia a pesar de lo solitario de su trabajo. Sin embargo, en sus obras incursionaron con temas históricos y sociales, y propuestas que se salían del marco capitalino al abordar asuntos relacionados con la situación del indígena, la explotación petrolífera y cauchera en

---

<sup>264</sup> La noción de “intérprete” la utiliza Bauman para hablar de la estrategia posmoderna del trabajo intelectual. El Intérprete traduce enunciados hechos dentro de una tradición propia de una comunidad, de manera que puedan entenderse en el sistema de conocimiento basado en otra tradición. Se consagra a impedir la distorsión del significado en el proceso de comunicación. Lo cual se ajusta a lo descrito por Sánchez Gómez. Ver: Bauman, 1997, pp. 14 y 15. Bourdieu habla de un código común que los intelectuales establecen dentro del campo intelectual y que en algunas ocasiones extienden a la sociedad, con el objetivo de razonar y manifestar sus percepciones en el orden de lo social y lo artístico. Es natural que sus elecciones intelectuales y artísticas están orientadas por su cultura y su gusto, que a su vez es interiorización de otras culturas. Bourdieu, 2002, p. 41

<sup>265</sup> Sánchez Gómez, 2003, p. 49.

<sup>266</sup> Sánchez Gómez, 2003, pp. 51 y 52.

la selva amazónica; dilucidaciones filosóficas y la creciente ampliación de la marginalidad en la ciudad.

No todos fueron militantes políticos, pero recuérdese que el gobierno de López se rodeó de figuras nuevas que le ganaron la antipatía del conservatismo, muchos liberales consideraban arriesgado que una persona joven y sin trayectoria política asumiera cargos en el destino del país. López no hizo caso de estos comentarios, y gran parte de su camarilla estuvo compuesta por integrantes de *Los Nuevos*. Zalamea fue uno de los grandes defensores de la reforma educativa de López y, quizás, uno de los más comprometidos con la política como ejercicio profesional.<sup>267</sup>

Este tipo de agremiaciones que formaron algunos intelectuales liberales en torno a la defensa y la liberalidad de la cultura, encarnada básicamente, en un proceso educativo laico y moderno, es lo que se puede denominar como la política cultural de la Revolución en Marcha de López Pumarejo y los intelectuales que lo acompañaron.

\*\*\*

Se puede señalar que Alfonso López creía firmemente en la conciliación derivada de un sano ejercicio del disenso que se hiciera en términos propositivos. Su labor modernizadora aspiraba a cambiar el país patriarcal por uno capitalista, educado y con mayoría de edad. Su deseo era que las masas se cualificaran y pudieran entrar a competir. Suena algo utópico por supuesto, dado el ambiente de abierta oposición que le presentan la Iglesia y los conservadores, además de las situaciones de pobreza y atraso del país. Él estaba convencido de que se podía intentar y, para ello, necesitaba del concurso de la “*intelligentsia*” representada en esos jóvenes intelectuales y universalistas que ven más allá del campanario capitalino. ¿Qué tan acertada o efectiva fue esta política de gobierno de López? Se tratará de indagar en las páginas que siguen, al analizar en contexto, las Generaciones o grupos que fueron proclives a la política, la cultura y la crítica literaria.

---

<sup>267</sup> Zalamea publicó dos textos de encendida polémica: *A la juventud colombiana* (1933) y *La cultura conservadora y la cultura del liberalismo* (1936).

## CAPÍTULO 2.

### GENERACIONES ¿REVOLUCIONARIAS? O GENERACIONES EN CONFLICTO: LA LUCHA POR LA HEGEMONÍA ENTREGRUPOS INTELECTUALES

En las páginas anteriores se ha evidenciado el estrecho vínculo creado entre políticos y letrados, dado que las dos figuras se unen en una sola; por tanto, ellos son los conductores del país en los aspectos de gobernabilidad y de cultura. En consecuencia, este capítulo intentará dar cuenta, de manera panorámica, del ambiente intelectual que en la década del veinte, enfrentó a Centenaristas, Arquilókidas, Leopardos y Nuevos, en la lucha por la renovación de la cultura.

\*\*\*

Expresaba Armando Solano en 1935, en un artículo publicado en *El Tiempo*, su descontento y desconcierto ante los reiterados ataques de que venía siendo objeto la generación del Centenario a la cual él pertenecía, por parte de las “sucesivas infancias, más o menos desamparadas moral o intelectualmente”<sup>268</sup> e, incluso, de “algunas amargadas senectudes”,<sup>269</sup> que no veían con buenos ojos lo que los integrantes de esta generación habían y continuaban haciendo con respecto a los destinos del país. Las “infancias” a que se refiere Solano, bien pueden estar aludiendo tanto a los Leopardos<sup>270</sup> como a los Nuevos, grupos que cronológicamente habían surgido en los años veinte pero cuyo radio de acción, como actores de primer orden, se había extendido hasta las décadas siguientes. Tanto unos como otros estaban estrechamente interrelacionados ya que algunos de los gobernantes Centenaristas llamaron a sus filas a estos jóvenes “irredentos” para que les ayudaran a transformar la República; y aunque las toldas proselitistas del liberalismo la conformaron

---

<sup>268</sup> Solano, 1980, p. 295.

<sup>269</sup> *Ibíd.*, p. 295.

<sup>270</sup> Fueron cinco: Silvio Villegas, Augusto Ramírez Moreno, José Camacho Carreño, Elíseo Arango y Joaquín Fidalgo Hermida (aunque la participación de este último fue breve dentro del grupo)

los integrantes de los Nuevos, los Leopardos en la oposición conservadora, participaron en los álgidos debates que las políticas lopistas propiciaron en el medio colombiano.

¿A qué se debía esta división tan radical entre los intelectuales representantes de la generación del Centenario y los jóvenes letrados que aspiraban a modificar el contexto ideológico y social? ¿Por qué Armando Solano, diez años antes del escrito al que se ya se aludió, había hecho comentarios de respeto pero a la vez de crítica sobre “La nueva generación”? Era innegable observar que el ambiente estaba caldeado y que los vientos renovadores no soplaban hacia la misma dirección. Las veleidades derechistas e izquierdistas de Leopardos y Nuevos se sumaban a la intransigencia, por un lado, del conservatismo estático y monolítico que estaban cuestionando los primeros,<sup>271</sup> y del otro, los segundos sólo reconocían errores y desmanes en sus predecesores.

Los Centenaristas habían reemplazado a los Regeneracionistas para quienes el culto a la “normatividad gramatical y retórica, a la erudición grecolatina y a un hispanismo [pertinaz], impedía cualquier acercamiento a los legados artísticos y filosóficos de otras culturas del mundo occidental”.<sup>272</sup> Aspecto que en los primeros, se manifestó con más moderación, en tanto se abrieron más a las influencias cosmopolitas e intentaron generar un clima propicio a las discusiones políticas y culturales; es decir, propugnaron por una “apacible convivencia entre los dos partidos tradicionales”,<sup>273</sup> haciendo la salvedad, por supuesto, de figuras descollantes como la de Baldomero Sanín Cano, en la apertura de su pensamiento y de su credo político, hacia horizontes más secularizantes y menos dogmáticos. Sanín cronológicamente se ubica en el Centenarismo, pero sus tempranas incursiones en el autodidactismo, el manejo de otras lenguas y la curiosidad intelectual que lo hicieron “extranjero” para muchos de sus contemporáneos, bien lo pueden situar en las futuras generaciones rebeldes que intentaron cuestionar y cambiar la solemnidad y

---

<sup>271</sup> Al respecto expresa Eliseo Arango: “Lo que nos animó en grupo fue el prejuicio, muy difundido en la universidad, de que las ideas conservadoras eran atrasadas, mandadas a recoger. Queríamos, entonces, darle una fisonomía intelectual al Partido Conservador presentándolo como amigo del progreso, de la cultura, de la civilización... Como grupo, fuimos muy solidarios, indudablemente. Eso no significa que tuviéramos todos, el mismo concepto sobre los hombres, los hechos, las ideas. Teníamos nuestras diferencias, pero sabíamos zanjarlas”. Citado por, Pérez Silva, Vicente (2000). “Garra y perfil del grupo de Los Leopardos. Al final de la Hegemonía, ellos renovaron la política conservadora”. En: Revista Credencial Historia, No. 132, Bogotá, diciembre, pp. 3-7.

<sup>272</sup> Loaiza Cano, 1995, p. 134.

<sup>273</sup> *Ibíd.*, p. 135.

moderación de sus antecesores. Claro que Sanín, debido a su edad y trayectoria había asimilado de otro modo la batalla por las ideas renovadoras en Colombia; sus artículos y opiniones no presentaban la fogosidad panfletaria que caracterizaba a los Arquilókidas convertidos después en Leopardos y Nuevos. Sanín apuntaba más a la mesura que a los sentimientos patrióticos exaltados. Sus argumentos no partían de una brecha generacional en el sentido político y cultural, o al menos no los reducía a éstos. Creía firmemente que una buena educación basada en las fuentes europeas sin detrimento de la propia, ayudaría a la nación a salir de un ambiente sectario y clasista. Pero mientras eso sucedía, los jóvenes intelectuales que comenzaron a protagonizar el escenario político-cultural de los años veinte, dejaron escuchar sus voces de desacuerdo con respecto al dominio ideológico y de medios que detentaban los miembros de la generación anterior.

Señala Loaiza Cano en su estudio sobre *Luis Tejada y la lucha por una nueva cultura* (1995), cómo este irreverente intelectual proveniente de la provincia antioqueña, encontró en la capital a un grupo de jóvenes dispuestos a demoler los viejos andamios de la cultura colombiana e instaurar sobre ellos cimientos ideológicos renovadores.

Los Arquilókidas constituyeron el primer intento colectivo de ejercicio pleno del libre examen y, seguramente, el más vigoroso rechazo ético y estético al universo intelectual que precedía a la generación nueva. El grupo fue el punto de congregación de los jóvenes<sup>274</sup> vanguardistas que compartían un antipasantismo a ultranza [...] fueron capaces de expresar rasgos típicos de los paradigmáticos movimientos vanguardistas, como el antagonismo generacional que desemboca en el nihilismo; el rechazo a la tradición y la consecuente exaltación de lo original y lo nuevo; la oposición a las instituciones artísticas oficiales. Y, sobre todo, alcanzaron a vivir el momento culminante de enunciar un manifiesto colectivo acerca del tipo ideal de intelectual que anhelaban.<sup>275</sup>

No obstante existía un escollo que también se convirtió en acicate para la irreverencia desmedida que los jóvenes intelectuales manifestaron hacia sus mayores: estos últimos no disponían, en propiedad, de los medios culturales de difusión, cuyos dueños eran los Centenaristas. Con el fin de ser sucintos, pues éste no es el tema central de la investigación, diremos que para la época, las querellas de los nuevos con los antiguos, se desligaban en

---

<sup>274</sup> León de Greiff y Ricardo Rendón quienes habían pertenecido en Medellín al grupo de los Panidas; Silvio Villegas y José Camacho Carreño que hicieron parte de los Leopardos y los Nuevos; Luis Tejada, Rafael Maya, Hernando de la Calle, José Umaña Bernal y Juan Lozano y Lozano, que luego integrarían el grupo de los Nuevos.

<sup>275</sup> Loaiza Cano, 1995, p. 137.

parte, del dominio que los antecesores tenían sobre los medios de producción ideológicos más importantes como: periódicos, revistas, instituciones educativas y librerías. No podía ser de otro modo, los Nuevos apenas estaban comenzando en el escenario cultural; pero igual esto revelaba también la detentación del poder en unos cuantos. Arias Trujillo analiza más en profundidad este aspecto en el capítulo segundo de su libro: *Los Leopardos: una historia intelectual de los años 1920* (2007).<sup>276</sup>

Vale la pena señalar que el diario matinal *La República*, fundado en 1921 por Alfonso Villegas Restrepo, dio participación sin restricción a todos los que allí quisieron escribir, fueran liberales, conservadores, Leopardos, Nuevos, Socialistas,<sup>277</sup> etc.; lo cual no impidió más adelante ser objeto de improperios por parte de Arquilókidas y Nuevos cuando decidieron cuestionar todo el orden social imperante. Sin embargo, no se puede desconocer que diarios como *El Espectador*, *El Tiempo* y *El Siglo*, por mencionar tres de los más relevantes para la época, fueron la palestra pública en la cual se hicieron los intelectuales-escritores que protagonizarían los candentes debates que en torno a la política, la religión y la literatura se darían en las décadas siguientes.<sup>278</sup> Miremos un poco más de cerca a los Leopardos y a los Nuevos, en tanto su intervención en la vida política nacional se extiende a lo largo de los años treinta, cuarenta y cincuenta.

### **Centros de reunión y medios culturales**

Bogotá como centro cultural, no fue ajena a la importancia que cumplieron los cafés como nuevos espacios de sociabilidad de las élites capitalinas. Desde finales del siglo XIX funcionaban allí estos centros de reunión en donde se discutían las novedades del día y se compartían la creación de un verso o el capítulo de una novela o, simplemente, eran los

---

<sup>276</sup> “Los Centenaristas y los jóvenes letrados frente a los nuevos debates”.

<sup>277</sup> Allí escribieron: Rafael Maya, Alberto Lleras Camargo, Eliseo Arango, Germán Arciniegas, Luis Tejada, José Mar, Juan Lozano y Lozano, Ricardo Rendón, León de Greiff, Rafael Bernal Jiménez, Hernando de la Calle, José Camacho Carreño y Jorge Zalamea. Gaviria Liévano, 2008, p. 600.

<sup>278</sup> Ver los capítulos “Los Arquilókidas y la crítica vanguardista”; “José Mar y los albores socialistas de *El Sol*”, En, Loaiza Cano, 1995. El texto de Arias Trujillo, *Los Leopardos: una historia intelectual de los años 1920*, 2007; y trabajos como el de Pachón Farías, *Los intelectuales colombianos en los años veinte: El caso de José Eustasio Rivera*, 1993.

lugares apropiados para ver y ser visto. Nombres como el Florián, el Riviere y el Pennsylvania, entre otros, se abrían con la intención de imitar los grandes cafés europeos que ostentaban su fama debido a las reconocidas personalidades, entre escritores, artistas y políticos que allí departían. Al decir de Steiner, “el café se convirtió en el Mirador desde el que se tomaba el pulso al panorama espiritual de la nación y se admiraba el espectáculo del mundo”.<sup>279</sup>

Cada café tenía su distintivo particular; el tipo de clientes que allí acudían le iban imprimiendo al lugar características relacionadas con lo político, lo educativo, lo periodístico o lo literario; en otras palabras, era el sitio perfecto para la bohemia. Uno de los más famosos para el caso que nos ocupa fue el Café Windsor,<sup>280</sup> por ser uno de los puntos de encuentro de Centenaristas, Leopardos y Nuevos; aunque se asocia más con estos últimos.<sup>281</sup> El hecho de que concurriera allí tal masa heterogénea de intelectuales, se debía a su ubicación estratégica, entre la trece y la séptima. Cercanas se hallaban las oficinas de los principales Diarios y Directorios políticos, además de centros educativos y librerías de renombre.<sup>282</sup>

El escritor José Antonio Osorio Lizarazo, incluido dentro de la larga lista de integrantes de los Nuevos, grupo al cual no se sentía muy ligado, manifiesta en el libro que escribió sobre, *Gaitán: vida, muerte y permanente presencia* (1979) lo siguiente:

---

<sup>279</sup> Steiner, 2006, p. 14.

<sup>280</sup> El café era propiedad de los hermanos Luis Eduardo y Agustín Nieto Caballero, representantes de la generación Centenaria; Luis codirigía el periódico *El Espectador* y Agustín era director del Gimnasio Moderno, uno de los centros educativos de la liberalidad colombiana, aunque vale anotar que allí también se educaron algunas figuras del conservatismo.

<sup>281</sup> Entre los contertulios figuraban: Ricardo Rendón, Luis Tejada, Gaitán, Felipe y Alberto Lleras Camargo, León de Greiff, Rafael Maya, José Camacho Carreño, Germán Arciniegas, Augusto Ramírez Moreno, Hernando de la Calle, Silvio Villegas, Carlos Lozano y Lozano y Néstor Villegas.

<sup>282</sup> Destacaban, “La Colombiana”, propiedad de la familia liberal Camacho Roldán, que no sólo exhibía libros de carácter liberal, sino también de autores conservadores. “Al frente de esta última, estaba la “Librería Nueva”, propiedad de Jorge Roa en la que se realizaban tertulias conservadoras. Abajo, en la esquina de la calle de Florián, quedaba la “Librería Apolo”, caracterizada por exhibir en su vitrina los “Libros prohibidos” de José María Vargas Vila como “Los Césares de la decadencia”, “los Divinos y los Humanos” y “La regeneración de Colombia ante el tribunal de historia”. En la misma calle estaba la librería “Biblioteca de Sopena” que ofrecía “El Anticristo” de Nietzsche, “Las vírgenes de las Rocas” de D’Annunzio, y “Los conflictos entre la ciencia y la religión” de Draper. Cfr. Arias Trujillo, 2007, p. 25 y Gaviria Liévano, 2008, p. 599.

En el café Windsor [los Nuevos] Pedían cerveza, se embriagaban con la lírica petulante de los muchachos empeñados en adelantarse a su edad, disputaban sobre las evoluciones de la política y del arte, que eran el fruto de la guerra, florecido como una acracia en los que nacieron bajo el signo marcial y, reducidos al límite geográfico de Colombia, se dedicaban a vituperar la obra política y espiritual de sus ascendientes inmediatos, que encontraban vacua y superficial, despojada de toda profundidad humana, pero sin enunciar los programas y las doctrinas que debían sustituirla. Las tertulias del Windsor cristalizaron en una impetuosa asociación que se denominó Los Nuevos, que tuvo su órgano revolucionario de publicidad con el mismo nombre y donde se emprendió un análisis empequeñecedor del pretérito, sin adoptar una posición positiva, porque la cohesión provenía de la edad y no del temperamento, y porque no representaba una posición ante la vida, sino una propulsión esnobista. Las primeras figuras de aquel movimiento actuaron más tarde en la vida pública con criterio reaccionario y tradicionalista, después de haber empleado el espectáculo de su inconformidad como pretexto para la revelación de su presencia en la vida. En su fúlgida aparición pretendían ser espíritus que despertaban frente a un espectáculo deplorable, en un país de inmensas posibilidades y que se quedaba a la zaga en la evolución universal, incrustado en un pretérito muerto, como los aposentos largamente clausurados, y del cual no habían podido extraerlo las guerras civiles, porque también actuaban sobre principios carcomidos de impotencia e ineficacia.<sup>283</sup>

Los juicios de Osorio son demoledores y en consonancia con la actitud pesimista que permeó y moldeó su pensamiento y escritura. Pero es que la vida urbana con sus desigualdades y miserias le causaba escozor; no en vano en su literatura describió esos cordones de indigencia que, cada vez más, hacían crecer los grupos de marginales y desposeídos. Sin embargo, no sobra referir, que el mismo Alberto Lleras reconoció, que todas las críticas que les hicieron a los Nuevos de ser "indoctos, mal preparados, ligeros en sus apreciaciones, peligrosos y pedantes" eran por desventura ciertas.<sup>284</sup> Lo cual no impidió que pese a su precocidad y procacidad, terminaran siendo figuras importantes dentro del convulsionado contexto político-cultural de aquella época y que de una u otra manera, fuera desde el partido, la caricatura, el periodismo y la literatura, aportaran a esa construcción de nación a la que se aspiraba con pasión y vehemencia.

Este café, como tantos otros<sup>285</sup> pasó a la historia por reunir a:

De Greiff, "con el sombrero gigante de amplias alas, la barba bermeja e hirsuta y la pipa, los ojos azules de vikingo –que no habían visto el mar– y la pipa que echaba humo perfumado sobre las ondas humanas como la chimenea de un barco fantasmagórico". Allí Rendón, que

<sup>283</sup> Osorio Lizarazo, 1979, p. 65.

<sup>284</sup> Cfr., Lleras, Alberto, 1997, p. 249.

<sup>285</sup> [...] los cafés se clasificaban según los personajes que concurrían a cada establecimiento. El "Café Windsor" y "el Riviere" se consideraban como los de los intelectuales, "el Luis XV" de los financistas y corredores de bolsa y "el Santaferoño" el de los novelistas, en donde, se afirma, se inició el premio Nobel, Gabriel García Márquez". Gaviria Liévano, 2008, p. 591.

llegaría a la celebridad como primer caricaturista político en la historia del país y a quien mucho se debió, como tal, el desplome de la hegemonía conservadora en 1930: silencioso y vestido de negro, borroneando dibujos sobre la blanca mesa metálica. Allí Luis Tejada, “muy joven, un poco frágil, despeinado, curioso y, [que] parecía salir a la calle a capturar imágenes que después una a una iban apareciendo en sus crónicas escritas en un estilo de simplicidad y firmeza que recordaba la línea de los dibujos de Rendón, en abierta contradicción con los principios retóricos de la época”. Contertulios habituales eran también el poeta Luis Vidales de contagioso humor; el inquieto locuaz y vehemente contradictor Jorge Zalamea, el marxista melancólico que fue José Mar, Germán Arciniegas, los hermanos Umaña Bernal, Hernando Téllez, Jorge Eliécer Gaitán y tantos otros que trabajaban en los diarios, las revistas, la cátedra y las dependencias del Estado, cuando no dinamizaban sus propios negocios o sus gabinetes de abogado en la vecindad de estos locales.<sup>286</sup>

Llama la atención Rodríguez Morales, sobre la ausencia de estudios con respecto al verdadero significado de los cafés en la vida cultural colombiana. En realidad, la mayoría de estudios sobre el tema que se han referido en esta investigación, han tratado el tema de estos cenáculos literarios, ya sean considerados bohemios o literarios, pues es evidente que el impacto de estos espacios de sociabilidad reflejaron, perfilaron y posibilitaron las discusiones de artistas, políticos y literatos, en torno a la vida colombiana de finales del siglo XX y mediados del XX.

Una cita de Forero Benavides en 1944 con respecto al mismo tema, lo corrobora.

En 1930 los intelectuales lograron monopolizar un café. Por una especie de selección involuntaria del público, al “Cafetal” solamente concurrían periodistas y caricaturistas, poetas y pintores, profesores de la escuela de bellas artes y cronistas de los periódicos. Allí se encontraba reunida, lo que llaman las señoras “la flor y nata” de la intelectualidad colombiana. Se usaba en ese entonces, como una última y desfalleciente expresión de la bohemia, exteriorizar en la indumentaria la profesión de “intelectual”. Carlos Martínez con sus corbatas apabullantes. Ramón Barba con capa española y su sombrero urbanizable. Algunos lucían sus melenas o fumaban pipas desconcertantes. Las gentes comunes y corrientes, cautelosas y sencillas, se asomaban con desconfianza, observando la extraña fauna, y no se atrevían a penetrar en el “Cafetal”, porque ese medio infestado de humo y de palabras, les era incomprensible y desagradable [Luego en 1934, se diversifica la idea del café] la mayor parte de los intelectuales, solían reunirse habitualmente en el “Café Victoria”, instalado en la carrera séptima. Los negociantes del Llano tenían como sede de operaciones el “Café América”, los estudiantes preferían el “Martignon”, los agentes de la Bolsa el “Luis XV”. El bogotano pasa la mayor parte de su vida en el café, sea un hombre de negocios o un desocupado. Todos los asuntos se resuelven en el café y prácticamente funcionan en estos las oficinas públicas y las judiciales. Allí se traban las relaciones, se habla de política, se arriendan casas, se permutan inmuebles, se asocian los delegados de las convenciones, se conciertan las citas, se derrumban y desuellan las reputaciones, se critican los funcionarios, se fabrican en serie los chistes, se venden millares de cabezas de ganado, se preparan las ferias semestrales de los pueblos de la sabana. De esta manera se observa que cada uno de los cafés tiene determinada clientela. En unos abunda el ciudadano con “corcho” y ruana, que conversa sobre el precio del trigo o hace el elogio de la capacidad maternal de sus vacas

<sup>286</sup> Cfr.: Charry Lara, 1993, p. 27 y Rodríguez Morales, 2013.

de ordeño. En otros, los empleados del poder judicial, generalmente pequeños de estatura, inconfundibles, casi siempre vestidos de oscuro y con una ligera rociada de venerable “caspa” sobre las roidas solapas. En otros, los políticos y funcionarios del Estado, que allí cuentan lo que ha pasado diariamente en el seno de sus secciones y lo que alcanzaron a deducir de una ligera entrevista con sus respectivos jefes. Se habla de las crisis, de los cambios de la nómina, de los nuevos nombramientos, de las “gripas” de los ministros, de los runrunes circulantes, del desprestigio del gobierno, de los escandalosos peculados descubiertos, de los personajes comprometidos. Solamente en estos subfondos de la triste ciudad, envuelta en su horizonte de plomo, adquiere intensidad dramática, el juego de la política. Allí se desfiguran los hechos, se deforman las palabras, se truecan los chismes. Y el ciudadano sin oficio, recorre desde las diez de la mañana, todos esos “cafés”, intoxicándose con docenas de “tintos”, hasta que llega la hora del almuerzo.<sup>287</sup>

A la par de los Cafés y mucho antes que estos adquirieran tan fundamental importancia en la vida nacional, el surgimiento y consolidación de la prensa y de las revistas culturales,<sup>288</sup> en Colombia, en los siglos XIX y XX respectivamente, había representado un avance significativo en el camino hacia el progreso y la modernización. Fue ante todo un salto hacia nuevas formas de sociabilidad y comunicación, difusora de ideas y generadora de la formación –incipiente aún– de una opinión pública en los ámbitos de lo político y lo cultural. No se trataba simplemente de divulgar noticias y acontecimientos, o publicar un poema o novela por entregas; incluso, de hacer difusión de la cultura a través de la traducción de obras literarias y estéticas de otras partes del mundo. Lo que realmente empezaba a perfilarse en el contorno, consistía en el nacimiento de circuitos culturales que posibilitarían las más variadas reflexiones en torno al “tráfico intelectual” de lo propio y lo extranjero. La prensa en Colombia, a pesar de su creciente politización, generó espacios de discusión que nutrieron y ayudaron a sopesar desde una función crítica, el pensamiento político-cultural que se deslizaba por sus páginas. Acertados o no, los análisis, vehementes o panfletarios los discursos, las publicaciones periódicas son fuentes obligadas de consulta para determinar la naturaleza y el alcance de una

---

<sup>287</sup> Forero Benavides, 1944, p. 2.

<sup>288</sup> Melo habla del enfoque que las revistas culturales creadas en Colombia a mediados del siglo XIX tenían para combatir, en parte, energías dedicadas a los debates políticos. La intención de los creadores de revistas tenía dentro de sus objetivos, interesar en la literatura y las artes a la población. Como el público letrado no es muy amplio, la empresa de hacer una revista no sólo requería capital económico, sino mucho esfuerzo, dedicación y vocación. Dentro del siglo XIX señala la importancia de *El Mosaico* que quiere desarrollar la literatura local alrededor del cuadro de costumbre y la *Revista Gris*, de Max Grillo que promueve el modernismo en 1893. Del XX menciona la importancia de la *Revista Contemporánea*, de Baldomero Sanín Cano en 1903, *Panida* con León de Greiff en 1915, que refleja a una generación desafiante y rebelde. *Los Nuevos* en 1925, aunque efímera marcó una ruptura, *Revista de las Indias* de 1936 a 1950 y, finalmente, *Mito* en 1955 que reúne a los jóvenes formados en el ambiente cultural de la postguerra, influidos por el existencialismo francés, el psicoanálisis y el marxismo. Cfr. Melo, 2008.

información, un texto literario, la aparición de un grupo, una corriente e, incluso, un anuncio publicitario o una caricatura política.<sup>289</sup>

No se puede desconocer –aun a costa de las equivocaciones y de las críticas que las nuevas generaciones le hicieron a las antiguas–, que fueron ellas, estas últimas, propietarias de los medios culturales de producción, quienes construyeron y fortalecieron el clima de opinión dado a través de la prensa, revistas culturales y centros de enseñanza, que después por supuesto, consolidarían los pensamientos de avanzada de una juventud más crítica e innovadora.

En su artículo, “Los Nuevos. Un grupo intelectual de tendencia socialista”, Gaviria Liévano recogió parte de la trayectoria de publicaciones que existían antes de que este grupo lanzara su efímera revista:

[...] en circulación [estaban]: *El Tiempo*, *El Nuevo Tiempo* fundado en 1902 por los liberales Carlos Arturo Torres y José Camacho Carrizosa [el cual] en 1905 cambia de orientación política cuando lo adquiere el conservador Ismael Enrique Arciniegas y más tarde en 1923 queda bajo la dirección de Abel Casablanca, que le da amplia participación al grupo de Los Leopardos. *El Diario Nacional* fue un ensayo del Presidente Alfonso López Pumarejo sin mucho éxito financiero. En 1927 apareció *El Debate* que al año siguiente quedó bajo la dirección de Silvio Villegas, lo mismo que *La Patria* de Manizales (1924 a 1926) de reconocida orientación derechista y donde tuvo cabida una significativa participación del grupo Los Leopardos. En 1910 aparece la revista *El Gráfico* fundada y dirigida por Abraham Cortés y Alberto Sánchez en la que también se dio cabida a las nuevas generaciones.<sup>290</sup>

La revista “Los Nuevos” salió por primera vez el 6 de junio de 1925, y su fecha de defunción se dio ese mismo año. Felipe Lleras, quien hacía parte del consejo editorial de la revista, manifestó en una entrevista, que la corta vida de la publicación obedecía a razones de carácter económico y la índole revolucionaria de la misma; razones por las cuales no se había entendido su mensaje.<sup>291</sup> No era una justificación lo suficientemente convincente, puesto que otras revistas también habían enfrentado las mismas dificultades de recursos económicos y de medio hostil. Un claro ejemplo lo constituía la revista *Universidad de*

<sup>289</sup> Para un estudio amplio de la prensa en Colombia, ver Otero Muñoz, Gustavo, 1936; Cacia Prada, Antonio, 1968, Castaño Zuluaga, Luis Ociel, 2002; Uribe H., María Teresa, Álvarez Gaviria, Jesús María, 2002 y Vallejo Mejía, Maryluz, 2006.

<sup>290</sup> *Ibíd.*, pp. 600-602.

<sup>291</sup> Lleras Camargo, Felipe, 1926.

Germán Arciniegas publicada en dos períodos distintos en la década del veinte. La primera etapa fue de 1921 a 1922 y la segunda de 1927 a 1929; desapareció con el número 152. ¿Qué la hizo distinta a la de *Los Nuevos*? No sólo la nómina de colaboradores que tuvo en su segundo período,<sup>292</sup> con un carácter más abierto y pluralista de ideas, al trascender la polémica generacional con los Centenaristas –recuérdese que él era de los Nuevos– y tratar de generar diálogos que incluyeran los temas propuestos por el universalismo de Sanín Cano, las tesis científicas de López de Mesa y el socialismo liberal de Armando Solano,<sup>293</sup> por mencionar algunos.

No se debe olvidar que Arciniegas fue desde 1918, un líder indiscutible de los movimientos y las reformas estudiantiles, a través del eco de resonancia latinoamericana que generó la Reforma Universitaria de Córdoba, en Argentina, y gran parte de los logros de la Universidad Nacional de Colombia en esa época, se deben a su constancia. Arciniegas, como otros tantos intelectuales, se identificaba con el pensamiento educativo del mexicano José Vasconcelos, y esta adhesión le sirvió como argumento a la crítica que los Centenaristas le hicieron a los Nuevos en su momento, por no mostrar una obra literaria o política que mereciera destacar en el contexto colombiano. Arciniegas se vale de la figura vanguardista de Vasconcelos para valorar de manera negativa, el programa de los Centenaristas y oponer en calidades literarias las figuras de Guillermo Valencia y la de León de Greiff. Sin embargo, como se dijo anteriormente, en la segunda etapa de *Universidad*, intentará dirimir las diferencias, pues en última instancia, de lo que se trata es de superar la barbarie y el atraso cultural.

Al tiempo que entablaban diálogos con los Centenaristas, Los Nuevos respondían a las críticas de los Leopardos, pues atendiendo a la liberalidad propuesta en la publicación

---

<sup>292</sup> Colaboraron: Baldomero Sanín Cano, Luis López de Mesa, León y Otto de Greiff, Gabriel Turbay, Alfonso López, Alberto Lleras Camargo, José Umaña Bernal, Julio Carrizosa Valenzuela, Laureano Gómez, Luis Eduardo Nieto Caballero, Silvio Villegas, Jorge Zalamea, Armando Solano, Rafael Maya, Joaquín Fidalgo Hermida, Carlos García Prada, Enrique Millán, Rafael Azula Barrera, Luis Tejada, Luis de Greiff, Luis Zea Uribe, Jaime Barrera Parra, José Camacho Carreño, Jesús Estrada Monsalve y Enrique Caballero Escobar. Gaviria Liévano, 2008, p. 602.

<sup>293</sup> En 1928, Armando Solano publicó en *El Diario Nacional*, una carta titulada “Documentos políticos”, en donde le anuncia su retiro al partido liberal para ingresar al partido socialista. Años después, durante la República Liberal volverá a hacer parte de este partido pero siempre con una tendencia socialista. Ver, Solano, 1980, pp.227- 230.

de la revista habían aceptado, en el tercer número, un artículo de Silvio Villegas titulado, “Reflexiones inactuales”; en éste, el acérrimo oponente, encontraba que en el primer número, había “exceso de literatura en sus páginas, pero no las 'ideas nuevas' de que se habla en la portada”.<sup>294</sup> Acusaba con ironía –no sin cierta razón– que en la revista campeaba la imitación y no la innovación. No tardó Felipe Lleras en responder, dirigiéndole una carta abierta a los directores de El Eco Nacional –Órgano nacionalista de los Leopardos–, enrostrándoles sus alianzas con el gobierno conservador en nombre de la tradición. Finaliza el escrito diciendo:

[...] mientras los NUEVOS de la izquierda sentimos el afán torturante de la justicia social en marcha en los dos hemisferios y el bullir de un gran ideal humano que dignifique y fecundice el apostolado, ustedes, NUEVOS de la extrema derecha, simbolizan su programa en un ilustre personaje representativo de una tradición indiscutible en Colombia: la santa tradición del puesto público y de una hegemonía que para los que nos interesamos por el buen nombre de la patria ofrece el halago no remoto de una diplomacia joven y brillante que sepa llevar con dignidad el frac flamante de las embajadas y ser heraldo clamoroso de la nueva generación en los centros culturales del viejo mundo.<sup>295</sup>

Esta cita dio paso a la siguiente dilucidación, las disputas que el antagonismo entre Leopardos y Nuevos generó no sólo contra el Centenarismo, sino entre ellos mismos.

### **Política y literatura. Las dos caras de una polémica generacional**

Como ya lo han señalado los estudiosos del tema,<sup>296</sup> no se puede hablar de los Nuevos sin hablar de los Leopardos.<sup>297</sup> La investigación de Arias Trujillo, por ejemplo, supera el malentendido de las disputas generacionales, dado que Centenaristas, Leopardos y Nuevos compartieron espacios de tertulia, comunicación y publicaciones; al mismo tiempo, profundiza en los claros derroteros que los diferenciaron. No obstante, no se debe pasar por

<sup>294</sup> Rodríguez Morales, 2013. (En línea)

<sup>295</sup> Rodríguez Morales; Gaviria Liévano, p. 610.

<sup>296</sup> Ver Uribe Restrepo, Fernando, 1974, p. 5; Romero, Armando, 1999, pp. 109-116; Medina, Álvaro, 1999, pp. 117-132; Loaiza Cano, Gilberto, 1999, pp. 133-138, todos en Pöppel, Hubert, 1999; Vallejo Mejía, Maryluz, 2000, pp. 51-97; Pérez Silva, Vicente, 2000; Arias Trujillo, Ricardo, 2007; Gaviria Liévano, Enrique, 2008, pp. 585-631; y Rodríguez Morales, 2013; entre otros.

<sup>297</sup> “Los Leopardos fueron, por así decirlo, los contradictores políticos de los Nuevos. Entre los dos grupos existían diferencias ideológicas abismales. La cuestión social los distanciaba definitivamente”. Gaviria Liévano, 2008, pp. 613-614.

alto que el ambiente político y cultural era el mismo para todos, la diferencia radicaba en las lecturas que cada grupo hizo de la realidad nacional. Silvio Villegas y Augusto Ramírez Moreno hicieron parte de los Nuevos, y en variadas ocasiones se reunieron en el café Windsor a disfrutar de la velada literaria de la noche. Ciertas afinidades literarias los unieron, como su amor por la literatura francesa y la admiración por los versos de algunos de sus amigos en común;<sup>298</sup> pero, era desde las tribunas periodísticas o parlamentarias donde sacaban a relucir sus discrepancias en materia política e, incluso, de filiación literaria. Los Leopardos era un grupo de derecha de credo conservador, aun cuando se fueron lanza en ristre contra lo más tradicional de su partido; mientras los Nuevos se identificaban con las ideas de izquierda y las propuestas de Alfonso López.

Los Leopardos pertenecían a la Escuela de Derecho de la Universidad Nacional, eran seguidores del literato Maurice Barrés y el ideólogo Charles Maurrás, quienes representaban para ellos la renovación y la vanguardia europea con las que esperaban revitalizar y actualizar en parte, las ideas caducas de su partido. Además, se identificaban plenamente con la Acción Francesa que en Francia pretendía restablecer la monarquía como el gobierno históricamente más propicio al país. Estrictamente, en lo que se refiere al tema de su participación política durante el período de la República Liberal de López Pumarejo, algunos de los Leopardos hicieron parte de los grupos de extrema derecha que presentaron fuerte oposición a las reformas que proyectaba implantar dicho gobierno. Vale la pena aclarar, con respecto a la mala fama e, incluso, mala interpretación, que se ha hecho del ideario político y literario de los Leopardos, encasillándolos sólo como oponentes conservadores, que éstos poseyeron un innegable y valioso carácter intelectual en conocimientos políticos, literarios, históricos, de opinión y de actualidad; los mismos que publicaron de manera asidua en la prensa nacional y en libros de su propia autoría. Para el caso del tema de esta tesis, es necesario mencionar que Silvio Villegas, Augusto Ramírez y José Camacho Carreño, escribieron ensayos sobre crítica literaria, tanto en relación a la prosa como a la poesía.<sup>299</sup>

---

<sup>298</sup> Ramírez Moreno admiraba la poesía de León de Greiff.

<sup>299</sup> Para más información sobre este tema consultar: Ramírez Moreno, 1935; Camacho Carreño, 1935; Villegas, 1937; Archila y Jiménez, 1983; López Upegui, 1988; Pérez Silva, 2000, pp. 3-7; Ayala Diago, 2007; Arias Trujillo, 2007; Cobos Pinzón, 2006.

La escuela francesa determinó a Leopardos y a Nuevos de modo disímil;<sup>300</sup> las lecturas de Barrés y Daudet, más el carácter doctrinario divulgado por la Acción Francesa de Maurrás, los llevaron a estar en contravía con el materialismo histórico de los Nuevos, afirmaban que “No todo en la vida es economía, como lo quieren los comunistas y socialistas [...]. La pobreza, circunstancia económica, ha influido en nuestra formación, es la madrina de todos nosotros, de nuestro esfuerzo”.<sup>301</sup> El libro clásico de Villegas, *No hay enemigos a la derecha* (1937), revela su posición y agitación política en un medio en el cual los ecos del falangismo, el fascismo y el nazismo tomaban cada vez más cuerpo en las voces de los intelectuales que se adherían o no a las luchas internacionales.

Como si eso no fuera suficiente, Colombia vivía su propia confrontación ideológica y los Leopardos con Villegas a la cabeza defendían a capa y espada, el orden social instaurado por la religión católica, la cual además de abogar por la moral cristiana, por la institución de la familia antes que por la noción de individuo, era la llamada a tomar la vocería en la preservación de la cultura:<sup>302</sup> oponer la tradición a lo foráneo aun cuando su formación era de cuño europeísta. Los Nuevos dejaron traslucir su ideología en el escepticismo y el racionalismo crítico que también recibieron de la escuela francesa, pero de la mano de Anatole France, un reconocido crítico literario que influenció en la manera como se hacía crítica literaria en el país. Cabe advertir, según se desprende de los estudios de Uribe Celis, en *Los años veinte en Colombia* (1992),<sup>303</sup> que no era que en ellos dominaran la razón y el absolutismo del dato científico, puesto que el Vitalismo<sup>304</sup> surgido

---

<sup>300</sup> Arias Trujillo complementa el panorama de lecturas de ambos grupos: “Los leopardos se habían dedicado a la lectura de los clásicos griegos (Homero, Esquilo, Sófocles, Aristófanes, Platón, Jenofonte, Tucídides, Cicerón, Virgilio, Horacio etc.) y a autores franceses como Flaubert, en política a Charles Maurrás, Maurice Barrés y León Daudet y como toda la derecha de su tiempo admiraban a Mussolini. Los Nuevos leían preferentemente los autores clásicos de la literatura rusa, a André Gide, Jacques Riviere y la *Nouvelle revue française* y otros, y en política a Marx y a Lenin”. 2007, p. 85.

<sup>301</sup> Citado por Vallejo, 2000, p. 76.

<sup>302</sup> Ver Villegas, 1937, p. 23.

<sup>303</sup> Uribe Celis, 1992.

<sup>304</sup> El Vitalismo fue una corriente filosófica de origen europeo que ante todo estaba ligada a la defensa de la vida, proyectada más hacia el porvenir que hacia el pasado. Fue una especie de reacción contra el racionalismo excesivo del positivismo, el cual realizaba la razón y el cientifismo como las fuentes fundamentales para el conocimiento, tanto de la realidad social y cultural como de la personalidad del individuo.

en Europa, les había hecho tomar conciencia de que la corriente positivista no podía dar cuenta de los fenómenos espirituales y artísticos en su totalidad.<sup>305</sup>

Desde la perspectiva de Solano, directo doliente del Centenario, los Nuevos pecaron de irreverencia e inmadurez, pues aunque reconoce la inquietud espiritual y el afán de indagarlo todo sin prejuicios, característica que perfila sus búsquedas, con lo cual saluda la emergencia de la nueva generación; les pide moderación y respeto para con sus predecesores, quienes mal que bien, han llevado en alto la misión de sacar adelante los destinos de la nación. Solano hace un llamado a la cordura, la serenidad y la humildad, criticándole a los Nuevos la presunción de su autodidactismo; para terminar diciendo de manera profética, que sí es cierto lo que Los Nuevos le endilgan a los del Centenario, entonces deben corregir las equivocaciones para no fracasar, “porque la derrota de dos generaciones sucesivas traería casi indefectiblemente la ruina moral y material de la nación colombiana”.<sup>306</sup>

Si la generación de los Centenaristas había nacido con tres heridas: la Guerra de los Mil Días, la dictadura de Rafael Reyes y la pérdida de Panamá,<sup>307</sup> los Leopardos y los Nuevos habían nacido como grupo después de los efectos de la primera Guerra Mundial, el auge de las vanguardias en Europa y Latinoamérica y la creciente bonanza o “prosperidad a debe” –en palabras de López Pumarejo– que trajo la “danza de los millones”, pero que no se revirtió en cambios significativos a nivel económico y mucho menos en tendencias secularizantes e independientes de los dogmas católicos. Además, si los años veinte terminaron en conflicto, por la pérdida del poder por parte de la Hegemonía Conservadora, los treinta no serían menos belicosos al ascender la República Liberal y verse afectada la nación por los diversos sucesos internacionales que, de una u otra manera, colisionaban con los ideales de nación y cultura colombiana.

---

<sup>305</sup> Sanín Cano y López de Mesa se habían identificado con las ideas positivistas de finales del siglo XIX, sin embargo, Sanín, bien pronto se distanció de esta corriente de pensamiento que él juzgaba demasiado determinista.

<sup>306</sup> Solano, 1925, p. 2. Maryluz Vallejo también trae estas palabras de Solano: “El grupo de Los Nuevos es casi exclusivamente literario. Sus veleidades políticas no son sino literatura, y literatura sus empujes revolucionarios en el orden de la economía, que no conocen. Pero, literariamente, algunos de ellos valen mucho”. Vallejo, 2000, p. 58.

<sup>307</sup> Expresión de Gerardo Molina, 1981, p. 197.

En 1924, José Camacho Carreño, Eliseo Arango y Silvio Villegas hicieron público “El Manifiesto nacionalista. A los hombres jóvenes del conservatismo”, al cual seguiría en 1930 el Manifiesto, “Después de la derrota al conservatismo joven”, que ya incluía los nombres de Ramírez Moreno y Fidalgo Hermida, pues como se ha señalado, estos jóvenes se opusieron a las políticas anquilosadas del partido conservador de sus mayores; además, querían defender un orden estético y literario acorde a la proclamación de un nacionalismo tradicional, que fuera proclive a la exaltación de la tierra y el campesinado, los afectos y la familia, y las virtudes del espíritu concentradas en la religión católica. Curiosamente, no eran adeptos al centralismo de gobierno al que veían como una amenaza y una representación de la decadencia; para ellos, la ciudad estaba contaminada y había perdido la limpieza prístina de las provincias de las que provenían.

Aunque habían viajado al exterior y sus discursos “grecoquimbayistas”<sup>308</sup> se nutrían de las influencias europeas, era necesario preservar la política y la estética literaria de todo cuanto atentara contra la tradición de la patria. Posición paradójica, dada su valoración excesiva por otros regímenes de fuerza como el totalitarismo italiano y el alemán. El cosmopolitismo de los Nuevos y su adherencia a las ideas comunistas y socialistas, les causaban escozor, en particular a Villegas, el autor de *No hay enemigos a la derecha*, para quien la militancia en la izquierda iba en detrimento de lo que él consideraba como un ideal de sociedad civilizada, anclada en la familia y la patria. Para Villegas, la defensa de la “Cultura humana” significa, “inclinarse por las derechas, asumirse en una religión –la católica– y en unos postulados idealistas y espirituales que buscan el orden que a su vez fortalezca lo político. Lo contrario es el caos, la anarquía”.<sup>309</sup>

Aunque Armando Solano señalaba que los Nuevos, más que políticos eran literatos –eso sí, de mucha valía algunos de ellos–; lo cierto es que este grupo en sus inicios

---

<sup>308</sup> Ver Arias Trujillo, 2007 y Gil Montoya, 2010. Dice este último, que el “grecoquimbayismo” es la expresión más despectiva del “grecolatinismo”, ya que de manera sarcástica se califican las manifestaciones literarias, estéticas y políticas que pretenden ante todo rescatar y resaltar la tradición propia, pero al mismo tiempo comulgan con la tradición de lo griego y lo latino y, más aún, expresan la tradición colombiana en el lenguaje de estas dos culturas.

<sup>309</sup> Gil Montoya, 2010.

combinó literatura y política. Descollaron en el género poético, León de Greiff, Luis Vidales y Rafael Maya (conservador), entre otros, (Zalamea y Téllez se abordarán más adelante), y en la crónica periodista, Luis Tejada, quien se convirtió en un gran maestro del género a pesar de que murió tempranamente. Sin embargo, finalizando la década del treinta, los que se fueron por la política como Alberto y Felipe Lleras Camargo e, incluso, Jorge Zalamea, sacrificaron parte de su producción literaria para enfilarse hacia los temas candentes que ocupaban la política del país.<sup>310</sup> Más que las nuevas estéticas vanguardistas europeas ellos querían explorar nuevas tendencias políticas como el socialismo y el comunismo, a la par que realizaban buenas traducciones de poesía vanguardista y crítica literaria cultural sobre las obras más renombradas de escritores europeos. La reforma de los programas de estudio y una mayor participación social aliviarían, en parte, las desigualdades de clase propugnadas por la caridad cristiana desde la resignación y el voto de pobreza.

La gran disyuntiva entre ellos se dio por la división de Nuevos de la derecha y Nuevos de la izquierda, lo que hace problemática una caracterización de conjunto. Críticos como Charry Lara, Gutiérrez Girardot y el mismo Rafael Maya (integrante del grupo), maximizan o minimizan desde ópticas distintas el alcance del grupo como escuela o movimiento en la política y la cultura colombiana. Charry Lara prefiere abordarlos desde su aporte poético y el distanciamiento o no de las vanguardias. En el mismo orden de ideas, pero con un ángulo crítico más amplio, Maya reconoció que el ala izquierdista de los Nuevos intentó ser más audaz en las propuestas estéticas de vanguardia, dado que para ellos no primaba ni el catolicismo ni el tema de la degeneración de las razas del trópico. Empero, como se ha referido, las filiaciones políticas de algunos de ellos, exceptuando a De Greiff, terminaron por incluirlo en el mismo paradigma que cuestionaban. Un aspecto a resaltar en Maya, consiste en que a pesar de su filiación conservadora, tuvo la suficiente lucidez para censurar al sector derechista de los Nuevos, quienes encarnaban la tradición a ultranza al adherirse al modelo “grecoquimbayista” desde la concepción de lo político, lo religioso y lo

---

<sup>310</sup> A pesar de las acaloradas discusiones verbales y escritas que sostuvieron algunos de los Nuevos con los Centenaristas, intelectuales como Jorge Zalamea fue Secretario y luego Ministro de Educación del presidente López; Germán Arciniegas dirigió la Revista de las Indias en su segunda época y fue Ministro de Educación del presidente Santos y Alberto Lleras, fue dos veces presidente.

cultural. Si en materia literaria, hicieron aportes valiosos, éstos se perdieron en parte por la retórica flamante que esgrimieron ante sus contrarios. Gutiérrez Girardot, por su parte, destaca a Tejada, De Greiff y a Vidales como aquellos de los Nuevos que cumplieron una labor intelectual desde la literatura y la política –para el caso de Tejada y Vidales– que pusieron en “tela de juicio” la cultura de la Atenas suramericana; funcionando a pesar de su avanzada, como islas en un medio altamente centralizado y excluyente.

Irían adquiriendo relevancia otras figuras, como las de Zalamea, Téllez, Osorio Lizarazo, Arciniegas, Alberto Lleras, Gaitán, José Mar y Gabriel Turbay; que poco a poco cambiarían la fisonomía intelectual del país al abanderar proyectos desde los cargos burocráticos y desde la palestra de las ideas.

\*\*\*

La Generación de Los Nuevos propició álgidos debates con sus pares del Centenarismo y con los Leopardos, que por edad, estuvieron más cerca de sus inquietudes e intentos de renovar y revolucionar. Sin embargo, los miembros de estos grupos, a pesar de sus diferencias, protagonizaron la vida cultural colombiana de mediados del siglo XX, al ejercer amplia influencia en todos los acontecimientos que se vivieron en la Colombia de aquella época. Ellos, como intelectuales, hicieron lo que consideraban era mejor para el país: intercambiando impresiones de lecturas, ensayando sistemas gubernamentales, intentando educar e incorporar al pueblo para darle mayor consistencia a la nación. Lamentablemente, les ganó su individualismo y su poca disposición para el dialogo.

### **CAPÍTULO 3.**

#### **INTELECTUALES, CRÍTICOS Y MODERNIZACIÓN CULTURAL: BALDOMERO SANÍN CANO, HERNANDO TÉLLEZ Y JORGE ZALAMEA**

En el primer cuatrienio de López Pumarejo (1934-1938) toma cuerpo una legislación que va a intentar romper las viejas formas de jerarquización social y va a alentar la organización y la iniciativa política de masas. Ideales con los cuales se van a comprometer, al menos en primera instancia, los intelectuales adscritos a su ideario político. La concertación partidista del nuevo gobierno, pensada más en términos de la construcción de una verdadera “politización” de la vida política a través del ejercicio sano y democrático de esta actividad, se diferenciaba como ya se ha dicho de la “concentración nacional” de Olaya Herrera, pues López quería dar y representar en el liberalismo como partido una unidad, capaz no sólo de encarnar una “figura” creíble y homogénea para y desde el partido; sino también que la propuesta de una liberalidad democrática posibilitara la interacción de los diversos actores sociales como el pueblo en los proyectos de la modernización del Estado. Ubicados en este escenario histórico-político y socio-cultural se intentará mostrar cómo los intelectuales situados en un campo cultural, delinearon a su vez, un campo intelectual y literario y propusieron un giro decisivo en la vida nacional a través de su participación en la prensa y en las revistas culturales de la época; logrando de alguna manera, encauzar a la sociedad hacia un asentamiento sobre la realidad del mundo actual, sobre sus legítimas aspiraciones de progreso y justicia y sobre el panorama cultural que regía en la nación colombiana.

No se puede, por supuesto, hablar de un grupo homogéneo, ni siquiera en intereses generacionales, pero sí se pueden agrupar y resaltar las preocupaciones y aportes comunes que en torno a los gobiernos, la cultura y la literatura expresaron intelectuales como Baldomero Sanín Cano, Hernando Téllez y Jorge Zalamea. Los intelectuales, como se verá a lo largo de este capítulo, terminaron haciendo parte –unas veces involuntaria y en la mayoría de los casos con pleno conocimiento de causa y en un acto de fe–, de las tensiones

generadas constantemente en la esfera de lo político y lo social. En este período histórico el crítico antioqueño Baldomero Sanín Cano, planteó y desarrolló a través de los numerosos artículos publicados en periódicos, revistas y libros, postulados en torno a la política, la cultura y la valoración de la literatura que se hacía en el mundo y en Colombia. El método directriz aplicado fue el ejercicio de la crítica, pensada más en términos filológicos que ideológicos, sin que por ello estuviera ausente, en sus premisas, el tinte político que no podía ser ajeno a la función del intelectual dentro de la sociedad.

La importancia de la obra y los juicios críticos de Hernando Téllez en el panorama de la cultura colombiana han sido poco estudiados, a pesar de que varios de sus contemporáneos lo consideraron como el inmediato discípulo y sucesor de Baldomero Sanín Cano. Así como este último fue calificado como el iniciador de la crítica literaria moderna en Colombia, a su vez, Téllez representó la más alta correspondencia entre pensamiento liberal y expresión cabal del oficio literario y periodístico. Este capítulo, desde una aproximación biográfica, busca analizar los momentos más relevantes de la vida del ensayista en relación con su medio intelectual y político, con la intención de conocer el diálogo sostenido con el medio socio-histórico en el que se desarrolló su producción y crítica literaria.

Finalmente, la figura de Jorge Zalamea estuvo más en consonancia con las políticas culturales de Alfonso López que Baldomero Sanín Cano y Hernando Téllez; por eso, en la semblanza biográfica sobre el ensayista bogotano se aspira a señalar con más detalles cómo fue ese compromiso y esa labor que Zalamea cumplió con los proyectos educativos y culturales que propuso La Revolución en Marcha, con el ánimo de minimizar las distancias insalvables existentes entre el pueblo y el gobierno. No porque se hayan cumplido de la manera que se esperaba, pero sirve para analizar y entender la participación de este intelectual en un período que, para los historiadores colombianos, aparece como el más progresista que tuvo Colombia a mediados del siglo XX.

El comienzo del gobierno Liberal en la década del treinta trae cambios sustanciales que no sólo alteraron los aspectos políticos y económicos, sino también el contexto cultural, cuya materialización se revela en la concepción y la praxis de la cultura. Creencias, ideologías,<sup>311</sup> imaginarios<sup>312</sup> y posturas encontradas, con respecto al *deber ser* del comportamiento estatal y ciudadano, atraviesan las discusiones dadas en el escenario político e intelectual. Aunque Pécaut y Urrego sostienen en alguna parte de sus argumentos, que no hubo cambio mayoritario en la dirigencia y preeminencia de las élites con respecto al ascenso de nuevos grupos sociales, para el primero; el segundo observa que a pesar de continuar ese clima de dominio, sí hubo una serie de transformaciones, particularmente durante la primera administración de López Pumarejo, los cuales alteraron la manera como los intelectuales asumían el país. Para Urrego, aunque se modificaron las condiciones de la producción cultural y material y la redistribución de las fuerzas políticas que en la hegemonía conservadora habían mantenido cierta inmutabilidad, los intelectuales del período liberal –salvo Baldomero Sanín Cano–, se mantuvieron bajo la tutela bipartidista. Sin embargo, hubo intentos de lectura de la realidad nacional desde posturas más abiertas, pues los nuevos movimientos político-sociales, liderados por la Revolución en Marcha de López y

---

<sup>311</sup> El término “ideología”, se plantea para este trabajo en su sentido más general y quizás universal, esto es, un conjunto de ideas y apreciaciones en los ámbitos de lo político, social, religioso, económico y cultural de una sociedad determinada y que adquiere diversos visos y connotaciones de acuerdo a las prácticas sociales y de representación en las que gravite el sistema ideológico de esa sociedad, que generalmente presenta diversas ideologías que se oponen, ya sea para reformar o mantener el orden establecido.

<sup>312</sup> Las conceptualizaciones en torno a los “imaginarios” son tan diversas como confusas. Es decir, a pesar de que grandes teóricos como Chartier, Castoriadis y Bazcko, entre muchos otros, han tratado de definir el término en relación a lo sociológico, que puede emparentarse -guardando las proporciones y diferencias semánticas- con las nociones de “mentalidades” y “representaciones”, lleva a que tanto el analista como el intérprete construya o adecue una noción que amalgame las existentes en procura de establecer y ubicar su significación aproximada según el contexto en el que se aborde o el fin para el cual se requiere su uso. En esta línea se puede pensar el imaginario como un conjunto de representaciones simbólicas que atraviesa y caracteriza las manifestaciones de la cultura en una sociedad determinada, pues no todas las sociedades manejan la misma concepción de imaginario. Las prácticas generadas por los imaginarios por parte de las individualidades y las colectividades en los entornos sociales se materializan en las actitudes, las creencias y los juicios desarrollados en las concepciones culturales e idiosincráticas de cada comunidad social. Ahora bien, para efectos de precisión o al menos de trayectoria histórica del concepto sobre el “imaginario” se señala la importancia y síntesis del trabajo de Escobar Villegas (2000), que aborda desde una perspectiva historiográfica la evolución y concepción del concepto en diversos historiadores, antropólogos y sociólogos, para a partir de sus teorías de análisis proponer una definición sincrética.

Para Escobar Villegas, “El imaginario es un conjunto real y complejo de imágenes mentales, independientes de los criterios científicos de verdad y producidas en una sociedad a partir de herencias, creaciones y transferencias relativamente conscientes; conjunto que funciona de diversas maneras en una época determinada y que se transforma en una multiplicidad de ritmos. Conjunto de imágenes mentales que se sirve de producciones estéticas, literarias y morales, pero también políticas, científicas y otras, como de diferentes formas de memoria colectiva y de prácticas sociales para sobrevivir y ser transmitido”. Escobar Villegas, 2000, p. 13. (En línea)

el convulsionado escenario mundial de los años treinta y cuarenta, “exigieron de los intelectuales proyectos políticos, creación de referentes simbólicos y un mayor compromiso político con los partidos y el Estado”.<sup>313</sup> Para Sánchez Gómez

La participación y el compromiso del intelectual dependen no sólo de la ubicación de éste como categoría social, sino también del tipo de sociedad en la cual se materializa su intervención, y de su entronque con la organización de la cultura. Su historia es parte de la historia social de la cultura.<sup>314</sup>

### **Campo Intelectual**

El concepto y la “categoría” del intelectual dentro de la estructura social, reviste complejidades en su definición y estudio dentro de los estudios culturales. La connotación semántica del término utilizada no sólo en los contextos políticos, sociológicos e históricos y asociada de manera estrecha con el escritor y el artista varía de significado de una cultura a otra y presenta variantes en diferentes épocas. Tanto su definición como su función son dinámicas y cada período histórico delinea su concepción de intelectual. Las teorías y disertaciones académicas sobre el tema de los intelectuales abarcan una bibliografía amplia que desborda los múltiples, diversos, contradictorios y ambiguos enfoques que tratan esta “categoría social”.<sup>315</sup>

Vale la pena anotar que las discusiones sobre las dinámicas intelectuales tienen más larga tradición en el contexto europeo que en el americano, sin desconocer, por supuesto, la tradición generada en otros países de Latinoamérica, por ejemplo: México, Brasil, Argentina y Perú, y que ha sido determinante para Colombia. Sin embargo, muchos de los estudios investigativos en este campo, corresponden a los pensadores europeos, situación que no es gratuita dado el largo alcance histórico que los procesos históricos-culturales tienen en esta parte del mundo, en oposición a las “nacientes” o más bien recientes culturas latinoamericanas. Otra razón de peso para entender, de modo diferente, los estudios sobre intelectuales en el continente americano, tiene que ver con el surgimiento de esta figura

<sup>313</sup> Urrego, 2002, p. 86; Pécaut, 2001.

<sup>314</sup> Sánchez Gómez, 2003, p. 55.

<sup>315</sup> Gramsci, 1967; Coser, 1968; Benda, 1974; Shils, 1976; Bobbio, 1993 y 1998 Bourdieu, 1995; Baca Olamendi, 1995, pp. 24-33 y 1996, pp. 63-65; Said, 1996 y 2006; Darnton, 2004.

relacionada y vinculada más en asuntos políticos y sociales que propiamente literarios. Es decir, en ausencia de una tradición artística y filosófica, el intelectual latinoamericano se configuró en estrecha relación con la invención y creación de la nación después de los procesos independentistas donde también se dio un tipo de hombre ilustrado. El europeo también participó de estas contingencias en sus respectivas naciones pero la tradición letrada y escritural, unida a los avances en materia de discusión filosófica, religiosa, científica, antropológica, sociológica e histórica, determinaron otras variaciones que en América, específicamente en Colombia, adquirieron otros rasgos y se mantuvieron inamovibles durante mucho tiempo.<sup>316</sup>

Retomando el asunto de la definición y evolución del término intelectual, se encuentran antecedentes de su aparición, bajo otras formas, desde la Edad Media, esto en relación con lo planteado por algunos teóricos sobre la modernidad de la palabra, básicamente desde el “Yo acuso” de Zola en el affaire Dreyffus.<sup>317</sup> Le Goff sitúa el origen de los intelectuales modernos en los procesos de urbanización desarrollados en los siglos XI y XII que permitieron el nacimiento de instituciones universitarias urbanas, las cuales paulatinamente, fueron reemplazando el monopolio eclesiástico de la enseñanza. Estas nuevas formas de transmisión del conocimiento ejercido a través de la emancipación de las universidades, dieron lugar a la participación cada vez más directa del intelectual en asuntos mundanos que seguían teniendo carácter espiritual, pero empezaban a estar más acordes con las transformaciones de la sociedad.<sup>318</sup> Así, la autoridad encarnada solamente en el clérigo se va desplazando poco a poco al filósofo, luego al hombre de letras hasta llegar, en el siglo XX, a representar al intelectual moderno según diversos estudios como los de Coser, Mannheim y Bauman por señalar tres ejemplos.<sup>319</sup>

---

<sup>316</sup> El tema de los ilustrados y otras categorías del saber antes de la primera mitad del siglo XIX y XX los abordó Silva, 2002 y 2004.

<sup>317</sup> Algunos teóricos de la “categoría” de intelectuales ubican el nacimiento de éstos a partir del célebre y sonado suceso de Alfred Dreyffus, militar francés de origen judío acusado injustamente de espionaje. Situación que para la época (1894-1906), levantó voces de protesta por parte de varios escritores franceses que se pronunciaron contra la persecución antisemita que se estaba dando en Europa. El escritor Emile Zola, se hizo famoso con la publicación de una carta, firmada por otros artistas y escritores, en la que denunciaba este tipo de atropellos realizados por el Estado. El “Yo acuso” de Zola, no sólo se convirtió en la primera manifestación de crítica por parte de los escritores, sino que también generó una serie de polémicas –unos a favor, otros en contra–, que posibilitó la inserción de los artistas en las discusiones políticas y sociales.

<sup>318</sup> Le Goff, 1986, pp. 25-70. Ver también: Mannheim, 1963, pp. 179-204.

<sup>319</sup> Coser, 1968; Mannheim, 1973 y 1963; Bauman, 1997.

La configuración de los intelectuales como *campo* va ganando una amplia dimensión en la cual las agremiaciones primero y los individuos después, constituirán redes de distribución político-cultural del conocimiento, vehiculadas por procesos heterogéneos y variables en que se mueven los intereses de la sociedad. En algunos casos habrá dependencias recíprocas y espíritu de cuerpo para equilibrar las tensiones político-sociales, pero la mayoría de las veces la actitud de los intelectuales se dará como un movimiento pendular, esto es, ir de un lado a otro, según las causas que se defiendan o ataquen. La designación comporta un componente ético que privilegia el debate de los ilustrados desde su función social y su misión histórica. En este sentido, las diversas manifestaciones que la categoría social intelectual adquiere en los contextos político-culturales no pueden ni deben estar disociadas de la “responsabilidad social” que se le atribuye. Bien es cierto que los aportes teóricos en torno al vocablo van desde la apología y misión salvadora de quien lo personifica hasta el sentido cotidiano, no por ello superficial, del ejercicio que de una u otra manera realizan los ciudadanos al cuestionar o valorar el entorno en el que se desenvuelven sus experiencias como sujetos políticos. Para el enfoque de esta tesis se recurre a la figura del intelectual profesional y especializado, mediador e ideólogo de procesos socio-culturales y que deviene su participación de una concepción occidental.

Cabe advertir que desde el pensamiento de Said<sup>320</sup> sobre la cultura y los intelectuales, la remisión a lo occidental no sólo es hegemónica con respecto a la alta cultura, sino también reduccionista con relación al concepto como tal. En el panorama mundial otras culturas como la africana, la asiática e, incluso, la latinoamericana, están ahora en el escenario de las discusiones teóricas, sino desde el aporte que ellas hacen, al menos desde las nuevas pluralidades que ofrecen al planteamiento y desarrollo del conocimiento. La formación orientalista de Said enfocada con el lente de toda su trayectoria intelectual

---

<sup>320</sup> Edward Said (1935-2003) fue un crítico y teórico cultural israelí que desarrolló su pensamiento en torno a temas de intelectuales y crítica literaria en el ámbito de los estudios culturales que interrelacionaran a Oriente y a Occidente. En el clásico libro, *Orientalismo* (1978) no sólo plantea sino que también denuncia los prejuicios eurocéntricos que existen en torno a los pueblos árabes, Asia y el Medio Oriente en general. Estas críticas lo ubican como uno de los inauguradores de los estudios postcolonialistas, pues Said nació en Jerusalén cuando ésta se encontraba bajo el mandato británico de Palestina. Adquirió la ciudadanía estadounidense y en este país desarrolló la mayor parte de su producción intelectual, condición que no obstaculizó ni acalló sus críticas contra el régimen imperialista.

desarrollada y ejercida mayormente en Estados Unidos, le permite al crítico poner en la balanza sus apreciaciones sobre qué es lo hegemónico y cómo se mantiene el *status quo*.

Antes de continuar avanzado con los planteamientos del crítico israelí que sustentarán más adelante en esta investigación, la noción de crítica y de crítico literario, se hace necesario definir el concepto de *campo* a la luz de la teoría de Bourdieu.<sup>321</sup> En *Campo de poder, campo intelectual*, observa que los campos son espacios estructurados de posiciones, históricamente constituidos con sus instituciones específicas y sus leyes de funcionamiento propias. Pueden ser de orden económico, cultural, social o simbólico. Se podría decir que el campo cultural contiene los subcampos: intelectual, artístico, literario y sociológico; sin embargo, en este trabajo de investigación no se manejará la distinción entre campo y subcampo; de manera práctica se utilizará la categoría general de campo intelectual y literario. Bourdieu define

El campo intelectual, a la manera de un campo magnético constituye un sistema de líneas de fuerza: esto es, los agentes o sistemas de agentes que forman parte de él pueden describirse como fuerzas que, al surgir, se oponen y se agregan, confiriéndole su estructura específica en un momento dado del tiempo. Por otra parte cada uno de [los agentes] está determinado por su pertenencia a este campo.<sup>322</sup>

Para Bourdieu, el *campo intelectual* antes no tenía autonomía, dado que su legitimidad se definía por oposición al poder económico, al político y al religioso; instancias que legislaban en materia de cultura y, por tanto, representaban la autoridad, antecedentes del campo intelectual que describe Le Goff en *Los intelectuales en la Edad Media*, donde la enseñanza era función eclesiástica y los universitarios clérigos. Los procesos de urbanización-modernización van a incidir en el oficio del intelectual, quien comienza a tomar conciencia de su profesión y, más aún, reconoce la estrecha relación existente entre ciencia y enseñanza, y cómo la primera debe salir de los claustros para ser puesta en circulación.<sup>323</sup> Bauman también analiza el fenómeno de la autonomización

---

<sup>321</sup> Pierre Bourdieu (1930-2002) es uno de los sociólogos más relevantes de la segunda mitad del siglo XX y ocupa un lugar destacado junto a Chartier, Derrida, Foucault, Deleuze, por solo mencionar algunos de los más importantes teóricos franceses. Sus aportes novedosos y determinantes se inscriben en el ámbito de la sociología de la cultura. Conceptos como *campo*, *capital simbólico* y *habitus*, generaron un cambio radical en la manera cómo se concebían y abordaban los estudios culturales.

<sup>322</sup> Bourdieu, 2002, p. 9. (En línea)

<sup>323</sup> Le Goff, 1986, pp. 69-72.

cuando habla de la aparición de *les philosophes* y *les hommes de lettres* en la *république des lettres* al reemplazar a los sacerdotes representantes de la jerarquía espiritual de la Iglesia y los detentadores indiscutibles de la dominación intelectual. Esta élite era la delegada de la aristocracia cuando no la aristocracia misma, que modelaba los asuntos públicos, y guiaba la opinión. Su función, además de impartir el conocimiento estipulado, consistía en “vigilar”, “supervisar” e implantar “disciplina”. Siguiendo el modelo de lo que Foucault va a describir como el “ojo del poder: el panóptico o prisión circular”, Bauman describe la escuela como un modelo en el que todo en ella “sería ‘visible’, todo el mundo estaría bajo observación y ningún detalle escaparía a las reglas”.<sup>324</sup> La disciplina austera era el principal rasgo de una completa exclusión de la conducta neutral en cuanto a las normas impuestas. Foucault describe así el panóptico:

El principio era: en la periferia un edificio circular; en el centro una torre; ésta aparece atravesada por amplias ventanas que se abren sobre la cara interior del círculo. El edificio periférico está dividido en celdas, cada una de las cuales ocupa todo el espesor del edificio. Estas celdas tienen dos ventanas: una abierta hacia el interior que se corresponde con las ventanas de la torre; y otra hacia el exterior que deja pasar la luz de un lado al otro de la celda. Basta pues situar un vigilante en la torre central y encerrar en cada celda un loco, un enfermo, un condenado, un obrero o un alumno. Mediante el efecto de contra-luz se pueden captar desde la torre las siluetas prisioneras en las celdas de la periferia proyectadas y recortadas en la luz. En suma, se invierte el principio de la mazmorra. La plena luz y la mirada de un vigilante captan mejor que la sombra que en último término cumplía una función protectora.<sup>325</sup>

El objetivo, siguiendo a Bauman, es “enseñar a obedecer.” Hay que acatar y seguir las órdenes puesto que ello beneficia el control público en sociedades planificadas, programadas y adiestradas para que nada se improvise.<sup>326</sup> No obstante, continuando con Bourdieu, la vida intelectual se va organizando progresivamente en un campo intelectual, cuando los difusores y creadores del saber se empiezan a liberar económica y socialmente de “la tutela de la aristocracia y de la Iglesia”<sup>327</sup> y, por tanto, de sus valores éticos y estéticos. Desde esta perspectiva, el campo intelectual como sistema autónomo, es el producto de un proceso histórico donde sus integrantes, poco a poco, van reconfigurando la conducción de la opinión pública en la que ellos mismos son el público, pues sigue habiendo una diferencia sustancial, como se verá más adelante, entre la comunicación de

<sup>324</sup> Bauman, 1997, pp. 105-107.

<sup>325</sup> Foucault, 1980. Ver también Foucault, 2009.

<sup>326</sup> Bauman, 1997, p. 108.

<sup>327</sup> Bourdieu, 2002, p.10.

los letrados y el pueblo. No obstante, esta nueva clase comienza a pensar los asuntos políticos y culturales más en términos de principios y formación que de utilidad práctica y económica. En esta línea, Coser, parte de la distinción hecha por Weber entre los hombres que viven de la política y los que viven para la política, y acuña su propia definición, al pensar a los intelectuales como los que viven para las ideas;<sup>328</sup> no de manera solitaria, porque en primera instancia requieren del intercambio de ideas con aquellos a quienes consideran sus iguales; y en segundo lugar, porque el pensamiento se nutre del debate. De este modo, Coser, está aludiendo al *Campo intelectual* de Bourdieu, pues desde 1968 lo había definido en los siguientes términos:

En primer lugar, los intelectuales necesitan un público, un círculo de personas a las que poder dirigirse y que pueda otorgarles reconocimiento. Un público de estas características, por regla general, le proporcionará también recompensas económicas, pero el prestigio o la estima conferidos al intelectual por su público, sus ingresos psíquicos, pueden ser a menudo más importantes para él que su remuneración económica. En segundo lugar, los intelectuales requieren contacto periódico con sus colegas intelectuales, pues solo a través de semejante comunicación pueden desarrollar patrones comunes de método y de excelencia, normas comunes que guíen su conducta.<sup>329</sup>

Si se compara esta cita con lo expresado por Bourdieu, al situar a los intelectuales histórica y socialmente, en un campo intelectual que define e integra a sus miembros en la estrecha relación que mantienen con sus contemporáneos con quienes dialogan y a quienes dan a conocer su obra; entonces se comprenderá a su vez, que estas nuevas formas de “sociabilidad” legitiman, de alguna manera, un rango cultural. Mannheim, Coser y Bourdieu coinciden, como tantos otros estudiosos del tema, en ubicar la tarea de los intelectuales en salones y cafés, círculos y cenáculos artístico-literarios y academias, en los cuales se les reconoce su papel de promotores y guías culturales.<sup>330</sup> Sin embargo, el *campo*

---

<sup>328</sup> Coser, 1968, p. 10.

<sup>329</sup> Coser, 1968, p. 10.

<sup>330</sup> Mannheim en la evolución del término “*intelligentsia*” describe el paulatino posicionamiento de ésta en los salones que para él son los últimos subproductos de la vida cortesana y muestran la transición de la cultura de tipo cortesano a la urbanidad burguesa. Describe seis características de los salones: 1) *la intimidad local*, 2) *la influencia de la señora de la casa*, 3) *la conversación literaria*, 4) *el amor platónico*, 5) *el prominente papel de las mujeres* y 6) *el salón como mediador entre la vida y la literatura*. Estas formas de sociabilidad pasaron luego a nuevas formas de amalgamación como las tertulias, las bohemias y los cafés. Fue tal la importancia de éstos que llegaron a convertirse en los primeros centros de opinión de una sociedad parcialmente democratizada. Mannheim, 1963, pp. 179-204.

Coser centra su análisis de las afiliaciones intelectuales en ocho escenarios institucionales: el salón y el café; la sociedad científica y la revista mensual o trimestral; el mercado literario y el mundo de la publicidad; el

hace parte del sistema y, así mismo, sus interacciones se inscriben dentro de la pluralidad de instancias político-sociales. Puede ocurrir que el poder político o el económico valide los patrones culturales delineados por ellos; pero normalmente sucede lo contrario y el intelectual es visto como un opositor, un “contestatario” del *status quo*. Coser, heredero en parte de la formulación que Benda hizo en 1928 sobre el papel de los intelectuales en *Le trahison de clerics*, al considerarlos como una especie de conciencia y de guardianes de los valores de la sociedad que conforman, ratifica las normas morales que deben encarnar este tipo de hombres, a quienes corresponde producir, guiar y formar las disposiciones de valores dentro de la sociedad. Ellos deben poner en duda la verdad en términos de una verdad más elevada, más racional y más justa, llamando al orden a las instancias gubernamentales y autoridades en general que no encarnan estos principios en sus funciones.

Said no desconoce el sentido de los aportes hechos por Benda y Coser, comprende perfectamente desde su posición de intelectual crítico, la misión que estas figuras tienen dentro de lo social, y como no pueden ni deben claudicar ante las veleidades del poder o del mercado, antes bien, deben ser voceros de las injusticias cometidas en nombre de una igualdad. Pero no cae en el error de idealizar esa función *mesiánica* que puede caer en el reduccionismo y en la abstracción. Las posturas de Said se identifican más de lleno con las de Mannheim, las de Marx y Engels y las de Gramsci, sin caer por supuesto en una filiación

partido político y, finalmente, la bohemia y la pequeña revista, a ello también agregará la censura. Coser, 1968, p.20.

Bourdieu también habla de los *salones* y los tres tipos de interacción que establecen con los artistas y escritores: 1) En un primer momento son refugios elitistas donde los que se sienten amenazados por la irrupción de la literatura industrial y de los periodistas literatos –que degradan el oficio–, pueden otorgarse la ilusión de revivir, sin creérselo del todo. 2) Son lugares donde los escritores y los artistas pueden juntarse por afinidades y codearse con los poderosos, materializando así, mediante interacciones directas, la continuidad que se establece de un extremo a otro del campo del poder, y que los llevará poco a poco a querer constituir su propio campo literario como en el caso de Flaubert y Baudelaire. 3) La dominación del poder político se revela allí, pues aquí también es donde se dan las auténticas articulaciones entre los campos. Los que ostentan el poder, tratan de imponer su visión a los artistas y por supuesto, apropiarse y ser gestores de la consagración; lo que lleva a los artistas menos críticos a convertirse en “marionetas” de dicho poder, para así alcanzar los beneficios de las prebendas materiales o simbólicas repartidas por el Estado, sólo a aquellos que están dispuestos a proyectarlo en sus obras. Es decir, los salones, que se distinguen más por lo que excluyen que por lo que reúnen, contribuyen a estructurar el campo literario, como también lo harán en otros estados de campo, las revistas o los editores, pues los efectos de la dominación estructural también se ejercen a través de la prensa. Bourdieu, 1995, p. 87.

marxista. Fiel a su origen y formación orientalista que le permite avizorar horizontes más allá de lo occidental cree –el crítico israelí– en otra vertiente de la cual se derivan otros modelos intelectuales. La idea tradicional casi siempre parte de la influencia de Sócrates, Voltaire y Zola; la otra propuesta se desprendería de la ideología alemana de Marx y Engels, cuyo énfasis estaría no en las ideas atravesadas por la conciencia y la metafísica, sino en la concreción del pensamiento en relación a la política, la sociología y la economía. En otras palabras, el propósito de estos dos pensadores es mostrar y fundamentar la relación entre las ideas y la realidad social, perfilando de esta manera un intelectual más revolucionario que conservador, lo cual no desdice de su papel crucial tanto en el cambio como en la preservación de la sociedad civil. Estas dilucidaciones se enlazan con los argumentos de Mannheim, Gramsci y del propio Said.<sup>331</sup>

Mannheim sostiene, en su análisis, que el intelectual moderno que ha sucedido al escolástico, participa de manera activa en las tensiones y polaridades de la sociedad. A diferencia de la casta compacta y estacionaria que reflejaba la existencia estabilizada del escolástico, el intelectual moderno asiste a la disolución de las capas y, por tanto, posee una actitud más dinámica con la abierta intención de revisar y visitar las constantes en las cuales se mueve el mundo.<sup>332</sup> Las tesis de Said sobre la idea del intelectual están expuestas en dos de sus clásicos libros: *Representaciones del intelectual* y *El mundo, el texto y el crítico*; y en ellas se encuentran los aportes de Gramsci.<sup>333</sup> La lectura atenta que Said hace del pasado, de Oriente y Occidente, y de otros sociólogos e historiadores le permite elaborar desde una apreciación personal y crítica, el papel del intelectual en el mundo no sólo actual sino globalizado. No suena a anacronismo histórico esta ubicación temporal de Said, como se verá más adelante, pues él desarrolla dos conceptos fundamentales para este trabajo de investigación como son la *filiación* y la *afiliación*.

Retomando las posturas de Mannheim y Gramsci, Said considera la participación del intelectual en los siglos XIX y XX como aquel que debe tener una autoconciencia crítica y estar así en la posición de desenmascarar las ideas. Sin embargo, no todas estas figuras debido a los diversos campos intelectuales y culturales en los que se desenvuelven

---

<sup>331</sup> Cfr. Said, 2004, pp. 114 y 115.

<sup>332</sup> Mannheim, 1963, pp. 171 y 172.

<sup>333</sup> Said, 1996 y 2004.

adquieren y representan el prestigio y la vocería que unos pocos logran alcanzar. Gramsci, considerado por Said como el “más certero marxista moderno”, plantea la existencia de dos tipos de intelectuales: los tradicionales como profesores, escritores, artistas, sacerdotes y similares, que llevan haciendo las mismas cosas de generación en generación y que, por lo tanto, parecen estar desvinculados de las transformaciones sociales, dado que en la sociedad ocupan posiciones destinadas a mantener los procesos tradicionales; y los orgánicos, que parecen estar vinculados con una clase social emergente, y de este modo aspiran a la conquista de la sociedad civil preparando a sus miembros ideológicamente para ejercer no sólo el disenso sino la participación ciudadana.<sup>334</sup> Así, los orgánicos se involucran activamente en la sociedad, luchan para cambiar las mentes y ampliar los mercados. No obstante estas diferencias, Gramsci cree que, incluso, los intelectuales tradicionales son hasta cierto punto orgánicos porque su función social, como la de los profesores y sacerdotes, por ejemplo, legitiman consciente o inconscientemente el *status quo* al cual sirven.

Con ser muy valiosa la propuesta de Gramsci sobre este aspecto, no deja de incurrir en reducciones y estrechez de miras al valorar la función de los intelectuales desde una posición marxista. El enfoque fue válido para una época y una coyuntura social, pero aun en pleno apogeo del marxismo, las variantes, interpretaciones y equívocos que se hicieron de los debates teórico-sociales de Marx y Engels son bien conocidas por los analistas, varias décadas después. El escritor o el artista de Gramsci, para el caso específico de este trabajo, no se puede equiparar o más bien homologar a las discusiones que los artistas franceses sostuvieron en la lucha por la autonomía del campo literario, y que de modo exhaustivo y documentado describe Bourdieu en *Las reglas del arte* (1995).

El *campo literario* definido por Bourdieu, como todo campo, presenta una dinámica particular de evolución y consolidación, pues se inscribe en la producción cultural que, a su vez, está en directa y estrecha relación con el *capital social*, el *capital económico*, el *capital cultural* y el *capital simbólico*.<sup>335</sup> La “Génesis y estructura del campo literario”, señala los

---

<sup>334</sup> Said, 1996, pp. 23 y 24; 2004, pp. 115 y 116.

<sup>335</sup> Para Bourdieu el capital es lo que cada individuo en una sociedad posee o anhela poseer, si se refiere a la posición social, entonces, se habla de *capital social*, si es con respecto a los bienes materiales, sería *capital*

antecedentes y las causas de conformación de dicho campo, ya que éste busca particularizarse con respecto a los demás, a través de la proclamación de su autonomía centrada en la divisa, bastante polémica, de “el arte por el arte”, liderada entre otras figuras de gran renombre por los escritores Gustave Flaubert y Charles Baudelaire, quienes contribuyeron a la constitución del campo literario como un mundo aparte sujeto a sus propias leyes.<sup>336</sup> Así, Bourdieu plantea en su estudio del campo, cómo los escritores—agentes de producción literaria— se hacen conscientes, la autoconciencia crítica de Said, de la posición diferencial que como creadores de bienes simbólicos encarnan en la sociedad. Sin embargo, se reitera, ese reconocimiento es otorgado por el público que en primera instancia son ellos mismos, y luego la creciente inserción del pueblo que empieza a acceder a la educación.

Así, retornando al campo intelectual, el pensamiento de sus integrantes se define y valida tanto por la posición que ocupa en dicho campo, como por la interpretación—convencional o no— que hace del legado de las generaciones pasadas imprimiéndole el sello de la re-actualización y convirtiéndose así en un orientador y difusor de la cultura con todo lo que ella representa. De este modo, el intelectual de acuerdo al campo al que pertenece y al prestigio ganado en él, legitima un rango cultural siempre en relación —muy a su pesar en algunas coyunturas sociales—, con las autoridades propiamente culturales simbolizadas y delineadas por instituciones como el Estado, la Iglesia y la academia, entre otras.

Vale la pena presentar la diferencia que Bourdieu hace con respecto a la *legitimidad* y *legalidad*.

Legitimidad no es legalidad: si los individuos de las clases menos favorecidas en materia de cultura reconocen casi siempre, por lo menos de labios para afuera, la legitimidad de las reglas estéticas propuestas por la cultura ilustrada, eso no excluye que, puedan pasar toda su vida, de hecho, fuera del campo de aplicación de estas reglas, sin que por ello éstas

---

*económico*; si implica el conocimiento se habla de *capital cultural* y si se da una determinada valoración del mundo, se está hablando de *capital simbólico*. Estos dos últimos capitales son los más abstractos en tanto encarnan valores y reconocimientos dentro de la sociedad, es decir, no funcionan por sí solos y hacen parte del consenso general de la sociedad. Si bien requieren de los dos primeros, su configuración depende de los valores simbólicos direccionados por el Estado, la Iglesia, el mundo académico, etcétera.

<sup>336</sup> Bourdieu, 1995, pp. 79-261.

pierdan su legitimidad, es decir, su pretensión de ser universalmente reconocidas [...]. En suma, la existencia de lo que se llama legitimidad cultural consiste en que todo individuo, lo quiera o no, lo admita o no, es y se sabe colocado en el campo de aplicación de un sistema de reglas que permiten calificar y jerarquizar su comportamiento bajo la relación de la cultura.<sup>337</sup>

Según se desprende de este análisis del sociólogo francés, la legitimidad no significa lo válido, puede no serlo; es más bien la convención, lo definido y aceptado por las instituciones sociales. En este sentido, lo cultural institucional se legaliza a través de las pautas y modelos impuestos por la cultura letrada.<sup>338</sup> Weber, Durkheim y Bourdieu abordan en sus estudios estas complejas formas de relación social en las que se ven insertos los individuos en el conglomerado social. Para unos y otros adquiere diversos nombres y distintas funciones según la clasificación y categoría funcional en la que se ubican. Weber le atribuye a la *convención*<sup>339</sup> cierto carácter de costumbre; mientras que Bourdieu acuña el concepto de *habitus* y lo diferencia de la noción de costumbre, en tanto el primero se caracteriza por un poder generador de nuevas prácticas y la segunda tiende a ser mecánica, repetitiva y con un rasgo de automatismo. En esta línea se podría entender o más bien situar la noción de *hecho social* de Durkheim, ya que para él también es un acto colectivo (es decir, más o menos obligatorio) que reviste cierto carácter de costumbre, pues consiste en modos de actuar, de pensar y de sentir, exteriores al individuo y que está dotado de un poder de coerción en virtud del cual se impone su acción.<sup>340</sup> El *hecho social*

<sup>337</sup> Bourdieu, 2002, pp. 33 y 34.

<sup>338</sup> Weber reflexiona desde la sociología sobre la normatividad del *orden* y del *deber ser* en lo social. En este sentido la legitimidad de un orden está garantizada por: “1) De manera íntima. Afectiva y por entrega sentimental. 2) Desde lo racional con arreglo a valores: por la creencia en su validez absoluta, en cuanto expresión de valores supremos generadores de deberes (morales, estéticos o de cualquier otra suerte). 3) De carácter religioso: por la creencia de que de su observancia depende la existencia de un bien de salvación. También (o solamente) por la expectativa de determinadas consecuencias externas; o sea, por una situación de intereses; pero por expectativas de un determinado *género*. Así mismo define el *orden* desde la *convención* y el *derecho*. La primera de ellas se da cuando su validez está garantizada externamente por la probabilidad de que, dentro de un determinado círculo de hombres, una conducta discordante habrá de tropezar con una (relativa) *reprobación* general y prácticamente sensible. El segundo, cuando está garantizado externamente por la probabilidad de la *coacción* (física o psíquica) ejercida por un *cuadro de individuos* instituidos con la misión de obligar a la observancia de ese orden o de castigar su transgresión”. Weber, 1964, p. 27.

<sup>339</sup> Weber observa que la *convención* debe llamarse “costumbre”, lo que dentro de un círculo de hombres se considera como válida y que está garantizada por la reprobación de la conducta discordante (1964, p.27).

<sup>340</sup> Los teóricos que se han venido señalando en este capítulo abordan diversos conceptos desde la sociología, como ya se visto. Dentro de esas nociones, la del *poder* es igualmente compleja de definir en tanto ella comporta, por decirlo de un modo generalizado, a todas las demás. Haciendo una agrupación sucinta se puede clasificar la manifestación del *poder* de tres maneras: 1) Como una capacidad que se tiene o no. Visión en la que en parte se inscriben los postulados de Weber. 2) Una institución legitimidad a través del consenso y consentimiento sobre los que es ejercido. 3) Como un *hecho social* en los términos de Durkheim, ya que es

[se hace] evidente sobre todo en las creencias y las prácticas que las generaciones anteriores nos transmiten completamente elaboradas; las recibimos y las adoptamos porque, como son al mismo tiempo una obra colectiva y una obra secular, están investidas de una autoridad particular que hemos aprendido a reconocer y a respetar gracias a la educación. [Ahora bien] Se reconoce un hecho social en el poder de coerción externa que ejerce o que puede ejercer sobre los individuos; la presencia de este poder se reconoce a su vez, por la existencia de una sanción determinada, por la resistencia que el hecho opone a toda actividad individual que pretenda violentarlo.<sup>341</sup>

Con base en lo anterior, Said cuestiona en ciertas situaciones coyunturales las nociones que se acaban de describir. Si bien es necesario para el orden colectivo y social que existan las regulaciones encarnadas en la *convención*, el *habitus*, el *hecho social* y la *legitimidad*, también lo es que a los intelectuales les corresponde “cuestionar el nacionalismo patriótico, el pensamiento corporativo, y el sentimiento de superioridad clásica, racial o sexual”,<sup>342</sup> cuando la opinión de los poderes constituidos y autorizados de la sociedad van en contravía de la responsabilidad y la justicia social. Los intelectuales no se pueden comprometer con “programas deliberados de discriminación, represión y crueldad colectiva”.<sup>343</sup> Sin embargo, observa que se debe mantener una relativa independencia intelectual y ella comenzaría por estar lejos de los asesoramientos con y para el gobierno, pues “no tienes la menor idea del uso que más tarde se haga de tus informaciones”.<sup>344</sup>

Analizar la función de los intelectuales en los procesos de construcción y consolidación de la cultura colombiana es vital, porque como lo manifestaba Chartier ellos encarnan y reflejan a través de su conciencia crítica la coherencia del sistema de representaciones y valores de la sociedad. Ellos tienen una percepción del mundo y de sus

---

inherente a la sociedad, es decir, debe existir. De las tres maneras descritas, las más convenientes para este trabajo son las que tienen que ver con el *poder* como consentimiento o legitimidad, y como *dispositivo* social pues son quizás las más arbitrarias y coercitivas puesto que implicarían las categorías de *Dominantes* y *Dominados*; lo que significa que si una de las partes se rebela, normalmente la segunda, el *poder*, adquiere visos de tiranía. En esta línea Foucault añadió una interpretación fundamental de los *dispositivos del poder* en lo social. No lo concibe como una capacidad ni legitimidad, más bien se pregunta sobre las formas cómo se ejerce ese *poder*, de qué estrategias se vale la sociedad representada en las instituciones reconocidas convencionalmente para encauzar ese *poder* y cuáles serían las consecuencias y efectos en que deviene un control al estilo de la prisión panóptica. Ver Weber, 1964 y 2006; Foucault, 1999 y 1983.

<sup>341</sup> Durkheim, 1995, pp. 29-39.

<sup>342</sup> Said, 1996, p. 15.

<sup>343</sup> Said, 1996, p. 105.

<sup>344</sup> Said, 1996, p. 95.

reglas y, a partir de su pensamiento, delinean no sólo relaciones sino interpretaciones de las determinaciones que gobiernan las formas de pensar y de actuar de las instituciones de que hacen parte.<sup>345</sup>

Cabe preguntarse ¿hasta dónde es posible que los intelectuales se involucren con la sociedad, ya sea por medio de un partido, de una idea, una lealtad de campo o simplemente desde el derecho a ejercer el disenso, sin ver comprometida la posición de líderes que simbolizan? o ¿hasta qué punto quieren y pueden mantener la neutralidad, si ellos mismos hacen parte de la cultura dominante? En el período del cual se ocupa esta investigación es posible ver estas variantes e incluso más. A comienzos de 1930 todavía se respiraba la atmósfera del proyecto integrador y homogeneizador de la Regeneración: la tradición hispanista representada en la religión católica, el uso dogmático del idioma y la superioridad racial europea, estaba presente en los grupos dirigentes y también en los grupos letrados.<sup>346</sup>

Estos últimos no se pueden desligar de su relación con el poder, no tanto porque se deba reducir la incidencia de su pensamiento a lo burocrático, expresado en un sentido despectivo, sino porque como se ha observado en el acercamiento de la cultura con respecto a la política en este trabajo, los intelectuales sirven de soporte a la institucionalización de la concepción cultural, de ahí que su especificidad necesariamente se debe definir en correspondencia a la función política y social que ofician en el Estado. Esto les permite reflexionar acerca no sólo de su dependencia del poder, también sobre las tensas mediaciones que se tejen entre cultura, política y sociedad.<sup>347</sup>

---

<sup>345</sup> Chartier, 2005.

<sup>346</sup> Urrego habla de las imágenes que de lo popular acuñó la Hegemonía Conservadora, valiéndose de un exceso de sentimentalismo y estado bucólico de la nación en la que la nostalgia por los tiempos idos era inducida con un criterio paternal, pues esta era la vía para la conservación del alma de la ciudad. De igual manera los escritos y arengas de los sacerdotes, del partido, de los intelectuales-periodistas adeptos al conservatismo habla baban de la inmoralidad del pueblo y la urgencia de moralizarlo para que no se apartara de las normas (control social). El “cachaco” se constituyó en el modelo por excelencia de lo capitalino y por tanto de la nación. Colombia era Bogotá. Cfr. Urrego, Miguel Ángel, 2002, p. 59. Ver también Gutiérrez Girardot, 1980; Palacios, 2002.

<sup>347</sup> “Se considera la relación de los intelectuales con el Estado de una manera plural. Se hace referencia, por ejemplo, a la traducción de necesidades de Estado en políticas, al establecimiento y constitución de instituciones, a la elaboración de estudios que tienen por objeto institucionalizar la cultura nacional, a la creación de símbolos de la nación, a la redacción de discursos y análisis (históricos, sociológicos y

## Baldomero Sanín Cano: la apertura de fronteras culturales

*Sanín Cano representa la mentalidad secular por excelencia en el pensamiento colombiano. Deslindar el arte como una legalidad autónoma, reclamarlo independiente de cualquiera otra ley distinta de la belleza o de cualquier verdad que no fuese su propio cumplimiento estético, significaba ponerlo a salvo de los absolutismos, llámense verdades eternas de la religión, supremacía de la política, idea nacional, ancilaridad didáctica, fines moralizadores.<sup>348</sup>*

### Anotaciones preliminares

Baldomero Sanín Cano fue testigo y actor como pocos (1861-1957) de los acontecimientos que signaron la transición de dos siglos: por un lado, las guerras civiles y conflictos que caracterizaron la finalización del siglo XIX en Colombia, y, por otro, la apertura de las fuerzas modernizadoras del siglo XX que iniciaron con ímpetu su ascenso hacia la década del veinte; se frenaron con la oposición radical de la hegemonía conservadora en el poder, y volvieron a tomar impulso con la República Liberal de Alfonso López Pumarejo.<sup>349</sup> Durante este gobierno los intelectuales que en el siglo XIX se habían desempeñado más como “hombres de letras”, pasaron a tener una cooperación activa en la formulación de proyectos culturales y educativos que ayudaran al intervencionismo<sup>350</sup> social de López. Aunque no se haya desempeñado durante largo tiempo como funcionario en dicho gobierno, su participación en la tribuna periodística y en el magisterio con el que lo asociaron varios de sus contemporáneos, lo ubican como un pensador de avanzada que generó cambios en la cultura y la política colombiana. Este intelectual antioqueño, mereció en vida, el reconocimiento de crítico literario de talla continental manifestado por intelectuales como José Carlos Mariátegui, José Luis Romero y Juan Marinello, entre otros escritores europeos y colombianos cercanos a las discusiones socio-culturales del momento.

---

económicos, a la difusión de determinadas ideologías y, en fin, a aquello que reproduce el orden social y político, y para lo cual no se necesita ser funcionario”. Urrego, 2002, pp.14 y 15.

<sup>348</sup> Jiménez Panesso, 1992, p. 100.

<sup>349</sup> En el capítulo 1, se reseñaron algunas de las referencias bibliográficas que tratan el tema de la República Liberal, sin embargo, la síntesis de los tres momentos que se plantean en el inicio de este acápite (finales del siglo XIX, auge económico de la década del veinte y República Liberal), los condensa Ricardo Arias Trujillo. (2011), en su libro, *Historia de Colombia contemporánea (1920-2010)*. Los capítulos 1 y 2: “Los años del cambio” y “La Revolución en Marcha y la polarización”, ilustran las contradicciones del cambio del siglo XIX al XX y a su vez señalan los proyectos emprendidos por la hegemonía conservadora con el auge del café, hasta las desavenencias sostenidas por estos últimos con las políticas de López Pumarejo.

<sup>350</sup> Ver capítulo 1, nota al pie número 174.

Así, Sanín, se inscribe dentro de ese gran movimiento de renovación del pensamiento y de la cultura en la perspectiva de la modernidad.

La obra de Sanín Cano prolífica y valiosa,<sup>351</sup> merece ser estudiada a la luz de los cambios determinantes que Colombia experimentó en la transición a la modernidad y a la democracia. El estudioso<sup>352</sup> de su obra ensayística se encuentra con la dificultad de la dispersión de la misma y con la ausencia de fechas que tienen varios de sus escritos.<sup>353</sup> Sin embargo, es interesante mirar en las compilaciones que existen, la pluralidad de su pensamiento, para así entender su participación como intelectual en el contexto político-cultural colombiano y rastrear las marcas discursivas e ideológicas que lo ubicaron en esa valoración nacional.<sup>354</sup>

Debe aclararse que la noción de intelectual asociada con el crítico y censor de la sociedad no se inscribe de manera excluyente en el contexto del liberalismo colombiano, ya que el partido conservador, desde La Regeneración, también manejó un tipo de intelectual; pero que para el siglo XIX se hablaba más de “hombres de letras”, figuras políticas de la clase señorial que en un país todavía agrario y pastoril se dedicaban a las lenguas, a la

---

<sup>351</sup> Una muestra de esa magnitud escritural se refleja en la antología recogida bajo el título de *Ideología y Cultura. Baldomero Sanín Cano*, que la Universidad Externado de Colombia, adelantó bajo la dirección del Doctor Fernando Hinestrosa, y la investigación y búsqueda del crítico colombiano Otto Morales Benítez, quien centró su rastreo bibliográfico en siete revistas, un periódico (*El Tiempo*) y dos suplementos literarios (de *El Tiempo* y *El Espectador*). Aquí, en seis volúmenes, comenzados a publicar en 1998 y con la aspiración de llegar a los 18 propuestos, se condensa la obra dispersa de Sanín Cano, escrita durante más de siete décadas. Labor que también emprendió Juan Gustavo Cobo Borda con la publicación de dos libros que recogen gran parte de los ensayos de Sanín, son ellos: *Escritos* (1977) y *El oficio de lector* (1989). Además, están los ensayos o “artículos” como él los llamaba, reunidos en libros: *La civilización manual y otros ensayos* (1925); *Indagaciones e imágenes* (1926); *Crítica y Arte* (1932); *Divagaciones filológicas y apólogos literarios* (1934); *Ensayos* (1942); *Letras colombianas* (1944); *De mi vida y otras vidas* (1949); *El humanismo y el progreso del hombre* (1955) y otros textos no recogidos en libros.

<sup>352</sup> Algunos de los estudios importantes son los de: Uribe Ferrer, 1977, pp. 223-243; Sánchez Lozano, 1997, pp. 7-11; Cataño, 1999, p. 61 y 2005; Maya, 1975, pp. 51-67; Jiménez Panesso, 1992; Gutiérrez Girardot, 1998; Ruiz, 1991; 1996, pp. 65-73; y Villegas Duque, 1966, entre otros.

<sup>353</sup> Sanín Cano no se propuso en vida hacer una obra sistemática y orgánica y esto ha sido puntal de las más enconadas críticas que existen en torno a su persona y producción.

<sup>354</sup> Jorge Eliecer Ruiz y J.G.Cobo Borda en la compilación que hacen en *Ensayistas colombianos del siglo XX* (1976), reconocen en Sanín “[tal vez] al primer escritor de estirpe europea que produjo el país, y [cómo] su avidez intelectual, su flexibilidad conceptual y su talento de prosista, lo convirtieron en una figura continental, una figura de maestro, como lo fueron Martí en Cuba o Reyes en México. [por más] de setenta años aireó las letras nacionales, enseñó a leer a los colombianos, les dijo que Europa se extendía mucho más allá del Rhin y que en ocasiones se prolongaba hasta el hiperbóreo espolón de Escandinavia y aún hasta la estepa rusa”. Ruiz y Cobo Borda, 1976, p. 10. Ver también Salazar Santacoloma; 1943, pp. 1, 14; Arciniegas, 1948, pp. 289-298; Chacón y Calvo, 1946, pp. 384-387; Posada, 1986, pp. 24-36.

cultura clásica, la filología y la gramática.<sup>355</sup> Todo ello dentro de la concepción del más recio hispanismo ultramontano heredado de España. La combinación de letrado y político permitía el ejercicio del poder y el prestigio social. Señala el crítico colombiano Rafael Gutiérrez Girardot, que literatura y política y político y letrado, eran términos gemelos. No había un espacio cultural autónomo que desligara estas dos funciones, que por lo general se encarnaban en la misma persona, casi siempre, el político.<sup>356</sup>

Lempérière define la especificidad de los hombres de letras como un grupo social:

[Cuya labor] consistía en que eran poseedores y/o creadores de los conocimientos cultos y de los artefactos literarios propios de su tiempo y de las sociedades en que vivían. Dedicaban una parte o la totalidad de su actividad a adquirirlos y a discutirlos, y, en la medida de lo posible, buscaban transmitirlo a las nuevas generaciones, difundirlos en el público y conferirles una utilidad social o política. Como grupo social no se distinguían solo por su rango o por sus rentas, sino también por su funcionalidad y sus conocimientos, así como por las instituciones en las que se desempeñaban.<sup>357</sup>

Esta función del letrado en Colombia va cambiando paulatinamente acorde se comienzan a insertar en el país nuevas formas de relaciones económicas que determinan, a su vez, la creación de un nuevo campo cultural. Así, la historicidad del intelectual en cada período, va a depender de las relaciones entre el capital cultural y económico y el grado particular de desarrollo de las clases y los proyectos políticos,<sup>358</sup> como se ilustró páginas atrás sobre la categoría conceptual del intelectual con base a diversos teóricos.

La labor esencial que como intelectual y crítico literario realizó Sanín Cano entre dos siglos sirve para ilustrar esa transición entre el letrado y el intelectual moderno; dado que fue quizás uno de los primeros ensayistas y articulistas de prensa en conseguir escribir desde la autonomía del arte que tanto defendió, y desde la “despolitización” partidista a la que trató de evadir a partir de su cosmopolitismo. Aunque las condiciones históricas

---

<sup>355</sup> Sobre este tema se puede consultar a Deas, 2006.

<sup>356</sup> Cfr. Gutiérrez Girardot, 1989, pp. 52-73. Estas premisas ya las había señalado Henríquez Ureña (1949), específicamente en el capítulo VII: Literatura Pura (1890-1920), pp. 165-188.

<sup>357</sup> Lempérière, 2008, p. 242.

<sup>358</sup> Se siguen aquí los planteamientos de Urrego, para quien los intelectuales colombianos desde la Regeneración, se encontraban atados a las necesidades, posibilidades y contradicciones de los partidos tradicionales, específicamente de los proyectos de la hegemonía conservadora y de la República Liberal. Ver Urrego, 2002, p. 13.

colombianas no estaban todavía maduras para tal empresa intentó renovar el país con su pensamiento modernizante,<sup>359</sup> no significa ello que estuviera totalmente ajeno al ambiente político, era imposible, como ya se señaló párrafos atrás; pero sí intentó no ser prosélito de la ideología con la que se identificaba: el liberalismo como partido, ya que a la palabra le daba una trascendencia filosófica y social.

Los primeros contactos con la política como profesión los tiene en el gobierno<sup>360</sup> del conservador reformista Rafael Reyes<sup>361</sup> y luego, como intelectual del Proyecto Cultural de la República Liberal.<sup>362</sup> Las relaciones que sostiene con los dos gobiernos revelan un compromiso social, pero al mismo tiempo lo llevan a tomar distancia con la política que le parece “aburrida y tediosa” en el ámbito de las cofradías y el clientelismo, no en las posturas críticas y liberales que de ella se derivan. Observa que no cualquiera puede ejercer la obra del gobierno ya que se hacen necesarias dotes especiales, inteligencia superior a la mediocridad, modestia, tolerancia y capacidad para colocarse en el punto de vista del adversario. Si no hay un desprendimiento en lo moral y en lo material, el gobernante

---

<sup>359</sup> El poeta Carlos Martín dice que “Hoy representa y sintetiza, [Sanín Cano] profunda y limpiamente, la conciencia intelectual de la patria [...]. Su fidelidad insobornable a la vocación de letrado y su voluntad ambiciosa de superación constituyen un caso ejemplar en el panorama de nuestras letras [...]. Desde su mocedad ha sido uno de los más altos guías y mentores de la cultura nacional [...] se ha situado en un rango eminente que explica el hecho de que a edad tan avanzada le circunden la adhesión y la admiración de todas las generaciones literarias de Colombia y de que sea entre nosotros el escritor que goza del más firme y anchuroso prestigio continental”. Martín, 1945, p. 7.

<sup>360</sup> Durante la Administración Reyes, Sanín Cano viaja a Londres en calidad de representante de Colombia ante la Compañía inglesa explotadora de Esmeraldas. En ese momento era el encargado de la Secretaría de Hacienda. Sin embargo cuando Reyes fue obligado a renunciar, Sanín dejó de recibir los honorarios correspondientes a su función y hubo de emplearse en otro tipo de oficios para poder sobrevivir.

<sup>361</sup> En 1904 Rafael Reyes es elegido presidente de la República. Su lema de “menos política y más administración”, lo llevó a plantear la posibilidad de algunas reformas a la Constitución de 1886, por ello, convocó a una Asamblea Nacional en la cual dio participación al partido liberal. Entre los convocados se encontraban Rafael Uribe Uribe y Antonio José Restrepo, liberales radicales que coincidían con las propuestas de Reyes. Con miras a fundamentar su apoyo a las nuevas medidas de gobierno elaboraron y firmaron el documento que refrendaría dicha política. Entre los firmantes se hallaba el nombre de Sanín Cano quien luego escribiría un extenso texto sobre la “Administración Reyes (1904-1909)”. La valoración que hace de este político se revela en esta cita: “El país todo entraba de lleno en un período de actividad. Las pequeñas industrias florecían visiblemente. Los capitales colombianos empezaban a adquirir confianza en sí mismos y en los recursos del país y con cautela empezaban a colocarse en industrias nuevas [...] todo mostraba que el país hacía ya el recuento de sus energías para incorporarse y seguir el rumbo actual del mundo culto en busca de la prosperidad material”. Sanín Cano, 1977. *Escritos*, p. 95. Para ampliación del tema consultar a Vélez Ramírez, 1989, pp. 187-214.

<sup>362</sup> Se sabe que colaboró para ese período junto a otros intelectuales de reconocimiento en *La Revista de las Indias* que se convirtió en el Órgano de difusión Nacional.

únicamente buscará enriquecerse.<sup>363</sup> La ventaja que tuvo Sanín de permanecer largos períodos fuera del país, le permitió alimentarse de otras culturas decisivas en la construcción de un pensamiento y criterio propio, que lo llevaron a cuestionar sin apasionamiento político, las acciones emprendidas por los gobernantes y la tradición antimoderna que mantienen. El tema de la tradición en este ensayista se tratará en el capítulo cuarto, pues el crítico también incurrió en errores de apreciación.

En consecuencia, la misión de Sanín Cano como intelectual moderno era poner su inteligencia no al servicio de la patria, sino al servicio de la universalidad y dentro de ésta su valoración por todo lo americano y lo colombiano, aun cuando reconocía las distancias culturales que existían entre Europa y América. Así lo expresa en “La superstición de lo extranjero”,<sup>364</sup> cuando afirma que moralmente una patria no es tan sólo un tesoro de tradiciones e ideales, sino también un proceso continuo de mejoramiento y de adaptación. El patriota verdadero ha debido adaptarse a su medio; sentirse adecuado para vivir en él y para mejorarlo continuamente a medida que él mismo progresa en sus condiciones. El universalismo de Sanín revela una absoluta falta de dogmatismo y una fértil disposición del espíritu para tratar de entender y penetrar en las razones ajenas y aparentemente adversas, y de este modo, enriquecer la experiencia propia, en una suerte de sincronización con las corrientes contemporáneas del pensamiento y de las formas literarias.<sup>365</sup>

Es de tener en cuenta que la literatura y la cultura colombianas de mediados del siglo XX seguían enmarcadas, por parte de un sector del conservatismo, en las tradiciones hispano-católicas, de ahí que las reformas de López en su proyecto de la Revolución en Marcha generaran todo tipo de epítetos denostativos; desde el carácter ateo, masón y comunista del gobierno hasta la tendencia socializante que el sector del ala derecha del liberalismo le adjudicaba a los seguidores del lopismo. Varios estudiosos del período que se viene analizando, abordan el tema candente de López con la Iglesia católica. En esa línea,

---

<sup>363</sup> Sanín Cano (1949). “De cierta ignorancia. Para gobernar, conocerse”, publicado inicialmente en *El Tiempo*, septiembre 4 y recogido en Morales Benítez, 2002, pp. 90-92. (En adelante la alusión a esta referencia bibliográfica se sintetizará en la sigla I.C.).

<sup>364</sup> Este artículo fue publicado por primera vez en el Editorial de *El Tiempo* el 9 de enero de 1928 y aparece recogido en I.C. (1998), Tomo I, Vol. I, pp. 253-255.

<sup>365</sup> Cfr. Téllez, 1957, p. 6.

Tirado Mejía, Molina, Arias Trujillo y González, por mencionar algunos, señalan la intransigencia del Concordato y la parte del clero más recalcitrante para entrar a negociar acuerdos que no ahondaran en la polarización que se venía dando entre los partidos y, por ende, en la sociedad.

La conclusión silogística de Monseñor Carrasquilla “el que es liberal no es buen católico”,<sup>366</sup> ya había causado suficiente confusión a raíz de la publicación del opúsculo de Uribe Uribe<sup>367</sup> para, además, agregarle a la polémica la filiación del liberalismo con la masonería,<sup>368</sup> totalmente rechazada por la Iglesia en tanto se constituye en una negación de las doctrinas cristianas y esto hace que por instigación de los sacerdotes, el pueblo se levante como lo indica González en una “guerra de religión”.<sup>369</sup> Así, el ataque y defensa de los argumentos que esgrime cada uno de los partidos tiene como escenario a la prensa de la época, dentro de la que destacan, el periódico *El Siglo*<sup>370</sup> del conservador Laureano Gómez y *El Tiempo*, del liberal Eduardo Santos. El lenguaje utilizado en estos medios era, además de retórico e inflamado de espíritu patriotero, aguerrido y demoleedor. Sobre todo en *El Siglo* donde se sentía más esa vena fanática de adhesión ciega. Las críticas contra el régimen imperante aparecían en las editoriales con términos como: “ordinariez”, “mediocridad” y “vulgaridad”,<sup>371</sup> entre otras más eufemísticas como esta de “Literatura revolucionaria”:

La República liberal, como todas las revoluciones en marcha, posee su literatura y su música. La música de la revolución tiene el Guatecano y el pasillo... Con la literatura pueden ya formarse gruesos volúmenes. Que los genios literarios, sobre todo los precoces se dan en la República liberal como orégano en el monte. Son falange. Los nombres más luminosos, más favorecidos por las auras revolucionarias son los de Jorge Zalamea que en Madrid, –capital de la república española, no Serrezuela– escribió tragedias que se disputaron todos los teatros de la heroica villa, pero que no pudieron llevarse a la escena por el mal tiempo; Tomás

<sup>366</sup> Citado por Molina, 1979, p. 296.

<sup>367</sup> Rafael Uribe Uribe publicó el libro “De cómo el liberalismo no es pecado” en 1912. En donde desarrolló una interesante tesis sobre la postura político-religiosa del liberalismo. Ver Molina, 1979, pp. 295-301.

<sup>368</sup> Para ver el contraste de apreciaciones sobre la condición religiosa del liberalismo se puede consultar a los teóricos del clero como el presbítero, Cadavid G., 1955; Builes, 1958; y Christopher, 1987.

<sup>369</sup> González González, 1989, p. 355.

<sup>370</sup> El domingo 2 de febrero de 1936 se publicaba en la Editorial de este diario la siguiente nota: “Para servir los intereses nacionales en su más alto y noble sentido, aparece este diario, que aspira a ejecutar su empeño en forma que todo colombiano vea en el esfuerzo que su sostenimiento implica, una contribución generosamente inspirada en el progreso moral y material de nuestra república”. *El Siglo*, 1936, p. 3.

<sup>371</sup> Cfr. *El Siglo*, 1936, p. 3.

Vargas Osorio, Abelardo Forero Benavides, Jorge Padilla, los Caballeros Calderones y Hernandito Téllez.<sup>372</sup>

Desde el ascenso de López al poder se venían enfrentando los partidos de manera asidua en los dos periódicos referenciados, amén de otros que existían en el medio.<sup>373</sup> No es que la batalla discursiva se hubiese declarado sólo en este período, pues desde el siglo XIX los correligionarios de cada partido habían asumido la vocería y la denuncia en estos medios de publicación; sucedía que las políticas de cambio de López habían despertado más animadversión.

En abril de 1935 publicaba *El Tiempo*:

Nuevamente manifestaciones de desagravio y de defensa ante los ataques de los conservadores a la república liberal. “El diario conservador no vaciló ayer en declarar que ‘bajo el régimen liberal el nuestro ha dejado de ser un pueblo civilizado’. Y en todas las noticias, en todos los comentarios, se pretende exhibir a la mayoría de la nación como una banda de malhechores, como una agrupación antisocial y escandalosa, que sólo odio y desprecio merece. Un conferencista conservador sintetizaba hace tres días la aspiración de su partido en esta sola frase: ‘Queremos fundar sobre las cenizas de la República Liberal la República de Colombia’”.<sup>374</sup>

De este modo, la situación en la tribuna periodística se hacía insostenible para uno y otro bando, conjuntamente su carga explosiva incitaba cada vez más a la violencia. La única forma de oponer –de manera ecuánime– las agresiones de ambos partidos era sustentándose en una “*intelligentsia*”<sup>375</sup> que los ayudara a canalizar y a dirimir conflictos y

<sup>372</sup> *Ibíd.*, p. 3.

<sup>373</sup> *La Razón*, de los hermanos Carlos y Juan Lozano y Lozano. Este Órgano periodístico era uno de los voceros del sector más derechista del partido liberal, sobre todo en la figura de Juan Lozano y Lozano quien se oponía a las políticas de López. *El Espectador*, *El Liberal* y *La Unidad*, entre otros.

<sup>374</sup> *El Tiempo*, 1935, p. 3.

<sup>375</sup> Los conceptos de *intelligentsia* e intelectuales se hallan en estrecha relación y se abordarán de manera más profunda en el capítulo siguiente. No obstante se plantea un avance preliminar en estas páginas. La palabra *intelligentsia* tiene sus antecedentes en Rusia, que en su uso más común designaba a la élite poseedora de un cierto grado de formación intelectual relacionada ésta con la educación o la ilustración. El término también fue acuñado en Francia durante el llamado *Affaire Dreyffus*, proceso que convocó a algunos escritores y artistas que salieron en defensa del capitán judío acusado de traición. La postura asumida por estos “intelectuales” franceses entre los que se encontraban Zola, Mirabeau y France, generó contrarréplicas por parte de los escritores que se identificaban más con el ala derecha del gobierno. Para esta investigación se parte del razonamiento y aplicación de la mirada francesa y de la húngara en cabeza del sociólogo Karl Mannheim, quien como se verá más adelante centrará su teoría sociológica en el análisis de los significados cambiantes de las palabras. La *intelligentsia* para Mannheim está asociada a los intelectuales que flotan libremente, es decir, no tienen lazos o ataduras sociales que les impidan pensar de manera autónoma, algo así como una “*intelligentsia* socialmente desligada”. Por supuesto esto generó reacciones en contra porque muchos críticos entendieron la definición de Mannheim como un concepto abstracto y utópico, ya que el

diferencias que requerían el diálogo y la concertación, en aras de una nación que para la mayoría de los políticos e intelectuales carecía de cultura, entre otras razones porque como lo revelaría la encuesta que el Semanario *Sábado* hizo el 24 de julio de 1943, sobre “¿Cuál era el más grave problema de la cultura colombiana?,” las respuestas dejarían ver que los síntomas, los efectos y las causas no habían cambiado nada. Es decir, los problemas culturales que todavía, en 1943, seguían aquejando al país, provenían de los intentos de modernización de la década del treinta que no pudieron realizarse por el radicalismo de ideas sectaristas<sup>376</sup> y reaccionarias.

La encuesta reunió las respuestas que dieron diversos intelectuales desde diferentes áreas del conocimiento, todos coincidieron en afirmar

[que] algunos de los males que retardan el logro de una auténtica cultura colombiana [son] el pauperismo nacional, el desamparo en que actúan los investigadores puros, los escritores, profesores, poetas, científicos...en una palabra, los genuinos creadores de cultura; la deficiencia del hombre, base de toda cultura; la indiferencia de las altas clases hacia las cuestiones espirituales; el pragmatismo creciente de la juventud; la tendencia a la improvisación, típicamente americana y nuestro desdén por las disciplinas serias y los estudios humanísticos; la deserción de los escritores hacia la política o las fructuosas profesiones. Todos estos graves síntomas de disgregación nacional y debilitamiento del espíritu patrio deben alarmar a quienes son responsables del destino de Colombia.<sup>377</sup>

Es por eso que López, a pesar de su formación financista y mercantil, quería que sus proyectos de gobierno se nutrieran de la “*intelligentsia*” bogotana representada para él en ese entonces en Eduardo Santos –no obstante las diferencias entre ambos–, Carlos y Alberto Lleras Restrepo, Gabriel Turbay, José Mar, Jorge Zalamea, Hernando Téllez, Darío Echandía y Darío Achury Valenzuela.<sup>378</sup> Su orientación principal era la búsqueda de la modernidad, en un intento por definir un campo cultural que rompiera con el autoritarismo centralizador ejercido por los conservadores desde la Regeneración, y poco a poco ir

---

intelectual no se puede desligar de su contexto social. Para el caso particular, el único que cabría completamente dentro de esa designación mannheimiana sería Baldomero Sanín Cano, pues Téllez y sobre todo Zalamea, fueron más políticos. Ver Mannheim, 1973 y 1963; Altamirano, 2006.

<sup>376</sup> Plantea Borja que la palabra secta evoca intolerancia y fanatismo y ha sido una constante en la historia dado que las disensiones ideológicas, entre los grupos religiosos o políticos, siempre van a generar adhesiones de intransigencia y dogmatismo. El sectarismo en este caso no se puede atribuir solo al conservatismo puesto que el liberalismo también entró en la postura defensiva de atacar y lanzar acusaciones. Borja, 1999, p. 207.

<sup>377</sup> *Sábado*, 1943, p. 6.

<sup>378</sup> Participó de esta encuesta y meses más tarde publicó un balance de la cultura colombiana durante la República Liberal. Achury Valenzuela, 1943, p. 3.

demoliendo verdades atávicas para reemplazar el tradicionalismo político y cultural por uno flexible y democrático.

Aunque Sanín Cano no aparece en la breve lista que se acaba de relacionar, pues su participación en el gobierno de López fue más desde la prensa y el ideario liberal en general que desde los empleos burocráticos, sí desempeñó en Argentina durante el período de 1933 a 1935 el cargo de Ministro Plenipotenciario. Esta faena no lo alejó de la tribuna periodística en la que de manera continua dejaba sentir su pensamiento político. Fue colaborador regular de *El Tiempo* de 1927 a 1954, por eso entre julio y agosto de 1935 escribió en este diario su adhesión al presidente López y su total acuerdo con lo expuesto por éste en varios de los *Mensajes Presidenciales* dirigidos a los congresistas. Sanín, a diferencia de la efervescencia partidaria del momento, no dejó ver en su discurso un apasionamiento político exagerado, solía relacionar en su disertación, un conocimiento del mundo y de la política universal para llegar así a establecer vías de comunicación entre lo universal y lo local, esto es, entre lo que pasa en el mundo y la condición colombiana. En tal sentido observa que

acaso lo que sea necesario, antes de cambiar el clima espiritual del país, no sea un trabajo de simplificación, sino más bien de ordenación, de disciplina, de organización, acaso de poda, sin olvidar en cada caso la naturaleza complicada de nuestro carácter y el hecho de que la materia organizada, en todas sus formas se mueve de lo sencillo a lo complejo.<sup>379</sup>

Sin ser funcionario político ni lopista furibundo señala Sanín Cano las carencias espirituales, de orden y de método que aquejan a la nación. No se puede seguir posponiendo la tarea de modificar el carácter colombiano a través de un buen ejercicio político y educativo.

---

<sup>379</sup> Los artículos en mención publicados en *El Tiempo* (1935), llevan los títulos de “Punto de soberanía” y “Simplificar”, en ellos el ensayista expresa su postura ante la falta de claridad y directriz que ha obstaculizado procesos en el país.

## El liberalismo de Sanín Cano

Un texto clásico de Sanín Cano titulado “¿Por qué soy liberal?”, aparecido en “Lecturas Dominicales de *El Tiempo*” en agosto de 1951,<sup>380</sup> revelaba sus posiciones políticas con respecto al partido al que siempre dijo pertenecer. Sin embargo, lo novedoso del escrito no radicaba en esta confirmación, conocida de sobra por sus estudiosos y lectores, sino en la manera como Sanín, siendo fiel a sus principios y consecuente con su obrar y pensar, cuenta las motivaciones interiores de esa convicción política, pues para él el liberalismo era: una convicción, no una adhesión.

Desde pequeño, en Rionegro, su vida se desarrolló entre los vaivenes de la política, hasta el punto de que cuando adelantaba estudios en la Escuela Superior en 1879, próximo a recibir el título de maestro con apenas 19 años, tuvo que suspenderlos y salir a campaña junto con sus compañeros de escuela en persecución de guerrillas activas en el oriente del Estado. Sus años iniciales se habían desarrollado entre dos fechas claves en la vida política de Colombia: 1863, año de la sanción de la Constitución surgida de la Convención de Rionegro<sup>381</sup> y 1886,<sup>382</sup> fecha de la Constitución propuesta por la Regeneración de Rafael Núñez. Con este ambiente político y cultural, más la participación de su familia en hechos luctuosos, consecuencia de la adhesión al partido, Sanín Cano reflexiona y construye su propia filiación política:

[...] mi liberalismo no es tan sólo [una] herencia [...]. El estudio de la historia patria y la observación y la experiencia en materias políticas durante los años de mi formación

<sup>380</sup> Sanín Cano (1951). ¿Por qué soy liberal? Recogido en Cobo Borda, 1977, pp. 753-756.

<sup>381</sup> Conocida en el medio político colombiano como una de las más radicalmente liberales (de ahí que se asocie a Sanín Cano con el liberalismo radical). Básicamente en ella, se consagraban los principios fundamentales defendidos por el liberalismo decimonónico como lo era, la instauración del federalismo, la abolición de los monopolios, tanto comerciales como espirituales, es decir, el *laissez faire*, la libertad religiosa y de industria. Todo ello sumado a la libertad de imprenta y de palabra, más el derecho al sufragio universal, entre otros. Para ampliación de este tema ver Rodríguez Piñeres, 1950; Colmenares, 1968; Jaramillo Uribe, 1996, pp. 3-40; Melo, 1989, pp. 17-64; Díaz R., 1999, pp. 71-77; Sierra Mejía, 2006; Mejía Arango, Lázaro, 2007.

<sup>382</sup> Esta Constitución, que también podría conocerse como la de Hegemonía Conservadora en el poder, consagra nuevamente la República unitaria y centralista, e instaura el catolicismo como religión oficial (la educación y la vida cultural del país se tendrán que ver sometidas a la filosofía religiosa; postura que obstaculizará el ingreso de la modernidad al país). Como es de suponer, las libertades conseguidas para la prensa y el comercio se ven restringidas cuando no eliminadas. Ver Liévano Aguirre, 1972; Jaramillo Uribe, 1986; González González, 1997; Guzmán Noguera, 2001, pp. 519-536; Rubiano Muñoz, 2002, pp. 159-180; y Ezpeleta Ariza, 2006, pp. 655-670.

espiritual, no me dejaron duda sobre la verdad y la eficacia de los principios de gobierno fundados en la verdad natural, en los derechos del pueblo a darse su propio gobierno, en la libertad para todos y en la justicia que nace de la igualdad de derechos para los asociados.<sup>383</sup>

A través de estas palabras hace explícita la influencia del crítico danés Georges Brandes, creer en un liberalismo humanista y pacifista que consiste no tanto en una militancia política en un bando determinado, sino en la convicción “real” de los principios por los que se propugna y se defienden. Agrega:

Tengo fe en la capacidad de los hombres (y de las mujeres) para gobernarse a sí mismos sobre las bases de los sistemas representativos. La historia me enseña que los regímenes de fuerza no crean nada. Por el contrario, están desapareciendo en el escenario de la historia contemporánea los tradicionales imperios y reinos fundados en la *herencia* y en la *fuerza*. [El resaltado es propio] En este instante pasa el mundo por un estado de inquietud en que no se está planteando querrela por la democracia y la libertad, sino por intereses e influencias que desaparecerán al adquirir los pueblos conciencia de la situación universal.<sup>384</sup>

A pesar de estas buenas intenciones que no se cumplirán ni siquiera con los plausibles propósitos de liberales y conservadores, las palabras de este humanista del siglo XX estaban llamando al orden y a la democracia a un país que llevaba décadas debatiéndose en la consigna de “vencer o morir”. De poco servían las palabras de Sanín, que al igual que otros intelectuales de la época, prestaba su pluma e inteligencia para que en los órganos de difusión públicos se convocara a la cordura. Así lo expresa en “Servir, o el lucro y la democracia”.<sup>385</sup>

Una de las aspiraciones de la democracia debe ser la de servir [...] la noción de servicio forma parte esencial de la base en el sistema democrático. El individuo sirve al Estado; el Estado existe para seguridad y servicio del hombre. La sociedad es una organización surgida para servir al Estado y al individuo sin salir de sus naturales agencias. La democracia supone, no sin pretender imponerla, una igualdad ideal entre los ciudadanos de una nación y los funcionarios del Estado. El funcionario es un servidor. Las funciones del Estado son servicios.<sup>386</sup>

---

<sup>383</sup> Sanín Cano, 1977, *Escritos*, pp. 754-755.

<sup>384</sup> *Ibíd.*, p.755.

<sup>385</sup> Sanín Cano (1939). “Servir, o el lucro y la democracia”. Originalmente en *El Tiempo*, 4 de julio y recogido en Morales Benítez (1998). *I.C.*, Tomo I, Volumen III, pp. 201-204.

<sup>386</sup> Sanín Cano, 1998, p. 201.

Estas citas revelan no sólo su pensamiento liberal<sup>387</sup> en el aspecto político, trasciende además a señalar su liberalismo como categoría ideológica; es decir, una filosofía enraizada en la libertad y el respeto de los ciudadanos y las ideas. Un liberalismo que debe estar centrado en el orden democrático como parte vital del desarrollo y despliegue espiritual de la humanidad. Su ideal humanístico posibilitó la construcción de un puente hacia la democracia en contravía de la atmósfera obcecada que se respiraba en el país. De ahí que muchos de los proyectos de escritores, políticos, funcionarios tanto conservadores como liberales, de mente abierta, que quisieron sacar a la República de su estancamiento, fueron vencidos por las fuerzas mayoritarias de la oposición. Lo curioso es que no siempre la rivalidad se hacía por maldad moral (aunque fue la que primó), sino por esa aura de desconocimiento, de incredulidad y de falta de autonomía, que caracterizaba a la clase dirigente de aquella época. Se carecía, en esencia, de esa “falta de alma”,<sup>388</sup> tan cara a los destinos de un país.

Sanín Cano, como tantos otros, veía en la República Liberal una apertura cultural que favorecía posiciones intelectuales más abiertas y dinámicas en procura de subvertir las décadas de retraso cultural que llevaba el país. Aunque nunca se enfrentó verbalmente con los dirigentes conservadores, como si lo hizo Jorge Zalamea; su juicio fue lacónico ante las calumnias que estos lanzaban hacia el régimen liberal. Para él, “los gobiernos no caían por el peso de la oposición, sino por las consecuencias de sus propios actos”,<sup>389</sup> aquellos fomentadores del nepotismo y el favoritismo que en 45 años de gobierno habían sido incapaces de descubrir los verdaderos intereses nacionales.

---

<sup>387</sup> Aunque Sanín Cano se inscribe en el liberalismo radical heredado de la convención de Rionegro de 1863, este adjetivo y clasificación poco tienen que ver con su persona, pues realmente él respondía a un espíritu antiburocrático que no convenía fácilmente con círculos y capillas, más aún si estos eran de carácter sectario. En palabras de Fernando Hinestrosa “fue un liberal, pero no simplemente un liberal, fue un progresista, fue de avanzada en la estética, en la literatura, pero también en la política, en el pensamiento” (1998, p. 17).

<sup>388</sup> Era indigno –pensaban los intelectuales que se oponían al hispanismo–, que todavía en pleno siglo XX se siguiera considerando al pueblo como un “noble salvaje”, un sujeto colectivo sin alma que había sustentado las prácticas de expoliación, sometimiento y evangelización ejecutadas durante la conquista y la colonia en la Nueva Granada. Ver los estudios académicos de Silva, 2005; Sierra Mejía, 2009; Arias Trujillo, 2011.

<sup>389</sup> La ampliación de esta posición de Sanín Cano se puede leer en artículos suyos como: “La casta”. *I.C.*, Tomo I, Vol. I, 1998, pp. 236-238; “Servir, o el lucro y la democracia” *.I.C.*, Tomo I, Vol. III, 1998, pp. 201-204.

De alguna manera Sanín Cano y López Pumarejo concordaban en su idea de gobierno y en la función que debía cumplir el disenso, no la oposición malsana en una democracia de Estado. En *El Mensaje al Congreso* de 1938 manifestaba el mandatario que la opinión contraria debe ser esencialmente activa y positiva, no sólo tender a destruir y a difamar, pues para conquistar el poder (y esto iba dirigido contra el conservatismo), no basta con demostrar que quienes lo ejercen hacen mal uso de él, es preciso comprobar además, que se tienen elementos e ideas para hacer buen uso del gobierno y por eso se aspira a adquirirlo y ejercerlo. No es una sutileza, expresa López, hacer la distinción universal entre oposición constructiva y negativa; ya que la primera invita al pueblo a hacer algo, mientras la segunda instiga a destruir, asemejándose de este modo al anarquismo cualquiera que sea el partido que la profese. López concluye que la negativa se alimenta de tradiciones aprovechando todo desorden o todo desastre, como finalidad suprema; por el contrario, la constructiva se cimenta sobre ambiciones que buscan instaurar un orden nuevo.<sup>390</sup>

Como las jefaturas anteriores a la República Liberal habían sido incapaces de orientar el nacionalismo de las masas por cauces abiertos a la democracia, las críticas de Sanín Cano se enfilaban contra los gobiernos, no contra las personas y las multitudes. Varios de sus ensayos tratan la cuestión en esencia: “La democracia y los partidos”, “Para gobernar, conocerse”, “Sin la paz no hay libertad, sin libertad no hay paz”, “De los amagos contra la democracia”, “Los regímenes antidemocráticos en Europa y América”.<sup>391</sup>

Su tarea crítica se proponía así difundir uno de sus lemas: “Odiar a una nación en masa es un sentimiento irracional que no soporta el análisis”. Y cuando se cae en esta especie de alienación, la de extender el odio o el malestar a todo lo proveniente de una nación, incluidos sus ciudadanos, se está atentando contra la democracia, la libre expresión de las ideas y a la formación de una mente más amplia que permita expandir los horizontes culturales, en procura de establecer diálogos de consenso y crecimiento mutuo. En consecuencia, Sanín estuvo siempre por encima del nacionalismo estrecho o de la simple tendencia bipartidista. Frecuentemente, uno y otro bando, se iban a los extremos por defender lo que creían eran sus ideales, tanto liberales como conservadores fueron

<sup>390</sup> Cfr. Tirado Mejía, 1986, pp. 185-186.

<sup>391</sup> Todos recogidos en Morales Benítez, *I.C.*, 1998, Tomo I, Volumen VI, en su orden: pp. 82-84; 90-92, 196-198, 222-225 y 305-308.

dogmáticos y recalcitrantes, desconfiando de la inteligencia y propiciando la demagogia. Sanín, no pudo sustraerse a las contradicciones que se dieron al interior del liberalismo,<sup>392</sup> como lo expresa en una carta que le dirige a Hernando Téllez: “Los conservadores me tienen por liberal sectario; algunos liberales me creen conservador; otros se asustan sincera aunque irreflexivamente ante mi comunismo”.<sup>393</sup>

La ironía de estas apreciaciones lo llevaron a refrendar su postura ante la idea y el manejo de política que se hacía en el país.

Jamás he hecho política práctica. No he solicitado nunca empleos ni del gobierno ni de los partidos [...]. Me han llamado a veces mis conciudadanos a tareas parlamentarias, para las cuales no creo tener aptitud. Me divierten las discusiones y aun me instruyen a veces, pero no gusto de tomar parte en ellas. Me confunden los amaños y me inspiran cuidados los meandros tortuosos de la dialéctica.<sup>394</sup>

Quizás algunos encuentren en esta cita una justificación al cargo diplomático que desempeñó en Londres durante el gobierno del general Rafael Reyes, a quien apoyó con su firma en el documento que condensaba las medidas que pensaba aplicar su gobierno. Nada más alejado de la realidad, pues pocos meses después de estar en Londres cumpliendo con sus obligaciones de representante ante la compañía inglesa encargada de la explotación de las esmeraldas colombianas, Rafael Reyes renunciaba a la presidencia ante la fuerte oposición conservadora. Sanín Cano entonces, ante el menoscabo de auxilios económicos, hubo de sobrevivir ejerciendo entre otras funciones, la de escritor de artículos periodísticos.

En síntesis, su creencia era la de un liberalismo que debía pensarse desde la idea de colectividad, no de individualidad.<sup>395</sup>

No ambiciono puestos de mando. Considero la política, en cuanto a mí se refiere, como una labor de enseñanza y difusión de conocimientos, no como una profesión. Carezco de toda capacidad de mando, tal vez por excesivo respeto a la libertad ajena. Dejo a otros ese encargo y me contento con aplicarme conscientemente a toda racional disciplina. Acepto que cada ciudadano o ciudadana tenga y difunda sus opiniones con toda libertad dentro de las nociones del decoro y la tolerancia. Estimo que no se ha encontrado todavía ningún sistema

<sup>392</sup>Ver Jaramillo Uribe, 1996, pp. 3-40; Tirado Mejía, 1996, pp. 97-187.

<sup>393</sup>Citado por Ruíz, 1996, p. 69. El mismo autor publicó: *Baldomero Sanín Cano: la literatura como traducción*. (1991).

<sup>394</sup>Sanín Cano, 1977, *Escritos*, pp. 755-756.

<sup>395</sup>Una apreciación acerca del individualismo colombiano la desarrolla en el artículo. “De nuestro carácter nacional. El individualismo y sus excesos”, publicado en *El tiempo* (1947), 10 de marzo y recogido en Morales Benítez, 2002, *I.C.*, Tomo I, Vol. V, pp.178-181.

que reemplace la voluntad de las mayorías para determinar la forma de gobierno según las normas representativas. Por eso soy liberal.<sup>396</sup>

### **El Intelectual y su participación en la escena político-cultural**

El prólogo de Cobo Borda a *El oficio de lector* (1989),<sup>397</sup> comienza con un acápite que titula “Reivindicación de Sanín Cano”, allí recoge algunas de las observaciones hechas sobre este ensayista y amplía desde su perspectiva la figura de un intelectual que según él, ha “sido injustamente olvidado”. No significa ello que Sanín Cano no sea una figura mayor en el ámbito de las letras colombianas; se podría ratificar, sin lugar a dudas, que ocupa un lugar destacado en el podio literario. La cuestión es analizar hasta qué punto sigue teniendo vigencia reinterpretativa, pues muchos de los temas abordados en sus escritos continúan siendo materia virgen de exploración para entender los procesos de consolidación de una literatura latinoamericana que debe mantener el diálogo con el mundo.

Sanín dejó una lección –entre muchas– de ese saber amplio y detallado de la cultura occidental, cuya pretensión no era otra que la de orientar y ensanchar horizontes culturales. Bien es cierto que el mote de “extranjerizante” adjudicado por sus detractores presenta cierto tinte de realidad, pues en verdad, son “escasas” las líneas destinadas al medio literario colombiano en comparación con las extensas que versan sobre el conocimiento extranjero. Vale por ello también aquí hacer una aclaración, si su pluma fue tímida y prudente a la hora de ofender juicios a los escritores colombianos, por el contrario, fue comprometido y prolífico en las situaciones coyunturales del país y del continente. Lo demostró con la larga trayectoria escritural que cumplió durante casi toda su vida en los diarios más importantes del país. En los escritos o “artículos” como él los llamaba dio cuenta de casi cien años de existencia de la situación colombiana y latinoamericana.<sup>398</sup>

<sup>396</sup> Sanín Cano, 1977, *Escritos*, p. 756.

<sup>397</sup> Cobo Borda, 1989, pp. IX-XLIII.

<sup>398</sup> “El porvenir de la raza”, “La unidad americana”, “América en el tiempo”, “La habitación colombiana”, “El deber americano”, “El radio y la unidad de América”, “De cómo puede formarse una gran nación”, “Hacia un imperio hispanoamericano del espíritu”, “Fortaleza de la democracia”, “Una criatura nacional” recogidos en las editoriales de *El Tiempo* entre 1938-1942, por sólo mencionar algunos de sus temas sobre América y Colombia.

Siguiendo a Jiménez Panesso se puede aseverar que Sanín Cano, en contra de la animadversión de algunos de sus coetáneos, sí reivindicó una cultura autóctona americana planteada en el sentido de un proyecto de unidad cultural hispanoamericana que posibilitara el progreso artístico y científico. Jiménez reconoció en Sanín una movilidad intelectual por las diversidades nacionales del continente, haciendo su mentalidad menos estrecha e intolerante, favoreciendo así la formación de un tipo humano intelectualmente abierto a muchos géneros de influencias, pero fuertemente asentado sobre la base del franco y genuino americanismo,<sup>399</sup> motivos que en esencia manejó Sanín en sus ensayos.

En este mismo orden de ideas se presentan las palabras con que Gutiérrez Girardot calificó la obra de José Luis Romero, las cuales se aplican de manera justa para Sanín Cano, “universalismo, saber amplio y profundo, temple estético, pasión de conocimiento y de América”.<sup>400</sup> Sanín cumplió esa función de “mediador” y “conciliador” en un medio que temía a sus buenos escritores, pero al que le fue imposible opacar completamente la labor de inteligencia que desarrolló una mente abierta como la suya, que quizás, respondiendo a las complejidades y contradicciones propias del ser humano, también ayudó a que se tejiera ese aire de desconocimiento alrededor suyo. Consecuente con lo anterior no se casó con ninguna escuela y fue poco adepto a círculos y tertulias literarias, y eso también contribuyó para su alejamiento, pues no era la época de la “torre de marfil”. Como anota Gutiérrez Girardot, la importancia, incidencia y recepción de un escritor y su obra también se mide por el contexto histórico-social donde tengan cabida fenómenos o “instituciones” como el público lector, el surgimiento de grupos bohemios, las editoriales y revistas, el papel de las bibliotecas, en una palabra, la figura y el contorno social del artista que permite analizar ese círculo valorativo en el que confluyen las mediaciones y posiciones ideológicas de los escritores.<sup>401</sup>

Ahora bien, Sanín Cano fue en parte ajeno a estos círculos, lo que extiende un manto velado sobre su persona. Además vivió más de treinta años por fuera del país y esa condición acentuó su alejamiento. Más no por ello renegó de América; creía que los

---

<sup>399</sup> Jiménez Panesso, 1992, p. 113.

<sup>400</sup> Gutiérrez Girardot, 1994, pp. 55-72.

<sup>401</sup> Gutiérrez Girardot, 1989.

americanos tenían una doble condición: el suelo nutricional propio y la savia renovadora de lo europeo. Teniendo en cuenta esto, no se pueden establecer las diferencias de lo americano sino se conoce lo europeo, mirada que ya Alfonso Reyes había expuesto en sus célebres “Notas sobre la inteligencia Americana”.<sup>402</sup> El tener esas dos visiones da lucidez y objetividad a las apreciaciones sobre las diferencias y complementariedades.<sup>403</sup>

*Letras colombianas*, fue un buen intento por reseñar de manera periódica el desarrollo de la literatura colombiana. Lamentablemente, dada la falta de dedicación de Sanín para elaborar obras orgánicas sometidas a revisión, terminó siendo una especie de manual en el que faltó más rigor académico y teórico.<sup>404</sup> No obstante sus falencias y descuidos conscientes o no, –pues no le afectaba la censura, la burla de sus coterráneos o la hostilidad del medio político y social–, Sanín Cano se ajusta a la descripción que sobre sí mismo da el escritor argentino Julio Cortázar en una de sus cartas a Roberto Fernández Retamar:<sup>405</sup>

[...] comprenderás que mi “situación” no solamente no me preocupa en el plano personal sino que estoy dispuesto a seguir siendo un escritor latinoamericano en Francia. A salvo por el momento de toda coacción, de la censura o la autocensura que traban la expresión de los que viven en medios políticamente hostiles o condicionados por circunstancias de urgencia, mi problema sigue siendo [...] un problema metafísico, un desgarramiento continuo entre el monstruoso error de ser lo que somos como individuos y como pueblos en este siglo, y la entre visión de un futuro en el que la sociedad humana culminaría por fin en ese arquetipo del que el socialismo da una visión práctica y la poesía una visión espiritual. Desde el momento en que tomé conciencia del hecho humano esencial, esa búsqueda representa mi compromiso y mi deber.<sup>406</sup>

Sanín aspira a cumplir su deber consigo mismo para poder cumplirlo luego con la sociedad a través de la fidelidad y seriedad de las ideas expresadas. No tiene que ser un

---

<sup>402</sup> Reyes, 1991, pp. 230-235, 236-247.

<sup>403</sup> Sanín Cano trae una cita de Mariátegui que perfectamente se puede aplicar sí mismo: “No faltan quienes me suponen un europeizante, ajeno a los hechos y a las cuestiones de mi país. Que mi obra se encargue de justificarme contra esta barata e interesada conjetura. He hecho en Europa mi mejor aprendizaje. Y creo que no hay salvación para Indo-América sin la ciencia y el pensamiento europeos u occidentales”. Sanín Cano, 1977, *Escritos*, p. 294.

<sup>404</sup> En honor a su esfuerzo algunos críticos del libro entre los que se cuenta René Uribe Ferrer, prologuista de la segunda edición del libro en 1984, anota que no hay que olvidar, que a pesar de sus falencias, allí aparecen las primeras valoraciones críticas de escritores como Tomás Carrasquilla y León de Greiff.

<sup>405</sup> La carta completa se titula Carta a Roberto Fernández Retamar (sobre “Situación del intelectual latinoamericano”). En: Cortázar, 1983, pp. 29-43.

<sup>406</sup> *Ibíd.*, p.40.

militante político, su labor periodística, ensayista y crítica dan cuenta del compromiso que como intelectual tiene con la sociedad.

Toda época, coyuntural o no, reclama la participación y el apoyo de sus intelectuales, es claro que la tarea de éstos se requiere y tiene más repercusión en momentos de crisis o cambios drásticos que generan rupturas. La función y la importancia del intelectual como “intermediario” cultural en la sociedad y en los procesos sociales propios de un período histórico, es referente obligado de lectura analítica para entender la dinámica y evolución de los acontecimientos históricos, políticos y culturales que determinan estos mismos períodos. Atendiendo a estas razones, el papel de los intelectuales en la escena político-cultural ha sido ampliamente estudiado por numerosos teóricos, entre los que se cuentan historiadores, críticos, sociólogos y literatos, entre otros representantes de diversas disciplinas del saber.<sup>407</sup>

Vovelle observa que en toda época hubo y hay *intermediarios culturales* que se erigen como respuesta a una necesidad social evidente, además de los intermediarios obligados existentes de la sociedad tradicional, como son: el cura, el médico, el notario o el maestro de escuela.<sup>408</sup> Agrega que el “intermediario cultural”, en las diferentes formas que reviste, ya que puede tener varios rostros contradictorios,

[...] es el agente de la circulación, [que] colocado entre el universo de los dominantes y el de los dominados, adquiere una posición excepcional y privilegiada; ambigua también, en la medida en que puede encontrarse tanto en el papel de perro guardián de las ideologías bien consideradas como en el portavoz de las rebeliones populares.<sup>409</sup>

Esos “Testigos privilegiados” son pensadores que navegan entre dos culturas,<sup>410</sup> agentes de comunicación entre dos mundos que dimensionan y soportan la trascendencia

---

<sup>407</sup> Gramsci, 1967; Coser, 1968; Benda, 1974; Shils, 1976; Cortázar, 1983; Acevedo Carmona, 1986; Jiménez Panesso, 1992; Sánchez Lozano, 1992: 120-126; Bobbio, 1993 y, 1998; Pachón Farías, 1993; Cruz Kronfly, 1994; Baca Olamendi, 1995: 24-33; 1996: 63-65; Bourdieu, 1995; Said, 1996 y, 2006; Jaramillo Uribe, 2001; Sánchez Gómez, 2003; Gilman, 2003; Cancino Troncoso, 2004; Silva, 2005; Ruíz, 2005, pp. 103-116; Altamirano, 2006; Hopenhayn, 2007, pp. 58-68.

<sup>408</sup> Vovelle, 1995, pp. 162-170.

<sup>409</sup> *Ibíd.*, p.166.

<sup>410</sup> Vale la pena aclarar que cuando Vovelle se refiere a “Testigos privilegiados” que navegan entre dos culturas; está aludiendo a la “cultura de élite” o dominante y, a la “cultura popular” o dominada; es decir, su enfoque para el caso, se centra en lo popular y lo oficial. Se retoma ésta perspectiva de Vovelle para analizar

histórica y cultural de un saber. Sanín Cano sería desde esta perspectiva, una especie de *intermediario cultural* que ha fabricado la cultura a su manera. Tratando de mostrar la función política de la misma al estudiar las prácticas culturales y su relación con el poder, no el poder partidista y bélico en que se ha traducido la idea pobre de política, sino aquel que bien encaminado, examina y moldea prácticas culturales que benefician y hacen crecer al país como nación, como “alma nacional” (el término es de Renán Silva), como cultura<sup>411</sup> y como civilización.<sup>412</sup>

En “Influencias de Europa sobre la cultura de la América Española”,<sup>413</sup> Sanín oponía civilización y cultura afirmando que esta última

[...] supone un impulso continuo de autosuperación en el concurso de varias naciones [y] el anhelo de tomar de otras los mejores elementos de su ser espiritual para asimilárselos y aumentarlo químicamente, [es decir], modificando su sustancia en relación con las aspiraciones y finalidades, con el destino manifiesto de la raza. Añade, que la cultura consiste principalmente en adaptar el medio a los requerimientos de la inteligencia humana; en sacar de la naturaleza misma los elementos de progreso por medio de los cuales el hombre mejora su condición, no sometiéndose al ambiente sino dominando las circunstancias y modificando en su provecho la naturaleza circundante y su propia naturaleza. La cultura es la tendencia a facilitar todos los cambios, no sólo en el ambiente físico, sino también en el ambiente moral, y en la inteligencia del hombre.<sup>414</sup>

---

la importancia de Sanín Cano como “Intermediario cultural”, en el sentido del intelectual que a través de sus vastos conocimientos y apertura de fronteras culturales hace posible en sus escritos, el diálogo entre dos mundos: Europa y América. Lo “popular” y lo “oficial” en el contexto cultural colombiano merece analizarse en sus numerosos artículos o columnas periodísticas, desde un enfoque centrado más en el discurso. No obstante, se reitera, la función del intelectual que aborda este acercamiento y pretende en parte encontrar esos nexos.

<sup>411</sup>Una definición del concepto de “cultura” comporta un alto grado de complejidad, pues existen tantas definiciones como culturas hay en el mundo. El antropólogo Clifford Geertz (1992), en *La interpretación de las culturas*, Capítulo 1, da una definición que, en parte, se acerca al concepto de cultura que se quiere abordar en esta investigación, al menos desde la perspectiva de un intelectual como Baldomero Sanín Cano. Dice el primero, que propugna por un concepto de cultura esencialmente semiótico. Creyendo con Max Weber que el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido. Considera la cultura como una urdimbre y el análisis de [ella] ha de ser, por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones [...], interpretando expresiones sociales que son enigmáticas en su superficie. Geertz, 1992, p. 20.

<sup>412</sup> Sanín Cano la define como el progreso técnico y material de un pueblo, en oposición al espiritual y trascendente que genera la cultura.

<sup>413</sup> Comunicación presentada por el autor en los “Entretiens” de la Comisión de Cooperación Intelectual de Buenos Aires, presididos por él para servir de base a las discusiones sobre el tema de este título. Traído a colación por Juan Gustavo Cobo Borda, 1989.

<sup>414</sup> Sanín Cano, 1937, p. 265.

Consecuente con lo anterior, Silva introdujo los planteamientos de Darío Achury Valenzuela y Germán Arciniegas,<sup>415</sup> dos de los intelectuales gestores del Proyecto Cultural de la República Liberal en lo que atañe a las Bibliotecas Aldeanas y a la *Revista de las Indias*, por nombrar dos aspectos del amplio espectro de las propuestas liberales. Ellos concebían la cultura como una totalidad en la cual es posible distinguir dos elementos: por un lado, un conjunto de producciones pertenecientes a la más elevada esfera del quehacer humano (formas elaboradas del “espíritu”). De otro, la cultura como una especie de suelo nutricional de verdades esenciales, reencarnación de lo más auténtico que tiene un pueblo, una suerte de ocultas raíces ancestrales y, por lo tanto, una materia muy poco histórica que opera como la base de construcción de cualquier manifestación cultural que no quiera extraviarse y romper con un destino histórico fijado de antemano en el pasado.<sup>416</sup> Ambos intelectuales se identifican con la idea de que el pueblo debe aprender primero lo autóctono antes que lo extranjero. Le corresponde al Estado impulsar y custodiar la cultura como un derecho de todo ciudadano.

En esa línea, le correspondía al intelectual hacer creíble y posible esa “utopía” cultural, esa “ansia de perfección” propuesta por Henríquez Ureña,<sup>417</sup> cuya meta era mantener el camino siempre abierto a una política cultural que no se satisfacía con fórmulas dogmáticas y cerradas. De ahí que Sanín Cano intentara establecer la reflexión entre el presente y el pasado, poniendo los cimientos y columnas que intelectuales como Henríquez Ureña y Reyes habían levantado en la primera mitad del siglo XX, sin otra pretensión que la de orientar y ampliar horizontes.<sup>418</sup> A pesar de su importancia, no sobra aclarar, que el proyecto cultural de Sanín Cano, no tuvo el alcance de estos dos pioneros y ejecutores: de un lado, por las condiciones geográficas y culturales de un país como Colombia; y del otro, porque en su momento no hubo un proyecto cultural educativo con la fortaleza suficiente para jalonar los ideales que se estaban forjando. También, porque los intelectuales colombianos no la tenían fácil para fundar una tradición que les permitiera, a su vez, el

---

<sup>415</sup> Silva, 2005. Cabe advertir que la participación de Arciniegas se dio más en el segundo proyecto, es decir, en la dirección de la *Revista de las Indias*; así mismo fue Ministro de Educación durante el gobierno de Eduardo Santos.

<sup>416</sup> Silva, 2005, p. 25.

<sup>417</sup> Gutiérrez Girardot, 1978, pp. IX-XL.

<sup>418</sup> Sobresalen los trabajos de Henríquez Ureña, 1955 y 1986; y Reyes, 1944, 1991 y 1989.

reconocimiento de la conformación de una tradición intelectual propia, en la que se tomara conciencia de la vida social y política del país y, en este sentido, erigirse como sujetos sociales activos que tienen una responsabilidad pública por asumir, la cual no debía ser necesariamente política.

Al estancamiento cultural colombiano no le bastó la universalidad de Sanín Cano:

Salir de la aldea, salir de la comarca, salir del país, pero no soberbiamente, no por desprecio, ni sintiéndose más, sino simplemente ensanchando el espíritu, aguzando la curiosidad [...] saborear las delicias de otras culturas, escanciar esos placeres diversos, refinados, que solamente se consiguen con sacrificio y lucha, por lo cual muy pocos los saborean; vencer las dificultades del aprendizaje de otras lenguas.<sup>419</sup>

Virtudes que le permitían sopesar con más claridad los juicios emitidos en torno a la cultura, la política, la educación y la literatura.

Por el momento se zanjará esta apreciación con una síntesis que merece un análisis más detallado y que se espera complementar, de modo más argumentado, en el desarrollo de este escrito. Se puede decir que contra todos los tropiezos que opone una sociedad cerrada y sectaria como la colombiana, esa “figura” del intelectual progresivamente se va configurando en la dinámica social hasta llegar a adquirir la categoría de “contestatario”, “mediador” o “intermediario”. Actitud ambigua que la sociedad utiliza y cuestiona según su conveniencia. Los intelectuales son la conciencia crítica de la sociedad y a través de ellos se canaliza la cultura. En resumen, le incumbe al intelectual detectar la intuición y expresión de una época, ser el termómetro social que examina sus vías de salvación para sí y para la posteridad.

### **Baldomero Sanín Cano: centro censorio de la sociedad**

En “El escritor y nuestro tiempo”<sup>420</sup> dice Mallea que hay dos clases de escritores: el escritor-espectador y el escritor-agonista. El primero consume su existencia en su obra, es el tipo del ensimismado; el segundo realiza su obra mediante el compromiso y el riesgo de su propia existencia, es el tipo del intelectual que participa trágicamente en el destino de su

<sup>419</sup> Morales Benítez, 1998, pp. 19-20.

<sup>420</sup> Mallea, 1962, pp. 17-32.

tiempo. Sanín Cano bien podría ubicarse en esta segunda categoría, no porque haya vivido la tragedia de su época al modo como lo hizo José Asunción Silva, sino porque fue testigo y censor de los conflictos y adversidades de los dos siglos en los que se desarrolló su larga vida. A pesar del carácter mesurado y sereno que le adjudican sus contemporáneos, nada niega que no haya exorcizado a través de sus escritos la angustia de las preocupaciones y las reflexiones que convocaron a los pensadores de su tiempo. Su tarea, como se ha venido describiendo, fue la de un divulgador que supo tomar distancia de los gobiernos de turno y evitar así vivir parasitariamente de las instituciones que le ofrecían funciones burocráticas. Sanín fue consciente de los peligros que encarnaba para su labor intelectual el pertenecer y acceder a las prebendas otorgadas por el poder, pues ello podría afectar la justeza y transparencia de una crítica que para nada quería alabar, elogiar o mantener un sistema de relaciones con la sociedad que coartara su libre expresión y la honestidad moral de su misión.<sup>421</sup>

No obstante, se reitera, para efectos del enfoque de este trabajo, que su relación con la política fue desde su papel de intelectual, es decir, no hubo distanciamiento con las problemáticas circunstanciales del país y de la República Liberal. Si la contingencia coyuntural de su momento histórico le había hecho vivir en un medio inhóspito a la idea de libertad y al enfrentamiento fratricida de su nación, su temple ético y moral seguiría practicando y reivindicando la cita de Anatole France “la verdad es que la opinión contraria es perfectamente sostenible”, y agregó:

No he sido nunca hombre de convicciones fuera del orden moral. Creo en ciertos principios éticos, fuera de los cuales no sería posible escapar de la completa confusión en las relaciones humanas. Pero en muchos otros órdenes, especialmente en el mundo de la ciencia, de la política, de las artes, la verdad es condicional y transitoria [en este sentido] La filosofía es un tema de infinitas variaciones, en que la verdad tiene tantas facetas cuantas son las personas que la buscan o la analizan.<sup>422</sup>

---

<sup>421</sup> Estas apreciaciones las aborda en su ensayo “Ocaso de la crítica” En él afirma que “El crítico es raro entre nosotros, porque los estudios de humanidades han tenido escasos cultores, y porque la filología, parte fundamental del bagaje literario en los cultores del arte de representar la vida por medio de palabras, ha sido aquí materia de curioso entretenimiento para tres o cuatro personas en un siglo, [...] el ejercicio de la crítica es labor ingrata [ya que] puede lastimar sentimientos respetables y suscitar enemistades duraderas como la vida”. Sanín Cano, 1977, 727-733.

<sup>422</sup> Esta cita hace parte de su libro autobiográfico *De mi vida y otros vidas* (1944), que se encuentra compilado en Cobo Borda, 1989, pp. 122 y 123.

En definitiva, a partir de su actitud Sanín estaba haciendo explícito el compromiso y el papel del intelectual-escritor, aquel que aporta al proceso de construcción de nación y de cultura, entendida esta última en su acepción más amplia. Precisamente en el ensayo titulado “Una república fósil” (1928), hace una crítica certera –como pocas– a la política y cultura de la República de Colombia, la cual amalgama formas administrativas del tiempo de los patriarcas o de las primeras dinastías egipcias, mezcladas con procedimientos medievales, al lado de leyes prácticas más avanzadas que las de naciones europeas de la época actual.<sup>423</sup>

El humor negro y mordaz, característica de algunos de sus ensayos, tiene aquí su palestra ideal, pues aparece como un verdugo del cual se sirve el ensayista para criticar abierta y certeramente la “pantomima” de la política colombiana. Dice en su texto, que el dominio exclusivo e intransigente de un partido político, sumado a las “aberraciones” del partido religioso, parecen preocuparse con mayor interés de la salvación eterna de los administrados, que de la salud pública. Tal osadía en los juicios sólo pueden ejercerla escritores que como este ensayista no está coartado por una curul en el escaño político, acometiendo sin límites una curiosidad y una observancia que le permiten comprender el mundo y el tiempo en que le ha tocado vivir. Su obra, parafraseando a Jorge Eliécer Ruiz,<sup>424</sup> “debe tender a destruir las ataduras que los grupos de poder imponen a la libre expresión de las ideas, cuando esas ideas atentan contra los intereses individuales y colectivos”.

Expresa Sanín Cano en “Una república fósil”:

Habiendo vivido Colombia durante siglos, por causa de sus gobiernos, de su topografía y de su desarrollo histórico, en un estado de aislamiento, con relación a las corrientes de adelanto material y filosófico, renovadoras de la mentalidad y de los hábitos de vida, se ha perpetuado aquí un organismo político semejante a aquellas especies que recibieron su nombre (la temperatura moral dio nacimiento en Colombia a esta criatura política de nuestras actuales instituciones)<sup>425</sup> por las analogías de su apariencia exterior con los espectros. Y lo que es más raro, con las especies tardígradas en literatura y filosofía ha convivido siempre un grupo reducido de inteligencias apasionadas de lo nuevo, investigadoras tenaces de la vida en sus

---

<sup>423</sup> Sanín Cano, 1977, p. 637.

<sup>424</sup> Ruíz, 2005, pp. 103-116.

<sup>425</sup> La criatura a la que se refiere es el “pterodáctilo” que aparece como un organismo ligado a las circunstancias del ambiente.

variados aspectos, que parecen en todo momento condenadas a desaparecer o a transformarse por no estar en armonía con el ambiente. En estos momentos su vida es precaria.<sup>426</sup>

En la cita anterior hace explícita la condición del escritor-intelectual censorio, para en nombre de su convicción liberal oponerse a ideologías dogmáticas y partidistas que atrasaban y hacían risible la nación. Ante este estado de cosas, le incumbía al intelectual sentar las bases de una conciencia crítica que hiciera posible la democracia de las ideas, aquella que también mejoraría las condiciones culturales de crecimiento del país.

Ahora bien, de ¿dónde provenía esta actitud heterodoxa del ensayista?, ¿qué procesos formativos habían incidido en su voluntad combatiente? Se puede responder que Sanín Cano, debido a su formación autodidacta, fue siempre un adelantado a su tiempo. Ya desde finales del siglo XIX se avizoraba como un intelectual de sólida formación en diversas lecturas acrecentadas por su encuentro con José Asunción Silva en 1885, año en que Sanín arriba por primera vez a Bogotá. Su desarrollo intelectual se orientó hacia el modernismo—movimiento renovador que estaba haciendo escuela en ese momento—. Para esa época, su relación con Silva, le había abierto de manera desmesurada el horizonte cultural literario extranjero, sobre todo, el francés. Por él conoció la literatura francesa del momento, escritores como: Flaubert, Maupassant, Leconte de Lisle, Mallarmé, Villiers de Lisle, Verlaine, Rimbaud, Soulayr y Dierx, entre otros, hicieron su entrada triunfal a la altiplanicie a través de Silva.<sup>427</sup>

Aunque Sanín se había vinculado en sus inicios con la corriente positivista<sup>428</sup> heredada de Hypolite Taine,<sup>429</sup> una de las influencias más importantes en la formación y aplicación de su pensamiento, pronto se abrió a influjos más anchos y universales como el

---

<sup>426</sup> Sanín Cano, 1977, p. 641.

<sup>427</sup> Sanín Cano, 1989, pp.133-137, 333-342.

<sup>428</sup> La filiación positivista de Sanín se entronca, de un lado, con su percepción sobre el fenómeno literario; y del otro, con sus aspiraciones y creencias liberales que apuntaban a un sentido de modernidad en Colombia. En este sentido su positivismo se debe traducir en el progreso material de los pueblos y el consecuente desarrollo cultural que se debe derivar de dicho progreso.

<sup>429</sup> Sanín Cano (1955) dedica un ensayo a Hypolite Taine. Aunque reconocía el genio y la maestría de este escritor francés, le parecía bastante sistémico. Por eso, sus teorías deterministas sobre el medio, la herencia y el momento, terminaron riñendo en parte con la postura asistémica de Sanín Cano, que al igual que Brandes, no creía en el rigor y la intransigencia de un sistema. Esto se va a observar claramente en su obra, aunque tal posición no justifica de manera acertada, la ausencia de cierta organicidad.

de Georges Brandes.<sup>430</sup> Del primero, deducía las cualidades de un autor estudiando su siglo, del segundo, explicaba la época por medio del autor. Finalmente, Sanín se quedó con los postulados teóricos de Brandes y el mayor homenaje que le pudo hacer fue aprender el danés y así leerlo en su lengua originaria.

Su producción ensayística comenzó con la publicación de “Núñez, poeta” en 1888, firmado con el seudónimo de Brake, ensayo que inauguró la crítica literaria moderna en Colombia, en tanto Sanín atacó a uno de los ídolos de la Regeneración. A pesar de sentirse en este primer texto un tono vehemente y grandilocuente, los escritos siguientes se tornarán más neutros y mesurados y eludirán cualquier manifestación retórica y sentimental. Desde sus artículos de 1910, pasando por toda la década del veinte y del treinta, hasta su muerte en 1957, los horizontes temáticos de lo que escribía atravesaban todo el meridiano de la cultura y la política nacional e internacional.<sup>431</sup> Asuntos de índole económica—alza y caída del café—, por ejemplo, el tema de la paz, la educación, las concesiones petroleras, la invasión y avances del imperialismo norteamericano,<sup>432</sup> el franquismo, el nazismo, etc, señalarán los aciertos y desaciertos de las políticas implementadas por los gobiernos colombianos. Problemáticas que hacían parte del proceso de emancipación mental y económica de toda Latinoamérica y que se hallaban inscritas en los grandes movimientos económicos y culturales liderados por las potencias de entonces como, Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Colombia como país latinoamericano quería integrarse en el progreso del mundo, pero a diferencia de México, Argentina y Brasil, no oponía una política de defensa para salvaguardar sus intereses nacionales, desde el principio quedó dependiendo de la economía mundial.

---

<sup>430</sup> A Brandes dedica dos ensayos Sanín, 1925 y 1926. En ellos rescata el valor del crítico internacional por excelencia y dice que la crítica en sus manos se convierte en una obra de arte.

<sup>431</sup> Fueron tan variadas sus apreciaciones que casi podría decirse que abordó todos los temas. Un ejemplo de ello se ilustra con algunas publicaciones que hizo en *El Tiempo*, entre 1927 y 1938: “Vicisitudes del progreso”, “Dos aspectos de la cultura argentina”, “Dos triunfos recientes de la burocracia”, “Cómo podría realizarse la reforma electoral”, “Las bases económicas del panamericanismo”, “El ciudadano de Hispanoamérica”, “Intransigencia económica e intolerancia filosófica”, “Homenaje al encargado de negocios del Brasil”, “La idea de la nacionalidad y el actual momento político”, “Renovarse, condición de vida”, “El sentido de la nacionalidad”, “El nacionalismo y las vías intercontinentales”, “Rusia y el cumplimiento de los tratados”, “El progreso y el hombre”, “La paz y los pactos”, “Por la gloria de Isaacs y de las bellas letras”, “Nuestro burocratismo”, “Industria y literatura”, “Los conflictos internacionales en 1937”. Se consultaron en la fuente primaria del periódico *El Tiempo*, pero también están recogidos en Morales Benítez (1998 y 2002) *I.C. Tomo I, Volumen I-VI*.

<sup>432</sup> Ver estos temas ampliados en: Morales Benítez, 2003.

En este panorama histórico y cultural se inscriben los artículos de Sanín Cano, cuya labor intelectual trata de llamar la atención sobre lo que estaba pasando en el mundo, y cómo insertarse y beneficiarse de estos modelos económico-culturales sin perder la soberanía. La misión del intelectual en esta época coyuntural se define por su participación en los conflictos socio-políticos pero desde una perspectiva ética y de responsabilidad social: hay que abrir las fronteras culturales y dejar de ser parroquia para entrar de lleno en el cosmopolitismo renovador de tendencia modernizante sin menoscabo de la identidad nacional.

### **Preocupaciones de un humanista: su afán modernizador**

Es difícil clasificar la obra de Sanín Cano en alguna corriente literaria en particular, dado su natural alejamiento de grupos o tertulias literarias, su negación a comulgar directamente con alguna escuela filosófica especial, o la larga trayectoria de su vida desarrollada entre los siglos XIX y XX, que obstaculizan una clasificación perentoria. Su participación como testigo o actor en la mayoría de acontecimientos que se dieron en el intersticio y desarrollo de los dos siglos mencionados, es innegable. Ya se había reseñado la época conflictiva de 1863-1886, la cual incluyó el ascenso de la hegemonía conservadora al poder desde 1885 hasta 1930, año en que la asume la República Liberal. Precisamente en el año de la Regeneración, Sanín Cano arribó a Bogotá, y allí se encontró con dos de las más grandes figuras literarias “modernistas” del momento: con José Asunción Silva, sostuvo una corta pero intensa amistad en el plano literario, cuando Sanín supo de su muerte en 1896, escribió unas sentidas palabras con respecto a la desaparición de tan grande figura en las letras colombianas. A Guillermo Valencia lo unió una amistad más duradera. No hay estudio consagrado a Sanín Cano en el que éste no aparezca con una mención implícita o explícita a su papel de “modernizador”, no sólo de la literatura, sino también de la cultura colombiana e hispanoamericana. En el ensayo “El modernismo” incluido en uno de sus libros más orgánicos *Letras Colombianas*, habla del nacimiento de esta corriente de renovación literaria en América entre 1880 y 1890, anotando que nace de una “tendencia general de la hora, en el espíritu de los hombres de letras, a encontrar inéditas formas de expresión que

concordaran con los cambios de pensamiento”.<sup>433</sup> Es decir, la labor de Sanín Cano como divulgador cultural y como analista de todo lo nuevo que se gestara dentro y fuera del país, no podía estar ajena a la importancia de lo que significó el modernismo como movimiento literario y la modernidad como afán constructor.

No es prioridad, por el momento, detenerse en las falencias presentadas por el ensayista en *Letras colombianas* y en las omisiones que de hecho o por premura hace de las figuras más representativas del modernismo literario, este tema lo analiza René Uribe Ferrer en el prólogo a dicho libro.<sup>434</sup> Interesa mirar en este apartado, no sólo el papel de Sanín Cano como divulgador y constructor de una idea moderna en el país, sino también su posición y claridad frente a la idea de una autonomía del arte. Jiménez Panesso aborda esta postura de Sanín en el ya citado texto, *Historia de la crítica literaria en Colombia. Siglos XIX y XX*. Allí escribe que con el ensayo “Núñez poeta” publicado en 1888, Sanín Cano esbozaba los planteamientos fundamentales del modernismo a favor de la autonomía de lo estético y de la necesidad de emancipar la obra de arte con respecto a toda finalidad extraña a la belleza misma, y agrega lo que el crítico pensaba al respecto: “Ni política, ni religión, ni moral son instancias superiores que legitimen o justifiquen el arte. Son esferas independientes, cada una con su propia legalidad”.<sup>435</sup>

Al respecto anota Jaime Serna Gómez<sup>436</sup> en el prólogo del libro que Rafael Maya dedicó a Sanín que:

[Éste] introdujo a Colombia buena parte de la literatura modernista y simbolista del siglo pasado. Impuso modas intelectuales y despertó fervor casi religioso en torno de ciertos autores; difundió ampliamente las bases de la nueva estética europea, comentó libros y poetas considerados como raros entonces y divulgó la creencia de que existía radical desigualdad entre el artista y el pobre burgués.<sup>437</sup>

La divulgación de ensayistas y literatos en boga por ese entonces como: Paul Bourget, Ernst Renán, Friederich Nietzsche, Thomas Mann, Emile Zola, Alphonse Daudet, Charles Baudelaire, William Henry Hudson, Marinetti, Aldoux Huxley, Eugenio O’Neill e

<sup>433</sup> La primera edición de *Letras Colombianas* se hizo en México en 1944, la segunda, referenciada en este escrito es la edición hecha en Medellín en 1984, p.165.

<sup>434</sup> Sanín Cano, 1984. Prólogo de René Uribe Ferrer, pp. I-XXIII.

<sup>435</sup> Jiménez Panesso, 1992, pp. 75-76.

<sup>436</sup> Presidente de la Academia Antioqueña de Historia.

<sup>437</sup> Maya, 1973, p. 6.

Ibsen, entre otros; le ganaron fama de “extranjerizante” y “aclimatador” de novedades, pues según sus detractores parecía más un escritor europeo que colombiano.<sup>438</sup> Enfrentó la tendencia hispanista de la cultura colombiana tratando de romper esa tradición hispanófila que se revelaba en las formas españolas de expresión y de pensamiento. Lo que le ganó admiración por parte de los modernistas, para quienes las literaturas nórdicas, sajonas y germanas significaban el cuestionamiento de las ideas del regenerador Miguel Antonio Caro y el magisterio del crítico español Menéndez y Pelayo. Como anota Sierra Mejía, Sanín se había apoyado en las ideas de Brandes –crítico e historiador danés–, quien consideraba que el estudio de las literaturas extranjeras proporciona el beneficio de una mejor comprensión de la propia literatura. Así el conocimiento de lo extraño provee de valores estéticos al historiador y al crítico literario sobre lo propio. En esa línea, la literatura es la expresión de la historia de los sentimientos y concepciones de un pueblo y esto reivindica la labor de filólogos que Sanín le decía a los críticos debían tener.<sup>439</sup>

Sin embargo, vale la pena señalar los errores de perspectiva en los que incurrió Sanín Cano al desmontar completamente la valoración de la tradición hispanista. Es cierto que su idea era universalizar y ampliar la estrechez de miras en que se movía la crítica literaria, pero él mismo, a partir de ese universalismo se negó a entrar en diálogo con lo existente. El cosmopolitismo debía servir para establecer una relación dialéctica entre lo que había y lo que se proyectaba. Sanín únicamente vio lo de afuera y desconoció esa base nutricia de la cultura colombiana, no porque no la conociera, sino porque le afectó demasiado el dogmatismo recalcitrante de la Regeneración y sus líderes. La tarea latinista e hispanista de Miguel Antonio Caro cerró muchas posibilidades de modernización que atrasaron los procesos. Tal vez desde ahí se debe entender su cuestionamiento de la tradición.

---

<sup>438</sup> Cita Maya la crítica feroz que le hace Luis María Mora a Sanín: [...]tiene cierto morboso afán de leer sin descanso libros nuevos, pero no de toda clase de libros, sino de los que contengan más extravagantes paradojas...No ama la literatura sencilla, clara, transparente, de los pueblos que se bañan en las ondas azules del Mediterráneo, sino que se embebe en las lucubraciones oscuras de los pensadores del Norte, y en las figuras abstractas de los dramas escandinavos...Los escritos de Sanín Cano gozan de un privilegio singular y es que nadie los discute, o porque nos parecen muy abstractos los autores que comenta, o porque nadie los conoce ni los conocerá jamás” (1973, p. 24).

<sup>439</sup> Cfr. Sierra Mejía, 1990, p. 11.

Lo que se conoce como el proceso de modernización en Colombia (los inicios de la industrialización, el avance en materia económica y comercial, el mejoramiento de la infraestructura vial y de transporte, las obras de urbanización y la inserción en una economía capitalista mundial), tiene sus antecedentes en las medidas conservadoras del período conservador, pues allí también hubo intelectuales que pensaron el país desde las reformas industriales propuestas por el mercado mundial. Si no se lograron concretar, no fue sólo gracias a las dificultades geográficas y territoriales de un país al que le faltaba comunicación entre sus pueblos, también se debió, en parte, a la influencia hispano-católica reflejada en los dogmas religiosos más pertinaces y el amordazamiento de las libertades básicas de expresión. Aunque se quería acceder a la modernidad, ambigüamente se seguía viviendo en una pre-modernidad, donde la estructura social jerárquica y el permanente estado confesional avalado por la Santa Sede del Vaticano, no permitían que se hicieran posibles las libertades consagradas en la idea de modernidad.

Según Rama la modernización de la literatura, el arte y la vida social en América Latina, en este período, debería haber propiciado al mismo tiempo la modernidad en aspectos como: la conquista de la especialización literaria que sería la antesala de la profesionalización artística y escritural; la aparición de un público culto formado por la creciente escolaridad y la expansión urbana; las influencias extranjeras, europeas y norteamericanas que sirvieron de modelo y de estímulo para un diálogo con el mercado del arte y la literatura internacionales; la distancia artística autónoma de la estética latinoamericana respecto a los “progenitores históricos” –España y Portugal–, la democratización de las formas artísticas desde la manifestación lingüística del español hablado en América y la invención de formas modernizadas.<sup>440</sup>

El modernismo de Sanín Cano partía de su vasto conocimiento del mundo y de las diversas áreas del saber que lo componen. Él quería materializarlo en los cuatro principios que constituyen la modernidad canónica según García Canclini: 1) racionalización de la vida social, 2) producción, circulación y consumo de los bienes, 3) mejoramiento de la

---

<sup>440</sup> Rama, 1983, p. 45.

calidad de vida, y 4) implantación de la educación, la difusión del arte y los saberes especializados para lograr una evolución racional y moral.<sup>441</sup> Así pues, la modernidad de Sanín Cano se mide por el hecho de que fue un “ciudadano del mundo”. Su modernidad se reflejaba en el cosmopolitismo tan vituperado, en el manejo de lenguas, en tener pensamientos de avanzada y por supuesto, en la lectura y conocimiento de autores que causaban exotismo en estas comarcas.<sup>442</sup>

También en esta línea hay que interpretar su estrecha relación con el desarrollo de la prensa y las revistas literarias en el continente. Comenzó siendo colaborador de *La consigna de Medellín*, el diario fundado por Fidel Cano (1881-1884), jefe de redacción de la efímera *Revista Contemporánea* en Bogotá (1904-1905) de la que aparecieron sólo 12 números. Continuó su participación en la *Revista Trofeos*, de 1906 a 1908. Cuando viaja a Londres en 1909 se convirtió en colaborador de la *Revista Hispania*, que editaba Santiago Pérez Triana y en la que escribían algunos de los intelectuales españoles e hispanoamericanos más visibles de la época (1912-1915). Germán Arciniegas también fue su compañero en las lides escriturales, pues éste dirigía la segunda época de la *Revista Universidad*, en la que colaboró entre 1927 y 1929. Posteriormente, participó en la *Revista de América* de 1945 a 1947 y en la *Revista de las Indias* de 1936 a 1950. Fue también corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires en Londres y Madrid (1918-1924) y jefe de la sección de política internacional del mismo diario en Buenos Aires (1925-1935); colaborador regular de *El Tiempo* (1927-1954) y de *El Espectador* en Bogotá. Se había convertido así, en lo que Henríquez Ureña llamó “profesionales de las letras”, intelectuales que obligados a trabajar, ejercían entre otros oficios el de maestros o el de periodistas.<sup>443</sup>

---

<sup>441</sup> García Canclini, 1989, pp. 31-32.

<sup>442</sup> Pérez Silva, 1996, p. 137. Cita de Max Grillo –crítico y literato que había fundado con Sanín en 1904 la *Revista Contemporánea*–, éstas palabras: “Fue Sanín quien primero leyó en Colombia, veinte años antes que los críticos ingleses, la obra de Nietzsche, cuyas profundas síntesis traducía con Hinestrosa Daza, para su regocijo. Cuando nadie conocía a Ganivet, Sanín lo comentaba a través de las revistas alemanas. Autores hay, de relevante mérito, que son admirados en Bogotá y, casi desconocidos en el resto de América, a los cuales tradujo Sanín a modo de pasatiempo y sólo para informar a sus discípulos”.

<sup>443</sup> Cfr., Henríquez Ureña, 1949, p. 165.

## La prensa: una mirada planetaria

El trabajo en la prensa y en las revistas literarias era el que más desarrollaban los intelectuales y políticos de la época y los obligaba en palabras de Ángel Rama a “una constante tensión renovadora”<sup>444</sup> cuya exigencia era estar actualizados. Agrega Cobo Borda que en estos órganos de difusión de ideas tan efímeros y radicalizados, en algunos casos, como el periódico y la revista, Sanín Cano logró crear un espacio intelectual en el que comunicaba el resultado de sus copiosas y novedosas lecturas de autores de diversas lenguas, lastimosamente no aquilatadas ni valoradas muchas de ellas. No obstante, lo que se alcanzó a percibir de su inteligencia y de sus escritos, se convirtió en el ápice para el nacimiento y construcción de una conciencia crítica y moderna, todavía en términos incipientes, pero de indudable trascendencia.

Sanín practicó el periodismo, oficio comenzado a ejercer desde la Regeneración al escribir en los periódicos liberales, aun cuando la prensa de ese período fue censurada. *La Nación* de Buenos Aires significó para él su consagración como periodista, pues este periódico que había sido fundado desde 1870 tenía gran prestigio mundial y le entregó su dirección en Europa y, luego, en Argentina donde Sanín vivió algunos años antes de regresar a Colombia. En estos medios de difusión sus artículos ensayísticos derivaron no solo a asuntos de interpretación de la realidad nacional e internacional; en ellos también publicó notas y reseñas críticas de libros y autores. La mayoría de estos textos eran de corta extensión, acorde a las exigencias del periodismo de la época que apenas si se estaba cualificando, en especial en Latinoamérica. A pesar del laconismo y la frialdad de muchos de estos escritos, Sanín comenzó a sentar las bases de un rigor cosmopolita en el tratamiento del tema, no la simple impresión personal. Al decir de Mariátegui:

---

<sup>444</sup> Rama, 1985, pp. 68-75. Señaló lo que el trabajo en la prensa significó para los escritores modernistas: descubriendo, a través de la ley de la oferta y la demanda, un nuevo mercado, se insertan en él, con notas amenas, comentarios de actualidad, crónicas sociales, crítica de espectáculos teatrales, comentarios de libros, perfiles de personajes célebres, descripciones de viajes. Y así, entre las órdenes de los patronos y las exigencias del público, tratan de combatir la tendencia a la uniformidad, extremando la nota personal: novedad, atracción, intensidad. Ese estilo que el mercado condiciona, así como los temas a que los constriñe, los obliga a una constante tensión renovadora.

Sanín Cano coincide, sin duda, con Bernard Shaw, en la apreciación del periodismo. No aspira al título de ensayista ni de filósofo, porque le basta el título de periodista. Y si periodismo es todo lo que pretende Bernard Shaw, el escritor colombiano se contenta con una clasificación que no oscurece ni disminuye sus méritos de pensador y polígrafo. Urge convenir en que el descrédito del periodista, particularmente el de América, resulta justificado. El periodismo ejercido generalmente por una muchedumbre más o menos anónima de diletantes, aparece como un género que no requiere ninguna preparación cultural y ninguna aptitud literaria. El periodista se supone el derecho de discurrir de todo sin estar enterado de nada. Frente a una cuestión económica o a una doctrina social, no se siente jamás embarazado por su ignorancia. Lo sostiene una confianza excesiva en que la ignorancia de sus lectores sea aún mayor. El socialismo, señaladamente, sufre en la prensa las más inverosímiles desfiguraciones por obra de gentes de las cuales no sólo se puede decir que no han leído nunca a Marx, Engels, Lasalle ni Sorel, sino que serían absolutamente incapaces de entenderlos. Esta rectificación debe mucho, en el sector hispánico, a la obra de Sanín Cano, que ha contribuido poderosamente a elevar el comentario y la crítica periodísticos, con visible influencia en la educación del público y en especial del que no llega al libro. Al período del apogeo del "cronista", durante el cual la predilección de los lectores fue acaparada por escritores del tipo de Gómez Carrillo, ha seguido un período de apogeo del ensayista. Lo que demuestra que al lector no le basta ya la sola anécdota.<sup>445</sup>

Así, la prensa, va a ser el medio de publicación ideal, la tribuna donde se ponen en escena las tensiones y polaridades culturales generadas en un período histórico, para el caso, la República Liberal de López Pumarejo. A través de ella se aglutinan intereses de partido e intelectuales que configuran ciertas representaciones del imaginario cultural de la época. Además, como en Colombia no existía una industria editorial del libro, la única manera de llegar al escaso público lector era por este medio. En consecuencia Sanín Cano, al decir de Luis Alberto Sánchez, "Fue una mezcla fina de filósofo de la ilustración y periodista londinense del siglo XX";<sup>446</sup> que combinó su actividad diaria en la prensa con la ideología liberal a la que era adepto, más en el sentido de convicción, humanismo y ética social, que en el de la simple adhesión partidista, como lo ilustramos páginas atrás. Sus constantes reflexiones en los diarios sobre los acontecimientos locales y mundiales lo ubican como un conductor espiritual, que intenta orientar y redireccionar los rumbos culturales del país. Él mismo define su labor como periodista:

[...] soy periodista, función que consiste en difundir para enseñanza o entendimiento de las gentes, o solamente para alimentar una curiosidad inepta, el conocimiento de hechos o de ideas propias o ajenas. Careciendo de interés por el suceso diario, he tomado por actividad ordinaria la difusión de ideas y nociones, según mi manera de entenderlas. Las ideas del hombre son pocas; sus nociones se agotan rápidamente cuando tiene el oficio de difundirlas. Estudio con asiduidad y con deleite varias disciplinas a un mismo tiempo, para estar en capacidad de apreciar las ideas y nociones emanadas de la continua investigación y del constante estudio de los especialistas, no para rivalizar con ellas, sino para comunicar a los

<sup>445</sup> Ver Mariátegui, 1977, pp. 763-766.

<sup>446</sup> Cobo Borda, 2004, pp. 37-38.

lectores premurosos lo que de otra manera les pasaría inadvertido. Además, al periodista, al escritor cotidiano, las matemáticas, la historia natural, la química, le ofrecen la oportunidad de hallar nuevas imágenes, formas no explotadas de expresión, venas sin explorar en las bellas sendas de la poesía.<sup>447</sup>

Ratifica en esta cita su instrucción universal y su apertura de fronteras culturales al dejar sentir la influencia de pensadores como la del inglés Bernard Shaw,<sup>448</sup> el francés Anatole France<sup>449</sup> y, por supuesto, el clásico, Georges Brandes;<sup>450</sup> para quienes el Diario no representó su única forma de comunicación con las multitudes –no la buscaban tampoco–, pues sus publicaciones en estos medios eran esporádicas. Al decir de Sanín, ellos sobrevolaban espíritus de comprensión más altos. Sin embargo para el crítico colombiano esto mismo se volvió en su contra, al ser acusado de *snob* por sus contemporáneos, quienes insistían en el pertinaz equívoco de considerar todo cuanto escribía como algo exótico.<sup>451</sup>

En cuanto avanza la República Liberal Sanín Cano observa como la oposición en cabeza del clero y los conservadores esgrime las más diversas calumnias, impropiedades y juicios desprovistos del menor respeto por las personas y el régimen. Las campañas de difamación están a la orden del día en los diarios, que no escatiman en publicar los desagrazos de uno y otro bando. Se extrañaba Sanín de que esta atmósfera no haya cambiado, desde 1928 viene llamando la atención sobre las formas arcaicas como se dan las administraciones gubernamentales en Colombia, posición expresada en el ensayo “Una República Fósil”, abordado párrafos atrás.

---

<sup>447</sup> Sanín Cano, 1938: 1, 3.

<sup>448</sup> Bernard Shaw, escritor irlandés ganador del Premio Nobel de Literatura en 1925. Las cualidades literarias y personales que llamaron la atención de este escritor sobre Sanín Cano, fueron entre otras, su agudo sentido crítico de lo social, pues creía en una transformación social que no incluyera la violencia. Esta posición también provenía de su negación a matar animales para comerlos como alimento. Shaw además, fue un excelente crítico teatral y se preocupó en alto grado por el buen uso del idioma inglés. Tema que también desarrolló Sanín con respecto a la lengua inglesa y el castellano.

<sup>449</sup> Anatole France fue un escritor francés ganador del Premio Nobel de Literatura en 1921. Lo que acercó a Sanín a este escritor, más que su obra literaria, fue su compromiso con las luchas sociales del momento, no solo en lo político, sino también en lo concerniente a la autonomía e independencia del artista y del escritor de los poderes estatales. France apoyó el “Yo acuso” de Zola, firmando dicha carta y por tanto, haciéndose defensor del ataque al capitán judío Alfred Dreyfus. Era partidario de la separación entre la Iglesia y el Estado, pues cada uno debía funcionar como esferas independientes.

<sup>450</sup> El crítico danés Georges Brandes, se puede decir, sin lugar a dudas, fue la brújula crítica y literaria que guió y delineó los presupuestos estético-críticos de Sanín Cano. La lectura de la obra de Brandes le ayudó a superar el positivismo determinista que había aprendido del crítico francés Hipólito Taine y a partir de ahí, ampliar los marcos socio-culturales e históricos en la interpretación de las obras. Sanín le profesó gran admiración, incluso aprendió danés para poder leer la obra del crítico en su lengua original.

<sup>451</sup> Cfr. Prólogo de J.G. Cobo Borda al *Oficio de lector*, 1989, p. 19.

En este orden de ideas, la Revista *Universidad* de Germán Arciniegas le publicó el ensayo titulado “Una interpretación de nuestro tiempo”, allí siguió los lineamientos de tres preguntas hechas por la revista, 1) ¿Cuáles son los rasgos dominantes de nuestra época en Colombia?, 2) ¿Cómo se explican? y 3) ¿Cuáles son sus consecuencias posibles? El marco de estas preguntas se desarrollaba precisamente en el cambio de hegemonía<sup>452</sup> que se veía venir hacia finales de la década del veinte y que obligaba a los intelectuales del partido liberal a repensar políticas de gobierno y educativas. Sanín respondió que:

El rasgo culminante de nuestra época en Colombia es la preponderancia, el reinado incuestionable y sistemático de la incompetencia. Al lado de este principio de gobierno basado únicamente en la fuerza de que hacen uso los gobernantes y en la indiferencia y atonía de parte de los gobernados, desaparece, como es natural, el sentimiento de la responsabilidad. Puesto que a los hombres encargados de regir y conducir a los demás descubren a cada momento en sus actos y omisiones la falta de preparación para cumplir la misión que se les ha encomendado. La juventud está recibiendo los más perniciosos ejemplos, mientras se prepara para regir ella los destinos de la Nación. De este modo la República ha venido a rodar de fracaso en fracaso a un nivel administrativo de que no hay ejemplo ni en los anales de la Colonia.<sup>453</sup>

Agregó, además, que el nepotismo en que se ha movido el gobierno desde la Regeneración,

[es] el espíritu de casta, cultivado con feroz exclusivismo durante medio siglo en la política del país, [que] ha obliterado las fronteras de los partidos, y ya hemos visto con cuánta facilidad cancelan sus características de bando los que desean entrar al círculo privilegiado de las gentes que usufructúan el poder por una especie de derecho parecido al divino de los reyes. El espíritu de casta convertido en régimen de gobierno trae consigo la incompetencia y el favoritismo, de los cuales proceden en rigurosa deducción, primero el desaliño, luego la delincuencia, y a la postre la impunidad.<sup>454</sup>

Sanín Cano consideraba que parte de estas taras son heredadas de la falta de cultura, educación e identidad: todavía se creía que habían razas superiores e inferiores y dentro de estas últimas, estaría Colombia que se ubica en el trópico: trópico para la época es sinónimo de provincia, amén de otros calificativos como laxitud y pereza mental. Conste que en el

---

<sup>452</sup> Sanín Cano, 1929, p. 4.

<sup>453</sup> Sanín Cano, 1977, pp. 643-644.

<sup>454</sup> *Ibíd.*, pp. 645-646.

Sur, para desacreditar un personaje, una serie de ideas, un movimiento literario o político, una empresa comercial, basta con acomodarle el epíteto de tropical, dice Sanín.<sup>455</sup>

Como conclusión de este apartado, se señala con Hernando Téllez, que todavía en 1961 –a cuatro años de la muerte de Sanín Cano–, existía un desconocimiento y subvaloración de la obra de este ensayista y crítico debido, quizá, a que se le ubicó siempre más en el oficio de periodista que de literato y la fama del periodismo es efímera. Además, había otra barrera sobre su lectura: la incompreensión por parte de la mayoría de las masas alfabetas de los escritos filosóficos y cosmopolitas de este autor, que ya sus mismos contemporáneos lo habían acusado de “esnobismo” e “invención”; en tanto reseñaba autores que nadie había leído en el país, lo que frenaba de entrada cualquier interlocución. No estaban preparados los lectores de entonces para salir de la “parroquia literaria” en que se había convertido la “Atenas Suramericana”.<sup>456</sup> Las condiciones y circunstancias físicas y espirituales de la Colombia de la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX, continuaban debatiéndose en el monopolio del poder estatal.<sup>457</sup> El cosmopolitismo intelectual todavía se oponía sin muchas bases, a la exaltación de los “valores nacionales” por los que propugnaban los antiguos miembros de la Regeneración, instaurada por Núñez y continuada por sus más conspicuos colaboradores, Miguel Antonio Caro, entre ellos. La pelea, entonces, para un intelectual de la talla de Sanín Cano era más ardua cuanto más dogmático era el medio en el que se movía. Para un hombre que viniendo de la “provincia” ya conocía medio mundo, manejaba varias lenguas y había leído a escritores tan “exóticos” como Nietzsche, Bernard Shaw, Ferdinand Lasalle y Christopher Isherwood, entre muchos otros, era tarea difícil, hacerle entender a sus conciudadanos que el mundo también está en otra parte y que la actitud universalista no desdice del amor a la patria.

[...] La obra de arte ha venido a ser considerada como un fin y no como un medio. La patria y la raza no tienen ya por qué ver en ella ni un arma contra las otras razas ni un recurso de dominación o de exterminio. El arte se basta a sí mismo. El arte es universal.<sup>458</sup>

---

<sup>455</sup> Ídem.

<sup>456</sup> Las expresiones son de Jiménez Panesso, 1992.

<sup>457</sup> Cuando se hace referencia a cierto ambiente anquilosado para la época no se están desconociendo los avances que en materia económica, industrial y hasta cultural se estaban gestando y cristalizando en el país a pesar de las dificultades partidistas y el papel preponderante de la Iglesia. Para ampliación de la temática se recomienda acudir a las siguientes fuentes: Melo, 1996; Jaramillo Uribe, 2001; y Silva, 2005.

<sup>458</sup> Sanín Cano, 1977, pp. 343-344.

No puede la inteligencia someterse a lo que quieren culturalmente los otros. La independencia mental consolida el carácter. La liberación que se acepta y se siente como más completa es la fluidez sin cortapisas, del pensamiento. Así es cómo se forma la verdadera personalidad cultural de las personas y de los pueblos. La única obligación del escritor, según Sanín, es adaptar sus formas a todas las inteligencias. Sólo conociendo lo que se emula o se critica, se puede tomar postura frente a lo autóctono y lo extranjero. La toma de conciencia es un proceso que deviene del discernimiento, de “sopesar” y “examinar” los valores propios y ajenos, ya que se es un constructo de influencias y ello no significa olvidar los orígenes.<sup>459</sup>

Sanín Cano reivindicaba una valoración nacional a su manera, no la mirada timorata y dogmática en un extremo y la alabanza desmedida hacia lo extranjero, en el otro. Él creía que había que afirmar la personalidad mental de los colombianos siendo conscientes de las carencias y fortalezas de un pueblo que estaba en vía de encontrarse. Como el mexicano Alfonso Reyes, de quien también era heredero, estaba seguro que la llegada tarde de América al banquete de la civilización europea, hacía la inteligencia americana necesariamente menos especializada pero, al mismo tiempo, le imprimía un matiz peculiar frente a Europa: la de ser complementaria en la síntesis.<sup>460</sup>

### **Hernando Téllez: Grandeza y servicio de la literatura**

*Los escritores burgueses somos capaces de enjuiciar y condenar a la sociedad burguesa. Nos repugna su rapacidad, su injusticia, su vulgaridad, su sentimentalismo y su cursilería. Pero si se nos propone asumir personalmente los riesgos correspondientes a otro tipo de sociedad, declaramos nuestro cinismo: preferimos aplazar indefinidamente esos riesgos, y continuar beneficiándonos de todas las ventajas del sistema que nos permite usufructuar la injusticia y aparecer de personeros de la justicia; desdeñar la vulgaridad y servirnos de ella; abominar del sentimentalismo y colaborar en todas sus ceremonias; detestar la cursilería y garantizar su apogeo [...] somos deliberada, esplendorosamente culpables.<sup>461</sup>*

<sup>459</sup> Ver Prólogo de Morales Benítez, 1998, p. 48.

<sup>460</sup> Cfr. Reyes, 1991, pp. 230-235.

<sup>461</sup> Mejía Duque, 1976, p. 111.

## Segmentos de vida

Hernando Téllez (1908-1966) al igual que Sanín Cano y Jorge Zalamea, representa la figura del humanista y el intelectual<sup>462</sup> al dedicar gran parte de su vida a las tareas de la inteligencia en la sociedad. La época de Téllez es la de una nación enfrentada todavía a los fantasmas y rezagos heredados del modelo hispano-católico encarnado en los conservadores, tanto en filiación política como religiosa, y en el espíritu de renovación que la facción liberal intentaba entrar al país a través del progreso y la modernidad. Es pues, un período de cuestionamiento y consolidación, al mismo tiempo, con la pretensión de fundar de la noche a la mañana una tradición autóctona; no de exclusivo cuño europeo o norteamericano. Había que conservar el suelo nutricional porque de ahí venía la tradición, pero era hora de comenzar un proceso de asimilación manifestando una voz americana con acento propio.

Muchos de los escritores del momento influidos por los fenómenos político-sociales que se avizoraban en el panorama mundial, aspiraban a cambiar la cultura “mimética” de tinte localista y pintoresco, por una en la que se sintieran los efectos de las vanguardias artísticas y sociales. Es decir, la idea de nación no podía seguir asentada en la tenaz defensa de los arraigos señoriales en los que se había movido la República desde su independencia, los mismos que eran perpetuados por la Regeneración y las constantes guerras civiles. Era necesario trascender las apreciaciones sectaristas y bélicas que iban desde la apología absoluta hasta la detracción nociva y descalificadora en todos los ámbitos de la cultura.

Téllez había nacido a principios de un falaz siglo XX que, según los historiadores,<sup>463</sup> se concretó realmente entre 1920 y 1930. Como sujeto “ilustrado” no desconoce su pasado, sabe la historia del país, poco ha cambiado para el contexto histórico en el que nace y será muy lenta la transformación de los años posteriores en los que comenzará a escribir. No se pueden negar la presencia de algunos saltos significativos en el plano cultural y social. No

---

<sup>462</sup> Se desempeñó como escritor, periodista, político, diplomático, comentarista, traductor, ensayista y crítico literario.

<sup>463</sup> La mayoría de académicos, cuyos estudios sirven de sustento en este trabajo, observan cómo la modernización tuvo más auge con las políticas de la República Liberal, no obstante sus limitaciones. Las fuentes más recurrentes a las que se ha acudido, son los estudios de Álvaro Tirado Mejía, Jorge Orlando Melo, Renán Silva, Germán Colmenares, Jaime Jaramillo Uribe y Darío Acevedo Carmona, entre otros.

obstante, como se ha señalado en el capítulo I y en la semblanza biográfica de Sanín Cano; la concepción de política sectarista que regía en el país, continuaba anclada en los viejos modelos de desprestigio y rivalidad personal. Esos enfrentamientos verbales van a ser la materia “novelable” de todo periodista y escritor. Cuando se hace referencia a lo “novelable”, se está haciendo alusión a que la política fue la materia prima que insufló no solo la imaginación sino la radicalización del pensamiento vertido en la “literatura” de la época, tanto en el nivel de creación como en lo concerniente a la prensa, las revistas, las publicaciones de cada partido, las de los grupos intelectuales y, en general, las obras de creación literaria.

Los diversos episodios verbales entre conservadores y liberales marcaron el derrotero de la expresión y la cultura política de mediados del siglo XX que fue cuando se posicionaron más las diferencias a raíz del cambio de régimen en 1930. No es que no hayan existido estas divergencias finalizando el siglo XIX, son bien conocidas las guerras civiles<sup>464</sup> derivadas de la falta de consenso político, económico y religioso, pero al fin y al cabo, durante la larga hegemonía conservadora, los liberales estuvieron más ausentes y dispersos del contexto socio-cultural. Ahora bien, interesa mirar cómo esa cultura política propició unos imaginarios simbólicos que fueron determinantes para la manera de pensar y de actuar de las masas; y cómo los intelectuales y escritores, voceros de la transmisión de lo político-cultural, interpretaron a través de la prensa y las revistas la situación del país.

A Hernando Téllez se le sitúa en la generación de intelectuales, políticos y hombres de letras colombianos, que incluye a Germán Arciniegas, Jorge y Eduardo Zalamea, Eduardo Caballero Calderón, José Mar, Abelardo Forero Benavides, Luis

---

<sup>464</sup> Tirado Mejía basándose en documentos estadísticos y analíticos presentados por Jorge Holguín, a quien cita en su libro, reseña que “Entre 1830 y 1903 hubo nueve grandes guerras civiles generales; catorce guerras civiles locales; dos guerras internacionales, ambas con el Ecuador; tres golpes de cuartel, incluyendo el de Panamá y una conspiración fracasada”. Para Tirado Mejía este recuento es insuficiente puesto que él considera que son muchas más las guerras civiles locales. Éstas son las fechas mencionadas en su estudio: 1839-1841 (Guerra de los Conventos o Guerra de los Supremos), 1851, 1854, 1859-1862, 1876-1877, 1884-1885, 1895 y 1899-1902 (Guerra de los Mil Días). Cfr. Tirado Mejía, 1995, p. 11. Ampliación del tema En: Cátedra Anual de Historia Ernesto Restrepo Tirado, 1998; Uribe Hincapié, 2001, pp. 9-27; Sánchez Gómez, Aguilera Peña, 2001; González González, 2004, pp. 37-70; 2006; Ortiz Mesa, 2005; Giraldo Ramírez, Fortou R., 2011, pp. 3-21.

Vidales, Alfonso López Michelsen y Alberto Lleras Camargo.<sup>465</sup> También se ubica en la llamada generación de *Los Nuevos*,<sup>466</sup> aunque él mismo manifiesta –en una entrevista– que llegó tarde a dicha generación.<sup>467</sup>

Uno de los integrantes de *Los Nuevos*, Jorge Zalamea, presentó en su revista *Crítica*, una semblanza aproximada de lo que significó dicho grupo en las letras, la política y la historia colombiana. Aunque el texto es crítico y apologético a la vez, no sobra mencionar que para algunos de los miembros de dicho círculo literario, críticos<sup>468</sup> e historiadores posteriores, la importancia de *Los Nuevos* no fue ni tan nueva, ni tan determinante, como ejemplo de ello se tiene la corta duración de la revista del grupo que salió publicada entre junio y septiembre de 1925, como se refirió en el capítulo 2. Marcó eso sí, un camino en el largo proceso de secularización del pensamiento y autonomía artística que preconizaban los intelectuales –sobre todo de izquierda– de la época, pero debido a las conformaciones heterogéneas como estos grupos se constituían: políticos que luego fueron los futuros presidentes de la República, poetas –en su mayoría–, periodistas, escritores, filósofos e incluso comerciantes y empresarios que tenían afición por las letras y la bohemia bogotana de entonces; la dispersión ideológica y de intereses era positiva desde un punto de vista, pero desde otro, no lograba cohesionar políticas culturales que generaran escuela o movimiento. No obstante, estos balbuceos tertulianos propiciaban la discusión, la novedad de un escritor u obra en ciernes, la creación y el afianzamiento de lazos políticos y

---

<sup>465</sup> Los datos biográficos del autor aparecen en Téllez, 1980: 9-10. Fue una edición póstuma que recogió algunos de sus ensayos.

<sup>466</sup> Para más referencias sobre este tema consultar: Charry Lara, 1993, pp. 17-85; Maya, 1982, pp. 201-224; Carranza, 1986, pp. 143-146; Romero, 1985; Estripeaut Bourjac, 1999, pp. 35-59; Gaviria Liévano, 2008, pp. 585-631; Poppel, 2000.

<sup>467</sup> Es necesario hacer la diferencia conceptual entre “generación” y “grupo”. El primero de ellos alude a las personas que son contemporáneas en fecha de nacimiento y momento de ubicación histórica, eso los lleva en algunos casos a compartir gustos e intereses culturales y sociales similares. Para el caso de las “generaciones” literarias, se da entre sus miembros una cierta alianza y reciprocidad de pensamiento. Por el contrario en la noción de “grupo” no tiene que haber coincidencia generacional, es decir, ser cercanos cronológicamente en fechas de nacimiento, –aunque hay circunstancias temporales y sociales que los unifican–; más bien se unen o se agrupan por intereses similares o heterogéneos que les permiten socializar y discutir los fenómenos literarios y culturales desde diversos puntos de vista ideológicos. Esto no significa de manera tajante que en la “generación” no haya diferencias y todos sean homogéneos, se habla más bien en un sentido cronológico de tiempo que coincide entre sus miembros y reciben los mismos estímulos culturales y sociales.

<sup>468</sup> Entre los críticos que analizan la incidencia de este grupo se encuentra Gutiérrez Girardot, 1980, pp. 447-536; y Poppel, 2000.

culturales, aun cuando no todos los contertulios militaran en el mismo partido. Observa Zalamea que

[éstos] constituyen una agrupación de carácter intelectual, integrada por escritores que, atendiendo a razones más de pensamiento que de edad, se determinan naturalmente, dentro de la vida nacional, después de la generación que surgió en los días del Centenario [...]. “Los Nuevos” son jóvenes, lo que quiere decir que no persiguen logros de ninguna especie. Pretenden levantar una cátedra de desinterés espiritual y contribuir a desatar una gran corriente de carácter netamente ideológico en el país [...]. Todo pide una restauración de los principios. Hay que proclamar de nuevo la tabla de los valores intelectuales y morales [...]. No dudamos de que el país acogerá esa labor que sólo obedece a un noble, a un imperioso, a un violento deseo de renovación.<sup>469</sup>

Ahora bien, dado que *Los Nuevos* aparecen cronológicamente después de El Centenario y entre ambas generaciones se van a dar diferencias sustanciales, la crítica Marta Traba revela la diferencia de Téllez como integrante de los primeros con respecto a los segundos:<sup>470</sup>

[Éste] se presenta como la punta de lanza dirigida a romper con el centenarismo [que simboliza] la ficción de una cultura propia [que] se vuelve protuberante, con el beneplácito obligatorio de los periódicos. Fuera de este panteón no hay posibilidad de tener ni vida ni muerte dignas. El centenarismo alcanza a formular con tal precisión sus formas de comportamiento ético y estético y a presentar con tal convicción [a] sus próceres y genios vernáculos, que cualquiera se deja engañar.<sup>471</sup>

Estas palabras de Traba sirvieron de prólogo en 1969 a la reedición del único libro de cuentos que Téllez había publicado en 1950, *Cenizas para el viento y otras historias*;<sup>472</sup> y con ellas confirma la prologuista la importancia y diferencia de lo que significó la labor del autor en un contexto político-cultural tan convulsionado como ya se ha descrito.

Sin embargo, Téllez no entra en el protagonismo de la cultura colombiana solo por su filiación con *Los Nuevos*, como a sus coetáneos, es el periodismo el que le abrió las puertas

<sup>469</sup> Zalamea, 1950, en Cobo Borda, 1978, pp. 594-595.

<sup>470</sup> Entre sus miembros se encontraban políticos como Laureano Gómez, Alfonso López Pumarejo y Eduardo Santos.

<sup>471</sup> Traba, 1979, pp. 933-934. Recogido en Cobo Borda, 1979. *Hernando Téllez. Textos no recogidos en libro*. Tomo II. En adelante se referenciará en la sigla TNRL.

<sup>472</sup> Téllez se desempeñó más como periodista, ensayista y crítico literario. Aunque escribió bellas páginas de reflexión filosófica y literaria como las que aparecen en *Diario y Bagatelas*; realmente su único libro de imaginación literaria, por nombrarlo de algún modo, son esta serie de relatos (19 en total) que se inscriben dentro de la literatura sobre la Violencia, pues los temas allí abordados son reflejo del enfrentamiento bipartidista que se está dando en el momento, amén de otros actores que están emergiendo en el escenario como el ejército y la guerrilla.

para iniciar allí sus disquisiciones escriturales. Así, el semanario *Mundo al Día* dirigido por Arturo Manrique lo contrató en 1925; luego se vinculó a la revista *Universidad* de Germán Arciniegas, con el que emprendió una estrecha amistad. Siendo jefe de redacción Alberto Lleras Camargo en 1929, en el periódico *El Tiempo*, ingresó allí como redactor de la crónica policíaca,<sup>473</sup> más adelante pasará a la de la política, colaborando en la campaña electoral de Enrique Olaya Herrera. En *El Tiempo*, su columna “El espejo de los días” alcanzó gran renombre.

Se definió su vinculación con el liberalismo, así que combinó su actividad periodística con las funciones que le ofertó su adscripción política ingresando al Concejo de Bogotá en 1934, al iniciarse la primera administración presidencial de Alfonso López Pumarejo. Esto le valió un nombramiento como Cónsul en Marsella (Francia) desde 1937 hasta 1939, años de estadía en este país europeo que marcaron sus tendencias literarias y su gran admiración por la cultura y el arte francés. A su regreso al país ejerció nuevamente el periodismo con las columnas de la sección “Hoy” escritas para el periódico *El Liberal*, recién fundado y dirigido por su antiguo jefe y amigo Alberto Lleras Camargo, y cuyo fin estaba destinado a promover la corriente lopista dentro del liberalismo. En este escenario conoció y entabló amistad de manera más estrecha con otros intelectuales de gran renombre como Jorge Zalamea y Abelardo Forero Benavides, a quienes lo uniría un profundo respeto mutuo y comunes causas literarias y políticas. Ante los lazos de afecto que lo ligaron con el director del periódico y el reconocimiento de su labor periodística, Lleras Camargo lo nombró Subdirector, cargo que desempeñó durante tres años; en este lapso de tiempo culminó la administración Santos y comenzó la segunda de López Pumarejo. Los años siguientes de Téllez estuvieron divididos entre su labor periodística, sus funciones dentro del Senado de la República<sup>474</sup> y su profesión de crítico y escritor. Acompañó a López en la campaña de su segunda postulación presidencial y luego ante el retiro obligado de éste, apoyó la breve estadía de su sucesor Alberto Lleras Camargo. En 1947 dirigió la revista

---

<sup>473</sup> Dice Forero Benavides que como cronista judicial Téllez estaba obligado a ir todas las noches al permanente, lloviera o tronara, con el objeto de informar al grueso público colombiano sobre las oscuras aventuras de los hampones del Paseo Bolívar. Parte de esta experiencia le sirvió luego para crear sus cuentos de Violencia recogidos en el libro *Cenizas para el viento y otras historias* (1950).

<sup>474</sup> Este cargo lo desempeñó durante un semestre ya que Téllez manifestó que los puestos burocráticos riñen con su condición de escritor.

*Semana* fundada un año antes y en ella se hacen famosas las anotaciones que publicó con el título de “Márgenes”, las cuales continuó escribiendo luego para la revista *Mito* de Jorge Gaitán Durán. Durante su permanencia como director de *Semana* realizó una serie de crónicas que involucró a eminentes personajes nacionales de la época. La crónica que más sobresalió fue la escrita sobre los hechos del 9 de abril de 1948. Tanto sus contemporáneos como los lectores apreciarán este objetivo trabajo periodístico.

Las actividades de Téllez no pararon allí, en el ínterin estuvo recogiendo y escribiendo sus primeros libros de literatura y crítica literaria. En 1943 publicó *Inquietud del mundo*, recopilación de notas y ensayos crítico-literarios; muchos de corte inédito y otros que habían sido divulgados en sus columnas de *El Tiempo* y *El Liberal*. Un año más tarde salió a la luz *Bagatelas*, ensayos de corte filosófico-literario que había dado a conocer en el semanario *Sábado*, dirigido por Forero Benavides. *Luces en el bosque* y *Diario* de 1946 combinaron ensayos críticos y notas literarias escritas entre 1941 y 1945. Sin embargo, los dos libros de ensayos que le van a dar un lugar y una valoración indiscutible como crítico literario son: *Literatura* (1951) y *Literatura y sociedad - Glosas precedidas de notas sobre la Conciencia Burguesa* (1956). A un año de su muerte en 1967, el Banco de la República le rindió homenaje póstumo publicando un libro que Téllez dejó en preparación bajo el título de *Confesión de parte*. Finalmente, salió a la luz en 1995, el texto *Nadar contra la corriente. Escritos sobre literatura*.<sup>475</sup>

### **Un esbozo de retrato colectivo**

Puede parecer fácil juzgar la obra y la figura de un artista, político o líder histórico con la moderación que da la distancia de los hechos en los cuales participó. No obstante los juicios emitidos no son siempre imparciales puesto que muy a su pesar, la justeza de quien enjuicia no está exenta de apreciaciones valorativas que pasan no sólo por el tamiz de la razón sino

---

<sup>475</sup> Este libro es una recopilación de ensayos críticos diseminados en varias obras del autor. Los textos se agrupan en 4 grandes ítems: 1) Cultura y sociedad. 2) De la crítica y la creación. 3) Narrativa y narradores. 4) Poesía y poetas. Han sido extraídos de *Selección de Prosas*; *Confesión de parte*; *El Suplemento Literario de El Tiempo*, años: 1946, 1947, 1949, 1952, 1953, 1954, 1960, 1962, 1963, 1964 y 1965; *El Tiempo* años 1941, 1946, 1953, 1954, 1955, 1956, 1958, 1960, 1962 y 1965; *Textos no recogidos en libros*, Vol.2; *Lecturas Dominicales* año 1965; *Revista de las Indias* años 1941 y 1944; *Revista Semana*, 1958; *Cuadernos*, 1964, *Acción Liberal*, 1936 y *Luces en el bosque* (1946).

también por la de los sentimientos. En esta línea, las semblanzas biográficas que se presentan aquí sobre algunos de los intelectuales de la República Liberal, pueden incurrir en las apologías que se les reprocha a quienes los han estudiado desde diferentes perspectivas. Por eso se advierte sobre el grado de complicidad que pueda haber en lo expresado. Sin embargo, la copiosa información consultada para tal efecto ha proporcionado sobradas razones para colegir el espíritu renacentista que acompañó a Sanín Cano a Téllez y a Zalamea. Renacentista se asocia con la noción de humanismo en su más amplia acepción; esto es ansia de conocimiento sin límites, secularización del pensamiento en pro de las libertades del hombre y sensibilidad para entender las angustias humanas generadas en el tránsito hacia una búsqueda del ser.

En mayor o menor medida esto se cumplió en los tres ensayistas con las diferencias particulares de cada uno de ellos; y sin entrar a analizar los defectos políticos y de temperamento que obstaculizaron algunas de sus proyecciones sociales, no se puede negar su influencia y la tarea emprendida en los agitados eventos de la época en la que les correspondió vivir.

Téllez y Zalamea, desde su formación cosmopolita, rompieron con el pensamiento hispanista de algunos de los miembros del Centenario, de los cuales se exceptúan López Pumarejo y Eduardo Santos, líderes del proyecto de la República Liberal. Sanín Cano hacía tiempo que había ampliado el estrecho marco de una cultura asentada en los valores de herencia y de apellido, en el cultivo excesivo y retórico de las buenas maneras en pro de estimular una cosmovisión y comprensión crítica de las fuentes reales de la cultura. Coincidió con Téllez en su curiosidad insaciable, y creía que la personalidad literaria de un escritor dependía en gran medida de ese espíritu de aventura que se nutre de la imaginación razonada.<sup>476</sup>

---

<sup>476</sup> Sanín Cano (1946). “Diario”, De Hernando Téllez”. Recogido en Juan Gustavo, Cobo Borda (1979). En *Textos no recogidos en libro, Hernando Téllez*, p. 926. (En adelante la alusión a este libro se hará con la sigla TNRL). Advierte el prologuista (Sanín Cano) que aunque este texto no responde propiamente a la idea de Diario, ya que no es un resumen de la vida del autor, sí contiene datos precisos sobre su rica y variada personalidad literaria, además de los datos importantísimos que aporta sobre la época en que le tocó vivir. Vale la pena destacar este aspecto porque, a su vez, Sanín Cano escribió sus memorias en un libro titulado *De mi vida y otras vidas*, en el que realmente destaca a otras figuras literarias de su época, es decir, no es tanto una biografía sobre su vida.

La labor de estos tres intelectuales era valorada por pocos y difamada por muchos,<sup>477</sup> sobre todo por aquellos que persistían en la obstinada idolatría de la herencia hispánica; sin embargo, hasta los oponentes políticos ilustrados sabían reconocer cuándo la pluma del adversario poseía talento y estaba motivada por estudios serios y rigurosos. Hernando Téllez se ganó en parte, la admiración del Leopardo Silvio Villegas,<sup>478</sup> quien en las lides políticas difiere de los planteamientos de la República Liberal siendo él conservador; no obstante, destaca en Téllez la mesura y la precisión en el discurso. El ensayista no abusó del alambicamiento y exceso de fárrago literario de la retórica de la época, por el contrario, hizo un manejo ecuánime de “El dios Término”,<sup>479</sup> con un estilo diáfano y sencillo. Asimismo, Forero Benavides, director del semanario *Sábado*<sup>480</sup> y Alfredo Iriarte,<sup>481</sup> columnista de *El Tiempo*, manifestaron su reconocimiento a la labor de Téllez e, incluso, el segundo de ellos lo emparenta literariamente con la figura descollante del mexicano Alfonso Reyes.<sup>482</sup>

Marta Traba –a quien ya se ha señalado–, observó que Téllez comprendió mejor que nadie la inmovilidad de las estructuras arcaicas colombianas, esto es, la condición pétreo, monolítica, de las formas reaccionarias de los sistemas de vida y pensamiento nacionales y por eso, su mentalidad choca con la del centenarismo.<sup>483</sup> Enfatizó, ella, en la condición

---

<sup>477</sup> En el capítulo cuarto, se podrá analizar este aspecto al cotejar las diversas posturas sobre cultura, crítica, literatura y política que expresan Sanín, Zalamea y Téllez en sus escritos periodísticos y textos de crítica literaria. Debido a su cosmopolitismo y la negación y enfrentamiento al hispanismo imperante en Colombia, se ganaron enemigos y acusaciones de quienes los tildaban de “extranjerezantes” y “europeístas”, en detrimento de sus pocas o escasas valoraciones de lo colombiano.

<sup>478</sup> Escritor y político oriundo de Manizales que hizo parte del grupo intelectual de derecha llamado Los Leopardos. Uno de sus textos políticos más famoso se titula *No hay enemigos a la derecha* (1937). Su labor periodística se hizo visible en la dirección de órganos informativos como: *La Patria* de Manizales, *El País* de Cali, *El Debate* y *La República* de Bogotá.

<sup>479</sup> Villegas, 1944, p. 4.

<sup>480</sup> Forero Benavides, 1944, p. 1.

<sup>481</sup> Famoso por su columna periodística “Rosario de perlas”, publicada en *El Tiempo* durante más de 25 años. Aunque de estilo hispanista y monacal, fue un gran conocedor del idioma español, erudición que adobaba con grandes dosis de humor.

<sup>482</sup> Iriarte (1997). “Significado de Hernando Téllez en la cultura colombiana”. Prólogo del libro, *Hernando Téllez. Páginas literarias*.

<sup>483</sup> El centenarismo, dice Marta Traba, es una pauta de la mentalidad colombiana: un comportamiento que implica, en términos globales, la pérdida de la objetividad, la inflación de los datos culturales, el vacío informativo, la inexistencia de una confrontación con otras formas estables de la cultura extranjera. Téllez, 1979, *TNRL*, pp. 937-938.

crítica de Téllez que ya en varios ensayos sobre literatura y cultura había puesto el dedo en la llaga con respecto a la inoperancia y apología con que se ejerce la valoración de nuestras letras en el contexto propio y en el ajeno. De otro lado, Mejía Duque, presenta una mirada sobre Téllez, que si bien reconoce su valía como crítico en el medio colombiano, también desmitifica, en cierto modo, los alcances obtenidos en la aplicación de este ejercicio. Valoración que permite contrastar las polaridades en las cuales se movió el crítico literario y así verlo de manera más objetiva y realista.

En consecuencia, Mejía Duque habla de “El ‘caso’ Hernando Téllez”,<sup>484</sup> equilibrando una estimación del ensayista que se dio entre los logros y las falencias que las condiciones de la época le posibilitaron a su pensamiento crítico. En primera instancia, Mejía Duque le reconoce que “Fue respetado porque no se enfadaba, ni se compadecía, ni se congratulaba torpemente, puesto que su dignidad verbal, jamás contradicha, estaba siempre de por medio. Dijo siempre sus cosas de tal manera, que inquietaba”.<sup>485</sup> Agrega que tanto Téllez como Sanín Cano y Jorge Zalamea, plantearon en forma no sentimental algunas cuestiones inherentes a la escritura literaria, y ello hizo factible que la batalla contra la retórica tradicional se fuera abriendo caminos más universales, posibilitando una crítica más abierta y conceptual en vez de una imaginativa y laudatoria. Concuerda así con Marta Traba al afirmar que la prosa de Téllez “concisa y flexible” rompió o intentó romper con el anquilosamiento de formas caducas que van en detrimento de un pensamiento intelectual moderno.

En segunda instancia, Mejía Duque toca el punto neurálgico sobre los alcances del pensamiento y la labor de Téllez al señalar que en éste se da una especie de “claudicación”, no por mérito propio sino por las circunstancias del medio que le correspondió vivir. A pesar de la mucha lucidez y agudeza que tenía como crítico y como escritor, no podía evitar estar atado a las condiciones impuestas por la política, esfera pública a la que sirvió por sus ideales liberales y que junto con el periodismo se llevó parte de sus energías literarias. Aunque Téllez expresó de manera frecuente que la política no era

---

<sup>484</sup> Mejía Duque, 1976, pp. 105-114.

<sup>485</sup> *Ibíd.*, p.112.

su tarea principal; mientras que la escritura y la literatura eran su razón de ser, la intención no bastó, pues el medio era inhóspito para las aspiraciones del artista. Es forzoso rendir tributo a los mecanismos políticos y, más aún, sectaristas: como defensor de los “ideales” liberales acompañó en varias de sus campañas, a los jefes políticos que instauraron la República Liberal, lamentablemente esto lo hizo parte del engranaje. Su rebeldía tuvo eco solamente en los medios de difusión cultural,<sup>486</sup> allí lo leían y alababan sus copartidarios y lo cuestionaban y criticaban sus oponentes políticos.<sup>487</sup> Lo siguiente ilustra el panorama de limitaciones y censuras en el cual se movía Téllez:

Esta dependencia “estructural” del escritor colombiano de los poderes partidarios y estatales fomentó siempre el deslizamiento de los intelectuales hacia la política partidaria. Eran demasiado seductoras las “ventajas prácticas” del poder frente a la pobreza y el anonimato de las letras.<sup>488</sup>

Cabe aclarar que la crítica en la labor intelectual de Téllez expuesta en el texto reseñado, no se debe entender como una agresión a su persona o a un desconocimiento o subvaloración de su quehacer intelectual, más bien es un enfoque crítico que pone en tela de juicio la “supuesta” libertad con la que escribía y se pronunciaba el artista. Téllez no podía estar al margen de esta situación, lo reiteró Mejía Duque. Lo mejor de su producción crítica se dio hasta la publicación de *Literatura y sociedad* en 1956, obra ensayística en la que presentó un aspecto positivo al tratar de desenmascarar lo cursi, aun a pesar de la influencia del discurso parlamentario del que hacía parte.

Quizá aspiró, alguna vez, a permanecer por encima de los acontecimientos, puro, como testigo insobornable y apóstol de la belleza; algo de eso se trasluce en sus mejores páginas doctrinarias de antes de 1956. En ellas se vislumbra y se esboza el *mea culpa* de Téllez: enunciar el verdadero papel del escritor en una sociedad, no sólo atrasada, sino

---

<sup>486</sup> Mejía Duque objeta, sin embargo, la viabilidad y eficacia de las revistas y entidades culturales en las que escribía Téllez, pues éstas a su vez son manejadas por el partido en el poder y “a duras penas sobreviven por graciosa concesión del Estado y de los círculos financieros cuya censura opera sin tener que anunciarse”, 1976, p. 107.

<sup>487</sup> Se hace la aclaración mencionada en la parte inicial de este texto, de que entre los hombres letrados de ambos partidos políticos no sólo existía la oposición partidista, muchos de ellos incluso se admiraban literariamente y reconocían en el “otro” virtudes de síntesis y análisis con respecto a la cultura y a la literatura, no así por supuesto a lo relacionado con el gobierno, la Iglesia y la política. Esta especie de “acuerdo literario” estaba asentado muchas veces en el respeto por las formas literarias, Téllez tenía un manejo sobrio del lenguaje y, además, era prudente con los juicios de tipo personal que hacía de sus adversarios políticos. Pero, sobre todo, la alianza venía de los intereses mutuos que se tenían con respecto a un autor o parcela literaria. Por ejemplo, tanto Téllez como los Leopardos eran amantes de la cultura y literatura francesa. Desde distintos ángulos, pero coincidían en ello.

<sup>488</sup> Mejía Duque, 1976, p. 107.

partidista,<sup>489</sup> [pero], la habilidad instrumental del escritor se complace en el mismo simulacro de la “autocrítica”, en frases que serían impecables desde el punto de mira de un marxismo esquemático.<sup>490</sup>

Con el ánimo de ir concluyendo este apartado, se señala a varios políticos y escritores de la época, amigos de Hernando Téllez, quienes se refirieron a su obra y a la calidad crítica de sus aportes en el plano cultural y literario a través de entrevistas que le hicieron, prólogos a sus publicaciones y semblanzas generales sobre su persona. En esencia, rescatan y alaban puntos de vista similares sobre el ensayista, Felipe y Alberto Lleras Camargo, Armando Solano, Jorge Gaitán Durán, Juan Gustavo Cobo Borda, Arturo Camacho Ramírez y José Umaña Bernal.<sup>491</sup>

Se cierra este esbozo de retrato colectivo, con las apreciaciones del crítico francés Jacques Gilard,<sup>492</sup> quien al presentar una imagen del catalán Ramón Vinyes y su influencia en la cultura literaria de Barranquilla, toca de soslayo a los contemporáneos capitalinos de este exiliado español. Los juicios de Gilard sobre Téllez se asemejan a los expuestos por Mejía Duque en 1976, pues el primero reconoció también en Téllez la facultad de ser un “francotirador” en la crítica colombiana a pesar de las trabas de la burocracia estatal y la política sectarista. Anota Gilard que Téllez era hombre de amplísima cultura y excelente crítico, que supo abrirse a la renovación de las letras mundiales en los años cuarenta del siglo XX. Su consulado en Marsella, en 1939, le permitió conocer de manera más profunda la cultura francesa, tanto, que tradujo para el *Suplemento de El Tiempo*, *La putain respectueuse* de Sartre (¡que salió como *La mujer respetuosa!*) “era un afrancesado, al que

---

<sup>489</sup> Los juicios emitidos aquí no pretenden ser ni “absolutistas”, “radicales” o “discriminatorios” pues no se estaría diciendo ni aportando nada distinto a cómo siempre se ha calificado el período político de los veinte hasta los sesenta en Colombia. Se considera que el “pathos” social de la época ha dejado esa marca indeleble de apreciación, pero sería injusto no reconocer y reivindicar los matices que en el plano de los logros y los alcances se dieron a pesar de las dificultades sociales y políticas, tanto desde el partido conservador como desde el liberal.

<sup>490</sup> Mejía Duque, 1976, pp. 111-113.

<sup>491</sup> Se pueden consultar estas entrevistas y prólogos sobre Téllez en: Gaitán Durán, 1979: 922-924; Sanín Cano, 1979, pp. 925-932; Lleras Camargo, 1979, pp. 942-945; Camacho Ramírez, 1954, pp. 5, 8; Lleras Camargo, 1967, pp. 9-19; Solano, Armando, 1946, pp. 2, 14; 1979, pp. 889-904; Umaña Bernal, 1979, pp. 953-955 y Cobo Borda, 2003, pp. 9-21.

<sup>492</sup> El artículo de Gilard no está dedicado exclusivamente a Téllez (2005), es más bien un texto sobre “Ramón Vinyes o la fecunda irreverencia: De Barcelona a Barranquilla”. El texto de Gilard presenta aquí un panorama de la cultura literaria y política colombiana del Caribe y para ello necesariamente debe mencionar a Bogotá. Es aquí donde encaja su visión de Téllez.

calificaban con frecuencia de “volteriano”, aunque también leyó a muchos otros autores de variados países, entre ellos a los norteamericanos.

Téllez, agrega Gilard, tenía una aguda visión de la comedia del poder en el medio intelectual, pero su rigor crítico no le alcanzó para cuestionar completamente las reglas del juego. Por eso, aunque Ramón Vinyes<sup>493</sup> lo valoraba como a una inteligencia nada común en el medio colombiano, y no le faltaban razones para verlo como un posible renovador de la vida colombiana, estaba claro que había hecho concesiones, atado como estaba al compromiso político liberal. No obstante, retomando los juicios de Mejía Duque, Téllez no tenía porqué sentirse un náufrago en la historia de Colombia, pues su sentir y formación de literato le impelían reivindicar la autonomía del arte –según la concepción europea del mismo– que había asimilado tan bien en sus viajes y lecturas cosmopolitas. Siguiendo las huellas de Sanín Cano y la influencia de Jorge Zalamea, quería que la cultura dominante en Colombia se abriera al anchuroso mundo del entendimiento y a la madurez intelectual. Antes que poner el arte al servicio de las causas políticas, se empeñaba en “poner la frase al servicio de la idea literaria pura”,<sup>494</sup> en un intento por combatir y enaltecer la función y misión del escritor en Colombia.

### **Confesión de parte: formación e influencias literarias**

“La vocación literaria”<sup>495</sup> de Téllez la reveló él mismo en el prólogo a la colección de ensayos de crítica literaria reunida bajo el título *Nadar contra la corriente*.<sup>496</sup> Allí brindó

---

<sup>493</sup> La influencia del catalán Ramón Vinyes en las letras colombianas, sobre todo en el ámbito caribeño de Barranquilla es innegable, su figura y personalidad literaria llegaron incluso a ser plasmadas por Gabriel García Márquez en *Cien años de soledad*. Vinyes dirigió la revista *Voces* considerada una de las más vanguardistas de Colombia e hizo parte del Grupo de Barranquilla junto a Álvaro Cepeda Samudio y José Félix Fuenmayor, entre otros. La importancia de este grupo radica en que funcionaba al margen del centro capitalino de Bogotá que se consideraba así mismo el centro cultural del país. Ello no significa que no hubiera diálogos entre los escritores e intelectuales de dichas zonas geográficas, pero si funcionaban con una mentalidad cultural distinta.

<sup>494</sup> Mejía Duque, 1976, pp. 109-110.

<sup>495</sup> “Mi madre hablaba siempre de novelas famosas, conservaba cuidadosamente guardado el álbum de papel inglés donde copiaba versos, nos refería el argumento de Hamlet y decía ciertos pasajes líricos de Pombo. [allí también se encontraban] viejas y ya un poco amarillentas colecciones de periódicos literarios, usadas y repasadas colecciones de cuadernos de la “Biblioteca Popular” de Roa, una serie ilustrada de los libros de

una idea del acercamiento a la literatura que tuvo por medio de la influencia de su madre y de esos inaugurales autores que leyó con deleite, los cuales perfilaron una manera de ser que según el prosista lo llevaron a superar la timidez literaria y convertirse en un “hábil” escritor. Cabe destacar, dentro de esta formación literaria, la alusión hecha por el autor a la “Biblioteca Popular” de Roa. De un lado, por lo que ella significó a través del amor por la lectura transmitido por su madre y, del otro, porque las escasas y rarísimas colecciones que unos cuantos editores “pioneros” de la literatura colombiana comenzaron a rescatar de las colecciones privadas, fueron fundamentales para el incipiente desarrollo del libro y de la cultura en Colombia, propiciando un mercado editorial y comercial del libro, y, a su vez, un acceso más popular y módico de las masas a la cultura impresa.

Cobo Borda<sup>497</sup> hablaba de la “cultura del periódico” que caracterizó al país en el tránsito hacia la modernidad y la difusión del libro. Las razones no obedecían sólo a factores del orden letrado —el analfabetismo del período era muy alto—, se inscribían también en las condiciones editorialistas de una nación apenas consolidándose desde lo político y lo social. En esta línea, la publicación e importación de libros resultaba sumamente costosa. Las novelas se publicaban por entregas en la prensa de la época, lo que fue creando un público lector entre los escasos instruidos de dicho período. No obstante agrega Cobo Borda, los promotores de la cultura se las ingeniaban para emprender verdaderas empresas que generaran un clima e interés por las novedades literarias (ver Figura 4). Fue el caso de Jorge Roa, quien adelantándose varios años a la importancia que iba a cumplir la *Selección Samper Ortega* en el proyecto de Bibliotecas Aldeanas de la República Liberal, fundó en 1891, en Bogotá, la Librería Nueva. Desde allí publicó al menos 170 tomos entre 1894 y 1910 en los que incluyó los títulos de 25 célebres volúmenes de lo que llama “Biblioteca Popular”. Textos de Rafael Pombo, Edgar Allan Poe

---

Julio Verne, una desportillada edición del Quijote, los versos de Núñez de Arce y Campoamor, la Graciela de Lamartine, un Fígaro que todavía se halla en mi poder, y Dumas y Maupassant, [que] fueron, con otros libros, entre los cuales recuerdo los folletines policíacos de Conan Doyle, mis primeros amigos en el viaje intelectual de la vida. A algunos de ellos los he olvidado, no he vuelto a ellos jamás por el temor de destruir con el impacto de la vanidosa razón, la sutil esencia que siguen conservando en el recuerdo. A otros he vuelto siempre, siempre, y he encontrado en ellos, intacta, completa, exacta y perfecta, la antigua emoción que me deparó su belleza, su sabiduría, su poético acento, su concretada amargura”. Téllez, 1995, pp. 8 y 9.

<sup>496</sup> Publicado por la Editorial Ariel en 1995.

<sup>497</sup> Cobo Borda, 1990.

y Anatole France, traducido por José Asunción Silva, determinaron el derrotero de lo que los colombianos leían terminado el siglo y comenzando el siguiente.<sup>498</sup>

**Figura 4. Pioneros de la Edición en Colombia**



Edición de Jovellanos en la Biblioteca Popular, publicado por Jorge Roa, Bogotá, Librería Nueva, 1900

La Cosecha, de J. A. Osorio Lizarazo. Editorial Arturo Zapata, Manizales, 1935. Dibujo de Alberto Mango

Hotel de vagabundos, Manuel Zapata Olivella, Premio Espiral, 1954. Bogotá, Ediciones Espiral, 1955<sup>499</sup>

Fuente: Juan Gustavo Cobo Borda, “Pioneros de la edición en Colombia”, *Revista Credencial*, 1990

Del mismo modo que esos amigos primeros sellaron un afecto eterno con la lectura y el oficio literario en Téllez, luego en su etapa de madurez vendrían otros que marcaron el camino de la creación y de la crítica: títulos de Ortega y Gasset, Pio Baroja, Huxley, Gide; Mauriac, Jules Romains, Alain Fournier, Giradoux, un ensayo de Huitzinga o una biografía de Zweig. El interés de Téllez por Francia, sus autores y su filosofía, se hizo explícito en varias de las traducciones al español que realizó de Jean Giraudoux, Jean Cocteau y André

<sup>498</sup> Cobo Borda, 1990.

<sup>499</sup> No se cambia la presentación bibliográfica porque es tomada directamente del texto de Cobo Borda que se consultó en la página web.

Gide, entre otros.<sup>500</sup> También están en su lista autores como: Stendhal, Goethe, Disraeli, Dante Gabriel Rossetti, Thornton Wilde, Dostoievski, Balzac, Flaubert, Joyce, Lawrence y Thomas Mann.<sup>501</sup>

Trasegar los “latifundios intelectuales de Proust”, pasión compartida con algunos de los Leopardos, hizo que su concepción del universo literario y artístico se impregnara de las mejores virtudes literarias heredadas del maestro francés. Al igual que Proust descubrió la Atlántida sumergida de la memoria, Téllez bajo esta influencia escribió páginas admirables que rememoran los estados del alma a medida que van pasando los años de manera inexorable. *Bagatelas*, reveló sus conceptos sobre el amor, el olvido, la felicidad, los celos y la niñez; conceptos literarios influidos por la visión de Proust. Si algo nos ha enseñado Proust, manifestó Téllez, es la relatividad de todas las pasiones humanas, leerlo, genera desolación y melancolía, para él el amor es una enfermedad y la vida un tormento.<sup>502</sup> No obstante, Téllez se declaró un poco más optimista y contemplaba el universo con la duda y el escepticismo de Montaigne, una mezcla de melancolía y serenidad que se desprende de un mundo cambiante y caótico, inserto en el progreso de lo material y caduco en el de lo espiritual. De ahí que sea tan importante para sus creaciones y sus reflexiones de tipo social y artístico, el ahondar en la “madeja del recuerdo” heredada del estilo de Proust. El tráfigo del progreso no da tiempo para la meditación y esas horas de soledad son vitales en la construcción del pensamiento telleziano.

En el ensayo “La amenaza del libro”,<sup>503</sup> abordó el problema de la vertiginosidad del tiempo, “ese oleaje incesante y profundo, que no da pausa para la meditación”.<sup>504</sup> Téllez considera que aunque el periodismo, el cine y la radio son avances esenciales para el progreso de la comunicación y de la entretención, mezclados, sin embargo, con el eco de las guerras, las obligaciones políticas del ejercicio parlamentario, la producción en serie de la cultura y el ruido de las ciudades que se van industrializando; se genera es un entorno

<sup>500</sup> Las referencias se encuentran en: Téllez, 1941, pp. 193-218; 1943, pp. 157-172 y 1944.

<sup>501</sup> Téllez, Hernando (1949). “Grandeza y servicio de la literatura”. (Conferencia dictada en la Universidad Nacional de Colombia en mayo de 1949) y publicada en: *Literatura de Hernando Téllez. Escritores colombianos* (1951). Prólogo de Baldomero Sanín Cano, pp. 17-34.

<sup>502</sup> Citado por Villegas, 1944, p. 4.

<sup>503</sup> También aparece bajo el título de “Alegato contra los libros”. En: Cobo Borda, 1979, pp. 774-778.

<sup>504</sup> *Ibíd.*, p. 775.

anárquico que no da tiempo ni sosiego para la vida interior. Hasta la lectura, manifiesta, ha llegado a ser una tribulación, un tormento. De todos los puntos del horizonte afluyen libros a nuestra biblioteca, porque se han borrado las fronteras.<sup>505</sup>

Suena contradictoria esta posición de Téllez si se la mira desde el punto de vista de la lucha de los intelectuales de la República Liberal por lograr que el pueblo entero pueda acceder a la cultura y, por tanto, los libros circulen de manera más amplia. Pero si se analiza detenidamente, Téllez tocó un punto tangencial en la difusión “masiva” de la cultura y el libro. Para él, primero había que dignificar y educar al pueblo y, segundo, aclarar qué se entiende por cultura.

Su crítica se enfocó más bien –en los términos de la influencia de la cultura francesa– a ensalzar y rescatar la capacidad de reflexión que se pierde y vulgariza en la inmediatez del comercio y el encomio elogioso de la producción en masa. El poco desarrollo de la literatura colombiana obedece no sólo a un desfase cultural heredado de “nuestra llegada tarde al banquete de la civilización occidental”, en palabras del ensayista mexicano Alfonso Reyes, sino también a la falta de madurez con que los colombianos han asumido el destino y prestigio de la propia cultura. Hace Téllez un llamado para que se vuelva a la lectura de los clásicos como: Esquilo, Heródoto, Shakespeare, Cervantes, Goethe, Thomas Mann, Leopardi, Carducci, D’Annunzio, Hegel, Nietzsche, Schopenhauer, Heine, Herder, Spengler, por mencionar algunos, que todavía representan la sabiduría del mundo. Enfatizó el crítico, en que hay que distinguir los autores universales de los autores de moda. En esa línea no solamente cuestionó la pobre cultura colombiana, también hizo una crítica a la decadencia cultural de Europa:

[...] las patrias de Petrarca y de Nietzsche no ofrecen sus antiguas glorias: la desazón del hombre moderno, [su] angustia, proviene de un mundo que ha nacido con el maquinismo y al cual el hombre no ha podido todavía adaptarse porque sus sentidos, sus hábitos mentales permanecen entre moldes caducos. En la rapidez todo pierde la individualidad para integrarse en el conjunto. La velocidad ha revelado la belleza de la línea recta. Es la liberación de la energía, la victoria del hombre sobre el espacio. Hay que aprovechar todos estos elementos, pero realizar un esfuerzo supremo por conservar la vida interior, aquella adorable penumbra del alma donde han nacido las obras maestras.<sup>506</sup>

---

<sup>505</sup> *Ibíd.*, p. 776.

<sup>506</sup> Citado por Villegas, 1944, p. 4.

Vuelve al refugio de Proust una y otra vez. Él lo salva de la inmediatez del ejercicio periodístico en el que su prosa de vena literaria, naufraga muchas veces en la novedad de la noticia diaria y apremiante: una faena que nace y muere de los rescoldos de la imaginación.

### **Literatura: entre política y arte**

Párrafos atrás se señaló que el Semanario *Mundo al Día* de Arturo Manrique significó para Hernando Téllez, en 1925, su ingreso a los quehaceres periodísticos; oficio que ejerció durante toda su vida. Luego, como redactor en 1929 de la crónica judicial en *El Tiempo*, diario que ya tenía en su haber un largo y merecido reconocimiento dentro de la prensa colombiana, destacó por sus dotes de narrador de la vida cotidiana capitalina y pasó a escribir su propia columna titulada “El espejo de los días”. El interés de estas crónicas radica en que el columnista toca temas diversos y cotidianos; desde los más triviales hasta una mirada aguda de la política y la crítica literaria. Tópicos como el fútbol, el golf, el intermedio en el cine, la lluvia, libros escritos por sus amigos literatos y también por sus oponentes políticos, alcanzaron en la pluma de Téllez, un análisis presentado en un lenguaje fluido y ameno. Se pueden agrupar estos escritos en tres macro-intereses: el de la política, el de la literatura y, el de lo cotidiano, que tiene como intención hablar de los estragos de lo moderno. Por eso se detalla a continuación el trabajo realizado con esta columna periodística.

### **El Espejo de los días: del trasegar periodístico a la creación y la crítica literaria**

#### **La política**

La vida capitalina de la Bogotá de 1935 estaba viviendo un período de agitación debido a los cambios suscitados por La Revolución en Marcha de Alfonso López. En este cambio de gobierno se condensaron las tensiones políticas, económicas e ideológicas que coexistían en el país como eco de estas mismas crisis que se estaban dando a nivel mundial. Se podría decir que el peso ideológico era el que determinaba el rumbo a seguir de los aspectos

---

político y económico. El avance de los cables telegráficos de la prensa permitía conocer de manera más inmediata lo que estaba sucediendo en el resto del mundo. Siendo las cosas así los comentarios diarios alternaban indistintamente entre las bondades o no del capitalismo, el comunismo, las ideas fascistas y, en general, las ideas de derecha e izquierda dominantes en el panorama no sólo internacional sino nacional.

Las discusiones coyunturales sobre estos temas se dieron tanto en la prensa agrupada en torno a un círculo intelectual amplio, como en centros educativos; las universidades empezaron a generar polémica sobre todo porque en el ámbito académico había una cierta identificación con las ideas marxistas que se oponían de manera tajante al conservadurismo, ligado históricamente con las ideas de derecha. A estos hechos internacionales se sumaba el desconcierto en los conservadores por el vuelco en las costumbres que pensaban implantar los liberales. La prensa canalizaba todo este flujo de malos entendidos y Téllez, aunque profesaba un partidismo ajeno a la contienda política “vulgar” y superficial, no podía sustraerse de manera completa como intelectual de participar con su pensamiento y su pluma en las asuntos políticos.

La columna “El espejo de los días”<sup>507</sup> corresponde a este período circunstancial de provocaciones exaltadas. Varios de los escritos publicados se centran en el político disidente que tiene “hipertrofiado” el propio sentido del valer. Ante la negativa de los conservadores de participar en las elecciones de mayo para proveer los cargos de parlamentarios y asambleístas, el ensayista manifiesta su fastidio y crítica la pedantería de los contrincantes quienes se atribuyen la personería del pueblo. Al respecto escribe:

El disidente se considera el ombligo de la república. Piensa que el país no tendrá leyes sabias, ni enderezará por caminos de abundancia su parva economía, ni la justicia social podrá sentar sus reales en Colombia, si él no está presente en los cabildos, en las asambleas, en las cámaras legislativas, distribuyendo los tesoros de su palabra, de su finísimo sentido político, de su inteligencia singular, de su ejemplar carácter, si no está allá, en fin, para demostrar que el pueblo no equivocó su destino al convertirlo en la expresión humana más cabal de todas sus aspiraciones.<sup>508</sup>

---

<sup>507</sup> Esta columna salía en la sección “Cosas del día” del periódico *El Tiempo*, no se puede precisar con exactitud la página, pues a veces aparecía en la página primera o en la cuarta. La periodicidad también es un poco inexacta, pues en ocasiones se publicaba de manera diaria y otras con intervalos de varios días.

<sup>508</sup> Téllez, 1935.

Sin embargo, según se colige de escritos anteriores de Téllez, el pueblo si se equivocó al perpetuar en el gobierno, durante tantas décadas, al partido conservador responsable del retraso y el letargo del siglo XIX. Observa el columnista que el “ritmo vital” se corresponde perfectamente con la anacronía del tiempo en una república “fósil” en la que no se tenía noticia exacta sobre lo que en verdad fuese la plusvalía, el tranvía eléctrico y la fotografía con arco voltaico. La República liberal, la cultura aldeana, la especialización universitaria y la estratosfera eran un cuento de hadas para los conservadores.<sup>509</sup>

Las conferencias que ofrecía por esa época la Casa Liberal,<sup>510</sup> hacían un análisis espectral de las equivocaciones históricas y sustanciales en que había incurrido el partido conservador, y esta puesta en escena la aprovechaban los columnistas para pronunciarse al día siguiente en las editoriales del periódico o en la crónica habitual y, así, denunciar los atropellos del oponente y ensalzar las virtudes del conferenciante y, por tanto, del liberalismo.<sup>511</sup>

Cabe señalar, que aunque Téllez se caracterizaba por la sobriedad y la prudencia en los juicios, caía en ocasiones en opiniones partidistas al destacar las virtudes oratorias de sus copartidarios. El juicio certero y ecuánime aplicado en sus disertaciones intelectuales sobre el arte y la literatura, pierden potencia de objetividad y distancia con respecto al ambiente político. A veces se hace difícil distinguir en algunas de sus columnas, la claridad de espíritu ideológico de la elocuente retórica con la que se va lanza en ristre contra los Leopardos,<sup>512</sup> intelectuales de derecha del partido conservador. Las columnas de febrero y junio de 1935 están dedicadas a Augusto Ramírez Moreno. En la primera de ellas, Téllez con fino humor se burla de las “excentricidades” del Leopardo, al señalar las “patéticas” esperanzas que el político tiene de que nuevamente se dé el advenimiento del partido conservador al poder, mientras ello sucede, Ramírez Moreno aspiraba a crear su propia campaña de “cultura urbana” dentro del partido conservador –en oposición a la de cultura

---

<sup>509</sup> Cfr. Téllez, 1935.

<sup>510</sup> La Casa Liberal se abrió en Bogotá con fines electorales y sociales. Allí se daban conferencias que invitaban a los adeptos al partido y a los sindicalistas a escuchar propuestas que tuviera el gobierno en ciernes.

<sup>511</sup> Téllez alude a las conferencias dadas por Abelardo Forero Benavides, Francisco Umaña Bernal y Jorge Padilla. “El espejo de los días. (1935)” *El Tiempo*, columnas del 21 de marzo y el 3 de abril.

<sup>512</sup> Ver capítulo 2.

aldeana de la República Liberal— con la intención de enfatizar y realizar las iniciativas siguientes: “Monopolio por parte del Estado para la fabricación de corbatas, monopolio para uso de los esdrújulos, y monopolio del cultivo de las orquídeas”.<sup>513</sup> En la columna del 23 de junio “Azares y contradicciones de un Leopardo”, Téllez se vale de un libro de Ramírez Moreno titulado “Episodios”, para poner de relieve la contradicción del autor con respecto a las relaciones con Estados Unidos que son benéficas para Colombia<sup>514</sup> siempre y cuando no partan de las políticas de apertura hacia el exterior promulgadas por el gobierno de López. La intención era desvirtuar esta política y pedirle a Olaya Herrera que cesara en el manejo protocolario que en el momento había con Washington.<sup>515</sup>

El “tira y afloje” entre las adhesiones conservadoras y las liberales era un enfrentamiento que no acababa. Una y otra vez los corresponsales de ambos partidos arremetían y criticaban las falencias de un ejercicio informativo que había devenido en pseudoperiodismo. Téllez es escueto al afirmar que el corresponsal conservador era un hombre que había perdido el juego de las distancias, que las barajaba como un miope, las confundía y desorganizaba, movilizado, en ese anárquico afán, por el ímpetu de la pasión política que le enajenaba el sentido justiciero de la crítica, y le alteraba el acto sencillo de mirar, de saber mirar.<sup>516</sup> En este sentido, alertaba, al igual que Sanín Cano y Zalamea, sobre el manejo de la información cuyo afán prioritario era desinformar y desfigurar el perfil de la República, además de magnificar de manera grotesca los hechos (se refiere a los titulares sensacionalistas de *El Siglo*, “Sigue la matanza de conservadores por parte de los liberales). Sin embargo, la revista *Crítica* de Zalamea también hacía uso de este tipo de titulares en demérito del bando contrario. Téllez reflexionaba sobre el ejercicio periodístico y confrontaba a los periodistas conservadores empeñados en una campaña de desprestigio del gobierno liberal:

---

<sup>513</sup> Téllez, 1935.

<sup>514</sup> Decía Moreno que, “Nuestros objetivos políticos no pueden realizarse sin que Washington sea uno de los esenciales elementos de juicio; por otra parte el centro financiero y económico de esta República se encuentra en New York y no en Londres, en París o en Tokio. Si los Estados Unidos desaparecen del mapa, nosotros estaríamos cerca de nuestra definitiva pérdida”. Téllez, 1935.

<sup>515</sup> Téllez se refiere a las discusiones que por esa época se dieron en el parlamento a raíz del Protocolo de Río, para entonces Olaya Herrera era el ministro de Relaciones Exteriores y debía rendir información sobre los acuerdos generados para la solución del conflicto.

<sup>516</sup> Cfr. Téllez, 1935.

Nos parece que el hermoso oficio de corresponsal periodístico está sufriendo en los servicios de la prensa conservadora, una falsificación cada vez más acentuada, una desfiguración de sus fueros, de su índole, de lo que es o debía serle característico. Los corresponsales conservadores no se consideran con la misión, que es la que les corresponde, de mirar los hechos acaecidos en su contorno con ojos limpios de pasión y de sopesarlos con ánimo aligerado de odio banderizo. Es seguro que estimen que en la adulteración maliciosa de los sucesos, en la calumniosa hinchazón de los detalles, en la apasionada presentación de las circunstancias y hasta en el acopio de los más feos vocablos, se basa el éxito del trabajo que les fue encomendado.<sup>517</sup>

La República es cada vez menos una idea política sana y más una simulación ficcional y ficcionalizada, hay que desfigurar el perfil de la República porque con ella también se desdibujan los propósitos del liberalismo.

### **Lo cotidiano**

Este tema lo desarrolló en concordancia con lo político y por supuesto con esa sensibilidad crítica que va a marcar el derrotero de sus más lúcidas apreciaciones crítico-literarias. No puede ser de otra manera, pues la mirada de lo cotidiano está atravesada por los cambios vertiginosos y muchas veces desfavorables propuestos por una política de avanzada en el plano internacional y que pocas veces se logra concretar de forma benigna para la sociedad colombiana. Lo interesante de leer las columnas de Téllez que tocan estos aspectos de expansión y repliegue al mismo tiempo, es que brindan una idea del imaginario social de dicho período y de las diversas mentalidades que convivían en un país como Colombia abierto desde siempre de modo indiscriminado a las influencias extranjeras. A través de esas breves apreciaciones Téllez recrea no solo el clima de opinión que ocupaba y enfrentaba a los intelectuales sino que aporta al estudio del pensamiento político y para el caso literario del período. Febvre, citado por Chartier,

[...] postula para una época dada, la existencia de “estructuras de pensamiento”, gobernadas por las evoluciones socio-económicas que organizan tanto las construcciones intelectuales como las producciones artísticas, tanto las prácticas colectivas como las ideas filosóficas.<sup>518</sup>

Téllez va develando ese mundo representado al convertirse en ese observador de las minucias de la sociedad. Lo que aparentemente es anodino y pasa desapercibido para los

---

<sup>517</sup> Téllez, 1935.

<sup>518</sup> Chartier, 2005, p. 8.

demás, para el cronista adquiere relevancia y esto le permite ir bosquejando un perfil de la aldea que se transforma en urbe con los efectos y consecuencias derivados de ese cambio. La influencia del ocio contemplativo y productivo heredada de la lectura de Marcel Proust, lo llevó a escribir una columna que trataba sobre la “pérdida” de tiempo en todos los órdenes, no sólo del espíritu sino del desatado de la lentitud de los procesos generados por una burocracia estatal, la cual no se mueve al ritmo de las acciones de modernización que tanto preconiza. Los conservadores en medio de la batalla por la secularización del pensamiento colombiano siguieron comerciando con el cielo, ofreciendo prebendas y bulas para el más allá sin caer en la cuenta de que el “más acá” se agotaba en el sustento del día a día para los pobres y en los desgastes retóricos para la clase supuestamente letrada. La competencia desmedida en las tribunas de la prensa y el afán por aparentar modernidad y lucro llevó a Téllez a exclamar con cierta melancolía: “El tiempo se nos va de la mano, como el agua”. La noticia sobre el decomiso de relojes en gran cantidad, hecha a un señor de Bucaramanga, le sirvió para explicitar su teoría de los relojes:

El contrabando en relojes no parece ser negocio halagüeño en una república donde el deporte de mayor arraigo y de más dilatada práctica es precisamente el de perder el tiempo [...]. Para nada sirven aquí los relojes. Vivimos contradiciendo su utilidad, sentándonos a la orilla del tiempo [...]. Siempre que un colombiano mira el reloj es para constatar uno cualquiera de los siguientes hechos: cuántas horas lleva de charla, cuántas de atraso en el cumplimiento de una cita o qué cantidad de ellas puede todavía echar por el despeñadero del ocio. Como buena hija de España, Colombia parece estar recostada a la espalda del tiempo, en una siesta que ya se prolonga demasiado.<sup>519</sup>

La cita anterior ilustra un aspecto de la lentitud del cambio. En 1956 –veintiún años después–, la situación de y sobre la cultura en el país no había cambiado mucho, al menos así lo revelan los testimonios de los escritores, artistas plásticos, economistas, políticos, antropólogos y sociólogos, entre otros, que entrevistó J.M. Álvarez D’Orsonville para la radio revista “Colombia literaria”. Estos reportajes fueron transmitidos en su totalidad allí y luego publicados por el Ministerio de Educación Nacional bajo el título de *Colombia Literaria. Reportajes*.<sup>520</sup>

---

<sup>519</sup> Téllez, 1935.

<sup>520</sup> Álvarez D’Orsonville, 1956.

Álvarez D'Orsonville seleccionó preguntas similares para sus invitados, pero de acuerdo a su profesión o especialización a algunos de ellos les pregunto ¿Qué opinaban de la cultura colombiana? La mayoría de los entrevistados emitieron juicios desfavorables sobre la cultura en Colombia o a lo sumo, hablaron de excepciones e “islotes” que no lograban cohesionar una unidad cultural. Convinieron también en sus concepciones sobre la cultura como concepto, y lo interesante de ello fue la perspectiva múltiple de apreciación –que como ya se dijo– venía de diversas áreas del saber (literatos, políticos, antropólogos, etcétera). No obstante, un punto en común para la cabal comprensión y desarrollo de cultura en el país radicaba en la ausencia de “los estudios filosóficos, el conocimiento y degustación de las grandes obras clásicas de la literatura y del arte [y] el conocimiento de la historia”.<sup>521</sup>

En consonancia con las ideas de Téllez, Páez Patiño abogaba por una cultura espiritual y autónoma que incluyera dos notas esenciales: creación y personalidad. Las influencias foráneas son necesarias siempre y cuando se sepa tomar distancia para que la genuina creación del país imprima el sello de una personalidad definida, un inconfundible hálito de individualidad que contribuya, a su vez, a renovar y aumentar el acervo de la tradición cultural de la humanidad. Anota Canal Ramírez –otro de los entrevistados–, que vivimos de ciencia y de filosofía prestadas. Para él, Baldomero Sanín Cano es un erudito que lo mismo que colombiano, podría ser inglés. Guillermo Valencia hubiera podido cantar en Valencia o en Popayán, pertenecer al Parnaso Castellano, como perteneció al colombiano. Marco Fidel Suárez hubiera podido figurar en la península ibérica con don Julio Cejador y Frauca o con don Marcelino Menéndez y Pelayo. Se pregunta Canal Ramírez: ¿En qué cambia eso la situación cultural de Colombia? Y responde:

No es lo mismo tener hombres cultos y tener una cultura. Tenemos por ejemplo colombianos ricos. Pero no somos un pueblo rico. Tenemos industriales, pero no somos un pueblo industrial. Hemos tenido y tenemos sabios, investigadores, filólogos, poetas y prosistas para ostentar con decoro dentro del panorama de la cultura universal. Pero no hemos tenido cultura colombiana.<sup>522</sup>

En consecuencia:

---

<sup>521</sup> Páez Patiño, 1956, p. 193.

<sup>522</sup> Canal Ramírez, 1956, p. 40.

Los nombres de Francisco José de Caldas, Baldomero Sanín Cano, Luis López de Mesa, Félix Restrepo, Roberto Jaramillo, Jorge Zalamea Borda, Eduardo Zalamea Borda, Eduardo Caballero Calderón, José María Restrepo Millán, José Manuel Rivas Sacconi, Germán Arciniegas, Enrique Pérez Arbeláez, Jesús Casas, Hernando Téllez, Eduardo Santos y Laureano Gómez, entre otros, que han abanderado procesos intelectuales, funcionan “como islotes iluminados de esfuerzo y de entendimiento, especímenes disociados a lo largo de nuestra historia, cuya singularidad constituye acaso su mayor valor”.<sup>523</sup>

Se hacía explícito en las respuestas dadas por los intelectuales a la encuesta que no solamente se debía europeizar al pueblo, ante todo había que colombianizarlo. No se debía olvidar la función social y nacional de la cultura, había que expresarla con un lenguaje propio, con un contenido nacional aplicado a la situación colombiana, con métodos y escuela propios, sin reñir con el concierto del escenario universal. Europa era la fuente, Colombia la savia.

Sin embargo, aunque Téllez abogaba por estos mismos propósitos, no lo hacía influido por un nacionalismo estrecho que para él era una de las graves taras que tenía el país. En “Vulgaridad y cultura” (1954)<sup>524</sup> ya había llamado la atención en lo referente a la faena cultural en la nación, advirtiendo sobre los peligros de una “masificación” de la cultura y un énfasis demasiado nacionalista, derivado de una concepción cultural más que política y social, partidista y económica. Dos años después, García, respondiendo a la entrevista de Álvarez D’orsonville coincidía con Téllez al afirmar:

La cultura nada tiene que ver con la aptitud o las necesidades de los pueblos, sino con la constitución política de la sociedad: en la nuestra, la cultura no es un bien espontáneo, sino una mercancía cara, inaccesible a las manos del pueblo. Nuestras clases pobres no pueden comprar cultura, ni las clases ricas quieren adquirirla; las unas QUIEREN pero no PUEDEN; las otras PUEDEN pero no QUIEREN. Nuestras clases altas no han necesitado de la cultura para mantener su poder económico, ni para afianzarse social y políticamente; les basta mantener al pueblo en la degradación cultural, en la ignorancia absoluta y sembrada de supersticiones, para que su imperio no sufra menoscabo.<sup>525</sup>

Lo que Téllez veía era una especie de fanatismo y proselitismo por parte de los partidos, un afán de insertar a las masas pero con la ambición de poder y lucro. Para él la

---

<sup>523</sup> *Ibíd.*, pp. 38 y 39.

<sup>524</sup> Téllez (1954). “Vulgaridad y cultura”, publicado originalmente en *El Tiempo* (Suplemento Literario), 21 de marzo. Recogido en: Hernando Téllez, *Nadar contra la corriente. Escritos sobre literatura*, 1995, pp. 119-124.

<sup>525</sup> García, 1956, p. 87.

faena cultural implicaba una inconformidad, una contrariedad sobre la cual debían trabajar con pleno gusto los dirigentes de los pueblos, y con ellos sus artistas, sus escritores y sus intelectuales. No obstante, la realidad era otra y la mirada desoladora que Téllez extiende sobre la ciudad y la pobre cultura capitalina, le redescubren una urbe desconocida que continua de espaldas a los efluvios benéficos del alto mundo cultural allende los mares. La precaria civilización se solaza en su “ficción” de una realidad colombiana en la que conviven el feudalismo obcecado de los terratenientes y los escarceos modernos de la élite.

Mientras tanto, en el extramuro bogotano, la otra cara de la miseria de la ciudad seguía su curso inexorable, la vida imperante del “hacinamiento humano, la insalubridad, el hambre, la mugre, en una palabra, las vacaciones totales que allí tiene el Estado que originan un método singularísimo y peligroso, para el pueblo poder subsistir a medias y jugarle todos los días a la muerte y a la autoridad una chanza ingeniosa.<sup>526</sup> Esos son los males por combatir, porque el pueblo no entiende que se está haciendo lo mejor para que se culturice y salga de la miseria –rezan los eslogan de los partidos–, y la masa amorfa se va compactando y empieza a tomar forma de aullido, el odio por la desigualdad crece en los corazones, una incipiente pero potente llama adquirirá las proporciones de una tea encendida que arrasará la ciudad durante los disturbios del 9 de abril de 1948, hay una esperanza latente en el horizonte, la figura de Gaitán crece a pasos agigantados, y un ensayista como Hernando Téllez ya lo había visionado en sus columnas de 1935 y los años siguientes.

### **La literatura**

El tercer aspecto abordado por Téllez en su columna “El espejo de los días” se relaciona con la literatura, en esencia los escritos publicados en *El Tiempo* sobre este tema siguen enfocados, en parte, hacia la contienda partidista, pero también aprovecha para destacar en algunos de ellos las dotes de escritura de varios de sus compañeros de oficios periodísticos. En la columna del 2 de junio de 1935 le rindió homenaje a Forero Benavides. Allí explicitó su idea de la relación entre literatura, política y periodismo. Las tres deben representar

---

<sup>526</sup> Téllez, 1935.

esferas distintas y, a la vez, complementarias y así evitar juicios de valoración subjetiva. No obstante reconoció que el estilo sobrio de Forero Benavides, le permite trasegar con madurez y sutileza los linderos de estas tres áreas de opinión y de escritura. Téllez también reivindicó la labor del periodista-escritor y del escritor-político, pues estas funciones no deben reñir entre sí, salvo, como ya se dijo, se pierda la perspectiva de una crítica seria y diáfana. Él cree que Forero Benavides logró, como pocos, establecer los límites entre el trabajo diario del periodismo y la creación artística de una obra literaria que ha ido “afinando” el sentido de la propia crítica, lo cual se constituyó en el principio racional de la crítica sobre los demás. Es Forero Benavides un ejemplo de fidelidad a la profesión, conserva el tono exacto, la justa medida de lo que se señala como esencialmente periodístico.

De igual manera, habló de las virtudes literarias y de orador que ostenta Armando Solano,<sup>527</sup> a quien le admiró la concisión del estilo y el trabajo social que encarna como intelectual al defender a la masas campesinas como proyecto social y cultural de la República Liberal. En resumen, “El espejo de los días” fue durante su tiempo de publicación, un valioso análisis de la situación cultural colombiana que registró no sólo contiendas políticas sino también comentarios sobre autores, obras y ante todo, la transparencia que debía reflejar el ejercicio del oficio periodístico.

Téllez también publicó de manera regular en *Sábado*, editorial del periódico *El Liberal* de 1943 a 1957. Era un Semanario para todos. Al servicio de la cultura y la democracia en América Latina, según rezaba el lema de la publicación. En sus 14 años de existencia tuvo dos épocas dirigidas la primera, por los fundadores Plinio Mendoza Neira<sup>528</sup> y Armando Solano –quien se retira en 1945– y, la segunda, por Abelardo Forero Benavides.<sup>529</sup> La historia del Semanario *Sábado* como todas las de la prensa de la época está circunscrita a las circunstancias políticas y sociales presentadas en el gobierno de turno en el poder. Es significativo tener en cuenta este aspecto porque 1943 estaba marcando el final de la

---

<sup>527</sup> Téllez, 1935.

<sup>528</sup> Liberal doctrinario.

<sup>529</sup> Bajo la dirección de éste el semanario va a adquirir un tinte más político, en contravía de la cultura democrática que los fundadores posibilitaron en sus inicios.

República Liberal –que cronológicamente fue hasta 1946– y los liberales que aún creían en los proyectos propuestos por su gobierno seguían empeñados en sacarlos adelante. Es el caso de los creadores de *Sábado*, quienes no tuvieron en mente una publicación partidista y sectarista, sino más bien una circulación de avanzada que concretara un “liberalismo cultural”, no un liberalismo político.

No obstante, la tarea y la intención no son fáciles de llevar a cabo. En 1943, fue reelegido para su segundo cuatrienio presidencial Alfonso López Pumarejo, con quien no todos, los liberales estaban de acuerdo incluyendo a los directores del Semanario. De otro lado, se avizoraban en el horizonte los hechos funestos del 9 de abril de 1948, los cuales inauguraron con sangre el denominado período de la Violencia en Colombia. *Sábado* siguió existiendo y publicando en medio de esta atmósfera e, incluso, durante la dictadura del general Rojas Pinilla quien implementó, como otros gobiernos, la censura a la prensa. Los propósitos democráticos de *Sábado* se reflejaban en la inclusión de artículos escritos tanto por liberales como conservadores, por eso permitió la participación de intelectuales de derecha como Silvio Villegas y Francisco Socarrás. Una de las carátulas del semanario<sup>530</sup> estuvo dedicada a Laureano Gómez y esto refrendaba el ideario liberal de la circulación, pensado en términos de una mentalidad abierta, propiciadora del encuentro cultural entre el pueblo, sus dirigentes y sus intelectuales (Ver Figura 5).<sup>531</sup>

### **Figura 5. Laureano Gómez**

---

<sup>530</sup> *Sábado*, 1943, p. 1.

<sup>531</sup> Vale la pena destacar que *Sábado* incluyó y diseñó una sección exclusivamente para mujeres llamada “Sábado para vosotras” que, aparte de las consabidas frivolidades para amas de casa – moda, belleza, cocina, hogar, gimnasia, concursos y encuestas por montones, consultorio amoroso, etc., [promovía] a la mujer como persona capaz de participar activamente en la vida pública”. Torres Duque, 1991.



Fuente: Luis Enrique Osorio, “Laureano Gómez”, *Sábado*, 24 de julio de 1943.

El periodista Luis Enrique Osorio publicó una entrevista que le hizo al líder conservador ante los rumores existentes sobre su retiro de la política. El jefe conservador hablaba de asuntos como la pobreza geográfica de Colombia y el intervencionismo de Estado, entre otros asuntos coyunturales de la política colombiana.

El Semanario *Sábado* buscaba de este modo que, la política, la poesía, el ensayo, la moda y, en general, la actualidad, se dieran cita en estas páginas. Nombres destacados como: Baldomero Sanín Cano, Eduardo Carranza, Abel Naranjo Villegas, Belisario Betancur, Julio César Turbay Ayala, Eduardo Caballero Calderón, Luis Eduardo Nieto Arteta, Jorge Zalamea y Hernando Téllez, orientaron el componente literario del semanario.<sup>532</sup>

Aunque la participación de Téllez en *Sábado* fue breve, de 1943 a 1944, alcanzó a publicar 33 textos<sup>533</sup> divididos en: “Bagatelas”, “Páginas de un Diario”, “Teorías” y temas varios

<sup>532</sup> Para una información más completa sobre el tema leer el artículo de Óscar Torres Duque, “*Sábado*: crónica de un semanario democrático”, 1991.

<sup>533</sup> Bagatelas sobre la muerte, la vejez, del amor, del olvido, sobre la infancia, la juventud, la soledad. “Barbarie y civilización de la gula”, “Breve ensayo sobre la costumbre,” “Dos mundos” (sobre las mujeres),

sobre literatura, el mundo, los políticos, los escritores y las mujeres. Los juicios emitidos sobre la literatura estaban siempre en estrecha relación con lo cultural, lo social y lo político, pues la preocupación de Téllez como intelectual indagaba sobre cómo tejer esa ligazón entre el arte y lo político-social, sin que el primero sufriera menoscabo por estar al servicio del segundo. De ahí que para él, los líderes políticos debían encarnar lo mejor de las virtudes del estadista como conductor y del intelectual como pensador. Utilizando como excusa el libro de Maurice Muret, un escritor francés que habla de la “Grandeza y destino de las minorías”, Téllez tiende puentes de análisis para, a su vez, preguntarse sobre el papel de las minorías en la sociedad colombiana. En tal sentido concluyó:

Es indudable, que sin el concurso de las minorías selectas, de los grupos dirigentes, superiores por la calidad intelectual al resto de la comunidad, es decir, sin la presencia arrebatadora de las grandes personalidades, el progreso del mundo no se habría operado en todos sus diversos órdenes, tal y como aparece evidente a través de la historia [...] el “líder”, el conductor actual de pueblos [debe] estar rodeado en primer término, del selecto grupo de las minorías intelectuales encargadas naturalmente de exaltar su condición, sus méritos, su poder, su influencia, sus capacidades rectoras, las virtudes de su personalidad, las dotes de su inteligencia, las condiciones de su carácter.<sup>534</sup>

En consecuencia, los buenos gobiernos deben acompañarse de intelectuales honestos y abiertos que les ayuden a realizar su labor cultural para con la sociedad. No se deben amedrentar ante la oposición férrea y feroz que les hacen quienes en la República continúan de espaldas a la modernidad viviendo todavía en un ambiente rural y clerical.

Como políticamente era poco lo que podía hacer un intelectual que no estuviera doctrinariamente adscrito al partido, la misión se trasladaba a la función del escritor. Por eso Téllez encontraba consuelo y explicación a estos fenómenos de su país leyendo y explorando una y otra vez a sus amados autores franceses. Al igual que Proust le había descubierto la Atlántida literaria del recuerdo, la contemplación y la memoria, André Gide le había mostrado la “luz y sombra” del misterio humano. Manifestaba abiertamente su

---

“El ministro Echandía”, “El teatro, el público y el autor”, “Elegía del tiempo viejo”, “Elogio de Armando Solano”, “En el alba de la paz”, “Escena en la casa del sastre”, “Explicación de la belleza”, “Grandeza y destino de las minorías”, “Juguetes”, “La querella con Dios”, “Luz y sombra de Gide”, “Mientras el viento pasa”, “Páginas de un Diario: Un instante de soledad-Paraiso perdido”, “Adiós a la infancia”, “El despojo-el niño judío”, “Emma Bovary, los dos reinos”, “Sanín Cano”, “Teorías: de la gracia, de la moda, “Una victoria de la obstinación”, “Uslar Pietri novelista”. Generalmente estos textos se publicaban en las páginas 2a, 4a y 5ª del Semanario.

<sup>534</sup> Téllez, 1944, p. 4.

admiración por el pensamiento del escritor francés que le había proporcionado muchas horas de honda inquietud intelectual, de placer de la inteligencia y de satisfacción estética. Largas horas en las que había meditado sobre el cautivante y extraño misterio de la persona humana, sobre las accidentadas leyes del mundo moral y del mundo de la razón, sobre el arte y la vida que eran su razón de ser.<sup>535</sup>

En este orden de ideas, “el servicio civil obligatorio de la literatura”, debe constituirse, según Téllez, en un pacto entre naciones, en una teoría científica, una reglamentación industrial, el credo de un partido político. La literatura es un ingrediente que, usado en la dosis adecuada —esto es, que no caiga en la propaganda o el discurso panfletario—, puede ayudar al Estado en la misión de mejorar la condición humana y con ello la sociedad podrá aspirar al ejercicio de la democracia del espíritu. Sin embargo, aclara que no significa que la literatura o de manera más general, el arte, tengan específicamente la misión de salvar al hombre o de mejorar la condición humana. Hablaba de una contribución al progreso moral y espiritual, no desde un punto de vista absoluto como, por ejemplo, el de la religión. La literatura, en cualquiera de sus manifestaciones, es una expresión del enigma del hombre. Pero, en rigor, la literatura no propone una solución de ese enigma, ni lo resuelve. Lo expone, lo analiza, lo muestra en todos sus aspectos.<sup>536</sup>

### **Jorge Zalamea: ¿Una militancia literaria?**

*Muchas veces lo he pensado, y algunas lo he dicho, que el deber de los intelectuales ante este naufragio del hombre, ante este desolado crepúsculo del humanismo era dar la voz de alarma y correr al rescate de quien se hundía irremisiblemente bajo el peso de los disfraces con los cuales, por quién sabe qué supervivencia de creencias mágicas, creyera salvarse de la inseguridad vital, del terror a su semejanza. Y he creído siempre que el liberalismo era el más apto para este rescate, para esta salvación del hombre.*<sup>537</sup>

---

<sup>535</sup> Téllez, 1944, p. 5.

<sup>536</sup> Cfr. Téllez, 1951, pp. 17-34.

<sup>537</sup> Zalamea, Jorge “Discurso de inauguración del Instituto “Benjamín Herrera” En: Cobo Borda (Editor). (1978). Jorge Zalamea. *Literatura, Política y Arte*, p. 709. (En adelante se sintetizará en las siglas LPA).

## La encrucijada entre literatura y política

En 1933 Jorge Zalamea dirigió desde Londres una extensa carta a Alberto Lleras Camargo y a Francisco Umaña Bernal, ambos, integrantes del grupo *Los Nuevos* del que también hacía parte él mismo. Dicha misiva lleva el título, “De Jorge Zalamea a la juventud colombiana”,<sup>538</sup> y sirve de pretexto al ensayista para reflexionar, de manera amplia, sobre la condición generacional y de compromiso político y literario que le correspondió realizar a la generación del Centenario. Su extensa diatriba se centra en las razones que diferencian o deberían diferenciar las posturas político-literarias de las dos generaciones<sup>539</sup> en cuestión. Se pregunta aquí Zalamea indirectamente sobre su propia condición intelectual: o político o literato, dado que como se ha referenciado en páginas anteriores, la función política y literaria se juntaban en una sola. Zalamea no aprueba que su promoción deba involucrarse en las lides políticas, pues la anterior, o sea la de Bolívar, rindió su “capacidad creadora al fragor de la batalla y la voracidad quemante de la pasión política”; y la del Centenario, condujo a la República por “atajos y trochas que no debió conocer nunca”.<sup>540</sup> No obstante estas objeciones que iniciando la década del treinta opone Zalamea al verdadero sentido y misión del literato, se une tres años más tarde al proyecto liberal de Alfonso López. Junto con Alberto Lleras se convirtió en el mentor intelectual de la propuesta educativa y cultural de La Revolución en Marcha.<sup>541</sup>

¿Qué había pasado en este lapso de tiempo para que Zalamea de alguna manera se volviera contra sus propias palabras? Si antes había acusado a *Los Nuevos* de transferir sus intereses literarios a los políticos, despojándose de la máscara para poder acceder a las preeminencias, agasajos y triunfos que sólo la política puede dar. ¿Qué hacía él, entonces,

---

<sup>538</sup> Zalamea, (1933). Recogido en, *LPA*, 1978, pp. 21-56.

<sup>539</sup> Para *Los Nuevos*, la Generación del Centenario adolecía de dos graves defectos: una especie de falso romanticismo que se expresaba en la predisposición a simular buenos sentimientos, y cierto provincianismo que les hacía vivir ausentes de las más hondas y complejas preocupaciones del mundo contemporáneo. La promoción que irrumpía ahora en asalto, tenía la pretensión de realizar un arte, que a la vez, fuese más sincero, más humano y más universal. Zalamea, 1978, *LPA*, p. 591.

<sup>540</sup> Zalamea, 1978, *LPA*, pp. 21-56.

<sup>541</sup> Juan Lozano y Lozano, publica el 9 de septiembre de 1944 en el semanario *Sábado*, p.1, una breve semblanza biográfica de Zalamea. Allí manifiesta su prevención con respecto a la filiación lopista de Zalamea, con la cual él no está de acuerdo a pesar de ser liberal. Pero reconoce sus dotes literarias y el influjo de su personalidad apabullante.

sirviendo de secretario y de ministro a un presidente que se ubicaba, cronológicamente, en la generación del Centenario?, ¿qué lo ligaba al presidente López?

Estos interrogantes se responden aclarando de entrada que Zalamea no fue contradictorio con sus palabras de 1933. Su fuerza combativa se había dejado sentir desde muy joven en las reuniones que *Los Nuevos* tenían en el café Windsor. Allí había alternado con León de Greiff, Germán Arciniegas, Rafael Maya y Luis Vidales, entre otros, todos ellos mayores que él. En esos momentos de su vida lo único que pasaba por su cabeza eran los ideales “románticos” de enaltecer la literatura nacional y subsanar la carencia de una escala de valores que generaran conciencia e independencia. El viaje emprendido de 1925 a 1927 por México, Centroamérica y Costa Rica, le sirvió no sólo para publicar su primera obra de teatro (*El regreso de Eva*) en esta última, sino para dar el salto que lo llevaría a Europa, particularmente a España y allí nutrirse de la modernísima vida literaria representada en la Generación Universitaria<sup>542</sup> o de 1930, la cual integraban: Jorge Guillén, Rafael Alberti, Luis Cernuda, Gerardo Diego, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Juan Larrea, Pedro Salinas<sup>543</sup> y Federico García Lorca.<sup>544</sup> Con este último sostuvo un fuerte lazo afectivo interrumpido por la muerte de Lorca durante la Guerra Civil Española.<sup>545</sup>

En consecuencia, Zalamea había ampliado su horizonte cultural España, también en Francia e Inglaterra. A las ideas retardatarias del Centenarismo quería oponer la cultura y la educación y los llamados a hacer estos cambios eran *Los Nuevos*, porque ellos como

---

<sup>542</sup> Es más conocida como la Generación del 27 y la mayoría de sus integrantes estuvieron comprometidos con la II República Española (1930-1936). Se oponían en algunos aspectos a la Generación del 98, sobre todo en lo concerniente al hispanismo cerrado de varios de sus miembros. Herederos de las influencias vanguardistas de la década del veinte, se caracterizaron al inicio por una búsqueda y defensa del arte por el arte, una especie de “arte deshumanizado”. Al darse la Guerra Civil (1936-1939), varios de ellos escogieron el exilio y viajaron a países latinoamericanos. Pedro Salinas, por ejemplo, pasó una corta temporada en Colombia.

<sup>543</sup> Los jóvenes del 27 son cosmopolitas: viajaron como lectores a universidades extranjeras (Salinas y Guillén a París; Dámaso a diversos puntos de Alemania, Inglaterra y Estados Unidos; Gerardo Diego a Francia, etcétera). No forman, los autores de esta generación, un grupo compacto con una ideología propia, como tampoco lo hicieron sus antecesores del 98. Su tema es la renovación de la lírica. Influyó mucho en ellos al principio, la teoría de la “Deshumanización del arte” diagnosticada por José Ortega y Gasset en 1925, en la cual analizó las tendencias literarias y artísticas de después de la primera Guerra Mundial (1914-1918) y las caracterizó como arte deshumanizada. Ortega aportó una visión crítica y en cierto modo descriptiva de la estética del 27.

<sup>544</sup> Cfr., Mutis, 1978, p. 849.

<sup>545</sup> Jorge Zalamea le dedica un bello ensayo que titula “Federico García Lorca. Hombre de adivinación y vaticinio”. Zalamea, 1978, *LPA*, pp. 802-810.

escritores podían lograr mayor conciencia, independencia y severidad en la crítica. Para Zalamea, era necesario luchar “contra la blandura, miopía y falsedad que campeaban en la literatura del Centenario”,<sup>546</sup> en procura de una literatura que en vez de tener la medida de la apariencia tuviese la medida del hombre. En este sentido acusaba sin escrúpulos, de “inconsciencia”, “debilidad”, “histrionismo” y “mezquindad” a los gobernantes que habían defraudado el destino de la nación entregando un Estado artificial que no acertaba a producir orgullo ni regocijo en sus habitantes. La tarea consistía en demoler esas estructuras caducas, derrocar a los simuladores de la democracia, a los falsos políticos y sus improvisadas administraciones y esa misión le competía a la literatura como arte: ella debía añadir al concepto de Estado, la voluntad de orden, de verdad y de conciencia. Solamente un político –según Zalamea–, estaba dispuesto a trabajar en esta propuesta y ese era, Alfonso López Pumarejo. A Zalamea y a López los unía, además de la misma idea de liberalismo, una manera de pensar y de sentir el país que se traducían en la reforma cultural y educativa, cuya meta se orientaba a restaurar la realidad de la nación al barrer la falsa cultura e instaurar una más auténtica basada en el conocimiento. Zalamea se declara seguidor del progreso, pero más que material, humano. Él cree que la educación es pilar del adelanto social y esa situación le corresponde solucionarla al Estado.

Araujo plantea que la colaboración de Zalamea con el régimen liberal de López no fue tanto política sino literaria y esteticista, postura que se corrobora con las publicaciones que más tarde esgrimirá contra las dictaduras como *La Metamorfosis de su Excelencia*<sup>547</sup> y el *Gran Burundún-Burundá ha muerto*.<sup>548</sup> Sin embargo, no se puede pensar esta

---

<sup>546</sup> Zalamea, 1978, *LPA*, p. 22.

<sup>547</sup> Zalamea. (1949). *La Metamorfosis de su Excelencia*. Publicada en *Revista Crítica* –cuyo director y propietario era Jorge Zalamea–. Con la intención aguerrida y satírica de oponerse y al mismo tiempo burlarse del feroz ambiente de censura que había en ese año. Estas palabras fueron las palabras introductorias que acompañaron la publicación: “Se escribió este relato en la ciudad de Bogotá, en los días finales del mes de octubre de 1949 bajo el terror de la época.” Zalamea, 1978, *LPA*, p.346. Anota Camacho Delgado, que “La metamorfosis de Su Excelencia es una sátira mordaz y corrosiva contra el poder absoluto, representado por un tirano cuya corrupción moral y física es sentida por su pueblo a través de la presencia inquietante y pegajosa de un olor putrefacto [“un soso olor de matadero”]. el relato lleva a cabo una denuncia sin paliativos de la dictadura como forma ilegítima de gobierno (2003, pp. 135-154).

<sup>548</sup> Zalamea (1952). *El Gran Burundún-Burundá ha muerto*. Publicada en el exilio en Buenos Aires en 1952. También aborda el tema del dictador en Colombia. Ha sido su obra más reeditada y traducida: al francés (1954); al alemán (1956); al griego (1957) con prólogo de Nikos Kasantzaki; y al checo (1962). El Prólogo se titula “Poeta y combatiente”, allí Kasantzaki valora a Jorge Zalamea como artista que logra “el muy raro equilibrio entre la pasión y el claro juicio; entre la belleza tangible y la idea abstracta”. En todas sus obras se

participación desligada de una idea de nación y de política. Zalamea estuvo comprometido con muchos procesos sociales y aunque su intención fue deslindar el arte del compromiso político, sí veía en él una función testimonial. Anota Araujo:

Para Zalamea escribir [equivalía] a una forma de activismo político que además, involucra la sublimación de una resistencia a los privilegios burgueses. En otras palabras, estos intelectuales, a pesar de ser cómplices de la oligarquía, se sentían inermes ante el drama social de su país como ante su propia vocación literaria: sólo respaldados por la causa sagrada de la educación de las masas o la defensa de sus derechos, se atrevían a ejercer una profesión mal remunerada y todavía confundida con la bohemia o con el diletantismo.<sup>549</sup>

La Revolución en Marcha de López incluyó al pueblo como agente activo y participativo, en la medida en que éste adquiriera carta de ciudadanía podía pensarse en un cambio de estructuras monolíticas. Vale mencionar que las aspiraciones se quedaron en proyectos, pues las tesis de López descansaban en un gobierno de partido que él sintetizaba en tres puntos vista: 1) el gobierno de partido como concepto político y administrativo, 2) como suceso histórico diferente de los gobiernos anteriores, ya se trate de la concentración de partidos, del gobierno republicano o “regenerador” y 3) como compromiso con los electores que lo llevaron a la presidencia de la República.<sup>550</sup> Ni los conservadores las aceptaban, ni los liberales derechistas las apoyaban.

Ahora bien, López se había ganado muchos enemigos porque desde su ascenso al poder había llamado a sus filas a hombres muy jóvenes que no tenían experiencia ni edad en el panorama político colombiano. Al igual que Zalamea, creía que a la juventud –por no estar aún contaminada de vicios y esquemas radicales–, le correspondía propiciar ese gran salto hacia la modernidad económica y social. Los que se adhirieron a él fueron tachados de comunistas e izquierdistas, incluso blasfemos que renegaban de la religión católica. Dado que el gobierno de partido no pretendía ser una afirmación de totalitarismo fanático, sino dar curso a las promesas electorales y definir las prioridades del sistema en el poder, quería ante todo, más que reafirmar, construir una democracia transparente que permitiera a su vez el ejercicio del disenso dentro de los parámetros del respeto propositivo, no demoledor

---

descubre paralelamente al poeta y al infatigable combatiente que ha volcado su vida política y social a la lucha por la libertad, “tan cara a quien por ella sacrifica su vida”. Kasantzaki, 1969, p. 139.

<sup>549</sup> Araujo, 1974, p. 532.

<sup>550</sup> Citado por Barrero, 2009, pp. 38-39.

como se venía haciendo. Zalamea, desde el gobierno de Concentración de Olaya Herrera, había visto en el contexto político de la palabra “programa” un simple repertorio de soluciones posibles para problemas actuales. No la aplicación de una propuesta de larga duración que permaneciera en el tiempo y fuera transformando de manera paulatina las ambiciones materiales, morales e intelectuales de la masa. Su crítica en 1933 enfatizaba en la ausencia de la noción de pueblo para el Estado. Las clases directoras del país no representaban la figuración auténtica de este agente ciudadano en el escenario político, más bien perpetuaban una deformación dolosa y hostil de éste.

Debido a lo anterior, las afirmaciones de López en su discurso de posesión en 1934,<sup>551</sup> iban a tener hondo calado en los intelectuales que como Sanín Cano, Téllez y Zalamea, querían construir una cultura colombiana que estuviera en diálogo consigo misma y con el mundo. Sin embargo, había que empezar por sacarla de las minorías y extenderla a las mayorías sin detrimento de su esencia y función social. López sin ser un letrado, sino más bien de formación financista, –contrario a la “*intelligentsia*” que lo acompañaba–, sí manejaba un conocimiento pragmático de la realidad colombiana. De este modo se oponía de manera categórica, a las afirmaciones fundamentalistas del partido conservador y del clero que justificaban la debilidad, pobreza espiritual y material del pueblo, adquiridas de un suelo nutricional que climatológicamente no aportaba al desarrollo cultural. Esas conclusiones rotundas heredadas de hipótesis sin comprobación, habían contribuido a la versión general de que en el “trópico no se produce” y los resultados sobre la raza y el medio eran desfavorables para la consolidación de una identidad nacional.

Araujo contrastó en Zalamea, los dos rasgos determinantes de su participación como intelectual en la escena político-cultural de la República Liberal en la totalidad de su período (1930-1946), esto es, una contradicción entre su militancia poética y su militancia política.<sup>552</sup> De un lado, recriminaba a la generación de *Los Nuevos* su alianza con los poderes partidistas y la pérdida de perspectiva en la misión de la literatura y la crítica

---

<sup>551</sup> Cfr., en: Barrero, 2009, p. 23.

<sup>552</sup> Louis Lazare también menciona esta encrucijada en el pensamiento y accionar de Zalamea como poeta y como intelectual, dice que a Zalamea la política lo atrae por interés, la literatura por preferencia y, el arte universal, por vocación. Lazare, 1942, pp. 25-28.

literaria. Por el otro, como ya se dijo, él mismo comulga con los proyectos de López e incluso, después de la renuncia de éste durante su segundo mandato (1942-1945), se apartó decepcionado del liberalismo pero continuó trabajando en pro de ese credo político.

Las persecuciones sufridas por Zalamea después de “El Bogotazo”<sup>553</sup> y las posteriores censuras hacia su persona<sup>554</sup> y su revista *Crítica* en los gobiernos de Mariano Ospina y Laureano Gómez, lo llevan a autoexiliarse y a cuestionar con mayor furor los regímenes de fuerza, pero no a abandonar su filiación partidista. Quizás al final de sus días, cansado ya de trasegar por el mundo redactando una y otra proclama y como partícipe de primera mano en los acontecimientos del mundo, escribe en 1968 a Álvaro Bejarano<sup>555</sup> que no tiene fuerzas para seguir luchando, ni contra él mismo, ni contra los otros. Esos otros,<sup>556</sup> incluyendo a los mismos liberales antilopistas, lo hallaron ajeno a la mentalidad electorera, y su formación en la élite de descendencia aristocrática hizo que los comunistas lo supusieran siempre ausente del partido. No obstante, el mismo Zalamea declaró que no era ni comunista ni socialista: era liberal y, más que esto último, era un escritor, que como la mayoría de sus compañeros de generación, se había desperdiciado artísticamente en las lides políticas. ¿Qué más se podía esperar? No era la época de la “torre de marfil”.

---

<sup>553</sup> Zalamea fue perseguido, acusado y juzgado a raíz de los sucesos del 9 de abril de 1948. En medio del caos que generó la muerte de Gaitán, Zalamea junto con Gerardo Molina, Diego Montaña Cuéllar y Jorge Gaitán Durán, se dirigió a las multitudes desde la Radiodifusora Nacional. Desde allí intentó orientar y calmar a las multitudes, pero el esfuerzo fue vano y le sirvió a sus detractores para acusarlo de insurgente, agitador de masas y revolucionario contra el gobierno de Mariano Ospina Pérez. En “Las banderas enlutadas”, artículo publicado en su *Revista Crítica* en 1948, narra los sucesos de El Bogotazo. Zalamea, 1978, *LPA*, pp. 731-738.

<sup>554</sup> El proceso difamatorio e intimidatorio a que fue sometido aparece descrito por Zalamea en “Estrictamente personal”, un artículo publicado en *Crítica* en marzo de 1949. Allí pormenoriza los detalles de su detención y se defiende de las falsas acusaciones. El texto completo está recogido en Zalamea, 1978, *LPA*, pp. 739-747.

<sup>555</sup> “[...] Cada vez me siento más cansado y no sé hasta cuándo voy a poder mantenerme en este trajín de diez y doce horas sentado ante la máquina para poder producir los cochinos billetes necesarios. Esta brega por obtenerlos me hace cada día más odioso –con odio rabioso– el dinero. Pero, como logro trascender mi propia necesidad y angustia a los demás, me hago la ilusión de que estoy luchando no solamente por mí sino por todos mis semejantes en la pobreza y en el trabajo. Y así puedo decirle que cada día quiero más a la gente y a la vida [...], todo ello dominado por un soplo vivificante de poesía y un vasto vuelo de confianza en que no siempre todo será así para nosotros y los nuestros”. Citado por Chehade Durán, 2000, p. 263.

<sup>556</sup> Para ampliación de este acercamiento leer, Mutis, 1978, pp. 845-852; Iriarte, 1977, pp. 1-4; Bejarano, 1977, pp. 5-12; Cobo Borda, 1978, pp. 864-870. Ver también, Amaya Rodríguez, 1995, pp. 9-61.

## El porvenir de la educación

La imagen que de Zalamea tienen sus contemporáneos coincide en presentarlo como un hombre de maneras “aristocráticas”, pretencioso y petulante, cuya belleza varonil parece más aria que mestiza.<sup>557</sup> No obstante, estas características no le restan credibilidad y compromiso a su tarea social. En la ya citada carta, “De Jorge Zalamea a la juventud colombiana” (1933), acomete contra la idolatría que el Centenario tiene por las razas “superblancas”,<sup>558</sup> traicionando el espíritu de América al renegar de la raza latina y exaltar hasta la saciedad al “dolicocéfalo” rubio de Estados Unidos, Alemania y Gran Bretaña; pueblos que no han demostrado ser los mejores conductores de la cultura y la civilización. Agrega “por mirar mucho a Chicago y a Manchester, se ha perdido de vista la Sabana de Bogotá y el Valle del Cauca”. Yo, dijo, “me siento orgulloso de mis genes mediterráneos: una pizca de indio, de latino, de hebreo y de español.”<sup>559</sup>

A pesar de que muchos de los detractores de Zalamea no creyeron en las luchas de igualdad que propuso para el pueblo, –por su condición económica y física–, él se tomó el trabajo de cuestionarse con respecto a los privilegios de clase, problemática que el Centenario solucionó instituyendo de por vida una élite señorial que no pasa del medio millón pero que se da “el lujo de vivir de espaldas a los siete y medio millones restantes de colombianos”<sup>560</sup> que viven en la ignorancia y en la miseria. Con el fin de atacar estos males de raíz se empeñó en un proyecto educativo nacional adelantado cuando es nombrado Secretario General del Ministerio de Educación<sup>561</sup> en 1936, y desde 1935, director de la Comisión de Cultura Aldeana. Durante dicho año publicó diversos prospectos sobre

<sup>557</sup> Estas descripciones aparecen en el citado texto de Juan Lozano y Lozano y también en: Forero Benavides, 1969, p. 136.

<sup>558</sup> Zalamea citó las palabras de Bolívar quien decía que “no somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los **naturales** [subrayado de Zalamea] los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer contra la oposición de los invasores”. Agregó Zalamea que el dilema era bastante complicado: “o solidaridad con América o solidaridad con Europa [...]”. Zalamea, 1978, *LPA*, p. 38.

<sup>559</sup> Zalamea, 1978, *LPA*, pp. 42 y 43.

<sup>560</sup> *Ibíd.*, p.39.

<sup>561</sup> Cuando luego es nombrado Ministro de Educación dijo Lozano y Lozano: “vi que la coeducación, la educación sexual, el indigenismo, el nudismo y otros descubrimientos avanzados iban a tener inmediata vigencia en nuestras escuelas públicas y en nuestros colegios regidos por comunidades religiosas”. Vale mencionar que fue ministro encargado únicamente durante 18 meses.

problemas educativos y defendió ante el Senado y la Cámara de Representantes la reforma iniciada en el campo formativo. En tal sentido, elaboró un folleto que llevaba por título *La educación nacional en Colombia*,<sup>562</sup> en el que recoge sus apreciaciones con respecto al tema. Allí planteó, con base al lema de la “democratización de la cultura”,<sup>563</sup> expuesto por Darío Echandía, que para sacar a Colombia del atraso en que la dejó el partido conservador, era necesario implementar de manera urgente varias modificaciones.<sup>564</sup>

En primera instancia era fundamental erradicar el hambre, la enfermedad y la mugre con las que los niños llegaban a las escuelas, espacios que, a su vez, ofrecían un aspecto lastimoso y nada halagüeño. La escuela era la prolongación de la choza en que se deprimiera su infancia:<sup>565</sup> un local nauseabundo, sombrío, estrecho [y] desvencijado, en el cual ha de amontonarse una pobre humanidad”.<sup>566</sup> Zalamea exhortó al gobierno para que aumentara la financiación del presupuesto escolar reclamando el fortalecimiento de los restaurantes escolares. Para que los estudiantes tengan una mente despierta, deben erradicar primero los parásitos y la fiebre.<sup>567</sup> En segundo lugar, el maestro requiere una preparación pedagógica<sup>568</sup> unida también al mejoramiento de sus condiciones de vida. Con buenos métodos de enseñanza y material escolar adecuado como: textos de geografía, historia de

---

<sup>562</sup> Zalamea, 1978, *LPA*, pp. 626-646.

<sup>563</sup> En su acepción más general, Echandía entendía la “democratización de la cultura” como la adecuación del hombre a su actualidad por intermedio del conocimiento organizado. Esto se verá en la planeación de las Bibliotecas Aldeanas. Los títulos que va a incluir la Colección Samper Ortega van a ser diversos pero también van a apuntar a una instrumentalización no a una formación. Ver Silva, 2009, pp. 87-119.

<sup>564</sup> En varias publicaciones de la época se reconoció la labor emprendida por Luis López de Mesa y Jorge Zalamea, liberales que venían animando la obra transformadora de la educación pública. Por ejemplo, en: Díaz, 1937, pp. 20-24.

<sup>565</sup> Zalamea, 1935, p. 4. Señala en el artículo: “En el umbral de la escuela”, la importancia de la educación y su papel: valida que debe existir la educación pero revela que ésta por sí sola no acabará con todos los males de la nación ni solucionará los problemas si no se ataca de raíz el problema. La escuela no va a solucionar el desafecto, el hambre, la falta de cuidados y de orientación cultural que traen los niños de sus hogares y en torno a ella. Si antes no se atienden estas necesidades básicas, la escuela fracasará.

<sup>566</sup> Zalamea, 1978, *LPA*, p. 629.

<sup>567</sup> Zalamea, 1935, p. 4. En: “La escuela, el niño y el maestro”, alude a la pobreza, miseria, falta de higiene de las escuelas rurales.

<sup>568</sup> Si bien Zalamea por su condición de escritor e intelectual del gobierno de partido de López fue uno de los abanderados y reconocidos gestores del proyecto cultural educativo, no se debe pasar por alto que estas intenciones liberales hacen parte de todo el ideario de la hegemonía liberal en el poder. Es posible que hayan tenido más visibilidad con López Pumarejo, dado la propuesta innovadora de éste. Pero en el gobierno de Olaya Herrera, el Ministro de Educación, Julio Carrizosa, adelantó propuestas significativas con respecto a la educación, que para él también debían concentrarse primero en el maestro como eje central de la nueva política educativa. Ver Silva, 2005, pp. 155 y 156.

Colombia, libros de lectura y cartillas de instrucción, se puede comenzar a cambiar la idea de educación.<sup>569</sup>

No obstante, la distancia permitió sopesar luego en su justa medida los alcances de estos proyectos de índole humanística, proviniendo como lo hacían, de mentes intelectuales y universales que aspiraban a la inserción de las masas en el escenario social de la Revolución en Marcha. La tarea, aunque loable, no se pudo llevar a cabo: de un lado, por las razones conocidas de la oposición, y de otro—para el caso— la más importante, por las contradicciones de los mismos ejecutores de los proyectos.<sup>570</sup> Muchos de ellos seguían viendo en las masas un grupo amorfo que se comportaba como un niño al que se debía conducir. Al que no le era permitido cambiar de estatus, pues las familias políticas que manejaban el país eran círculos cerrados que se pasaban el poder de generación en generación. El mismo Darío Echandía pensaba que las masas colombianas solamente tendrían acceso a la escuela primaria, por lo tanto, el repertorio de sus habilidades técnicas y conocimientos cívicos no podían rebasar el nivel de lo que enseña la escuela básica.<sup>571</sup>

No es que las intenciones fueran coaccionadoras, pues realmente el tiempo de educación de las masas era corto y había que apuntar a lo concreto, esto es, a lo considerado lo primordial. Pero, también es de observar, la mentalidad limitada que incluso los mismos gestores de los proyectos tenían; ya porque fueran completamente consecuentes con la realidad y las condiciones del país, ya porque ellos mismos no alcanzaban a dimensionar lo que significaba darle la mayoría de edad a un pueblo educado. Así, la concepción de las Escuelas complementarias dirigidas al niño campesino, eran una especie

---

<sup>569</sup> Para el caso, se señala la importancia que tuvo la Revista *Senderos*, creada y dirigida por Daniel Samper Ortega en 1934. Se publicaba mensualmente y pretendía tener una dimensión no sólo nacional sino internacional. Entre sus colaboradores se encontraban destacados hombres de letras y algunos ya claves en la vida intelectual de la época como: Germán Arciniegas, Luis López de Mesa, Aurelio Martínez Mutis, incluso algunas mujeres: Isabel Lleras Restrepo, Lucía Cock de Bernal, Sophy Pizano de Ortiz, Susana Wills de Sampedro e Isabel Arciniegas. En su primer número decía el director: “Senderos, que se presenta hoy al público del exterior humildemente editada, pretende sin embargo, mejorar de facha y de meollo para llevar a los pueblos hermanos la vibración de Colombia, de una Colombia nueva, que está resuelta a recuperar su alto prestigio intelectual en el continente [...]. Pero sobre todo nos interesa el porvenir, el mañana, que está en nuestras manos preparar.” Samper Ortega, 1934, p. 336. En síntesis, la revista -bellamente ilustrada- no solo difundió la producción intelectual de la época, sino también los proyectos culturales de la República Liberal.

<sup>570</sup> Silva, Renán, 2005, pp. 155-185.

<sup>571</sup> Cfr., Silva, Renán, 2005, p. 169.

de paliativo para que éste siguiera su camino en el medio rural, es decir, la educación estaba condicionada a cierto tipo de instrucción, no de formación.

De cualquier forma, es obligatorio tener en cuenta el contexto para poder entender el desarrollo de las dinámicas que se dieron. El país, en su mayoría, era todavía agrario y el grueso de la población se desempeñaba en labores agrícolas, por lo tanto la educación debía ser orientada a formar en estos aspectos, dado que la República Liberal quería construir una identidad con base en la cultura nacional que tuviera relación con una mirada abierta al mundo. Al menos desde lo propugnado por tres intelectuales cosmopolitas como Baldomero Sanín Cano, Hernando Téllez y Jorge Zalamea.<sup>572</sup> Esto en clara oposición contra el nacionalismo estrecho del ala conservadora y clerical que había fundado los valores nacionales en un hispanismo reaccionario.

El siguiente paso entonces, anotaba Silva, era la ampliación de los instrumentos que hacían posible la existencia de una cultura intelectual mínima extendida al conjunto de la población. Se pensó en la creación de las “Bibliotecas aldeanas”,<sup>573</sup> idea que se le encargaría a Luis López de Mesa y a Daniel Samper Ortega, más tarde, Zalamea entrará a dirigir este proyecto, el cual le sirvió de motivo para recorrer las diversas y lejanas regiones de la República, particularmente el departamento de Nariño, sobre el que escribe un interesante ensayo de corte sociológico que tituló *El departamento de Nariño: esquema para una interpretación sociológica*.

---

<sup>572</sup> En el ya citado texto de Zalamea, “La aparición del Grupo “Los Nuevos” (1950), dice que al estar desilusionada su generación de los viejos partidos y de la manera anquilosada como habían planteado la experiencia universitaria, proponían éstos una honda reforma de la educación pública que abriera los ventanales de la universidad medieval a una de libre circulación democrática.

<sup>573</sup> Renán Silva las define como un conjunto de libros con los cuales se aspiraba no solo a difundir la lectura entre una población que avanzaba en su proceso de alfabetización, sino a crear en las pequeñas poblaciones instituciones culturales que sirvieran como apoyo de las tareas de difusión cultural que por otros muchos medios –el cine, la radio, etc.–, se impulsaban desde el gobierno. Silva, 2005, p. 141. Las “Bibliotecas aldeanas” se convirtieron después en la Colección Samper Ortega, integrada por diversos materiales: Prosa literaria, Cuento y novela, Cuadros de costumbres, Historias y leyendas, Ciencias y educación, Ensayos, Periodismo, Elocuencia, Poesía y Teatro. Ver del mismo autor, 2009, pp. 87-119 y 2002, pp. 141-251. Consultar también a Mejía, 1994; y Silva, 1937.

Importa dejar constancia del desarrollo y despliegue de este proyecto de Cultura Aldeana, porque sirve para ilustrar la labor de Zalamea como funcionario público y como adalid de la propuesta educativa y cultural de López; sin dejar de lado por supuesto, su labor como escritor e intelectual. Una de las razones para que López vinculara en su programa de gobierno a jóvenes promesas de las letras, era porque creía que en ellos descansaba la elaboración del proyecto intelectual de la República Liberal y que ese podía ser su legado después de dejar el poder. En consecuencia, la preocupación primordial de Zalamea en su alianza con López Pumarejo, fue defender los principios filosóficos del liberalismo que, para el primero de ellos, se remontaba a las ideas ilustradas de la Revolución Francesa. El tipo de liberalismo en el que creía Zalamea, se sustentaba en la educación y participación del pueblo en los destinos de la nación. Es necesario acercarse al pueblo y estudiarlo, pues sólo conociéndolo se puede realizar un balance de la cultura nacional y legitimarla por medio del gobierno.

En el citado texto de *La educación nacional en Colombia*, abordó el tema de la preparación de los maestros ambulantes, quienes van a ayudar a democratizar la cultura en el sentido en que la entendía Echandía, cuando era Ministro de Educación. Zalamea vio beneficiosas las consecuencias sociales y políticas que por fuerza se desprenderían de una auténtica vinculación entre el gobierno y el pueblo:

El maestro ambulante aparecerá ante las masas campesinas como un delegado directo del Estado, pero un delegado que ya no va a ellas en demanda de favor electoral, ni en son de alcabalera sino en actitud de servicio y haciendo un reconocimiento explícito y activo de lo que debe el gobierno a quienes lo sustentan y autorizan. Acostumbrado el pueblo a esta vinculación entrañable y a esta prestación constante de servicios, va a ser muy difícil que lo extravíen luego los muñidores y le calienten los humos los señores de “la revolución porque sí.”<sup>574</sup>

Antes de Zalamea publicar este folleto había divulgado, en *El Tiempo*,<sup>575</sup> sus impresiones sobre la Comisión de Cultura Aldeana, entre otras razones, porque los detractores del partido conservador y buena parte del clero, vieron un peligro en la

---

<sup>574</sup> Zalamea, 1978, *LPA*, p. 641.

<sup>575</sup> Durante el período que Zalamea fue director de la Biblioteca Aldeana, tuvo en este diario una sección titulada “Impresiones de la Comisión de la Cultura Aldeana en Nariño”, o “Círculo aldeano”. En ella tocaba diversos asuntos relacionados con este proyecto pero centrado en específico en el departamento de Nariño. Zalamea, 1935.

orientación educativa que se le estaba ofreciendo a los campesinos. Por eso, la cita anterior termina advirtiendo sobre los peligros que “los señores de la revolución porque sí”, hacen para confundir al labriego a través del anatema religioso o el veto electoral si continúan prestando atención a los liberales. Frente a esa censura agregó Zalamea:

[Algunos] creyeron que [la Cultura Aldeana], era un simple ejercicio turístico y literario que se ofrecía a la voracidad de un grupo de burócratas; [otros] supusieron tal vez que se trataba de crear un tipo nuevo de misioneros laicos que tuviera a su cargo la predicación de vagos evangelios en que por partes iguales se mezclaran la filosofía idealista de su promotor [López Pumarejo] y, los mandamientos de la higiene y la propaganda solapada de la República Liberal. Pero pocos, los que apreciaron en ella el instrumento de investigación y la fuente de informaciones que creaba el gobierno para mejor asesorarse en el manejo de los negocios provinciales y tener a mano los datos directos, imparciales y verídicos que necesitaba para sus finales decisiones.<sup>576</sup>

Las críticas se hacen abiertamente contra los opositores y la negación a reconocer que el país tenía un problema social de agudas proporciones que el sistema republicano había eludido, aduciendo que se ha vivido en una paz bucólica y en igualdad de condiciones. Realmente, la oligarquía ha estado de espaldas a la realidad colombiana, descuido que López quiso enmendar en la idea de un Estado moderno. Zalamea hizo una invitación a la oligarquía –en la cual se incluyó él–, para que descendiera del falso Olimpo de la retórica y la metafísica y se uniera al pueblo en la consideración de sus misterios dolorosos y en la búsqueda de los remedios que le curaran su indefensión y su miseria.<sup>577</sup> Si alguna labor de gobierno requiere absoluta unidad de propósitos y métodos, es sin duda aquella que hace referencia a la educación popular. La preocupación de Zalamea seguía siendo que el Estado subsane estas deficiencias cada vez más evidentes.

Se ha señalado la labor fundamental que cumplió *El Tiempo* al publicar los avances y resultados de la Cultura Aldeana, no sólo como información de este importante proyecto, sino también para acallar las voces de protesta de quienes disentían de la política educativa adoptada. Armando Solano recogía en esencia algunas de las preguntas que circulaban en torno al tema, dado que se había mirado este proyecto con gran escepticismo. Tomando la vocería desde el ala liberal se preguntaba si el Estado seguiría sosteniendo a las comisiones

---

<sup>576</sup> Zalamea, 1978, *LPA*, p. 642.

<sup>577</sup> Zalamea, 1935, artículos de *El Tiempo*, 9, 14 y 15 de julio 15 y el 15 de agosto.

que venían descubriendo el interior de la República, ante los ojos asombrados e ignorantes de los políticos de turno. Replanteaba el gasto que este tipo de trabajos implicaba al gobierno al poner a “deambular” a sociólogos, higienistas y pedagogos en las regiones más alejadas y olvidadas de la nación. Según sus palabras, el Congreso constantemente estaba analizando la pertinencia o no y los resultados de las comisiones. Se llegó a la conclusión de que la Comisión de Cultura Aldeana dejaba una impresión nítida de algo inédito en los sistemas colombianos, de una rara tentativa de estudio que se ha incrustado en la conciencia de todos porque legitima ciertas esperanzas, porque lleva a los pueblos una demostración palpable de que el gobierno central busca su conocimiento, su contacto y su interpretación.

Añadió

Si hay algo cierto entre nosotros es nuestra propia desconexión interior. De un departamento a otro parece como si se hubieran formado abismos para que el mito y la leyenda se encargaran de modelar imágenes absurdas de pueblos desfigurados que no tienen asiento en la realidad. Hay en todo el país un tipo arbitrariamente fijado de lo que es el santandereano, el nariñense, el vallecaucano o el cundinamarqués. Nadie se ha tomado el trabajo de verificar las versiones corrientes. La república es, en la mente de la mayoría de los colombianos, una caricatura que dista mucho de aproximarse a la auténtica silueta de la patria. Por eso decimos que la comisión de cultura aldeana ha hecho verdaderos viajes de descubrimiento. Y los ha hecho como deben hacerse estos viajes; con ojo clínico, con ordenación científica, y al propio tiempo [...] con una curiosidad ingenua a la cual va mezclada la emoción fecunda de los hombres que buscan un contacto directo con el espíritu y con la realidad de su tierra desconocida.<sup>578</sup>

La cita reafirma la voluntad colectiva de la República Liberal, empeñada en colmar las esperanzas del pueblo y atender a sus más hondas dolencias.

Se comprende pues, que mientras López Pumarejo plantea un programa socializante e intervencionista en el que impulsa la reforma fiscal, combate el latifundio, forma cuadros técnicos y otorga el derecho de huelga al obrero; Zalamea coadyuva en esa labor desde el Ministerio de Educación editando revistas y organizando emisiones radiofónicas. Además cree firmemente con López que la consolidación de la universidad<sup>579</sup> es fundamental, por eso

---

<sup>578</sup> Solano, 1935.

<sup>579</sup> Carlos García Prada, Representante a la Cámara en 1935, presentó en ese año el proyecto de Ley Orgánica de la Universidad Nacional, el cual se convirtió en la Ley 68 de 1935. En ella se le dio cuerpo en materia universitaria a los empeños liberales. Se recogían de alguna manera, ciertos elementos propuestos por Germán Arciniegas en 1920 cuando la universidad se vio afectada por la Reforma de Córdoba. En 1942 Arciniegas es el Ministro de Educación y sigue los postulados de López en materia educativa, plantear una educación popular y colectiva, posibilitando que el enfoque pedagógico y el contenido de la educación de los colombianos fueran acordes con la realidad y la cultura nacionales. Educar a las generaciones a partir de imágenes reales y verídicas. Esta formación debía hacerlas capaces de entender y manejar el contexto en el que se movían. Coincidió con la apreciación que Zalamea tenía para la enseñanza del niño campesino, una escuela del conocimiento práctico e inmediato, que enseñe al niño a conocer su provincia y su departamento, no su Europa y su Asia, que esas están muy lejanas de su existir y pueden aguardar por unos años a ser

escribe, Esta pobre República Liberal tachada de ordinariéz y mezquindad de espíritu, aspira igualmente a que la nueva universidad restaure en América el prestigio intelectual que tuvo Colombia en otro tiempo y que naufragó también en aquel diluvio de retórica.<sup>580</sup>

### ¿Hacia la derecha o hacia la izquierda?

En Zalamea se encarna un ideal humanístico que combina a la vez la pasión literaria y la política. Su idea de que el progreso de un país descansa en una buena propuesta educativa y todo lo que ella conlleva, concitó lo mejor de su espíritu y de sus fuerzas para sacar adelante la misión estatal propiciada por el liberalismo de López Pumarejo. Sin embargo, también se ha hablado de las adversidades y cómo éstas fueron generando una atmósfera que para 1945, con la renuncia de López a su segunda reelección, dibujaron en el horizonte socio-político colombiano, las sombras nefastas de una ola de terror.

Su papel de intelectual le permitió visionar lo que estaba por acercarse y, por ello, esgrime una rebeldía contra el sentido reverencial de las banderas, de las iglesias, de las nacionalidades chauvinistas, las castas, los partidos y las facciones. Todo lo que para él encarnaba el totalitarismo. Consideraba que su misión era ayudar a los más débiles a conservar su libertad y a través de ella, afianzarse en la dignidad humana que esto supone. Es imperativo sacar al hombre de su “anemia espiritual”. En la *Revista de América* escribió que no entendía la dramática indecisión del hombre para retener su propia libertad,

Cuando la tiene, no sabe qué hacer con ella. Como si le quemase las manos, corre desalado en busca de un depositario y la regala, trueca o vende con tanta impudicia como inconsciencia. Cuando no la tiene, se duele de su despojo, se corrompe, se asfixia y muere matando por recuperarla.<sup>581</sup>

Debido a lo anterior, Zalamea llamó más que nunca la atención sobre el papel de los intelectuales, escritores, artistas, científicos, sacerdotes y maestros para que indagaran si la

---

presentadas; la escuela que enseñe a leer al niño de los climas cálidos en cartillas que hablen del algodón y el cacao, y al niño de las altiplanicies en cuadernos que les impidan olvidar la presencia imperiosa del maíz y la papa de que vivieron sus padres y habrá de vivir él y con sus padres.

<sup>580</sup> Zalamea, 1978, *LPA*, p. 623.

<sup>581</sup> Respuesta que da a la encuesta de la *Revista de América* (1947). Allí escribe un artículo que titula, “El hombre en la encrucijada. ¿Hacia la derecha o hacia la izquierda?” La Revista indaga en el momento actual sobre cuáles son las inclinaciones políticas que reinan en Colombia. Para Zalamea esto es superfluo, pues no importa la direccional si no se tiene libertad. Zalamea, 1947, pp. 22-27.

libertad seguía o no siendo el clima natural del hombre, su patria, su tierra prometida. Le corresponde a la inteligencia librar sus más difíciles batallas en pro de persuadir a las derechas de que cualquier conato de totalitarismo hace a las naciones más atrasadas y a las clases, económicamente más débiles.<sup>582</sup> En este sentido, propuso el arte como testimonio (tema sobre el que se volverá más adelante) afirmando,

Cuando el artista no se encierra en su propio destino sino que su testimonio es el de su pueblo, su raza o una gran porción humana, su estilo personal se engrandece en la medida indispensable para que la asunción se realice [...]. En mi obra literaria he querido dejar un testimonio verídico del mundo de mi tiempo insistiendo en la condenación de la violencia y en la denuncia de la miseria humana.<sup>583</sup>

Sin embargo, los acontecimientos de 1948 y la censura que recibió su revista *Crítica* en 1951, lo llevaron a emprender en 1952 un largo viaje por la República Popular China, Checoslovaquia, Polonia y la Unión Soviética. En el primero de estos países, publicó su libro *Reunión en Pekín*,<sup>584</sup> que es más un ensayo sobre política internacional. También visita Egipto, Medio Oriente, Ceilán y la India, en este último asistió al Congreso de Escritores Asiáticos, al tiempo que entre 1952 y 1959 se desempeñaba como secretario del Consejo Mundial de la Paz. Esta nueva etapa que inició Zalamea en su vida política, cultural e ideológica, le permitió replantear sus nociones acerca del socialismo y el comunismo y afianzarse en su credo liberal aunque se había decepcionado del partido.<sup>585</sup>

Conviene advertir, que algunos de *Los Nuevos* le reclamaron a Zalamea su nueva adhesión ideológica, debido a que en la carta de 1933, él se había negado a que se le enrolase en las filas de la revolución social. Parecía que para los años de la década del cincuenta su pensamiento había dado un viraje, hablaba de proletariado, de imperialismo y de las injusticias cometidas por los monopolios extranjeros no únicamente contra Latinoamérica, sino contra los pueblos asiáticos. Esto desdecía de sus afirmaciones de ese

---

<sup>582</sup> Zalamea, 1947, pp.25-27.

<sup>583</sup> Citado en: Rojas de la Espriella, 1986, pp. 110 y 111.

<sup>584</sup> Contiene los ensayos, “Detrás de la cortina”, “El proletariado externo” y “Detrás de la otra cortina”. Todos ellos recogidos en Zalamea, 1978, *LPA*, pp. 415-429.

<sup>585</sup> Rojas de la Espriella cuenta que “En enero de 1955 se encontraron Jorge Zalamea y Vidales en Viena, Jorge era Secretario del Consejo Mundial de la Paz, allí hacía tertulias con estudiantes colombianos, de Venezuela y otros países sobre el tema de Rusia. Aunque amaba a la Unión Soviética y su lucha por la Paz, Zalamea le confesó a Vidales, ante la propuesta de que se uniera al marxismo: ‘No, Luis, yo soy un liberal, y moriré liberal’”. Rojas de la Espriella, 1986, p. 95.

año al aclarar que no le interesaba la lucha de clases y que, por lo tanto, la política le era un asunto tangente, casi ajeno,

No tengo espíritu de partido ni espíritu de clase. El problema económico, en cambio, requiere toda mi atención [...] porque veo en la resolución de ese problema la única esperanza de que la cultura no se abisme en otra más terrible y tenebrosa edad media. La paz y la cultura están hoy ligadas a la resolución del problema económico.<sup>586</sup>

Era normal que en los años que mediaban entre 1933 y 1959 se hubiera operado en Zalamea un cambio sustancial. En esencia, sus principios humanísticos y artísticos seguían siendo los mismos, pero su posición política tenía que presentar cambios acordes con las dinámicas sociales que le había correspondido presenciar. Los efectos de la Guerra Civil Española en la que perdió a su amigo García Lorca, el ascenso y posicionamiento del franquismo y del nazismo. La muerte de Gaitán y su posterior repercusión en los hechos violentos y dictatoriales del país, la guerra fría<sup>587</sup> entre Estados Unidos y la Unión Soviética, más su propio periplo durante varios años en un semidestierro por pueblos extranjeros que estaban sometidos a la ley salvaje del más fuerte en materia económica; tenían que generar en el intelectual de conciencia social, no sólo un replanteamiento de sus posturas ideológicas, sino también cierta contradicción y quizás confusión en lo que creía debía ser su misión.<sup>588</sup>

Desde 1946 hacía parte de la delegación de Colombia en las Naciones Unidas y este nuevo cargo lo confirmó en sus aspiraciones de combatir la miseria colombiana generada por un capitalismo deformante, no la idea de capitalismo modernizante y competitivo que había propuesto López, sino una explotación sin límites de los recursos propios y de la mano de obra que representaba el pueblo. Zalamea siguió propugnando por una cultura democrática que no sólo se hiciera visible en las elecciones, pues al mismo

---

<sup>586</sup> Zalamea, 1978, *LPA*, p. 50.

<sup>587</sup> Las tensiones de la guerra fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética permearon gran parte de la ideología latinoamericana que vieron en el bloqueo soviético y los ataques al comunismo el propio reflejo de las luchas de los pueblos contra el imperialismo, esto por el lado de los intelectuales adscritos al comunismo y al socialismo. Pero en el caso colombiano, para los dirigentes, las polaridades de la guerra fría, les permitieron afianzar la persecución y el señalamiento de estos grupos comunistas, que según muchos de ellos, habían tenido que ver con los acontecimientos del 9 de abril. Por eso se aliaron con las políticas de represión norteamericanas.

<sup>588</sup> En 1962, Zalamea escribió el libro *Cuba, oprimida y liberada*, obra publicada en La Habana por la “Biblioteca del Pueblo” con un tiraje de 20.000 ejemplares.

tiempo debe trascender el ejercicio del voto. Su labor divulgativa, testimonial y comprometida es premiada casi al final de sus días, cuando en 1968 gana el Premio Lenin de la Paz.<sup>589</sup> Galardón que por supuesto, le confirmaba la aversión de la extrema derecha y le ganaba el entusiasmo de sus adeptos y compañeros de luchas políticas como Gaitán Durán y Luis Vidales –quien también fue acreedor del Premio–. Al respecto, Belisario Betancur, Presidente de la Asociación de Escritores en 1968, rescataba a Zalamea como “una conciencia incómoda” dado que en él se aprecia que la condición de intelectual jamás puede servir de pretexto para abandonar el compromiso con la dignidad del hombre. Su pedagogía enseña que nunca el intelectual puede envilecerse cantando al vencedor sólo por serlo o callando ante la tiranía sólo por serlo.<sup>590</sup> En este sentido se identificaba Zalamea con el pensamiento crítico de Sanín Cano, quien fue el primer intelectual en Colombia en ser distinguido con el Premio Lenin de la Paz; ambos –si ser marxistas– recogieron los ecos de la Revolución Rusa –cuando ésta también tenía una ideología clara– y se convirtieron en representantes de una cultura democrática que más que política estaba imbuida de un espíritu humanista.<sup>591</sup>

---

<sup>589</sup> El origen del “Premio Internacional Lenin, por el fortalecimiento de la Paz entre los pueblos” se remonta a 1949, cuando fue creado por el *Presidium* del Soviet Supremo de la URSS. Se concede a través de un Comité especial, conformado por relevantes personalidades de la vida pública soviética y mundial. Entre las notorias figuras latinoamericanas acreedoras del premio se contaron Pablo Neruda y Juan Marinello. En Colombia han sido ganadores: Baldomero Sanín Cano, en 1955; Jorge Zalamea, en 1968 y Luis Vidales, en 1984. El beneplácito aumenta al decir que los ganadores colombianos han sido tres trabajadores de la cultura; tres intelectuales; tres hombres que han alcanzado en el concierto internacional el rango de Maestros. Trabajadores por un nuevo humanismo. Defensores de los elementos democráticos de la cultura nacional en su relación con los elementos avanzados de la cultura mundial. Rojas de la Espriella, 1986, pp. 88-89.

<sup>590</sup> *Ibíd.*, p.111.

<sup>591</sup> Cuenta Alfredo Iriarte que el día de la entrega del Premio, “Una pomposa delegación soviética le hizo entrega de la medalla [a Zalamea] en el Teatro Colón con asistencia del presidente de la República en medio de vítores y peroratas. Empezó a pasar el tiempo y por ninguna parte aparecían los US\$ 25.000.00 del premio. Estando en esa espera y padeciendo los rigores y las penurias económicas que siempre lo acompañaron en sus luchas más agueridas, los tanques soviéticos entraron a Praga y aplastaron las libertades checas en un típico acto de agresión imperialista. Zalamea hizo pública una protesta iracunda. Alguien le dijo en mi presencia: ‘Maestro: Usted me perdona pero esa no es manera de jugar con el bienestar de su vejez’. La respuesta de Jorge fue fulminante: ‘Que se vayan al carajo. A mi conciencia no la calla nadie con todos los rublos y los dólares del mundo’”. Iriarte, 1978, p. 863.

## **Crítica de la cultura**

Como se ha explicitado en páginas anteriores, la labor del grupo *Los Nuevos* no consiguió generar de manera contundente una ruptura ideológica ni literaria con respecto a la generación del Centenario. Es decir, aunque existieron algunas figuras relevantes como León de Greiff, Luis Vidales, Rafael Maya y Jorge Zalamea en poesía y, estos dos últimos, –junto con Hernando Téllez–, se destacaron en el ensayo y la crítica literaria; en general, la mayoría de los miembros del grupo cambió el oficio de las letras por el ejercicio político. Esto no obsta para reconocer su valía, pero perpetúa el sistema cultural de la época: se alzan sobre el panorama hispanista unas cuantas personalidades descollantes que no logran crear escuela y, por lo tanto, cambios significativos, y mantienen en el decurso de las dinámicas sociales y culturales un enfrentamiento constante con las autoridades estatales que son las que en definitiva entronizan o desprestigian a los que no se inscriben dentro del canon nacional legitimado por un poder prácticamente político.

Se hace alusión a esto porque desde los diversos estudios y enfoques académicos que existen en el medio sobre las décadas del cuarenta y del cincuenta, los analistas coinciden en concluir, que las tareas de la cultura y de la modernidad en Colombia tropezaron continuamente con las defensas pasionales y emocionales que cada uno de los partidos en el poder –liberales y conservadores– hacían de sus credos políticos. La historia ha señalado con mayor énfasis una vehemencia fanática en el conservatismo; pero lo cierto es que el liberalismo también incurrió de modo fogoso en actitudes y comportamientos que propiciaron la intolerancia y por ende los desafíos de los unos hacia los otros.

El interés de esta tesis, como se ha manifestado, no pretende juzgar de forma vertical el accionar ciego de estas dos facciones. De un lado, porque ya ha corrido mucha agua debajo del puente sobre dicho tema y sería redundante expresar lo mismo. Y, de otro, porque sólo se puede tratar de entender a través de los discursos de los ensayistas seleccionados para este trabajo, cuáles eran las concepciones de las élites y de las masas en la puesta en escena de valoraciones tan contrarias entre sí. Podría decirse que ambas propendían por un proyecto de nación y de modernidad, con diferentes visos ideológicos,

por supuesto. Pero el meollo del asunto no se centraba en esas divergencias por lo demás plausibles, sino en la adhesión cerrada de la doctrina política que de entrada descalificaba cualquier propuesta.

La generación de *Los Nuevos*<sup>592</sup> se había rebelado contra el espíritu de teólogos, gramáticos, poetas y novelistas de corte “señorial” y bucólico, en el que el ambiente simulaba una arcadia sempiterna y armónica.<sup>593</sup> Luego los sucesos de la década del treinta, incluido el ascenso de la República Liberal, les habían demandado compromiso político. Durante este lapso de tiempo (1930-1946), además de las vicisitudes sociales nacionales e internacionales que modificaron sustancialmente la óptica de los diversos fenómenos culturales, el país, de la mano de sus intelectuales, entró de lleno en una creación artística, que al menos desde la libertad innovadora heredada de las vanguardias, aspiraba a cambiar el sentido y la misión del arte.<sup>594</sup> Muchos de estos grupos compendieron en las revistas culturales sus proyectos literarios, medios de publicación donde se podían visibilizar las nuevas propuestas artísticas, aunque la mayoría de las revistas terminaron siendo politizadas, a pesar de las advertencias de presentación que aparecía en cada una de ellas enfatizando en su posición abierta y para nada sectarista; es más, para dar fe de este acto de buena voluntad, incluían entre sus colaboradores a escritores e intelectuales de ambos partidos y llegaban hasta la audacia de publicar críticas que se hacían contra la misma revista, todo en una muestra de tolerancia, apertura y pluralismo.

La tregua de la Unión Nacional que se había propiciado a raíz de los sucesos del 9 de abril de 1948, no reivindicó la alianza entre los partidos ni apaciguó la violencia, por el

---

<sup>592</sup> Las lecturas del grupo dan una idea de las preocupaciones literarias y filosóficas que los desvelaban. Se leía a: Dostoievski, Gorki, Cendrars, Barrés, Stendhal, Balzac, Proust y Joyce (los dos primeros son considerados clásicos, los dos segundos, modernos) A poetas como: La Rochelle, Apollinaire, Tagore, Rimbaud, Claudel, Mallarmé, Paul Valéry, Hofmannsthal, Ezra Pound y D'Annunzio. En teatro, los más influyentes fueron Ibsen y Jean Giraudoux. Y entre los ensayistas, destacaron Maurrás y Barrés, como claros inspiradores de la derecha del grupo y en la izquierda, Gide y Riviere.

<sup>593</sup> El contexto de este período lo ilustran de manera historiográfica los trabajos de Eduardo Camacho Guizado, *“La literatura colombiana entre 1820 y 1900”* y Rafael Gutiérrez Girardot, *“La literatura colombiana en el siglo XX”*, 1980, pp.447-536, 613-693.

<sup>594</sup> En 1939 aparece el Piedracelismo liderado por Jorge Rojas y Eduardo Carranza. Las dos influencias que lo movían venían de parte de España con Juan Ramón Jiménez, y el chileno Pablo Neruda aportaba a lo americano. A mediados de los cuarenta apareció el grupo de los Cuadernícolas, cuya figura más representativa fue Fernando Charry Lara.

contrario, la exacerbó. La finalización de la década del cuarenta no señalaba mejores rumbos ni en lo político ni en lo social. A principios de los años cincuenta Laureano Gómez se posicionaba en el poder arrasando con sus dogmas todo lo que fuera el reverso de su política conservadora y eclesiástica. El país, aunque amordazado, se resistía a través de las filas liberales y esto contribuyó a la renuncia de Gómez. Sin embargo, no soplarían mejores vientos con el ascenso de Gustavo Rojas Pinilla al poder. Lo que al inicio parecía una conciliación y un respeto por las libertades, se convirtió Rojas Pinilla en un nuevo abozalamiento y la réplica de la censura, sobre todo, a la prensa y a las revistas literarias.

En este escenario adverso había fundado Jorge Zalamea, desde finales de 1948, la revista *Crítica* que pretendía revalidar las aspiraciones que alguna vez acompañaron a *Los Nuevos* en materia de estética y de arte; esto es “conectar a la literatura colombiana con las corrientes estéticas del más diverso origen en la búsqueda de una voz polifónica y universal”.<sup>595</sup> No obstante, Zalamea no llamaba a engaño con la publicación de su revista, desde el principio le imprimió un claro sesgo político y, para ello, era necesario que la revista fuera independiente, en ésta solamente figuraban Jorge Zalamea y su hijo, esto la hacía una empresa familiar y, por tanto, lo que allí se expresara era responsabilidad directa de los editores.<sup>596</sup> Al respecto dijo Zalamea:

Pretendiendo ganar muchos amigos [la revista] carece de socios, accionistas o protectores. Pertenece por entero a dos ciudadanos –padre e hijo– que cuentan como el mayor de los bienes de fortuna: el estar unidos por un ideal común en un trabajo de su agrado.<sup>597</sup>

De acuerdo a lo anterior, Zalamea quería enfatizar en la responsabilidad del intelectual, si bien era una actitud de compromiso en la denuncia, esperaba ser lo suficientemente autónomo para distanciarse del partido, cosa que por supuesto no podía darse en el medio colombiano. Por eso *Crítica* pretendió ser un “quincenario sin compromisos” pero no dejaba de estar comprometida. Por ejemplo, en el número 1 del 19 de octubre de 1948 (fecha de inauguración), salió publicado en la carátula de la revista un titular que rezaba, “¡Más muertos liberales!”, una clara muestra de arrojo y de denuncia en

<sup>595</sup> Sarmiento Sandoval, 2006, p. 286.

<sup>596</sup> El 15 de diciembre de 1948, salió un artículo sobre el 9 de abril y el gobierno de Ospina Pérez titulado “las banderas enlutadas”.

<sup>597</sup> Sarmiento Sandoval, 2006, p. 287.

contra de las arbitrariedades que a diario se cometían contra los liberales. En el segundo aniversario la revista reiteraba, desde el editorial, su intención de continuar luchando “contra lo que nos parecía indeseable para la patria y contrario al destino [y la libertad] del hombre”.<sup>598</sup>

En esta perspectiva, los siguientes números de la revista publicaron artículos y ensayos como: “Alfonso López habla para *Crítica*”, “Oligarquía y proletariado”, por Hernando Téllez; “Los intelectuales y la política”, por Luis Vidales; “Gerardo Molina habla de *Crítica*”, entre otros de temas variados sobre la situación socio-política.<sup>599</sup> Además de estos asuntos políticos que reflejaban la coyuntura real en sus complejas manifestaciones, *Crítica* también se hizo famosa por las caricaturas con que presentaba las carátulas de la revista.

En sentido estricto no era novedoso el que los medios de publicación de la época, se sirvieran de este elemento pictográfico para denostar o envilecer al adversario por medio del humor y la burla; pero sí era relevante la capacidad de los caricaturistas para captar en su esencia más mordaz los rasgos de los personajes que querían ridiculizar o denunciar, como se ilustró con algunas caricaturas en el capítulo 1, dedicado a la República Liberal de Alfonso López Pumarejo.

A modo de ilustración se ejemplifican algunas.

---

<sup>598</sup> Zalamea, 1949, *Crítica*, p.4.

<sup>599</sup> “Los intelectuales y la Paz”, “La prensa y *Crítica*”, “Ha caducado el liberalismo”, “La consulta al señor López”, “La Unión Nacional y el liberalismo”, “El liberalismo y la religión”, “Laureano Gómez en la picota”, “Argonautas de la cultura”, “Liberalismo y conservatismo”, “Derechas e izquierdas”, “Unión, unión. Exige el pueblo liberal”, “Un centenar de muertos liberales”, “El problema de aculturación del indio a la civilización europea”, “Definición de lopismo”, “López –patrimonio liberal– creador de la actual política internacional colombiana”, “López y la revolución traicionada”, “1930 y 1946 (tribuna libre)”, “La restauración liberal”, “El pueblo derrotará el hambre conservadora”, “Nueva canción del cedulado. Luis Vidales”, “Respuesta de los ex presidentes”, “Revista de las Indias” y “La rebelión censurada.”

Figura 6. Arsénico y Encaje

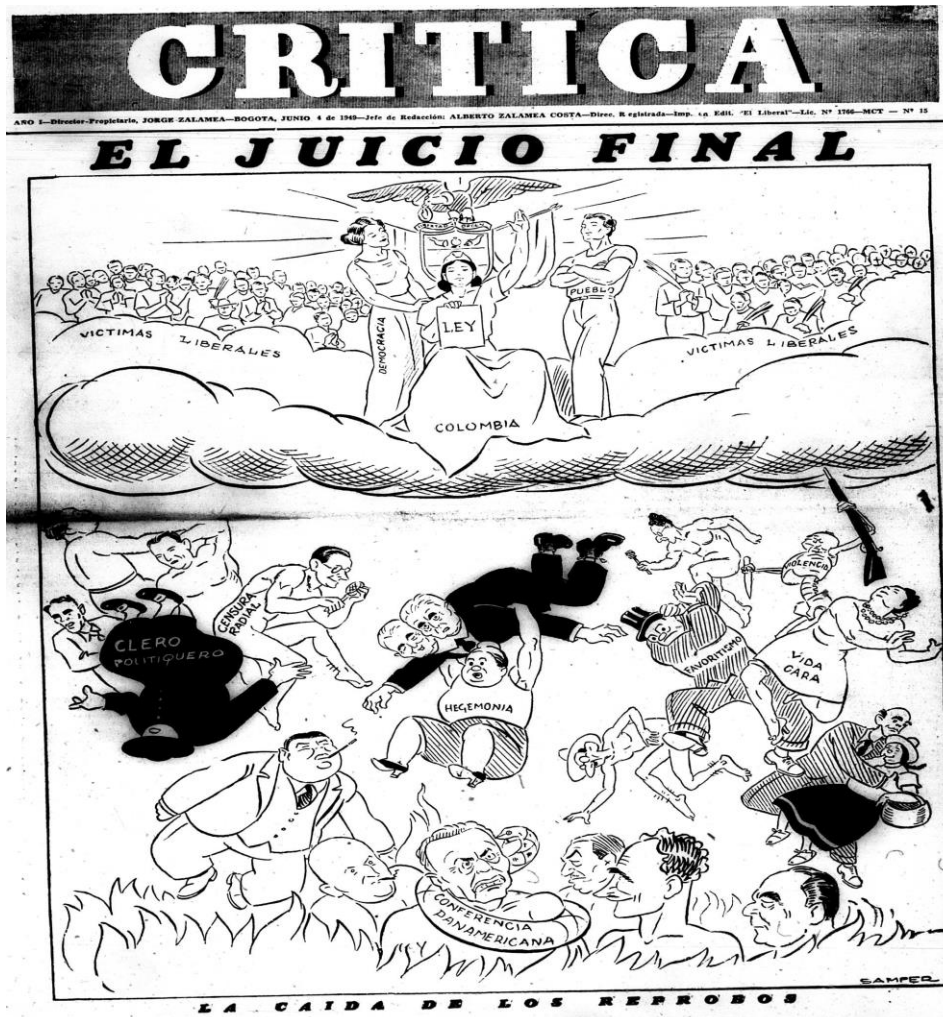


Fuente: Samper, "Arsénico y Encaje", *Revista Crítica*, 1 de noviembre, 1948.

Los nombres de las dos mujeres que están conversando en la Figura 6 hacen alusión de manera clara a Laureano Gómez y Mariano Ospina Pérez, jefes del régimen en ese momento. El primero de ellos fue relacionado con el "arsénico" debido a su oratoria: proselitista y apasionada. Laureano fue considerado uno de los mejores oradores de su tiempo y, fácilmente, impresionaba en el Parlamento y a sus adversarios por la capacidad

de su verbo que se tornaba amenazante y descalificador. Mariano Ospina Pérez, también de filiación conservadora era más conciliador, o al menos intentó negociar con los liberales, para restablecer la calma después de lo sucedido el 9 de abril. El letrero que aparece en la cartera de Doña Laureana, “cédula falsa”, hace alusión clara al problema del cedulado electoral que había enfrentado a los conservadores con los intentos, primero de Olaya Herrera y luego de López Pumarejo, para sanear el ejercicio del sufragio. Se sabe que los conservadores se abstuvieron de votar para las asambleas en los comicios de mayo de 1935.

Figura 7. El Juicio Final



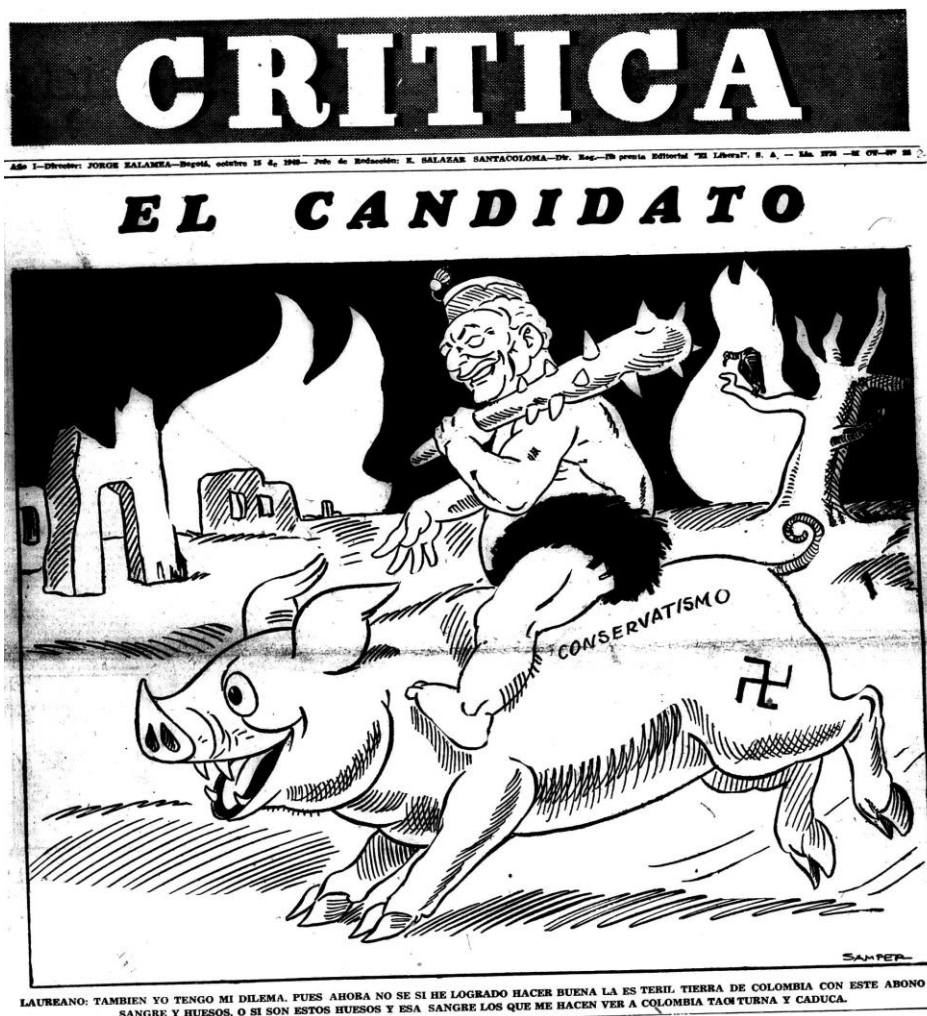
Fuente: Samper, “El Juicio Final”, *Revista Crítica*, 4 de junio, 1949

En la Figura 7, la caricatura va dirigida a la alianza clero-conservatismo y en inversión de valores, el juicio final lo realizan los liberales. Dios en el centro es reemplazado por la Ley de Colombia, quien es la única que realmente puede impartir justicia, ya que la Iglesia ha demostrado ser injusta y nepotista en la repartición de bienes y prebendas. Sólo se salvan los buenos cristianos que lo entreguen todo a la Iglesia. A su lado están el Pueblo y la Democracia, amparados todos bajo la santísima Trinidad del escudo de Colombia con su lema de “Libertad y Orden”.

Tanto a la izquierda como a la derecha se encuentran los liberales que han sido asesinados: unos en actitud de oración y otros en posición de combate. El clero politiquero y los jefes corruptos visten de negro, mientras la Hegemonía Liberal intenta derrocarlos. Las imágenes de la “vida cara”, el “favoritismo” y la “censura radial”, aluden en *Crítica* a esa atmósfera de señalamientos y prohibición generados después de “El Bogotazo” y en pleno gobierno de Ospina Pérez. La Conferencia Panamericana que se estaba dando en el marco de este hecho es representada como la serpiente del paraíso que da sus consejos a Ospina Pérez.

Es decir, se toma el tema religioso de uso exclusivo del clero y los conservadores, para adaptarlo al modelo “pecaminoso” liberal, según los oponentes.

### **Figura 8. El Candidato**



Fuente: Samper, "El Candidato", *Revista Crítica*, 15 de octubre, 1948

La carátula (Figura 8) dice más abajo que se han dado los resultados de las conferencias entre los jefes políticos, y el conservatismo ha rechazado la paz propuesta por el liberalismo. Se agrega que el único objetivo que tiene el conservatismo es el de destruir la democracia. Por eso el liberalismo está listo para la defensa de las Instituciones y *de su propia vida*. [El resaltado es propio].

El jefe del conservatismo, Laureano Gómez, es ridiculizado al presentarlo como un cavernícola que simboliza a su vez, el pensamiento reaccionario y anquilosado. El mazo, la vestimenta y el paisaje lo ubican en la época de las cavernas, período en el que parece estar

sumida la República de Colombia. Laureano va montado sobre un cerdo gordo, ávido y reluciente, que personifica la corrupción y la intolerancia de los conservadores, pues además lleva la marca de la esvástica, una clara alusión al nazismo y totalitarismo de Gómez. Esta representación de Laureano sirvió de inspiración a Zalamea para escribir en 1949, *La metamorfosis de su Excelencia*, texto en el cual su Excelencia no puede desprenderse del olor a sangre que lo sigue a todos partes. “El soso olor” del dictador, también aparecerá en *El Gran Burundún- Burundá ha muerto*, escrito en el autoexilio en 1952.

En “Las caricaturas de *El Siglo* y el imaginario político del conservatismo (1948-1949)”,<sup>600</sup> Acevedo Carmona plantea un acercamiento interesante a este tipo de ilustración de contenido simbólico que alimentó los comportamientos de los bandos enfrentados. En este ensayo, el autor sólo se centra en una muestra de caricaturas del periódico *El Siglo* para señalar los imaginarios que se revelan en ellas. León Helguera anotaba que: “Los periodistas militantes transcribían en imágenes gráficas las simbolizaciones y los contenidos del discurso político, utilizando personajes y situaciones como material de inspiración”.<sup>601</sup> Acevedo Carmona también ilustra de manera amplia y documentada sobre la riqueza del tema caricaturesco en la prensa colombiana y las potencialidades que tiene como discurso alterno para entender las polaridades de los dos partidos.<sup>602</sup>

Retomando la tarea que Zalamea se había propuesto con su quincenario, vale la pena aclarar que no sólo los conservadores estaban en abierta oposición hacia su persona, también había liberales que manifestaban prevención hacia Zalamea. Aunque Alfonso Fuenmayor había publicado en *El Heraldo* de Barranquilla,<sup>603</sup> su admiración sin reticencias por la labor que Zalamea venía desempeñando en representación del liberalismo; otra cosa pensaba el ala santista del partido que no le perdonaba a López sus atrevidas propuestas de la Revolución en Marcha. Eduardo Santos y Alfonso López siempre manejaron unas relaciones diplomáticas, pero en sustancia divergían en su forma de ver la República y la

---

<sup>600</sup> Acevedo Carmona, 1995, pp. 192-220.

<sup>601</sup> Citado en Acevedo Carmona, 1995, p. 196.

<sup>602</sup> Acevedo Carmona, 2003, pp. 151-173.

<sup>603</sup> Fuenmayor, 1949, p. 3.

manera de insertarla en la modernización. El primero era más letrado y pausado que el segundo y, quizás, se identificaban con ciertos postulados liberales; sin embargo, la fractura del liberalismo estaba ahí, latente. Y como ya se dijo, la República Liberal comenzó su hegemonía con crisis internas que nunca logró solucionar: su enfrentamiento era contra ella misma más que contra cualquier adversario político, aunque es indiscutible que eso contaba.

De cualquier forma, dadas las circunstancias, no se puede pensar a *Crítica* sólo como un filoso dardo político, pues las intenciones del director, además de avizorar la complejidad de la política y la cultura nacional e internacional, también quería ser en palabras de Rodríguez Amaya “un instrumento de militancia literaria”. Por sus páginas pasaron: Gabriel García Márquez,<sup>604</sup> Álvaro Mutis, Manuel Mejía Vallejo y Hernando Téllez.<sup>605</sup> Además, Zalamea, tradujo y publicó autores internacionales desconocidos en Colombia como: Camus, Papini, Tocqueville y Mao Tse Tung. En sus folios se encuentra un panorama actualizado de la literatura contemporánea con textos de: Mailles, Capote, Miller, Paz, Curzio Malaparte, León de Greiff, Zalamea Borda, el periodista Alberto Upegui y el historiador Juan Friede.<sup>606</sup>

En medio del caos político Zalamea publicaba una revista que tenía posición ideológica y, a la vez, se convertía en un norte de divulgación cultural. Al igual que a Sanín Cano, a quien sus contemporáneos tachaban de “extranjerizante” por los autores exóticos que reseñaba, Zalamea combinaba las injurias políticas con sagas escandinavas, leyendas indostánicas, teogonías persas o epopeyas sajonas en tanto que la fuerza pública diezmaba a los campesinos colombianos a todo lo largo y ancho de un territorio lacerado por la empresa de exterminio generada por el enfrentamiento entre liberales y conservadores. En consecuencia, Zalamea, “en la precaria medida de las posibilidades que permitía el

---

<sup>604</sup> El cuento “La noche de los alcaravanes” de García Márquez fue publicado en el número 54 de enero 18 de 1951, año en que *Crítica* es clausurada por la censura.

<sup>605</sup> En el número 47 del 5 de octubre de 1950, se publicaron dos cuentos de Téllez que hacían parte de la colección, *Cenizas para el viento y otras historias*. Relatos que abordaban el tema de la Violencia. Los textos seleccionados por Zalamea fueron, “Sangre en los jazmines” y “Lección de domingo”, ambos de hondo calado bipartidista. La presentación que hizo Zalamea fue la siguiente: “dos dramáticos relatos que serán leídos con emoción doble: la puramente intelectual o estética, y aquella otra que nace de ver nuestra propia, amarga vida, relatada en las páginas de un libro”. Zalamea, 1950, *Revista Crítica*, p. 7.

<sup>606</sup> Amaya Rodríguez, 1995, p. 45.

despotismo, disparaba sus dardos contra las iniquidades del régimen”.<sup>607</sup> Y, mientras tanto, los pocos lectores cultos se deleitaban con lo que ofrecía la revista en el plano literario, y los detractores le endilgaban su cosmopolitismo reflejado en los escritores que publicaba y traducía.

La labor difusora de *Crítica* con respecto a la literatura europea y estadounidense, contribuyó a crear un lector informado sobre los últimos desarrollos de las letras que también incluía el panorama nacional, no sólo como ya se señaló, con la publicación de autores inéditos para esa época, sino también de ensayistas e intelectuales que tenían un reconocimiento en el ámbito cultural colombiano. Observa Sarmiento Sandoval que:

Gracias a [*Crítica*], el público se mantenía actualizado sobre lo que pasaba en el exterior en los campos de la poesía, de la narrativa y del teatro. Roy Campbell, desde Inglaterra, colaboraba frecuentemente con artículos sobre la literatura inglesa (hablaba de T.S. Eliot, Maurice Baring, Graham Greene, James Joyce, Chesterton, también había quien hiciera lo propio con la literatura francesa. Artículos de Irwin Howe ponían al tanto sobre la literatura norteamericana (Truman Capote, Ernest Hemingway, Irwin Shaw, autores que fueron claves para los escritores latinoamericanos de mediados del siglo XX. También en crítica se encuentran textos de Octavio Paz, Arturo Uslar Pietri, Ciro Mendía, Eduardo Mallea. Tampoco faltaron autores españoles como Eugenio D’Ors, Rafael Alberti, Antonio Machado, y el tema del existencialismo.<sup>608</sup>

No obstante, fue en parte un trabajo muy solitario, no sólo porque era una empresa familiar en la que las dos personas que llevaban las tareas eran él y su hijo, sino también por el ostracismo a que lo condenó el ala santista del liberalismo. Bien que mal, guardaron silencio frente a muchos hechos o al menos no hicieron eco de las protestas de Zalamea, quien se quejaba de tener que recurrir con demasiada frecuencia a la reproducción de textos extranjeros –que aportaban a la función planteada por la revista–, pero que le corroboraban dolorosamente que a muchos escritores e intelectuales colombianos no les interesaba el destino de la nación.

Con base en lo anterior, la revista ha sido valorada en toda su magnitud más desde el hoy que del ayer. De alguna manera pasó desapercibida, y muchos críticos literarios consideraban que el primer intento serio de secularización y de denuncia lo cumplió la

---

<sup>607</sup> Cfr. Iriarte, 1978, p. 858.

<sup>608</sup> Sarmiento Sandoval, 2006, p. 286.

revista *Mito* de Jorge Gaitán Durán. Nada más alejado de la realidad como lo ratifican los estudios que se presentan a continuación. Es cierto que no se puede comparar la labor solitaria de Zalamea con el grupo amplio y diverso que se formó alrededor de Gaitán Durán. Tampoco se pueden desconocer las vicisitudes históricas de los períodos respectivos en que se publicaron las dos revistas mencionadas: *Crítica* en el contexto de la “Unión Nacional” que fue relativamente débil por no decir falsa, y *Mito*,<sup>609</sup> en plena dictadura de Rojas Pinilla pero con un avance revelador de las luchas intelectuales.

Se aclara que es complejo entrar a definir estas variantes dado que el tema es plural y confuso, hay quienes dirán que el intelectual como categoría es más un producto de los sesenta y que anterior a esta fecha el intelectual solamente fue un recurso y un elemento de las luchas partidistas. Sea como fuere, las condiciones históricas y políticas de 1955 no distaban mucho de las de 1948, pero sí pesaba sobre Zalamea el cobro que conservadores y liberales le hacían a las políticas de López Pumarejo con las cuales se comprometió de lleno Zalamea. Tampoco le ayudaron sus maneras elitistas y atrevidas; sobre su figura imperaba una especie de respeto y al mismo tiempo de recelo. Su arrogancia, su educación y su alta cultura chocaban con un país que no toleraba los cuestionamientos. Gaitán Durán también se movió en estos contornos y además de eso se identificaba con la clase burguesa a la que criticaba en su revista, pero distinto a Zalamea, nadie le cobró un cargo burocrático

---

<sup>609</sup> La revista *Mito* se publicó entre 1955 y 1962, fecha en la que desaparece a raíz de la muerte de Gaitán Durán, su fundador junto con Hernando Valencia Goelkel. En total salieron 42 números y muchos de sus colaboradores ya habían participado en Revista de las Indias (1936-1950), *Crítica* (1948-1951) y otras de relevante importancia. Entre ellos se encuentran: Jorge Zalamea, Hernando Téllez, Baldomero Sanín Cano, Álvaro Mutis, Pedro Gómez Valderrama, Luis Vidales, León de Greiff y Danilo Cruz Vélez, por nombrar unos cuantos. Vale la pena señalar que fue en *Mito* donde apareció por primera vez publicado el trabajo de Darío Mesa, *Treinta años de historia colombiana (1925-1955)*, libro revelador y de gran catadura histórica que permite entender los fenómenos socio-culturales que se gestaron en esos años de transformación colombiana. *Mito* abrió sus páginas no sólo a temas de literatura, sino también a aquellos que ahondaran en la compleja realidad del país.

dentro del gobierno, eso le permitió mantener cierta distancia y no ser acusado de haber contribuido a llevar al país al desbarrancadero.

Debido a lo anterior, no se espera en esta tesis, ahondar de modo profundo en las diferencias que por omisión o desconocimiento se hace de las revistas culturales que precedieron a *Mito*; sí se quiere para el caso, reconocer y rescatar la importancia de la revista *Crítica* de Zalamea en tanto ella revela una condición y posición ideológica y cultural del intelectual en el contexto de la República Liberal y los efectos de su caída en 1946. Por eso se analizan algunas de las valoraciones que en su respectivo orden hacen Jacques Gilard, Álvaro Mutis y Óscar Torres Duque.

El primero de ellos publica en 2005 el artículo titulado “Para desmitificar a *Mito*”,<sup>610</sup> texto en el que replantea la exaltación que en el ámbito literario nacional se hace de la labor de esta revista. Para empezar, Gilard observa que ya Sanín Cano, Zalamea y Téllez se habían convertido en la década del treinta –incluso mucho antes, dada la edad de Sanín–, en voceros del pensamiento y el arte colombianos.<sup>611</sup> Como estudioso de la literatura colombiana, el crítico francés habla además de la importancia e influencia de la cultura caribeña representada en el grupo de Barranquilla y en el magisterio del catalán Ramón Vinyes. Este último había tenido una participación fundamental en la revista *Voces* que se publicó entre 1917 y 1920. Gilard afirma que “Si alguien, en Colombia, señaló el rumbo, fue Jorge Zalamea; y si de alguien aprendió Gaitán Durán, fue del mismo Zalamea, a quien, sin embargo, trató con soberana injusticia en 1949”.<sup>612</sup> Es decir, Zalamea plantea con suma claridad su visión de la tarea del intelectual, de la literatura y de la cultura, en la problemática sociedad colombiana, y esto lo hace a través de *Crítica*.

---

<sup>610</sup> Gilard, 2005, pp. 13-58.

<sup>611</sup> *Crítica* Gilard a los apologistas de *Mito* entre los que se encuentran J.G.Cobo Borda y Rafael Humberto Moreno Durán, quienes hablan del “europeísmo” valientemente asumido por *Mito*, pero esto es desconocer que ya lo habían hecho Sanín Cano, los dos Zalamea y Hernando Téllez. La contradicción radica en que el “europeísmo de *Mito*” tenía que ver en lo fundamental con el pensamiento existencialista francés, sin embargo, Cobo Borda alaba esto en la revista de Gaitán Durán, pero lo criticaba en el quincenario de Zalamea cuando dice que lamentablemente *Crítica* creía en Europa y básicamente en Francia, no en Colombia. Gilard, 2005, p. 24.

<sup>612</sup> *Ibíd.*, p. 24.

De igual manera Mutis registra en la entrevista que le concede a Gilard en París, “*Entretien avec Álvaro Mutis*”, que no se puede pensar el avance de la cultura colombiana sin la existencia de la revista de Zalamea y la política de modernidad que quiso desarrollar López Pumarejo. Al respecto dice:

Si yo me siento ligado a una revista, es a *Crítica* totalmente. Y lo quiero aclarar: desde el punto de vista literario, como identificación con una manera de ver la literatura, primero. Y después, emocionalmente, personalmente, por afecto y por convicción. Desde la independencia nadie hizo tanto ni tan profundo como Jorge Zalamea. En Colombia, desde la independencia, lo que se ha hecho es conformarse. Salvo López Pumarejo en política y Jorge Zalamea en literatura. El solo hecho de que en Colombia se siga negando esto indica una enfermedad y una ceguera del país, gravísimas. Ahí estaban las respuestas a todo lo que se está viviendo [...] Ninguna otra revista colombiana de esos años 40 y 50 puede compararse con *Crítica*. Las otras revistas no tenían ninguna propuesta de auténtica anarquía, de auténtico cambio brutal del país. No se encontrará en ellas ninguna frase que proponga de veras otro país. Lo que decía era más bien: “Vamos a seguir viviendo en el mismo país”.<sup>613</sup>

Los 67 números que se publicaron entre 1948 y 1951, así lo revelan. *Crítica* fue en su momento un quincenario que pretendía demoler el anarquismo político a través de sus piezas de combate. La traducción de los textos allí publicados tenía la intención soterrada de burlar la inquisición de los “sabuesos de la censura”. Esa selección que se hacía de Rousseau, Sartre, Faulkner y Valéry, entre otros, no sólo señalaban el cosmopolitismo de la revista, era una mueca inequívoca de fastidio ante el anquilosamiento de la cultura colombiana. Por ejemplo, del escritor francés Antonin Artaud se tradujo (sobre los tarahumaras), de Nicolás Berdiaff (sobre el Estado), de Karl Jaspers (sobre la culpabilidad humana tras la guerra), de Giovanni Papini (sobre la crítica); temas todos que se conectaban con la realidad nacional.

Torres Duque<sup>614</sup> observa con respecto a la revista, que fue, en el mejor sentido kantiano de la palabra, esa conciencia sin límites de reconocimiento sin fin, de las posibilidades históricas del hombre. Una suerte de intelecto que se haya en posición “marginal” con relación a los poderes dominantes –recuérdese que *Crítica* comienza a salir unos meses después de la muerte de Jorge Eliecer Gaitán–, y desde su inicio debe enfrentar el bozal de los censores editorialistas designados por el gobierno de Mariano Ospina Pérez.

---

<sup>613</sup> Gilard, 1995, p. 192.

<sup>614</sup> Torres Duque, 1989. (En línea)

Lo valioso, agrega Torres Duque, es que a pesar del sesgo político, este quincenario fue auténticamente cultural; aunque su compromiso político estaba claramente definido. Zalamea como intelectual y crítico moderno sabía ser imparcial, al menos en lo que al arte correspondía, pues la imparcialidad del crítico debe estar más allá de sus ideologías políticas. En este sentido, *Crítica* fue dos cosas: un quincenario liberal, y el quincenario de Jorge Zalamea; uno solo pero en dos direcciones diferentes.<sup>615</sup>

En definitiva, Jorge Zalamea asumió la misión de ser el vocero del naufragio del hombre en las horas aciagas que le correspondió vivir al país. Su pertinaz adhesión al liberalismo le hacía creer que solo ésta filosofía política y humanística podía salvar al hombre de la desgracia a que lo arrastraban los odios políticos y la ignorancia en materia de cultura.

Es preciso anotar que de los tres ensayistas que se vienen analizando, Jorge Zalamea es quizás el más político y contestatario. Vale la aclaración para referirse, no a su compromiso –Sanín Cano y Téllez también lo tuvieron–, sino a la vocería que asumió en el primer gobierno de Alfonso López Pumarejo al liderar proyectos culturales y, más aún, enfrentamientos de tipo verbal con sus opositores. Los dos primeros no fueron perseguidos por los gobiernos dictatoriales ni exiliados políticos. A lo sumo Sanín, fue atacado con epítetos de “extranjerizante” y “aclimatador de novedades”, pero su persona política no sufrió mayores desagrazos distintos a los endilgados a la mayoría de sus contemporáneos que estuvieran en contra de los regímenes de fuerza. Además, como se ha manifestado, su labor se desarrolló durante mucho tiempo por fuera de Colombia y esto le permitió independencia intelectual y distancia sectarista, sin por ello estar ajeno a las circunstancias coyunturales.

Otro tanto le sucede a Téllez, quien también denunció desde la prensa e hizo oposición férrea a los denuestos que se impartían desde el ala conservadora al partido liberal; pero en medio de la atmósfera enrarecida supo conservar la diplomacia y cierta ecuanimidad que lo salvó de ser atropellado por el alud de las detracciones públicas y de las

---

<sup>615</sup> *Ibíd.*

persecuciones inquisitoriales que se ejercieron durante los gobiernos de Mariano Ospina Pérez y Laureano Gómez. No salió totalmente indemne, por supuesto, de las acusaciones y subvaloraciones que le achacaban los enemigos del partido y los promotores de la cultura hispanista, que veían en su cosmopolitismo un claro sesgo xenófobo contra los ideales de la patria y de la nación colombiana, sin embargo, no sufrió las angustias y cavilaciones de quien se encuentra en la encrucijada. Por el contrario, Jorge Zalamea no salió tan bien librado. Su presencia arrolladora, al decir de sus coetáneos, aumentaba de tamaño al calor de la oratoria caudillista que siempre acompañó sus discursos políticos. De haber querido ser presidente o representante del pueblo, hubiera competido con los mejores oradores de entre los cuales se destacaba Jorge Eliécer Gaitán.

\*\*\*

A través de este recorrido se ha intentado reconstruir el *ethos* y la figura intelectual de Baldomero Sanín Cano. Sólo resta decir que su labor y la trascendencia de su prolífica obra, aún poco explorada, dan cuenta de la magnitud y aporte de una inteligencia que supo entender su tarea en la sociedad, tendiendo puentes para la apertura de fronteras culturales; ampliando el marco estrecho de la aldea física y espiritual de una Colombia todavía atrasada. Su importancia radica en que, a través de su universalismo, intentó mostrarles a los colombianos que se desconocía lo propio y lo ajeno. Su acusado escepticismo no es tal, simplemente era consciente de la realidad colombiana y, por eso, creía que la lectura, el conocimiento y la cultura eran tareas del escritor en la sociedad.

De igual manera, se puede señalar sin lugar a equívocos, que Hernando Téllez fue una de las “certeras brújulas”<sup>616</sup> con la que contaron los lectores colombianos de mediados del siglo XX. Su tarea como intelectual estuvo encaminada a apoyar desde lo cultural a los presidentes que hicieron parte de la República Liberal; pero más allá de este trasunto político, aspiró a demoler los nacionalismos caducos y chauvinistas que durante gran parte del siglo entorpecieron los procesos de modernidad. Tal vez hizo concesiones –como lo hacen ver Mejía Duque y Gilard–, sin embargo, no se puede desconocer que el medio era

---

<sup>616</sup> La expresión es de Alfredo Iriarte, quien prologó uno de los libros de Téllez bajo el título: “Significado de Hernando Téllez en la cultura colombiana”. 1977, p. X.

demasiado hostil y con pocas alternativas de realización personal distintas a la política o a la clerical. Además, es de tener en cuenta, que Téllez no provenía de una familia de alcurnia,<sup>617</sup> su vinculación con el ámbito de la élite se dio por la participación que se le abrió en los periódicos, en los que logró generar credibilidad y respeto. Esto no obsta para que se mire como un adalid en el sentido de que no tuvo fallas. Como la mayoría, se ha señalado, cayó en discursos retóricos de defensa innecesario, más como un deber que como un proselitismo con su partido. Sin embargo, procuró manejar un bajo perfil: no tenía el universalismo de Sanín Cano, ni la efervescencia elocuente de Jorge Zalamea.

Zalamea era impetuoso y arrebatado en la defensa de lo que consideraba las luchas sociales para un mejor gobierno en beneficio del pueblo. Aunque sus predilecciones humanísticas se dividían entre la historia, la sociología, la literatura, la poesía, el arte pictórico, el ensayo y la traducción, se puede decir que entregó sus energías a las lides políticas nacionales e internacionales. Lo mejor de su producción apenas quedó en ciernes—no obstante la importancia de lo que publicó en este campo—, pues su periplo a través del mundo, de Colombia a México, de allí a España y más tarde a Rusia, China y Pekín confirman el trasegar de un espíritu que estuvo comprometido de lleno con los acontecimientos del mundo. No sobra decir que Zalamea tuvo una época amarga en Colombia después de los sucesos del 9 de abril, y que por ello se le abrió juicio; y a pesar de que salió exonerado de los cargos, hubo de recurrir al autoexilio voluntario porque era incapaz de permanecer en un país que le era adverso y para el cual a su vez, él representaba un peligro.

A continuación, en el capítulo 4, se definirá el campo literario, crítico, cultural y moderno, en el cual gravitaron las posturas intelectuales y el pensamiento de avanzada de estos tres críticos.

---

<sup>617</sup> Él mismo lo expresó: “Al fin y al cabo he sido un ser supremamente feliz. Quizá por no ser ambicioso la vida me ha otorgado discretamente sus dones, dentro de cierto ritmo y en cierta proporción. No podría decir que he sufrido, ni me lastima el hecho de haber trabajado. No podría decir tampoco que soy un luchador, que llega a la meta, después de abrirse paso, a codazos, por entre las multitudes. La cosa se ha deslizado “en medio de la mayor cordialidad”. Yo tuve una infancia pobre, pero como no sabía qué era ser rico, no supe tampoco si era pobre”. Forero Benavides, 1944, p. 1.

## **CAPÍTULO 4.**

### **MODERNIDAD Y CRÍTICA LITERARIA EN COLOMBIA**

La crítica literaria es el tema a desarrollar en este último capítulo. Por supuesto, el concepto funcionará cohesionado a las nociones de cultura, literatura y modernidad que se han venido abordando en los capítulos anteriores. Las posiciones y concepciones sobre la modernidad y la crítica literaria manifestada por los tres intelectuales seleccionados, se inscriben, como ya se ha ilustrado, en el marco de los debates generados entre los intelectuales de ambos partidos: el liberal y el conservador. También se tienen en cuenta las diferencias de pensamiento de los intelectuales adscritos al partido liberal, dado que algunos se identificaban con las ideas de izquierda o de derecha. Sin embargo, sea cual fuera su tipo de filiación, fueron los escritores-intelectuales quienes tomaron la vocería, para simplemente atestiguar y dar cuenta de lo que estaba pasando, o como sucedió en la mayoría de las veces; para denunciar y cuestionar los caminos, casi siempre equivocados, que asumían los conductores gubernamentales del país.

Baldomero Sanín Cano, Jorge Zalamea y Hernando Téllez, son en parte la representación de tres voces críticas, que cayeron en errores partidistas, unos más que otros; pero que ayudaron a consolidar una idea de nación, cultura y crítica literaria. A través de sus ensayos y artículos, se podrán analizar las posturas que como intelectuales y críticos manifestaron sobre el medio cultural colombiano, en consonancia con las propias circunstancias sociales de lo que el momento histórico les permitía llevar o no cabo. Aunque el pensamiento de los tres gravita en el mismo escenario, las condiciones, desempeño y desarrollo de las potencialidades críticas de cada uno de ellos, atiende a situaciones económicas y de formación cultural distinta, además por supuesto, de la concepción y la relación que con lo político sostuvieron como ya se ilustró en el capítulo dedicado a sus figuras. Las diferencias entre los tres, genera matices de apreciación que

indudablemente enriquece la crítica literaria en Colombia en aras de levantar el nivel cultural de una nación en ciernes.

\*\*\*

### **Cultura y Crítica Literaria**

Anthony Giddens es uno de los teóricos que analiza el fenómeno y las consecuencias de la modernidad, la cual se creía conduciría a la formación de un mundo más feliz y más seguro. No obstante, la “pérdida de fe en el “progreso”, es uno de los factores que subraya la disolución de la gran narrativa de la historia.<sup>618</sup> Al ser la modernidad un fenómeno que encarna la contradicción en sí misma, esto es, representa el ascenso y la calidad de vida, pero por otra parte manifiesta su lado sombrío, no sólo al generar más exclusión social en lo material, sino al fragmentar y dispersar al individuo en un mundo que pierde soporte de credibilidad, se torna paradójica e incomprensible. En este sentido, Giddens propone una interpretación “discontinuísta”<sup>619</sup> del desarrollo social moderno:

En las culturas premodernas tienden a predominar cuatro contextos localizados de confianza si bien cada uno de ellos posee muchas variaciones de acuerdo según el particular orden de que se trate: el primer contexto de confianza es el sistema de parentesco, que en los entornos más premodernos proporciona un modo relativamente estable de organizar “haces” de relaciones sociales a través del tiempo y del espacio, 2) la comunidad local: relaciones organizadas en términos de lugar, 3) la cosmología religiosa: la religión como un medio organizador de la confianza. Las creencias religiosas habitualmente nos llenan de confianza en la experiencia de acontecimientos y situaciones y forman un marco de referencia del cual esos acontecimientos y situaciones pueden explicarse y ser respondidos. 4) la tradición misma: la manera como se organizan dichas prácticas y creencias. La tradición es rutina. Pero una rutina intrínsecamente significativa más que una simple costumbre.<sup>620</sup>

Así, se señalaba antes, cómo la tradición no debe ser concebida como una amenaza o algo caduco. Se deben renovar y cuestionar las viejas formas que ya no funcionan, pero no se puede partir de cero, ni mucho menos imponer modelos foráneos a una nación que no está madura para dar el salto. Dado que la cultura de masas –uno de los grandes proyectos

---

<sup>618</sup> Giddens, 1993, pp. 22 y 23.

<sup>619</sup> Señala tres discontinuidades entre los órdenes modernos y los tradicionales: 1) El simple *ritmo de cambio* que la era de la modernidad pone en movimiento, 2) El ámbito del cambio y 3) La naturaleza intrínseca de las instituciones modernas, tales como el sistema político del Estado-nación”. Giddens, 1993, p.19.

<sup>620</sup> Giddens, 1993, pp. 101-103.

de la modernidad—era analizada a partir de oposiciones binarias erudito/no erudito, docto/no docto, elitista/masivo, dominante/hegemónico; la mirada sobre el pueblo adquiría apariencias que iba desde una idea romántica de elevar la conciencia del pueblo para luchar por la igualdad de derechos, en la que se incluía el paternalismo, la benevolencia y la conducción, hasta la postura que lo veía como una *plebe* sumida en la ignorancia y la superstición. De estas concepciones se nutrían los dos partidos para esgrimir en nombre de su defensa y preservación campañas que desprestigiaban al oponente político.

En consecuencia, el concepto de cultura asociado a la modernidad y a la crítica literaria continuaba presentando sus complejidades en tanto siguiera encarnando las dicotomías tradición/modernidad; lo culto/lo popular y lo refinado/lo vulgar. La noción de cultura planteada en la modernidad parte de una concepción ilustrada de esta última: un cultivo exquisito del espíritu que se genera a través del arte y el conocimiento; lo cual lleva necesariamente a la polémica sobre el arte como compromiso o el arte como categoría estética. Aunque la autonomización del arte ya se había comenzado a configurar desde el siglo XVIII, había que esperar hasta finales del XIX a que la constitución del campo literario generara unas reglas de emancipación e independencia para que le permitieran al creador y a su obra, desligarse de la legitimación avalada sólo por el aparato político-estatal o las instituciones de *validez* instauradas por la tradición.

Las nuevas reglas producidas por el campo literario-cultural estarán en estrecha relación con los ideales y aspiraciones de la modernidad, concebida como una oposición al pasado y un replanteamiento de la tradición en sus formas más caducas y normativas, que hacía de la experiencia estética un consenso general fundamentado en las nociones clásicas de verdad, bondad y belleza, excluyendo el gusto como sentimiento estético inherente al ser humano, trátase de la cultura letrada o de masas. El gusto, en su acepción más amplia y democrática entrará a definir lo culturalmente legítimo. Por supuesto, se corre el riesgo de canonizar una seudocultura, afianzada según Kant,<sup>621</sup> más en el goce sensual que la apreciación intelectual del fenómeno estético, pero en ello radica la democratización de la cultura y la inserción paulatina del pueblo en “estados espirituales” a través de una buena

---

<sup>621</sup> Kant, 1991, pp. 121-158.

educación. Como anota Bauman, “La cultura es una posesión que se puede, como toda posesión, adquirir y dilapidar, manipular y transformar, modelar y enmarcar”.<sup>622</sup> Corresponde así, a los conductores intelectuales, escritores y críticos orientar esa nueva sensación perceptiva de lo popular por medio de las políticas culturales diseñadas para tal fin.

Dado que la cultura no se puede homogeneizar ni separar en compartimentos, hay que definir –como se señaló páginas atrás–, ¿cuál es el estado de la cultura en una sociedad o país?, ¿quiénes definen la cultura?, ¿desde dónde la definen?, ¿para quién la definen? Y ¿cómo hacer efectivas esas políticas culturales entendidas, éstas, como la mediación que el Estado, de la mano de sus intelectuales, ejerce a través de las prácticas culturales promovidas con y en relación a lo cultural, lo social, lo político y lo económico? La respuesta que se podría dar a estos interrogantes parte de lo planteado por Bobbio, Mannheim y otros estudiosos del tema. Recuérdese que el primero de ellos habla de la *democracia representativa*, ya que no todos pueden gobernar, se elige por consenso a los mejor capacitados. En el mismo sentido, Mannheim, había formulado esta estrategia de legitimidad del gobierno agregándole la noción de *democratización de la cultura*; esto es, abrir las vías de conocimiento y permitir el disfrute de los bienes culturales a todos los ciudadanos por medio de una democracia participativa. En general se observa que:

Una política cultural no debe entenderse como la administración rutinaria del patrimonio histórico, o como el ordenamiento burocrático del aparato estatal dedicado al arte y la educación, o como cronología de las acciones de cada gobierno. Empieza a hacerse evidente que a la cultura se le reclama algo más, incluso que cubra los vacíos dejados por la economía y la política. La concepción de la cultura como recurso le exige a la política cultural resultados sociales, que se manifiestan en una estrecha relación entre cultura y desarrollo humano: salud, educación, formación de capital social o apoyo y fortalecimiento de la sociedad civil. Se debe entender la política cultural como la capacidad de orientar el desarrollo simbólico satisfaciendo las necesidades culturales de una población en su conjunto, es decir, la satisfacción de las necesidades culturales mediante el consenso y la participación plural. Siendo así, las políticas culturales no pueden definirse únicamente desde la administración pública, pues lo público no está dado a priori. La definición debe pasar por procesos de construcción ciudadana que conviertan a los distintos públicos en actores sociales con intereses políticos.<sup>623</sup>

---

<sup>622</sup> Bauman, 2002, p. 104.

<sup>623</sup> Cfr. García Canclini, 1987, pp. 13-62; Yúdice G., 1999, pp. 181-235.

Cabe advertir, no obstante, que las políticas culturales concebidas de esta manera no eran aplicables al contexto cultural colombiano en las décadas del treinta y el cuarenta del siglo XX. Las políticas de cualquier índole debían definirse desde el Estado representado por el gobierno de turno, ya que los distintos actores sociales no tenían una conciencia ciudadana y menos política, tal vez partidista, pero no crítica. Los únicos detentadores del poder y del conocimiento, seguían siendo la oligarquía, el clero y los intelectuales. Eran ellos quienes definían a través de su participación en la prensa y en las revistas culturales los derroteros a seguir en materia de cultura y de literatura, de sociedad y civilidad, de política y participación ciudadana. Así, arte, estética y política iban de la mano y al primero de ellos se le reconocía su potencial transformador a partir de la conciencia crítica que despertaba en los creadores y en los receptores de la obra artística. Lo revelan los enfrentamientos entre tradicionalistas y modernos, cuyos puntos de vista divergían totalmente.

Los modernistas creían en el proceso civilizatorio y cultural que podía proporcionar la modernidad; por eso el pasado perdía valor ante la perspectiva del presente y del futuro, que a su vez debía descansar en estados de espíritus ilustrados consecuentes con la ética y la responsabilidad social. Por el contrario, los tradicionalistas, veían con temor la estabilidad del orden monacal sustentado sobre la inmutabilidad de los valores y la fe ciega en el dogma.<sup>624</sup> La autonomía propiciada por la modernidad socavaría los cimientos del mundo cristiano y la resignación infinita a obedecer y ser disciplinados. De este modo, Colombia se consumía entre el fanatismo religioso, la pureza del idioma, de la raza y, la Violencia generada por los dos partidos en pugna: liberales y conservadores. Ante esta situación, señala Jiménez Panesso, que “producir una literatura moderna, o al menos

---

<sup>624</sup> Dice Jiménez Panesso que “Miguel Antonio Caro procuró por todos los medios mantener la cultura colombiana arraigada en un pasado histórico estable y coherente. Lo sintió amenazado por el librepensamiento en política y por el romanticismo -poco más tarde por el modernismo- en literatura. No le interesaban tanto el paisaje físico, los tópicos regionales y la autenticidad autóctona sino los vínculos más fuertes y universales de la religión, la lengua, la hispanidad y el clasicismo. Las promesas de la modernidad en el sentido de progreso ilimitado y logros tecnológicos le parecieron menos importantes en comparación con la amenaza que representaban sus presupuestos ideológicos y en especial la secularización del pensamiento. La fe y la moral católicas habían hecho más, según él, por el bien de la humanidad que todos los ferrocarriles y telégrafos, vapores y máquinas, cuyos beneficios declaraba no menospreciar pero estaba lejos de sobreestimar” (1994, pp. 16 y 17).

intentarlo, en condiciones sociales todavía premodernas, implicaba dar expresión literaria a una serie de paradojas”.<sup>625</sup>

Le correspondía pues a la literatura desde una idea de modernidad, plantear y debatir estos conflictos generados por la misma, a través de la creación y la crítica literaria. En los intelectuales se observa la contradicción de querer insertar al país en la modernidad cultural y al mismo tiempo criticar y oponerse a los efectos devastadores de ésta: la vertiginosidad del tiempo que no permite el ocio contemplativo y creativo y que anula la defensa de la singularidad, pues el capitalismo del mercado tiende a uniformar a todos. En esta línea, escritores como Sanín Cano, Zalamea y Téllez asumieron las actitudes contestatarias de quienes cuestionan la ambigüedad del mundo moderno y paradójicamente encarnaban, ellos mismos, la contradicción en sus escritos: se pronuncian en contra de esa modernidad y eso los hace modernos. Su crítica se dirige contra la lógica del mercado que pone a la obra de arte como una mercancía sometida no sólo a la fluctuación de lo económico, sino a la “masificación de la misma”. En ello radica otra refutación: quieren acercar a la masa a la cultura, sin que ésta se vuelva seudocultura y cosificación.

La pregunta –para muchos de ellos– consistía en cómo conciliar esos mundos opuestos si la aceleración de los tiempos no se podía frenar. Además, ellos seguían estando cohesionados al Estado y a los procesos de dominación cultural propuestos por éste. ¿Cómo hacer una literatura moderna en un ambiente premoderno en el plano de las ideas? Ellos pertenecían a un *campo* y con Bourdieu se ha visto que aún el campo de la autonomía del arte tiene sus propias reglas. Además, los escritores y críticos requieren de un público a quien dirigirse, así en primera instancia sea hacia ellos mismos.

Said desarrolló una interesante discusión sobre los conceptos de *filiación* y *afiliación* en relación al ejercicio de la crítica. Dado que ésta como *campo* representa un sistema de valores y creencias y, además, no funciona como campo aislado puesto que hace parte del conglomerado social, se mueve en los órdenes de la *filiación* y la *afiliación*. La primera es

---

<sup>625</sup> Jiménez Panesso, 1994, p. 10.

natural y es inherente al proceso de relaciones humanas dentro de la comunidad; la segunda se construye dentro de lo sociocultural y puede negar a la primera. Dice Said:

La afiliación es algo así como los lazos con la familia, el hogar, la clase social, la nación y las creencias tradicionales. La filiación se establece más por parentesco. La afiliación, ya sea a un partido político, una institución, una cultura, un conjunto de creencias o incluso una visión del mundo, proporciona a hombres y mujeres una nueva forma de relación, y una nueva forma de legitimar la autoridad que en el orden filiativo se mantenía firme mediante lazos y formas de autoridad naturales –que incluían la obediencia, el temor, el amor, el respeto y el conflicto de instintos– la nueva relación afiliativa transforma estos lazos en lo que parecen ser formas transpersonales –como la conciencia de gremio, el consenso, la colegialidad, el respeto profesional, la clase y la hegemonía de una cultura dominante–. “El esquema filiativo pertenece a los dominios de la naturaleza y de la ‘vida’, mientras que la afiliación pertenece exclusivamente a la cultura y la sociedad”.<sup>626</sup>

En consecuencia, al crítico se le ofrecen dos alternativas: defender su filiación aun cuando el desarrollo de lo social demuestre que estaba asentada sobre bases hegemónicas que merecen replantearse y, en este sentido, estaría siendo cómplice del modelo orgánico, otorgándole legitimidad a la ideología dominante, como en el caso de los intelectuales conservadores. O reconocer la diferencia entre filiación instintiva y afiliación social, y mostrar cómo la segunda, unas veces reproduce la primera y, otras, adopta sus propias formas. Desde esta perspectiva amplia de la crítica, el mundo político y social debe estar disponible para el escrutinio crítico y secular. Afirma Said que “Los críticos están ligados a la cultura por filiación: nacimiento, nacionalidad, profesión; pero también por afiliación: por convicción social y política, por las circunstancias económicas e históricas”.<sup>627</sup>

La crítica es un proceso de distinción, de delimitación y de análisis, y no puede confundirse con la censura. Corresponde en un sentido exacto a lo que Kant definió como el uso público de la razón, es decir, la libertad del individuo de expresar sus opiniones e ideas y la garantía de que ellas sean tenidas en cuenta.<sup>628</sup> De ahí que en una sociedad democrática el consenso y el disenso, más que oposiciones, posibilitan el equilibrio de las fuerzas en tensión. Las tomas de posición de los agentes culturales que se instalan en el campo de la crítica, no sólo buscan un reconocimiento para ellos mismos y una formación

---

<sup>626</sup>Said, 2004, pp. 34 y 35.

<sup>627</sup>Said, 2004, p. 37.

<sup>628</sup>Kant, 1991.

para los lectores; ante todo aspiran a luchar por la autonomía del arte no mediatizado ni avalado por el poder político o religioso.

Así, el campo de la crítica genera un tipo de escritor profesional que legitima su teoría crítica gracias al *mercado de bienes simbólicos*, establecido dentro de las reglas del campo cultural con respecto a las producciones artísticas. El escritor debe hacer méritos para ser aceptado y valorado dentro del campo y, de este modo, su obra sale al público con un sello de reconocimiento. Ello no significa la total validez de las obras y los productos, pues el campo puede ser tradicional, hegemónico o antimoderno; y proponer en cierto sentido la perpetuación de modelos y normas caducas, corresponde al público pero sobre todo al crítico, evidenciar la validez o no de la obra. Este tema es complejo, ¿quién tiene la autoridad para ensalzar o denostar un producto artístico?, ¿de qué fundamentos histórico-literarios y filológicos parten las premisas del crítico? Es difícil aventurar una respuesta, en especial en contextos político-culturales tan abstrusos como los que se vienen describiendo. Además, el campo crítico también se convierte en un espacio hermético y excluyente.

En un estudio realizado en 1996 por Carlos J. María sobre la crítica literaria y la literatura colombiana en el Caribe, surgieron interrogantes de este tenor: ¿había crítica literaria en Colombia?, ¿era objetiva o estaba inspirada en la amistad o en la animadversión?, ¿cuáles eran las dificultades que la crítica literaria afrontaba en el país?, ¿para qué sirve la crítica, orienta, es necesaria?, ¿qué circunstancias particulares se deben tener en cuenta para hacer crítica en Colombia?, ¿a través de nuestra historia literaria a quiénes puede considerarse como críticos?<sup>629</sup> Estas cuestiones las venían debatiendo los intelectuales y escritores desde finales del siglo XIX, a propósito de la aparición del modernismo en Colombia entre 1880 y 1910, el cual dio un vuelco a la manera tradicional como se venía haciendo y concibiendo el arte.

Más que afirmar de modo contundente, quién es buen crítico y quién no, interesa señalar las particularidades dialógicas que marcaron la discusión de intelectuales como Téllez, Zalamea y Sanín Cano en la perspectiva de la “despolitización” del arte, para el

---

<sup>629</sup> María, 1996.

primero y el último de ellos, y la militancia literaria para el segundo. Esto parte de una toma de conciencia crítica, de la posición diferencial que las obras deben ocupar con respecto a un mercado capitalista. Por supuesto, pensarlo era una utopía, ya que con el creciente avance del capitalismo como sistema económico dominante, y los progresos de la modernidad en términos materiales y de expansión, era lógico que las cuestiones del espíritu entraran en pugna con los ideales de progreso –ésta era una de las críticas a la modernidad– y a pesar de los esfuerzos, las obras entraran a hacer parte de una industria cultural. Ante este estado de cosas, la crítica aspira a revalidar y servir de filtro dentro del gran circuito de distribución en la cual se mueve la obra de arte para orientar, en el mejor de los casos, y en Colombia y la República Liberal, para demoler al adversario.

En consecuencia el tema de la autonomía también es problemático, al igual que la sola existencia de minorías plantea de entrada su contraparte en las mayorías y, por tanto, la conformación de élites; los críticos no son abundantes, son escasos y pertenecen a espacios muy reducidos conformando así mismo una élite ilustrada en oposición a la cultura popular, lo que en otras palabras significa un tipo de dominación discursiva y cultural. La idea pues de la literatura con el pueblo y para el pueblo, es infundada cuando no ideal, máxime si se habla de mayorías analfabetas. Entonces ¿para quién escribe y critica el literato?, casi siempre, para ellos mismos.<sup>630</sup> En otras palabras, desde un punto de vista social muy determinado, la obra individual es el reflejo y, en buena medida, la cristalización de las luchas simbólicas que establecen entre sí los escritores, los editores, los críticos, los académicos y todos aquellos individuos vinculados al campo artístico.

Sin embargo, no faltan los adalides del arte comprometido y del arte testimonial, que con un lenguaje social buscan comunicarse con la gran masa, y si no acercarla a la cultura,

---

<sup>630</sup> Bourdieu en el tratamiento que hace sobre la conquista de la autonomía del artista, plantea la *bohemia* como uno de los cenáculos que construyen los artistas buscando apartarse del dominio convencional, pero al mismo tiempo, buscando crear círculos afines con sus pares. Observa el sociólogo francés que esta idea junto con la categoría intelectual, “entraña sus propias contradicciones, ya que al querer crear un campo literario autónomo, también instaura unas reglas de exclusión, no todos pueden pertenecer a él. Así la diferenciación también lleva implícita la exclusión: una ambivalencia que se manifiesta en el hecho de querer crear una nueva clase social que se aleja de la idea de ‘pueblo’ y se acerca más a las clases sociales de la aristocracia y la burguesía. A pesar de que se rechacen los reconocimientos y las consagraciones como en el caso de Flaubert, el escritor, el artista, siente que es una categoría social especial, más espiritual, quizá más deífica; por ello al mismo tiempo, no es igual a los demás”. Bourdieu, 1995, pp. 92 y 93.

al menos plantearle un derrotero de apreciación, en la cual instruirla, como en el caso de Zalamea, con ensayos sobre la historia del arte, la poesía y la traducción de autores universales.<sup>631</sup> Sanín Cano y Téllez también escribieron artículos en los que llamaban la atención del pueblo para que adquiriera conciencia ciudadana y mayoría de edad en la autonomía y ejercicio del pensamiento. Textos como: “De lo exótico”,<sup>632</sup> “Servir, o el lucro y la democracia”,<sup>633</sup> “Una república fósil”,<sup>634</sup> “Grandeza y servicio de la literatura”,<sup>635</sup> y “Faenas menores de la cultura”,<sup>636</sup> cumplieron este cometido.

La crítica como oficio recibe, valga la redundancia, críticas, pues ésta a partir de los juicios hechos a una obra que se le asignan valores y estos valores, a su vez, configuran una comprensión de la literatura. Además, en muchas ocasiones, el crítico se dedica a atacar las falencias de un texto, o la filiación política-literaria del autor, desde perspectivas teóricas que no admiten la pluralidad o, en el peor de los casos, desde posturas personales, sin medios estéticos que lo sustenten. “A la crítica dogmática no le interesan las obras de arte, sino la defensa de los principios que la guían, bien sean de naturaleza moral, religiosa o política.”<sup>637</sup>

En este orden de ideas, los juicios valorativos negativos que existen en torno a la crítica llegan incluso a negar su existencia, pues una mala crítica no debe ser tomada en cuenta. Sin embargo, Rodríguez Monegal, señalaba la existencia de una tradición crítica hispanoamericana que nace con Andrés Bello, continuando con figuras representativas en este campo como: Domingo Faustino Sarmiento, Juan María Gutiérrez, José Martí, Rubén Darío, José Enrique Rodó, Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges y Octavio Paz,<sup>638</sup> entre otros.

---

<sup>631</sup> Se resalta la labor de Zalamea en ensayos como: “Nueve artistas colombianos”, en el que habla de pintores, escultores y grabadistas. “Introducción al arte antiguo”, “Introducción a la prehistoria” (ambos sobre el arte paleolítico) y “La poesía ignorada y olvidada”. Todos en, Cobo Borda (Editor), 1978: *LPA*.

<sup>632</sup> Sanín Cano, 1977, *Escritos*, pp. 335-346.

<sup>633</sup> Sanín Cano, 1998, *IC*, pp. 201-204.

<sup>634</sup> Sanín Cano, 1977, *Escritos*, pp. 635-642.

<sup>635</sup> Téllez, 1951, *Literatura*, pp.15-41.

<sup>636</sup> Téllez, 1980, Selección de prosas, pp. 45-47.

<sup>637</sup> Díaz Villarreal, 2007, p. 23. Ver también Bonet, 1967. Hace una descripción de los distintos tipos de crítica literaria, a saber: 1) La crítica dogmático-hedonista, 2) La crítica comprensiva (Mme De Staël), 3) La crítica biográfica (Saint-Beuve), 4) La crítica determinista (Hipólito Taine) y 5) La crítica que explica y juzga.

<sup>638</sup> Paz enfatiza en varios aspectos sobre la crítica y de entrada la ubica como una consecuencia de la modernidad, en el sentido de que lo nuevo se opone a lo antiguo y esa oposición instauro otro tipo de

Creo que es posible afirmar que no hay crítica de la literatura hispanoamericana sin crítica de la realidad de nuestra América [...] en Bello o en Rodó, la actividad crítica deja lugar, en una suerte de tarea paralela, a la actividad cívica, a la formación y orientación de nacionalidades incipientes o en desarrollo. En otros, como en Reyes, Borges y Octavio Paz, es sobre todo la visión nacional o hispanoamericana, la que impregna muchos de sus más notables trabajos.

Lo mismo puede decirse de críticos puramente críticos (como Baldomero Sanín Cano o Pedro Henríquez Ureña), en el que el ejercicio de la crítica va íntimamente unido a la visión de América.<sup>639</sup>

A partir de la cita se corrobora lo que otros críticos latinoamericanos como Rama, Paz y Gutiérrez Girardot, señalaban como la fuerza política de la literatura al hacer una crítica política de la cultura. Así la crítica en Latinoamérica tiene una misión muy específica, ir creando conciencia crítica de la literatura y del arte como fenómenos que son atravesados por lo social y lo político.<sup>640</sup> Colombia no podía estar ajena a este contexto, aún más por su compleja situación política y económica. Los intelectuales críticos trataron de poner en escena no sólo el asunto de la literatura como arte, también como compromiso y desde ahí cuestionar la herencia “pastoril”, “armónica” y “señorial” que había dominado a mediados del siglo XIX y gran parte del XX. Sin embargo, el tema del arte y de la autonomía sigue siendo complejo en medios políticos tan adversos y sectarios en los que la interpretación del crítico debe partir de una postura ética, en tanto lo manifestado por él ejerce gran influencia en el plano político y de las ideas, pues el crítico es un intelectual en la designación que se le ha venido dando a esta categoría social.

En esta línea, retornando a los interrogantes enunciados párrafos atrás, ¿había crítica literaria en Colombia? y en el caso de existir, ¿cuáles eran las dificultades que la crítica literaria afrontaba en el país? Esto lleva nuevamente al problema de la modernidad. Gaitán Durán y Melo abordan el asunto espinoso de la modernidad en Colombia. El primero observa en 1959 –a 13 años de la caída de la República Liberal– que los intentos del gobierno de López Pumarejo partieron en primera instancia, de una propuesta de

---

tradición. Para el nobel mexicano la crítica funda una literatura y su misión no es inventar obras sino ponerlas en relación: disponerlas, descubrir su posición dentro del conjunto y de acuerdo con las predisposiciones y tendencias de cada una. En este sentido, la crítica tiene una función creadora: inventa una literatura (una perspectiva, un orden) a partir de las obras. Paz, 1982, pp. 20-23; 39-44.

<sup>639</sup> Rodríguez Monegal, 1969, p. 224.

<sup>640</sup> Cfr. Rodríguez Monegal, 1969, p. 225; Panessi, 1998, pp. 9-21; Giordano, 1998, pp. 23-34.

modernización planteada en la reforma agraria, con una clara intención por delimitar la función social de la propiedad; la intervención del Estado en el desarrollo de la economía y en las relaciones entre el capital y el trabajo, la promoción del sindicalismo y de garantías para el derecho a la huelga y, en este sentido, la consagración del trabajo como una obligación social de los ciudadanos. En segundo lugar, de la mano de sus intelectuales se propuso el mejoramiento de la educación pública y el acondicionamiento de la Universidad Nacional con el fin de que respondiera a las exigencias de la industrialización del país y de la modernización cultural. Para ello había que dar la batalla con el clero y permitir así la implantación de la libertad de cultos y de conciencia, la eliminación de la orientación confesional de la instrucción pública y la consagración de la independencia de la Nación frente a la Iglesia católica, supresión de la exención de impuestos para las propiedades de la Iglesia.

Concluye Gaitán Durán que no obstante estas políticas que no se lograron por las discrepancias entre los partidos, los anhelos de modernidad apenas pasaron como un leve viento renovador, pues

[...] debido al empobrecimiento de la mayoría de la población, condenada a vivir sin educación, sin salud y con salarios miserables, la Colombia de los años cuarenta y cincuenta todavía funcionaba como una sociedad semicolonial que no permitía que el pueblo participara, en su condición de sujeto histórico legítimo, de los beneficios del progreso. La economía se había modernizado con el avance de la industrialización, pero las estructuras sociales e institucionales permanecían atadas a formas violentamente anacrónicas.<sup>641</sup>

Por su parte, Melo ya había planteado la diferencia entre modernidad y modernización al afirmar que en la República Liberal primero “se instauró un orden capitalista antes de instaurar un orden cultural y social competitivo y abierto”.<sup>642</sup> Desde este punto de vista, la modernización no requiere de los ideales de la modernidad ilustrada para desarrollarse, como lo afirma Cruz Kronfly:

Hay sujetos y pueblos que sin necesidad de hacer la ruptura cultural y mental propia de la modernidad, como en América Latina, fueron capaces, sin embargo, de aceptar, propiciar el advenimiento e incorporar el componente de civilización técnico-instrumental propio del conjunto del proyecto moderno y de plegarse a su racionalidad.<sup>643</sup>

---

<sup>641</sup> Gaitán Durán, 1999, p. 49.

<sup>642</sup> Melo, 1990, p. 29.

<sup>643</sup> Cruz Kronfly, 1998, p.15; 1994.

No obstante estas dificultades como lo anota Silva en acuerdo con lo expresado por Gaitán Durán en 1959, la República Liberal intentó construir una sociedad basada en el desarrollo nacional, moderno y democrático. En pro de ese horizonte diseñó la *política cultural de masas*, cuyo objetivo central era el de *ampliar la noción de ciudadanía* –y en cierta manera fundarla–<sup>644</sup> y permitir así que la población tomara conciencia de sus derechos. De ahí que lo expresado por el presidente López en los *Mensajes al Congreso* y las columnas de los intelectuales abordaran temas con respecto a estos asuntos de formación. Con el fin de viabilizar la democratización de la cultura, desde el Ministerio de Educación se acudió a todas las “formas modernas de comunicación de la cultura y de la técnica: el libro, el cine, la radio y las conferencias culturales”,<sup>645</sup> en un intento de hacer accesible a las masas el libro y la lectura.<sup>646</sup>

En el capítulo 3 se habló de la encuesta que el semanario *Sábado* había realizado en 1943, a algunos intelectuales preguntándoles su opinión sobre ¿cuál creían ellos, era el más grave problema de la cultura colombiana?, consulta que arrojó similares respuestas al coincidir éstos en reconocer como falencias de la cultura colombiana no sólo la falta de dirección y claridad por parte de los gobiernos con respecto a un tema tan trascendental, sino también, la ausencia de compromiso y seriedad de los escritores para el ejercicio de los estudios humanísticos, dado que era más rentable y les exigía más participación la adhesión partidista.<sup>647</sup> En 1956 la radio revista “Colombia literaria” del Ministerio de Educación

---

<sup>644</sup> Silva, 2002, pp. 142, 143, 172. Además crear escuelas nocturnas, promover las escuelas ambulantes que fueran por los campos, enfatizar en conocimientos relacionados con la higiene, la economía agraria, la agricultura y nociones de comercio, ampliar la noción de *ciudadanía* por la vía del conocimiento de los derechos a los cuales se accede como miembro de una sociedad. En síntesis, extender la cultura particularmente en el mundo campesino y aldeano, que igual que ciertos sectores de lo urbano había sido sometido secularmente en beneficio de intereses partidistas. La idea era trascender el espacio de la escuela y del trabajo de cualificación de los docentes.

<sup>645</sup> Silva, 2002, p. 144. Silva propone tres enfoques desde el libro y la lectura de las propuestas liberales: 1) los mecanismos de difusión y de circulación del libro, 2) las políticas de impulso de la práctica de lectura en las “aldeas”, 3) el intento de creación de una *comunidad de lectores* (Ibíd. 143).

<sup>646</sup> García Canclini diferencia cuatro movimientos básicos en la estructuración del proceso de modernidad en lo concerniente a la cultura: 1) Un proyecto *emancipador* que implica la secularización de los campos culturales, la racionalización de la vida social, individualismo, 2) Uno *expansivo*, que busca extender el conocimiento y la posesión de la naturaleza, la producción, la circulación y el consumo de los bienes, 3) Uno *renovador* y 4) Uno *democratizador* que aspire a una conciencia y evolución nacional. García Canclini, 1989, pp. 31 y 32; 1995, pp.17-38.

<sup>647</sup> Ver *Sábado*, 1943, p. 6.

Nacional, recogió y publicó las entrevistas que diversos interlocutores, desde el arte, la literatura, la pintura y la sociología, entre otras áreas, concedieron como reportajes para ser transmitidos en directo en dicho programa. Las informaciones publicadas indagaban sobre el estado de la cultura en Colombia y la existencia de una crítica literaria.

En la misma línea de la cultura, el panorama no podía ser más desolador para la valoración de la crítica literaria. El escritor y columnista Gonzalo Canal Ramírez llamaba la atención sobre la libertad económica, política y religiosa que debía ser innata al oficio del crítico. No se valora de manera justa si se está sometido al ambiente sectario de la sociedad; además, la valoración crítica se mueve entre el superlativo usado y abusado tanto para elogiar como para denigrar. Resaltaba la labor de Eduardo Zalamea Borda y Téllez como críticos, siempre y cuando pudieran disponer de la holgura económica para realizar esa tarea, pero casi siempre, deben agotarse primero en los asuntos políticos.<sup>648</sup> Por su parte, el economista e historiador Antonio García, planteaba que no puede haber pensamiento crítico serio si la cultura colombiana no ha llegado a la “edad de la razón”. Observaba que la “crítica no nace por generación espontánea, sino como producto de la madurez intelectual del pensamiento”.<sup>649</sup> Para él, existen comentaristas literarios, exégetas y divulgadores que son excelentes desde el uso del idioma y el manejo de ciertos valores universales, pero en esencia...

No hay crítica, sino elogio o diatriba; exaltación o detracción; el “todo vale” o el “nada vale.” Ambas actitudes le hacen más mal que bien a la cultura, porque no iluminan sino enturbian, -porque fabrican prestigios artificialmente- cuando se trata de la clientela de los periódicos y de los propios comentaristas, o niegan valores que pueden significar un positivo aporte cultural en nuestra historia desgüarecida.<sup>650</sup>

García enfatizaba en la poca estimación de lo colombiano y reconoce la juventud de los pueblos americanos. Alababa a Europa, sin embargo, anotó que ésta aprendió a pensar después de cuatro siglos de aprendizaje del raciocinio, hecho expresado en su capacidad científica y filosófica. Pero Colombia se niega a examinarse desde su multiculturalidad y a buscarse en su diversidad: existe lo culto y lo popular, y dentro del primero la legitimación

<sup>648</sup> Entrevista publicada en Álvarez D’Orsonville, 1956, p. 41.

<sup>649</sup> Álvarez D’Orsonville, 1956, p. 92.

<sup>650</sup> *Ibíd.*, pp. 92-93.

o desaprobación de lo que atente contra la *validez* de la tradición. Igualmente, el crítico Morales Benítez<sup>651</sup> señalaba que la veracidad de lo manifestado por quienes ejercen la crítica se basaba en la injusticia y poca apreciación de las formas culturales colombianas, pues la estimación se hace con respecto a parámetros más altos, como los europeos, y éste, reitera, es uno de los errores de la crítica colombiana, por eso la producción colombiana aparece como demasiado parca y pobre en contraste con creaciones universales. Hay que seguir el proceso de evolución nacional de las propias letras y entender su contexto.<sup>652</sup> No obstante, observaba Caballero Calderón, tampoco se debe caer en la alabanza exagerada, “hay que aquilatar los méritos y señalar los defectos de una obra o de un autor literario”,<sup>653</sup> pues el pueblo colombiano es “quisquilloso” y “soberbio”; se considera disminuido si alguien trata de mostrarle las bondades y falencias de sus cualidades y defectos.

Esta situación tenía sus antecedentes en la manera cómo se concibió y se desarrolló la crítica literaria<sup>654</sup> desde el siglo XIX en los medios culturales de difusión como los periódicos y las revistas que, como ya se ha visto, desde el recorrido histórico que hace Melo,<sup>655</sup> entre otros, se fundaban con una mezcla de intenciones literarias y partidistas. Cada uno de los bandos enfrentados creaba su propio medio de comunicación, algunos con la clara intención de publicar los atropellos y ataques de que eran objeto, a la vez que esgrimían acusaciones contra el adversario. Sin embargo, también había motivos literarios, no solo para dar a conocer obras literarias de autores colombianos, sino de extranjeros, muchos de los cuales eran traducidos por los integrantes del comité editorial o por eventuales colaboradores. No obstante, observaba Jiménez Panesso, la publicación presentaba un sello decididamente “doctrinario” y esto hacía que el componente literario y crítico se pusiera al servicio de la causa política.

En Colombia se hacía difícil concebir la existencia de una revista literaria sin partido. La aparición de cualquier tipo de publicación periódica, por más explícitos que fueran sus

---

<sup>651</sup> En: Álvarez D’Orsonville, 1956, pp.151 y 152.

<sup>652</sup> Ídem.

<sup>653</sup> Álvarez D’Orsonville, 1956, p. 50.

<sup>654</sup> Jiménez Panesso cita las apreciaciones del crítico francés Albert Thibaudet (1874-1936), quien a partir de su libro *Fisiología de la crítica* y de sus *reflexiones sobre la crítica* (1939), planteaba que la crítica como institución no existe antes del siglo XIX, existían los críticos, los cuales introducían un cierto orden dentro de la literatura, pero no había propiamente una institución que estudiara los efectos sociales de la literatura (1992, p. 9).

<sup>655</sup> Melo, 2008.

objetivos culturales, suscitaba la aparición de otra como respuesta banderiza. El deslinde entre el campo de la política y el de la crítica literaria fue difícil. La primera impuso sobre la segunda no sólo ciertos fines a menudo impertinentes sino también ciertas peculiaridades estilísticas, derivadas unas veces de las exigencias del panfleto, la propaganda y la polémica, otras de la elocuencia retórica orientada a la agitación partidista. La emancipación de la crítica con respecto a la religión y a la moral tampoco estuvo desligada de su emancipación política, pues en la historia de Colombia lo uno venía con lo otro. Dividir a los críticos literarios en conservadores y liberales era lo mismo que dividirlos en católicos y librepensadores.<sup>656</sup>

A pesar de estos obstáculos y avances, habrá que esperar hasta bien entrado el siglo XX para que las revistas, no tanto la prensa, adquieran carta de ciudadanía enfocando sus propuestas a la categoría de revista cultural institucional primero, y luego, hacia las décadas del cuarenta y cincuenta una independencia de los aparatos estatales como el caso de la revista *Crítica* de Jorge Zalamea (aunque de corta duración: 1948-1951) y la revista *Mito* de Gaitán Durán (1955-1962).<sup>657</sup>

Las revistas según Melo<sup>658</sup> y Beigel, van a ser esos documentos históricos, que permiten visualizar las principales polaridades del campo cultural, además de conocer, interpretar y entender los proyectos políticos culturales desarrollados en un período determinado. Beigel sostiene que el estudio de las revistas culturales apunta a señalar las “articulaciones diversas entre política y cultura que han sido un signo decisivo de la modernización latinoamericana, y por ende de la colombiana”.<sup>659</sup> Observa, además, cómo alrededor de ellas se teje el imaginario cultural de una época, en particular con relación al campo intelectual, lo que determina, a su vez, líneas ideológicas, que bien pueden ser abiertas y plurales o radicalizadas y cerradas.<sup>660</sup>

Desde estas perspectivas, la *Revista de las Indias* comportó esa doble naturaleza: por un lado, intentó cohesionar ideologías de pensamiento moderno y plural, al integrar a su equipo de trabajo diversos pensadores de distintas latitudes del continente americano y europeo. Pero por otro lado, estaba amarrada a coyunturas ideológicas complejas que la

---

<sup>656</sup> Jiménez Panesso, 1992, p.11.

<sup>657</sup> La revista *Crítica* de Jorge Zalamea se puede consultar en formato digital en los archivos de la hemeroteca Luis Ángel Arango, en Bogotá. La revista *Mito* de Jorge Gaitán Durán, se encuentra disponible en Patrimonio documental de la Universidad de Antioquia.

<sup>658</sup> Melo, Jorge Orlando, 2008.

<sup>659</sup> Beigel, 2003, p. 106.

<sup>660</sup> *Ibíd.*, p. 107.

radicalizaron en algunos períodos de su existencia.<sup>661</sup> Sin embargo, esto la hace interesante, pues fue el escenario y la palestra en la que se generaron y debatieron las tensiones político-culturales del momento.<sup>662</sup> Además de que logró institucionalizarse –con 117 números publicados y distribución amplia en el mercado nacional e internacional–,<sup>663</sup> sobrevivió cinco años a la caída de la República Liberal y, en este sentido, constituye un documento histórico de peculiar interés para una historia o análisis del alcance de algunos de los proyectos culturales de este período liberal y el grupo de intelectuales que se cohesionaron alrededor de él.<sup>664</sup> Como vocera del proyecto liberal modernizador buscó divulgar tanto la cultura popular como la universal. A través de sus conexiones y distintas corresponsalías en Europa y América Latina mantuvo el diálogo abierto hacia lo propio con el estudio de las culturas indígenas, por ejemplo, y la reseña de exposiciones artísticas que venían del exterior.<sup>665</sup>

---

<sup>661</sup> Señala Restrepo Arango que “La historia de la publicación de la *Revista de las Indias* es bastante significativa. Había sido fundada en julio de 1936, como órgano del Ministerio de Educación, con la explícita función de divulgar las realizaciones que en el terreno de la educación y la cultura llevaba a cabo el gobierno de la Revolución en Marcha. Los nueve números publicados desde su fundación hasta comienzos de 1938 permiten captar los objetivos educativos y culturales de la Revolución en Marcha. El primer número difunde el homenaje a Tomás Carrasquilla con motivo de la entrega que se le hizo del premio José María Vergara y Vergara. El número 2 aparece “Arte Quimbaya” de César Uribe Piedrahita, excelentemente ilustrado con dibujos del autor. También aparecen aquí ilustraciones y fotografías sobre los recientes descubrimientos de los hipogeos de Inzá. El número 5 se publicó “Máscara de oro de Inzá” y en el 7 “Investigaciones arqueológicas de Tierra Adentro. Vale la pena anotar que este interés por las culturas indígenas precolombinas fue característico de un sector de la intelectualidad liberal influenciada por la Revolución mexicana, las ideas del aprismo y la interpretación del marxismo de José Carlos Mariátegui. La revista dedicó su número a la reestructuración de la Universidad Nacional, entre otros. Colaboran en la revista Gerardo Molina, Antonio García, Germán Arciniegas, Gonzalo París Lozano, Ignacio Gómez Jaramillo, Gonzalo Ariza, Gerhard Mazur, León de Greiff, Aurelio Arturo, Luis Vidales y Eduardo Carranza. Pero esta excelente revista fue parcialmente afectada por la célebre “pausa” liberal personificada por Eduardo Santos. A fines de 1938, comienza una segunda época de la revista; se argumenta que la función que venía cumpliendo la revista como órgano de difusión de la cultura colombiana la llena muy bien la revista *Javeriana*, la del Rosario y la revista Pan. Debe, pues, la *Revista de las Indias* convertirse en una revista americana que será dirigida por Germán Arciniegas. La *Revista de las Indias* deja de ser el portavoz de un proyecto político cultural estatal, lo que al fin de cuentas es muy lógico, pues el liberalismo ya no tenía ninguno para ese entonces. De todas maneras, la revista continuó su labor como revista de la cultura general”. Restrepo Arango, 1989 ‘pp. 70 y 71.

<sup>662</sup> Ver Arango Ferrer, 1941, pp. 145-151; Arciniegas, 1942, pp. 231-243; Osorio Lizarazo, 1942, pp. 281-285; Téllez, 1942, pp. 177-181; y Sanín Cano, 1942, pp. 289-292.

<sup>663</sup> Agentes de la revista de las Indias en el exterior: México, Panamá, Venezuela, Argentina, Chile, Perú, Ecuador, Cuba, etc. En el interior: Cartagena, Barranquilla, Ciénaga, Medellín, Manizales, Armenia, Tuluá, Buga, Palmira, Cali, Popayán, Pasto, Tumaco, etcétera.

<sup>664</sup> Melo menciona otras revista culturales dependientes de la oficina cultural del gobierno nacional como, la *Revista Bolívar*, que reemplazó a la de las *Indias* en 1951, bajo la dirección de Rafael Maya. Como vocera de gobiernos católicos, bolivarianos, tradicionalistas e hispanistas, cerró sus puertas a la literatura contemporánea, esto le dio un aire moralista y le restó energía. Melo, 2008.

<sup>665</sup> Silva valora el trabajo emprendido por la *Revista de las Indias*, que “por fuera de la prensa diaria, fue tal vez la única publicación –entre las pocas revistas culturales existentes–, en mostrar interés por la iniciativa,

Con estas palabras se hizo la presentación del primer número de la revista en 1936:

La aparición de esta revista de extensión cultural como órgano del Ministerio de Educación Nacional, obedece al plan mediado de un programa de difusión no suficientemente extenso y elástico para permitir metodizadas realizaciones que van cumpliendo con calculada precisión. Dentro de las actuales normas y dentro de las dilatadas posibilidades de la labor del ministerio está la de sembrar en todos los sectores una vasta inquietud, porque no es hoy esta alta dependencia del gobierno un organismo burocrático sino un camino de difusión cultural y a este objetivo responden y seguirán respondiendo las publicaciones sucesivas de que está encargada la sección respectiva y cuya existencia se hacía tan urgente para mantener un contacto directo entre el ministerio y la ciudadanía. Hoy se quiere hacer de la Revista de las Indias una cátedra de alta cultura dando cabida en sus páginas a estudios de toda índole procurando llevar a todas partes, como hemos dicho, una inquietud eficaz. Considera el ministerio que esa labor es ante todo de una urgencia inmediata para mantener una tónica elevada en las disciplinas de la inteligencia. Viene esta publicación a sustituir a la revista “Senderos” que bajo la dirección muy inteligente y perspicaz de Daniel Samper Ortega aparecía como órgano de la Biblioteca Nacional. Pero como para la mejor realización de los propósitos del ministerio era hasta cierto punto inconveniente la dispersión de tales publicaciones, hubo de crearse la Sección de Publicaciones a fin de centralizar bajo una sola dependencia el esfuerzo coordinado, sistematizado de los diversos órganos de divulgación cultural a fin de poder cumplir a la mejor cabalidad los programas de acción en que está comprometido. Como es natural en las páginas de la Revista de las Indias se acogerán todos los estudios y todas las manifestaciones del espíritu que han de llevar a dondequiera la expresión y el concurso decidido del Ministerio de Educación en procura de más amplios horizontes y de más dilatadas perspectivas.<sup>666</sup>

Como se desprende de esta presentación había un claro objetivo de difusión de la cultura, sin embargo, como se verá más adelante, a pesar de divulgar la cultura popular esta publicación no iba dirigida a ese tipo de población. Se señala que los textos reseñados allí fueron un vehículo importante para la formación de instancias culturales que favorecieron la profesionalización de la literatura, la postura de América ante Europa, la discusión y el papel del intelectual. Fue también gestora de otros proyectos de gran envergadura, como el de la revista *Bolívar* y la revista *Mito*, en las que continuaron colaborando muchos de sus corresponsales, a pesar de que la primera de ellas pertenecía al ala conservadora y la segunda a la liberal. Su novedad reside en parte, en las temáticas que se abordaron en sus

---

continuó informando sobre los trabajos de la Comisión Nacional de Folclore, sobre la utilidad de sus investigaciones y sobre la amplitud del objeto abordado, el que, según sus palabras, arrancaba desde “el estudio geográfico, climatérico y económico” y se extendía, hasta la lengua regional, las costumbres religiosas, las artes, la música, el vestuario, la alimentación y la poesía, además insistía en que la meta era la realización de análisis complejos que deberían superar los marcos habituales de las recopilaciones de los folcloristas, pues, por ejemplo, el “Refranero colombiano” en el que se trabajaba, “no será un simple catálogo de los refranes y dichos más comunes, sino una obra de análisis lingüístico, literario, psicológico, de todas y cada una de las secciones del país”. Silva, 2002, p. 22.

<sup>666</sup> *Revista de las Indias*, 1936, p. 1.

páginas: filosofía, economía, el destino y la labor de la literatura, los incipientes estudios sociológicos en el país, la cuestión de la raza y de las etnias, América, la intelectualidad americana, el humanismo, la crítica de arte, la antropología, la arqueología, la etnohistoria, el indigenismo, la selva y el folclor,<sup>667</sup> entre otras.<sup>668</sup>

El partido conservador y la Iglesia, la consideraron inconveniente desde el primer momento y no escatimaron esfuerzos para atacarla desde el periódico *El Siglo*, al afirmar:

El régimen está envenenando a los maestros y a la juventud estudiosa con la Revista de las Indias, órgano oficial del Ministerio de Educación, publicación pornográfica que no puede penetrar en los hogares cristianos de los colombianos. El señor Echandía, se ha ido empeñando en una campaña de divulgación materialista y obscena que la sociedad tiene que rechazar indignada... sugerimos la necesidad de un intenso y entusiasta boicoteo contra la Revista de las Indias, órgano amoral e irreligioso. No es posible que los dineros que padres de familia aportan al tesoro público a título de contribuciones se utilicen por el régimen en la corrupción de sus hijos.<sup>669</sup>

Estas acusaciones eran falsas, ya que como lo manifestó José Joaquín Castro Martínez, Ministro de Educación en 1938, “Nunca se pretendió hacer de ella un medio de propaganda pedagógica o cultural para maestros y niños como equivocadamente se afirmó algunas veces”.<sup>670</sup>

La *Revista de las Indias* funcionó en dos momentos: uno de ellos fue el que propició el Gobierno de Alfonso López en su primer período (1934-1938) con el apoyo a las publicaciones, especialmente a las revistas, y que se condensaba en las aspiraciones de la Revolución en Marcha: un proyecto educativo y cultural para un cambio de mentalidad. En esa primera etapa que va de 1936 a 1938 se editaron diez números; dicho material sólo circulaba en centros universitarios culturales e intelectuales en Colombia y en el exterior.<sup>671</sup>

---

<sup>667</sup> Ver Restrepo Yusti, 1990, pp. 25-41.

<sup>668</sup> Vale la pena anotar que la revista *Colombiana*, fundada tres años antes (1933) por Laureano Gómez, pretendía consolidarse también en el ámbito internacional a través del tratamiento de temas similares; ambas revistas querían establecer diálogos culturales entre Europa y América, con matices diferentes, por supuesto, pero que involucraban la participación de intelectuales de uno y otro bando en las páginas de sus revistas. Para el caso se ilustra con dos ejemplos: Rafael Maya, del partido conservador, escribió ocasionalmente en la *revista de las Indias* y fue uno de los que respondió la Encuesta a los intelectuales propiciada por la revista. Andrés Pardo Tovar, colaborador habitual de la *revista de las Indias*, tenía una página semanal, sobre arte, en el periódico *El Siglo*.

<sup>669</sup> Citado por Tirado Mejía, 1989, p. 416.

<sup>670</sup> Memoria del Ministro de Educación, 193, p. 18

<sup>671</sup> El Trabajo de Martínez Hernández sobre el tema, específica como en esos primeros diez números, el contenido de la revista fue dividido en secciones por tópicos particulares. Por ejemplo: “Literatura

De ahí que desde el principio fuera considerada como una “Revista de alta cultura”, con el fin de divulgar las actividades artísticas y literarias del país y responder como canje a numerosas publicaciones que llegaban de otros países al Ministerio y a la Biblioteca Nacional. De aquí también se desprende la primera, por no decir muchas de las contradicciones de la *revista de las Indias* y por tanto del Proyecto Cultural Liberal, pues se infiere de lo anterior, que la revista fue pensada para las élites y los centros culturales institucionalizados, no obstante que las Políticas Culturales del Gobierno y los intelectuales adscritos a él propugnaban por una sensibilización y educación de las masas, sobre todo de unas “masas” que todavía eran analfabetas.<sup>672</sup>

La segunda etapa de la Revista comprendida entre 1938 y 1950 deja ver, en contravía de las buenas intenciones y de la calidad humana, ética y social de sus numerosos colaboradores, la falta de concreción cultural. Restrepo Yusti sostiene que:

La lectura de esta publicación permite apreciar el liderazgo de un núcleo de la intelectualidad colombiana, factor positivo en su intención pero decididamente negativo en su resultado, porque permitió permear la revista con los vicios seculares de una tolerancia equivocada, que a nombre de un malentendido “pensamiento liberalizante” no permitió desenmascarar a los “figurones de una literatura del mimetismo y la imitación” que conducían a los cambios de siempre, al historiador de “legajos canónicos y jurídicos”, al “ensayista florido” pero sin contenido, a los “poetas de veladas escolares” y a los críticos que, en suma, seguían satisfaciendo las “necesidades ornamentales del retroprogresismo”.<sup>673</sup>

---

hispanoamericana en Europa”, “en la que se exaltaron obras de autores latinoamericanos pero a través de críticos franceses, demostrando así la expansión de las producciones culturales latinoamericanas más allá del continente. Críticos como Marcel Brión y Jean Cassou, enfocaron su atención en autores latinoamericanos de la vanguardia poética y narrativa. El arte latinoamericano fue otro tópico de interés. Las reflexiones sobre la situación socio-política latinoamericana también incluyeron la pregunta sobre la posición que Colombia ocupó en el contexto continental. Al igual que las temáticas latinoamericanas y europeas, la cuestión nacionalista y la edificación de la cultura popular también fueron expuestas en la revista a través de diferentes tópicos culturales en donde la inclusión social resaltó la preocupación particular de los intelectuales de la República Liberal”. (2009, pp. 47-50).

<sup>672</sup> Ver, por ejemplo, los fines y propósitos de las Bibliotecas aldeanas, impulsadas por el entonces Ministro de Educación Luis López de Mesa y llevadas a cabo por Daniel Samper Ortega, director de la Biblioteca Nacional a principios de 1935. Se trataba de un “proyecto de construcción de una Nación que consideraba como una exigencia la extensión y democratización de la cultura, bajo el supuesto de que para el logro de esa meta era necesario acudir a todas las formas modernas de comunicación de la cultura y de la técnica (el impreso y el libro, pero también el cine, el radio y las conferencias culturales)”. Silva, 2005, p. 114. No obstante, dentro del corpus de libros seleccionados que hacían parte de dichas bibliotecas no se menciona el envío de revistas, mucho menos de la de las *Indias*, que dada la duración del proyecto de Biblioteca Aldeana, no se incluyó más tarde cuando comenzó a aparecer en 1936.

<sup>673</sup> Restrepo Yusti, 1990, p. 3.

Suenan demoledoras las apreciaciones de Restrepo Yusti, pero el estudio de Jiménez Panesso sobre la crítica literaria en Colombia en los siglos XIX y XX, reveló como aún en los años finales de la *Revista de las Indias*, era difícil observar el deslinde entre el campo de la política y la crítica literaria, reivindicando una autonomía cuyo resultado fuera el ejercicio objetivo y veraz, no de filiación partidista o subvaloración de la cultura colombiana, en donde la capacidad de juzgar se hiciera sin la tutela de un poder externo; lo que le daría a los críticos, la libertad reclamada por los entrevistados en los reportajes de *Colombia Literaria*.

Contra todos los obstáculos de lectura, difusión, aceptación e idoneidad ética de sus colaboradores, la *Revista de las Indias* se convirtió en un órgano difusor que entró a ensanchar el pensamiento colombiano a través de las ideas culturales del proyecto liberal, que aunque no logró cristalizarse completamente, como lo menciona Restrepo, sí abrió las puertas a la modernidad literaria. En el seno de esta revista se dio a conocer la dinámica plural del campo intelectual del país en ese período, pues algunos de sus partícipes como, Sanín Cano, Zalamea y Téllez, perseguían una “utopía intelectual” (en palabras de Restrepo Yusti) de ilustración de América, que quería ensanchar esa experiencia cultural. Estos tres intelectuales ejercieron una labor de difusión crítica tanto en la *Revista de las Indias* como en otros medios culturales que crearon y en los que participaron. Para ellos la crítica literaria era lo que para Ángel Rama:

Ocurre que si la crítica no construye las obras, sí construye la literatura, entendida como un corpus orgánico en que se expresa una cultura, una nación, el pueblo de un continente, pues la misma América Latina sigue siendo un proyecto intelectual vanguardista que espera su realización concreta.<sup>674</sup>

Sanín Cano en un texto de 1894, “De lo exótico”,<sup>675</sup> había retomado la vieja cuestión romántica de la literatura nacional y la tarea cultural y política, que como parte del proceso de consolidación histórica, veían los conservadores en ella. Esta idea había arraigado en la mayoría de los escritores de la época. Sanín Cano la cuestionó y la redimensionó desde su posición crítica y cosmopolita:

---

<sup>674</sup> Rama, 1982, pp. 15 y 16.

<sup>675</sup> Sanín Cano, 1977, p. *Escritos*, pp. 335-346.

El patriotismo en literatura no consiste en apegarse exclusivamente a las imágenes del entorno propio, como querían los románticos, para fundar una tradición y una identidad. El nacionalismo en literatura supondría actuar más bien al revés: abrirse a todos los influjos nuevos y extraños para enriquecer lo propio.<sup>676</sup>

Téllez también aportó su cuota de discusión al tema de la literatura nacional,<sup>677</sup> cuando en la *Revista de las Indias*, a propósito de la premiación del concurso de cuentos, patrocinado por ésta, junto con Eduardo Carranza, con quien era jurado, emitió su valoración de la literatura nacional:

Hemos considerado, pues, que *La Grieta*,<sup>678</sup> como expresión de la literatura colombiana, enlaza con una tradición de universalidad, de ninguna manera desdeñable, sino fundamental en la historia de las letras. Las literaturas nacionales sólo adquieren categoría histórica cuando se evaden, gracias al caudal estético que las vigoriza, a la intención ecuménica que las alimenta, al inopinado mensaje moral y psicológico con que enriquezcan el universo del arte, de todo lo accesorio, de todo lo limitado, de todo lo restringido, en una palabra de todo lo simplemente “anecdótico” que les embaraza su marcha hacia el plano de lo universal y eterno. Nadie, creemos, podrá pensar seriamente que la universalidad de la literatura colombiana pueda fundamentarse en los apacibles y modestos cuadros de costumbres, trazados por apacibles ingenios festivos en los finales del siglo pasado [...] respetamos, pero no compartimos una tesis de “nacionalismo literario” tan arbitraria como inútilmente bien intencionada.<sup>679</sup>

Mientras tanto Zalamea, desde el Ministerio de Educación edita revistas y organiza emisiones radiofónicas, al tiempo que realiza conferencias donde no solo trata temas literarios, sino también temas estéticos. Obras como *Nueve artistas colombianos* (1941) e *Introducción al arte antiguo* (1941), constituyen una visión crítica del arte colombiano de

<sup>676</sup>Jiménez Panesso, 1992, p.79. Véase también más ampliación de la crítica propuesta por Sanín Cano en, “Ocaso de la crítica” y “La crítica en Colombia”, en: Cobo Borda, 1989; Téllez, 1956, p. 4.

<sup>677</sup> En: “Nacionalismo literario” publicado originalmente en *El Tiempo* en 1941, cuestiona la queja de los periódicos y suplementos literarios al decir que los escritores no se ocupan de los temas y la realidad colombiana, lo que significa que no hay escritores ni artistas en el medio. Téllez dice que en cuanto al arte se refiere, el nacionalismo no es garantía contra nada, ni contra la falta de talento o la tontería intelectual. “Ni la raza, ni el suelo, ni el idioma, ni la particular historia de un pueblo, constituyen fianza de buen manejo y cumplimientos con el arte. El nacionalismo, como panacea estética, no existe, ni tiene el poder milagroso de transformar a los mediocres en genios, ni a los tontos en listos. El nacionalismo como norma de aplicación forzosa para el artista, es catastrófica demagogia. El gran arte de un pueblo nace de la irremplazable circunstancia de que en ese mismo pueblo haya grandes artistas, es decir, un cierto número de gentes con suficiente talento, o con la dosis adecuada de genialidad para que ese fenómeno se produzca. Si no los hay, la cuestión no tiene remedio. Y la ausencia de un gran arte, en cualquier pueblo o nación, puede ser asunto de siglos. Si bastara con interpretar y sentir la nacionalidad, para evitar esos inmensos intervalos en que sólo florece la mediocridad, nadie dejaría de aplicar la fórmula mágica y salvadora”. Téllez, 1979, *TNRL*, pp. 82 y 83.

<sup>678</sup> A juicio de Téllez y de Carranza, cuento ganador del concurso, cuyo autor es Jorge Zalamea. La polémica se genera en torno al otro cuento ganador elegido por los otros dos jurados. Tomás Rueda Vargas y Tomás Vargas Osorio, dan como ganador el relato ¿Por qué mató el zapatero? de Eduardo Caballero Calderón.

<sup>679</sup> Téllez, 1979, *TNRL*, p. 772.

los años treinta y son considerados ensayos de crítica de arte. A éstas sumará en 1949, *Minerva en la rueda*, ensayos propiamente de crítica literaria.<sup>680</sup>

### **Lecturas des “politizadas” del Arte y la Literatura**

El asunto del “arte por el arte” o arte como compromiso, fue tema de debate durante gran parte de los siglos XIX y XX. Estas discusiones comenzaron en Europa (el referente que se toma es Francia) a raíz de lo que Bourdieu analizó en la conquista de la autonomía del *campo* literario. Señala el sociólogo francés que escritores como Flaubert y Baudelaire fueron pioneros en proponer una separación del escritor y del artista del campo político, en la perspectiva de conseguir la defensa de un “arte puro”. Esta nueva visión del artista con respecto al poder económico y político genera una ruptura del creador con el burgués, del cual quiere independizarse y más aún, diferenciarse. La idea es fundar un arte independiente que busque su materia prima de elaboración en fuentes distintas a la tradición y convertirla en *representaciones* objetivas plenamente desinteresadas. Aspiración que Blanchot condensa en la expresión: “Lo que el arte quiere afirmar es el arte. Lo que busca, lo que trata de llevar a cabo es la esencia del arte”.<sup>681</sup> No obstante, continuando con Bourdieu, no es tan sencillo para el artista y su obra liberarse de la demanda burguesa y por tanto desentenderse del mercado. Al eliminar u oponerse al primero debe, a su vez, fabricar su propio mercado de divulgación y de consumo, situación que no necesariamente propicia un arte puro, ya que se puede caer en el *compromiso* de crear de acuerdo a unas reglas de divulgación y aceptación.<sup>682</sup>

---

<sup>680</sup> Zalamea, 1949.

<sup>681</sup> Blanchot, 1992, p. 28.

<sup>682</sup> “La révolution symbolique par laquelle les artistes s’affranchissent de la demande bourgeoise en refusant de reconnaître aucun autre maître que leur art a pour effet de faire disparaître le marché. Ils ne peuvent en effet triompher du “bourgeois” dans la lutte pour la maîtrise du sens et de la fonction de l’activité artistique sans l’annuler du même coup comme client potentiel”. Bourdieu, 1992, p. 139. (La revolución simbólica por la que los artistas se liberan de la demanda burguesa y se rehúsan a reconocer a ningún otro dueño o maestro que no sea su arte tiene por efecto hacer que desaparezca el mercado. Ellos no pueden en efecto triunfar sobre el burgués en la lucha por el dominio del sentido y la función de la actividad artística sin anular al mismo tiempo la sacudida económica de este cliente potencial) (traducción de la autora de la tesis).

En ese sentido, debido a que un “objeto” siempre está en relación con algún tipo de “capital” para el que representa algo de acuerdo a sus intereses, la obra de arte pertenece al *capital simbólico*, que estaría determinado por la valoración del mundo y al *capital cultural*, que se relacionaría con el conocimiento. Sin embargo, no podría funcionar ni subsistir aisladamente solo quedándose en estos dos capitales, pues éstos a su vez devienen o están determinados por el *capital económico*, que es el que propicia los bienes materiales y en cierta forma, los espirituales, ya que permite la independencia y la profesionalización del escritor, como lo planteaba Zola,<sup>683</sup> y también determina cierta posición social al acceder al *capital social*.<sup>684</sup>

La racionalidad burguesa determina un mercado capitalista en el que los sujetos sociales y los bienes culturales entran a hacer parte de la producción mercantilista y esto genera más escisiones entre la modernidad y la modernización: por un lado, como ya se ha dicho, la confianza en el progreso y el mejoramiento de la calidad de vida en el plano material, pero paradójicamente, la pérdida del ocio y la contemplación recreativa e inspiradora del arte que tiene que entrar a competir y a maximizar sus productos dentro del mercado capitalista. Este tipo de confrontación genera una conciencia histórica que implica entender y analizar las nuevas dinámicas culturales y sociales. Los intelectuales y artistas son conscientes de la imposibilidad de frenar el cambio vertiginoso que los tiempos modernos insertan de manera acelerada en el decurso de las sociedades en vías de transformación, así que su batalla se da desde el arte, desde una modernidad literaria que lo libere de los dogmas y de la legitimación política.

---

<sup>683</sup> Bourdieu toca aquí un asunto bastante espinoso ya que se refiere al burgués y al dinero. El búsqueda de la autonomía que pretenden los artistas como Flaubert por ejemplo, hay contradicciones, pues se opone al burgués y él mismo es uno de ellos. Además está el prestigio y ascenso social que da el dinero. Al respecto dice Zola que “l’argent a émancipé l’écrivain, l’argent a créé les lettres modernes” (El dinero ha emancipado al escritor, el dinero ha creado las letras modernas) y agrega que: “l’argent qui a affranchi l’écrivain de la dépendance á l’égard des mécènes aristocratiques et des pouvoirs publics et, contre les tenants d’une conception romantique de la vocation artistique, il appelle á une perception réaliste des possibilités que le règne de l’argent offre á l’écrivain: “Il faut l’accepter sans regret ni enfantillage, il faut reconnaître la dignité, la puissance et la justice de l’argent, il faut s’abandonner á l’esprit nouveau”. Bourdieu, 1992, p. 156. (El dinero que ha liberado al escritor de la dependencia con respecto a los mecenas aristocráticos y a los poderes públicos, en contra de los partidarios de una concepción romántica de la vocación artística. Zola apela a una percepción realista de las posibilidades que el reino del dinero ofrece al escritor. Hay que aceptarlo sin pesar ni puerilidades, pues hay que reconocer la dignidad, el poder y la justicia del dinero. No se puede abandonar el nuevo espíritu). (Traducción propia).

<sup>684</sup> Cfr. Bourdieu, 1992, pp. 85-191; 1991, pp. 3-46.

No obstante, como se ha observado, esta propuesta en sí misma es paradójica y difícil de llevar a cabo. No existe el arte puro e incontaminado, mucho menos en sociedades en procesos de transición, aferradas a un pasado colonial y señorial en el que el grueso de la población continúa representado en la mayoría analfabeta y desclasada y una élite letrada que aspira a posicionar sus propios y únicos intereses. Como señala Mejía Duque, en Colombia, aun con los avances de la modernidad, seguía perpetuándose un dogmatismo en la cultura: “El mito de la libertad, creado por el pensamiento liberal y retocado por el socialismo utópico, se hacía flagrante”.<sup>685</sup>

Las contradicciones que se han señalado en los políticas culturales de los proyectos liberales, sobre muchas de las cuales no se les puede culpar, dado el ambiente premoderno en las que se pretendieron realizar; comenzaron por la polémica que escritores como Sanín Cano, Téllez y Zalamea generaron en torno a la autonomía del arte y la literatura con respecto a lo económico y lo político y, al mismo tiempo, como intelectuales, adelantaron procesos para acercar e involucrar a las masas al acceso a la cultura, la misma que continuaba dividida entre alta y baja y que ellos, como adalides no pudieron ni supieron superar.

“El arte verdadero”, había manifestado Sanín Cano en 1888, es el arte “sin mezcla de tendencias docentes, “el arte por el arte”, el que antepone el sentido de lo bello a toda clase de consideración”.<sup>686</sup> Para Sanín, el arte no puede ni debe ser utilizado como recurso de dominación, ni como un servidor de causas políticas.<sup>687</sup> No obstante, dada su trascendencia e inmanencia (sin entender este último término como reduccionismo) el “arte en su más honda concepción es comida indigesta para el mayor número” de personas.<sup>688</sup> Cabe advertir, que pese a la universalidad de Sanín y a su total falta de absolutismo en sus apreciaciones críticas, olvidaba en ocasiones el contexto cultural colombiano, que debido a su proceso histórico no estaba preparado para degustar la experiencia estética, además, se

---

<sup>685</sup> Mejía Duque, 1976, p.348.

<sup>686</sup> Sanín Cano, 1977, *Escritos*, p. 344.

<sup>687</sup> *Ibíd.*, p. 344.

<sup>688</sup> Sanín Cano, 197, *Escritos*, pp. 42-44.

entendían las intenciones de autonomía de Sanín, que podía enorgullecerse de no tener atada su expresión crítica a un gobierno en particular, aunque convenía con el liberalismo, esto le da libertad, pero podía también caer en cierto afán de purismo del arte, que su largo trasegar por el mundo y sus copiosas lecturas le habían manifestado en todas sus variantes.

Retornando al “arte por el arte”, la categoría de lo “bello” va a ser fundamental para su comprensión, pues en la estética ilustrada se concebía lo bello como un deleite, una contemplación de la obra que no exigía una funcionalidad, aspecto defendido por Adorno y Horkheimer al hablar de la experiencia estética como arte contemplativo, desinteresado, exenta de la mercantilización inherente a la cultura de masas.<sup>689</sup> En la misma línea Bourdieu menciona la idea y la autonomía del arte defendida por Baudelaire, para quien lo bello no debía cumplir función distinta que la de generar en el espíritu del lector una sensación de deleite. Lo bello así concebido no tenía porque tener una finalidad moral, religiosa o política, esto en oposición a la validez de la tradición y como un claro indicio de la modernidad. Sin embargo, el signo de la modernidad es la contradicción y la estética del goce desinteresado pierde potencia ante el goce comercializado del arte burgués, promotor por tanto de la industria cultural.<sup>690</sup> Adorno y Horkheimer hacen una defensa del arte desde la contemplación estética, lo que de alguna manera también lo hace excluyente dado que concebido así, es y funda una élite, es decir, no va dirigido a la masa. En este sentido, ¿qué función tiene el arte si solamente se queda en su estrecho círculo de apreciación? Corre el peligro de que la obra sea autista destinada a unos pocos, pero tampoco se puede correr el riesgo de masificarla y hacerle perder su esencia. ¿Qué hacer entonces?, ¿cómo conciliar estos dos opuestos?

Nuevamente Adorno ilustra sobre el tema. La autonomía del arte no se debe reducir al esteticismo, pues el arte además de ser una expresión de la belleza y de lo sensorial también

---

<sup>689</sup> Adorno, Horkheimer, 1988.

<sup>690</sup> “Hegel había planteado que “el arte había llegado a su fin como etapa histórica”, dado que en la modernidad, el arte se separa de la vida, de la experiencia; aunque con esta separación, y por primera vez, el arte es entendido como arte y nada más: sin justificación, sin utilidad, sin funcionalidad, de ahí que a finales del siglo XIX en Francia se hable de “el arte por el arte.” Estas modificaciones que implica la modernidad con respecto al arte y que van asociadas a las tres vías en que se va a manifestar la experiencia estética: el diseño industrial, la publicidad y los medios masivos de comunicación, plantearan otro tipo de relación con la obra de arte que cambiará no solo la creación sino la recepción de la misma”. Rubiano, 2006, p. 119.

es un producto de la modernidad, por tanto, comporta una función crítica: revela y devela la razón que trata de imponer la modernidad. Sin embargo, aclara Adorno, no le compete a la obra de arte hacer parte de la lógica del mercado con la justificación de que su intención es la denuncia o el compromiso artístico. En ello radicaría su contradicción: no se puede ser juez y parte sin perder una de las dos condiciones. Si la obra de arte pierde su esencia por ser social y comprometida como quería Sartre,<sup>691</sup> terminará siendo una herramienta más del sistema que delata. Su única manera de oponerse es conservando su autonomía, no entrando a hacer parte de la dinámica del régimen. Con ser obra de arte, en este caso, literaria, ya está impugnando el hecho social.

En otras palabras, para Adorno, la obra de arte crítica lo social pero no está subordinada a este aspecto. De ahí también se desprende su segunda aclaración: la obra no es un ente puro que dialoga consigo misma en forma autista. La obra de arte genera una dialéctica con lo social, por eso es crítica. Su especificidad consiste en *resistirse* a la lógica de la sistematización y del mercado y, por ello, debe conservar y defender su autonomía. Cabe preguntarse ¿cómo conservar la autonomía en medios hostiles a la crítica y a la valoración de la literatura que no están mediadas por los afectos y la *afiliación* partidista? Adorno propone una respuesta. La autonomía del arte no tiene sólo que ver con su contenido que siempre será ideológico, sino con la *forma* como se exprese ese contenido: debe elaborar y expresar su propio lenguaje para distinguirse del lenguaje utilizado por el sistema.<sup>692</sup>

### **El dogmatismo en la cultura**

Silva señala cómo la República Liberal intentó a través de diversas formas, llevar a las clases populares el libro como un instrumento de cultura y recreación, su intención también consistía en modificar la manera de pensar de la población colombiana a través de la relación con la lectura y la educación. Como ya se ha dicho, con ese objetivo se crearon las

---

<sup>691</sup> Sartre consideraba que la literatura y el escritor debían ejercer el compromiso de la denuncia, que esa era su razón de ser. Ver Sartre, 1966 y 1981.

<sup>692</sup> Cfr. Adorno, 1983. Ver también: Mogollón, 2006-2007, pp. 187-202; Díaz Villarreal, 2006-2007, pp.29-54.

“Bibliotecas aldeanas”, como apoyo a las tareas de difusión cultural de los proyectos liberales.<sup>693</sup> Sin embargo, también se han mencionado los debates y discrepancias que en materia de cultura, literatura y arte se hacían desde los proyectos intelectuales liberales. No había un consenso sobre cuál era el tipo de cultura que debía dirigirse a la población. Aunque en principio estaba claro su proceso de instrucción e inclusión en las nuevas dinámicas culturales propuestas por la Comisión de Cultura Aldeana y la serie de conferencias transmitidas por la emisora H.J.N, creada durante el gobierno conservador de Miguel Abadía Méndez en 1929; la relación con el libro como artefacto cultural o de formación oscilaba entre las cartillas y manuales para el buen desempeño en el medio agricultor y la literatura universal y colombiana como “entretenimiento”.

Los estudiosos de los propósitos y alcances de las Bibliotecas Aldeanas como Silva, Melo, Herrera y Díaz, resaltaron la importancia de este proyecto, pero sobre todo el primero de ellos –quien realizó un análisis más exhaustivo en este aspecto– reconocía las falencias en las que incurrió el programa de cultura liderado en sus inicios por Luis López de Mesa y Daniel Samper Ortega, al que luego se unieron Zalamea, Achury Valenzuela y Echandía. Las críticas se desprenden del *corpus* de libros que hacían parte de aquellas bibliotecas y que fueron pensadas para hacerlas llegar a las regiones más apartadas del país; es decir, zonas rurales en las que el grado de desinformación era bastante alto. López de Mesa y Samper Ortega afirmaban sobre parte del material seleccionado que era

Una colección de cartillas técnicas, nacionales y extranjeras, algunas ya editadas por el Ministerio de Educación o a punto de ser editadas, con el fin de proporcionar información a los maestros, pero también de llevar a los campesinos los “rudimentos más indispensables” en cuanto al conocimiento técnico y social.<sup>694</sup>

Estos propósitos son meritorios, por supuesto, pero revelan no sólo el estado cultural en que se hallaba la mayoría de la población rural, sin contar la citadina, sino también la concepción de cultura, educación y literatura que tenían los gestores del proyecto. Era ineludible la separación entre “alta cultura” y “cultura popular”, que los liberales

---

<sup>693</sup> Silva, 2002, pp. 141-251. Observa que las Políticas Culturales de la República Liberal desde el libro y la lectura pretendía abordar tres frentes: 1) Los mecanismos de difusión y de circulación del libro, 2) Las políticas de impulso de la práctica de la lectura en las “aldeas” y 3) El intento de creación de una “comunidad de lectores.

<sup>694</sup> Silva, 2005, p. 148.

consideraban podían poner a dialogar sin caer en cuenta –o quizás haciéndolo– del clima espiritual que era necesario no solamente propiciar sino construir.<sup>695</sup> Herrera y Díaz citando a López de Mesa, describen brevemente la composición de las series de las Bibliotecas Aldeanas:

La primera serie estaría conformada con una selección de literatura universal, a través de la cual “el espíritu humano ha dejado, en huellas ideales de luz, el lento avance de su alma en la contemplación e interpretación del mundo y de la vida”. La segunda estaría compuesta por obras nacionales, cuyo propósito era despertar sentimientos patrióticos y de nacionalidad, a través de la “obra realizada por nuestros más esclarecidos compatriotas”. La tercera serie debería estar integrada por manuales de instrucción, destinados a optimizar las prácticas del trabajo y generar nuevos hábitos de consumo, proporcionando al “niño aldeano”, “nociones elementales en física, química, ciencias naturales, etc.”, así como nuevas técnicas de “altísima aplicación a industrias, oficios y menesteres, que asesten un golpe decisivo en la rocosa testa de la rutina. La cuarta serie se pensaba como una selección constituida por obras generales de consulta, que buscaba potenciar el estudio individual, tales “como el diccionario, compendio de historia, de geografía, etc., que faciliten la tarea de interpretación y esclarecimiento autodidácticos”.<sup>696</sup>

Se desprende de la cita anterior y en consonancia con lo planteado por Silva que había cierto “énfasis moralizante y ejemplarizante a pesar del tono liberal”.<sup>697</sup> Sin embargo, la idea de democratización de la cultura no se concentró únicamente en la difusión del libro, desde la emisora H.J.N. liderada por Samper Ortega, para quien la Radio era un medio indispensable para hacer llegar al campesino la influencia cultural del gobierno; se expandió el canal de comunicación de la cultura a través de programas musicales y literarios, transmisión de noticias especiales y, en general, conferencias sobre diversos temas.<sup>698</sup>

Con base a lo anterior, es pertinente abordar, aunque sea de manera panorámica, el asunto concerniente a la literatura dentro de las Bibliotecas Aldeanas y en lo que se

---

<sup>695</sup> Cfr. Silva, 2005, p.152.

<sup>696</sup> Herrera, Díaz, 2000. Sobre los títulos de las Bibliotecas Silva anota que “revelan el énfasis y el propósito de cierta formación: “la vida de las plantas”, “las huertas y las granjas escolares”, “las aves de corral, los animales domésticos, enfermedades de los órganos de los sentidos y de la dentadura, etc; es decir, una información primaria que por supuesto revela el grado de ignorancia en que se podían encontrar los campesinos, pero también muestra cómo se les quería dar lo esencial, un paliativo, no la conciencia de pensar por sí mismos”. Silva, 2005, p.148.

<sup>697</sup> *Ibíd.*, p. 148.

<sup>698</sup> Según Samper Ortega se transmitieron durante su dirección: 55 conferencias científicas, 300 sobre temas educativos, 178 sobre diversos temas literarios, 75 encaminadas al mejoramiento de la agricultura y la ganadería, 45 de sociología y cursos de extensión universitaria y cerca de 300 conferencias sobre historia. Silva, 2005, p.27.

denominó la “Colección Samper Ortega de Literatura Colombiana”, pues este corpus de libros muestra qué era lo que se leía y con qué fines se escogían dichas lecturas. Con respecto a la primera, el mismo Samper Ortega la llamó “libros de entretención”, constituida por un total de 83 obras compradas a la Casa Araluce. En ella se incluyeron biografías de grandes personalidades extranjeras, tradiciones de acervo cultural occidental de obras de los clásicos griegos, ingleses, españoles y algunos orientales. Lo curioso de la selección fue lo manifestado por López de Mesa con respecto al público al cual iba dirigida la serie: “estaría al alcance de una inteligencia infantil, de diez a catorce años de edad mental, que correspondía al desarrollo de nuestros campesinos”.<sup>699</sup> No se llama la atención en lo relacionado a la capacidad mental del campesino, si no a la manera paternalista e infantil como es mirado y valorado el pueblo. Los cien títulos de literatura colombiana estaban divididos en diez áreas: Prosa literaria, cuento y novela, cuadros de costumbres, historias y leyendas, ciencias y educación, ensayos, periodismo, elocuencia, poesía y teatro.<sup>700</sup>

Una mirada rápida a los títulos que integran las cuatro primeras clasificaciones, revela una serie de contrastes y paradojas que bien vale analizar en más detalle. En primer lugar, la “prosa literaria” posiciona a autores como: Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo, Marco Fidel Suárez, José Manuel Marroquín, Rafael María Carrasquilla, Diego Rafael de Guzmán, Guillermo Valencia, Antonio Gómez Restrepo, Carlos Arturo Torres y Armando Solano. La escogencia se centra en los trabajos sobre el lenguaje y el idioma que desarrollan los cuatro primeros, el énfasis religioso del quinto de ellos y, luego, hay una mezcla de aportes sobre los orígenes de la novela, los discursos de Valencia, la crítica literaria de Gómez Restrepo, el texto crítico y libertario de Torres y las prosas de Solano.

Llama la atención la combinación que hace Samper Ortega, en un intento por darle coherencia y continuidad a la adquisición de la cultura, no sólo con la lectura de autores y obras conservadoras y liberales, (Caro y Torres, por ejemplo), sino en la diversidad de los énfasis, esto es: el estudio del idioma, las oraciones religiosas, el trabajo sobre el género

---

<sup>699</sup> Herrera, Díaz, 2000, en línea.

<sup>700</sup> Ver listado completo en Silva, 2009, pp. 87-119.

literario novela y lo más importante, incluso, la crítica literaria desde el conservatismo e hispanismo de Gómez Restrepo (influencia y formación de Menéndez y Pelayo) y la liberal y racional de Torres. Esto nos lleva a la segunda instancia, ¿por qué un liberal como Samper Ortega, centra parte de la difusión de la cultura en hispanistas recalcitrantes como Caro, Marroquín y Gómez Restrepo?, ¿por qué continuar ensalzando la figura “señorial” (el término es de Gutiérrez Girardot)<sup>701</sup> de Valencia?

La respuesta sería de largo aliento, pero lo que se esboce aquí vale para ilustrar el estado del arte cultural en el que todavía se movía el país hacia mediados del siglo XX. De un lado, el conocimiento y aprendizaje del idioma, lo religioso y parte de lo literario seguía descansando en la tradición representada y legitimada por algunas figuras de la Regeneración. Lo cual plantea dos asuntos: no había en el medio estudios más autorizados o más bien novedosos sobre estos temas o los liberales como Samper Ortega –aun a costa de su proyecto modernizador–<sup>702</sup> no lograban desprenderse de este tipo de influencias y proponer miradas no tan canónicas. Ahora bien, cabe aclarar, que no se desvirtúan los trabajos de Caro, Gómez y Marroquín. El primero de ellos fue un excelente conocedor del idioma español, asentado en su estudio del latín clásico, voraz lector e incansable traductor. Marroquín también aportó al estudio de la gramática con el *Tratado completo de ortografía castellana* (1858) y fue fundador de la Academia Colombiana de la Lengua.

Gómez Retrepo, por su parte, además de su labor como crítico literario, escribió cuatro tomos dedicados a la Historia de la Literatura Colombiana. ¿Qué los hacía entonces polémicos, “indeseables” y antimodernos ante los liberales?, precisamente su actitud ultraconservadora, hispanista y regeneracionista, un purismo exagerado y retórico del idioma castellano, una alianza entre conocimiento, religión y desprecio por las “razas” no blancas, entre otras razones de peso que los enfrentaron con los modernistas de fin del siglo

---

<sup>701</sup> Gutiérrez Girardot, 1980, pp. 447-536.

<sup>702</sup> Además de liderar la Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana y distribuir libros para las Bibliotecas Aldeanas, Samper Ortega fue nombrado director de la Biblioteca Nacional durante el gobierno de López Pumarejo, fundó y dirigió la revista Senderos, publicación que antecedió a la Revista de las Indias, creó la Radiodifusora Nacional y dedicó gran parte de su trabajo a dotar las salas y archivos documentales con equipos técnicos avanzados, para ello contrató personal extranjero especializado en Biblioteconomía y Documentación.

XIX como Sanín Cano. Caro y Marroquín fueron presidentes de Colombia finalizando el XIX y bajo el mandato del último de ellos, se perdió el canal de Panamá.

De otro lado, volviendo al interrogante de ¿por qué la selección de estos autores hecha por Samper Ortega?, podría pensarse que el director de la Biblioteca Nacional quiso dotar su juicio de un sentido de equilibrio y ecuanimidad, esto es, combinar la tradición existente con obras de autores liberales y críticos de avanzada que le mostraran a los lectores, seguramente a los maestros, a quienes también iban dirigidos los libros, los contrastes entre una opinión y otra. Es decir, que ellos mismos generaran su propio criterio al leer tanto a unos como a otros. En el caso de la crítica de Torres en su libro de ensayos *ÍdolaFori* (1909), donde apela al sentido de la razón y la inteligencia como negación a cualquier tipo de fanatismo, leerlo sirve para aplicar una postura plural y entender el grado de desarrollo de los países latinoamericanos, entre ellos Colombia. En divergencia, la crítica de Gómez Restrepo es más purista y radicalizada al estar orientada por el hispanismo excluyente de Marcelino Menéndez y Pelayo.

Las tres designaciones restantes, “cuento y novela”,<sup>703</sup> “cuadros de costumbres”<sup>704</sup> e “historias y leyendas”,<sup>705</sup> son un poco más complejas en tanto aluden a una idea de literatura todavía muy cerrada y provinciana. Exceptuando las novelas de Tomás Carrasquilla –que posiblemente podían ser reducidas a un enfoque costumbrista–; la innovación de publicar a cuentistas, o sea mujeres en la literatura, y algo de Osorio Lizarazo, entre otros; los demás

---

<sup>703</sup> *Varias cuentistas colombianas*, Tomás Carrasquilla, *Novelas*, Francisco de P. Rendón, *Inocencia*. Luis Segundo Silvestre, *Tránsito*, José María y Evaristo Rivas Groot, *Cuentos*, Santiago Pérez Triana, *Reminiscencias tudescas*, *Tres cuentistas jóvenes* (Manuel García Herreros, J.A. Osorio Lizarazo, E. Arias Suárez y Daniel Samper Ortega,) *La obsesión*, *Varios cuentistas antioqueños*, *Otros cuentistas*.

<sup>704</sup> José Manuel Groot, *Cuadros de costumbres*, *Cuadros de costumbres* (de Rafael Eliseo Santander, Juan Francisco Ortiz y José Caicedo Rojas), Eugenio Díaz, *Una ronda de don Ventura Ahumada y otros cuentos*, José María Vergara y Vergara, *Las tres tazas y otros cuadros*, Ricardo Silva, *Un domingo en casa y otros cuadros*, José David Guarín, *Cuadros de costumbres*, Manuel Pombo, *La niña Águeda y otros cuadros*, Luciano Rivera y Garrido, *Memorias de un colegial*, Emiro Kastos, *Mi compadre Facundo y otros cuadros*, Fermín de Pimentel y Vargas, *Un sábado en mi parroquia y otros cuadros*.

<sup>705</sup> José Manuel Restrepo, *Historia de la Nueva Granada*, José María Espinosa, *Memorias de un abanderado*, Joaquín Posada Gutiérrez, *La batalla del santuario*, José María Cordovez Moure, *De la vida de antaño*, Cayo Leonidas Peñuela, *Boyacá*, Eduardo Posada, *El Dorado*, Raimundo Rivas, *Mosquera y otros estudios*, *Leyendas* de José María Quijano Otero, Luis Capella Toledo, Camilo S. Delgado y Manuel José Forero, Enrique Otero D'Costa, *Leyendas*, Enrique de Narváez, *Los mochuelos*. Citado por Silva, 2009, pp. 116 y 117.

títulos señalan la intención descrita por López de Mesa párrafos atrás: difundir obras nacionales con el “propósito de despertar sentimientos patrióticos y de nacionalidad”.<sup>706</sup>

Es cierto que se ha aludido en esta investigación al interés de crear conciencia nacional y participación ciudadana del pueblo a través de los proyectos culturales liberales; para ello era necesario empezar desde cero y rescatar lo propio de acuerdo al entorno y a las condiciones de educación. No obstante, quizás el fracaso de estas políticas no fue sólo la oposición partidista, también, como ya se ha dicho, se debe a la falta de claridad de los directamente involucrados, por encontrarse ellos mismos ante las contradicciones de qué es “alta” y “baja” cultura, qué es el pueblo y cómo tratarlo; todo en medio de los enfrentamientos con los conservadores, la Iglesia y el ala derecha del liberalismo y, por lo tanto, los opositores del lopismo. Antes de continuar, se aclara, que éstas son solamente algunas observaciones sesgadas sobre este panorama y *corpus* amplio compuesto de cien obras. No se quiere caer en el reduccionismo de no reconocer la valía de varias de las obras seleccionadas como las de Eugenio Díaz, Vergara y Vergara, entre otras; pero no es el énfasis detenerse en ellas, sirven para ilustrar un estado de la cuestión cultural y literaria en la República Liberal de Alfonso López.

Ahora bien, surgen muchos interrogantes con respecto a esta *Selección*, que por orden estricta de Samper Ortega solamente se distribuía en las regiones rurales, quizá también hizo parte de colecciones bibliotecarias en la ciudad, pero Samper se negaba a los pedidos que le solicitaban de algunas regiones donde la *Selección* no alcanzó a llegar, también a peticiones personales de amigos capitalinos. Tenía muy claro cuál era el radio de distribución y además, la colección se agotó en poco tiempo. El asunto de la impresión, la publicación y la distribución remite a la otra cara de la difusión, que si bien había dados pasos significativos desde la fundación de la “Biblioteca Popular” de Roa (1891), como lo reseñó Cobo Borda,<sup>707</sup> la publicación e importación de libros todavía resultaba costosa.

---

<sup>706</sup> Herrera, Díaz, 2000.

<sup>707</sup> Cobo Borda, 1990.

Esta situación se revela en el aspecto sobre la *Selección Samper Ortega* que se acaba de analizar. No se explica por qué no aparecen allí títulos de obras latinoamericanas e incluso, muchas de autores colombianos quedan por fuera. La década del treinta es un período de grandes cambios en todo el mundo: los efectos de la recesión económica, el conflicto con Perú, la Guerra Civil Española y el ascenso del franquismo y el falangismo, el nazismo y la segunda Guerra Mundial, las dictaduras latinoamericanas, las incursiones norteamericanas en los gobiernos latinoamericanos, etcétera.<sup>708</sup> La literatura empieza a ser vocera de estos asuntos coyunturales. Hay muchas denuncias desde países como Perú, Argentina, Guatemala, México y Colombia sobre la situación mundial del fascismo y el comunismo, pero sobre todo, con relación a lo que está pasando al interior de cada país. Miguel Ángel Asturias escribió *Leyendas de Guatemala* en 1930 y en 1946 publicó *El señor presidente*. Es la época, señaló Cobo Borda, de la denuncia y la protesta en la literatura latinoamericana. Los años treinta y cuarenta son escenario de la lucha y la reivindicación del indio, de los estudios sociológicos del espíritu y la geografía, la concepción del ser desde una mirada filosófica, etcétera. Jorge Icaza, César Vallejo, Ezequiel Martínez Estrada, Rómulo Gallegos, Alejo Carpentier y María Luisa Bombal, entre otros, publicaron obras de gran importancia en estos períodos.<sup>709</sup>

De la producción colombiana se destaca *Toá* (1933) y *Mancha de aceite* (1935) del médico antioqueño César Uribe Piedrahita,<sup>710</sup> que aborda la explotación cauchera y la matanza de los indígenas en la selva y el usufructo del petróleo en Venezuela bajo el gobierno de Juan Vicente Gómez. Del también médico antioqueño Luis López de Mesa, *De*

<sup>708</sup> “La lista de dictadores es extensa y abarca del Caribe al Río de la Plata: Rafael Leónidas Trujillo, en la República Dominicana, sobre el cual, en 1953, el escritor colombiano José Antonio Osorio Lizarazo publicó una elogiosa semblanza pagada por el propio Trujillo: “La isla iluminada” (1946); Maximiliano Hernández Martínez, en el Salvador; Jorge Ubico, en Guatemala; Fulgencio Batista, en Cuba. Los dictadores latinoamericanos, apoyados en tantos casos por Estados Unidos, manejaron sus países como haciendas y prefirieron, antes que senados obsecuentes, el terror y el paternalismo como métodos para mantener un cesarismo, en verdad, poco ilustrado.” Cobo Borda, 1989, pp. 35-36.

<sup>709</sup> *Huasipungo* del ecuatoriano Jorge Icaza, es una de las obras más representativas de la llamada literatura indigenista. En esa misma línea, con diferentes matices, estaría *Écue-Yamba-O!* de Carpentier en 1933, que trata el tema afro-cubano. El venezolano Gallegos publica en 1934 y 1935 dos grandes obras de carácter social: *Cantaclaro* y *Canaima*, una mirada criolla y nacionalista sobre la selva y el llano. El poeta peruano César Vallejo publica la novela indigenista *El Tungsteno* (1931). El ensayo de corte sociológico se manifiesta en *Radiografía de la Pampa* (1933) de Ezequiel Martínez Estrada y la chilena María Luisa Bombal pone el acento en la literatura escrita por mujeres al publicar dos excelentes novelas cortas, *La última niebla* (1935), y *La amortajada* (1938). Cfr. Cobo Borda, 1989, pp. 35-64.

<sup>710</sup> Uribe Piedrahita, César 1992.

*cómo se ha formado la nación colombiana* (1934),<sup>711</sup> Fernando González, *Mi compadre* (1934),<sup>712</sup> novelas de campo, ciudad y marginalidad de Osorio Lizarazo<sup>713</sup> como: *La casa de vecindad* (1930), *La cosecha* (1935) y *Hombres sin presente* (1938).<sup>714</sup> *El estudiante de la mesa redonda* (1932) y *Los comuneros* (1938), de Arciniegas.<sup>715</sup> *De Jorge Zalamea a la juventud colombiana* (1933), extensa diatriba contra el Centenario que sirvió de pretexto para hablar de la educación y los gobiernos. Finalmente de Sanín Cano, dos libros de ensayos de crítica titulados: *Crítica y arte* (1932) y *Divagaciones filológicas y apólogos literarios* (1934).<sup>716</sup>

La lista es extensa y diversa y se hace esta breve reseña para efectos de ilustrar y comparar los cien títulos de la *Selección Samper Ortega* con el caudal de pluralidades que se estaban dando en Latinoamérica y Colombia por esos años. Las razones pueden ser las siguientes: 1) Las Bibliotecas aldeanas perdieron potencia con la finalización del gobierno de López Pumarejo y el ascenso de Eduardo Santos, 2) Muchas de estas obras no se habían editado en el país y no se conseguían, o estaban prohibidas por el régimen y sus autores, exiliados, 3) No tenían la suficiente difusión, dado que a pesar de hacer parte de la cultura letrada, no pertenecían al canon de aceptación y legitimación. Bien por sus filiaciones políticas, por denunciar a uno de los regímenes o por vivir fuera del país como en el caso de Sanín Cano, Zalamea y Téllez, 4) Porque no se inscribían dentro de los propósitos que tenía la Cultura Aldeana. Escasamente los maestros y los alumnos sabían deletrear y escribir, había que llegarles con lecturas que los atraparan e instruyeran, es decir, no estaba preparada su mentalidad para disertaciones críticas o simplemente se pretendía ocultar cierta realidad del país, 5) Quizá una de las mayores contradicciones de la política cultural liberal era considerar al pueblo como un niño a conducir, que no estaba preparado para la

---

<sup>711</sup> López de Mesa, Luis (1934). *De cómo se ha formado la nación colombiana*.

<sup>712</sup> González, Fernando (1934). *Mi Compadre*.

<sup>713</sup> Osorio Lizarazo, José Antonio (1978). *Novelas y crónicas*.

<sup>714</sup> Osorio Lizarazo era un admirador y un convencido de las ideas gaitanistas. Así como él denunciaba en sus obras el atropello hacia el pueblo, la lucha de Gaitán por enaltecer y reivindicar los derechos de la masa, lo llevaron a publicar varias obras dedicadas a su figura: *El día del odio* (1952) y, *Gaitán: Vida, muerte y permanente presencia* (1952). Antes de suceder los hechos nefastos de 1948 Osorio publicó un folleto titulado, *Ideas de izquierda. Liberalismo, partido revolucionario* (1939), en él critica el gobierno de López Pumarejo y lo asemeja a los atropellos del régimen conservador.

<sup>715</sup> Arciniegas, Germán (1932). *El estudiante de la mesa redonda. Los comuneros* (1938).

<sup>716</sup> Recogidos en, Cobo Borda (1977). *Escritos*.

mayoría de edad, así que en cierto modo se perpetuaba el ambiente bucólico y pastoril de la “cultura señorial y de viñeta” señalada por Gutiérrez Girardot en su estudio sobre la literatura colombiana de la primera mitad del siglo XX,<sup>717</sup> y 6) La poca valoración que se tenía por algunas obras y autores colombianos.

Se retorna así al dogmatismo en la cultura planteado por Mejía Duque. La Revolución en Marcha intentó hacer una especie de revolución cultural. Contra todos los presupuestos del “arte por el arte” en el sentido puro y estético del mismo, ellos apostaron por la mirada adorniana de un arte que no puede ser denuncia social, en tanto se anularía así mismo en el sistema que denuncia, ni arte de mera contemplación estética. Debe ser arte desde la forma y el lenguaje que establece, solamente así cumple su función. En primera instancia esto fue lo que intentaron aplicar Sanín Cano, Zalamea y Téllez. Pero no todos lo entendieron así, ni siquiera ellos mismos en su totalidad; sin embargo, esta postura se analizará en el último apartado de este capítulo. Antes de llegar a este punto, es necesario analizar con más detalle, las contradicciones del dogmatismo en la cultura.

La propuesta entonces de los intelectuales liberales fue generar una alfabetización masiva a través de las Bibliotecas Aldeanas, las conferencias transmitidas por la radiodifusora y otra serie de eventos modernos que buscaban la inserción y participación de las masas en el concierto de la cultura. Uno de los aliados mayores de este proyecto descansa en que el “arte y la literatura se ocupen del pueblo”.<sup>718</sup> El pueblo es una “abstracción” que debe educarse, por eso la literatura y el arte deben ingeniarse una pedagogía, una didáctica para llegar al “alma” de esa masa.

Preocupados por culturizar en vasta escala, los administradores revolucionarios estimularán esos brotes del espontaneísmo artístico que surgen. A veces de modo inadvertido y gradual, por inercia, los administradores irán favoreciendo ese populismo artístico, sin cuestionarlo políticamente, sin sospechar su verdadera naturaleza. Hay en ello formas de inducción y formas de coacción. La inducción es también coactiva, pero admite los medios oblicuos y tangenciales de persuasión (concursos, publicaciones, promoción del autor a la categoría de ejemplo o modelo, etcétera). La inducción y la coacción se conjugarán con mayor o menor eficacia según el grado de fervor entre los intelectuales que adhieren a la revolución o con ella colaboran.<sup>719</sup>

---

<sup>717</sup> Gutiérrez Girardot, 1980, pp. 447-536.

<sup>718</sup> Mejía Duque, 1976, p. 349.

<sup>719</sup> Mejía Duque, 1976, pp. 349 y 350.

Cabe aclarar que la intención de la cita se puede interpretar en dos sentidos: uno tendría que ver con el afán de culturizar que no permitió caer en la cuenta de estos errores; y otro, que conscientes de ellos, las políticas liberales no encontraron otro camino distinto para llevar a cabo la democratización de la cultura.

No obstante, continúa Mejía Duque, dado que se requiere para la “etapa de consolidación del nuevo orden, una literatura y un arte predominantemente didácticos”,<sup>720</sup> la revolución cultural aspira a que los artistas, escritores e intelectuales le sirvan en este propósito. Es ahí donde aparece el dogmatismo en la cultura, la “*fijación creativa de la expresión artística en aquel momento inicial del proceso*”.<sup>721</sup>

El arte y la literatura son abstraídos o segregados del movimiento histórico progresivo generado por la revolución –a la vez que se pretende obligarlos a lo contrario, a la vez que se les ordena “reflejar fielmente la realidad”[...]. No se detiene ahí el dogmatismo administrativo. Da un paso más [impide] que simultánea y paralelamente a la literatura y al arte pedagógicos subsistan líneas experimentales, o apenas menos obvias, que apunten a lectores y espectadores de apetencias más complejas. El dogmatismo cercena las letras y las artes por partida doble: a) fijando su desarrollo en la fase didáctica de la revolución cultural; b) bloqueando la coexistencia de otros niveles de creación más complejos. [Se producen así] dos negatividades opuestas e igualmente perjudiciales para los objetivos humanistas de la revolución: el embrutecimiento de los que se resignan y se adaptan al consumo de esa literatura rutinaria y escéptica; y el resentido rechazo de los otros, quienes, bajo el escozor de la censura que los acosa, terminarán replanteando el problema en términos casi siempre idealistas y hasta políticamente regresivos. A despecho de las apariencias, el dogmatismo militante acaba fraguando además en un nuevo elitismo y como tal separando a sus gestores de la vida popular. La diferencia entre los dos elitismos, el aristócrata-liberal y el que se autodenomina revolucionario, consiste sólo en que el primero asume sin ambages su extrañamiento del pueblo mientras el segundo, que de hecho se sitúa por encima del pueblo, pretende sin embargo ser *su voz y su conciencia* y caricaturiza su imagen proclamándose intérprete y educador de las masas.<sup>722</sup>

Estas concepciones y tareas de la cultura no sólo se desprenden de un objetivo de democratización mal concebido o desarrollado contra todos los obstáculos hechos por los adversarios políticos; también responden necesariamente a las demandas del mercado económico, el capitalismo y la modernidad exigen que los asuntos culturales sean también pensados como cuestiones económicas, esto va llevando poco a poco a la mercantilización

---

<sup>720</sup> *Ibíd.*, p. 351.

<sup>721</sup> *Ídem.*

<sup>722</sup> Mejía Duque, 1976, pp. 351-353.

del arte, algo así como una cierta domesticación del arte y el artista en aras de extender y ampliar los radios de difusión, pero también de controlar y legitimar los productos artísticos dentro del mercado.

¿Acogen o subvierten este modelo Sanín Cano, Zalamea y Téllez? Se tratará de dilucidar su participación en este último apartado.

### **Sanín Cano, Téllez y Zalamea: críticos literarios en busca de expresión**

El dogmatismo en la cultura no atraviesa únicamente el campo de polaridades de la República Liberal, es una concepción heredada del siglo XIX y legitimada durante décadas por los gestores y promotores de la cultura. Lo que sucede, es que los cambios vertiginosos en el plano de la modernidad y la modernización experimentada por el país en los años treinta, más la vigorización de los conflictos entre los dos partidos y la Iglesia comienzan a establecer contrastes que antes pasaban inadvertidos o simplemente se ignoraban. Los intelectuales-escritores empiezan a pasar más largas temporadas en el exterior, sea como diplomáticos o en la búsqueda personal de sus propios horizontes literarios. Los debates sobre la autonomía del arte iniciados a finales del siglo XIX, poco a poco se van cristalizando en discusiones más sólidas y fundamentadas, nutridas de las influencias artísticas y político-sociales de lo acontecido en el mundo.

Para los intelectuales disidentes, esto es, aquellos que no comulgan completamente con la dominancia política o el dogmatismo en la cultura en su acepción más espuria, es imprescindible reformular la tradición y rechazar la instrumentalización de la literatura con fines políticos. No obstante, todavía en las décadas del treinta y el cuarenta, como se ha señalado, el consenso general de los intelectuales coincidía en reconocer la ausencia de crítica literaria en el país, al menos, la ejercida de manera ecuánime sin filiación partidista, laudatoria o denigrante. Las razones esgrimidas eran las mismas: ausencia de estudios filológicos y humanísticos distintos a los propuestos por Caro, según Sanín Cano; confusión entre arte comprometido y arte testimonial, en la opinión de Zalamea, y prevención personal y subjetiva ante los juicios expresados por los críticos, anotaba Téllez.

En síntesis, no había un clima espiritual de tolerancia y madurez que permitiera una crítica ejercida con idoneidad y conocimiento en pro de la construcción de un enfoque literario y cultural. Con matices diferentes, los tres críticos nombrados concordaban en mostrar, de alguna manera, el dogmatismo en la cultura, pues la crítica como cualquier empresa cultural se veía coaccionada por los intereses del Estado y en ese sentido, los críticos eran neutralizados en su función auténtica de disentir e impugnar los falsos valores para ser absorbidos por instituciones “filantrópicas” que los convertía en “funcionarios” del sistema.<sup>723</sup>

Max Grillo había abierto en 1892, el camino a una revista literaria que se separara de lo político y lo social como temas recurrentes y extenuantes para los escritores, pero el corto período de circulación de la *Revista Gris* (1892-1896), aunque fueron cuatro años significativos, le corroboraron la apatía e indiferencia con que el público mira las empresas periodísticas que no viven la vida azarosa de la política.<sup>724</sup> Lo que Grillo proponía era trabajar por la autonomía del arte y desligarlo de la servidumbre doctrinaria y utilitaria, como había manifestado Sanín: el arte sin tendencias docentes, ni como servidor de causas políticas. Si esto se lograba, era posible pensar en la profesionalización del escritor y del crítico. Por su parte Téllez, consideraba que entre las muchas dificultades que se le presentaban al crítico en Colombia, estaba la de la cercanía y la familiaridad. En la parroquia literaria no sólo todos se conocían sino que militaban en uno de los dos partidos políticos. Cualquier cosa que se dijera, positiva o negativa, generaba una reacción en

---

<sup>723</sup> Cfr. Jiménez Panesso, 1992.

<sup>724</sup> Uno de los primeros intentos literarios que planteó el divorcio de la literatura con respecto a la política y lo social fue la publicación fundada y dirigida por Max Grillo, quien en 1892 dio a la circulación la primera entrega de la *Revista Gris*, la cual se publicó hasta 1896. Su director ya planteaba para fin de siglo los efectos catastróficos de la modernidad concebida como progreso y técnica, además de insistir en que la inteligencia del hombre no se debía desgastar en la lucha política. “Es la hora de la prisa y del placer” el progreso acelerado no permite ya que nadie se detenga en un solo punto. No hay tiempo para estudios laboriosos y pacientes como el de Rufino José Cuervo. Grillo se queja de que las luchas políticas parecen agotar todas las reservas intelectuales y morales de quienes piensan y escriben. Grillo y sus colaboradores, entre los que se cuenta Sanín Cano, además de Diego Fallón, Rafael Pombo e incluso, Miguel Antonio Caro, quiere emancipar la cultura de la tutela religiosa y política. En la editorial del número 1, invita a los jóvenes a dedicar una parte de sus horas al cultivo del arte: “Fecunda será nuestra labor y satisfechos quedaremos de ella si en las páginas de esta revista se forma siquiera un escritor que haya de darles gloria a las letras y a las ciencias en nuestra patria”. Sin embargo, no invita a cualquier tipo de publicación, ésta debe inscribirse en el orden de una mentalidad moderna. Durante sus tres primeros años la *Revista Gris* publicó artículos sobre Nietzsche, Schopenhauer, Hyusmans, Bécquer, Paul Bourget, Saint-Beuve, José Santos Chocano, Julián del Casal y José Martí (estos tres últimos, precursores del modernismo en Latinoamérica), también textos de Jorge Isaacs, Carlos Arturo Torres e Ismael Enrique Arciniegas. Ver Jiménez Panesso, 1994, pp. 29-87.

cadena, que iba desde la aceptación o rechazo de los círculos político-literarios, hasta los aplausos y resentimientos que ineludiblemente coartaban la opinión del crítico.<sup>725</sup> Cuando se le consultó en 1956 sobre su juicio con respecto a la crítica literaria en Colombia, manifestó:

La crítica literaria en Colombia debía ser, pero no es, objetiva, veraz, impersonal, y en cierta manera, implacable. No lo es porque las circunstancias sociales no lo permiten todavía. Nos faltan aún muchos años antes de llegar a la etapa de plenitud histórica en que a una gran literatura corresponde naturalmente una gran crítica. Lo que se hace ahora y lo que se ha hecho siempre con ese nombre, salvo algunos trabajos excepcionales, es pura cortesía y puro compromiso. Cuando no el despliegue tropical de la más extraordinaria exageración, falta de *sindéresis* y de responsabilidad.<sup>726</sup>

En esta cita se hace explícita una de las máximas de Téllez, “el arte consiste en nadar contra la corriente”.<sup>727</sup> El verdadero artista introduce una primera sospecha en el estatuto colectivo de la cultura al cuestionar el dogmatismo de la misma, pues la misión de la democracia y de los gobiernos le plantea al escritor un dilema: satisfacer el gusto colectivo con un arte mimético y popular a través de la creación de una obra de calidad que pueda ser valorada y canonizada. Para Téllez, es poco probable que las dos coexistan, en particular, en sociedades con bajo índice cultural y lector; además, porque así el artista estaría poniendo su creación al servicio de la causa política y cuando la valoración del arte se hace por gusto popular, baja la calidad y sube la cantidad (la mercantilización de la cultura). Ese sería uno de los tantos errores propiciados por el afán de los gobiernos de llevar la cultura y el arte a todos los estratos, sin que éstos estén preparados para recibirlo y apreciarlo.<sup>728</sup>

---

<sup>725</sup>“En Colombia nace cada mañana, según la opinión de los periódicos, un pintor genial o un literato excelso, o un poeta eximio o una poetisa sublime o un sociólogo portentoso, o un novelista sin rival. A veces más de uno. No ensaye promover un juicio crítico, de cuentas sobre cada uno de esos milagros cotidianos con que la prensa satisface bondadosamente nuestra sed nacional de gloria. Acepte, sin exigir pruebas, la realidad de ese milagro. Nada pierde con callar y esperar. En la fluencia del tiempo, el milagro se deshace por sí solo.” Hernando Téllez había escrito en 1955 “Para un aprendiz de crítico”. Allí expresaba sus opiniones sobre la forma de hacer crítica en Colombia. Téllez, 1979: *TNRL*, pp. 476 y 477.

<sup>726</sup> Entrevista publicada en Álvarez D’Orsonville, 1956, p. 212.

<sup>727</sup> *Nadar contra la corriente. Escritos sobre literatura*. (1995), es un libro póstumo que recoge gran parte de la producción crítica de Téllez. La expresión citada se encuentra en la p. 17.

<sup>728</sup> “En Latinoamérica parece predominar la idea de que la educación y la cultura del pueblo, la cultura de las masas, o su entrenamiento cultural, se consigue más fácil y rápidamente rebajando las expresiones culturales a un nivel preciso de esas mismas masas. Y su nivel intelectual o sensorial es enteramente contrario a la historia de la cultura, a su desarrollo y a su significado. La cultura es una contrariedad. Una contrariedad en la cual trabajan con pleno gusto y de modo natural, cuando trabajan bien, los dirigentes de los pueblos, y con ellos sus artistas, sus escritores, sus intelectuales. La corriente del arte, en cualquiera de sus manifestaciones, es, básicamente, una corriente contra la corriente, una navegación aguas arriba”. Téllez, 1995: *NCC*, pp. 119-120.

El gusto colectivo se alimenta de corroboraciones. De ahí que el arte del político, del demagogo, sea, en primera y última instancia, una constante tentativa para satisfacer las exigencias, aun las más viles, sobre todo las más viles, del alma de las multitudes. *Llevar la contraria, nadar contra la corriente*, en política, son fórmulas suicidas y absurdas, a diferencia de lo que ellas significan en el arte.<sup>729</sup>

Sin embargo, le compete al verdadero artista rescatar la esencia del arte, al igual que Sanín, considera que la autenticidad del arte no depende sino de la autenticidad del artista, por eso, aunque suene paradójico, va en contra de la democratización de la cultura pensada en el fenómeno democrático de la cantidad y en el instrumento para *legalizar* y ganarse a las masas desde un mandato gubernamental.<sup>730</sup> “El amor por el arte” no se enseña ni se dogmatiza, se construye el clima espiritual y se transmite a partir de la valoración de la obra y el artista en el medio en que se producen. Pero “el intento, casi siempre de signo político, pedagógico y social, de reducirlo, de hacerlo coincidir con una necesidad extrapersonal, masiva y multitudinaria, es frustráneo”.<sup>731</sup>

En “Faenas menores de la cultura” analiza el mismo asunto pero desde otra perspectiva. Su posición sigue siendo de rechazo ante la “popularización” de la cultura y en ella deja ver su contradicción como intelectual con respecto a las masas. Aquí su diatriba no se dirige sólo contra el mal uso que los gobiernos hacen de la cultura en pro de ganarse y “culturizar” a la mayoría analfabeta; también se deja ver su elitismo y la noción que tiene del pueblo. Afirma que “El pueblo no puede recibir sino lo esencial y más simple en el orden de las ideas y de la cultura en general”.<sup>732</sup> Semejante aseveración no deja dudas con respecto a su relación con las masas, él trata de amortiguar estos juicios justificando la

---

<sup>729</sup> Téllez, 1995, p. 19.

<sup>730</sup> En “Vulgaridad y cultura” plantea que la idea de la educación y la cultura del pueblo se consigue más fácil y rápidamente rebajando las expresiones culturales a un nivel preciso de esas mismas masas. “Hay un equívoco sobre lo que deber ser el significado democrático de la cultura, que corre el peligro de la deformación. Dentro de esa deformación se supone que un pueblo con mayoría de analfabetos, no debe tomar contacto inmediato con las expresiones verdaderas de la cultura, sino que ha de pasar previamente, y demorar allí durante mucho tiempo, por el experimento intelectual que sirva de interpretación y de reflejo a su propia vulgaridad. Sobre estas bases críticas, la orientación democrática de la cultura consistiría en hacer cada vez más amplias las zonas populares de la vulgaridad, del mal gusto colectivo, y en estimularlos con soberano vigor para dar pábulos a la monstruosa creencia de que la democratización de la cultura se manifiesta de esta manera. En otras palabras: que debemos utilizar el natural desvío de las masas analfabetas o casi analfabetas por la cultura, ahorrándoles cualquier posible esfuerzo por comprenderla y asimilarla”. Téllez, 1995, *NCC*, pp. 119-121.

<sup>731</sup> Téllez, 1995, *NCC*, p. 20.

<sup>732</sup> Téllez, 1980, p. 47.

condición frágil y de pobreza en que vive la mayoría de los ciudadanos: sí apenas tienen para subsistir, no es posible pensar en dedicación al estudio y adquisición de libros, por eso hay que brindarles lo más sencillo a través de compilaciones comentadas en revistas y periódicos. Ofrecerles pequeñas dosis inducidas, porque no está mal que adquiera “las nociones elementales”, y esa función también la cumplen la Radio, el cine, las conferencias; de ahí bebe la masa la verdad, sin causar especiales molestias a los sabios y eruditos, agrega: “Un pueblo de sabios resultaría detestable. Un mundo repleto de erudición no tendría gracia ni interés”.<sup>733</sup>

¿Cómo entender estas afirmaciones de Téllez?, ¿desvirtúan su cualidad de líder y mediador en las políticas culturales liberales? Parece que se debe encontrar el equilibrio en lo observado por el crítico: si bien, está clara su posición de élite y dominancia con respecto a la plebe; también hay una crítica certera a la manera cómo se concibe con un sentido utilitarista, la literatura y la cultura por parte de los gobiernos. Téllez ve el arte como una expresión cultivada del espíritu, no como un fin social, para él, una es la noción colectiva del arte que tienen las masas y otra muy distinta, la que tienen los artistas, por eso, gobierno y artistas terminan discrepando. Desde la mirada estatal, la obra se ahogará en su propia atmósfera medible, monótona y previsible, lo cual fomentaría la mediocridad. Quizás sin saberlo, Téllez se inscribe en las tesis de Adorno que se explicitaron páginas atrás. “La literatura, como el arte todo, contribuye al quehacer histórico, al quehacer social, pero implícitamente, es decir extraprograma, de manera autónoma y no subordinada”.<sup>734</sup>

Cuando los literatos contribuyen al dogmatismo en la cultura y se dejan absorber por las instituciones “filantrópicas”, asumiendo el lema de la redención social; se equivocan como redentores y fracasan como artistas, porque son incapaces de impugnar al sistema del que hacen parte. Para Téllez, el arte no es asimilable ni a la filantropía ni a los credos políticos.

La Sociedad, el Estado, los partidos, las ideologías políticas, no deberían demandar al arte absolutamente nada. Y, primero que todo, no deberían demandarle que se pusiera a su servicio, ni que los corroborara o satisficiera. En el punto donde brota esa exigencia, empieza

---

<sup>733</sup> Téllez, 1980, p. 47.

<sup>734</sup> Téllez, 1980, p. 240.

la dimisión del arte. La literatura posee, en sí misma, como tarea humana, como quehacer del hombre, un género de eficacia que depende de los propios valores creados por ella, y no de los valores adventicios y, en cierta manera, fungibles, que una conveniencia social o política, un partido, una solicitud eventual de las necesidades de una clase o de un sistema económico, pudiera atribuirle.<sup>735</sup>

La valoración que hace Téllez de la literatura y la crítica se opone de manera tajante al reduccionismo de un fin social o político desprovisto del carácter de mediación que le compete al artista. La libertad del artista y de la obra literaria es inalienable. La obra debe trascender las condiciones históricas predeterminadas y generar su propia proyección histórica.<sup>736</sup>

En este orden de ideas, Zalamea y Téllez no sólo son contemporáneos dentro de la misma generación, ambos participaron también del grupo *Los Nuevos*, aunque el paso de Téllez por allí fue menos determinante que el de Zalamea. Los dos se aliaron con las políticas culturales de López Pumarejo y cumplieron funciones ministeriales dentro de su gobierno. Publicaron en los mismos medios de difusión como el diario *El Tiempo*, *El Liberal*, el semanario *Sábado*, la *Revista de las Indias*, la *Revista Crítica*, *Semana* y *Mito*. Se puede decir que compartieron las mismas vicisitudes y fueron testigos de primera mano de hechos trágicos como la muerte de Gaitán y sus consecuencias en la Violencia, la censura y la persecución. Su “ideal” de literatura y crítica tenía muchos puntos en común, al considerar el arte como una propuesta estética. Sin embargo, sus vidas, tanto en lo material como en lo espiritual, divergen de manera considerable. Téllez no provenía de una familia de alcurnia, él mismo señaló en una entrevista, que tuvo una infancia pobre. Se inició como cronista judicial y esta vinculación con el periodismo le abrió las puertas de la política y luego del ejercicio literario.

Zalamea, por el contrario, venía de una familia de más prestancia y siempre se le consideró un hombre de maneras aristocráticas y comportamiento arrogante. La distinción de su figura varonil, alta y con cierto aire europeo, le generaron no pocas antipatías. No obstante Zalamea realizó más una militancia política y literaria que Téllez. Se comprometió más de lleno con los proyectos de López y escribió varios textos en los que hizo denuncias

---

<sup>735</sup> Téllez, 1980, p. 239.

<sup>736</sup> Ver también, Téllez, 1951, pp. 15-34.

políticas y confrontaciones verbales contra los opositores del liberalismo.<sup>737</sup> Recuérdese su célebre carta-ensayo, “De Jorge Zalamea a la juventud colombiana”, dirigida desde Londres en 1933 a Alberto Lleras Camargo y Francisco Umaña Bernal –integrantes de *Los Nuevos*–, reclamándoles su compromiso con la literatura y no con la política del Centenario. Parece haber una contradicción con la adhesión política que años más tarde desempeñará en la Revolución en Marcha, pero sobre lo que trataba de llamar la atención era con respecto a la función del arte, que debía tener voluntad, orden y conciencia.<sup>738</sup> Las causas de la degradación del arte que hacen Téllez y Zalamea parten de la misma concepción de lo social; pero mientras para el primero la popularización del arte tiene que ver con el subdesarrollo y miseria de la cultura colombiana; para el segundo, además de estos factores, entra en juego el tema del capitalismo y la mercantilización de la cultura.

El ensayo “Arte puro, arte comprometido, arte testimonial”,<sup>739</sup> de Zalamea, fue publicado en 1965 a 19 años de la caída de la República Liberal y a cuatro años de la muerte del autor. En él revelaba la madurez intelectual de un tema que venía trasegando desde su función docente en la Universidad Nacional y como ideólogo de la Revolución en Marcha. Zalamea siempre hizo una distinción entre estas tres manifestaciones del arte: el arte puro es la imagen de la “torre de marfil” frente a la masa. O sea, es la figura del escritor que crea lejos del pueblo, habla sobre él pero no se mezcla con él, está ausente de la vida y la realidad social porque vive imbuido en su torre de marfil. El arte comprometido enfrenta al arte puro al arte como instrumento; en otras palabras, la misión del arte es denunciar, insertarse en el proceso social y terminar haciendo parte de él como señalaba Adorno, y esto haría que perdiera su esencia original y auténtica. Por eso Zalamea, disiente de los dos anteriores y manifiesta que sólo entiende el arte como testimonio.

A mi entender, ese testimonio es doble: por una parte, el artista da testimonio de sí mismo, confesándose ante sus semejantes. Por la otra parte, da testimonio del mundo que lo circunda, de la vida que lo asedia. En cierto sentido, esto quiere decir que la creación artística es, en sí misma, un acto de compromiso. Que puede ser, desde luego, negativo o positivo pero siempre comprometido. Sépalo o no lo sepa, quiéralo o no lo quiera, por el solo hecho de expresarse en tal o cual forma artística –original o adaptada–, el creador o imitador

<sup>737</sup> Ver “La cultura conservadora y la cultura del liberalismo (1936), y *La educación nacional* (publicado como folleto en Chile). Recogidos en: Cobo Borda, 1978, *LPA*.

<sup>738</sup> Zalamea, 1978, *LPA*, pp. 21-56.

<sup>739</sup> Zalamea, 1978, *LPA*, pp. 791-801.

de esa forma se compromete consigo mismo y con lo exterior a él. Desde este punto de vista, no me es posible concebir un arte puro.<sup>740</sup>

En consecuencia ¿qué entiende Zalamea por arte testimonial?, ¿cuál es la diferencia con el arte comprometido? El crítico aclara que lo testimonial deviene de un compromiso voluntario o si se quiere inconsciente del artista. Es decir, es algo gratuito que no espera alabanza ni mucho menos compensación, “no pagadero en especies negociables ni en cuotas de poder, ni derivado de imposiciones políticas, sociales o de cualquier otra naturaleza”.<sup>741</sup> El solo hecho de ser arte, de tener esencia, de tener estilo, ya lo hace testimoniar una realidad, porque el arte no funciona de espaldas al espíritu de la época, pero tampoco convive con ningún poder como lo manifiesta Téllez en “Nadar contra la corriente” y “Faenas menores de la cultura”. Precisamente ahí, en esa alianza con los mecenas, gobernantes, amigos o clientes, que desean que el artista exprese un determinado sentido, es donde el arte se vuelve comprometido, comprometido con una estética dominante y una causa a seguir y, según Zalamea, es un “arte vendido”, más que comprometido.<sup>742</sup>

Téllez también aborda este asunto del arte testimonial y comprometido, pues a pesar de sus esfuerzos por desligar al arte de la filiación política, reconoce que no existe el artista puro, porque éste intrínsecamente está atado a su medio social y a sus circunstancias históricas. Desde esta condición su arte, revelará, testimoniará y denunciará. Sin embargo, no basta con testimoniar los hechos, para que el artista y la obra literaria se entronicen dentro de la sociedad. Se necesita, una vocación, una cultura y un estilo para que la obra trascienda por sí misma, independiente del contenido ideológico y de compromiso.<sup>743</sup>

Cabe señalar que a pesar de las críticas que Zalamea recibió por su petulancia y su pertenencia a la élite, fue más vocero del pueblo y estuvo más cerca de éste que Sanín Cano y Téllez. Sus informes durante el gobierno de López reflejados en *El departamento de*

---

<sup>740</sup> Zalamea, 1978, *LPA*, p. 792.

<sup>741</sup> *Ibíd.*, p. 795.

<sup>742</sup> *Ídem.*

<sup>743</sup> Esto lo manifestó Téllez en los artículos: “Pamplinas” y “Literatura y testimonio”. Recogidos en Cobo Borda, 1979, pp. 341-342; 455 (1954).

*Nariño: Esquema para una interpretación sociológica* (1936),<sup>744</sup> *La industria Nacional* (1938)<sup>745</sup> y *La educación en Colombia* (1938),<sup>746</sup> revelan ese acercamiento que tuvo con la geografía nacional y con la realidad social. Él viajó dentro de la Comisión de Cultura Aldeana para conocer según sus propias palabras, las regiones que ignoraba el país. Además lideró, durante algunos de sus exilios, voluntarios e impuestos, reuniones socialistas en Rusia, Pekín y China. Para Zalamea, los problemas fundamentales de la cultura, más que de orden ideal, son de índole social y esos problemas son consecuencia de la tenencia de la tierra –por eso cree en la reforma agraria de López–, y la explotación del trabajador antes de la aparición del mercado capitalista y después de él. Por eso en la carta de 1933 le asestó un golpe tan fuerte a la generación del Centenario, a quien acusaba de haber perpetuado el señorío en la posesión de la tierra y fomentar durante años “una casta señorial que no pasará del medio millón pero que se da el lujo de vivir de espaldas a los siete y medio millones restantes”.<sup>747</sup>

Esta generación tuvo en sus manos el destino del país, y por orgullo hacia las “razas” súper blancas y el desprecio del negro y el indígena, entregó un Estado artificial que trató de enmascarar con más errores, ofreciéndole al pueblo un “banquete de cultura”: un revoltillo de conocimientos y de benevolencia que patentizaron [ellos].<sup>748</sup> Contrario a Téllez, Zalamea no considera que a la masa se le dé lo esencial porque no está preparada para aprender o disfrutar del goce contemplativo del arte. Eso es minimizarla y ofrecerle el “revoltillo de conocimientos”. No obstante, tampoco cree que el artista nace por generación espontánea, no todos los seres humanos tienen la capacidad de creación, es algo limitado. Pero también es el producto y el resultado de facultades cultivadas por un medio social que posibilita la manifestación de actividades intelectuales y espirituales. Porque:

Un pueblo económicamente enfermo no puede producir cultura; si ya la tenía, la pierde, si carecía de ella, jamás estuvo tan lejos de alcanzarla [...]. La cultura de los pueblos, no se

---

<sup>744</sup> Estudio compuesto por: La tierra, el hombre, el hombre y la tierra, el hombre ante la vida. Recogido en, Cobo Borda, 1978, pp. 59-131.

<sup>745</sup> *Ibíd.*, pp. 135-185.

<sup>746</sup> Allí habla de: la escuela primaria, el problema de los maestros, los restaurantes escolares los métodos de enseñanza y el material escolar, las escuelas complementarias, las artes y oficios, los maestros ambulantes, la comisión de cultura aldeana y el profesorado universitario. Ver: Zalamea, 1978, pp.626-646.

<sup>747</sup> Zalamea, 1978, *LPA*, p.39.

<sup>748</sup> *Ibíd.*, p. 40.

hace con doctrinas filosóficas mejor o peor traducidas del alemán ni con primores literarios mejor o peor adaptados del francés; la cultura se hace independizando económicamente al hombre, haciéndolo responsable de su vida y propiedad, dándole ocasión de que gobierne su casa propia. Se crea cultura cuando se crea una escuela en que el hombre de la tierra aprenda a ser dueño de ella, a hacerla producir y a defenderla del abogado, de la especulación y de la guerra.<sup>749</sup>

El pensamiento crítico-intelectual de Sanín Cano se desenvuelve por estos mismos cauces de justicia social, mayoría de edad y relación de lo nacional con lo universal. No obstante, a diferencia de los dos anteriores y debido a que no practicó de modo directo una militancia política sus estrategias con respecto a la transmisión de la cultura se fundamentaban más en un enfoque pedagógico. No en vano su formación educativa en Rionegro (Antioquia) culminó con el grado de normalista, función ejercida en algunas instituciones de Titiribí y Medellín y, luego, como rector de la Universidad del Cauca en Popayán. Mientras Téllez y Zalamea, produjeron algunas obras literarias de ficción, Sanín sólo dio a conocer su pensamiento a través del ensayo y los numerosos artículos periodísticos que circularon en diarios y revistas nacionales e internacionales. Más que informar, su tarea principal fue divulgar lo propio y lo extranjero, generando diálogo a partir de la crítica literaria. En este sentido también fue un fuerte opositor del dogmatismo en la cultura y al igual que Zalamea y Téllez, cuestionó sin ambages la tradición hispanista ultraconservadora de Caro y el conservatismo en general. Cabe aclarar que no desconocían las fuentes nutricias de la cultura y la civilización colombiana, pero sí resaltaban el oscurantismo y el dogmatismo de las letras españolas.

Desde 1894 en “De lo exótico”, texto que se publicó por primera vez en la *Revista Gris* de Max Grillo, Sanín Cano hizo explícitas sus razones de porqué cuestionaba la mentalidad tradicionalista de Colombia arraigada en un culto excesivo hacia el idioma y las formas españolas. Aunque en aquel, en esencia, hacía una crítica al temor de los estudiosos con respecto a las influencias extranjeras que entraban a “contaminar” a veces las culturas en detrimento de la conservación purista que a toda costa se quería mantener, Sanín aprovecha y desarrolla su idea de lo “exótico” para plantear este término en un sentido

---

<sup>749</sup> *Ibíd.*, p. 44.

innovador; algo así como el “tráfico intelectual que se activa”<sup>750</sup> a través del contacto que las ideas y los pueblos establecen entre sí en materia de arte y literatura. Lo “exótico” para Sanín, representa el concepto mismo de modernidad. El crítico considera que la cultura de una civilización no se debe quedar en la “estrechez de miras” de la parroquia, por eso cree en lo nacional con relación a lo universal. Dada su larga vida y su constante condición de viajero por diversos países del mundo, pudo constatar desde todas las latitudes los efectos benéficos o nocivos de ese tráfico intelectual.

La situación en Colombia era deprimente: en 1912 a raíz de la muerte del polígrafo español Marcelino Menéndez y Pelayo, “la patria se cubrió de luto” y desde la Academia Colombiana de la Lengua, el crítico literario hispanista Antonio Gómez Restrepo, habló de la calamidad que esto significaba. Expresó con hondo sentimiento cómo “sintió en el alma la invasión de las sombras de la noche y la impresión del frío que producen las ráfagas inclementes del invierno”.<sup>751</sup> Agregó que “ha sufrido el sol eclipse en los dominios espirituales de Castilla”.<sup>752</sup> Si bien, estos breves fragmentos ilustran la retórica vehemente y empalagosa de la época, también señalan precisamente, lo que el crítico antioqueño cuestiona: una reverencia sin par por las formas españolas que se quedaron detenidas en el tiempo porque les dio temor evolucionar, y un sentimiento exacerbado de rechazo hacia todo lo que no es hispano. De ahí se desprende, como ya se había observado, la negación de Sanín hacia la España encarnada en Menéndez y Pelayo y Juan Valera, defensores a ultranza de la pureza, con sus inmediatos seguidores en Colombia como Caro y Gómez Restrepo, entre otros.

Vale entonces aclarar, que Sanín no desdecía de la influencia del Siglo de Oro español, a cuyos poetas, dramaturgos y novelistas había leído; incluso, era conocedor y admirador de algunos miembros de la Generación del 98; lo que para él era inadmisibles, era que se perpetuara una tradición que necesitaba beber en otras fuentes como la alemana y la inglesa. La renovación y las formas nuevas son necesarias, los tradicionalistas españoles y

---

<sup>750</sup> “De lo exótico”, fue publicado por primera vez en 1894 y luego recogido en Sanín Cano, 1977, *Escritos*, p. 344.

<sup>751</sup> Sanín Cano, 1977, *Escritos*, p. 561.

<sup>752</sup> Ídem.

colombianos se oponían a ellas.<sup>753</sup> Sin embargo, Sanín Cano también cayó en el extremo de negar las bondades de la tradición, perdió la perspectiva del influjo propio y que, pueblos como el colombiano, se habían construido espiritual y culturalmente a partir de España, no se podía empezar de cero. Además la tradición se revalida y reactualiza, no se destruye completamente. Parte del error de Sanín fue no ver esto.

Aunque Zalamea no aprobó tampoco el hispanismo retrógrado que denuncia Sanín Cano, su filiación con España tiene lazos afectivos más fuertes. En primera instancia porque la estadía en este país le permitió nutrirse de la modernísima vida literaria representada en la Generación Universitaria y, en segundo lugar, por la amistad fraternal que mantuvo con García Lorca hasta la muerte de éste en la Guerra Civil Española de 1936. Producto de sus viajes por España y Francia finalizando la década del veinte, publicó en 1941, *La vida maravillosa de los libros*, ensayo crítico-literario en el que señala las influencias mutuas de ambas naciones. Cuando España cae en el oscurantismo en el siglo XVIII, vuelve sus ojos a Francia y a la ilustración de Napoleón y a los Borbones, efecto que también se sentirá en las colonias hispanoamericanas. Zalamea fue lector de: Tomás de Iriarte, Félix de Samaniego, Manuel José Quintana, Pedro Calderón de la Barca, José Zorrilla, Emilia Pardo Bazán, Benito Pérez Galdós, Gustavo Adolfo Bécquer, Mariano José de Larra y Juan Valera, pero es sobre todo admirador de la Generación del 98.<sup>754</sup> Le llama la atención, que muchos de los asuntos y discrepancias presentados en esta generación también se cumplen para las generaciones colombianas. Por ejemplo, la del 98 no era homogénea en fines e ideas: una parte de sus miembros encabezada por Unamuno, Baroja,

---

<sup>753</sup> Dentro de esos feroces opositores se encontraba Miguel Antonio Caro, para éste, “el pensamiento moderno, más que en sus consecuencias tecnológicas, debía ser comprendido y combatido en su principio radical: el individualismo y la aspiración a la autonomía de la razón. En su origen, lo moderno se identifica con la reforma protestante, de donde proviene la idea de privilegiar el juicio privado y de someter al arbitrio de cada individuo las cuestiones más universales que debieran permanecer al abrigo de motivaciones humanas y de opiniones subjetivas”. Su americanismo se medía por el grado de adhesión a la religión católica y la lengua castellana, “es en la tradición y no en la modernidad donde hay que buscar los fundamentos de una identidad cultural hispanoamericana”. Ver Caro, 1951, p. 49.

<sup>754</sup> Los integrantes de esta Generación constituida en 1898 comienzan a reflexionar sobre la decadencia de España como nación, pues para esa época, casi todas las colonias americanas se han independizado. Sin embargo, sus discusiones no giran en torno a lo político sino a lo artístico, con el fin de cuestionar los viejos modelos y pensar en la renovación de las letras.

Azorín, Valle-Inclán, los Álvarez Quinteros, Gabriel Miró y Ramón Pérez de Ayala, “Quieren que España continúe vuelta de espaldas a Europa”.<sup>755</sup>

Por el contrario, el grupo de Blasco Ibáñez, Jacinto Grau, José Ortega y Gasset, Eugenio D’Ors y Jacinto Benavente, querían “desprovincianizar” a [España], ponerla culturalmente al día, haciéndole recuperar de una vez los largos siglos de oscurantismo [...] romper el aislamiento español y llevar a la Península la experiencia y los frutos del racionalismo europeo”.<sup>756</sup> Esto le recuerda precisamente la discusión entre tradicionalistas y modernos que se estaba dando en Colombia. En cuanto a los fines que perseguía Zalamea, se identificaba más con Ibáñez, Benavente, Grau, D’Ors y Ortega y Gasset, porque

[...] deseaban la restauración del prestigio intelectual de su patria mediante los elementos nacionales [querían] una España concertada al movimiento europeo, una España de fronteras abiertas, permeable a la influencia francesa y alemana, modernizada por el racionalismo, curada de sus vicios dogmáticos y de sus prejuicios fantásticos por el conocimiento experimental.<sup>757</sup>

Al igual que Sanín, considera que la cultura de los pueblos debe renovarse bajo el influjo de otras fuentes que permitan la ampliación de fronteras culturales, hacia adentro y hacia afuera.<sup>758</sup> Pero contrario a Sanín, Zalamea si cree que se debe volver a España, no desde la tradición sino desde la modernidad. Como crítico literario vio las bondades y falencias del modernismo y, básicamente, en este período fue donde Colombia cuestionó más a España y se separó de su literatura, influencia que inmediatamente se trasladó a Francia, a su simbolismo y parnasianismo. Hace un llamado para recuperar los nexos espirituales con España, un poco en oposición a la estridencia de vanguardias como el

---

<sup>755</sup> Zalamea, 1978, *LPA*, p. 230.

<sup>756</sup> Ídem.

<sup>757</sup> Zalamea, 1978, *LPA*, p. 234.

<sup>758</sup> En 1944 Zalamea es designado como embajador de Colombia para que asista a la conmemoración de la República Española, allí manifiesta su solidaridad irrestricta con las vicisitudes que ha vivido España durante las dos guerras mundiales y la Guerra Civil del 36. Este un fragmento de su discurso, del cual se desprende la retórica aduladora de la época más el sentimiento del crítico hacia España: “Por haber recibido de España lección y lengua; por haber vivido en ella y haberle ganado el amor que me sustenta y el hijo que me corrobora; por haber comido su pan ancho y bebido su áspera sangre; por haber aceptado la paternidad de sus ingenios, el ejemplo de sus héroes, la enseñanza de sus estoicos, el fervor de sus místicos; por haber mirado como mías, en propiedad de amor, las calcinadas llanuras de Castilla, los olivares y las marismas andaluzas, las costas y los montes de Cataluña, los caseríos vascos, los dulces ríos de Galicia, mi corazón se sobrecoge y se espanta mi entumescimiento al pensar que semejante patria pudo ser hurtada a millares de sus hijos y éstos desparramados por el mundo sin otra propiedad y recuerdo que las cicatrices calcinantes del odio y la muerte, del despojo, la crueldad y la injusticia”. Zalamea, 1945, p. 8.

creacionismo, el ultraísmo y el estridentismo.<sup>759</sup> Por eso celebra los propósitos de Piedra y Cielo, jóvenes poetas colombianos que

[...] como sus hermanos mayores de España, creyeron que para renovar la poesía castellana no era indecente ni tonto volver a las fuentes inexhaustas de Garcilaso y Góngora, de Soto de Rojas y Calderón, de Lope y Boscán, de Bécquer y Juan Ramón Jiménez, y que, para contrarrestar la anarquía del versolibrismo y rescatar la belleza cautiva en los rechinantes cepos de estridentistas y futuristas, no era errado camino restaurar el imperio, tan dulce como tiránico, de las eternas normas poéticas.<sup>760</sup>

Se hace evidente aquí su crítica contra el modernismo expresado en términos artificiosos y retóricos. Señala Jiménez Panesso que para Zalamea, “la literatura moderna se expresa en una forma que no llega al pueblo o en la que éste no se reconoce”.<sup>761</sup> Lo cual no contradice su idea de mirar la literatura moderna de España, es decir, la propiciada por Lorca y algunos de sus miembros, como ya se anotó. Una cosa es el tradicionalismo a ultranza, negado y cerrado al cosmopolitismo y otra producir una literatura con artificios retóricos que solo la entiendan unos cuantos. Sin embargo, aquí también está su contradicción como escritor, pues su escritura se inscribe dentro del barroquismo americano, tendencia que le critica Araujo por hacer precisamente una obra plagada de un estilo retórico-artificioso.<sup>762</sup>

Se puede decir, que a pesar de la admiración de Sanín Cano por el crítico danés Georges Brandes, sus filiaciones literarias no se pueden circunscribir a una sola región. Se ha mencionado su cosmopolitismo que arranca desde su larga estancia en Londres y pasa por Edimburgo, Noruega, España, Francia, China, Rusia, Italia y parte de Latinoamérica, por señalar algunos de los países que visitó. Zalamea se emparenta con España, Inglaterra y Francia de donde sale su adhesión completa a la figura de Saint John Perse, poeta que tradujo y comentó en innumerables trabajos sobre su obra. Téllez por el contrario, tuvo una

---

<sup>759</sup>Estos movimientos estéticos de vanguardia surgidos todos en los comienzos del siglo XX, pretendieron renovar y hacer más experimental la manera como se venía haciendo la poesía; algunos incluso, como el creacionismo se volvieron un poco crípticos, al plantear un “álgebra del lenguaje poético”, por su parte, el ultraísmo nació como una seria oposición al modernismo y una de sus características era eliminar la rima. Cabe anotar que los estridentistas dan cabida a lo popular y a las masas en su concepción y elaboración literaria.

<sup>760</sup> Zalamea, 1940, pp. 169-180.

<sup>761</sup> Jiménez Panesso, 1992, p. 184.

<sup>762</sup> Araujo, 1974, pp. 524-555.

sola filiación literaria representada en la quintaesencia de la literatura francesa y encarnada de manera indiscutible en el escritor Marcel Proust, amén de otros como: Gide, Valéry, Mauriac, Claudel, Giraudoux, Julián Green y Thibaudet. Su amor absoluto hacia la cultura francesa y cierto desprecio hacia la herencia de la cultura española, lo llevaban a hacer comparaciones en las que indefectiblemente cualquier otra cultura, en particular la colombiana, saldrían en desventaja. “Cuando ensalzaba las virtudes de un escritor latinoamericano o colombiano lo ubicaba como un autor europeo a la francesa no a lo hispano. Caso específico de Alfonso Reyes o Germán Arciniegas”.<sup>763</sup>

Bien es cierto que con Sanín y Zalamea, sobre todo con el primero de ellos, coincidía en la sobrevaloración de los beneficios de la herencia cultural española para Colombia. La propuesta intelectual ideológica y retardataria liderada por Caro le parecía deplorable no solo en el campo del idioma, la religión y la raza, sino también en la concepción que se tenía de humanismo. Un humanismo que no avanzaba, al que le faltaba libertad de espíritu y mentalidad democrática. Como Zalamea, opinaba que en una sociedad, en la que la miseria económica y el analfabetismo de la mayoría imperan, “mal podría influir un supuesto humanismo, patrimonio exclusivo de un grupo privilegiado que ni siquiera alcanza a permear el desarrollo de la literatura colombiana”.<sup>764</sup> Agregó con respecto a la valoración crítica de la tradición colombiana, hispanoamericana y española que; “somos un pueblo feo, católico y sentimental, sectarios, sentimentales y supersticiosos, no es que la razón haya sido destronada entre nosotros, es que jamás ha sido instaurado su imperio”.<sup>765</sup>

Cabe entonces decir que tanto Téllez, quien también cayó en cierto extremismo; como Sanín Cano, se dedicaron a ver lo de afuera, aun conociendo las condiciones culturales colombianas, mientras Zalamea fue quizás más consciente de esa realidad colombiana que le demandaba denunciarla a través de su obra, de su revista *Crítica* y de la actitud contestataria asumida en los gobiernos de Ospina Pérez y Gómez.

---

<sup>763</sup> Jiménez Panesso, 1992, p. 230.

<sup>764</sup> *Ibíd.*, pp. 229-232.

<sup>765</sup> *Ídem.*

### **Encuentros y desencuentros de los tres críticos sobre la literatura colombiana y la literatura universal**

Sobre Sanín Cano, Zalamea y Téllez generalmente se ha pronunciado el mismo calificativo: “extranjerizantes”. Con diversos matices de significación para cada uno de ellos y, básicamente, aquilatado por sus detractores, o por quienes no supieron entender su universalidad y su manejo de lenguas, pues la mirada de quienes los acusaban de “antinacionalistas”, se hallaba concentrada todavía en España e, incluso, en la creciente influencia norteamericana. Puede haber algo de verdadero en la apreciación esnobista que no sin razón muchas veces generaron en sus coetáneos. Sabían varias lenguas, sobre todo Sanín, hablaban de autores poco conocidos en el medio o al menos no leídos, traducían obras y autores de diversas comarcas lingüísticas y ejercían la crítica literaria con un arsenal enciclopédico tan vasto, que pocos se les oponían desde las ideas, no así, desde la filiación partidista o la imputación demoledora. No obstante, también fueron valorados y entronizados por mentes abiertas que reconocieron su magisterio, su compromiso y su calidad intelectual.

Si bien los tres centraron gran parte de su atención en hablar de lo foráneo, injusto sería reconocer la labor que como divulgadores y críticos cumplieron con relación no sólo a la literatura sino a la cultura colombiana en general. Su gran preocupación siempre se orientó hacia el estado de miseria económica y espiritual en que se hallaba el pueblo colombiano a razón de las controversias políticas y la dominancia exclusiva del clero en materia de educación. Por eso, aunque creían en las bondades de la modernidad e hicieron todo lo posible para propiciarla, al final el balance de sus últimos escritos arrojó el desencanto de la falacia del progreso medido únicamente en términos técnicos y económicos en pro del avance del capitalismo y el deterioro de la vida espiritual. Ingenuamente ellos creyeron que la desorganización del país en materia política, económica y cultural se podría solucionar con estrategias modernas sustentadas en la ciencia y la secularización de los órdenes establecidos. El hombre culto, afirma Zalamea es “aquel que logra poner en paz la realidad del universo con las aspiraciones de su espíritu”,<sup>766</sup> y esto lo

---

<sup>766</sup> Zalamea, 1978, *LPA*, p. 618.

dijo defendiendo las políticas de López Pumarejo, cuya aspiración al subir a la presidencia era procurar la modificación del estilo y tono de vida de los colombianos.

López ambicionaba barrer la falsa cultura que obstruía los ámbitos del país, para poner en su lugar esa cultura auténtica que se deriva del conocimiento exacto de las cosas y de su adecuado manejo y superación.<sup>767</sup>

Téllez también aludía a este tipo de obstáculos derivados de una cultura dogmática e inauténtica y era radicalmente crítico y realista con la falsa idea de la “Atenas suramericana”, por supuesto, que como ya se ha señalado, también cayó en el extremo de denigrar lo propio en comparación con Francia.

En 1932 se publicó el libro de ensayos *Crítica y arte*<sup>768</sup> de Sanín Cano, en el cual abordó desde autores extranjeros como Huxley, Shaw, O’Neill e Ibsen,<sup>769</sup> hasta poetas, ensayistas y críticos como: Camilo Antonio Echeverri, Guillermo Valencia, Rafael Maya, Armando Solano y José Carlos Mariátegui. Precisamente en “A manera de excusa”, prólogo a dicho texto, Sanín se excusaba por los trabajos de crítica personal incluidos allí, según él, porque los críticos colombianos lo inculpan del estudio de autores extranjeros en detrimento de obras y autores colombianos, y esa es una “cómoda y a un tiempo peligrosa manera de cambiar la nacionalidad”.<sup>770</sup> Con la diplomacia y el humor negro con que

---

<sup>767</sup> Ídem.

<sup>768</sup> Recogido en Sanín Cano, 1977, *Escritos*, pp. 215-312.

<sup>769</sup> Los ensayos que Sanín Cano dedica a los autores extranjeros son verdaderamente reveladores, no solo porque los da a conocer desde la crítica que hace sobre sus obras, sino por esa fina percepción de conocimiento, filología y sentido común que ponía en sus análisis. En: “Aldous Huxley, o la idolatría de la vida”, se describe a sí mismo a través de los juicios emitidos en este escritor, al que considera un cosmopolita pero no un amante de la vida moderna –que por esa época ya había desencantado a muchos–, y señala que Huxley considera la moral como un producto del terror para someter y coartar, algo con lo que Sanín está perfectamente de acuerdo. “Eugenio O’Neill, el predestinado” e “Ibsen, o el carácter”, le sirven para mostrar no solo la renovación del teatro europeo por estos dos dramaturgos, sino la manera cómo se oponen a la moral convencional y critican una sociedad que se revuelca en el artificio, la hipocresía y la simulación. Ambos son influenciados por otros dos grandes literatos europeos: Joyce y Chejov. Si en el orden de la crítica literaria fue influenciado por Taine, Brandes y Saint-Beuve, quedándose finalmente con los postulados de Brandes, por ser más abiertos y universales; no podía faltar su admiración por el inglés Fitzmaurice-Kelly, que llamó la atención de Sanín, por su sobriedad en los juicios y la independencia intelectual con la que los ejerció. Además de Kelly, fue uno de los primeros críticos en incluir las letras americanas y colombianas en un estudio sobre la literatura. Señalando lo que también hizo Pedro Henríquez Ureña en *Historia de la cultura en la América Hispánica* y en *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, esto es, el influjo que de América llegó a España y que fue negado y desconocido por sus historiadores y críticos. Tema que aborda Germán Arciniegas en su libro, *América en Europa*. Stefan Zweig, Mark Twain, T. S. Elliot y Goethe, entre otros. Cfr. *Escritos*, 1977, pp. 215-312 y Morales Benítez, 2003.

<sup>770</sup> Sanín Cano, 1977, *Escritos*, p. 215.

acompaña sus comentarios, Sanín explicaba que la predilección por autores extranjeros se debe a su “capacidad juzgadora tardía”, esto es, que él necesitaba tiempo y maduración para elaborar el proceso crítico. No es de los que leen en la mañana y en la noche ya el artículo está listo para publicar al día siguiente. La formación de un concepto no puede surgir de la inmediatez del juicio, es necesario estudiar la vida y la época del escritor y, en lo posible, leer otras obras suyas para establecer comparaciones, diferencias y evoluciones.<sup>771</sup> Agregó:

Acontece además que, en materia de juicio sobre trabajos de la inteligencia ajena, la mía adolece de una enfermedad que en los ojos del cuerpo lleva el nombre de presbicia. Veo de lejos menos mal que de cerca. Se necesita de la perspectiva histórica y de alguna distancia en los paralelos geográficos para juzgar las obras literarias. Se goza, además, de libertad completa y de absoluta independencia de criterio hablando de autores extranjeros. Cuando a Fitzmaurice-Kelly le argüían que no siendo español carecía de competencia para juzgar las obras de escritores castellanos, respondía: “conozco la lengua, he vivido seis años en España, he leído varias veces los clásicos; no soy español, no tengo compromisos de camaradería ni de cenáculo con los españoles. Mis juicios tienen por lo menos la posible garantía de independencia y de imparcialidad”.<sup>772</sup>

Revelaba su método crítico en la manera cómo analizaba y juzgaba a las obras y a los autores, juicios en los que se plasma la concepción crítica desde la independencia y la idoneidad que maneja Sanín.<sup>773</sup> Por ejemplo en “Bernard Shaw, o el sentido común”, resalta esta cualidad apoyada sobre una amplia base de conocimientos generales, que va acompañada del valor de pensar por cuenta propia y por tanto expresar el pensamiento con toda libertad, sin temor al desprestigio entre los lectores y la deslegitimación de los gobiernos. “El sentido común es la atmósfera respirable de la inteligencia [y] lo raro en la historia natural de [este sentido] es que no siempre va unido al talento y es muy frecuente hallarlo desvinculado del genio”.<sup>774</sup> Para Sanín Cano la inteligencia no es un cúmulo de

<sup>771</sup> Cfr. Sanín Cano, 1977, *Escritos*, pp. 215-216.

<sup>772</sup> Sanín Cano, 1977, *Escritos*, pp. 216-217.

<sup>773</sup> En la tipología del ensayo crítico literario caben los escritos: “Nietzsche y Brandes”, “Shakespeare amenazado”, “Jorge Brandes”, “Marinetti”, la nota “A manera de excusa”, “Aldous Huxley o la idolatría de la vida”, Bernard Shaw, o el sentido común”, Eugenio O’Neill, el predestinado”, Camilo Antonio Echeverri o un humorista frustrado”, Guillermo Valencia o el modernismo”, Rafael Maya o la pasión estética”, “¿Existe una literatura hispanoamericana?”, “La conciencia de una raza”, “Verso y prosa”, “Rafael Núñez”, “Eugenio Díaz”, “El modernismo”, “José Asunción Silva; Guillermo Valencia”, “Tomás Carrasquilla”, “Un maestro de la paradoja (Chesteron)”, “Tres libros: un síntoma (Connolly, Isherwood, Evelyn Waugh)”, “Lo trágico cotidiano”, “Rubén Darío”, “Thomas Mann, premio Nobel”, “Luis Carlos López” y “Ocaso de la crítica” Urriago Benítez, plantea tres grandes macrotemas desde los que se podría estudiar la obra de Sanín Cano: 1) La lectura, la literatura y la crítica literaria, 2) La civilización Occidental, el progreso y el humanismo y 3) La nacionalidad, el hispanismo y el universalismo crítico. Ver Urriago Benítez, 2007, p. 75.

<sup>774</sup> Sanín Cano, 1977, *Escritos*, pp. 229 y 230.

conocimientos enciclopédicos, con los cuales generar estupor en los otros a través de la verborrea retórica. La inteligencia se construye y aquilata, por eso su énfasis pedagógico en transmitirla de manera que otros puedan entenderla. El análisis de Shaw le sirve para diferenciar entre crítica y polémica:

La diferencia entre [la crítica y la polémica] estriba en que el crítico busca la verdad desapasionadamente, y el polemista, en el mejor de los casos, está seguro de poseerla o de haberla encontrado, convicción que le impone el deber de defenderla [...]. La etimología misma de las dos palabras señala el abismo que media entre sus significados. Crítica viene de *cerno*, en griego *krino*, que significa *juzgar, discernir, pensar, examinar*, en tanto que polémica tiene su origen en una palabra griega equivalente a *guerra*. En guerra no se busca la verdad: se la defiende; y si se llega a probar durante la contienda que es un error lo que se tenía por verdadero, la obligación de defenderlo no cesa. El soldado (*polemistés*) no tiene derecho de razonar; su oficio excluye el ejercicio de la facultad deliberante. Puede a lo sumo, como jefe o director de la guerra, escoger entre dos maneras de dañar al enemigo o de eludir o rechazar sus ataques; pero le está prohibido analizar las razones por las cuales se ha ido a la guerra y nunca podrá aceptar que él y su patria o su partido estén en un error.<sup>775</sup>

No obstante el mote de “extranjero” y “aclimatador de novedades” adjudicado por sus detractores, Sanín, como ya se vio en su semblanza biográfica, abordó temas colombianos, nacionales, políticos y educativos, amén de otros con relación a Colombia y Latinoamérica. No sólo le dio su verdadero lugar a Rubén Darío, Silva y Valencia como gestores del modernismo; también habló de Carrasquilla, Eugenio Díaz, Luis Carlos López y Barba Jacob, por mencionar unos cuantos, que no entraban en el canon de la literatura colombiana: Carrasquilla y Díaz porque se quedaron en la clasificación reduccionista de obra “costumbrista” y López y Barba Jacob por encarnar la figura de poetas disidentes y contestatarios con el medio de “literatura de viñeta” colombiana. En el ámbito latinoamericano habló de escritores como Lugones, Mariátegui y Arciniegas y con respecto a España, le impresionaron las lecturas de Azorín, Galdós, Pardo Bazán y, por supuesto, Cervantes.

*Letras colombianas* (1944), continúa la propuesta crítica de *Crítica y arte*. Sin ningún tipo de halagos o difamación, valora los aportes colombianos en la construcción de una literatura nacional propia al tiempo que revela sus falencias y obstáculos. Es cierto, que como señalan algunos de sus críticos, le faltó más hondura y sistematización, pero es que Sanín no se caracterizó por ello en la elaboración de sus textos. La mayoría de sus escritos

---

<sup>775</sup> *Ibíd.*, p. 232.

fueron recogidos y propuestos por amigos de editoriales nacionales y extranjeras que quisieron publicar su obra para que no se perdiera en la dispersión.<sup>776</sup> Su curiosidad intelectual era de tal avidez que no se detenía a revisar o a replantear ideas. Uribe Ferrer, prologuista de la segunda edición del libro, observa que *LC* no entrega muchas claves de interpretación histórica; sin embargo, es un intento serio por reseñar cuatro momentos claves en la historia de la literatura colombiana, comenzando desde “La Literatura en la Colonia”, “El nacimiento de una conciencia americana”, “La literatura en la República” y “El modernismo”;<sup>777</sup> lo que revela un conocimiento y lectura de las obras y autores colombianos. Sus comentarios sobre Pombo, Isaacs, Marroquín y Fallón, tal vez no se explayen en la enumeración y prolijidad dedicada a otros escritores extranjeros, pero él mismo ya lo había aclarado desde 1932: necesitaba distancia y evolución literaria del autor para poder emitir un juicio justo. En el caso de Silva, anotaba que era un gran poeta, pero que murió muy joven para haber completado su obra desde la madurez. Este trabajo en *LC*, no sólo describe el proceso de la toma de conciencia y discernimiento de la paulatina ascensión de las letras nacionales, también permite contrastar los orígenes e influencias extranjeras para ir aquilatando la personalidad mental y de mayoría de edad de la literatura colombiana.<sup>778</sup>

El método crítico de Sanín va desplegando múltiples posibilidades de interconexión e intertextualidad en las obras colombianas. Su cercanía con Silva y Valencia lo enlazaron con otras latitudes literarias que el crítico apenas estaba explorando. Recuérdese que él arribó a Bogotá por primera vez en 1885, todavía no había salido del país, escasamente de Rionegro, sin embargo, ya su formación autodidacta había arrojado valiosos frutos que compartió con éstos. Nietzsche, Darwin, Schopenhauer, Taine y Comte, de los cuales

---

*Letras colombianas* fue publicada en México en 1944. Está recogido en *Escritos* (1977) y en *El oficio de lector* (1989).

<sup>777</sup> En el ensayo “El modernismo”, habla del nacimiento de esta corriente de renovación literaria en América, entre 1880 y 1890, anotando que nace de una “tendencia general de la hora, en el espíritu de los hombres de letras, a encontrar inéditas formas de expresión que concordaran con los cambios de pensamiento”. Sanín Cano, *LC*, 1984, p. 165. Es decir, la labor de Sanín Cano como divulgador cultural y como analista de todo lo nuevo que se gestara dentro y fuera del país, no podía estar ajena a la importancia de lo que significó el Modernismo como movimiento literario y la Modernidad como afán constructor.

<sup>778</sup> En el ensayo, “Giovanni Papini y la cultura Iberoamericana”, crítica fuertemente a este ensayista italiano por desconocer lo que América ha dado a Europa. Cuestiona la miopía de Papini, habla de la pobreza cultural que España legó a Colombia y defiende las condiciones y logros culturales de América. Sanín Cano, 1977, *Escritos*, pp. 519-526.

extraía una teoría que le ayudara a fundamentar la suya propia, a replantearla y a expandirla.<sup>779</sup>

En diálogo con Téllez sobre el tema de la crítica, publicó en el diario *El Tiempo* en 1946, un texto titulado “La crítica en Colombia”,<sup>780</sup> que Sanín Cano dirigió a manera de carta a Téllez. Allí Sanín –lector de las columnas que sobre el tema ha publicado el periodista–, le manifiesta su admiración por la altura y solidez de sus juicios, pero le dice que no se preocupe tanto de que no existan críticos, que aún en ausencia de ellos las obras de arte han sobrevivido y se han explicado a sí mismas. Y es que Sanín, también se movía a veces en juicios contradictorios, o quizás, simplemente reevaluaba a la luz de la evolución de los acontecimientos en Colombia, su posición con respecto a la crítica y los críticos. En “Ocaso de la crítica”,<sup>781</sup> publicado en 1939 en la *Revista de las Indias*, coincidía con la gente de letras, lectores, críticos y simples ciudadanos en que no había críticos verdaderos en el país. Lo cual para él, tenía fundamentos de hecho, causas de valor sociológico y de reserva personal.

Argumentaba lo que Téllez en “Azares y perplejidades de la crítica”:<sup>782</sup> Los críticos en Colombia son escasos porque entre otras razones, la existencia literaria de esta nación no llega a dos siglos y eso hace que el oficio en el medio sea rechazado y no comprendido. Para ambos críticos, la crítica supone una extensa y profunda tradición literaria y artística en el medio donde se ejerza. Además, pueblos como Colombia, carecen de escasos cultores en el estudio de las humanidades y la filología, parte fundamental del bagaje literario. Debido a esto no es “posible establecer una tabla de valores estéticos que permitan relacionar con mayor o menor acierto los nuevos aportes”.<sup>783</sup> Téllez y Sanín señalaron además, la prevención con respecto a la labor ingrata de la crítica, pues el número de lectores es poco y lo manifestado sobre una obra o escritor “puede lastimar sentimientos

---

<sup>779</sup> Sobre este tema en Sanín Cano ver: Uribe Ferrer, 1984, pp. I-XXV; Jiménez Panesso, 1992, pp. 75-124; Morales Benítez, 2003; y Urriago Benítez, 2007, pp. 76-83. (En línea)

<sup>780</sup> Sanín Cano, 1989, *El oficio de lector*, pp. 342-346.

<sup>781</sup> Sanín Cano, 1989, *El oficio de lector*, pp. 293-297; *Escritos*, pp. 727-733.

<sup>782</sup> Téllez, 1980, pp. 179-182.

<sup>783</sup> Téllez, 1980, p. 179.

respetables y suscitar enemistades duraderas como la vida”.<sup>784</sup> Lamentablemente, la crítica literaria nacional se encontraba “fatalmente debilitada por una noción de compromiso amistoso”,<sup>785</sup> en otras palabras:

Las amistades personales, por una parte, y el espíritu de grupo o de generación, por otra, invalidan el posible rigor y la deseada justicia en el análisis de la obra ajena [...]. En estas naciones de cultura incipiente suele ser común entre las calidades constitutivas del espíritu la irritabilidad. Una obra de arte literaria o de cualquiera otro género cuyo sentido o cuyo desempeño pugna parcialmente o en su totalidad con el gusto o con el mal gusto del observador, suele provocar en éste verdaderos estallidos de cólera. Tal es la educación en estas comarcas, donde la crítica no prospera porque pugna con la tranquilidad del individuo y puede lastimar el curso del orden social.<sup>786</sup>

Cabe aclarar que Téllez también se contradijo, si bien es cierto que la ausencia de tradición literaria no dejaba prosperar la crítica colombiana en los términos de avance y modernidad, también lo era, que Téllez señalaba que la tradición desde la cual se juzgaba las obras literarias colombianas es la occidental, básicamente España; y, en este sentido la obra se compara siempre con los modelos extranjeros, pero ¿acaso no hace Téllez lo mismo al tener como rasero la literatura francesa? Sanín le señaló el polo a tierra al manifestarle que la crítica responde más a un procedimiento de comprensión, análisis y explicación sin pretender alabar o demoler las obras desde un punto de vista personal o en relación con literaturas de más larga trayectoria. Conocer otros idiomas y otras literaturas permite juzgar con más amplitud de pensamiento, además de poner en diálogo la cultura para descubrir las influencias y las relaciones complejas que se tejen en torno a ellas, no está de acuerdo con la imitación servil, pero cree en las coincidencias estéticas que generan constitución de corrientes literarias.<sup>787</sup> No obstante Téllez, como señala Jiménez Panesso,

[...] estaba más atento a lo que venía de Europa y murió convencido de la superioridad de la literatura francesa sobre la hispanoamericana desconociendo voces que se venían posicionando, además de Borges al que valoró, estaba Cortázar, Rulfo, etc. Su crítica perseveró hasta el final en la tónica del menosprecio cortés y del desdén matizado que desde el principio fue su distintivo. No hubo una revisión de él mismo sobre sus puntos de vista<sup>788</sup>

<sup>784</sup> Sanín Cano, 1977, *Escritos*, pp. 731 y 732.

<sup>785</sup> Téllez, 1980, p. 13.

<sup>786</sup> Sanín Cano, 1977, p. 732; Téllez, 1980, p. 183.

<sup>787</sup> Este tema lo analiza Sanín Cano en, “Influencias de Europa sobre la cultura de la América Española.” *El oficio de lector*, 1989, pp. 262-274.

<sup>788</sup> Jiménez Panesso, 1992, pp. 238 y 239. Sin embargo, Téllez también leyó a los colombianos, fue uno de los primeros en hablar de la incipiente obra de García Márquez, de la poesía de Álvaro Mutis, de los escolios de Nicolás Gómez Dávila, de Sanín Cano, Armando Solano, Luis Carlos López, Osorio Lizarazo, Germán Arciniegas, Tomás Rueda Vargas, Aurelio Arturo, Héctor Rojas Herazo, Álvaro Cepeda Samudio y sobre

Consecuente con su condición de intelectual y letrado, se enfrentó al dilema de criticar la burguesía y él mismo ser un burgués. A pesar de su amplitud literaria, Téllez se volvió determinista en sus juicios. Con Sanín y Zalamea se identificaba en las desventajosas condiciones históricas y sociales del país, que no daban paso a la madurez del artista, ellos más bien funcionan como islas sin lograr permear las costumbres y la mentalidad de la nación, porque “antes que las verdades literarias o estéticas, en un juicio de estimación crítica, deben pesar las verdades patrióticas”.<sup>789</sup> En una carta-ensayo publicada por *El Tiempo* en 1955, Téllez le respondía a un joven que le solicitó algunas indicaciones para ejercer la crítica. “Para un aprendiz de crítico”, reveló las prevenciones que en el medio colombiano se tienen con respecto a este oficio. Hay que ser cauteloso –decía Téllez– y no dar una opinión contraria a la establecida, pues si se separa de la corriente general de las ideas propuestas, corre el riesgo de generar sospecha ante los demás. Le sugiere a ese posible aprendiz, no incurrir “jamás en el error de deslindar la verdad literaria de la verdad nacional; la verdad artística de la verdad patriótica”.<sup>790</sup>

Aquí se considera que la necesidad colectiva de un héroe, de un jefe de partido, de un jefe de Estado, existe también para exigir la presencia y crear la realidad de un gran poeta, de un gran novelista, de un gran pintor, de un gran artista [...]. Y si añade que cada nación está históricamente “obligada” a satisfacer la necesidad colectiva del héroe o del conductor político, pero no la del artista, porque el arte no es respuesta a ninguna necesidad colectiva, plebiscitaria o democrática, usted correrá el riesgo de aparecer como reaccionario político y como conspirador detestable contra la única gloria indiscutible para toda sociedad: la gloria del arte nacional.<sup>791</sup>

Téllez es demoledor al afirmar que es imposible en Colombia deslindar la verdad estética de la verdad patriótica, pues aún a pesar de sus deficiencias el sistema puede elevar –si así lo quiere–, una obra literariamente débil o estéticamente nula a la categoría de emblema nacional, más que por razones de arte, por circunstancias políticas e históricas.

---

Tomás Carrasquilla, escritor al que siempre admiró. En el ensayo “Dos territorios del arte”, hace un análisis de *En medio del camino de la vida* (1949) de Arciniegas, pero le dedica más atención a los ensayos críticos de Zalamea, *Minerva en la rueda*, también editado en 1949 pero en Buenos Aires. Destaca la admiración por el renacimiento que siente Zalamea y que se observa en su ensayo “La alegre Inglaterra”, en él se revelan muchas de las claves de la sensibilidad, del temperamento, de la inteligencia y de la postura intelectual de Zalamea. Dice Téllez que en el estilo de Zalamea hay elaboración y suntuosidad esteticista. Téllez, Hernando. (1951). “Dos territorios del arte”. En: *Literatura*, pp.115-128.

<sup>789</sup> Téllez, 1979, *TNRL*, p. 480.

<sup>790</sup> Téllez, 1979, *TNRL*, p. 475.

<sup>791</sup> Téllez, 1979, *TNRL*, pp. 475 y 476.

Recuerde, enfatiza Téllez, que “los límites de su análisis no deben traspasar la geografía ni la historia patrias”,<sup>792</sup> ya que puede ser tachado de esnobista, extranjerizante y los demás mote con que fueron calificados los tres críticos de quienes se viene hablando. El medio colombiano exige que:

[...] Su compromiso intelectual está determinado por su condición de ciudadano. Pertenece usted a una geografía, a una historia, a una lengua, a un sistema social, a una clase económica y a un partido político, determinados. Usted se encuentra dentro de una situación dada y hace parte de un tejido nacional de conceptos, creencias, prejuicios y supersticiones cuya validez no podrá discutir sin peligro y sin escándalo.<sup>793</sup>

Finaliza el crítico estas indicaciones, recomendándole al “aprendiz de crítico”, mesura y prudencia para poder ser un crítico a “la colombiana”, esto es, respetado y prestigioso, ya que la tarea crítica concebida desde este marco, consiste en crear los gigantes domésticos que solicita la demanda colectiva.

El dogmatismo en la cultura cuestionado por Sanín, Zalamea y Téllez, revela el carácter estático de la tradición colombiana, esquema que intentó romper la política cultural de la Revolución en Marcha, pues como lo planteaba Sanín Cano, se vivía en una “miseria intelectual”, aferrada a España en todos los órdenes, desde la religión y la filosofía hasta la literatura. En consecuencia afirmaba:

Es miseria intelectual ésta a que nos condenan los que suponen que los suramericanos tenemos que vivir exclusivamente de España en materias de filosofía y letras. Las gentes nuevas del Nuevo Mundo tienen derecho a toda la vida del pensamiento. No hay falta de patriotismo, ni apostasía de raza en tratar de comprender lo ruso, verbigracia, y de asimilarse uno lo escandinavo. Lo que resulta no precisamente reprehensible, sino lastimoso con plenitud, es llegar a Francia y no pasar de ahí.<sup>794</sup>

Quizás la crítica no iba dirigida solamente contra Téllez, sino en general a esa especie de presbicia que caracterizaba los gustos literarios colombianos en los cuales no podían comulgar varias influencias a la vez, o España o Francia o Inglaterra, nunca el diálogo entre las tres e, incluso, con otras literaturas más remotas como la danesa y la alemana. Por eso para Sanín, esnobismo no significaba antinacionalismo o amante de lo extranjero,

<sup>792</sup> Téllez, 1979, *TNRL*, p. 477.

<sup>793</sup> Ídem.

<sup>794</sup> Sanín Cano, 1989, *El oficio de lector*, pp. 92 y 93.

simplemente era una posibilidad de ensanchar el gusto y poseer más herramientas para entender lo histórico y lo espiritual de la nación propia y las ajenas.

Consecuente con lo anterior, Zalamea también impugnó la cultura señorial y de viñeta propiciada por la generación del Centenario y por el dogmatismo de Caro y Gómez Restrepo. Como intelectual de las políticas culturales de López Pumarejo, siguió defendiendo la idea del “arte como testimonio”. Lo novedoso de Zalamea consistía en que no sólo proponía la crítica de obras literarias, quizás fue uno de los primeros en hablar de crítica de arte en el país. Antes de la publicación en 1941 del libro de ensayos, *Nueve artistas colombianos*,<sup>795</sup> detallado análisis de los más destacados exponentes de la plástica colombiana entre los que se contaban: Ignacio Gómez Jaramillo, Pedro Nel Gómez, Gonzalo Ariza y Luis Alberto Acuña, por mencionar los más conocidos; había dado una conferencia en 1934 en el Teatro Colón para hablar de la crítica vanidosa, o en palabras de Sanín y Téllez, una crítica fundamentada en la miopía sobre el arte y los lazos de amistad. En la charla titulada “Clasicismo, romanticismo y academicismo”, planteaba Zalamea que:

En Colombia se ha creído que hacer crítica de pintura no requiere cosa distinta al simple talento literario, a la elocuencia, a la riqueza de imágenes. Y esta creencia errónea nos ha llevado a instituir una crítica que no sabe hacer cosa mejor que transformar los cuadros, en meros trampolines para la divagación literaria. Haciendo pie en un bodegón, en un paisaje o en un desnudo, el crítico se lanza a lucubraciones metafísicas, cuando no embiste de cabeza contra una composición para buscar en ella no sé qué significados sociales, raciales o filosóficos. Y la pintura, la simple, hermosa y difícil pintura, se queda relegada a último término, cuando no la pisotean quienes sólo buscan en el cuadro jeroglíficos que descifrar, charadas cuya resolución les halague la vanidad intelectual.<sup>796</sup>

Al crítico le puede suceder lo mismo que al artista, cuando los poderes exteriores y las fuerzas de presión de su época lo constriñen a esa ley inexorable del estilo postizo e inauténtico. Entonces el artista, y para el caso el crítico, en vez de comprometerse con su labor, con el mundo y con la sociedad, termina dándole gusto al sistema, a la teoría, a la escuela que lo acoge. La fuerza del compromiso impuesto al crítico por el sistema, disminuye o aumenta en proporción directa a la capacidad de idoneidad y ética que su ejercicio represente desde la responsabilidad social.<sup>797</sup>

<sup>795</sup> Zalamea, 1978, *LPA*, pp. 273-309.

<sup>796</sup> Zalamea, 1934, pp. 68 y 69.

<sup>797</sup> Cfr., el artículo: “Arte puro, arte comprometido, arte testimonial”. Zalamea, 1978: *LPA*, pp. 797-799.

Desde su carta “De Jorge Zalamea a la juventud colombiana” (1933), venía llamando la atención sobre la concepción de cultura que tenía la nación, una cultura subordinada, sin el predominio de la razón, del orden, de la solidaridad humana. Enfatizaba en que “la cultura no es el saber, es la manera de saber y de aplicar el saber”.<sup>798</sup> Pero en Colombia, se podía ser “ignorante y culto a la vez, o ser sabio y bárbaro al mismo tiempo”.<sup>799</sup> Aunque parte de los trabajos de Zalamea se enfocaron en autores españoles, franceses e, incluso, hizo traducción de un escritor ruso,<sup>800</sup> no se pueden desconocer sus valiosas reflexiones sobre la literatura colombiana. Las valoraciones de Zalamea en este campo parten de las obras de Isaacs (básicamente *María* (1867),<sup>801</sup> *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera,<sup>802</sup> *Cuatro años a bordo de mí mismo* (1930) de Eduardo Zalamea<sup>803</sup> e indiscutiblemente, Tomás Carrasquilla.<sup>804</sup> Resaltó la obra poética de León de Greiff,<sup>805</sup> compañero de *Los Nuevos*, y de Luis Carlos López.<sup>806</sup>

Mejía Duque señaló cómo Zalamea abrió la literatura colombiana a la problemática universal, a través de su militarismo literario, no dejó de reconocer el “subdesarrollo” de Colombia frente a Europa e, incluso, algunos países latinoamericanos como México y Argentina, pero no lo hizo en la perspectiva de minimizar, sino con el ánimo de encontrar los puntos débiles y subsanarlos por medio de una buena educación.<sup>807</sup> Las expresiones sobre la literatura colombiana, al igual que sobre la cultura y la crítica literaria, tenían más detractores que apologistas. En 1951 el semanario *Sábado* publicaba el artículo “Realidad literaria de Colombia”, en el cual Eduardo Santa comenzaba su análisis con un juicio demoledor:

---

<sup>798</sup> Zalamea, 1978: *LPA*, p. 40-41.

<sup>799</sup> Ídem.

<sup>800</sup> Tradujo *El misterio de Alejandro I*, de Dimitri Sergeevich Merezhkovski, *El diablo y dios*, de Sartre; *Poesía y drama* de T.S. Eliot a Paul Valéry y Faulkner, entre otros. Su actividad literaria también se mueve en el comentario y prólogo de libros, como un estudio preliminar de *Las confesiones de Rousseau*. Los autores franceses que le llamaron la atención además de su admiración sin límites por el poeta Saint-John Perse, fueron: Maurice Barrés, Alphonse Daudet, Anatole France, Rabelais, Voltaire y, sobre todo, los modernos Baudelaire, Verlaine y Rimbaud.

<sup>801</sup> Isaacs, Jorge (1967). *María*.

<sup>802</sup> Rivera, José Eustasio (1989). *La vorágine*.

<sup>803</sup> Zalamea Borda, Eduardo (1932). *Cuatro años a bordo de mí mismo*.

<sup>804</sup> Carrasquilla, Tomás (1972). *Frutos de mi tierra*. Y varias de las novelas, cuentos y ensayos (Homilías) que están recogidos en la Obra Completa (2008).

<sup>805</sup> De Greiff, León (1985). *Obra Completa*.

<sup>806</sup> López, Luis Carlos (1995). *Obra Poética*.

<sup>807</sup> Mejía Duque, 1976, p. 128.

Nuestra literatura, pese a lo que muchos vienen repitiendo en coro, es una literatura pobre, pobre pero abundante: varios siglos produciendo malos versos, prosa hinchada, grandilocuente, tan afectada por ese tremendo enemigo del escritor que es el adjetivo. [Agrega que la novelística colombiana es una de las más pobres de América]. Nos ufamamos de *La Vorágine* de Rivera, y de *La María de Isaacs*, pero no son novelas. El paisaje, el extraordinario paisaje del trópico estrangula los personajes, los hace tan diminutos que a la luz de la técnica novelística, habría que mirarlos bajo un microscopio.<sup>808</sup>

Sus juicios coinciden con el de otros intelectuales, quienes sostienen que en Colombia, la política y el periodismo se devoraron a los grandes escritores.<sup>809</sup> Dos años más tarde, en 1953, Téllez respondía una carta a *El Tiempo*, en la que explicaba su incapacidad para hablar de la literatura colombiana de los últimos cuarenta años. Según el crítico, el pueblo colombiano se movía entre el sectarismo, el sentimentalismo y la superstición, eso lo llevaba a ser arbitrario frente a la tarea intelectual, que no sólo era fruto del precario desarrollo económico y político-social, sino de la inmadurez cultural del país.<sup>810</sup> Téllez ya había advertido signos de agotamiento en los temas de la selva y el llano. Para él era urgente que los novelistas reinterpretaran las nuevas condiciones sociales y las convirtieran en material literario.<sup>811</sup>

Ahora bien, antes de las reflexiones emitidas por Santa y Téllez, Zalamea había hablado en una conferencia de “Tomás Carrasquilla y la literatura colombiana”, observando lo que los dos anteriores, que Colombia era un pueblo mal llamado de literatos representados en los gramáticos, periodistas, oradores y divagadores que existen a “puñados”, desperdiciados en la escritura de artículos periodísticos, polémicos, doctrinarios; por compilaciones de discursos y memorias administrativas; por relatos de viajes mezclados en cada página con disquisiciones económicas, consideraciones

---

<sup>808</sup> Santa, 1951, p. 4.

<sup>809</sup> No obstante, Santa rescata *Letras colombianas* de Sanín Cano: “De los hombres del siglo XIX que he conocido, ninguno como Sanín Cano me ha dado una sensación más clara y directa de lo que fue, de lo que representó ese siglo como expresión liberal, generosa y abierta, del pensamiento, de la cultura, de la sensibilidad artística. Ciertamente a mí me parece, que nada tienen ya que enseñarle los libros y los hombres a quien, como Sanín Cano, ha leído todos los libros y ha conocido todos los hombres. En un ámbito intelectual como el nuestro, Sanín Cano parece y es una figura excepcional [que] sigue ofreciendo un ejemplo de vigorosa fuerza mental, de agudeza lógica, de fértil raciocinio, de honda comprensión de la belleza y la vida”. Santa, 1951, p. 4.

<sup>810</sup> Téllez, 1995: *NCC*, 180. Ver también “Anotaciones sobre la literatura colombiana”. Recogido en Téllez, 1979, *TNRL*, pp. 759-769.

<sup>811</sup> Ver el artículo, “La novela en Latinoamérica.” Téllez, 1951: 71-81.

sociológicas y alusiones políticas.<sup>812</sup> Sin embargo, rescata a Carrasquilla, como el escritor que a través del humor y el ahondamiento en la esencia del ser humano, les da profunda humanidad y universalidad a sus personajes, sacándolos del limbo del regionalismo literario. Carrasquilla es de la provincia, pero es quizás el más universal de los escritores.

En 1966, en la encuesta que responde a la revista *Letras Nacionales*, el balance con respecto a la literatura colombiana es bastante desfavorable. Ese mismo año ha publicado en la revista *Arco* un ensayo con relación a los “Problemas de la cultura latinoamericana”, en el cual reitera, en especial para Colombia, sobre las circunstancias que las clases dirigentes han propiciado en el país, la perpetuación del “pesado lastre del analfabetismo, la insalubridad y la miseria de las masas como su más segura garantía para la explotación económica de ellas”.<sup>813</sup> Por eso, señaló en la respuesta a la encuesta, que Colombia en materia novelística no posee “incapacidad nacional”, pero sí está en desventaja con relación a México, Argentina, Perú y Cuba. Aunque reconocía la valía de Gabriel García Márquez, Caballero Calderón y Manuel Mejía Vallejo, no se podían comparar a Julio Cortázar, Alejo Carpentier, Ernesto Sábato, Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Miguel Ángel Asturias, José María Arguedas, Mario Vargas Llosa y Jorge Icaza.

En el deficiente desarrollo de nuestra literatura y en la posición cada vez más retardada en que aparece Colombia en el terreno de la cultura, con respecto a la mayoría de los países latinoamericanos, corresponde una grave responsabilidad a quienes han convertido a sus validos en pequeños dictadores de la crítica y en porteros atrabiliarios de las publicaciones literarias [...] en ellos se ha visto que no hay tales críticos, sino funcionarios de una censura clandestina encargados de rechazar todo lo que pueda oler a inconformismo, todo lo que pueda remover las murallas de la vieja ciudadela reaccionaria y de aupar las marionetas de la más cursi, manida e inauténtica literatura.<sup>814</sup>

Los juicios de Zalamea no sólo son demoledores, son pesimistas. A tres años de su muerte, el crítico está desencantado del liberalismo y de todas las luchas que ha emprendido. Ha vivido la Violencia, la persecución y el exilio. Además, ha visto hundirse al país en la miseria política e intelectual. Se puede pensar que su medida de lo latinoamericano para juzgar lo colombiano es un poco desfasada, pero las largas estancias en varias naciones de Suramérica le dan elementos suficientes para emitir este tipo de

---

<sup>812</sup> Zalamea, 1978: *LPA*, p. 691.

<sup>813</sup> Zalamea, 1978: *LPA*, p. 824.

<sup>814</sup> Zalamea, 1978, *LPA*, p. 815.

apreciaciones. No porque no existan en Colombia figuras literarias importantes, sino porque debido a la inestabilidad política y el centralismo capitalino, las grandes figuras funcionaron de manera aislada o quedaban por fuera del radio de acción como en el caso de los escritores caribeños. Incluso Zalamea, acusa a Téllez de abandonar su tarea de propulsor de la cultura para trabajar en beneficio del régimen. Acusación que no es del todo cierta ya que el mismo Téllez se quejaba en “situación y destino del literato” del desfase entre progreso y cultura y cómo ésta situación incidía en el trabajo literario, concebido más como una tarea subalterna del oficio con el que se consigue la subsistencia. Mientras el país no le dé su lugar al literato éste seguirá siendo superficial, inconstante e indisciplinado, “pues ciertas formas desinteresadas de la cultura, como el arte literario, deben parecer un adorno o un entretenimiento inútil, gratuito sin aplicación práctica”.<sup>815</sup>

Debido al contexto cultural existente en Colombia, los tres críticos se preguntaban si se podía hablar de tradición humanística. En “¿Pero hay tradición humanística?”, Téllez sentenciaba que el humanismo en Colombia no había sido en ningún momento una tradición, ni mucho menos una categoría del espíritu nacional o un patrimonio colombiano, pues el desarrollo histórico colombiano no es propicio para que el humanismo sea una proyección social de la cultura.

La cultura humanística es en Colombia un privilegio excepcional, cuya onda de resonancia muere entre los muros de unas cuantas bibliotecas y cuyo caudal de aguas lustrales no purifica ni enriquece sino a unos cuantos espíritus. El humanismo no desciende del Olimpo para llegar a la escuela, a la universidad, a la plaza pública, a la calle, a la sociedad, al pueblo. No insufla en el alma popular su aire, su oxígeno. La flor del humanismo colombiano es una flor de invernadero, una planta exótica, pero no un árbol frondoso de jardín público, por el cual pudieran deducirse ciertas constantes y ciertas características de la flora cultural colombiana.<sup>816</sup>

Tal vez no existía el humanismo, pero sí había humanistas de la talla de Sanín, Téllez y Zalamea. Solamente que, como señalaba Téllez, el ambiente colombiano no era propicio para esta función. Gaitán Durán –fundador de la revista *Mito*–, se identificaba con los postulados humanísticos de Sanín.

<sup>815</sup> Ver “Situación y destino del literato”. Téllez, 1951, p. 54.

<sup>816</sup> Téllez, 1979, *TNRL*, p. 311.

Sanín Cano dice que “la tolerancia se ha convertido en crimen,” frase que resume a cabalidad la situación de Colombia: Hoy en día nuestra gran tara nacional es la intolerancia. En Colombia reinan la intolerancia política, la intolerancia religiosa, la intolerancia moral. No sólo es grave la censura que emana del Estado, sino también la censura pretendidamente moral, no por furtiva menos abrumadora. La censura a la prensa y la censura al cine, que usan procedimientos diferentes y en apariencia se basan en razones diferentes [...]. Sin libertad de crítica, sin libertad de conocimiento, sin libertad de examen, sin libertad de cátedra, se pasa automáticamente del terreno de las ideas al terreno de la violencia. Lo que no puede ser resuelto por la expresión libre de las opiniones contrarias, se resuelve por medio de la fuerza o del choque armado. La tolerancia no es sólo el caldo de cultivo de la cultura, sino también su vehículo. Ante la censura brutal o refinada, el intelectual se aísla, se repliega, se incomunica. La expresión queda trunca, separada del pueblo. El intelectual no puede cumplir ni su tarea creativa, ni su tarea educativa, que, por lo demás, están orgánicamente enlazadas. La intolerancia le prohíbe el acceso a las fuentes de la cultura. Y al mismo tiempo le prohíbe al hombre el acceso a sus fuentes vitales.<sup>817</sup>

En síntesis, los tres intelectuales críticos abogaron por una cultura nacional que estuviera en estrecha relación con la universal y, a pesar de sus contradicciones personales y discursivas, propusieron y delinearon una escala de valores estéticos a través de una crítica literaria ejercida con rigor, idoneidad, objetividad y conocimiento que ayudara a construir una literatura con sello propio y evitar así el dogmatismo en la cultura.

\*\*\*

Términos como *modernidad* y *crítica literaria* en las circunstancias específicas y propias del contexto político-cultural colombiano de mediados del siglo XX; no sólo se complejizan en su definición sino también en su aplicación. Por todo lo descrito en los tres capítulos anteriores, el antagonismo bipartidista, la injerencia de la Iglesia, la inequitativa división de clases y el analfabetismo, sumados a las precarias condiciones de salud, educación y violencia, no propiciaron un clima adecuado para los efectos de la modernidad cultural y espiritual, entendida más en asuntos de progreso mental e individual que en avances técnicos y desarrollo industrial. Es evidente que estos dos últimos generaron más exclusión y división de clases, al convertirse el mercado en el motor de adquisición y, por lo tanto, de endeudamiento.

---

<sup>817</sup> Gaitán Durán, 1977, pp. 786 y 787.

Así, el ejercicio sano y constructor de una crítica literaria cultivada por pensadores abiertos y direccionadores del valor del arte y del gusto estético<sup>818</sup> en general, debían encontrar eco en sociedades desarrolladas, dispuestas al cambio y a la afluencia de otros aires renovadores sin renunciar por ello a la esencia e identidad propias. Sin embargo, en un país donde la identidad seguía asentada en el paradigma hispano-católico más recalcitrante y en las modas foráneas de Francia, Inglaterra y Estados Unidos, poco podía hacerse a favor de una conciencia crítica nacional que acogiera lo externo como nutriente de una savia heredada de la cultura occidental, pero forjada con los elementos inherentes al suelo americano.

Los juicios con los que Jiménez Panesso concluyó su valoración de la labor crítica de Téllez, bien pueden servir a su vez –guardando las proporciones– para sintetizar de manera parcial, el compromiso que intelectuales como Sanín Cano y Zalamea desarrollaron en procura de la literatura y la crítica colombiana. Señalaba Jiménez, que aunque se reconocía el aporte invaluable de Téllez en su examen y valoración de la literatura colombiana y un ejercicio de la crítica desligado de cualquier intención laudatoria o partidista, cayó en el extremo de contrastar apreciaciones colombianas con el rasero de las literaturas extranjeras, sobre todo con relación a la cultura francesa.<sup>819</sup>

En el mismo error, con diferentes aciertos y desaciertos, incurrieron Sanín y Zalamea, pues como se ha observado en el desarrollo de esta investigación, su formación fue en las lenguas y las culturas foráneas que sin bien, les brindó los insumos necesarios para poder establecer categorías de análisis, que de otro modo se hubieran quedado en el estrecho marco de la provincia y la tradición española, también generaron cierta miopía dado los procesos histórico-culturales de Colombia. Es indudable el aporte, la novedad, los debates y teorías que suscitaron a partir de su amplio bagaje no sólo literario sino también en los diversos temas nacionales e internacionales que condicionaron su época histórica; pero, de manera inevitable y contradictoria erigieron ídolos literarios distintos a los nacionales, como si fueran la quintaesencia del saber y el arte. Por supuesto, que dado los

---

<sup>818</sup> Ver Bourdieu, 1998.

<sup>819</sup> Jiménez Panesso, 1992, pp. 236 y 237.

dos escasos siglos de existencia de los países latinoamericanos y de Colombia, tenía por fuerza que haber una brecha cultural muy grande con respecto a Europa y, por lo tanto, los logros y avances en este continente, eran de más larga trayectoria en la primera mitad del siglo XX y aún en la actualidad. Pero precisamente ese conocimiento amplio les debía haber mostrado que el patrón de medida elegido estaría siempre en detrimento de lo colombiano.

A pesar de sus defensas de lo propio, expresadas en artículos periodísticos, en ensayos de crítica literaria y en las obras que produjeron, no pudieron evitar caer en contradicciones que, por un lado los ubica en la categoría de intelectuales críticos y contestatarios, defensores y adalides de la cultura de masas y, por el otro, revela una especie de condescendencia y prevención con respecto a lo que el pueblo puede y debe aprender en materia de cultura, literatura y arte. Esto no es propiamente negativo, ni ello minimiza su labor. Como sujetos históricos, se debatieron entre las fluctuaciones socio-políticas y culturales que atravesaban su medio, de ahí que un estudio más profundo de sus artículos críticos permita establecer las valoraciones y las divergencias en las que incurrieron. Su oficio fue intentar comprender el encadenamiento de los acontecimientos de la historia y de las naciones, y cómo esos procesos podían ayudar a mejorar los de una nación como Colombia anclada en el pasado colonial y de espaldas a la modernidad.

Las tareas modernas del escritor y crítico colombiano en el contexto de un país que poco a poco se insertaba en el capitalismo económico pero continuaba siendo premoderno en lo cultural y lo social, necesariamente se debatían y contrariaban en esa atmósfera asfixiante de la estrechez parroquial y la estructura compleja que imponían las luchas partidistas y la intromisión de la Iglesia. No era posible dar el viraje radical en un país donde la tradición humanística ultramontana propiciaba una idea de cultura abstracta y aislada, cuando no, bucólica y armónica, como si el tiempo se hubiera detenido. No caer en extremos y ambigüedades por parte de los intelectuales críticos más que un despliegue de la inteligencia, era un acto de fe. Una misión mesiánica de no claudicar ante la presión de las oposiciones y señalamientos sectarios. No rendirse a las presiones de la conveniencia social y como lo manifestó Zalamea en “Consideraciones sobre la filantropía y la crítica literaria”,

realizar un programa cultural que haga resistencia a la “burocratización de la inteligencia”.<sup>820</sup>

Esa fue la tarea de los tres y, sin lugar a dudas, se negaron a subordinar su inteligencia a las exigencias de un “arte dirigido”<sup>821</sup> en palabras de Téllez. A su vez, Sanín había declarado que “la crítica es, sin duda, una función necesaria para el progreso y desarrollo de las letras y las artes, puede ella misma ser un arte”,<sup>822</sup> desligado de la finalidad política.

---

<sup>820</sup> Zalamea, 1964, pp. 1945-1951.

<sup>821</sup> Téllez, 1980, pp. 36-37. Su ensayo “El arte “dirigido”, cuestiona el compromiso político del escritor.

<sup>822</sup> Sanín Cano, 1977, *Escritos*, p. 193.

## CONCLUSIONES

Después del recorrido realizado en torno a la República Liberal, la importancia de Alfonso López Pumarejo, sus políticas culturales y la participación de los tres intelectuales que se seleccionaron en la investigación, se puede aseverar, sin temor a equívocos, que la tragedia colombiana de mediados del siglo XX en términos políticos, fue el conflicto interpartidario; cuyos efectos y derivaciones en la vida nacional, socio-económica y cultural del país, no permitieron las transformaciones necesarias para que la Nación, no solo solucionara sus problemas internos, sino se insertara en condiciones competitivas honrosas en los avances de modernidad y modernización experimentados y llevados a cabo por los Estados europeos, Estados Unidos y algunos países latinoamericanos. Colombia, bajo el dominio exclusivo y personalista, de sus gobiernos que desgastaron sus fuerzas en coaliciones y alianzas, se constituyó en uno de las naciones más conflictivas y atrasadas de Suramérica. Los partidos en el poder determinaron las dinámicas imperantes en materia educativa, religiosa, de desigualdad social, entre otras, consolidando y perpetuando prácticas políticas excluyentes.

No obstante lo negativo y lo positivo en los hechos que determinaron el destino de la República, fueron dos paralelos que corrieron por el mismo cauce, encontrándose en ocasiones y la mayoría de las veces, oponiéndose y anulándose. Así, los dos partidos enfrentados, generaron situaciones de progreso en aras de alzar el nivel socio-económico y cultural del país, más en la perspectiva de mantener la supremacía oligárquica de la cual hacían parte sus miembros, que en la tarea altruista y estratégica de mejorar las condiciones del pueblo. Se les olvidaba a estos dirigentes, de raza blanca y educados en el exterior, que la “consagración del ciudadano”<sup>823</sup> a través de sus derechos, era la manera más directa de enaltecer y lograr el concierto del progreso en una nación: un pueblo educado y con acceso igualitario a las riquezas naturales y materiales controladas y distribuidas por el Estado, es el signo mayor del avance económico y por tanto espiritual.

---

<sup>823</sup> Con base en el título de, Rosanvallon, Pierre (1999). *La consagración del ciudadano. Historia del sufragio universal en Francia.*

La Revolución en Marcha de López intentó modificar el modelo imperante, sin embargo la distancia histórica señala que, en primera instancia no había lugar a acuerdos entre liberales y conservadores, sobre todo porque los últimos eran herméticos a los cambios que no les reportaran beneficios económicos y de clase. Segundo, porque la preparación educativa conservadora era católica y esa postura de entrada cerraba cualquier posibilidad de secularización y enfoque laico. Tercero, porque el partido en el poder siempre gobernaba contra el antagonista y, cuarto, –incurrieron en el error ambos partidos–, en la concepción de educación- instrucción para el pueblo, además de considerarlo y tratarlo como un niño que debe ser inducido y protegido, pero no enaltecido y llevado a su mayoría de edad para que pueda ser independiente y tener incidencia en las decisiones de la nación. Fueron una masa electoral usada como trinchera política para uno y otro bando.

Ahora bien, cabe advertir, que los intelectuales adscritos al proyecto de López ensayaron partir de bases reales con respecto al conocimiento de las regiones colombianas para llevar a cabo las reformas que aspiraban implementar, de ahí los estudios e informes de la Comisión de Cultura Aldeana, en la que participó Jorge Zalamea, quien elaboró un estudio sociológico sobre el Departamento de Nariño, por nombrar solamente un ejemplo de los alcances de este proyecto educativo. La tarea de reconocimiento reveló no sólo el estado de atraso en los que se encontraban la mayoría de territorios del país, sino la miseria y pobreza extrema que sus habitantes padecían: el hambre, la enfermedad y las condiciones de hacinamiento en medio de la mugre y las plagas cobraban numerosas vidas en poco tiempo.

El informe de Zalamea fue fundamental para que el Ministerio de Educación destinara más presupuesto en el mejoramiento de la calidad de vida de las masas campesinas, situación que generó como siempre réplicas por parte de los conservadores y la Iglesia, pues consideraban que los liberales estaban comprando votos para elecciones futuras. Sin embargo, un aspecto positivo de la Comisión de Cultura Aldeana fue el desarrollo de las bibliotecas aldeanas y los diversos programas culturales adelantados por instituciones como la Biblioteca Nacional y la emisora H.J.N en cabeza de Daniel Samper Ortega. Como señala Renán Silva no se puede medir en su magnitud y veracidad el impacto

que estas propuestas tuvieron y lograron, pero indudablemente fueron un aporte invaluable de La República Liberal.

De otro lado, entre lo negativo y lo positivo se encuentra la postura ambigua de los intelectuales liberales. Si bien pretendían levantar el nivel educativo del pueblo propiciando el conocimiento de lo autóctono y la preparación del campesino en labores propias del campo y del entorno, la medida de comparación, tanto en el campo como en la ciudad, eran las culturas foráneas, en especial, Francia e Inglaterra. La posición que ellos como élite ocupaban dentro de la escala social ratificaba que la idea que tenían del pueblo seguía siendo igualmente lejana y paternalista. Otro factor determinante de este contexto era la propia situación de los intelectuales con respecto al Estado y a ellos mismos: de un lado, la mayoría, con diversos matices, descreían del gobierno en tanto continuaba representando la oligarquía de la que también ellos hacían parte. Además, como campo intelectual no lograron crear un clima homogéneo en el que pudieran interactuar y debatir sobre el libre disenso. La prensa sirvió muchas veces como escenario para que se desautorizaran unos a otros.

Otro factor que no ayudó a las proyecciones de cambio de las políticas liberales –en sus escasos 16 años de poder–, como se señaló en el cuerpo de la investigación; fue la diferencia de pensamiento y ejecución de los tres presidentes electos: Olaya, López y Santos, no se pusieron de acuerdo en las reformas esenciales, cada uno desvirtuó las políticas del anterior, así que no hubo continuidad de lo propuesto. Finalmente, muy a pesar de las intenciones “igualitarias” que se desprendía de los discursos de gobierno e intelectuales con respecto al pueblo; lo cierto es que al ser élites minoritarias, gozaban de los privilegios que el rango de su posición social les ofertaba para acceder a una mejor educación y disfrutar de las prebendas de un cargo público y honorífico.

Esta serie de contradicciones se presentaron en la República Liberal porque la oposición no solo estuvo representada en el partido conservador y la Iglesia. Las medidas anunciadas por López Pumarejo en su primer gobierno, generaron recelos no solo entre los conservadores, también en algunos liberales. Por ejemplo, la reforma agraria de 1936, la

reforma universitaria y el replanteamiento de los impuestos que las grandes empresas industriales debían aportar al presupuesto estatal (reforma tributaria) entre otras; puso en entredicho las prebendas económicas de que gozaban las clases más privilegiadas. La Ley 200 del 36 le ganó enemigos al presidente entre la clase terrateniente de liberales y conservadores, quienes no estaban de acuerdo con que la tierra y las propiedades se redistribuyeran en beneficio del trabajador. Por eso fundaron la APEN (Asociación Patriótica Económica Nacional), con el objetivo de hacerle frente a las políticas lopistas de darle una función social a la propiedad. Así pues, la incompatible relación de clases sociales, económicas e ideológicas de la nación, que se movía entre intereses privados y construcción colectiva partidista, fue la característica identitaria de la oposición, no como sano ejercicio del disenso, sino como lucro personal y de ascenso o, simplemente, sectarista.

Este componente definitivo, no circunstancial, de las élites colombianas, obstaculizaron la democracia participativa y la construcción y representatividad de un espacio político que abriera vías legales y civiles a un Estado garante de la unidad simbólica de la sociedad. De ahí que el intervencionismo de Estado de López, desde lo económico y lo social, pretendiera administrar racionalmente la política, oponiéndose e incluso demoliendo el autoritarismo ideológico moral y educativo de la alianza conservatismo-clero, anclada en el modelo hispano católico heredado de la colonia y perpetuado durante la Regeneración, lo que por supuesto generó mucho más polémicas en el campo doctrinario y fanático de los adversarios. A pesar de las críticas, descalificadoras y mordaces, Alfonso López creía firmemente en la conciliación derivada de un sano ejercicio del disenso que se hiciera en términos propositivos. Su deseo era que las masas se cualificaran y pudieran entrar a competir a través de una adecuada participación ciudadana. Pero las diferencias irreconciliables entre las formas tradicionales de dominación partidista constituidas desde el siglo XIX, no le permitieron la instauración de un Estado garante de un cuerpo social unificado. En sus numerosas alocuciones presidenciales hacía un llamado a los conservadores y al ala derecha del liberalismo, de que no se trataba de gobernar contra la oposición, sino de gobernar con ella, pues en eso consistía la democracia participativa:

comprender a los contrincantes no es atacarlos, y a través del consenso y el libre disenso se construye nación.

Para combatir en parte estas situaciones antagónicas, López diseñó otro tipo de estrategias que le posibilitaran llevar a cabo lo que pretendía. Al subir a la presidencia convocó a lo más granado de la “*intelligentsia*” criolla representada en jóvenes letrados que habían participado en el movimiento de *Los Nuevos*, los cuales, en 1925, fecha de creación del grupo, habían sido altamente críticos con las políticas de la generación del Centenario; sin embargo, desde aquella época, habían demostrado que estaban dispuestos a asumir el compromiso político que los nuevos rumbos del país en lo político-cultural exigía de sus letrados. La elección de López –que le ganó animadversiones en los políticos que llevaban años perpetuándose en el poder– fue acertada, en tanto insufló de sangre nueva y posturas abiertas los gabinetes ministeriales que estaban ansiosos por comenzar a delinear y aplicar las novedosas reformas. Estas “figuras” representativas de una escala social favorecida entraron a intentar modificar las circunstancias históricas dominantes y en este sentido, asumieron a su vez, desde su función como promotores e intelectuales de los proyectos de López, su propia responsabilidad histórica en las transformaciones que sufrió el país a partir de la década del treinta y sus repercusiones en las del cuarenta y cincuenta.

Alfonso López, sin ser universitario, pero con un espíritu altamente pragmático, sabía que podía apoyarse en la influencia que tienen los intelectuales en la creación del consenso y el disenso en los procesos de democratización. Tratando de encontrar el punto de equilibrio en las dinámicas de pensamiento y opinión emitidas por los dos partidos enfrentados, se valió de la “*intelligentsia*” de pensadores como Zalamea, Téllez, Arciniegas, López de Mesa y Echandía, entre otros, para propiciar puntos de encuentro que ayudaran a demostrar a la oposición y al pueblo, las intenciones y la capacidad de su gobierno para promover una serie de iniciativas que respondieran eficientemente y con prontitud a los procesos emergentes que alteraban la estabilidad de la nación. Sin embargo, con lo que no contaba López Pumarejo –aunque es posible que su pragmatismo lo haya avizorado– es que la sociedad colombiana era profundamente frágil, una nación balbuciente “a pesar de sí misma”, temerosa de los cambios que modificarán los largos lapsos donde el

estado de cosas permaneció inamovible; incluso, las guerras civiles se convirtieron en parte del diario transcurrir de los hechos socio-políticos de la República. Cualquier exageración en las medidas tomadas, que implicaran un cambio brusco en la rutina nacional, desembocaba en un alud de ataques desde el senado y la prensa y por lo tanto en ofensivas frontales.

Dentro de las cinco clasificaciones que propone Bobbio con respecto a los diversos grados de compromiso político de los intelectuales, se concluye que Sanín Cano, se ubicaría en las que implican una influencia sobre el poder, elaborando propuestas y críticas que le hacen ser contestatario con el gobierno cuando éste es autoritario y antidemocrático; pero al mismo tiempo, puede ejercer esta función con ecuanimidad, dado que no participa como funcionario o doctrinario en los juegos de poder. Téllez, aunque funcionario en ciertos periodos de la República Liberal, mantuvo con prudencia cierta distancia. Por el contrario, Zalamea, participó de lleno desde el desempeño burocrático y la denuncia literaria. Por eso, de los tres ensayistas trabajados en esta investigación, Zalamea fue quizás el más político y contestatario. Su compromiso se reveló de manera fiel en la tarea que asumió en el primer mandato de Alfonso López Pumarejo al liderar proyectos culturales y la serie de enfrentamientos de tipo verbal que sostuvo con los opositores de gobierno. Sanín y Téllez también manifestaron su adhesión, pero no fueron perseguidos por los gobiernos dictatoriales ni exiliados políticos. A lo sumo Sanín, fue atacado con epítetos de “extranjerizante” y “aclimatador de novedades”, pero su persona política no sufrió mayores desagravios distintos a los endilgados a la mayoría de sus contemporáneos que estuvieran en contra de los regímenes de fuerza. Además, como se ha manifestado, su labor se desarrolló durante mucho tiempo por fuera de Colombia y esto le permitió independencia intelectual y distancia sectarista sin por ello estar ajeno a las circunstancias coyunturales.

Otro tanto le sucede a Téllez, quien también denunció desde la prensa e hizo oposición férrea a los denuestos que se impartían desde el ala conservadora al partido liberal; pero en medio de la atmósfera enrarecida supo conservar la diplomacia y cierta ecuanimidad que lo salvó de ser atropellado por el alud de las detracciones públicas y de las persecuciones inquisitoriales que se ejercieron durante los gobiernos de Mariano Ospina Pérez y Laureano Gómez. No salió totalmente indemne, por supuesto, de las acusaciones y

subvaloraciones que le achacaban los enemigos del partido y los promotores de la cultura hispanista, que veían en su cosmopolitismo un claro sesgo xenófobo contra los ideales de la patria y de la nación colombiana, sin embargo, no sufrió las angustias y cavilaciones de quien se encuentra en la encrucijada.

La presencia arrolladora de Zalamea, más la oratoria caudillista que siempre acompañó sus discursos políticos, le ganó más detractores que seguidores. Era impetuoso y arrebatado en la defensa de lo que consideraba las luchas sociales para un mejor gobierno en beneficio del pueblo. Aunque sus predilecciones humanísticas se dividían entre la historia, la sociología, la literatura, la poesía, el arte pictórico, el ensayo y la traducción, se puede decir que entregó sus energías a las lides políticas nacionales e internacionales. Esto afectó lo mejor de su producción que apenas quedó en ciernes.

La valoración de Sanín Cano también se desarrolló en un ambiente contradictorio. Con más larga y amplia trayectoria que Zalamea y Téllez, puesto que había nacido en 1861 y asistido como testigo a los eventos que se dieron finalizando el siglo XIX, su conocimiento del entorno propio y el mundo circundante —experiencia de sus numerosos viajes— amén del manejo de por lo menos cinco lenguas, le habían desplegado en toda su riqueza la diversidad de la literatura de otras latitudes, y la observación del manejo de los gobiernos en naciones modernas. Sanín despertaba respeto y admiración entre sus contemporáneos de la misma línea: mirada universal, entendimiento de los fenómenos filosóficos, históricos y sociales que ayudaran a tener una mejor comprensión de los comportamientos humanos y la tolerancia como cualidad para no caer en absurdas polémicas y batallas que fueran en detrimento del progreso espiritual de la humanidad.

Paradójicamente estas mismas virtudes de Sanín le atrajeron detractores que vieron en él un cosmopolita esnobista que renegaba de su país y que según ellos, desconocía a los grandes literatos colombianos, mientras por el contrario, dedicaba numerosas páginas y elogios a hablar de los autores extranjeros. Cuanto más dogmático era el medio, más ardua la tarea para el crítico literario de ensanchar las fronteras culturales. Sanín no tiene reparos en manifestar públicamente que él no cree en las literaturas denominadas nacionales, ya que

el nacionalismo como defensa sentimental de la patria se opone a las ideas de modernidad y modernización. Otro grave error de los nacionalismos estrechos, es creer que la literatura debe servir como arma y sustento político de dominación. Nada más alejado para la universalidad de Sanín que el concepto estático de tradición, encarnado en valores morales absolutos y excluyentes. Por eso criticó tanto la tradición hispano-católica de Miguel Antonio Caro que se extendió a gran parte del siglo XX. Una literatura universal, propicia un espíritu universal y abierto; idea que escandalizaba a los conservadores y a la Iglesia en Colombia, recelosos de que el pueblo pensara por sí mismo y sopesara lo que creyera más conveniente para su desarrollo personal y espiritual. Esta independencia intelectual de Sanín Cano explica la indiferencia e incompreensión con las que fue tratado por intelectuales pertenecientes al partido conservador y aún por muchos liberales. Como vivió de acuerdo a sus ideas, sin buscar alianzas y conveniencias, pudo escribir y expresarse de manera libre, factor fundamental para el ejercicio de una crítica seria. La desventaja se convirtió en ventaja, ya que sus juicios no se vieron sometidos a las presiones políticas del momento.

Contemporáneo de Sanín y de Zalamea, Hernando Téllez fue una de las “certeras brújulas”<sup>824</sup> con la que contaron los lectores colombianos de mediados del siglo XX y, fue después de Sanín Cano, el más lúcido de los críticos colombianos. Su tarea como intelectual estuvo encaminada a apoyar desde lo cultural a los presidentes que hicieron parte de la República Liberal; pero más allá de este trasunto político, aspiró a demoler los nacionalismos caducos y chauvinistas que durante gran parte del siglo entorpecieron los procesos de modernidad. Tal vez hizo concesiones –como lo hacen ver Mejía Duque y Gilard–, sin embargo, no se puede desconocer que el medio era demasiado hostil y con pocas alternativas de realización personal distintas a la política o a la clerical. Además, es de tener en cuenta, que Téllez no provenía de una familia de alcurnia, su vinculación con el ámbito de la élite se dio por la participación que se le abrió en los periódicos, en los que logró generar credibilidad y respeto. Esto no obsta para que se mire como un adalid en el sentido de que no tuvo fallas. Como la mayoría cayó en discursos retóricos de defensa no necesarios, más como un deber que como un proselitismo con su partido. Sin embargo,

---

<sup>824</sup> La expresión es de Alfredo Iriarte, 1997 p. X.

procuró manejar un bajo perfil: no tenía el universalismo de Sanín Cano, ni la efervescencia elocuente de Jorge Zalamea.

Los tres intelectuales cuestionaron el dogmatismo en la cultura en todos sus niveles: en lo político, lo social, lo religioso, lo sociológico; pero su aporte fundamental fue en el campo literario y la crítica literaria. Partiendo de la amplia trayectoria que tenían en el conocimiento de la literatura de otros países –Francia, la España Moderna, Inglaterra, Dinamarca, Suecia, etcétera–, aspiraron a que la literatura colombiana se saliera de los estrechos moldes nacionalistas y comenzara a dialogar con otras vertientes del pensamiento y la cultura universal. Parte de sus discusiones literarias se dieron en torno a la pregunta sobre si ¿existía una literatura hispanoamericana?, y en caso de existir, ¿cómo estudiarla e interpretarla sin caer en valoraciones apologéticas o demoledoras, basadas en la filiación a cualquiera de los dos partidos? Para ellos el camino de un examen serio y riguroso de los autores y las obras nacionales y por supuesto las universales, estaba representado en un ejercicio consciente y sano de la crítica literaria.

En esta investigación se interrogó en cierto modo si ¿Había crítica literaria en Colombia? y ¿Cuáles eran las dificultades que la crítica literaria afrontaba en el país? Se responde afirmativamente al primer interrogante, pero el detallado examen del contexto histórico-político colombiano y la lectura cuidadosa de los escritos de Sanín, Zalamea y Téllez revela que las dificultades para ejercer la crítica como ellos la concebían eran de tipo antimoderno, dogmático y excluyente. Sanín, al igual que Téllez y Zalamea, ve en la crítica una manifestación del progreso, más que material, espiritual de los pueblos. La crítica ayuda a construir parámetros literarios y ayuda al desarrollo de las artes y las letras.

Sanín Cano no sólo impulsó la emancipación artística de la literatura, algo así como que el arte es la contemplación y la manifestación de la belleza y por tanto no debe obedecer a un fin político, didáctico o moralizador; su aporte invaluable también consistió en el método utilizado para analizar las obras literarias y a sus autores: el estudio y conocimiento histórico de la época del creador unido al recorrido por todos sus demás escritos para así poder establecer comparaciones de estilo, de madurez y evolución del

pensamiento y por supuesto, para que el crítico tuviera más herramientas conceptuales y hablar con propiedad –no con inmediatez– de una obra literaria.

Por eso, para quienes lo admiraban y eran seguidores de sus artículos, como Téllez y Gaitán Durán, la labor de Sanín fue fundamental para la construcción de la crítica literaria en el país, no solo porque se salió del marco de especulación teológica o partidista que se le aplicaba a las obras literarias, sino por su tarea de orientador con respecto a los libros que se debían leer. En este sentido, su labor contribuyó a la formación de un público lector, el rescate y el conocimiento de creaciones literarias que tardarían mucho en llegar a Colombia.

Zalamea y Téllez también hicieron su parte para “romper las tradicionales murallas del provincialismo cultural”. Si Sanín por su condición de viajero del mundo, estuvo más alejado de Colombia; Téllez y Zalamea –también paseante– este último, adquirieron un compromiso con las luchas sociales y el desenmascaramiento del dogmatismo en la cultura. Ambos estaban de acuerdo en que la sociedad, el Estado, los partidos y las ideologías políticas, no deberían demandarle nada al arte y al artista: ni que se pusiera a su servicio, ni mucho menos que los satisficiera, para así entrar al canon o al Olimpo de las letras. El intelectual como escritor y como artista si tiene una misión de testimoniar a través de su creación, pero no de compromiso. Zalamea tuvo muy claras las diferencias entre compromiso y testimonio y en este sentido las aplicó en sus obras literarias.

Las discusiones que en estas materias, la de que el arte y la literatura, deben dejar de ser un monopolio de la autoridad estatal o eclesiástica, incluso, de los editores y el creciente mercado económico de las obras, fueron materia prima y diaria de los debates que los tres críticos hicieron públicos en sus escritos periodísticos y en los libros de crítica que publicaron. Los tres creían que la crítica literaria encarnaba la tarea de juzgar –pero no de manera impresionista y doctrinaria–, sino de modo reflexivo, orientador y constructor de juicios valorativos, desprendidos del conocimiento amplio y sereno del autor y su producto artístico. La obra literaria, en el contexto colombiano de la época, no se debía asfixiar, ni anular en los enfrentamientos políticos-partidistas, que no sólo seguían siendo centralistas,

al desconocer y subvalorar la literatura de “provincia”; otro de sus graves errores consistía en erigir figuras que pasaban a hacer parte del Olimpo literario, simplemente porque agradaba a la idea bucólica de nación hispanista y no ofendía los preceptos del catolicismo.

Sanín, Zalamea y Téllez, como escritores modernos, creían en la mayoría de edad del hombre conquistada a partir del conocimiento propio, independiente y libre y por ello propugnaron por abolir la servidumbre del artista, porque la razón y la libertad fueran inalienables y, los dogmas, las excomuniones y los cargos burocráticos en el gobierno de turno no afectaran la transparencia y ética del arte.

\*\*\*

Sólo resta decir que el periodo histórico de la República Liberal en sus 16 años de Hegemonía, tiene aún muchos asuntos por indagar desde sus tres presidentes, incluyendo el segundo mandato de López Pumarejo, no tanto en términos de las políticas y reformas propuestas, pues la distancia histórica y los numerosos y valiosos estudios académicos sobre el tema han señalado los aciertos, las falencias, las proyecciones, entre otros factores conflictivos de la política colombiana que permitieron en parte las transformaciones anunciadas. Sin embargo hace falta contrastar más las figuras de Olaya Herrera, López y Santos; tanto en sus trayectorias personales como en su ideario político. Da la impresión, cuando se leen las fuentes básicas de la República Liberal, de que Olaya Herrera tuvo temor de dar el salto de Hegemonía y fue pausado en su “Concentración Nacional”. Más bien, pudo haber sido una actitud prudente para ir abonando el camino de los futuros cambios. En un país, donde la oposición acérrima de los conservadores y el clero fue determinante para truncar muchos proyectos de avanzada, no era fácil insertar de la noche a la mañana un cambio cualitativo y cuantitativo.

Además, la lucha denodada, que los miembros de las clases privilegiadas de uno y otro partido emprendieron para entorpecer las reformas, fue un gasto de energía verbal a través de los Mensajes Presidenciales y la prensa que pausó a conveniencia la ejecución de los proyectos. Así, aunque se reconoce la importancia de López Pumarejo y su Revolución en Marcha -por eso se seleccionó en el objeto de esta investigación-, es necesario analizar

de manera más profunda la relación de López con Olaya y Santos. De los tres, López era el menos formado académicamente, lo cual no le impidió tener una visión aguda de las condiciones del país, ni mucho menos rechazar a sus intelectuales pensadores, como Zalamea, López de Mesa y Arciniegas; pero indudablemente, esa circunstancia educativa marcó una diferencia con Eduardo Santos, más estudioso, turista cultural y lector de los franceses.

Los textos analizados sobre los tres presidentes brindan, incluso, miradas muy apologéticas, por el contrario, las críticas revelan el tono discursivo de la época: retórico, empalagoso, emocional y ampuloso. Ese es otro factor que obstruye el verdadero rescate histórico de los tres, pues según quien escriba el texto, o quien realice semblanzas sobre sus figuras en la prensa y las revistas, cuesta desligar la crítica verdadera, o la alabanza sincera de cierto tono irónico o demasiado sentimental. Como es de suponer, juzgar a un sujeto histórico en el poder o en situaciones de poder, no es lo mismo que verlo en su humanidad, con sus defectos sencillos o terribles. Y en la lectura de los periódicos de la época y en algunos textos académicos más actuales, se filtra esa imagen que para mal o para bien se esculpió a través de las palabras.

En este sentido, es necesario confesar, que en el enfoque histórico de la investigación, este tipo de situación representó una seria dificultad de interpretación despojada de la valoración apologética. Por momentos el discurso de la tesis se movía en las mismas lindes de la apreciación partidista. Lo cual, en el momento en que se hizo consciente, llevó a estas reflexiones finales. La República Liberal debe estudiarse en toda su dimensión, aunque por supuesto el proyecto es demasiado ambicioso, así que no se sugiere para una tesis doctoral, sino para un grupo de investigación. Se reitera la importancia de Enrique Olaya Herrera, –quizás la historia ha sido un poco injusta con él– y se dice que la República Liberal empezó con Alfonso López, Olaya allanó el camino. Eduardo Santos es otra figura contrapuesta a López. Así, cuando se habla de la caída del último de ellos, se dice que fue a causa de la derecha liberal liderada por Santos.

Se considera en este trabajo que hay que matizar un poco el asunto. Santos era un ilustrado, un excelente escritor, un gran director del periódico *El Tiempo*—termómetro político-cultural— que ha sobrevivido hasta hoy; merece estudiarse con más detalle, pero como se sugiere, no de manera individual, sino en contraste con los otros dos presidentes de la República Liberal. Finalmente, López Pumarejo, fue un gran líder político, que a pesar de sus desaciertos, intentó modificar las condiciones políticas, sociales y culturales de la Colombia de mediados del siglo XX. Quizás los analistas como Pécaut acusen que fue un intento de modernización económica y capitalista, y no cultural y social; pero el desarrollo económico de una nación posibilita el cultural y el espiritual. Lo que pasaba era que en Colombia, las diferencias estaban tan arraigadas, que era difícil, por no decir imposible, hacer un cambio significativo en cuatro años, en medio de un clima opositor que atacaba por todos los frentes; la prensa, el parlamento, la religión, la violencia.

Por su parte Baldomero Sanín Cano, Jorge Zalamea y Hernando Téllez, solo fueron “pequeñas” —pero dentro de lo pequeño está lo grande— explosiones ideológico-culturales que no lograron *ipso facto* permear la mentalidad colombiana. Esos efectos se ven hoy con la distancia, pues sufrieron el mismo clima de oposición que los políticos de entonces. Entre los tres también había diferencias conceptuales y de idolatrías: Téllez amaba la Francia que Sanín cuestionaba, no por razones personales, esa actitud no iba con el pensar del antioqueño, sino porque Sanín creía que debían ensancharse las fronteras culturales y literarias. Ya era hora de mirar hacia otras latitudes, por eso llamaba la atención a sus contemporáneos de que siguieran teniendo como norte cultural a Francia. Zalamea también acusa a Téllez de “venderse” a la burocracia y dejar de escribir y pronunciarse; en realidad Téllez era sereno y mesurado y Zalamea un volcán que se iba “lanza en ristre” contra lo que creía debía defender. Ambos admiraban la imparcialidad de Sanín, el cual había sabido alejarse de las coyunturas políticas para expresar su pensamiento sin ataduras y con ética.

Sin embargo, dadas las diferencias que pudieran tener, coincidían en sus valoraciones sobre la cultura y la literatura colombiana, para el caso. Se leían sus propias producciones y a través de la prensa y las revistas establecían un diálogo donde aprobaban, ratificaban o partían de lo expuesto por el otro, para dar su opinión. Todo en un clima de respeto e

incluso admiración. Esa fue su manera de crear crítica, posturas con respecto a ésta, formas de ejercerla de modo ecuánime e ir así creando escuela, postulados y orientaciones. Sus juicios con respecto a la literatura colombiana fueron contundentes pero no descalificativos, es decir, las apreciaciones valorativas eran lapidarias, pero con un claro andamiaje conceptual y de conocimiento, no impresionista o de afecto personal. Como los grandes lectores que eran de la literatura europea, en particular, la hispanoamericana y la norteamericana en menor medida, pero lo suficiente para poder establecer comparaciones; se convirtieron en autoridades y orientadores para que los demás supieran qué se debía y cómo leer.

Esta tesis evidenció que los estudios sobre estos tres autores, aún son incipientes a pesar de los trabajos serios que existen sobre Sanín, el más prolífico de los tres. La masa documental de los escritos periodísticos de Sanín, más sus libros de crítica, literatura, arte y cultura en general, es una veta riquísima aún por explorar. Sanín no fue sistemático –ninguno de los tres lo fue a gran escala–, ni sus escritos fueron muy extensos, pero la diversidad de asuntos abordados en diferentes momentos de la historia, de diversas comarcas, con el conocimiento y alcances que le brindó el dominio de varias lenguas, es invaluable. Falta mucho en la academia por sistematizar parte del pensamiento de Sanín Cano. Zalamea dejó algunas obras literarias que se inscriben en el tema de la dictadura, un aporte importante a la traducción en Colombia a mediados del siglo y todo el trabajo periodístico y de divulgación que cumplió en su revista *Crítica*. Téllez, elaboró más a conciencia un trabajo de crítica literaria, publicada en varios textos que han sido poco examinados. Salvo el acápite –riguroso y excepcional– que le dedica Jiménez Panesso, el crítico capitalino es casi desconocido. Sus páginas críticas y de literatura son admirables, bien construidas, las primeras, sobre un andamiaje conceptual que tiene como norte a Francia –lamentable debilidad del autor, porque no le permitió ver ni valorar otras geografías literarias–, pero con un certero sentido del análisis y cotejo de las falencias en las obras y en la industria editorial colombiana. De otro lado, textos como *Diario* y *Bagatelas*, son disquisiciones filosófico-literarias de gran exquisitez estética y profundas reflexiones sobre el destino y las circunstancias humanas.

Quedan pues abiertas, como en toda investigación, las posibilidades para que otros trasieguen sobre los mismos asuntos, iluminando aspectos que solo quedaron enunciados.

## BIBLIOGRAFÍA

### Fuentes Primarias

Araújo, H. (1974). Jorge Zalamea. *Revista Eco*, (27)161, 524-555.

Achury Valenzuela, D. (4 de septiembre de 1943). Qué se está haciendo por la cultura colombiana. Habla Darío Achury Valenzuela. *Sábado*, p. 3.

\_\_\_\_\_. (2 de marzo de 1946). En torno a la cultura. *Sábado*, 138, 6.

\_\_\_\_\_. (marzo, 1945). En torno al humanismo. *Revista de las Indias*, (23)75, 415-417.

\_\_\_\_\_. (junio, 1946). Posibilidad de una cultura americana. *Revista de las Indias*, (17)54, 367-383.

Arango Ferrer, J. (diciembre, 1941). Encuesta sobre el nacimiento de la literatura hispanoamericana. *Revista de las Indias*, (12)36, 145-151.

Arciniegas, G. (enero, 1942). Un debate sobre la historia de América: ¿Tienen las Américas una historia común? *Revista de las Indias*, (12)37, 231-243.

Builes, M. Á. (1958). *Cartas pastorales del excelentísimo Sr. Miguel Ángel Builes*. Medellín: Editorial Bedout.

Camacho Ramírez, A. (12 de junio de 1954). Los “Hobbies” de Hernando Téllez. *Sábado*, (10), 5-8.

Caro, M. A. (1951). La controversia religiosa. En *Artículos y discursos*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana – Ministerio de Educación.

Castro Martínez, J. J. (1938). *Memoria del Ministro de Educación*, 18.

Child, J. (6 de mayo de 1944). Definición del Lopismo. *Sábado*, p. 4.

Díaz, A. (1937). La reforma educacionista en el gobierno actual. *Revista PAN*, 14, 20-24.

Del Río, G. (15 de febrero de 1936). La República Liberal sustituye a la República de Colombia.

*El Siglo*, 4.

*El Siglo* (2 de febrero de 1936). El Senado contra los católicos, p. 4.

*El Siglo* (2 de febrero de 1936). Nota Editorial, p. 3.

- El Siglo* (19 de febrero de 1936). Imperativo categórico, p. 3.
- El Siglo* (20 de marzo de 1936), p. 1.
- El Tiempo* (4 de marzo de 1935). La convención de la prensa conservadora y la táctica opositora, p. 4.
- El Tiempo* (13 de abril de 1935). La pesadilla conservadora, p. 3.
- El Tiempo* (4 de mayo de 1935). Ataques inofensivos y peligros reales, p. 4.
- El Tiempo* (8 de mayo de 1935). Nota Editorial, p. 1.
- El Tiempo* (15 de mayo de 1935). Los conservadores hombres de poca fe, p. 4.
- El Tiempo* (10 de junio de 1935). El liberalismo y los sindicatos, p.1.
- El Tiempo* (16 de junio de 1936). Veinticinco años de régimen conservador, p. 4.
- El Tiempo* (14 de julio de 1936). El gobierno liberal y la religión católica, p. 3.
- Forero Benavides, A. (18 de diciembre de 1943). Eduardo Santos. *Sábado*, pp.1 y 22.
- \_\_\_\_\_. (29 de enero de 1944). Así éramos y pensábamos en 1930. *Sábado*, p. 2.
- \_\_\_\_\_. (7 de octubre de 1944). Carta de un liberal desconcertado. *Sábado*, p.3.
- \_\_\_\_\_. (28 de octubre de 1944). Hernando Téllez. *Sábado*, p.1.
- Fuenmayor, A. (27 de octubre de 1948). Aire del día. “Crítica”, en *El Heraldo de Barranquilla*, p.3.
- Gaitán Durán, J. (24 de noviembre de 1946). Páginas admirables. *El Tiempo, Suplemento Literario*, s.p.
- González, M. (10 de mayo de 1935). Cuestión religiosa y reforma del Concordato. *El Tiempo*, p. 4.
- Grillo, M. (8 de febrero de 1935). Vida nueva. *El Tiempo*, p. 4.
- Kasantzaki, N. (1969). Jorge Zalamea; Poeta y combatiente. *Revista UDEM*, pp. 139-140.
- Lazare, L. (31 de octubre de 1942). Jorge Zalamea. *Noticia de Colombia*, (II)14, Bogotá, pp. 25-28.

Lleras Camargo, F. (31 de agosto de 1952). Adoraciones y abominaciones de Hernando Téllez. *El tiempo, Suplemento Literario*, s.p.

López Pumarejo, A. (1° de enero de 1926). La juventud radical y los problemas nacionales. *El Tiempo*, p. 3.

\_\_\_\_\_. (21 de julio de 1935). Mensaje del presidente a los congresistas. *El Tiempo*, p.6.

\_\_\_\_\_. (2 de mayo de 1935). Mensaje Presidencial. *El Tiempo*, s.p.

\_\_\_\_\_. (25 de marzo de 1936). Mensaje del Presidente López al Congreso sobre la oposición del Episcopado colombiano a la Reforma Constitucional el 23 de marzo de 1936. *El Tiempo*, s.p.

\_\_\_\_\_. (1937). *Mensaje Presidencial al Congreso*. Bogotá: Imprenta Nacional.

\_\_\_\_\_. (1939). *Mensajes del Presidente López al Congreso Nacional (1934-1938)*. Bogotá: Imprenta Nacional – Colección Jorge Ortega Torres.

Lozano y Lozano, Juan. (8 de agosto de 1935). El gobierno de López. *El Tiempo*, p.4.

\_\_\_\_\_. (26 de febrero de 1944). Alfonso López, *Sábado*, p. 22.

\_\_\_\_\_. (15 de julio de 1944). Un mal irreparable. *Sábado*, p. 1.

\_\_\_\_\_. (29 de abril de 1944). Eduardo Santos. *Sábado*, p. 1.

Martín, C. (3 de marzo de 1945). Baldomero Sanín Cano, *Sábado*, p. 7.

Nieto Caballero, L. E. (8 de febrero de 1935). ¿Por qué cayó el partido conservador? *El Tiempo*, p. 4.

\_\_\_\_\_. (15 de agosto de 1936). Al correr de los días. *El Gráfico*, pp. 703-705.

Osorio Lizarazo, J.A. (mayo, 1942). Del nacionalismo en la literatura, *Revista de las Indias*, (13)41, 281-285.

Padilla, J. (14 de abril de 1935). Análisis de la República Conservadora y de la República Liberal. *El Tiempo*, pp. 13-15.

*Revista de las Indias*(julio de 1936), (1)1, 1.

*Revista Crítica* (16 de agosto de 1949). López, Santos, Echandía y Lozano responden a CRÍTICA y condenan la Violencia oficial, p. 4.

*Revista Crítica* (1° de octubre de 1948), pp. 8, 12 y 13.

*Sábado* (24 de julio de 1943). Una encuesta de “Sábado”. ¿Cuál es el más grave problema de la Cultura Colombiana?, p. 6.

Samper Ortega, D. (1934). *Presentación de la revista de la Biblioteca Nacional*,(V)24. Bogotá: Fondo Samper Ortega.

Sanín Cano, B. (9 de enero de 1928). La superstición de lo extranjero. *El Tiempo*, s. p.

\_\_\_\_\_. (6 de mayo de 1929). El último suspiro del moro (sobre el partido conservador). *El Tiempo*, p. 4.

\_\_\_\_\_. (marzo, 1939). Las memorias de los otros: una visita a Jorge Brandes en plena guerra europea. *Revista de las Indias*, (1)4, 521-538.

\_\_\_\_\_. (agosto, 1942). La administración Santos. *Revista de las Indias*, (14)44, 289-292.

\_\_\_\_\_. (julio, 1945). Europa y América: rumbos culturales. *Revista de América*, (3)7, 108-112.

\_\_\_\_\_. (mayo, 1946). En el cincuentenario del poeta, José Asunción Silva. *Revista de las Indias*, (28)89, 161-178.

\_\_\_\_\_. (18 de enero de 1947). El liberalismo: su obra, sus ideas, su porvenir. *Sábado*, 184, 1-6.

\_\_\_\_\_. (julio, 1947). Giovanni Papini y la cultura latinoamericana. *Revista de América*, (11)31, 3-8.

\_\_\_\_\_. (19 de noviembre de 1950). Segmentos de vida. *El Tiempo*, s. p.

Santa, E. (14 de julio de 1951). Realidad literaria de Colombia. *Sábado*, p.4.

Solano, A. (16 de julio de 1935). La escuela, el niño y el maestro. *El Tiempo*, p. 4.

\_\_\_\_\_. (26 de julio de 1935). La cultura aldeana. *El Tiempo*, p. 4.

Téllez, H. (22 de febrero y 11 de abril de 1935). El espejo de los días, *El Tiempo*, s.p.

\_\_\_\_\_. (28 de abril de 1935). El espejo de los días. *El Tiempo*, s. p.

\_\_\_\_\_. (29 de abril de 1935). El espejo de los días, *El Tiempo*, s. p.

\_\_\_\_\_. (23 de junio de 1935). Azares y contradicciones de un Leopardo. *El Tiempo*, p. 7.

\_\_\_\_\_. (febrero de 1941). La guerra y la cultura. *Revista de las Indias*, (8)26, 345-349.

- \_\_\_\_\_. (julio, 1941). Jean Giraudoux: El cantar de los cantares. *Revista de las Indias*, (14)25, 193-218.
- \_\_\_\_\_. (julio, 1942). Faenas menores de la cultura. *Revista de las Indias*, (14)43, 177-181.
- \_\_\_\_\_. (6 de noviembre de 1943). Grandeza y destino de las minorías. *Sábado*, 17, 2.
- \_\_\_\_\_. (octubre, 1943/enero, 1944). Jean Cocteau: La voz humana. *Revista de las Indias*, (XIX), 157-172.
- \_\_\_\_\_. (22 de abril de 1944). Clasicismo y modernidad en nuestra literatura; el libro de Rafael Maya. *Sábado*, p. 41.
- \_\_\_\_\_. (24 de junio de 1944). Diálogos sobre la creación artística. *Sábado*, 50, p. 4.
- \_\_\_\_\_. (26 de agosto de 1944). Luz y sombra de Gide. *Sábado*, 59, 7.
- \_\_\_\_\_. (7 de septiembre de 1946). Grandeza y servidumbre de la literatura. *Sábado*, 165, 2.
- \_\_\_\_\_. (agosto/septiembre, 1955). Notas sobre la conciencia burguesa, *Mito*, (1)3, 172-177.
- \_\_\_\_\_. (8 de septiembre de 1957). Sanín Cano. *El Tiempo* (Lecturas Dominicales), p. 6.
- Umaña Bernal, J. (8 de abril de 1975). Cándidos y complacientes. *El Tiempo*, s.p.
- Uribe Restrepo, F. (19 de mayo de 1974). “Los Leopardos” como grupo. *Magazine Dominical. El Espectador*, p. 5.
- Villegas, S. (24 de junio de 1944). Hernando Téllez. *Sábado*, p.4.
- Zalamea, J. (enero, 1934). Clasicismo, romanticismo y academicismo. *Revista PAN*, 6, 68-69.
- \_\_\_\_\_. (14 de mayo de 1935). Impresiones sobre la Comisión de Cultura Aldeana. *El Tiempo*, p. 4.
- \_\_\_\_\_. (17 de julio de 1935). En el umbral de la escuela. *El Tiempo*, p. 4.
- \_\_\_\_\_. (1936). *La educación nacional en Colombia*. Santiago de Chile: Editorial Zig-Zag.
- \_\_\_\_\_. (8 de mayo de 1936). La cultura conservadora y la cultura del liberalismo. *El Tiempo*, p. 4.

- \_\_\_\_\_. (julio, 1936). Homenaje a Tomás Carrasquilla (En colaboración con Antonio Gómez Restrepo y Baldomero Sanín Cano). *Revista de las Indias*, (1)1, 12-17.
- \_\_\_\_\_. (febrero/abril, 1940). Notas sobre Piedra y Cielo. *Revista de las Indias*, (V), 169-180.
- \_\_\_\_\_. (abril, 1940). Horas de soledad. *Revista de las Indias*, (5)16, 342-372.
- \_\_\_\_\_. (junio, 1940). Alemanes y franceses. *Revista de las Indias*, (6)18, 170-183.
- \_\_\_\_\_. (septiembre, 1940). Minerva en la rueda: la extraña familia de Patricio Bronté. *Revista de las Indias*, (7)21, 212-231.
- \_\_\_\_\_. (septiembre, 1941). De lo viril y lo femenino en el arte. *Revista de las Indias*, (11)33, 27-33.
- \_\_\_\_\_. (junio, 1942). La alegre Inglaterra. *Revista de las Indias*, (14)42, 25-35.
- \_\_\_\_\_. (octubre, 1942). El hombre, náufrago del siglo XX. *Revista de las Indias*, (15)46, 145-159.
- \_\_\_\_\_. (1947). El hombre en la encrucijada. ¿Hacia la derecha o hacia la izquierda? *Revista de América(X)*28, 22-27.
- \_\_\_\_\_. (31 de julio de 1948). La cuestión petrolera: empresa privada?, empresa del Estado? *Sábado*, 262, pp. 2, 14 y 16.
- \_\_\_\_\_. (1º de agosto de 1949). Carta abierta a los ex presidentes liberales de Jorge Zalamea. *Crítica*, pp. 2-3.
- \_\_\_\_\_. (18 de octubre de 1949). *Crítica*, 48, p. 4.
- \_\_\_\_\_. (5 de octubre de 1950). *Crítica*, 47, p. 7.
- \_\_\_\_\_. (1952). *El gran Burundún-Burundá ha muerto*. Buenos Aires: Impresión López.
- \_\_\_\_\_. (octubre, 1965). Arte puro, arte comprometido, arte testimonial. *Eco*, (11)6, 647-661.

## Bibliografía General

- Acevedo, D. (1986). *Gerardo Molina. El intelectual, el político*. Medellín: Frente Acción Política Educativa.
- \_\_\_\_\_. (1995). La Colombia contemporánea, 1930-1990. En *Las mujeres en la historia de Colombia*. Consejería Presidencial para la política social. Tomo II. Santafé de Bogotá: Editorial Norma, pp. 454-479.
- \_\_\_\_\_. (1995). Las caricaturas de *El Siglo* y el imaginario político del conservatismo (1948-49). En *La mentalidad de las élites sobre la Violencia en Colombia (1936-1949)* (pp. 192-220). Bogotá: Ancora Editores.
- \_\_\_\_\_. (1995). *La mentalidad de las élites sobre la Violencia en Colombia (1936-1949)*. Bogotá: Ancora Editores.
- \_\_\_\_\_. (2003). La caricatura editorial como fuente para la investigación de la historia de los imaginarios políticos: reflexiones metodológicas. En, *Historia y sociedad*. No.09, Medellín, marzo, pp.151-173.
- Adorno, T. (1983). *Teoría estética*. España: Orbis.
- Adorno, T. & Horkheimer, M. (1988). La industria cultural. Iluminismo como mistificación de masas. En *Dialéctica del Iluminismo*. Buenos Aires: Sudamericana. Recuperado de <http://www.argentinawarez.com/ebooks-gratis/1770024-dialectica-del-iluminismo-de-m-horkheimer-t-adorno.html>.
- Aguirre Rojas, C. (1996a). *Los Annales y la historiografía francesa: tradiciones críticas de Marc Bloch a Michel Foucault*. México: Ediciones Quinto Sol.
- \_\_\_\_\_. (1996b). *Corrientes, temas y autores de la historiografía del siglo XX*. (2002). México: Universidad Juárez Autónoma de Tabasco.
- Altamirano, C. (2005). *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Argentina: Siglo XXI Editores.
- \_\_\_\_\_. (2006). *Intelectuales. Notas de investigación*. Bogotá: Editorial Norma.
- \_\_\_\_\_. (dir.) (2008). *Historia de los intelectuales en América Latina*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Álvarez D'Orsonville, J.M. (1956). *Colombia Literaria. Reportajes*. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional – Editorial Santafé de Bogotá.
- Amaya Rodríguez, F. (1995). *Ideología y lenguaje en la obra narrativa de Jorge Zalamea*. Bologna: University Press.

- Angulo, A. M. (2007). Conceptos pedagógicos alemanes en la educación colombiana: la Segunda Guerra Mundial y la actualidad. Recuperado de [http://www.revistamatices.unal.edu.co/pdfs/Conceptos pedagógicos Ana María Angulo.pdf](http://www.revistamatices.unal.edu.co/pdfs/Conceptos_pedagogicos_Ana_María_Angulo.pdf).
- Aparicio, M. (1986). Sobre los comienzos del sindicalismo franquista.1939-1945. En J. Fontana (ed.). *España bajo el Franquismo*. Barcelona: Editorial Crítica, pp.278-294.
- Archila, M.& Jiménez, C. (1983).*La disidencia conservadora de los Leopardos*. (Tesis). Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Arciniegas, G. (1932). *El estudiante de la mesa redonda*. España: Juan Pueyo.
- \_\_\_\_\_. (1938). *Los comuneros*. Bogotá: ABC.
- \_\_\_\_\_. (1955). Apuntes para una biografía de “EL TIEMPO”. En E. Santos Montejó. *La crisis de la democracia en Colombia y “El Tiempo”* (pp. 219-220). México: Gráfica Panamericana, S. De R, L. D. F.
- \_\_\_\_\_. (1989). Aspectos de Olaya Herrera y su gobierno. En A. Tirado Mejía (dir.). *Nueva Historia de Colombia* (Vol. I) (pp. 299-304). Bogotá: Planeta Colombiana Editorial S.A.
- Ardila, M. (mayo/agosto, 1990). Diplomacia multilateral durante la segunda administración de Alfonso López Pumarejo (1942-1945). *Revista Análisis Político*, 10, 7-22.
- Arguedas, A. (1934). *La danza de las sombras. Apuntes sobre cosas, gentes y gentezuelas de la América Española*. Barcelona: Sobrinos de López Robert y Compañía.
- Arias Trujillo, R. (2007). *Los Leopardos. Una historia intelectual de los años 1920*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- \_\_\_\_\_. (2011). *Historia de Colombia contemporánea (1920-2010)*. Bogotá: Universidad de los Andes – Ediciones Uniandes.
- \_\_\_\_\_. (1998).*Los sucesos del 9 de abril de 1948 como legitimadores de la violencia oficial*. Recuperado de [historiacritica.uniandes.edu.co/view.php/427/index.php?id=427](http://historiacritica.uniandes.edu.co/view.php/427/index.php?id=427).
- \_\_\_\_\_. (2000). *Estado laico y catolicismo integral en Colombia. La reforma religiosa de López Pumarejo*. Recuperado de [historiacritica.uniandes.edu.co/view.php/427/index.php?id=199](http://historiacritica.uniandes.edu.co/view.php/427/index.php?id=199).
- Ayala Diago, C. A. (enero/diciembre, 2001). Historiografías del siglo XX y el retorno de la historia política. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 28, 161-183.

- \_\_\_\_\_. (2007). *El porvenir del pasado: Gilberto Alzate Avendaño, sensibilidad leoparda y democracia: la derecha colombiana de los años treinta*. Bogotá: Fundación Gilberto Alzate Avendaño.
- Baca Olamendi, L. (mayo/agosto, 1995). La concepción del intelectual en Bobbio. *Análisis Político*, 25, 24-33.
- \_\_\_\_\_. (julio/agosto, 1996). Los intelectuales entre consenso y disenso. Influencia de los “hombres de razón” en la sociedad. *Perfiles liberales*, (10)48, 63-65.
- Barrero, T. (2009). El liberalismo de Alfonso López Pumarejo. En, R. Sierra Mejía (ed.). *República Liberal: sociedad y cultura*(pp. 17-46). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Bauman, Z. (1997). *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Beigel, F. (enero/marzo, 2003). Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, (08)20, 105-115.
- Benda, J. (1974). *La traición de los intelectuales*. Buenos Aires: Efecé Ediciones.
- Bergquist, C. (1999). *Café y conflicto en Colombia (1886-1910). La guerra de los Mil Días, sus antecedentes y consecuencias*. Bogotá: Áncora Editores.
- Betancourt Mendieta, A. (2006). Cultura letrada y definición de la nación colombiana a principios del siglo XX. En *Memorias del XIII Congreso Colombiano de Historia*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander.
- Blanchot, M. (1992). *El espacio literario*. España: Paidós.
- Bobbio, N. (1989). *Liberalismo y democracia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_. (1998). *La duda y la elección: intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*. España: Paidós.
- Bonet, C. (1967). *La crítica literaria*. Buenos Aires: Editorial Nova.
- Borja, R. (1999). *Enciclopedia Política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P. (1995). *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Editorial Anagrama.

- \_\_\_\_\_. (1998). *Les regles de l'art: genèse et structure du champ littéraire*. Francia: Editions du Seuil.
- \_\_\_\_\_. (septiembre, 1991). *Le champ littéraire. Actes de la recherche en sciences sociales*, 89, 3-46.
- \_\_\_\_\_. (1998). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- \_\_\_\_\_. (2002). *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Francia: Montessor. Recuperado de línea:<http://es.scribd.com/doc/30751625/Bourdieu-Pierre-Campo-de-Poder-Campo-Intelectual>.)
- Bushnell, D. (1984). *Eduardo Santos y la política del Buen Vecino 1938-1942*. Bogotá: Áncora Editores.
- \_\_\_\_\_. (1996). *La revolución liberal del siglo XIX*. En *Colombia una nación a pesar de sí misma*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Cadavid G., J. I. (1955). *Los fueros de la Iglesia ante el liberalismo y el conservatismo en Colombia*. Medellín: Editorial Bedout.
- Camacho Carreño, J. (1935). *El último Leopardo*. Bogotá: Talleres de Mundo al Día.
- Camacho Delgado, J. (2003). *La Metamorfosis de su Excelencia, de Jorge Zalamea. Entre el relato mítico y la denuncia política. Magia y desencanto en la narrativa colombiana*, 16, 135-154.
- Camacho Guizado, E. (1992). *La literatura colombiana entre 1820 y 1900*. En *Manual de Historia de Colombia, (II)*, 613-693.
- Canal Ramírez, G. (1956). En J. M. Álvarez D'Orsonville, *Colombia Literaria. Reportajes* (pp. 40-41). Bogotá: Ministerio de Educación Nacional – Editorial Santafé de Bogotá.
- Cancino, H. (coord.) (2004). *Los intelectuales latinoamericanos entre la modernidad y la tradición siglos XIX y XX*. España: Iberoamericana: Colección Cuadernos AHILA.
- Cancino Troncoso, H., Klengel, S. & Leonzo, N. (1999). *Nuevas perspectivas teóricas y metodológicas de la historia intelectual de América Latina*. Madrid: Iberoamericana: Vervuert.
- Carranza, E. (1986). *Visión estelar de la poesía colombiana*. Bogotá: Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular, Volumen 126.
- Carrasquilla, Tomás. (1972). *Frutos de mi tierra*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- \_\_\_\_\_. (2008). *Obra Completa*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

- Castaño Zuluaga, L. O. (2002). *La prensa y el periodismo en Colombia hasta 1888: una visión liberal y romántica de la comunicación*. Medellín: Academia Antioqueña de Historia.
- Castellano Álvarez, O. (1985). *Del fascismo al neofascismo: Colombia y la experiencia laureanista (1930-1953)*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Cataño, G. (1995). El ensayo literario. En *La artesanía intelectual*(pp. 21-37). Bogotá: Plaza y Janés-Universidad Pedagógica Nacional.
- \_\_\_\_\_. (enero/diciembre, 1999). Baldomero Sanín Cano: origen de la crítica literaria moderna. *Revista Credencial. Historia. Protagonistas, obras y sucesos siglo XX*, 109-120, 61.
- Cátedra Anual de Historia Ernesto Restrepo Tirado. (1998). *Las guerras civiles desde 1830 y su proyección en el siglo XX*. Santafé de Bogotá: Museo Nacional.
- Charry Lara, F. (1993). Los Nuevos. En *Manual de Literatura Colombiana*(pp. 17-85), tomo II, Santafé de Bogotá: Planeta Colombiana Editorial S.A.
- Chartier, R. (2005). *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Cehade Durán, N. (2000). Jorge Zalamea en el panorama literario colombiano. En M. M. Jaramillo(comp.). *Literatura y cultura. Narrativa colombiana del siglo XX*(pp. 257-279), Vol.1. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Christopher, A. (1987). *Política, Iglesia y Partidos en Colombia*. Bogotá: FAES–Universidad Nacional de Colombia.
- Cobo Borda, J.G. (1977). *Baldomero Sanín Cano. Escritos*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- \_\_\_\_\_. (ed.) (1978.). *Jorge Zalamea. Literatura, Política y Arte*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura–Biblioteca Básica Colombiana.
- \_\_\_\_\_. (1979). *Hernando Téllez. Textos no recogidos en libro*. Tomos I y II. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- \_\_\_\_\_. (1989). *Baldomero Sanín Cano. El oficio de lector*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- \_\_\_\_\_. (1989). Literatura colombiana 1930-1946. En A. Tirado Mejía (dir.). *Nueva Historia de Colombia* (pp. 35-36). Tomo VI, Bogotá: Planeta Colombiana Editorial. S.A.

- \_\_\_\_\_. (2 de abril de 1990). Pioneros de la edición en Colombia. *Revista Credencial Historia*, 4. Recuperado de [www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/abril1990/abril2.htm](http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/abril1990/abril2.htm).
- \_\_\_\_\_. (2003). Hernando Téllez: estética y violencia. En *Vida y obra*. Bogotá: Editorial Norma. Colección Cara y Cruz, pp. 9-21.
- \_\_\_\_\_. (2004). *Baldomero Sanín Cano y España*. Madrid: Impresión de A. Caballero.
- Cobos Pinzón, A. (2006). *La irrupción de la intelectualidad conservadora en los veinte: Los Leopardos*. Ponencia presentada en el XIII Congreso Colombiano de Historia. Universidad Industrial de Santander – Universidad Nacional de Colombia – Medellín: Historia intelectual en América Latina Siglos XIX y XX, Agosto.
- Colmenares, G. (1968). *Partidos políticos y clases sociales en Colombia*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Cortázar, J. (1983). Carta a Roberto Fernández Retamar (Sobre “Situación del intelectual latinoamericano”). En *Obra Crítica* /3 (pp. 29-43). Madrid: Alfaguara.
- Coser, L. (1968) *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Cruz Kronfly, F. (1994). Cultura de la modernidad y crisis social. En *La sombrilla planetaria*. Santafé de Bogotá: Planeta Colombiana Editorial S.A., pp.11-23.
- \_\_\_\_\_. (1998). *La tierra que atardece*. Bogotá: Ariel.
- Darnton, R. (2004). *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. México: Fondo de Cultura Económica.
- De Greiff, L. (1985). *Obra Completa*. Bogotá: Procultura.
- Deas, M. (2006). *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Bogotá: Editorial Taurus.
- Díaz R., L. H. (diciembre, 1999). Utopía Radical y realidad nacional: una visión sobre el radicalismo liberal colombiano del siglo XIX. *Unicarta*, 089, 71-77.
- Díaz Villarreal, W. (2006-2007). El concepto de crítica literaria en Theodor W. Adorno. *Revista Educación y Estética*, 2, 29-54.
- \_\_\_\_\_. (2007). Sobre la crítica en general y sobre la crítica literaria. *Literatura: teoría, historia, crítica. Revista del Departamento de Literatura Universidad Nacional de Colombia*, 9, 23.
- Durkheim, E. (1995). *Las reglas del método sociológico*. España: Alianza Editorial.

- Earle G., P. (1969). El ensayo Hispanoamericano como experiencia literaria. En *El ensayo y la crítica literaria en Iberoamérica. Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Memoria del XIV Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana*. Universidad de Toronto, Canadá, 24-28 de agosto de 1969, pp. 23-32.
- Eastman, J. M. (1982). *Perfiles políticos*. Bogotá: Plaza y Janés.
- Escobar Villegas, J. C. (2000). *Lo imaginario: entre las ciencias sociales y la historia*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT. Recuperado de <http://bdigital.eafit.edu.co/LIBRO/L907.2E746/Lo%20imaginario.pdf>.
- España, G. (1984). *Los Radicales del siglo XIX*: Bogotá: Áncora Editores.
- Estripeaut Bourjac, M. (julio/diciembre, 1999). ¿Tan nuevos los nuevos? *Revista Estudios de Literatura Colombiana*, 05, 35-59.
- Ezpeleta Ariza, B. (julio/septiembre, 2006). El pragmatismo político de Núñez. *Boletín de Historia y Antigüedades*,(93)834, 655-670.
- Foucault, M. (1980). El ojo del poder: El panóptico o prisión circular. En J. Bentham. *El panóptico*. Barcelona: Editorial La Piqueta. Recuperado de <http://www.microfilosofia.com/2011/03/el-panoptico-o-prision-circular.html>. Marzo 20 de 2012).
- \_\_\_\_\_. (1983). *El discurso del poder*. México: Folios Ediciones.
- \_\_\_\_\_. (1999). *Estrategias de poder*. España: Paidós.
- \_\_\_\_\_. (2009). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI Editores.
- Gaitán Durán, J. (1977). Sanín Cano y la situación del intelectual colombiano. En, J. G. Cobo Borda. *Escritos*, pp. 783-789.
- \_\_\_\_\_. (1999). El fracaso de los partidos. *La revolución invisible. Apuntes sobre la crisis y el desarrollo de Colombia* (pp. 49-54). Santa Fe de Bogotá: Editorial Ariel, S.A.
- García Canclini, N. (octubre, 1987). Las Políticas Culturales en América Latina. *A Contratiempo*,(01)02, 3-17.
- \_\_\_\_\_. (1987). Políticas culturales y crisis de desarrollo. Un balance latinoamericano. En *Políticas culturales en América Latina* (pp. 13-62). México: Grijalbo.
- \_\_\_\_\_. (1989). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Editorial Grijalbo.

- \_\_\_\_\_. (comp.) (1995). Los estudios culturales de los ochenta a los noventa: perspectivas antropológicas y sociológicas. En *Cultura y pospolítica. El debate sobre la modernidad en América Latina*(pp. 17-38).México: Colección Claves de América Latina.
- Gaviria Liévano, E. (julio/septiembre, 2008). “Los nuevos”: un grupo intelectual de tendencia socialista. *Boletín de Historia y Antigüedades*, (95)842, 585-631.
- Geertz, C. (2005). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Giddens, A. (1993). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Universidad.
- Gil Montoya, R. (2010). “Posturas intelectuales y políticas del Grecoquimbayismo”. *Historelo*. 2, 4, 112-133, Recuperado [www.revistas.unal.edu.co/index.php/historelo/article/view/13901](http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/historelo/article/view/13901).
- Gilard, J. (1995). Entretien avec Álvaro Mutis. *Caravelle (Toulouse)*,64, 192.
- \_\_\_\_\_. (julio/diciembre, 2005). Para desmitificar a Mito. *Revista Estudios de Literatura Colombiana*, 17, 13-58.
- \_\_\_\_\_. (2005). “Ramón Vinyes o la fecunda irreverencia: De Barcelona a Barranquilla”. Recuperado de [http:// www.casadeasterion.homestead.com/v9n36vinyes.html](http://www.casadeasterion.homestead.com/v9n36vinyes.html).
- Gilman, C. (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- Giraldo Ramírez, J. A., &Fortou R., J. A. (mayo/agosto, 2011). Una comparación cuantitativa de las guerras civiles colombianas, 1830-2010.*Análisis Político*, 072, 3-21.
- Gómez García, J. G. (comp.) (2003). *El descontento y la promesa. Antología del ensayo hispanoamericano del siglo XIX*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- González Aranda, B. (octubre, 1990). La caricatura política en Colombia en 160 años, crítica y humor: otra manera de juzgar los hechos. *Revista Credencial*, 10, Recuperado de <http://lacaricaturaseburladelpoder.blogspot.com/2009/09/tercera-dimension-de-la-historia-la.html>.
- \_\_\_\_\_. (abril, 1996). La caricatura política a fines del siglo XIX. *Gaceta Colcultura*, 32-33, 110-112.
- González González, F. (1989). La Iglesia católica y el Estado colombiano (1886-1930); (1930-1985). En, Tirado Mejía, Álvaro. (Director). *Nueva Historia de Colombia*, Tomo II, Bogotá: Planeta colombiana Editorial. S.A., pp, 341-396.
- \_\_\_\_\_. (1997). *Para leer la política: ensayos de historia política colombiana*. Bogotá: Cinep.

- \_\_\_\_\_. (julio/diciembre, 2004). A propósito de “Las palabras de guerra”: los comienzos conflictivos de la construcción del Estado nación y las guerras civiles de la primera mitad del siglo XIX. *Estudios Políticos*, 25, 37-70.
- \_\_\_\_\_. (2006). *Partidos, guerras e iglesia en la construcción del Estado nación en Colombia (1830-1900)*. Medellín: La Carreta.
- González, F. (1934). *Mi Compadre*. España: Juventud.
- Gramsci, A. (1967). *La formación de los intelectuales*. México: Editorial Grijalbo S.A.
- \_\_\_\_\_. (1975). *Los intelectuales y la organización de la cultura*. México: Juan Pablos.
- \_\_\_\_\_. (2003). *Cartas de la cárcel: 1926-1937*. México: Era.
- Gutiérrez Girardot, R. (1978). Pedro Henríquez Ureña. En *La utopía de América* (pp. IX-XL). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- \_\_\_\_\_. (1980). La literatura colombiana en el siglo XX. En *Manual de historia de Colombia*. Tomo III (pp. 447-536). Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- \_\_\_\_\_. (1987). *Modernismos, supuestos históricos y culturales*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia / Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_. (1989). *Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana*. Bogotá: Ediciones Cave Canem.
- \_\_\_\_\_. (enero/marzo, 1994). La teologización de la política y el compromiso del intelectual en el siglo XX: César Vallejo y Walter Benjamín. *Revista Universidad de Antioquia*, (LXIII)235, 55-72.
- \_\_\_\_\_. (1998). El ensayo y la crítica literaria en Latinoamérica. En *Crítica y ficción. Una mirada a la literatura colombiana contemporánea*. Santafé de Bogotá: Editorial Magisterio.
- \_\_\_\_\_. (2006). Forma del ensayo latinoamericano. En *Tradición y ruptura* (pp. 167-184). Bogotá: Random House Mondadori Ltda.
- Gutiérrez Revuelta, P. (ed.) (2004). *Pablo Neruda. Yo respondo con mi obra: conferencias, discursos, cartas, declaraciones, 1932-1959*. España: Universidad de Salamanca.
- Guzmán Noguera, I. (julio/septiembre, 2001). Reforma política de Rafael Núñez. *Boletín de Historia y Antigüedades*,(88)814, 519-536.
- Henderson, J. D. (2006). *La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez 1889-1965*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Henríquez Ureña, P. (1949). *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. México: Fondo de Cultura Económica.

\_\_\_\_\_. (1955). *Historia de la cultura en la América Hispánica*. México: Fondo de Cultura Económica.

\_\_\_\_\_. (1949). Literatura Pura (1890-1920). En *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (pp. 165-188). México: Fondo de Cultura Económica.

\_\_\_\_\_. (1986). *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Nicaragua: Editorial Nueva Nicaragua.

Herrera, M. C., & Díaz, C. J. (2000). *Bibliotecas y lectores en el siglo XX colombiano: La biblioteca aldeana de Colombia*. Recuperado de <http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/revistaeyp/article/viewFile/7510/6913>. Consultado septiembre 29 2012

Hinestrosa, F. (1998). Evocación de Baldomero Sanín Cano. En O. Morales Benítez. *Ideología y Cultura. Baldomero Sanín Cano* (p. 17), Tomo I, Vol. I, Bogotá: Universidad Externado de Colombia.

Hopenhayn, M. (octubre, 2002). Los tantos lugares del intelectual latinoamericano. *Nómadas*, 17, 58-68.

Ibarbourou, J. (1977). *Antología poesía y prosa 1919-1971*. Argentina: Editorial Losada.

Iriarte, A. (1997). Significado de Hernando Téllez en la cultura colombiana. (Prólogo). En *Hernando Téllez. Páginas literarias*. Santafé de Bogotá: Biblioteca Colseguros de Autores Colombianos, pp. IX-XXVII.

Isaacs, J. (1967). *María*. Cali: Universidad del Valle.

Jaramillo Uribe, J. (1977). *La personalidad política de Colombia y otros ensayos*. Bogotá: Colcultura.

\_\_\_\_\_. (1986). *Núñez y Caro 1886: documentos del Simposio Núñez-Caro*. Bogotá: Banco de la República.

\_\_\_\_\_. (2001). *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Bogotá: ICANH–Universidad de los Andes–CESO.

Jiménez Panesso, D. (1992). Baldomero Sanín Cano, crítico moderno. (1861-1957). En *Historia de la crítica literaria en Colombia. Siglos XIX y XX* (pp.75-124). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

\_\_\_\_\_. (1992). *Historia de la crítica literaria en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- \_\_\_\_\_. (1994). *Fin de siglo. Decadencia y modernidad. Ensayos sobre el modernismo en Colombia*: Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura–Universidad Nacional de Colombia.
- Kant, I. (2004). *¿Qué es la Ilustración? Y otros escritos de ética, política y filosofía de la historia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Latorre Rueda, M. (1989). 1930-1934. Olaya Herrera: un nuevo régimen. En Á. Tirado Mejía (dir.acad.). *Nueva Historia de Colombia*. (Vol. I), Capítulo 10(pp. 269-298). Bogotá: Planeta Colombiana Editorial S.A.
- Le Goff, J. (1986). El siglo XII. Nacimiento de los intelectuales. En *Los intelectuales en la Edad Media* (pp. 25-70). Barcelona: Gedisa.
- Lempérière, A. (2008). Los hombres de letras hispanoamericanos y el proceso de secularización (1800-1850). En C. Altamirano (dir.). *Historia de los intelectuales en América Latina*. Buenos Aires: Katz Editores, pp. 242-268.
- Liévano Aguirre, I. (1972). *Rafael Núñez*. Bogotá: Colcultura.
- Lleras Camargo, A. (julio, 1925). Epístola alrededor de una polémica de generaciones. *Los Nuevos*, 4, 131-135.
- \_\_\_\_\_. (1967). Prólogo al libro póstumo de Hernando Téllez, *Confesión de parte*, Bogotá: Ediciones del Banco de la República, pp. 9-19.
- \_\_\_\_\_. (1997). *Memorias*. Bogotá: Banco de la República–El Áncora Editores.
- Loaiza Cano, G. (1995). Los Arquilókidas y la crítica vanguardista. En *Luis Tejada y la lucha por una nueva cultura*. Bogotá: Colcultura, pp. 133-150.
- \_\_\_\_\_. (1999). Los Arquilókidas (1922). En H. Pöppel. *Las vanguardias literarias en Bolivia, Colombia, Ecuador y Perú. Bibliografía y antología crítica*(pp. 133-138). Madrid: Vervuert-Iberoamericana.
- \_\_\_\_\_. (2012). *Los escritores de la nación católica o los intelectuales conservadores. Colombia, siglo XIX*. Memorias I Congreso de Historia Intelectual de América Latina. Medellín, septiembre 12 al 14.
- López de Mesa, L. (1934). *De cómo se ha formado la nación colombiana*. Bogotá: Librería Colombiana.
- López Michelsen, A. (1986). *Alfonso López Pumarejo, polemista, político*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

- López Upegui, A. (1988). *Los Leopardos: una época, una doctrina*(Tesis). Universidad de Antioquia, Medellín.
- López, L. C. (1995). *Obra Poética*. Venezuela: Biblioteca Ayacucho.
- Lyotard, J. F. (2006). *La condición postmoderna: informe sobre el saber*. España: Ediciones Cátedra.
- Mallea, E. (1962). *El sayal y la púrpura*. Buenos Aires: Losada.
- Mannheim, K. (1963a). Las afiliaciones de intelectuales y artistas. En *Ensayos de sociología de la cultura. Hacia una sociología del espíritu*(pp.179-204). Madrid: Aguilar S. A.
- \_\_\_\_\_. (1963b). *El problema de la "Intelligentsia."* Madrid: Aguilar S. A.
- \_\_\_\_\_. (1963c). El problema de la democratización, como un fenómeno de la cultura en general. En *Ensayos de sociología de la cultura. Hacia una sociología del espíritu*(pp.244-245). Madrid: Aguilar.
- \_\_\_\_\_. (1973). *Ideología y cultura. Ensayos de sociología de la cultura. Hacia una sociología del espíritu*. España: Aguilar.
- \_\_\_\_\_. (1973). El problema sociológico de la "Intelligentsia" En *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*. Madrid: Aguilar, pp. 35-81.
- María, C. J. (1996). *Feedback. Notas de crítica literaria y literatura colombiana antes y después de García Márquez*. Barranquilla: Instituto Distrital de Cultura.
- Martínez, F. (2001). *El nacionalismo cosmopolita: La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*. Bogotá: Banco de la República.
- Maya, R. (1973). *Baldomero Sanín Cano*. Colección Academia Antioqueña de Historia. Medellín: Editorial Granamérica Ltda.
- \_\_\_\_\_. (1975). La proyección espiritual de Sanín Cano. En *Letras y letrados*(pp. 51-67). Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- \_\_\_\_\_. (1982). *Obra crítica*, tomo 2. Bogotá: Ediciones del Banco de la República.
- Medina, Á. (1999). López, De Greiff, Vinyes, Vidales y el vanguardismo en Colombia. En H. Pöppel. *Las vanguardias literarias en Bolivia, Colombia, Ecuador y Perú. Bibliografía y antología crítica*(pp. 117-132). Madrid: Vervuert-Iberoamericana.
- Mejía Arango, L. (2007). *Los Radicales: historia política del radicalismo del siglo XIX*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.

- Mejía Duque, J. (1976). *Literatura y realidad*. Bogotá: Editorial la Oveja Negra.
- Mejía Sánchez, E. (1969), Ensayo sobre el ensayo Hispanoamericano. En *El ensayo y la crítica literaria en Iberoamérica*. Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Memoria del XIV Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana. Universidad de Toronto, Canadá, 24-28 de agosto de 1969, pp. 17-22.
- Mejía, J. L. (1994). La Selección Samper Ortega. 1926-1937: historia de un gran legado bibliográfico. *Revista Credencial Historia*. Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/junio1994/junio3.htm>.
- Melo, J. O. (1989). “Del federalismo a la Constitución de 1886/La Constitución de 1886”. En, Tirado Mejía, Álvaro. (Director). *Nueva Historia de Colombia*, Tomo I, Bogotá: Planeta Colombiana Editorial S.A., (pp.17-64).
- \_\_\_\_\_. (mayo/agosto, 1990). Algunas consideraciones globales sobre “modernidad” y “modernización” en el caso colombiano. *Revista Análisis Político*, 10, 26.
- \_\_\_\_\_. (comp.) (1996). *Colombia Hoy*. Bogotá: Biblioteca Familiar de la Presidencia de la República.
- \_\_\_\_\_. (2008). *Las revistas literarias en Colombia e Hispanoamérica: una aproximación a su historia*. Recuperado de [http://www.jorgeorlandomelo.com/bajar/revistas\\_suplementos\\_literarios.pdf](http://www.jorgeorlandomelo.com/bajar/revistas_suplementos_literarios.pdf).
- Mistral, G. (1980). *Lecturas para mujeres*. México: Editorial Porrúa.
- Mogollón, J. M. (2006-2007). La autonomía artística y la industria cultural en Th. W. Adorno. *Revista Educación y Estética*, 2, 187-202.
- Molina, G. (1981). *Las ideas liberales en Colombia*, Tomos I, II y III. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo—Colección Manuales Universitarios.
- Montecino Aguirre, S. (julio/diciembre, 2000). Tierra, indio, mujer, pensamiento social de Gabriela Mistral. *Mapocho: Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, 48, 337-341.
- Morales Benítez, O. (1998-2002). *Ideología y Cultura. Baldomero Sanín Cano*, Tomo I, Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- \_\_\_\_\_. (2003). Apreciaciones sobre la obra de Baldomero Sanín Cano. En *La montaña de la dura cerviz*. Segunda Parte. Medellín: Biblioteca Pública Piloto, pp. 7-220.
- Moya López, L. (mayo/agosto, 1996). Vida cotidiana y mentalidades en la escuela de los Annales. *Sociológica*, (11)31, 61-77.
- Neruda, P. (1992). *Canto General*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

- \_\_\_\_\_. (1979). *Confieso que he vivido*. España: Argos Vergara.
- Nietzsche, F. (1966). Segunda Consideración Intempestiva: De la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida. En *Obras completas. Consideraciones Intempestivas. Humano, demasiado humano*(pp.53-101). Argentina: Aguilar.
- Ocampo López, J. (2005). José Vasconcelos y la educación mexicana. Recuperado descienti.colciencias.gov.co:8084/publindex/docs/artículos/0122-7238/1/12.pdf.
- Ortiz Mesa, L. J. (2005). *Ganarse el cielo defendiendo la religión: guerras civiles en Colombia, 1840-1902*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Osorio Lizarazo, J. A. (1935). *La cosecha*. Bogotá: Plaza y Janés.
- \_\_\_\_\_. (1978). *Novelas y crónicas*. Bogotá: Colcultura–Biblioteca Básica Colombiana.
- \_\_\_\_\_. (1982). *Gaitán: vida, muerte y permanente presencia*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.
- \_\_\_\_\_. (1998). *El día del odio*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Otero Muñoz, G. (1936). *Historia del periodismo en Colombia*. Bogotá: Minerva.
- Pachón Farías, H. S. (1993). *Los intelectuales colombianos en los años veinte: El caso de José Eustasio Rivera*. Bogotá: Colcultura.
- Palacios, M. (1995). *Entre la legitimidad y la violencia: Colombia, 1875-1994*. Bogotá: Editorial Norma.
- \_\_\_\_\_. (septiembre, 1996). El (des)encuentro de los colombianos con el liberalismo. *Revista Foro*, 30, 112-127.
- \_\_\_\_\_. (1999). *Parábola del liberalismo*. Bogotá: Editorial Norma.
- \_\_\_\_\_. (2002). *La clase más ruidosa y otros ensayos sobre política e historia*. Bogotá: Editorial Norma.
- Parra, T. (1928). *Ifigenia. Diario de una señorita que escribía porque se fastidiaba*. Francia: I.H. Bendelac.
- Paz, O. (1982). Invención, subdesarrollo, modernidad. En *Corriente Alterna*(pp. 20-23). México: Siglo Veintiuno Editores.
- \_\_\_\_\_. (1982). Sobre la crítica. En *Corriente alterna*(pp. 39-41). México: Siglo Veintiuno Editores.

- Pécaut, D. (2001). Simbólica nacional, liberalismo y violencias. En M. T. Calderón & I. Restrepo (eds.). *Colombia 1910-2010*(pp. 41-116). Bogotá: Taurus.
- \_\_\_\_\_. (2001). *Orden y Violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953*. Bogotá: Editorial Norma S.A.
- Pérez Franco, M. L. (septiembre/diciembre, 2005). La noción de “espíritu” en las sociologías de Werner Sombart y Max Weber. *Revista Sociológica*,(20)59, 27-59.
- Pérez Silva, V. (1996). Alfonso López Pumarejo. En *La autobiografía en Colombia*(p. 258). Bogotá: Biblioteca Familiar Presidencia de la República.
- \_\_\_\_\_. (diciembre, 2000). Garra y perfil del grupo los Leopardos al final de la hegemonía, ellos renovaron la política conservadora. *Revista Credencial. Historia*, 132, 3-7.
- Pineda Botero, Á. (1995). *El reto de la crítica. Teoría y canon literario*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial S. A.
- Poppel, H. (2000). *Tradición y modernidad en Colombia: corrientes poéticas en los años veinte*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Posada Carbó, E. (2003). *El desafío de las ideas: ensayos de historia intelectual y política de Colombia*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Posada Carbó, E., Pécaut, D., Ocampo, J. A., et al. (2010). Colombia 1910-2010. En M. T. Calderón & I. Restrepo (eds.). *Colombia 1910-2010*. Bogotá: Taurus, pp. 15-196.
- Rama, Á. (1982). *La novela latinoamericana 1920-1950*. Bogotá: Procultura.
- \_\_\_\_\_. (diciembre, 1983). La modernización literaria latinoamericana (1870-1910). *Revista Hispanoamérica*, 36, 45.
- \_\_\_\_\_. (1984). *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte.
- \_\_\_\_\_. (1985a). *La crítica de la cultura en América Latina*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- \_\_\_\_\_. (1985b). *Rubén Darío y el modernismo*. España: Alfadil Ediciones.
- \_\_\_\_\_. (2006). *Crítica literaria y utopía en América Latina*. Clásicos del Pensamiento Hispanoamericano. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Ramírez Moreno, A. (1935). *Los Leopardos*. Bogotá: Editorial Santafé.

- República de Colombia, Ministerio de Educación Nacional. (1935). *Gestión Administrativa del Ministerio de Educación*. Bogotá, Colombia: Imprenta Nacional.
- Restrepo Arango, L. A. (1989). Literatura y pensamiento. 1946-1957. En Á. Tirado Mejía(ed.). *Nueva Historia de Colombia* (pp. 65-88), Tomo VI, Bogotá: Planeta Colombiana Editorial S.A.
- Restrepo Yusti, M. (1990). Revista de las Indias: un proyecto de ampliación de fronteras. *Boletín Cultural y Bibliográfico*,(XXVII)23, 25-41.
- Reyes, A. (1944). *Deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*. México: El Colegio de México.
- \_\_\_\_\_. (1989). *La experiencia literaria*. México: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_. (1991). *Última Tule y otros ensayos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- \_\_\_\_\_. (1991). Notas sobre la inteligencia americana. En *Última Tule y otros ensayos*(pp. 230-235). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Rivera, J. E. (1989). *La vorágine*. Bogotá: Áncora Editores.
- Rodríguez, G. H. (1979). *Olaya Herrera. Político, Estadista y Caudillo*. Volumen II. Bogotá: Colección Presidencia de la República.
- Rodríguez Monegal, E. (1969). El ensayo y la crítica en la América Hispánica. En *El ensayo y la crítica literaria en Iberoamérica*. Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Memoria del XIV Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana. Universidad de Toronto, Canadá, 24-28 de agosto, pp. 221-227.
- Rodríguez Morales, R. (2013). *Los Nuevos: entre la tradición y la vanguardia*. Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/boletín/bole69/bolet0.htm>
- Rojas de la Espriella, Á. (1986). Tres humanistas colombianos ganan la paz. *Hojas Universitarias. Revista de la Universidad Central*, (3)24, 110-111.
- Romero, A. (1985). *Las palabras están en situación*. Bogotá: Procultura. Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura.
- \_\_\_\_\_. (1999). Ausencia y presencia de las vanguardias en Colombia. En H. Pöppel. *Las vanguardias literarias en Bolivia, Colombia, Ecuador y Perú. Bibliografía y antología crítica*(pp. 109-116). Madrid: Vervuert-Iberoamericana.
- Romero, J. L. (2001). *Situaciones e ideologías en Latinoamérica*. Medellín: Universidad de Antioquia.

- Rosanvallon, P. (1999). *La consagración del ciudadano. Historia del sufragio universal en Francia*. París: Ediciones Gallimard.
- Rubiano Muñoz, R. (enero/diciembre, 2002). El intelectual y la política: Miguel Antonio Caro y la Regeneración en Colombia. En *Utopía Siglo XXI*(02)08, 159-180.
- Rubiano Pinilla, E. (julio/diciembre, 2006). Tres aproximaciones al concepto de cultura: estética, economía y política. *Signo y Pensamiento*,(XXV)49, 113-136.
- Ruiz, J. E. (1991). Sanín Cano: la literatura como traducción. En *B.S.C. Bogotá: Procultura-Colección Clásicos Colombianos*.
- \_\_\_\_\_. (1996). B.S.C, traductor de dos mundos. *Gaceta*, 32-33, 65-73.
- \_\_\_\_\_. (2005). Situación del escritor en Colombia. En F. Jurado Valencia. *Mito. 50 años después (1955 -2005)* (pp. 103-116). Bogotá: Lumen. Universidad Nacional de Colombia.
- Ruiz, J. E., &Cobo Borda, J. G. (1976). *Ensayistas colombianos del siglo XX*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura–Biblioteca Básica Colombiana.
- Said, E. (1996). *Representaciones del intelectual*. Barcelona: Paidós.
- \_\_\_\_\_. (1996). *Cultura e imperialismo*. España: Editorial Anagrama.
- \_\_\_\_\_. (2004). *El mundo, el texto y el crítico*. Barcelona: Random House Mondadori, S.A.
- \_\_\_\_\_. (2006). *Humanismo y crítica democrática: la responsabilidad pública de escritores e intelectuales*. España: Random House Mondadori, S.A.
- Salamanca, G. (1937). *La República Liberal*. Bogotá: Editorial Centro S.A.
- Sánchez Gómez, G. (2003). Intelectuales...poder...y cultura nacional. En G. Sánchez Gómez, D. Pécaut, & F. Uriceochea. *Los intelectuales y la política*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, pp. 49-105.
- Sánchez Gómez, G., &Aguilera Peña, M. (eds.) (2001). *Memoria de un país en guerra: los mil días, 1899-1902*. Colombia: Planeta.
- Sánchez Gómez, G., Pécaut, D., & Uriceochea, F. (2003). *Los intelectuales y la política*. Bogotá: Colección Temática: Análisis Político.
- Sánchez Lozano, C. (octubre/diciembre, 1992). Los intelectuales y la sociedad en América Latina: una revisión histórico-social. *Revista Universidad de Antioquia*,(LXI)230, 120-126.

- \_\_\_\_\_. (enero/abril, 1997). Rafael Maya y B.S.C: Tradición y Modernidad en la crítica literaria colombiana. *Gaceta Ministerio de Cultura*, 38-39, 7-11.
- Sanín Cano, B. (1909). *Administración Reyes (1904-1909)*. Lausana: Jorge Bridel.
- \_\_\_\_\_. (1949). *De mi vida y otras vidas*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura–Biblioteca Colombiana de Cultura.
- \_\_\_\_\_. (1949). *Tipos, obras, ideas*. Buenos Aires: Ediciones Peuser.
- \_\_\_\_\_. (1984). *Letras colombianas*. Vol. I. Medellín: Colección Autores Antioqueños.
- \_\_\_\_\_. (1989). Influencias de Europa sobre la cultura de la América Española. En J. G. Cobo Borda. *El oficio de lector*(pp. 262-274). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- \_\_\_\_\_. (1989). La crítica en Colombia. En J. G. Cobo Borda. *El oficio de lector*(pp. 342-346). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- \_\_\_\_\_. (1989). Ocaso de la crítica. En J. G. Cobo Borda. *El oficio de lector*(pp. 293-297). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- \_\_\_\_\_. (1989). En el cincuentenario de poeta José Asunción Silva. En J. G. Cobo Borda. *El oficio de lector*(pp. 333-342). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- \_\_\_\_\_. (1998). La casta. En O. Morales Benítez. *Ideología y cultura. Baldomero Sanín Cano* (pp. 236-238). Tomo I. Vol. I. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- \_\_\_\_\_. (1998). Servir, o el lucro y la democracia. En O. Morales Benítez. *Ideología y cultura. Baldomero Sanín Cano* (pp. 201-204). Tomo I. Vol. III. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- \_\_\_\_\_. (1998). “De nuestro carácter nacional. El individualismo y sus excesos”. En O. Morales Benítez. *Ideología y cultura. Baldomero Sanín Cano* (pp.178-181). Tomo I, Vol. V. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- \_\_\_\_\_. (2002) De cierta ignorancia. Para gobernar, conocerse. En O. Morales Benítez(ed.). *Ideología y cultura. Baldomero Sanín Cano*(pp. 90-92). Tomo I. Vol. VI, Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Santos Molano, E. (marzo, 2005). La revolucionaria República Liberal. *Revista Credencial Historia*, 183, 15.
- Sarmiento Sandoval, P. (2006) *La revista Mito en el tránsito de la modernidad a la posmodernidad literaria*. Bogotá: Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo.
- Sartre, J. P. (1966). *Literatura y arte*. Argentina: Editorial Losada.

- \_\_\_\_\_. (1981). *¿Qué es la literatura?* Argentina: Editorial Losada.
- Shils, E. (1976). *Los intelectuales en las sociedades modernas*. Buenos Aires: Ediciones Tres Tiempos.
- Sierra Mejía, R. (1990). *Baldomero Sanín Cano*. Bogotá: Centro de publicaciones Colombo-Americano.
- \_\_\_\_\_. (2006). *El Radicalismo colombiano del siglo XIX*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- \_\_\_\_\_. (ed.) (2009). *República Liberal: sociedad y cultura*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Silva, R. (septiembre/diciembre, 2000). Ondas Nacionales. La política cultural de la República Liberal y la Radiodifusora Nacional de Colombia. *Análisis Político*, 041, 3-22.
- \_\_\_\_\_. (marzo, 2002). Reflexiones sobre la cultura popular a propósito de la encuesta folclórica nacional de 1942. *Historia y sociedad*, 08, 11-45.
- \_\_\_\_\_. (octubre, 2002). Libros y lecturas durante la República Liberal: Colombia, 1930-1946. *Sociedad y Economía*, 03, 141-251.
- \_\_\_\_\_. (2002). *Los ilustrados de NuevaGranada1760-1808: genealogía de una comunidad de interpretación*. Bogotá: Banco de la República.
- \_\_\_\_\_. (2004). *Saber, cultura y sociedad en el Nuevo Reino de Granada, siglos XVII y XVIII*. Medellín: La Carreta Editores.
- \_\_\_\_\_. (2005). *República Liberal, intelectuales y cultura popular*. Medellín: La Carreta Editores E.U.
- \_\_\_\_\_. (2009). El canon literario en Colombia: a propósito de la Selección Samper Ortega de Literatura colombiana. En O. Vallejo Murcia, & A. Laverde Ospina (coords). *Visión histórica de la literatura colombiana. Elementos para una discusión*(pp. 87-119). Medellín: La Carreta Editores–Universidad de Antioquia.
- Skirius, J. (comp.) (2004). *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Solano, A. (1979). Inquietud del Mundo. En J. G. Cobo Borda. *Hernando Téllez. Textos no recogidos en libro* (pp. 889-904). Tomo 2. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- \_\_\_\_\_. (1980). *Glosas y ensayos. Compilación y selección de textos de Hernando Mejía Arias*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.

- Sombart, W. (1935). *Lujo y capitalismo*. España: Revista de Occidente.
- Steiner, G. (2006). *La idea de Europa*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Téllez, H. (1944). *André Gide: Entrevistas imaginarias*. Bogotá: Librería Suramericana.
- \_\_\_\_\_. (1951). Grandeza y servicio de la literatura. En *Literatura de Hernando Téllez. Escritores colombianos*(pp. 17-34). Bogotá: Ediciones Argra.
- \_\_\_\_\_. (1951). La novela en Latinoamérica. En *Literatura*(pp. 71-81). Bogotá: Editorial Argra.
- \_\_\_\_\_. (1951). Situación y destino del literato. En *Literatura*(pp. 45-54).Bogotá: Editorial Argra.
- \_\_\_\_\_. (1980). *Selección de prosas*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura- Colección Autores Nacionales.
- \_\_\_\_\_. (1995). *Nadar contra la corriente. Escritos sobre literatura*. Santafé de Bogotá: Editorial Ariel, S.A.
- Tirado C., T. (1986). *Alfonso López Pumarejo el conciliador. Su contribución a la paz política en Colombia*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial S.A.
- Tirado Mejía, Á. (1981). *Aspectos políticos del primer gobierno de Alfonso López Pumarejo 1934-38*. Bogotá: Procultura–Instituto Colombiano de Cultura.
- \_\_\_\_\_. (1986). *El pensamiento de Alfonso López Pumarejo*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular.
- \_\_\_\_\_. (1989). López Pumarejo: La Revolución en Marcha. En *Nueva Historia de Colombia* (pp.305-348). Vol. I. Capítulo 11. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial S.A.
- \_\_\_\_\_. (1995). *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia*. Medellín: Secretaría de Educación y Cultura.
- \_\_\_\_\_. (1996). Colombia: siglo y medio de bipartidismo. En J. O. Melo. *Colombia Hoy*(pp.97-189). Bogotá: Biblioteca Familiar de la Presidencia de la República.
- Torres Duque, Ó. (1989). *Crítica: ¿Un quincenario sin compromisos? (1948-1951)*.Recuperado de [www.banrepcultural.org/blaavirtual/.../boldiescisciocho2a.htm](http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/.../boldiescisciocho2a.htm).
- \_\_\_\_\_. (1991). Sábado: crónica de un semanario democrático. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, (XXVIII)27. Recuperado de [www.banrepcultural.org/blaavirtual.../boletín/boletin5/.../sabado1.htm](http://www.banrepcultural.org/blaavirtual.../boletín/boletin5/.../sabado1.htm)

- Uribe Botero, Á. (julio/diciembre, 2010). Pueden los hechos históricos resistirse a la mendicidad: sobre la matanza de las bananeras. *Co-herencia*, (07)13, 43-67.
- Uribe Celis, C. (1992). *La mentalidad del colombiano. Cultura y sociedad en el siglo XX*. Santafé de Bogotá: Ediciones Alborada.
- \_\_\_\_\_. (1985). *Los años veinte en Colombia. Ideología y cultura*. Bogotá: Aurora.
- Uribe de Hincapié, M. T. (enero/junio, 2001). Las guerras por la nación en Colombia durante el siglo XIX. *Estudios Políticos*, 18, 9-27.
- Uribe de H., M. T., & Álvarez Gaviria, J. M. (2002). *Cien años de prensa en Colombia 1840-1940*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Uribe Ferrer, R. (octubre/noviembre, 1977). Sanín Cano, crítico del modernismo. *Boletín de La Academia Colombiana*, 118, 223-243.
- \_\_\_\_\_. (1984). *Letras colombianas*. Vol. 1. Medellín: Colección Autores Antioqueños.
- Uribe Piedrahita, C. (1992). *Toá y Mancha de Aceite*. Medellín: Ediciones Autores Antioqueños.
- Urrego, M. Á. (2002). *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia: de la guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991*. Bogotá: Universidad Central-DIUC–Siglo del Hombre Editores.
- Urriago Benítez, H. (2007). El crítico internacional: Baldomero Sanín Cano, el ensayo y la crítica de la cultura. Recuperado de <http://bibliotecadigital.univalle.edu.co/bitstream/10893/2241/1/EL%20CRITICO%20INTERNACIONAL.pdf>.
- \_\_\_\_\_. (2007). *El signo del centauro: variaciones sobre el discurso ensayístico de Baldomero Sanín Cano*. Cali: Universidad del Valle.
- Vallejo Mejía, M. (2000). *Vida y obra periodística de Luis Vidales*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- \_\_\_\_\_. (2006). *A plomo herido: una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980)*. Bogotá: Planeta.
- Vega Cantor, R. (1986). *Crisis y caída de la república liberal*. Texas: Editorial Mohan. Recuperado de [http://books.google.com.co/books/about/Crisis\\_y\\_ca%C3%ADda\\_de\\_la\\_Rep%C3%BAblica\\_Liberal.html?id=ioVsAAAAMAAJ&redir\\_esc=y](http://books.google.com.co/books/about/Crisis_y_ca%C3%ADda_de_la_Rep%C3%BAblica_Liberal.html?id=ioVsAAAAMAAJ&redir_esc=y)

- Vélez Ramírez, H. (1989). Rafael Reyes: Quinquenio, régimen político y capitalismo (1904-1909). En *Nueva Historia de Colombia* (pp. 187-214), Tomo I. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial S.A.
- Veyne, P. (1984). *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Villegas Duque, N. (1966). *Sanín Cano, viajero del espíritu*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Villegas, S. (1937). *No hay enemigos a la derecha*. Manizales: Ediciones Arturo Zapata.
- Vovelle, M. (1995). *Ideologías y mentalidades*. Barcelona: Ariel.
- Weber, M. (1964). Tipos de dominación. En, *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México: F.C.E, pp. 5-45.
- \_\_\_\_\_. (2006). *Conceptos sociológicos fundamentales*. España: Alianza Editorial.
- Weinberg, L. (2004). *Umbrales del ensayo*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- White, H. (1992). *Metahistoria: La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_. (1992). *El contenido de la forma: narrativa, discurso y representación histórica*. España: Paidós.
- Yúdice, G. (1999). La industria de la música en la integración América Latina-Estados Unidos. En N. García Canclini, & J. C. Moneta. (coords.). *Las industrias culturales en la integración latinoamericana*(pp.181-235). México: Grijalbo.
- Zalamea Borda, E. (1932). *Cuatro años a bordo de mí mismo*. Bogotá: Organización Continental de los Festivales del Libro.
- Zalamea, J. (1936). *La educación nacional en Colombia*. Santiago de Chile: Editorial Zig-Zag.
- \_\_\_\_\_. (1945). *La vida maravillosa de los libros*. 2ª ed. México: Editorial Isla.
- \_\_\_\_\_. (1964). Consideraciones sobre la filantropía y la crítica literaria. *Boletín Cultural y Bibliográfico*,(VII)11, 1945-1951.